

CARDENAL  
MINDSZENTY  
MEMORIAS



CARDENAL JOZSEF MINDSZENTY

**Memorias**

1974

Título original: Erinnerungen

Traducción: Jesús Ruiz

Diseño cubierta: José Manuel Briones González

# ÍNDICE

[PRESENTACIÓN 5](#)

[PRÓLOGO 7](#)

[Mi juventud 11](#)

[La escuela 11](#)

[Mi primer puesto de trabajo 12](#)

[Mi primer encarcelamiento 14](#)

[Un cuarto de siglo en Zalaegerszeg 19](#)

[Obispo de la diócesis de Veszprém 28](#)

[Memorándum de los obispos de la región transdanubiana 30](#)

[Mi segundo cautiverio 34](#)

[Un nuevo alojamiento 38](#)

[Los «liberadores» 41](#)

[El regreso al hogar 42](#)

[La conferencia episcopal 45](#)

[«La ingratitud» 48](#)

[La Iglesia y el mundo nuevo 50](#)

[Mi nombramiento de primado 54](#)

[Mi instalación en Esztergom 59](#)

[Miseria y «Caritas» 65](#)

[Una semana en Budapest 70](#)

[La conferencia episcopal 72](#)

[Nuestra circular sobre las elecciones 75](#)

[El nuevo gobierno 79](#)

[Encuentro con Pío XII 82](#)

[Los perseguidos 86](#)

[Ataques contra la oración 89](#)

[Asociaciones de padres 97](#)

[La suerte de los internados 108](#)

[Una persecución religiosa embozada 110](#)

[La responsabilidad colectiva 115](#)

[Mis visitas a las diócesis aisladas 123](#)

[Resurrección del pasado cristiano 128](#)

[Ahora, una parte de mi sermón pronunciado en Szengothard 134](#)

[Golpe decisivo contra el Partido de los Pequeños Propietarios 136](#)

[Negociaciones sobre la asignatura de religión 142](#)

[Las segundas elecciones para el Consejo Nacional 152](#)

[Argumentaciones de mi actitud 159](#)

[El Año Mariano 164](#)

<a href="#">Las escuelas confesionales, nacionalizadas</a>	<a href="#">169</a>	<a href="#">En la prisión</a>	<a href="#">273</a>
<a href="#">¿Acuerdo a cualquier precio?</a>	<a href="#">175</a>	<a href="#">La celda</a>	<a href="#">276</a>
<a href="#">Mi encarcelamiento</a>	<a href="#">187</a>	<a href="#">Humor carcelario</a>	<a href="#">279</a>
<a href="#">En el número 60 de la calle Andrássy</a>	<a href="#">198</a>	<a href="#">Gábor Peter me visita</a>	<a href="#">280</a>
<a href="#">La primera noche</a>	<a href="#">200</a>	<a href="#">Temple de ánimo en la incomunicación</a>	<a href="#">284</a>
<a href="#">Primer día de reclusión</a>	<a href="#">205</a>	<a href="#">Vida cotidiana en la prisión</a>	<a href="#">287</a>
<a href="#">Acusaciones. Pruebas. Recusación.</a>	<a href="#">209</a>	<a href="#">El paseo</a>	<a href="#">287</a>
<a href="#">Una cotidianidad invariable</a>	<a href="#">212</a>	<a href="#">Labores domésticas</a>	<a href="#">288</a>
<a href="#">Delitos monetarios</a>	<a href="#">216</a>	<a href="#">Afeitado y corte de pelo</a>	<a href="#">289</a>
<a href="#">Quebrantamiento de la personalidad</a>	<a href="#">220</a>	<a href="#">Ocupaciones vespertinas</a>	<a href="#">289</a>
<a href="#">Los documentos</a>	<a href="#">225</a>	<a href="#">La celebración de la Santa Misa</a>	<a href="#">291</a>
<a href="#">Preparativos para el proceso</a>	<a href="#">233</a>	<a href="#">La biblioteca de la cárcel</a>	<a href="#">291</a>
<a href="#">El proceso escenificado</a>	<a href="#">238</a>	<a href="#">Los autores recluidos</a>	<a href="#">293</a>
<a href="#">Cambio de ropa</a>	<a href="#">240</a>	<a href="#">Noches y sueños de recluso</a>	<a href="#">295</a>
<a href="#">La primera escena</a>	<a href="#">243</a>	<a href="#">Vida religiosa en la cárcel</a>	<a href="#">298</a>
<a href="#">Cargos y «crímenes»</a>	<a href="#">246</a>	<a href="#">El abismo de las cárceles</a>	<a href="#">303</a>
<a href="#">Las pruebas</a>	<a href="#">250</a>	<a href="#">Gozo y consuelo en la reclusión</a>	<a href="#">306</a>
<a href="#">La defensa</a>	<a href="#">258</a>	<a href="#">Mi estado de salud</a>	<a href="#">309</a>
<a href="#">La sentencia</a>	<a href="#">262</a>	<a href="#">En Püspokszentlászlo</a>	<a href="#">315</a>
<a href="#">En la cárcel común</a>	<a href="#">268</a>	<a href="#">«Huésped» de la policía secreta</a>	<a href="#">320</a>
<a href="#">La sentencia, fuerza de ley</a>	<a href="#">270</a>	<a href="#">El ángel tutelar de mi cautiverio</a>	<a href="#">325</a>
<a href="#">La visita de mi madre</a>	<a href="#">271</a>	<a href="#">Intento de un acuerdo</a>	<a href="#">329</a>

[Mi liberación 335](#)

[Regreso a Buda 340](#)

[El calvario del catolicismo húngaro 343](#)

[Mis gestiones y mi llamamiento  
radiofónico 356](#)

[Huida a la embajada norteamericana 363](#)

[Una mirada al mundo 367](#)

[Vuelta de los sacerdotes pro paz 376](#)

[Mi madre durante el asilo 382](#)

[En el exilio 389](#)

[APÉNDICE CRONOLÓGICO 409](#)

## PRESENTACIÓN

El cardenal Mindszenty, primado de Hungría, es sin duda una de las figuras más dramáticas de nuestro siglo, un símbolo involuntario de las tensiones que agitaron al mundo político contemporáneo desde los años de la expansión hitleriana hasta la distensión ruso-americana y el final de la Guerra Fría. Nacido en 1892, figura destacada de la Iglesia, defensor constante de la independencia de Hungría, se vio enfrentado sucesivamente al régimen de Horthy, a la ocupación alemana y al dominio comunista. Inquebrantable, íntimamente convencido de la fuerza moral de su postura, hace aún pocos años manifestaba en Viena que no había dimitido de su cargo de primado de Hungría, y que la decisión del Vaticano al declarar vacante la sede episcopal de Esztergom —que ocupaba desde 1945— había sido tomada sin su acuerdo. Durante los primeros años de la ocupación soviética de Hungría, la figura del cardenal Mindszenty se agigantó en un enfrentamiento con las autoridades comunistas del país, en defensa de las libertades de la Iglesia y de la tradición espiritual del pueblo húngaro. Aprisionado, liberado en los días azarosos de la revolución húngara de 1956, refugiado luego en la embajada norteamericana hasta 1971, Mindszenty es un testimonio apasionante de nuestro tiempo, de sus contradicciones, del pavoroso drama colectivo de media Europa tras los acuerdos de Yalta. Víctima personal de la Guerra Fría, víctima de la distensión operada entre los dos bloques en los últimos años, el cardenal de Hungría fue víctima también de un nuevo espíritu de apertura, incompatible quizás con su rígido sentido de la dignidad. Respondiendo una vez a la Prensa a propósito del aniversario de su detención por las autoridades comunistas húngaras (8 de febrero de 1949), se negó a hacer comentarios sobre la decisión de Paulo VI de poner fin a la situación de litigio entre la Santa Sede y Hungría nombrando un administrador apostólico para la sede de Esztergom. Figura discutida, elevada a la condición de símbolo por amigos y adversarios, Mindszenty nos ofrece en estas MEMORIAS uno de los testimonios más apasionantes de la Historia de este siglo.

## Querido lector

Actualmente existen en el mundo muchos «casos Mindszenty», fieles discípulos de Cristo hoy día que a pesar de las múltiples dificultades por las que atraviesan, no renuncian a su fe en Cristo Jesús. Si quiere ayudarnos a secar las lágrimas de estos hermanos nuestros que sufren, puede hacerlo:

—Con sus oraciones.

—Con el encargo de Santas Misas, por sus intenciones. Son el único medio de que disponen un gran número de sacerdotes para su mantenimiento mínimo vital.

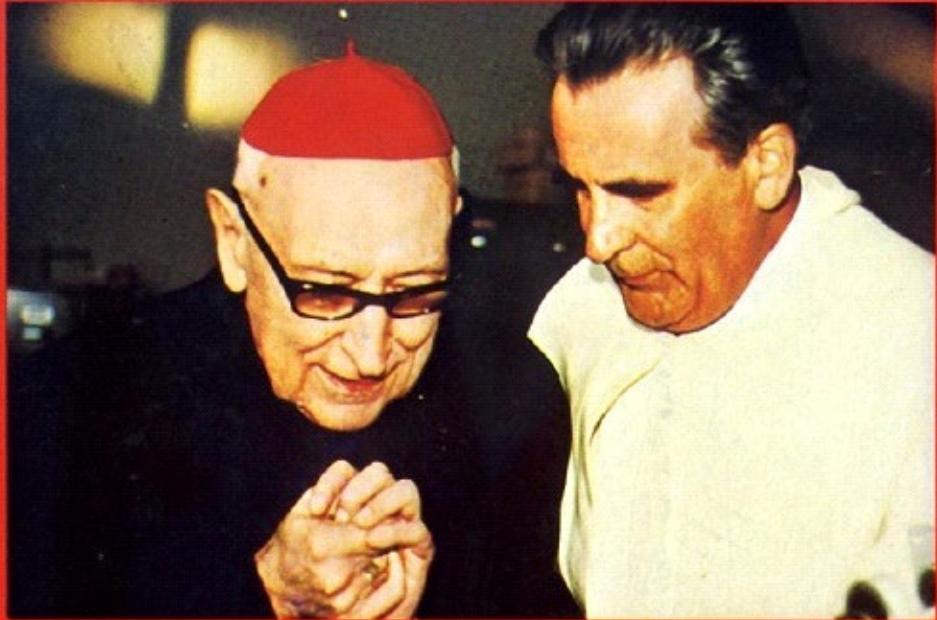
—Siendo el padrino de un futuro sacerdote. Hay miles de jóvenes en Polonia, Yugoslavia, Rumania, Hungría, Brasil, África, Filipinas, etc., que por falta de medios económicos no pueden ser ordenados. Ayúdeles con una beca o parte de ella.

Todos ellos esperan nuestras ayudas; no les defraudemos. El Señor sabrá darnos el ciento por uno.

### AYUDA A LA IGLESIA NECESITADA

Ferrer del Río, 14 (esq. C/Ardemans) - 28028 MADRID

91 725 92 12



El cardenal Mindszenty fue inhumado en Mariazell hace cinco años. Es la semilla, rica en promesas, caída en tierra para morir. El sacrificio de su vida es un hito luminoso y sobrenatural en los anales de la Iglesia que muere en Hungría.

El verdadero servidor de Jesús debe caminar sobre las huellas del Maestro, por el camino del sufrimiento y de la muerte que es también el camino de la glorificación. Porque "quien quiera servirme, que me siga; y donde Yo estoy estará también mi servidor." El cardenal Mindszenty le ha seguido y ya se ha unido a él en la gloria.

*Werenfried van Halst*

## PRÓLOGO

Cuando se ha traspasado la sesentena, llega la hora de escribir las memorias si se tiene algo que decir al mundo. Por lo que a mí respecta, lo que me hace coger la pluma son los destinos de mi patria y su Iglesia. No puedo, por desgracia, ser «laudator temporis acti» como otros hombres afortunados. En mis recuerdos, el dolor y la forzada pasividad ocupan mayor parte que los años. Como el paciente Job, sometido a tantas duras pruebas, durante un tenebroso período de mi vida se abatió sobre mí la desdicha. Por ello, no voy a relatar

tan sólo lo edificante, tan sólo lo satisfactorio; relataré cosas de la vida, de cuántos pesares pero también cuántos consuelos contiene; hablaré, dicho en breve palabra, de la verdad.

Durante mi período de encarcelamiento se rodó la película «The Prisoner». Su realizador fue Bridget Roland y su intérprete principal Alee Guinness, a quien le fue concedido entretanto el don de la Gracia.

El argumento del film «The Prisoner» es el siguiente: un cardenal, de estatura parecida a la mía y en plenitud de sus fuerzas, es detenido tras los oficios divinos, por la policía vestida de paisano. El detenido es conducido con sus ornamentos sagrados. Su celda está situada en el estrecho sótano de un viejo castillo. La verdad, es que la celda de la película no se parecía en nada a la celda donde estuve encerrado. Tan sólo la ventana enrejada y la mirilla en la puerta la recordaban. Pero en la de la película se veía un diván, una cama elegante. Los muebles eran casi lujosos, es decir, completamente diferentes a los de las mazmorras húngaras.

En la película, el tono en que se desarrolla el interrogatorio es casi educado, como el que se usa entre gentes de la buena sociedad. El preso recibe incluso el tratamiento de Eminencia. A los ojos y los oídos de quien fue interrogado por los comunistas húngaros, el solo hecho de que el guardián hable con el preso resulta ya como algo singular. En la película, las conversaciones son amables y hasta joviales. Se sirve con frecuencia café, que en principio es degustado por los interrogadores, pero del que termina por beber el preso. La comida es buena, los cubiertos de la mesa escogidos, el servicio excelente. Los platos se llenan con frecuencia y en un caso, hasta dos veces en cinco minutos. Esto parece llamar incluso la atención del preso, que demuestra tener un buen apetito o, por lo menos, uno mejor que el que poseen los presos.

Pese a todo, las muñecas del cardenal se ven apresadas por unas esposas para demostrar su condición de enemigo del Estado. El interrogatorio se efectúa en apariencia con dureza y de vez en cuando es interrumpido por la resistencia del preso.

Durante el proceso, aparecen las severas medidas de seguridad tomadas. Y sin embargo, en la sala se aglomeran los curiosos. No hay otros acusados. Falta también el banquillo. El acusado y el fiscal pasean arriba y abajo, encontrándose con frecuencia uno frente a otro durante estos paseos. El cardenal llega luego a desvanecerse y hace una confesión. Se autoacusa de maniobras contra el Estado. Es condenado a muerte, pero luego indultado. Al final, aparece también su madre llorosa.

Tras la sentencia, el fiscal se suicida.

En mi caso, el ministro de Justicia fue posteriormente asesinado en la calle de Andrassy número 60.

Esta película fue muy bien acogida por la crítica y la opinión pública. Pero desgraciadamente tengo que hacer constar que el bienintencionado realizador no conoce los calabozos comunistas de Hungría. Por ello, la cinta no refleja una sola imagen de la

realidad. Lo único que tiene en común con los acontecimientos húngaros es la aparición en escena de un cardenal.

No resulta infrecuente que los acontecimientos se adornen, al considerarse de una manera retrospectiva, con diversos colores y que aparezcan libros amarillos, blancos y negros, así como películas no menos multicolores. Por lo que a mí respecta, puedo decir que han aparecido en la izquierda y también en la derecha numerosas obras que se han ocupado de mi caso. Después del año 1956 recibí uno de esos libros, escrito primeramente en inglés y luego publicado en japonés, español, portugués, árabe y malayo.

Mis memorias dirán ahora la verdad. Es la primera vez que rompo el silencio después de muchas décadas. El lector puede preguntarse si lo cuento todo. Mi respuesta es la siguiente: explicaré todo y sólo guardaré silencio cuando así lo exijan la dignidad y el honor, tanto en el aspecto meramente humano como en el sacerdotal. No hablo, empero, para sacar provecho de mis dolores y mis heridas. Publico todo esto para que el mundo conozca el destino que el comunismo les prepara. Quiero mostrar tan sólo que no respeta la dignidad del hombre y sólo deseo describir mi propia cruz para que las miradas del mundo se dirijan sobre la cruz de Hungría y su Iglesia.

Viena, domingo de Pascua de 1974

### **Mi juventud**

Vine al mundo el 29 de marzo de 1892 en Mindszent, condado de Vas. Mis padres, János Pehm y Borbála Kovács poseían allá una finca de unas diez hectáreas. Mi padre era agricultor y viticultor. Ocupó importantes cargos en el consejo municipal. Ya en sus años juveniles fue juez de paz, director del orfanato y director del centro parroquial y la escuela. Uno de sus antepasados se había distinguido en la reconquista de Kiskomaron, en la lucha contra los turcos y fue por ello promovido en 1733 a la clase de los hombres libres. Los antepasados de mi madre habían sido vasallos del conde Zrinyi, en el condado de Zalá. Nuestra ascendencia se compone de familias de la más recia estirpe húngara que llevan apellidos como Mátyás, Rigó, Csordás, Molnar, Varga, Zrinyi, Csáki, Takács, Vass, Eorszily, etc. Se ocuparon en las más diversas actividades, tales como fabricantes, campesinos, pastores, canónigos, comerciantes, oficiales, jueces, sacerdotes y funcionarios de Hacienda.

En nuestra familia éramos seis hermanos; a dos de ellos, gemelos, los llamó Dios a su seno a los pocos días de vida. Un tercer hijo murió a los ocho años. Las ramas del árbol familiar crecieron con mis hermanas. Mi madre vio a sus nietos y sus biznietos, que fueron su consuelo y gozo en los duros tiempos de tribulación y cruz.

En nuestro hogar gobernaba el amor de una madre inteligente y bondadosa. Nos daba calor, seguridad y un brillante ejemplo, conjuntamente con la actividad desplegada por mi padre. La perseverancia y prudencia de mis padres hicieron que fructificaran sus planes respecto a mí. Tengo que agradecerles que, tras cursar la enseñanza primaria, pudiera ingresar en el instituto de segunda enseñanza.

## **La escuela**

En Mindszent frecuenté cinco cursos de la escuela primaria. Un excelente maestro puso así el fundamento de mis conocimientos; mis padres completaron en el hogar esta tarea y me ayudaban con frecuencia en mis estudios. Una profunda religiosidad movió a mi madre a instruirnos, a mí y otros chicos del pueblo, en el servicio del altar.

Los conocimientos adquiridos en la escuela primaria eran de naturaleza elemental y necesariamente incompletos. En el año 1903 ingresé en la escuela de enseñanza media, en los Premonstratenses de Szombathely. Tardé casi tres años en superar la distancia que me separaba de mis condiscípulos de la ciudad, mejor preparados. Tan sólo al alcanzar las clases superiores conseguí formar en el grupo de los mejores alumnos. En aquellos años de mi segunda enseñanza estudié y leí mucho. Me apasionaban en especial la teología, la literatura y la historia. Así es que en los exámenes de madurez conseguí —con exclusión de una asignatura (Física) — la nota «muy bien». Casi estuve a punto de tener que abandonar el instituto a poco de haber ingresado. A finales del primer curso, mi madre apareció inesperadamente en Szombathely y me comunicó, profundamente conmovida, que mi hermano, ocho años menor que yo, había fallecido. Mi padre lo había designado heredero de nuestra hacienda, por lo que me veía obligado a regresar para imponerme en los conocimientos de agricultura para poder sacar luego la finca adelante. Conseguí disuadir a mi madre de aquellos propósitos y permanecí donde estaba.

Durante la época de mi segunda enseñanza me mostré activo en el movimiento católico juvenil y obtuve así algunos conocimientos que me fueron luego muy útiles en mi cometido de pastor de almas. Fui finalmente prefecto de la congregación de jóvenes.

Tras finalizar el bachillerato, ingresé en el seminario de Szombathely, donde pronto me sentí a mis anchas. Tenía unos profesores muy capaces y amables. Encontraba la máxima satisfacción en los estudios teológicos. Transcurrido el primer año, el obispo diocesano, conde János Mikes, quiso enviarme a la Universidad de Viena. Estaba previsto que habitara en la ciudad del Danubio en el seminario de los estudiantes húngaros de teología, el Pazmaneum. Pero tuve reparos en ir allá. El obispo no sólo se extrañó de ello, sino que se disgustó inclusive y en los años siguientes se encargó de hacerme patente su disgusto.

Estuve por vez primera en el Pazmaneum en 1947, como arzobispo de Esztergom. Hoy, en el exilio, me siento satisfecho de haber encontrado en aquella casa un hogar.

El 12 de junio de 1915, festividad del Sagrado Corazón de Jesús, el obispo diocesano, conde János Mikes, me consagró sacerdote.

## **Mi primer puesto de trabajo**

Mediada la primera guerra mundial comencé como vicario de Felsópaty mi labor en la viña del Señor. Era párroco, a la sazón, Bela Geiszlinger. Tengo que agradecer mucho a aquel extraordinario pastor de almas. Me facilitó un profundo contacto con la vida del

pueblo. Así es como me fue posible llegar a conocer todas las clases y capas de población, me preocupé de los problemas sociales y materiales de mis fieles, tomé parte en la dirección de cooperativas de consumo y cajas de hipoteca. También en aquella época de vicario apareció mi primer libro espiritual, «La madre». Al cabo de un año tuvo que publicarse una segunda edición.

El sacerdocio me proporcionaba profunda dicha. Mi magisterio fue bien acogido; los sermones encontraron eco y muchos fieles acudían al confesionario y la Misa. Especial dicha eran para mí aquellos casos en que conseguía reavivar la fe en quienes parecían apartados, y sin esperanza de remisión, de Dios y la Iglesia.

Para citar un ejemplo, quiero narrar una historia vivida: en Jákfa habitaba un propietario rural, de casi ochenta años, casi ciego, de pensamiento liberal, tanto en lo político como en lo religioso. Su trato con los que le rodeaban era difícil si se tiene en cuenta que repetía siempre idénticas historias. También me tocó a mí escucharlas a lo largo de casi un año, como postre por decir así, algunos domingos, al término del almuerzo. Yo sabía que amparándose en sus achaques, no frecuentaba desde hacía mucho tiempo los oficios divinos y le pregunté, después de haberle tratado durante algún tiempo, cómo estaba con Dios. Me contestó que no había confesado ni comulgado desde hacía setenta años, a raíz de su boda. Me atreví a apremiarle un poco. Su esposa temió que aquello pudiera significar la pérdida de su afecto por mi parte. Le respondí que la cura de almas era para mí de mayor importancia que la amistad. Contra lo que cabía esperar, la amistad se hizo más profunda y fuerte; aquel hombre recibió los Santos Sacramentos y declaró, emocionado, después: «Nunca me sentí más dichoso. Ahora comprendo exactamente lo que quiere decir la parábola de los obreros reclutados a última hora del día y que reciben, pese a ello, idéntico salario».

Dos años después, al regresar en mayo de 1919 a Zalaegerszeg de mi primer cautiverio en manos comunistas, encontré sobre mi escritorio un telegrama que me anunciaba la muerte de aquel propietario rural. Su nieto me decía que había sido último deseo de su abuelo ser enterrado por mí. El telegrama llevaba fecha del 9 de febrero de 1919. Aquel mismo día me habían encarcelado. No me fue posible satisfacer su última voluntad, pero sí hice lo que podía. Dije en memoria del anciano fallecido la Misa de ánimas y agradecí a Dios que me hubiera dado entonces, en Jákfa, la paciencia suficiente para escuchar sus historias siempre idénticas y obtener con ello su confianza para poder llevarlo hasta Dios.

## **Mi primer encarcelamiento**

Llevaba un año y medio de vicario. El 1.<sup>º</sup> de febrero de 1917 me llamaron del instituto estatal de segunda enseñanza de Zalaegerszeg para el puesto de profesor de religión. La ciudad es capital del condado de Zalá y un importante centro cultural y económico. Me encontré con nuevas y más importantes tareas que llevar a efecto. En el

instituto, no solamente tenía confiada la asignatura de religión, sino que era asimismo encargado de clase y maestro de latín, ya que una buena parte del profesorado estaba en el frente a causa de la guerra. Además, tenía que cuidarme de dos congregaciones juveniles y la congregación mariana femenina. Representaba mucho trabajo, pero yo era joven, establecí muy pronto buenas relaciones con mis colegas y vínculos amistosos con algunas altas autoridades del condado y la ciudad. Me apoyaron en mi labor y me abrieron el camino de la vida cultural y económica del lugar. Fui nombrado miembro directivo de la cooperativa de crédito, concejal y redactor del semanario del condado. Este último puesto me daba un gran quehacer, pero mis alumnos me ayudaban esforzadamente en la redacción y distribución de la publicación. Entre ellos se destacaba de manera especial Jeno Kerkai, luego un jesuíta apreciado y conocido en todo el país.

Entretanto, habíamos entrado en el quinto año de guerra. Por doquier aparecían, tanto entre la población como en las estructuras del Estado, signos de inseguridad y agotamiento. Un pequeño grupo liberal, reclutado especialmente entre los intelectuales, propagaba en la capital el lema «Paz y Revolución». Las declaraciones del presidente norteamericano Wilson fortalecieron y ampliaron las posibilidades de aquel grupo. Wilson ofreció el derecho a la autodeterminación a los pueblos que formaban la monarquía danubiana. En la prensa enemiga se exhortaba a los soldados a arrojar sus armas. Así se llegó al derrumbamiento total, en octubre de 1918. Carlos IV, rey de Hungría, fue destronado y el conde Michael Károlyi asumió en la capital húngara la presidencia de un gobierno revolucionario.

Al principio, el pueblo asistió impotente y pasivo a los acontecimientos que iban a determinar su futuro. El desmoronamiento y la ruina del reino de San Esteban parecía irremediable.

También en el condado de Zalá despertaron los hechos revolucionarios el sentimiento de un total desamparo. Pero luego creció la resistencia. Nos agrupamos. Desde el periódico del que yo era redactor criticamos acremente la actuación del nuevo régimen. Cuando el gobierno Károlyi dispuso, en 1919, la celebración de nuevas elecciones, asumí, por ruego de mis amistades y numerosos sacerdotes, la jefatura en nuestra región del nuevo Partido Cristiano. Pronuncié discursos y expliqué en asambleas y reuniones de comité nuestros puntos de vista. Conseguimos así luchar eficazmente contra el recién fundado partido de Károlyi, tanto en la ciudad como en el campo. No podía sorprender, por tanto, que también se me combatiera a mí y muy pronto, no con métodos democráticos precisamente. Pero la propia opinión pública me defendía. Sin embargo, mis adversarios estaban al acecho. Debían haber tenido noticias de que tenía que desplazarme el 9 de febrero de 1919 a Szombathely para solucionar allá algunos asuntos oficiales de carácter eclesiástico. En el viaje de regreso fui detenido por dos policías que me aclararon que en Zalaegerszeg se había expedido mandamiento de prisión contra mí. Me llevaron a la sede del comité y el comisario del gobierno en el condado de Vas, Béla Obál, pastor luterano, ordenó que compareciera ante él. Su primera pregunta fue:

—¿Qué es lo que ha hecho usted, querido colega?

Mi respuesta fue:

—Es lo que también me gustaría saber a mí.

El comisario del gobierno me comunicó que había una orden de detención contra mí, me hallara donde me hallara. Me internaron luego en el palacio episcopal. Como se me consideraba desde hacía tiempo un enemigo del gobierno, el propio obispo accedió a mi arresto domiciliario en la abadía benedictina de Celldómólk.

Se envió a dos agentes de policía desde Zalaegerszeg, a los que se unió el capitán de policía István Zilahy. La vigilancia no era severa. Por las noches, el capitán de policía se retiraba al Gran Hotel Sabaria, mientras los agentes se hospedaban en la posada. Me dejaban a solas, por lo que pronto encontré ocasión de deslizarme fuera del palacio episcopal y trasladarme a los locales de la redacción del diario «Vasvargmegye», donde estábamos trazando el programa para las elecciones de primavera.

Allá tuve noticia de que el comisario del gobierno planeaba sustituirme de mi puesto en Zalaegerszeg. El plan estaba bien pensado, puesto que con anterioridad a mi encarcelamiento, mi amigo, el vicario general Dr. József Tóth, había intentado acceder a tales deseos para evitarme el encarcelamiento. Conseguí zafarme otra noche para acudir cerca de mi obispo, en Celldómólk. Un oficial que le vigilaba me permitió la entrada y traté de convencer al obispo Mikes para que denegara su permiso a la sustitución.

—Se hará lo que deseas, hijo mío—me dijo, no sin desconocer que la decisión entrañaba un riesgo para mí.

Regresé de aquella «expedición» pasada la medianoche. El capitán de policía había ordenado que me buscaran. Tanto él como sus dos agentes experimentaron un gran alivio cuando aparecí por la puerta y llegaron al extremo de expresarme su agradecimiento por haber regresado.

Tras diez días de aquella suave reclusión, me llamaron súbitamente por teléfono de la curia episcopal. El comisario del gobierno me comunicó que se me pondría en libertad si abandonaba mi actitud de oposición al gobierno Károlyi y estaba dispuesto a apartarme de mi círculo de acción en Zalaegerszeg. Rechacé sus pretensiones y no varié mi decisión ante sus amenazas de que podía ser objeto de condena hasta quince años por mi actitud hostil. Me rogó luego que entregara el auricular del teléfono a uno de los agentes que me vigilaba. Debió transmitirle una breve orden, puesto que el agente me dijo:

—Acompáñeme, señor profesor.

Tuve que recoger mis cosas y fui conducido hasta una callejuela situada detrás del palacio episcopal, donde el agente me declaró:

—Puede usted irse donde quiera, reverendo. Con una excepción: no debe regresar a Zalaegerszeg.

Me alejé con el siguiente pensamiento: «Tan sólo el obispo puede darmel órdenes y sólo a él corresponde determinar el lugar de mi labor». Así es que me compré un billete y cogí el siguiente tren para Zalaegerszeg. En Zalalóvó, sin embargo, donde tuve que descender, me esperaba otra vez la policía y me llevó al edificio de la estación, donde pasé la noche en calidad de detenido. Al amanecer del día siguiente, los policías me devolvieron a Szombathely, el lugar de donde había salido. Era jornada de mercado. Las calles por donde los gendarmes me llevaron, estaban llenas de gente. Aquellas gentes me miraban con sorpresa y alarma, preguntándose en voz alta, de manera que llegara a mis oídos, qué delito había cometido aquel sacerdote. ¿Habría asesinado a alguien o provocado algún incendio?

Volvieron a encarcelarme por espacio de algunas semanas en el palacio episcopal. El 20 de marzo de 1919, fecha vergonzosa de nuestra historia, el conde Károlyi se dejó arrebatar el poder por los comunistas, que implantaron la dictadura del proletariado. Es conocida la historia de aquella revuelta de Bela Kun y su régimen de terror, una de cuyas medidas fue coger como rehenes a todos los adversarios del régimen diseminados por el país. Idéntica suerte me tocó a mí. Mediada la noche, un inspector de policía, al que acompañaban dos agentes, me hizo levantar de la cama y gritó en un mal húngaro, pero con un tono imperativo que no dejaba lugar a dudas:

—¡Queda usted detenido!

A mi observación de que estaba prácticamente encarcelado desde el 9 de febrero de 1919 y no comprendía, por tanto, que la autoridad estatal insistiera en algo que ya cumplía, me respondió con aspereza y al mismo tiempo desconcertado que la situación había cambiado. En realidad, había cambiado poco: seguían siendo los mismos perros, pero sus collares eran de color rojo. Me llevaron a través de la calle de Szily desde el palacio episcopal a la comisaría de policía. Antes de llegar a la comisaría, el inspector aprovechó una breve oportunidad para dirigirse a mí, carraspeando. Le pregunté qué le ocurría. Me respondió, desconcertado, que no estaba acostumbrado a trasladar de aquella manera a servidores de Dios. Anteriormente lo hacía en coche, pues había sido cochero de los señores en Repcszentgorny. ¿Qué otra cosa podía hacer que tratar de consolarlo? Luego me encerraron en una celda que hasta entonces había albergado a las prostitutas que capturaban por las calles. A la noche siguiente me trasladaron a la celda judicial, donde se encontraban todos los nuevos detenidos del condado de Vas. Encontré allá algunos conocidos: el famoso escritor y párroco de la abadía de Kósseg, István Kincs; el abogado Lajos Pinter, de Szombathely; el deán de Léka, Mátyás Heiss; el superior de los cistercienses, Guido Maurer; el capitán de estado mayor, Laszlo Déme; uno de los directores de los ferrocarriles estatales, Ferenc Uveges; el arrendatario de fincas, Frigyes Riedinger; el pequeño propietario rural, János Benriedes y otros.

En la capital reinaba el terror. Los sótanos del palacio del Parlamento estaban convertidos en lugar de ejecuciones. Llevaban allá presos desde otros lugares para su ejecución. Se ordenó asimismo el traslado del obispo Mikes de Szombathely. Pero consiguió ocultarse en una choza situada en medio del bosque. Allá sobrevivió a la breve dictadura del proletariado. Los comunistas quisieron trasladar también a la capital a Ferenc Uveges,

que estaba preso con nosotros. Nos fue posible salvarlo con la propia ayuda de los vigilantes. El carcelero Talaber, cuyo apellido merece quedar señalado para el recuerdo, nos arrojó al interior las llaves por una ventana. Abrimos las puertas, ayudamos a Uveges a trepar el alto muro y de esta manera le fue posible escapar a la suerte que le esperaba. Para engañar a los posteriores controles policíacos, introdujimos en la cerradura mi abrochador de zapatos como si fuera una llave falsa, de manera que fuera luego confiscado como «corpus delicti». Cuando llegó el control a buscar a Uveges, el carcelero Talaber volvía a estar en posesión de sus llaves. No recayó sobre él la sombra de una mínima sospecha.

Aquellas jornadas resultaban muy desmoralizadoras y ponían a prueba nuestros nervios. Sabíamos

de los procesos secretos que decidían sobre la vida y la muerte de los presos. El Sábado de Gloria pusieron en libertad a los que estaban recluidos conmigo. Me quedé a solas. El día 15 de mayo de 1919, dos agentes de policía de paisano me trasladaron a Zalaegerszeg. Desde la estación de Zalaszentiván tuvimos que recorrer nueve kilómetros a pie, pues durante la dominación comunista no se circulaba en trayectos tan cortos. Agotados y polvorrientos, llegamos a nuestro punto de destino. Volvieron a llevarme a la sede del comité, donde gobernaba un impresor de Baja, Markus Erdós, en su calidad de presidente del directorio. Me advirtió que no debía volver al instituto de segunda enseñanza, que no debía tratarme con elementos enemigos del gobierno, ni predicar, ni pronunciar públicos parlamentos. Cuando le pregunté si el Régimen obligaba a las gentes a la holganza, gritó airado como respuesta a mi ironía:

—Obligamos a nuestros enemigos a la sumisión.

Volví, pues, a casa, me puse la sotana y me dirigí a practicar la devoción del Mes de Mayo que precisamente se celebraba aquel día. ¡Cuánta satisfacción me proporcionó rezar otra vez entre la comunidad de mis fieles! Nos saludamos unos a otros en el jardín de la iglesia y me encontré así rodeado por un círculo de antiguas amistades. Que seguía, sin embargo, bajo vigilancia y que se me habían marcado límites que no podía trasponer, se encargó de probarlo otra citación en la sede del comité. Erdos me comunicó que a causa de mi comportamiento en público, se me expulsaba del condado como elemento reincidente e incorregible. Me vi obligado a abandonar la ciudad en el coche del abad Kalman Legáth, cogí el tren en Zalaszentiván y me trasladé a mi lugar natal, con mis padres, donde permanecí los dos meses que duró todavía el dominio de Bela Kun.

### **Un cuarto de siglo en Zalaegerszeg**

A primeros de agosto de 1919 y tras la caída de la dictadura del proletariado, regresé a Zalaegerszeg. El párroco Kalman Legáth se había jubilado y estaba vacante la parroquia. El 20 de agosto y por decisión unánime de los representantes en la asamblea de párrocos, fui propuesto como su sucesor. El obispo diocesano, conde János Mikes, dio su conformidad. El día 1.<sup>º</sup> de octubre de 1919 me honró con la parroquia de Zalaegerszeg. La designación provocó numerosas sorpresas, sobre todo por mi juventud. Tenía a la sazón 27

años. Durante la ceremonia de mi presentación, el obispo bromeó sobre aquella circunstancia y las sorpresas que había provocado. Dijo que mi juventud era «una falta» que iría en disminución con los años.

Mi parroquia abarcaba la capital del condado, que contaba con dieciséis mil habitantes y seis municipios filiales. Conocía bien la ciudad, donde había ejercido durante dos años y medio el puesto de maestro de religión; a pesar de ello, sólo entonces llamaron mi atención algunos hechos que impedían efectividad y profundidad en la vida espiritual. Los municipios filiales con sus cuatro mil habitantes estaban muy alejados del punto central de la parroquia, de tal manera que la separaban cuatro kilómetros del más cercano y ocho del más lejano. Por otra parte, los fieles no formaban una comunidad socialmente cerrada. En Zalaegerszeg vivían funcionarios del condado y la ciudad, industriales, comerciantes y obreros fabriles. En los municipios anexos, tales como Szenterzsebethegy, Ebergerny, Sagod y Vorhota habitaban campesinos y peonaje rural. Pero sobre todo, consideré la máxima dificultad la circunstancia de que entre los fieles y la clerecía hubiera escaso contacto personal y que la enseñanza religiosa fuera escasa y deficiente. Faltaban casi por completo las asociaciones eclesiales y culturales que en otros lugares ofrecían a los seglares colaboración en la vida de la parroquia. Diariamente me preocupaban inquietudes como las expuestas o semejantes. Cuando en una ocasión, tras haber instruido a una pareja de novios, en sus futuros deberes de la vida conyugal, les puse a la firma los documentos necesarios, comprobé que tanto los novios como sus dos testigos no sabían escribir. Aquello me sorprendió, pues en el condado de Vas, donde yo había nacido y crecido, era difícil encontrar analfabetos. Comprobé entonces que el condado de Zalá era uno de los más atrasados de la región transdanubiana. No sólo el municipio de Erzsebethegy, sino otros municipios, carecían de maestro y escuela.

Uno de los siguientes domingos celebré la Misa en Szenterzsebethegy y traté con los habitantes el problema de la falta de escuela. Me enteré así que sólo aquellos niños a los que resultaba posible la instrucción en otro pueblo, por tener allá sus padres parientes o amistades, podían aprender a leer y escribir.

Propuse inmediatamente a las autoridades correspondientes la inmediata construcción en Szenterzsebethegy de una escuela con capacidad para cincuenta o sesenta alumnos. En otros municipios, las escuelas estaban compuestas de una sola clase, por lo que la solución resultaba bastante más difícil. De acuerdo y con el pleno apoyo del prefecto de la legión y los ayuntamientos, conseguí en el plazo de seis años mejorar considerablemente aquellas condiciones y potenciar la enseñanza. En Ságod llegamos a construir una capilla escolar. La construcción de las escuelas y el establecimiento de una enseñanza religiosa básica contribuyeron a elevar de una manera patente la vida cultural y religiosa de aquellos municipios. Cuando tuve luego tiempo para investigar algo más de cerca el pasado de la parroquia, comprobé mediante los escasos e incompletos documentos que estaban a mi disposición que con mi primer destino como sacerdote había recogido una herencia que databa del tiempo de la dominación otomana. En la primera mitad del siglo xvi, los turcos habían conquistado la parte meridional y central de Hungría. Las zonas no ocupadas se fortificaron con una especie de muralla defensiva, muchas veces rota por el

enemigo. En estos casos, los habitantes de los pueblos fronterizos emprendían la fuga —si encontraban ocasión para ello—para no ser capturados como prisioneros o simplemente aniquilados. Las casas, las iglesias y las rectorías eran pasto de las llamas. De esta manera, en el año 1567, en la zona de los cien kilómetros cuadrados de mi parroquia, numerosas parroquias entonces independientes fueron objeto de destrucción. Entre ellas, Szenterzsebethegy, Zalabesenyó, Ola y Neszele. Zalaegerszeg debió a su castillo la resistencia opuesta a los otomanos y consiguió superar la amenaza. Tras la retirada de los turcos en el siglo **XVIII**, la Iglesia no pudo efectuar la reconstrucción de todos los templos y rectorías destruidos. Faltaron los medios para ello y además, los habitantes que se habían quedado o los que regresaron, no precisaban de una organización eclesiástica de las proporciones anteriores. Por ello, en Zalaegerszeg y alrededores se constituyó tan sólo una parroquia, allá donde anteriormente había cuatro.

El obispo de Veszprém, Márton Biró, terminó a mediados del siglo **XVIII** la reconstrucción de la capital de la demarcación y erigió en ella una casa rectoral espaciosa y una iglesia barroca muy hermosa, que aun hoy es una gala del condado. La parte occidental de éste fue unida en 1777 a la nueva diócesis de Szombathely. Con ello, se convirtió Zalaegerszeg en la principal ciudad de la diócesis después de Szombathely. Pese a esta circunstancia y durante los siguientes 150 años, hasta mi toma de posesión, es decir, hasta 1919, se produjeron tan sólo escasos cambios. Mi objetivo era conseguir una vida parroquial adecuada a la época en que vivíamos. Así es que mi primera preocupación fue la creación de un marco apropiado. Quise solventar entonces las dificultades que para los fieles representaban las grandes distancias a recorrer y promoví la erección, en Ola, un suburbio de Zalaegerszeg, de un nuevo templo conventual. Su servicio fue confiado a los franciscanos.

Fue posible aumentar el número de Misas en dos grandes templos y en las capillas del lugar, ofrecer más amplias ocasiones para el sacramento de la penitencia e impartir más clases de religión en las escuelas. Fundamos asociaciones religiosas y culturales. Con su ayuda y por medio de las visitas familiares, a las que yo concedía especial valor, se estrecharon las relaciones entre la clerecía y los fieles. En el círculo parroquial llegué a conocer a todos los miembros del municipio, incluidos los de otra fe.

Me ayudaban en mi labor piadosos seglares. Lo recuerdo con una gran gratitud y en especial a uno, denominado «apóstol de la casa». Llamaban a los sacerdotes a la cabecera de los enfermos y cuidaban por ello que ninguno falleciera sin haber recibido los sacramentos. Convocaban a los Ejercicios, conferencias de temas teológicos, misiones populares y organización de la parroquia. Su colaboración tuvo como resultado que la parroquia de Zalaegerszeg fuera pronto conocida en la diócesis e incluso en todo el país, como un ejemplo de vida religiosa.

Durante los 25 años siguientes dirigí personalmente la Liga de Hombres y las Congregaciones Marianas Femeninas. El inapreciable servicio de estas dos agrupaciones estribaba en que a través de las mismas se orientaban asimismo los estratos intelectuales

de la población. En los ambientes de los artesanos y los comerciantes, obtenía especial éxito la agrupación juvenil. Nuestra juventud estaba integrada en el KIOE, asociación nacional de las juventudes católicas y en el movimiento de las muchachas trabajadoras y se formaba en un sentido religioso y patriótico. De esta manera especial valoré con frecuencia en la ciudad la labor de los scouts. En los pueblos se desarrollaba el KALOT, secretariado nacional de la juventud agraria católica y el KLASZ, asociación de las juventudes rurales femeninas. Agrupaban en torno a sus banderas a la juventud campesina.

«Cumplían regularmente sus deberes religiosos no sólo las mujeres y los niños, sino también los obreros y una gran parte de los intelectuales y los fieles de todas las capas sociales frecuentaban los sacramentos», tal como escribió József Vecsey en su libro de memorias.

Fui miembro del consejo municipal y del consejo del condado. Estos dos puestos hicieron que apareciera en la vida pública con mayor frecuencia. A pesar de ello, nunca me ocupé de una manera decisiva de la política cotidiana, con excepción de aquellos tiempos tempranos y breves en que tras la caída de Bela Kun, asumí la jefatura del Partido Cristiano en el condado. De todos modos, tanto entonces como después rechacé un acta de diputado, a pesar de que no eran pocos los clérigos que en Europa tomaban parte en las tareas del Legislativo. Tenía toda la comprensión para la actividad política del obispo Ottokar Prohaszka y apoyé la elección del abate Geza Csóthy. Rechacé cuantas solicitudes y sugerencias se me hicieron para que siguiera su camino, incluso cuando mis propias amistades insistieron en hacer mi propuesta. Mi negativa estribaba en que no creía en el papel del sacerdote político. Con no menor decisión estaba decidido a luchar con la palabra y con la pluma contra los adversarios de la Iglesia y apoyar a todos los políticos cristianos mediante instrucciones claras y decisivas que daba a mis fieles. Pero por lo que a mi persona respecta, quería seguir siendo un simple pastor de almas. Para mí, la política era un ejercicio quizá necesario de vez en cuando en la vida de un alma, pero sólo en la medida de que la política podía derribar los altares y amenazar a las almas inmortales, veía y veo como deber del pastor de almas orientarse básicamente hacia el campo de la política de los partidos. Sólo así el sacerdote es apto para aconsejar a las conciencias a él confiadas y defenderlas de los movimientos políticos adversarios de la Iglesia. Sería demostración de una gran debilidad dejar las decisiones políticas y morales, con frecuencia de profunda trascendencia, tan sólo a la opción de la conciencia de los fieles, tantas veces equivocadamente orientada.

Tomaba parte con frecuencia en las actividades de la vida cultural de la ciudad y el condado, llegando en ocasiones a ser promotor de las mismas, como por ejemplo, en el jubileo del obispo Márton Birós: La cosa comenzó de manera muy sencilla: en las visitas familiares que hacía a la calle que llevaba su nombre comprobé que se había casi extinguido el recuerdo de aquel gran benefactor de la ciudad. Así es que propuse, en unión del juez Laszlo Szalay, la organización de unos solemnes actos en honor de Márton Birós. Esta propuesta fue muy bien acogida por las autoridades de la ciudad y se me encargó pronunciar el discurso de homenaje. Me preparé a conciencia, acudiendo en busca de detalles e información, no sólo a los archivos de Egerzség, sino también a los de Veszprém.

Obtuve tanto material que no me fue posible utilizarlo totalmente en mi conferencia. El acto de homenaje resultó un gran éxito. Como no deseaba desaprovechar mi material, decidí escribir una biografía del obispo. Pero la obra tardó en publicarse hasta el año 1934, puesto que, como era lógico, no me resultaba posible sacrificar todo mi tiempo libre a aquella labor científica. El libro llevaba el título de «Vida y época del obispo de Veszprém Padányi, Biró Márton» y apareció en Zalaegerszeg. Tuve la satisfacción de que la crítica especializada acogiera favorablemente la obra y es para mí una dicha profunda que aun hoy —en la época comunista— se la considere indispensable para la investigación. Transcribiré tan sólo la opinión de Tamas Bogvay, un historiador húngaro que habita hoy en el extranjero. En el volumen titulado «Cardenal Mindszenty» y en la página 85 hace concretamente esta cita: «Este libro de quinientas páginas es el ejemplo de una biografía científica y precisa. No se podía dar una imagen más clara sobre la situación religiosa, política, cultural, moral y social de la Hungría occidental en el siglo XVIII. La obra es una de las más importantes fuentes para la explicación de la actitud histórica del cardenal Mindszenty». Bogvay prosigue así: «La obra de Mindszenty sigue siendo fundamental; incluso la bibliografía aparecida en el año 1954 no puede pasarla por alto».

La frase que alude a mi «actitud» es tanto más exacta por cuanto personalmente experimenté el máximo interés al conocer, por mis investigaciones, las fases de reconstrucción tras la época de dominación otomana. Al cabo de 150 años me sentía llamado a una reconstrucción similar, primero en Zalaegerszeg, más tarde, con posterioridad a 1927, como comisario episcopal de la diócesis de Szombathely en la región del condado de Zalá. Y luego como obispo de la gran diócesis de Veszprém. En el sínodo diocesano de Szombathely llamé la atención sobre las desfavorables circunstancias eclesiásticas y culturales en la región de Zalá. Hice esto con el fin de conseguir apoyo para aquella parte subdesarrollada de nuestro país. Había parroquias con diecisiete filiales; parroquias en las que los fieles tenían que efectuar un recorrido de veinte a treinta kilómetros para bautizar a un recién nacido o declarar una defunción. Muchos fieles vivían alejados de diez a quince kilómetros del punto de la parroquia. Predominaba la falta de escuelas y las existentes eran con frecuencia anticuadas y sus horarios resultaban inadecuados. Tal estado de cosas no facilitaba, por supuesto, una satisfactoria enseñanza religiosa.

Durante la exposición que efectué de dicho estado de cosas se encontraba presente el obispo diocesano. Fruto de su presencia fue mi nombramiento, en el año 1927, de comisario para la zona de la región de Zalá que correspondía a la circunscripción episcopal. Consideró, sin duda, que podía prestar buenos servicios como conocedor de las condiciones de aquella región. Fui encargado de fundar nuevos lugares para la cura de almas y nuevas escuelas, de solventar cuantos obstáculos pudieran presentarse a tal labor y coadyuvar al mejor éxito de la acción pastoral en todos los campos.

Con el corazón embargado de preocupaciones comencé una labor reconstructora después de ciento cincuenta años de inmovilismo. Durante una década, con medios muy limitados y a costa de una labor ímpresa, conseguimos erigir nueve parroquias

provisionales para los servicios divinos, once casas parroquiales provisionales y, además, doce escuelas nuevas. El número de los centros de atención para las almas se elevó así de veinticinco a cuarenta y tres y el de fieles dependientes de una parroquia descendió de cuatro mil trescientos a dos mil quinientos. Se acortó así sensiblemente la distancia entre la parroquia y las filiales. En cuanto a los fieles, obtuvieron muy pronto el magisterio de doce escuelas confesionales a las que acudían los muchachos y muchachas de los municipios con índices extraordinarios de aplicación. En la estadística efectuada en 1940, el condado de Zalá pasó de ser el último en relación al alfabetismo de la región transdanubiana, al penúltimo, situado antes que el condado de Baranya.

Debí este éxito a mis animosos y abnegados colaboradores, entre otros, el príncipe Pal Esterházy, que suministró madera, ladrillos, cal y tejas para los trabajos de construcción, así como el ministro de Instrucción y Culto, Kuno Klebelsberg, que concedió subvenciones estatales, y el vicegobernador, Zoltan Bódy, que nos aseguró el apoyo de la administración del condado.

A la vida cultural de la ciudad y el condado contribuyó también el periódico «Zalamegyei Ujág», que fundamos en 1919. Durante mi actividad como párroco se desarrolló hasta convertirse en diario. Esto fue posible gracias a haber creado nosotros unos talleres de imprenta, con los que acometimos asimismo la edición de libros, ya que la propiedad de la imprenta nos permitía unos costos más bajos. Mi monografía sobre Biró apareció también en Zalaegerszeg, así como la tercera edición de mi obra en dos tomos titulada «La madre» y de la que he tenido ya ocasión dé hablar.

En el marco de la parroquia se promovía y fomentaba la actividad social y caritativa. En este campo, la dirección competente estaba encomendada a las hermanas de la «Sociedad de las Misiones Sociales». De una manera prudente, organizaban la actividad pastoral entre los pobres y el cuidado de las almas en los hospitales, así como misiones en los ferrocarriles y en las cárceles. Con ayuda del «apóstol de la casa» y los miembros de las asociaciones parroquiales tratamos de resolver las necesidades físicas y espirituales en el ámbito de la parroquia. Construimos igualmente un hogar de ancianos con treinta y cinco camas para los pobres viejos y desvalidos. Mediante esta cooperación fue asimismo posible facilitar el ingreso en los institutos estatales de enseñanza media de los alumnos dotados, pero faltos de medios, de las escuelas del país. Para la juventud femenina conseguimos un internado que constaba de un establecimiento para la formación de maestras, un liceo, una escuela secundaria municipal, varias escuelas de aprendizaje y de primera enseñanza. La escuela tenía alumnas internas. El internado femenino, con sus setenta u ochenta monjas, prestó a la parte meridional de la ciudad un nuevo aspecto y no sólo ejerció una benéfica influencia sobre la juventud femenina, sino sobre las madres y las mujeres en general. Como es natural, teníamos que conseguir apoyo material para aquellas nuevas instituciones y organizaciones. Fue necesario reorganizar los bienes y fuentes económicas de la parroquia sobre unas nuevas bases. Los terrenos parroquiales emplazados en la ciudad se vendieron como solares para la edificación. Con su producto adquirí la finca de Ságod, que tenía una extensión tres veces mayor que los antiguos bienes parroquiales. Esta nueva propiedad fue objeto de modernización. Se elevaron asimismo los ingresos del

párroco. Apliqué hasta la última moneda de las sinecuras a la financiación de aquellas múltiples actividades parroquiales. Como los fieles lo sabían y tenían confianza, daban con abundancia sus aportaciones para semejante finalidad y tampoco se quejaban de los impuestos destinados a las atenciones eclesiales. Sin ayuda de los fieles no hubiera sido posible construir la iglesia conventual y el gran internado anexo; menos posible hubiera resultado la ampliación de la casa de la cultura y añadir una planta al edificio de la casa parroquial. La fundación y mantenimiento del periódico costaba dinero y también las atenciones de los escolares precisaban una cantidad nada desdeñable. Muchos medios necesitaba la actividad caritativa y la atención a los pobres.

Me apoyó intensamente en mi incesante preocupación y labor la buena voluntad del obispo, que me nombró abad titular y en 1937 me propuso para una distinción romana, de manera que fui nombrado prelado pontificio. Acepté estas distinciones, no tanto como recompensa a mi labor, sino porque prestaban un mayor prestigio a mi persona. Este prestigio facilitaba la colaboración con las autoridades del condado, del Estado y, en muchos casos, con el propio gobierno. De no haber sido por esta circunstancia, no las hubiera aceptado y puedo afirmar que no di jamás un solo paso para obtenerlas.

Mi antiguo obispo diocesano, conde János Mikes, llamó la atención del Nuncio sobre mí y el Papa Pío XII consiguió, al ser nombrados tres obispos de una vez y mediante una solución de compromiso, la conformidad del gobierno para mi nombramiento episcopal.

El 4 de marzo de 1944, el Santo Padre me nombró obispo diocesano de Veszprém.

Al despedirme de Zalaegerszeg pronuncié en la iglesia parroquial el siguiente sermón:

«Mis queridos fieles:

»Allá dentro, en el despacho parroquial, está preparado para la firma un documento que no he querido signar hasta haber celebrado la Santa Misa y efectuado este sermón, para tener todavía el derecho a llamaros «mis queridos fieles». El documento contiene mi llamamiento, mi despedida de esta parroquia y de esta iglesia parroquial. La conciencia de que tengo que despedirme de vosotros, queridos fieles, me llena de dolor. En febrero de 1917, es decir, hace veintisiete años, llegó a Zalaegerszeg un joven sacerdote para dar clases a los alumnos del instituto de segunda enseñanza. Bajé del tren con la preocupación de si estaría preparado para aquella tarea. Han transcurrido veintisiete años desde entonces y durante tan dilatado tiempo he cumplido todo cuanto la Iglesia carga sobre la espalda de un sacerdote: he difundido la voz de Dios, he celebrado la Santa Misa y he administrado los sacramentos.

»He difundido la voz de Dios. Si ahora hago examen de conciencia, tengo que darle gracias por todo cuanto me ha sido posible hacer por su divina generosidad. Tan sólo los datos de la Congregación Mariana demuestran que en el espacio de diez años he predicado en quinientas treinta y siete ocasiones.

»He celebrado anualmente, sólo para la comunidad de mis fieles, setenta y dos Misas y rezado diariamente en mi breviario a la intención de la ciudad, de todos los fieles vivientes o fallecidos. En cada Misa está presente una gran asistencia y ruego a Nuestro Señor Jesucristo que bendiga a los fieles creyentes, que conduzca hasta aquí a los no creyentes y proteja especialmente a los niños. Después del momento de la Transubstanciación, veo con los ojos del alma el mundo del camposanto, con todos los muertos a los que he administrado los últimos sacramentos y ruego a Jesús, Nuestro Señor, que mitigue los sufrimientos de las almas que sufren castigo en el Purgatorio.

»He administrado los sacramentos. Puedo afirmar que no le han salido telarañas a mi confesonario. Si alguien no ha acudido, no ha sido por mi culpa. Elevo ahora mis ruegos para que el nuevo pastor de almas acierte a facilitar a cada cual el camino a los sacramentos.»

Llegado a este punto de mi sermón, quise aludir a las cartas que con motivo de mi nombramiento habían llegado y proseguí:

«De acuerdo con tales exteriorizaciones, he creído leer que nuestras almas han estado muy unidas. Entre católicos no puede haber divisiones. No ha habido nadie por cuya absolución haya dejado de rogar en mi confesonario; no hay familia a la que no haya conocido; no hay criatura a la que no haya mirado a los ojos y no ha habido dolor familiar que no haya procurado mitigar.

»Y ahora voy a rogaros una cosa: ocurra lo que ocurra, no creáis nunca que el sacerdote puede ser enemigo de sus fieles. El sacerdote pertenece a cada familia y él a su vez pertenece a la gran familia unida de sus fieles. He intentado servir, en el sentido de Nuestro Señor Jesucristo, a los humanos de todas las clases y posiciones. Si he cometido algún error, ruego que me perdonéis en nombre del Señor. Si he podido molestar a alguien, lo he hecho tan sólo a causa de la apasionada preocupación por aquello que me parece bueno para vosotros. Si he exagerado o extremado en algo la nota, ha estado siempre presidido por la buena fe. Aquellos que buscan a Dios cometan también errores por exceso de celo.

»Agradezco a la ciudad de Zalaegerszeg, al condado de Zalá y a las autoridades estatales la ayuda y el apoyo que me han prestado y agradezco a los fieles la abnegación con que han estado siempre a mi lado. Agradezco a los obreros, a los comerciantes y a los campesinos la ayuda material y moral que han tenido a bien otorgarme.»

Fui consagrado obispo por el cardenal primado Seredi el 25 de marzo de 1944.

### **Obispo de la diócesis de Veszprém**

El día 29 de marzo de 1944, fecha de mi cincuenta y dos cumpleaños, llegué a Veszprém. Hacía diez días que los nazis habían ocupado Hungría. En el país reinaba una

patente inquietud y se respiraba un clima de inseguridad. Las autoridades del condado de Zalá me habían extendido un salvoconducto para que me fuera posible llegar a mi residencia a través de los numerosos controles que ejercían las tropas ocupantes. Por razón de los tiempos difíciles que atravesábamos rechacé todas las solemnidades y entré, silencioso y casi inadvertido, en mi capital episcopal. Había establecido también su residencia allá un general alemán. Cuando me transmitió la petición para efectuar cacerías en los bosques del patrimonio episcopal, no recaté mi desagrado. A los diez días se había instalado en otro cuartel general.

Desde el principio de mi actuación busqué un estrecho contacto con el clero. Organicé ejercicios para sacerdotes, jornadas de recogimiento y conferencias de formación espiritual, pero también el apostolado domiciliario, las asociaciones católicas y organizaciones de carácter parroquial. Recomendé de una manera especial la visita domiciliaria sistemática, así como los auxilios a los enfermos y moribundos.

En la primavera de 1944 emprendí el recorrido de mi diócesis para impartir la confirmación. Aquello me dio oportunidad de examinar las condiciones en que se desarrollaba la vida local. Condiciones que no me eran en cierta manera desconocidas, puesto que por mis investigaciones históricas sabía que Zalaegerszeg y el entero condado de Zalá habían pertenecido hasta 1777 al episcopado de Veszprém. Como delegado episcopal en Zalá había conocido a fondo la historia de aquel distrito, resumiendo los resultados de aquellas investigaciones en la gran obra histórica sobre el obispo Márton Padanyi de Veszprém. De esta manera me fue posible apoyar mi labor episcopal en los conocimientos adquiridos en Zalá. Sabía las causas y razones de que muchas cosas estuvieran atrasadas desde el tiempo de los turcos.

Durante el recorrido por mi diócesis para impartir la confirmación, determiné que había que proceder a la fundación de nuevos lugares de asistencia espiritual, escuelas e instituciones eclesiásticas. Me vi así abocado a grandes tareas y una de las causas de esta inmensa labor que afrontar era que muchos de mis predecesores habían ejercido su cargo sin haberse dedicado con anterioridad a la atención de las almas. También me impuse la tarea de mejorar sectores de población y de las 11.000 yugadas de tierra de labor que pertenecían al episcopado, distribuir 7.000 yugadas entre los campesinos. El producto de aquella venta serviría para la fundación de nuevas parroquias. Hay que hacer constar que en este sentido, la Iglesia no había marcado el ritmo que la época exigía, ni siquiera en los territorios que tras la primera guerra mundial habían sido separados de Hungría. En el año 1944 no se me ocultaba que la guerra tendría un mal final y que a la derrota seguiría la partición de los grandes latifundios. Mis reflexiones me llevaban a la convicción de que las grandes propiedades de la Iglesia estaban amenazadas y que mediante una venta a tiempo podrían subsistir por lo menos las parroquias y los centros espirituales que se hubieran fundado con los beneficios. Sin embargo, las circunstancias se opusieron a la consecución de mis planes. El gobierno de Sztójay promulgó, por orden de Hitler, una disposición que con la excusa de asegurar los productos agrícolas necesarios para la alimentación, declaraba crimen de guerra cualquier intento que se hiciera para cambiar la situación de los latifundios.

En junio de 1944, el gobierno de Sztójay ordenó la concentración de los judíos en «ghettos». Los obispos húngaros respondieron con una enérgica protesta e hicieron pública dicha protesta mediante una carta pastoral. En esta carta podía leerse, entre otras cosas lo siguiente: «Cuando los derechos naturales, tales como el derecho a la vida, la dignidad humana, la libertad personal, la práctica libre de la fe, la libertad de trabajo, las necesidades vitales, propiedad, etc., o bien los derechos adquiridos por la vía legal, son atropellados por individuos, comunidades o incluso por los representantes del Estado, los obispos húngaros elevan en cumplimiento de su deber su voz protestataria, ya que estos derechos no han sido otorgados por el individuo, ni por la comunidad, ni siquiera por los representantes del Estado, sino por el propio Dios. Ningún hombre ni ningún poder terrenal puede por ello — exceptuado el caso de sentencia judicial — negar, eliminar o suprimir estos derechos.»

La comunidad judía de Budapest tuvo que agradecer que gracias a esta intervención se salvara la mayor parte de sus miembros de la inhumana muerte en la cámara de gas. Despues de que los obispos expresaran de una manera unánime su reprobación, numerosas instituciones eclesiásticas y muchos valerosos cristianos trataron de salvar de la persecución tanto a los judíos bautizados como no bautizados. Esto motivó inclusive un informe del comisario del gobierno para los asuntos judíos en el que se decía así:

«Lamentablemente, los sacerdotes de todos los rangos se destacan en sus esfuerzos por poner a salvo a los judíos. Llevan a cabo esta labor invocando el mandamiento del amor al prójimo.»

En julio de 1944, Horthy formó un nuevo gobierno militar. Secundado por el presidente del Consejo, Lakatos, era objetivo de este gabinete oponer una cauta resistencia a las fuerzas de ocupación y apartar al país de la guerra. Se establecieron contactos secretos, tanto con Occidente como con los rusos. Un resultado de estos contactos fue la declaración de armisticio leída por el Regente Horthy en una proclama radiofónica el 15 de octubre de 1944. Tras la lectura, Horthy fue inmediatamente detenido por orden de Hitler y el hombre de confianza de los nazis, Ferenc Szálasi, asumió el poder. Los rusos avanzaron hacia Budapest. Los saqueos y las violaciones cometidos en su avance provocaron el pánico y más de diez mil personas huyeron en dirección al Oeste.

Por mi parte, adopté asimismo medidas de seguridad. Envié los objetos sacros máspreciados, los más valiosos cálices y paramentos del obispado, a Mindszent. Allá fueron escondidos en casa de mis padres y hermanos. Acogí en el palacio episcopal a estudiantes de teología, profesores, monjas de diversas órdenes e incluso a particulares. Sólo quedó a mi disposición una única habitación, en la que recibía a sacerdotes y fieles, con los que trataba sobre nuestras comunes inquietudes y cuyos problemas trataba de resolver. Por orden de Hitler, los «Cruces de Flechas»<sup>[1]</sup> habían reclutado a toda la juventud de las llanuras centrales y también la de la región transdanubiana, lanzándola a la batalla. Mientras el Ejército Rojo se disponía al cerco de Budapest, el ministro de la Guerra de los «Cruces de Flechas» acuñó la consigna: «Aniquilar o ser aniquilados». Tanto él como sus partidarios seguían creyendo en la victoria como efecto de las armas secretas alemanas. La

hora de la angustia y las tinieblas había sonado para Hungría. Por el Oeste la amenazaba el peligro pardo y por el Este el peligro rojo.

### **Memorándum de los obispos de la región transdanubiana**

En el curso de la historia, Hungría había sido con frecuencia víctima de graves crisis. La peor de todas fue la que se planteó al término de la segunda guerra mundial. Las grandes potencias que amenazaban nuestra independencia habían sido una constante a lo largo de la historia húngara. Pero en aquellos instantes, los sucesores de estas potencias, Stalin y Hitler, se prestaban a librarse su batalla decisiva sobre nuestra tierra. Cuando uno se vio obligado a la retirada en Polonia, el otro llegó inmediatamente por los Cárpatos. Nuestra patria húngara se convirtió así en escenario de la sangrienta pugna de los dos crueles poderíos de la reciente historia mundial.

Como es natural, dejé a partir de entonces de tener un instante de paz. Me dirigí a la capital para informarme. Tanto en el trayecto de ida como en el de regreso me encontré con riadas de fugitivos que intentaban escapar al avance del Ejército Rojo. Por doquier aparecían en mi camino los mudos testimonios de la guerra perdida: ruinas, automóviles abandonados, camiones destruidos, tropas sin mando, soldados aislados. Me llevaba a Budapest la idea de hacer un llamamiento al Senado para organizar una resistencia a los dos peligros que tan gravemente nos amenazaban. Pero no me fue posible encontrar en Budapest a otro obispo y en cuanto a los miembros seglares del Senado, estaban demasiado atemorizados aquellos días en los que alcanzaba su punto culminante el terror nazi y de los Cruces de Flechas. Redacté así un memorándum para el gobierno de los Cruces de Flechas dependiente de los alemanes y me fui a visitar en Györ al obispo diocesano, barón Vilmos Apor, para darle cuenta del contenido. Hubiera querido tratar de aquellos primordiales problemas para nuestro país con el príncipe primado, cardenal Justinian Setzedi, pero su residencia en Esztergom se encontraba a la sazón en el centro de los combates. Sabía, además, que el primado estaba enfermo, y agravado por la falta de medicamentos.

El obispo Apor fue de la opinión de que no podíamos contar con audiencia alguna por parte de los fanáticos dirigentes de los Cruces de Flechas. Pero a pesar de todo, debíamos intentarlo, tanto para proteger en lo que fuera posible a nuestros fieles como asumir nuestra responsabilidad ante el país y la Iglesia. Nuestras firmas fueron las primeras del memorándum. En el viaje de regreso efectué una visita a Ludwig Shovoy, obispo de Székesfehérvár. También firmó, aunque compartía plenamente nuestro esceticismo. Un sacerdote de mi cancillería, el doctor Lénárd Kogl, se dirigió con una motocicleta a Pannonhalma y llevó el texto al abad mitrado, Chrysostomos Kelemen, que lo firmó igualmente. El memorándum fue finalmente llevado a Szombathely, cuyo obispo exteriorizó sus grandes temores y no lo firmó. En cuanto a Pécs, al mensajero no le fue posible llegar debido al avance de los rusos.

Llevé, pues, el memorándum firmado por cuatro obispos a Budapest y busqué al subsecretario del presidente del Consejo de Ministros, Szóllosi. No deseaba entregárselo al propio presidente Szalasi, por lo que no me resultó desagradable que me dijeran que estaba

ausente en aquel momento. No conocía personalmente a Szóllosi, del que sabía solamente que había sido secretario del partido de las Cruces de Flechas en la región central.

He aquí el texto del memorándum que le entregué:

«Señor presidente del Consejo de Ministros:

«Conscientes de su responsabilidad, los obispos de Hungría occidental, abajo firmantes, se dirigen a Vuestra Excelencia, señor presidente y por intermedio de V. E. a los actuales gobernantes, para rogarles que no permitan que la Hungría Occidental, hasta ahora incólume, se convierta en campo de batalla de resistencia. Si así fuera, quedaría destruida la última parcela de la patria húngara y al propio tiempo la última esperanza de una futura reconstrucción.

»Esta parte de nuestra patria sería escenario de una espantosa destrucción. Sus 3.441.853 habitantes, a los que hay que añadir la actual masa de refugiados; las ricas poblaciones, los tesoros de incalculable valor histórico y cultural, así como las últimas provisiones de víveres, están amenazados. Nuestra suerte sería la total destrucción, consecuencia natural tras la evacuación, los combates y la consiguiente ocupación por el enemigo. El resto de la población sería víctima del hambre, el frío y las epidemias.

»En el caso de cerco de la capital, Budapest, que cuenta con 1.160.000 habitantes (el Gran Budapest llega al millón y medio), así como la concentración de los fugitivos ya presentes, así como los procedentes de la Alta Hungría y Hungría meridional, a los que hay que añadir aquellos otros del Danubio y el Theiss, las desventuras serían mayores y máximas las responsabilidades. Por ello formulamos las siguientes preguntas: ¿Ha cambiado el gobierno el curso de la guerra y en el curso de las dos semanas precedentes ha acrecentado el territorio todavía no ocupado de Hungría? Nos sentiríamos muy satisfechos si pudiéramos decir que la Patria ha conservado por lo menos sus fronteras del 15 de octubre.

»¿Es posible suponer, tras las experiencias de las dos semanas precedentes, que el cumplimiento de la consigna «Aniquilar o ser aniquilados» equivaldrá para nosotros, que carecemos de una sólida línea de defensa, no disponemos de un ejército bien dotado, equivaldrá a dar un golpe aniquilador al enemigo? Nuestra aportación a la guerra de las grandes potencias durante el otoño e invierno de 1944 no ha sido, evidentemente, más que una ilusión. Pero nos espera, sin embargo, otra probabilidad mucho más real: el aniquilamiento. Tras Muhi, Mohács, Világos y Tríanon hubo una posibilidad de resurrección; del aniquilamiento actual, si se produce, no habrá ninguna. Una individualidad puede sacrificarse por su pueblo. Diez mil hermanos nuestros han muerto en esta guerra mundial como unos héroes, por su patria. Pero a nadie le está permitido empujar al suicidio a una nación entera. Tanto la conciencia como el sentido de la responsabilidad no lo autorizan.

»Si se nos preguntara el derecho que nos asiste para pronunciar estas palabras, daríamos la siguiente respuesta: somos húngaros; vivimos y queremos seguir viviendo en una identidad de destino con nuestro pueblo: Hemos sido colocados por Dios y San Esteban en unos puestos de responsabilidad y leyes milenarias nos aseguran una ascendencia sobre el gobierno del país. Vida y muerte no son hoy unos problemas tan sólo políticos sino, ante todo, un problema ético. Por ello, no sólo podemos sino que estamos obligados a llamar la atención sobre los riesgos antedichos, en nombre de tres millones y medio de habitantes de la Hungría Occidental. La conciencia, la Historia y el juicio de Dios nos obligan a ello.

»Con la esperanza de que nuestras graves palabras serán asimismo objeto de grave reflexión, le saludamos, señor presidente del Consejo, con el máximo respeto. *Crisóstomo Kelemen*, abad mitrado de Pannonhalma, *Ludwig Shovoy*, obispo de Szekesfehérvár.

*Wilhelm Apor*, obispo de Györ.

*József Mindszenty*, obispo de Veszprém.

»31 de octubre de 1944».

Al efectuar la entrega del memorándum contaba con mi inmediato encarcelamiento. En vez de ello, Szóllosi me formuló algunas preguntas, que por mi parte no admití y respondí que el texto estaba suficientemente claro y que no tenía nada que añadir ni tachar del mismo.

La esperada detención sobrevino dos semanas después. Las autoridades se habían tomado, sin duda, un tiempo para formular sus acusaciones. No se atrevieron, como es natural, a hacer público el texto de nuestro memorándum. Para evitar en lo posible que las detenciones causaran sensación, los dignatarios eclesiásticos no fueron aprehendidos al mismo tiempo. Como portador, me correspondió ser el primero en ir a parar a la cárcel. Fue encargado de mi detención el comisario gubernativo en Veszprém, abogado Schieberna. Relataré seguidamente el proceso.

## Mi segundo cautiverio

Sin contemplaciones por la protesta de los obispos, los Cruces de Flechas procedieron a la detención e internamiento de los judíos, bautizados y no bautizados, de Veszprém, dando así cumplimiento a la orden de Hitler. El auténtico autor y jefe de aquella acción fue el abogado Franz Schieberna, perteneciente a los Cruces de Flechas. Tras haber dado término a su inhumana labor, visitó al prior del convento de los franciscanos y le rogó, callándose su verdadera intención y los motivos del gesto, que dijera la Santa Misa el domingo siguiente y procediera luego al canto de un Te Deum. Mediante letreros murales hizo público que se celebrarían unos oficios divinos como acción de gracias por el éxito con que se había llevado a efecto la operación liberadora de los judíos. Cuando llegó aquello a mi conocimiento, hice comparecer a mi presencia al piadoso pero ingenuo prior y le prohibí celebrar la Misa y el cantar el Te Deum. Schieberna, jefe del Partido y comisario gubernativo desde el 15 de octubre, buscó a partir de entonces una ocasión para vengarse.

Lo hizo con especial satisfacción, puesto que su hermano menor, funcionario agrónomo del obispado, estaba complicado en un procedimiento disciplinario abierto con anterioridad a mi llegada.

Poco después se ofreció a la autoridad el anhelado motivo. Tuvieron que prepararse acuartelamientos militares. Siguiendo instrucciones del comisario encargado de la evacuación, se efectuó una revisión de la capacidad disponible del palacio episcopal. Mi administrador, Szabolcs Szabadhegyi, explicó a los hombres de Schieberna que el edificio estaba lleno de fugitivos y expulsados. Siguió una discusión bastante violenta. Apareció entonces el propio Schieberna y dio órdenes para proceder a la detención del administrador. Fui inmediatamente prevenido y me apresuré a descender al pasillo de la planta baja, me adelanté hacia el portal y pregunté al administrador:

—¿Quién quiere detenerte, hijo mío?

Szabolcs Szabadhegyi señaló a Franz Schieberna, al que no había visto todavía nunca en mi vida. Protesté y traté de dar algunas aclaraciones sobre la protesta en cuestión. Escuché entonces las palabras definitivas:

—Y también le detengo a usted, señor obispo.

Ascendí con rapidez las escaleras, me revestí con todos mis ornamentos episcopales de los días solemnes, regresé y me adelanté hacia los policías. Trataron éstos de empujarme hacia su automóvil. Pero la cosa se quedó en intento. Dieciséis de mis seminaristas vigilaban desde el primer piso el desarrollo de los acontecimientos y descendieron a toda prisa con tres de sus preceptores. Me rodearon y así frustraron el intento de la policía, que a partir de aquel instante se batió en retirada. No le quedó otra salida que marcharse con el automóvil vacío. Nosotros seguimos a pie. Yo iba solemnemente vestido, llevando a derecha e izquierda una hilera de estudiantes de teología y sus profesores. Así recorrimos, al anochecer de un día otoñal, las calles principales de la población, a lo largo de un kilómetro y medio. Las gentes salían de sus casas y otras afluían de las calles laterales. Se arrodillaban en las aceras e imploraban mi bendición. Se fue así engrosando el cortejo, de tal manera que al llegar a la jefatura de policía, me seguía una procesión tan nutrida como triste. Antes de entrar en el edificio, les rogué a todos que volvieran a sus casas y mantuvieran la calma. El capitán de la policía —le conocía del tiempo de mi actividad como profesor de religión —parecía muy confuso. Hizo que me prepararan un lugar apropiado para dormir en su propio despacho e igualmente se preocupó de los tres sacerdotes detenidos conmigo. Al día siguiente, Schieberna ordenó asimismo la detención de los seminaristas que habían impedido mi traslado en automóvil. El número de los detenidos se elevó así a veintiséis.

Cuando se hizo de noche, al segundo día de nuestra detención, nos trasladaron a la cárcel judicial. Para hacernos sitio fue primero preciso poner en libertad a cierto número de pequeños malhechores, como carteristas, etc. Se dio una explicación oficial de mi detención diciendo que había opuesto resistencia a las autoridades y tratado de organizar

una marcha de protesta para soliviantar a la población. Con ello había afectado el orden público y puesto en peligro la seguridad. Amparado en tales acusaciones, Schieberna ordenó que siguiéramos recluidos, a disposición del juzgado, todo el tiempo que fuera necesario. Pero el juez se negó, a pesar de todas las presiones y amenazas de que fue objeto por parte del comisario gubernativo, a emplear un mes en la redacción de un pliego de cargos. Tanto en la prensa como en los rumores que circulaban, se debatieron toda clase de causas de mi detención. Pero singularmente, nadie habló de la razón principal, que había sido el memorándum de los obispos, entregado por mí al gobierno, y también se silenció la versión que se basaba en la resistencia opuesta a la ocupación del palacio episcopal. Mucho tiempo después, cuando los comunistas ocupaban ya el poder, aquellos que no consideraban conveniente que se hablara de mi detención por los Cruces de Flechas difundieron el rumor de que había sido apresado a la sazón por el delito de acaparamiento. Endre Sik, el ministro del Exterior, no se recató en atacar esta fábula en uno de sus libros.

En la cárcel, nuestra vida estaba regida por las necesidades de la reclusión, pero sin que esto frenara nuestra actividad cotidiana. Dedicábamos la mañana a la Santa Misa, Comunión y meditación. Se celebraban conferencias teológicas y el 7 de diciembre, en la penumbra catacumbal de una celda, consagré sacerdotes a nueve seminaristas. Tan sólo disponíamos de una única vela, un único sobrepelliz y una única casulla; casi cada uno de nosotros tenía por acompañante a un vigilante armado. El presidente del tribunal, que era un hombre creyente y honrado, asistió a la solemnidad y autorizó que estuvieran presentes algunos seglares asimismo detenidos. En el ánimo de todos estaba la pregunta de si la ceremonia podría desarrollarse sin incidencias, puesto que en aquellos días no transcurría un minuto sin ataques aéreos, trasladados de tropas y transportes de prisioneros. Pero gracias a Dios, nos evitamos cualquier contingencia de aquella índole.

A mediados de diciembre nos enteramos del paso de los rusos por Banhida. Los Cruces de Flechas de Veszprém aparecían muy agitados. Al acercarse los rusos, nos amenazaron con fusilarnos a todos. Los alemanes consiguieron estabilizar el frente una vez más.

El 23 de diciembre de 1944 fuimos trasladados a Kóhida bajo estrecha vigilancia. El juez se había negado a efectuar cargo alguno contra nosotros. Por contra, los jueces que formaban el tribunal del Partido, en Kóhida, no tuvieron reparo en este sentido. Es también posible que Szá-lasi, que había confiscado mi casa en su provecho, pusiera especial interés en saber lejos al verdadero propietario. La cárcel de Kóhida había sido con anterioridad una fábrica azucarera. El Estado había construido una escuela para los hijos del personal y los empleados. Allá se reunía, en aquella época de ley marcial, el tribunal para celebrar los consejos de guerra. Los vehículos que nos transportaban nos dejaron en el patio de la escuela. Mujeres y niños llegaron corriendo para contemplar, sorprendidos, al obispo y sus sacerdotes encarcelados.

Nos encerraron luego en el edificio de la escuela. Nuestro traslado allá procuró algunas preocupaciones a la administración de la cárcel. Me dispusieron un lecho, que yo rechacé pues quería compartir idéntica suerte que mis compañeros. Los sacerdotes

detenidos conmigo me organizaron, colocando mapas como mamparas de separación, una cabina aparte donde dormir. Por la mañana dispusimos de un único lavabo y muy poca agua. Así es que acudimos a la bomba para lavarnos y utilizamos los pañuelos para secarnos. No tardó en congregarse en las proximidades una multitud curiosa para vernos.

El domingo por la mañana, al querer celebrar la Santa Misa, faltaron las hostias. Tuve que consumir pan común. En el silencio de nuestro oficio divino sonaron órdenes de mando y descargas de los piquetes de ejecución. Celebré el Santo Sacrificio a la intención de aquellos desventurados. A pesar de ser domingo —y la ley no permitía ejecuciones aquel día —fue colgado también aquella mañana Endre Bajcsy-Zsilinsky. Sus compañeros, el mariscal de campo János Kiss, el coronel Jenő Nagy y el capitán Vilmos Tarcsay habían sido ya ejecutados el día 8 de diciembre.

Pasamos tan sólo una noche en el edificio de la escuela. Luego se nos asignó un viejo y húmedo almacén como lugar de reclusión. De los soportes y vigas colgaban telarañas y las ratas correteaban por los rincones. En aquel mísero lugar celebramos la Navidad. Los seminaristas cantaron y yo pronuncié el sermón. Hablé de la universalidad de la Redención y mencioné al paso que en los días navideños mi madre daba a los animales domésticos alimentos de la mesa familiar. Luego nos trajeron dos grandes calderas de patatas que tenían que ser nuestra cena. Acudieron, sin embargo, dos esposas de los guardianes que nos ofrecieron, en nombre de las restantes mujeres de los policías, una solemne cena de Navidad. Fuimos, por tanto, sus invitados aquella Santa Noche. A pesar de la miseria y las necesidades, el recuerdo de aquella fiesta navideña es uno de los más hermosos que tengo en la vida. Aquellas valientes mujeres no dudaron en comprometer el puesto de sus maridos y el pan de sus familias para ofrendarnos un poco de la tradicional felicidad navideña. Comenzamos a cenar con gran alegría, pero también pensamos a los pocos instantes en la abstinencia y en los restantes detenidos hambrientos, a los que hicimos llegar las patatas y algunas de las golosinas.

Celebré la Misa del Gallo en la capilla de la cárcel. Me ayudaron mis sacerdotes y aquellos otros recién ordenados. Las intensas tinieblas de la época parecían gravitar sobre la paz tradicional de la festividad. Camino de la capilla nos enteramos del sacrificio de los patriotas al ver las horcas alzadas en el patio y la tierra removida de las fosas apresuradamente abiertas días antes. Me enteré asimismo que también nuestro jefe de Estado, Horthy, estaba encarcelado, al igual que tres presidentes del Consejo de ministros, conde Moric Esterhazy, Miklos von Kallay y Geza von Lakatos, así como otros ministros, altos magistrados, miembros del Senado, diputados, altos oficiales, artistas, sacerdotes y muchos otros héroes anónimos del pueblo. Entre ellos se contaban asimismo miembros de los partidos izquierdistas, como por ejemplo Laszlo Rajk, e incluso ateos, cuya participación en los cánticos y oraciones me conmovía profundamente. El peligro de muerte les había acercado a todos a Dios. Celebramos así en el dolor y sufrimientos comunes el Nacimiento del Señor. A través de un sacerdote también encarcelado, Millos von Káallay me solicitó que en el «memento» de la Santa Misa rogara por las calamidades y angustias de todos los buenos húngaros. Me Pareció que el ruego y la súplica se extendían más allá de los muros de \*a capilla de la prisión para abarcar Esztergom, Budapest y las tierras que atravesaba el

frente entre alemanes y rusos, donde unos afirmaban que luchaban para salvarnos y otros declaraban que morían para liberarnos. Nosotros llorábamos arrodillados ante el altar, ante la Carne y la Sangre de Jesucristo. Nunca una Misa del Gallo había llegado a emocionarme como aquélla.

### **Un nuevo alojamiento**

Tras la Misa del Gallo regresamos a nuestro almacén, helado y sin calefacción alguna, para el descanso nocturno. Había dormido unas dos horas cuando me desperté y oí susurrar a dos jóvenes clérigos.

Sin alzar la voz les dije:

—Pensad, criaturas, en la noche navideña de Santa Elisabeth y sus criaturas en el establo de la posada de Eisenach. No olvidéis tampoco el establo de Belén.

Por la tarde del día de Navidad recibimos visitas. El párroco de la población de Sopron, Kálman Papp, había obtenido permiso para verme. Le acompañaba el doctor Adalar Krüger, un viejo amigo. El doctor Krüger era diputado y había llegado hasta allá con el Parlamento fugitivo. Se ofreció a asumir nuestra defensa en el consejo de guerra. Con su ayuda, un sacerdote de mi curia había redactado una súplica al gobierno. Aunque de mala gana, accedí a que el rector del seminario de Szombathely se la presentara al gobierno Szálasi. Tiempo después, el rector en cuestión me hizo la confidencia de que no había expedido el escrito. Sentí una gran satisfacción por ello.

Anteriormente, en Veszprém, no habían estado permitidas las visitas. Tanto el obispo Apor como el arzobispo Kelemen habían tratado de hablar conmigo para expresarme su solidaridad y asumir asimismo su responsabilidad por el memorándum, pero sus solicitudes fueron rechazadas. Mucho después me enteré de que el obispo Apor había llegado a visitar al jefe de los Cruces de Flechas y al propio embajador alemán, Weesenmayer, para exponerles el caso.

En el transcurso de los últimos días del año ingresaron nuevos presos en la cárcel. Para hacerles sitio fuimos trasladados a Sopron, a la casa matriz de las Hermanas del Divino Redentor. A pesar de que subsistía nuestra condición de internados, se les permitía a las Hermanas nuestro cuidado. Al poco de nuestra llegada llevaron también allá al obispo Lajos Shvoy, de Szekesfehervar, así como a su hermano, el general Kalman Shvoy. Habían detenido al obispo por la prohibición hecha a sus sacerdotes de que modificaran proclamas y sermones en el sentido que deseaban los Cruces de Flechas. Muy pronto entablé con el obispo Shvoy una amistad que luego se revelaría de gran interés.

A mediados de marzo me visitó asimismo mi antiguo obispo y paternal amigo, conde János Mikes. Vivía ya retirado, y con la mejor intención quiso inducirme a que asegurara mi vida mediante una huida al Este. A pesar de toda la buena intención con que hizo la propuesta, no me fue posible aceptarla, pues no cabía duda alguna de que quien acudiera a

los bolcheviques para salvar su vida de los nazis, se vería obligado, tarde o temprano, a hacerles una contraprestación.

—Un obispo no puede unirse al comunismo si no es a expensas de una renuncia.

Las experiencias vividas por mí mismo tras la primera guerra mundial, lo ocurrido en la época de entreguerras y lo que estaba pasando en aquellos momentos, me daban una absoluta seguridad sobre ello. El obispo Mikes había escuchado emisiones extranjeras y creía en un cambio del comunismo ruso, que según él no representaba ya una amenaza para el pueblo y la Iglesia. Aquellas opiniones eran un claro ejemplo de un hecho lamentable: los dirigentes responsables de nuestro pueblo no sabían valorar con precisión los propósitos soviéticos. Creían con ingenuidad que los aliados occidentales de la Unión Soviética disponían del poder suficiente para impedir una expansión ideológica y territorial del bolchevismo. Estas esperanzas eran en cierta manera comprensibles, puesto que el país sufría todavía el dominio nazi y anhelaba una liberación. Pero también resultaba posible que los políticos dirigentes no conocieran suficientemente las obras de Lenin y Stalin y tampoco hubieran sido testigos de las prácticas del comunismo.

Siempre había echado de menos —también bajo el régimen de Horthy—una labor de clarificación sobre aquello. Cuando iba a emprenderse algo similar —aunque de una manera insuficiente— se detuvo la acción por consideración a las relaciones comerciales con la Unión Soviética iniciadas por el conde Bethlen. Por lo que a mí respecta, inmediatamente después de mi primer cautiverio durante el período de «la dictadura del proletariado» húngara, me dediqué al estudio de todas las encíclicas y cartas pastorales que abordaban aquella problemática. Profundicé mis conocimientos sobre la filosofía materialista y leí literatura marxista, tanto nacional como extranjera. Adquirí así temprana conciencia de la naturaleza del enemigo de la Iglesia que teníamos delante, así como de las reales dimensiones que cabía dar al terror que nos amenazaba. «Todo concepto de Dios es una indecible indignidad, un despreciable autovómito», había escrito Lenin a Gorki, reconociendo de manera explícita que el programa comunista tenía como uno de sus objetivos la expansión del ateísmo. Igual que combaten el individualismo y la propiedad privada, tratan de formar a su manera la familia y dar su propio carácter al matrimonio. Toda oposición es liquidada. La forma de practicar las persecuciones a los cristianos ha cambiado en algo desde Nerón y Julián el Apóstata y también han cambiado las forjas revolucionarias desde Stalin. Una consigna de los bolcheviques dice así: «No quitamos las iglesias al pueblo, sino el pueblo a las iglesias». Los estudios históricos mencionados me enseñaron tempranamente que el compromiso con semejante adversario casi siempre ha beneficiado a éste. Apreciaba y aprecio a aquellos que permanecen al lado de la Iglesia con riesgo de su vida, con la segura convicción de que si bien un perseguidor de la Iglesia sustituye a otro, la Iglesia es siempre superior a sus adversarios. Pueden caer los castillos y las fortalezas, pero la Iglesia, con toda su debilidad humana, no perecerá. La sangre de los mártires es desde siempre semilla de la que vuelve a brotar una y otra vez tras los días de su Pasión. Semejantes pensamientos me fortalecieron a raíz de la visita del anciano obispo, conde János Mikes, al que como querido y paternal amigo sólo pude desencantar en aquella

hora. Fue la última vez que nos encontramos en la prisión, en aquel mísero acomodo de Sopron, donde estábamos internados.

Los horrores de la llamada liberación provocaron su muerte. Cuando las tropas rusas alcanzaron la población donde vivía, los soldados borrachos comenzaron a perseguir muchachas y mujeres para violarlas. Oyó gritos y lamentos y salió de su casa para ayudar a las víctimas acosadas. En el mismo instante se llevó la mano al lado izquierdo del pecho y cayó sin vida en la escalera. Se le amortajó en el comedor. Por la noche, los «liberadores» acudieron a la casa, sacaron el vino de misa de la bodega, arrastraron allá a varias mujeres y bailaron toda la noche sin descanso.

En Györ, el obispo Apor fue otra víctima de la soldadesca. Mujeres y muchachas, aterrorizadas, buscaron escondrijo en el refugio antiaéreo de su residencia. El obispo trató de cortar el paso a los que intentaban penetrar allá. Dispararon sobre él, matándolo. «El buen pastor dio la vida por sus ovejas».

Los rusos se acercaban a nuestra localidad. Como habían puesto en libertad a los otros presos, seminaristas y sacerdotes, estábamos casi solos en el lugar de internamiento. Nos acompañaban otros dos obispos, el hermano de un general pensionado y tres sacerdotes que se habían quedado voluntariamente conmigo. Quiero anotar sus nombres: Ladis-laus Lékay, Szabolcs Szabadhegyi y Tibor Meszáros.

Por entonces, el presidente del Consejo, Szálasi, se encontraba en un pueblo próximo a la frontera húngara y rogó a los obispos de la región transdanubiana que se reunieran con él. En un intervalo de tranquilidad me fue posible enviar dos sacerdotes al príncipe primado, cardenal Seredi. Me hizo saber que rechazaba —al igual que yo mismo— semejante contacto con nuestro adversario. No me fue posible comunicar a Szálasi aquella decisión, porque había huido ya a Occidente. Sorprendidos, comprobamos asimismo que nuestros guardianes habían desaparecido, sin haber puesto su mano sobre nosotros, como temíamos.

### **Los «liberadores»**

La noche de Pascua, el Ejército Rojo entró en Sopron. Antes de que ello ocurriera, el alcalde convocó a los vecinos para preparar una acogida digna a nuestros «liberadores». El obispo de Szekesfehervar, su hermano y yo, fuimos invitados a la reunión. Me rogaron que en calidad de preso liberado pronunciara un discurso de recepción. Repuse que correspondía a un habitante de Sopron expresar el agradecimiento de la población; además, yo no había sido liberado, sino simplemente abandonado por los policías que me custodiaban. Hechas estas precisiones, no acudimos al recibimiento y tampoco salimos de la casa.

En los días siguientes, vi por la ventana lo que ocurría en los alrededores. Los soldados llevaban a los hombres al paredón, registraban en busca de las mujeres escondidas, se llevaban vino, alimentos, recuerdos de familia y objetos de valor. Los

mandos militares no intervenían porque evidentemente se proponían humillar a la nación húngara, que había tenido que combatir a su pesar y por imposición de los nazis. Querían humillarla y hacerle sentir todo el peso de su derrota.

También los alrededores de Sopron fueron objeto de idéntico pillaje efectuado por las tropas en pleno desenfreno.

Los soldados, borrachos, se repartían su botín bajo mis ventanas. No todos habían encontrado lo que deseaban o necesitaban. Así es que comenzaron a pelear entre sí, intercambiando insultos y terminando por empuñar las metralletas. Sonaron disparos. El ansia de la propiedad privada cuarteaba ya la colectividad comunista. Dos muertos y numerosos heridos fueron el balance de la pelea. Finalmente aparecieron soldados sobrios pertenecientes a los servicios de patrulla. Se llevaron a los que con tanta ferocidad acababan de enfrentarse, incluidos los heridos. También se llevaron el botín. Los cuerpos de los muertos se quedaron en la acera.

Tras el Ejército Rojo aparecieron pronto los comunistas húngaros. Anunciaron por medio de carteles una reforma agraria como primera medida de su programa y prometieron, con enormes letreros, el final de la pobreza en Hungría. Todo aquel material de propaganda había sido transportado hasta la población en camiones del ejército ruso.

Personalmente, siempre había deplorado que en Hungría no se hubiera llevado a efecto una reforma agraria aun antes de la primera guerra mundial. De haberla hecho, no habría resultado tan fácil que en 1920 y con la excusa de que se trataba solamente de latifundios, la tierra húngara hubiera pasado a manos checas, rumanas y servias. La reforma Que se prometía por parte del enemigo y aquellos que eran sus fieles instrumentos, servía de una manera abierta a los intereses del Partido y de la potencia de ocupación.

### **El regreso al hogar**

Durante el tiempo que duró mi cautiverio, se confirmó lo que yo había temido: pueblos y ciudades quedaron destruidos, las comunicaciones desbaratadas y tanto el servicio postal como el telefónico eran inutilizables. Tuve que establecer contacto con mi sede episcopal mediante un mensajero personal, cosa que no dejaba de tener sus peligros, dado el carácter de los rusos y sus caprichos. El 20 de abril de 1945 se formó en la estación de Sopron y con vagones de ganado, un tren que fue el primero en circular y que me dio la posibilidad de salir. Los ferroviarios de Sopron nos previnieron de los riesgos que corríamos. Temían que los rusos nos sacaran de los vagones y nos detuvieran. Unas horas más tarde llegamos a Papa, la primera población de mi diócesis. Como primera providencia me informé de la suerte de mis sacerdotes y fieles, escuchando cosas horribles, de las que sólo quiero mencionar una: desde la entrada de los rusos, en el hospital de los Hermanos Mercedarios había ingresado un total de mil mujeres y muchachas, de las que ochocientas sufrían contagio sifilítico. Muchas mujeres se habían quitado la vida y otras habían perdido la razón.

Tratamos de conseguir un vehículo. El alcalde provisional, de nombre Dezsó Sulyok, me dijo que con toda seguridad la autoridad rusa estaría dispuesta a poner un automóvil a disposición del obispo de Vesz-prém, liberado de la cárcel nazi. Tan sólo tenía que solicitarlo. Respondí a la propuesta con las siguientes palabras:

—Después de lo que se ha cometido con nuestras mujeres y hermanas, el obispo se avergonzaría de solicitar un automóvil del comandante de la plaza.

Conseguimos finalmente un carro de caballos. El propietario temía por la suerte que pudiera correr su tiro, mas para ayudar «al obispo» no vaciló en engancharlo. Le dije, para tranquilizarlo, que sólo precisaba llevarme hasta Farkasgyepü, donde el inspector de montes del obispado me proporcionaría mis propios caballos. Pero me encontré con la desagradable sorpresa de que allá no había disponibles caballos ni carrozas. Los «liberadores» habían «liberado» también de todo aquello al inspector de montes. Su esposa nos obsequió, en el hogar enteramente saqueado, con una magra sopa de judías, y nos encaminamos a pie a Hered, donde pernoctamos en casa del párroco. Al despedirnos, a la mañana siguiente, el párroco me dijo que había dormido en la misma cama utilizada días antes por el jefe ruso, mariscal Tolbuchin.

Durante mi estancia en Veszprém se celebraba el mercado semanal. Un hombre corpulento llevaba —como el buen pastor— un borrego sobre los hombros. Las mujeres le preguntaban:

—¿Por qué lo llevas así? ¿No puede andar? Yo respondí por él:

—Porque tal vez no quiere que se lo quiten, como han hecho con los otros.

Los presentes se echaron primero a reír y luego me miraron sorprendidos, reconociendo entonces a su obispo que volvía de la cárcel.

La residencia episcopal se encontraba en un estado indescriptible. La catedral había servido de acantonamiento de un destacamento de mujeres soldados y aparecía completamente saqueada. Al igual que las casas de los demás ciudadanos, también el palacio episcopal mostraba las huellas del saqueo. La despensa estaba vacía, y yo, rendido y hambriento. Hice entonces lo que me pareció más natural: acudir a casa de mi madre. Ella contribuyó a reparar mis fuerzas: me dio víveres para el sustento de la casa y gracias a ello fue posible enfrentarme con las más perentorias necesidades. Le fue posible prestarme aquella ayuda porque mi pueblo natal había sufrido mucho menos que los restantes lugares de los alrededores. Las tropas lo habían atravesado con rapidez y gracias a ello se convirtió en una feliz excepción en la tempestad parda y roja abatida sobre las tierras de Hungría.

La alegría del reencuentro fue breve. Las necesidades de mi diócesis me reclamaban. Montado en un cabriolé efectué una visita por todo el condado de Somogy, de Balaton al Drau. Conducía el carro mi fiel sacerdote, Szabolcs Szabadhegyi. No encontré más que seres aterrorizados, casas saqueadas e incendiadas y parroquias desiertas. Seis sacerdotes del condado habían sido víctimas civiles de la guerra. En Iszkaz, los rusos habían entrado

en el templo, vistiéndose con los ornamentos sagrados y montados a caballo habían efectuado un desfile. El joven párroco de otro pueblo, que protestó contra aquellas brutalidades, fue muerto a tiros. También mataron a la mujer de un notario, antes violada por diecisiete soldados, y a su hijo, que a la vista de aquellas crueidades cometidas ante su casa, comenzó a gritar y pedir auxilio. El marido quiso proteger a su esposa y fue detenido como «criminal de guerra» por resistencia al Ejército Rojo. Durante mi recorrido, escuché por doquier idénticas quejas y lamentos; por doquier se había asesinado y violado. No se libraron las niñas ni las ancianas.

Cuando nos reunimos, al término de la guerra, en el mes de mayo, para celebrar la primera conferencia episcopal, los pastores de las 12 diócesis no informaron de otra cosa que de crueidades y sangrientas violencias. Cientos de millares de personas se habían quedado sin techo o habían sido llevadas, como ganado, hacia el Este. Cuando le pregunté a un viejo jornalero del pueblo de Somogy:

—También le liberaron a usted, padrecito?

Su respuesta fue:

—Sí; me liberaron del sombrero y los zapatos.

### **La conferencia episcopal**

Durante los años de guerra no se habían celebrado conferencias episcopales. El contacto se efectuaba a la sazón por medio de mensajeros personales. Al fin había llegado el anhelado final de la contienda. Pero las preocupaciones y los apuros eran todavía más agobiantes. En mayo de 1945 resultó finalmente posible hacerse una idea aproximada de la situación del catolicismo húngaro. Muy pocas veces había sangrado nuestra patria por tantas y tan profundas heridas como en aquellos primeros días posteriores a la segunda guerra mundial.

El Nuncio Apostólico, Angelo Rotta, había sido expulsado del país por el alto mando ruso. La potencia de ocupación no quería testigos de su labor destructora. Desgraciadamente, la sede primada estaba sin ocupar. La angustia y la falta de medicamentos habían acabado, el 29 de marzo de 1945, con la vida del cardenal-arzobispo Seredi. En su lugar, la presidencia de la conferencia le correspondió al arzobispo más antiguo, József Grótz, de Kalocsa. Había sido mi antecesor como obispo de Szombathely y me rogó que redactara nuestra carta pastoral colectiva. A pesar de todas las discreciones que me recomendaron, traté de ofrecer un cuadro fiel de la situación eclesiástica. Guardé silencio sobre las ingentes depredaciones y violencias que las tropas soviéticas habían efectuado en el país y evidencié una cierta comprensión hacia la ordenación dictada por el gobierno provisional.

Transcribo a continuación el texto de la carta:

«Amados en Cristo:

»Desde que os hablamos por última vez, una guerra terrible se ha abatido sobre nuestro país, dejándonos un panorama devastador. Hemos vivido una de las mayores catástrofes de nuestra historia patria. Conmovidos y avergonzados, nos asomamos a las calles y plazas de todos nuestros pueblos, llenos de aflicción y repletos de amargura.

»A pesar de ello, agradecemos humildemente a Dios misericordioso que nos sea posible hablar otra vez con vosotros y que haya cesado el ruido de armas en Europa. No dejamos por ello de elevar nuestras súplicas para que desaparezcan las huellas de la loca matanza y, en su lugar, una paz grata a Dios devuelva a nuestra patria la posibilidad de un pacífico desarrollo.

»Trabajamos todos en limpiar las ruinas. Pero no por ello debemos dejar a un lado la consideración de que los daños causados en las almas son mucho más tristes que las ruinas materiales. El respeto a los Mandamientos de la Ley de Dios ha decrecido y también se ha hecho más frágil uno de los soportes más importantes de la vida de los pueblos: el respeto a la autoridad. Los duros golpes del destino nos han afectado con tanta intensidad precisamente porque los dirigentes de nuestra historia se han manifestado contrarios a nuestras tradiciones y han roto con la fe recibida en herencia.

»Muchos son de la opinión de que los humanos pueden incumplir los Mandamientos divinos y que, sobre todo, puede hacerlo el Estado cuando considera que sus objetivos le obligan a ello. Por esta causa son encarcelados seres inocentes, se les priva de sus propiedades, se les persigue y se les mata. Aquellos que ejecutan, apoyan o hacen posible todo ello, parecen haber olvidado que nosotros, en caso de una pugna entre las leyes de Dios y los hombres, tenemos que escuchar más a Dios que a los hombres. Aquellas autoridades, empero, que se colocan por encima de las leyes de Dios y de este modo le niegan su respeto no comprenden que con ello no hacen más que minar los fundamentos de su propia autoridad.

»Durante una guerra, también el sexto mandamiento parece perder su valor. Es nuestro deber la defensa de la pureza del matrimonio, aun en condiciones difíciles y adversas. Si una mujer ha sufrido violencia e interiormente no consintió a ella, puede su ánimo tranquilizarse: no ha cometido pecado. Nos sentimos llenos de sincero interés hacia nuestras probadas y sufridas mujeres y muchachas; también contemplamos con orgullo a nuestro pueblo, que ha hecho posible que muchas de esas mujeres y muchachas se convirtieran en heroínas en defensa de su honor.

»Queridos fieles: a pesar de que el actual gobierno es sólo provisional, tal como su propio nombre evidencia, es, sin embargo, el único representante del pueblo en el exterior y defensor del orden en el interior. Por ello hay que otorgarle, con todo derecho, respeto y obediencia en todos aquellos puntos e intereses que no contradigan a la ley de Dios. De todos modos, esta obediencia del pueblo tendrá que ir precedida por el sentido de responsabilidad de los propios gobernantes.

»De todas las nuevas ordenaciones promulgadas por el presente gobierno, la reforma agraria es la que mayormente afecta a la estructura de la sociedad. Sobre la constitucionalidad y aspecto ético y moral de la reforma agraria hemos expuesto con anterioridad nuestros conceptos ante el propio gobierno, por lo que aquí rozaremos tan sólo sus consecuencias con referencia a la Iglesia. Los seminarios y templos habían venido sosteniéndose hasta ahora con las rentas de las propiedades eclesiásticas. ¿Cómo se mantendrán en el futuro? La regencia de la Iglesia exige unos funcionarios y cancillerías, que significan asimismo grandes dispendios. ¿Podrán acaso los fieles de un país empobrecido y sumido en la miseria tomar sobre sí el peso que significa el mantenimiento de todo ello? Confiamos en vuestro afecto y capacidad para el sacrificio, heridos fieles; pero a pesar de ello no podemos dejar de mirar el futuro con preocupación.

»Las necesidades materiales y las pérdidas sufridas no acaparan, sin embargo, nuestra atención hasta el punto de no permitirnos ver las múltiples preocupaciones y dolores que pesan sobre la población. La suerte de nuestros numerosos prisioneros de guerra nos llena de inquietud e interés. Esta lucha no les ha deparado más que desventuras y derrotas, pero no por ello les espera de nuestra parte desprecios y reproches a su vuelta al hogar, sino amor y homenaje de respeto. Diariamente se eleva asimismo nuestra plegaria por aquellos jóvenes héroes que han ofrecido su vida por la patria. Los diez Mandamientos de la ley de Dios, entre los que se halla el mandamiento del amor al prójimo, nos hace volver también la mirada a nuestros enemigos, ya que sin ello dejaríamos de ser cristianos... Como custodios de los Mandamientos divinos, queridos fieles, proclamamos, ahora como antes, el próposito-miento, el honor y la eterna vigencia de su ley.

»Preocupados hasta el fondo de nuestros corazones por el futuro de nuestro Estado, tenemos que apremiar para que la ley de Dios no sólo informe la vida individual, sino que se cumpla asimismo por parte de la sociedad y el Estado. Mantengámonos firmes en nuestras creencias, en las que se ha apoyado nuestra patria y nuestro pueblo durante un milenio, y de esta manera aseguraremos la pervivencia de nuestro pueblo y la continuidad de nuestra patria también en el futuro. No es ésta una frase vacía, sino una verdad histórica: la espada nos ha arrebatado en ocasiones la patria, pero la cruz nos la ha mantenido. Ni un solo Estado ha pervivido más que fundamentado en la justicia y la ética. Los soportes de la justicia están constituidos por la Iglesia...

»Democracia y libertad son las palabras clave de la nueva existencia. ¡Qué palabras tan significativas! Democracia quiere decir que todo miembro del pueblo, clase o capa social debe participar, directa o indirectamente, en la regulación de los asuntos comunes. Nosotros, los católicos, podemos vivir especialmente encuadrados en este marco jurídico. Extraemos del Evangelio los verdaderos fundamentos de una auténtica democracia y no utilizamos la democracia como capa de interesadas aspiraciones.

»Donde habitan ciudadanos temerosos de Dios, allá se acata la ley y donde se acata la ley, está fortalecido el orden interno y donde está fortalecido el orden interno, el Estado es fuerte. Nada hace más sociables a los hombres que la religión, que no mantiene el orden por medios externos y coactivos, sino que por el hecho mismo de su magisterio de

sociabilidad domina los apetitos y las pasiones. Proteged y asegurad por ello vuestros derechos en el templo, necesarios para vuestra vida como católicos, ya que es el lugar de vuestra vinculación con Dios; protegedlos en la escuela, que es una importante educadora de vuestros hijos; protegedlos en la comunidad entera, que determina el orden exterior y el marco de vuestra existencia.»

### «La ingratitud»

En la carta pastoral nos habíamos mostrado discretos. No había sido fácil semejante actitud, puesto que seguían llegando a nuestro conocimiento acciones de violencia y, por otra parte, en el gobierno provisional impuesto por la potencia ocupante, tenían asiento elementos comunistas que se habían refugiado en Rusia y regresado con las fuerzas rusas. Recorrían con automóviles rusos la llanura húngara y las regiones orientales ocupadas en el otoño de 1944. Mediante consignas democrático-populares se mezclaban con miembros del Parlamento provisional que habían sido convocados el día 21 de diciembre en Debrecen. De los parlamentarios, más designados que elegidos, pertenecían setenta y dos al Partido Comunista, treinta y cinco a los socialdemócratas, doce al Partido Campesino y cincuenta y siete al Partido de los Pequeños Agricultores. A este número había que añadir diecinueve sindicalistas y treinta y cinco sin partido. El Parlamento eligió un gobierno provisional de estos grupos. Por voluntad expresa de los rusos, se encargaron de otras tantas carteras ministeriales, tres antiguos generales y un conde.

La Asamblea Nacional hizo asimismo entrega de la administración del país a los partidos. En los condados, capitales, demarcaciones y pueblos se establecieron, en lugar de las corporaciones existentes hasta aquel momento, comités nacionales formados por representantes de los partidos y sindicatos reconocidos. Como es natural, los partidos marxistas estaban directamente influidos por Moscú. La potencia ocupante comprendió, empero, desde el primer momento, la necesidad de proceder a la infiltración de elementos de segura confianza en el Partido de los Pequeños Agricultores, que no tenía carácter marxista. Por su parte, los sindicatos organizaron nuevas elecciones en su esfera. Mediante una presión de carácter masivo se cuidó de que los candidatos surgieran de las filas de los comunistas o sus simpatizantes. Los miembros de todos los partidos citados formaron comités y tribunales destinados a sentenciar los «delitos de guerra» y los «crímenes de los enemigos del pueblo». En realidad, su principal tarea consistía en seleccionar de los partidos y organizaciones las gentes que parecían sospechosas a ojos de los rusos. Se prescindía con facilidad del castigo si el condenado se declaraba explícitamente dispuesto a colaborar con los marxistas.

En teoría, era posible la apelación al Tribunal Popular de aquellas sentencias emitidas por los comités locales; en la práctica, resultaba difícil esperar una rectificación o una casación del fallo. Todo el mundo tenía que ser miembro de un partido. Sin el carnet de un partido, no resultaba posible salir adelante, tanto en el aspecto social y comunitario como en el privado. Un carnet de partido abría todas las puertas. Por ello, se me procuró una tarjeta del Partido de los Pequeños Agricultores cuando me dirigí por vez primera a Budapest con ocasión de la mentada carta pastoral. Al regreso de la capital, los soldados

rusos rechazaron nuestra documentación. Sólo estaban dispuestos a reconocer documentos comunistas. Así que no nos quedó otro remedio que regresar a la capital y alcanzar mi sede episcopal por otros caminos, alejados de las principales vías de comunicación.

Crecía, entretanto, el poder de la policía política, organizada según el modelo ruso. Muy pronto dirigió su acción, sobre todo en los grandes municipios, contra los inocentes, tratando de atemorizar a la población y obligarla a una colaboración en las delaciones y denuncias.

En la primavera de 1945, el gobierno provisional se trasladó desde Debrecen a Budapest. Durante el verano recibí la visita de los sacerdotes István Balogh y Béla Varga, que pertenecían al partido de los Pequeños Agricultores, para solicitarme que les acompañara a Budapest para expresar al Ejército Rojo y su mando nuestra gratitud por la liberación. Balogh fue el que llevó la voz cantante en la conversación. Ya durante mi cautiverio —a la sazón era párroco de Szeged— se había incorporado a los partidarios del gobierno comunista de Debrecen, llegando a alcanzar en el mismo el grado de subsecretario. Más tarde declaró en una conferencia de prensa celebrada en Moscú lo siguiente:

«Aparte de los inevitables excesos en una guerra, no cabe mencionar grandes crueidades. Recibimos con júbilo al Ejército Rojo, pues los alemanes nos habían oprimido y saqueado durante largos años.»

Permanecí unos instantes silencioso, contemplando a mis dos visitantes. Luego respondí:

—Soy el obispo más joven. Hay pastores capaces de representar mejor que yo la Iglesia de Hungría; haga usted su petición al obispo de Székesfehérvár o a los arzobispos de Kalosca y Eger.

Como prosiguiera su insistencia, les precisé que no se trataba de un asunto ordinario y tenía que meditarlo seriamente. Durante una posterior visita a Budapest, me encontré por una casualidad en la que sin duda tuvo él bastante parte, a István Balogh, que insistió en sus propósitos.

—He meditado seria y profundamente —le respondí—. No puedo acceder en la presente ocasión.

De haber alentado la mínima esperanza de poder aliviar en algo los sufrimientos humanos con aquella acción, la hubiera echado sobre mí. Cabía temer, sin embargo, que semejante acto por parte de un obispo engañara al pueblo sobre la naturaleza e intenciones del comunismo.

## **La Iglesia y el mundo nuevo**

Cuando el Ejército Rojo traspuso las fronteras de la Hungría histórica, se preocupó de mostrar la mejor de sus caras a la nación. A esta preocupación correspondía el llamamiento del Alto Mando ruso del mes de octubre de 1944:

«Húngaros:

»El Ejército Rojo os exige que permanezcáis en vuestros puestos y prosigáis vuestro trabajo pacífico. Los sacerdotes y los fieles pueden proseguir sin obstáculos sus prácticas religiosas.»

Esta manifestación evidenciaba ya que para el comunismo la libertad religiosa es únicamente la libre práctica de los servicios divinos. Resulta suficientemente conocido lo que esto representa, pues tal es la libertad disfrutada por la Iglesia rusa ortodoxa bajo el metropolitano Sergey. Descarta cualquier actividad cultural, social y caritativa de la Iglesia. Los comunistas húngaros, que conocían la teoría y práctica de Moscú, se preocuparon en poner de relieve (relieve correspondiente á la situación que la Iglesia húngara tenía a la sazón) que no era su propósito desalojarla de los terrenos de actividad en que entonces se movía. Declararon también que se buscaría una solución a todos los problemas planteados entre la Iglesia y el Estado. Pero en los más íntimos círculos del Partido seguía vigente la consigna: «La religión es una superestructura ideológica perjudicial y sirve para el embrutecimiento de los pueblos explotados y oprimidos». Tan sólo se les decía a los miembros del Partido que las ideas de Lenin eran todavía decisivas y, por ello, el marxismo seguía siendo un enemigo de toda religión tan implacable como el materialismo de los enciclopedistas en el siglo XVIII o el de Ludwig Feuerbach en el siglo XIX. De todos modos, se concedía a los comparsas de Moscú, también de acuerdo con las ideas de Lenin, que por razones tácticas la lucha contra la religión tenía que llevarse en determinados casos de tal manera que los círculos religiosos no experimentaran temor alguno y se utilizara cuantos sacerdotes y religiosos fuera posible para alcanzar los objetivos propuestos.

Los partidos marxistas se comportaron primeramente de acuerdo con estas líneas tácticas expresadas por Lenin. Líneas acertadas desde su punto de vista, puesto que de otra manera habrían lesionado extensos sectores del pueblo húngaro. Nunca en el transcurso de su historia, los húngaros, tanto católicos como protestantes, se habían mostrado tan heles cristianos como en aquellos días. El buen ejemplo ofrecido en los inmediatos tiempos anteriores, tanto por el valor como por la decisión que los dirigentes espirituales mostraron durante el dominio nazi, daba ahora sus frutos.

Un profundo efecto tuvo también el dramático llamamiento de mi antecesor, el cardenal primado Serédi, que exhortó a los sacerdotes y religiosos a no desamparar a sus fieles y permanecer en sus puestos, incluso al precio del martirio. De esta manera hizo posible que en las instalaciones y edificios eclesiásticos encontraran refugio centenares de miles de personas en la fase final de la guerra y pudieran así salvarse. Conventos, seminarios y casas parroquiales fueron lugares donde encontraron salvación las mujeres

perseguidas por la desatada furia de los soldados rusos. El pueblo húngaro no lo había olvidado.

No es de extrañar, por tanto, que los fieles se sintieran estrechamente vinculados a la Iglesia. Los problemas más agudos provocados por la penuria en que se encontraba el Estado y la sociedad fueron resueltos con ayuda de la Iglesia: La población, empobrecida, en los huesos y amenazada por epidemias, obtuvo víveres, ropas y combustible gracias a «Caritas». Fueron numerosos también los fieles que contribuyeron, con su trabajo voluntario y personal, a la reconstrucción de iglesias, escuelas, conventos, casas de cultura y parroquiales devastadas por el huracán bélico. Se acrecentó en todo el país el número de los que frecuentaban los templos y recibían los sacramentos. Los padres que matriculaban a sus hijos en las escuelas católicas eran mucho más numerosos también. Asimismo brotaba nueva vida en las asociaciones religiosas. Millares y millares de personas acudían a las procesiones y las peregrinaciones. Acogían con entusiasmo todo cuanto significara dar una muestra de sus convicciones cristianas. Las publicaciones religiosas, muchas veces reproducidas con multicopista, eran muy solicitadas y pasaban de mano en mano.

Esta influencia cada vez más creciente de la Iglesia inquietaba a los comunistas. Por su parte, sólo conseguían atraer hacia sí núcleos y grupos de muy escasa importancia y tenían así conciencia de que aquel acercamiento masivo a la Iglesia equivalía asimismo a un rechazo de las concepciones materialistas. De esta manera, la primera gran procesión celebrada el 20 de agosto de 1945 equivalió a una categórica repulsa del comunismo.

500.000 fieles formaron aquel día cortejo tras la reliquia de la mano derecha incorrupta de San Esteban. Centenares de miles asistieron al paso de la procesión. Budapest evidenció de una manera que no podía desconocerse que «el más preciado bien de nuestra nación es la herencia que el santo rey nos ha dejado. Por ello nos aferramos al cristianismo y no estamos dispuestos a que el ateísmo y el materialismo arraiguen en nuestro país».

En tales circunstancias, los comunistas intentaron infiltrarse en nuestras comunidades. Miembros del Partido asistían a los oficios divinos, frecuentaban los sacramentos, tomaban parte en las procesiones con sus distintivos. Al mismo tiempo, buscaban la amistad y el conocimiento de los encargados del cuidado de las almas. Brigadas comunistas cooperaron en la reconstrucción de los templos bombardeados. En casi todos los casos exigían certificación escrita de esta colaboración y luego la publicaban en los periódicos, como prueba de su buena voluntad hacia la religión.

Y sin embargo, en el transcurso de aquellos meses se infligieron a la Iglesia tres duros golpes. Con la reforma agraria se quitó a las instituciones religiosas su apoyo material. Se determinó una indemnización por los bienes expropiados, pero lo cierto es que su pago no se incluyó nunca en el orden del día del Parlamento. Se aprobó un régimen de subvenciones, pero se rechazó una definitiva clarificación de las circunstancias para poder así ejercer con mayor fuerza presión sobre la Iglesia en el momento de llevarse a efecto las negociaciones entre la Iglesia y el Estado. A pesar de esta lesión a la ley y la fe, el

episcopado aceptó sin protestas la reforma agraria. En la primera carta pastoral de postguerra otorgó la bendición a los nuevos propietarios con la esperanza de que Dios hiciera posible que los frutos que a ellos les reportara aquella medida, consolaran a la Iglesia de sus pérdidas y sus sinsabores.

El segundo golpe fue la necesidad de renovar los permisos de publicación a que se sometió a toda la prensa católica. La Iglesia, que antes de la guerra había poseído una prensa floreciente, se vio obligada a pedir los nuevos permisos de publicación. Permisos que sólo otorgaba el alto mando del Ejército Rojo. Autorizó tan sólo la salida de dos semanarios católicos, justificando su decisión en la escasez de papel. Los comunistas publicaban, por su lado, veinticuatro diarios, así como cinco semanarios y revistas. Las publicaciones católicas estaban limitadas a un determinado número de páginas, no podían aparecer de una manera regular y eran, además, objeto de censura. El objetivo de tales medidas estaba bien claro: la exclusión de la Iglesia de la vida pública, la reducción de su influencia informativa y la paralización de sus actividades.

En el programa de los partidos establecido en Debrecen subyacía un gran peligro para la Iglesia y la religión. El programa en cuestión negaba las posibilidades de fundación y existencia de un partido cristiano actuante y válido. También en Hungría —como en el resto de Europa— los partidos católico-cristianos habían interpretado un papel importante en la vida política. El partido cristiano había acrecentado su influencia en el Parlamento y en el pueblo tras la derrota de 1919 y la siguiente época de entreguerras. Los políticos cristianos trataron de conseguir en Debrecen el permiso para la reinstauración del partido, pero las intrigas marxistas lograron que tan sólo consiguieran un denominado Partido progresista católico con el que les resultó a los obispos imposible Joda colaboración. Muy pronto —en el verano de 1945— cambiaron también los comunistas las leyes que regulaban el matrimonio. La separación e los cónyuges podía ser causa de divorcio, incluso cuando ninguno de ellos hubiera determinado dicha separación. Por ejemplo, en los casos de fuerza mayor, como servicio militar, encarcelamiento o arresto, bastaba que vivieran un mínimo de seis meses separados y no quisieran volver a reunirse por voluntad de uno de ellos. En el mes de agosto se desencadenó el ataque a escala nacional, perfectamente calculado y medido, contra la memoria de la mayor figura histórica de nuestra nación. Pues grandes servicios al país fueron menospreciados por parte de una crítica enconada. Comenzó el ataque con la publicación por parte del ministro del Bienestar Social y en la publicación de las juventudes comunistas de un artículo ultrajante sobre San Esteban. Los maestros quedaban obligados a adoptar el marxismo como base de su labor educadora, en vez de «las anticuadas concepciones cristianas». Los albergues juveniles católicos fueron objeto de expropiación y posterior cesión a las juventudes marxistas. Otros albergues se construyeron de nueva planta, con fondos estatales y funcionaron como instituciones docentes. Las instituciones en cuestión tenían que contribuir al alejamiento de jóvenes y muchachas de los ideales cristianos. Hay que precisar que todo esto se efectuó muy lentamente, que los soldados del Ejército Rojo no estorbaron en un principio y de manera sistemática la acción de la Iglesia, así como tampoco lo hicieron los comunistas húngaros, que temían la lucha abierta. Esto queda reflejado en una circular del episcopado, donde el 24 de mayo de 1945 se decía:

«Se ha extendido el rumor de que el ejército ruso tenía la intención de destruir la Iglesia. El rumor se ha revelado totalmente infundado. Hemos recibido, por el contrario, muchas atenciones hacia la vida religiosa por parte del alto mando. Nuestros templos están en pie y no se pone limitación alguna a los servicios divinos. Pero es posible que nos aguarden tiempos difíciles».

Con esta última frase y como advertencia a los fieles, queríamos llamar la atención sobre la equívoca actuación de los comunistas.

### **Mi nombramiento de primado**

El día 8 de septiembre de 1945 regresé desde el condado de Somogy a mi sede episcopal. Me aguardaba Josef Grosz, arzobispo de Kalocsa y a la sazón presidente de la conferencia episcopal. Me comunicó que era deseo del Santo Padre que yo asumiera el arzobispado de Esztergom y de esta manera ocupara la sede primada de Hungría. Esperaba poder llevar al día siguiente mi aceptación a Roma. Medité mucho, hasta bien pasada la medianoche. Luego rogué una prórroga de veinticuatro horas. Me habría sido fácil y hubiera tenido muchas razones para rechazar la solicitud. Si hacía cien años, Jozsef Kopacsy había luchado largamente consigo mismo al tener que dar el mismo paso y trocar Veszprém por Esztergom, un conocedor de las circunstancias comprendería que no podía dar sin vacilaciones mi asentimiento.

A los dos días accedí. Un factor decisivo de este asentimiento fue la confianza del Papa Pío XII. Conocía mi naturaleza y sabía que mis preocupaciones eran pastorales antes que políticas. Me había propuesto para asumir la diócesis de Veszprém, a pesar de que el gobierno oponía a la sazón dificultades. El Santo padre estaba informado por el Nuncio de la administración de mi diócesis y, por tanto, de la posibilidad de mi detención. Por ello apremiaba el tiempo. El portador de la propuesta me indicó que el catolicismo húngaro sufriría grandes perjuicios si la sede primada, que estaba vacante desde hacía medio año, seguía sin ocupar. Cuando acepté, confiaba con todas mis fuerzas en nuestro pueblo, que vivía valientemente su fe y evidenciaba cada vez con mayor empeño su adhesión a la cristiandad, tal como había hecho tantas veces a lo largo de su historia. Confiaba asimismo encontrar algún apoyo en la comisión aliada de control (SZEB), que tras el armisticio era la instancia suprema en los destinos de nuestra derrotada nación. Además de los rusos, formaban parte de aquella comisión los representantes de la misión militar de las potencias occidentales.

Durante la semana que siguió a mi decisión emprendí un recorrido para impartir la confirmación por los alrededores de Papa y visité detenidamente las parroquias. Me interesaba de una manera especial la situación de aquellos nuevos centros de atención de almas, de los que a partir de entonces no podría ocuparme. Durante aquel recorrido me llegó el definitivo nombramiento como primado de Hungría por Pío XII. Jozsef Grosz, el arzobispo de Kalocsa y administrador de la sede, hizo pública la noticia en la mañana del 15 de septiembre de 1945. En el transcurso de aquella misma jornada, el gobierno provisional se sintió movido a poner a mi disposición, para mi protección y por la dignidad del cargo,

un automóvil militar adornado con banderas. Con este vehículo me desplacé primeramente a Papa, donde impartí el 16 de septiembre el sacramento de la confirmación a 800 muchachos y muchachas. Tras haber hablado primeramente a los confirmados, dirigí en mi sermón un breve llamamiento a la nación, exhorté a todos los fieles a la superación de las diferencias y al ejercicio consciente de los deberes y derechos ciudadanos: «La Iglesia desea y exige de todo cristiano que ejerzte sus derechos ciudadanos — sin preocuparse de las intimidaciones —de acuerdo con su conciencia. Todo cristiano húngaro tiene el deber de hacer uso de sus derechos ciudadanos. Todo católico húngaro tiene que dejarse guiar por su conciencia en el ejercicio de estos derechos y deberes. Tan sólo de esta manera conseguirá que los principios cristianos sigan informando en el futuro nuestra vida pública».

Hablé con tanta claridad porque estaban próximas las elecciones para el Parlamento, preparadas con mucha astucia y ambigüedad política.

Luego proseguí: «La Iglesia católica ha vivido en este país algunas tormentas desde hace mil años a esta parte. No se oculta cuando las tormentas amagan y está siempre, por tanto, en primera línea con el pueblo húngaro y por el pueblo húngaro. La Iglesia no solicita ninguna protección terrenal; se protege bajo las protectoras alas de Dios».

En el altar mayor de! templo de Papa aparecía la lapidación de San Esteban. Señalé aquella pintura y rogué a los húngaros que no se arrojaran piedras unos a otros, sino que rivalizaran en el perdón y la caridad con los primeros mártires de la Santa Iglesia.

Tanto los amigos como los enemigos podían interpretar mis palabras en el sentido de que el primado no se engañaba sobre la difícil situación de la Iglesia y la nación y sabía exactamente que al asumir el más alto puesto eclesiástico de Hungría en aquellas circunstancias, había tomado sobre sí una tarea cuyas proporciones sobrepasaban la capacidad de las fuerzas humanas.

La tarde del mismo día me dirigí con aquel automóvil militar que conducía un soldado uniformado, a Mindszent, a casa de mis padres. Formaba parte de mi escolta un teniente, que había sido antiguo alumno mío, y el sacerdote más joven del obispado. En las pocas horas que pasé en casa, mis padres vertieron muchas lágrimas, pero no de alegría sino de preocupación. Mi madre me prometió sus oraciones para los difíciles tiempos que se avecinaban y también mi padre intuyó, según dejó entender al despedirse, los riesgos que me amenazaban.

Riesgos que no se hicieron esperar mucho. Hacía apenas diez minutos de nuestra salida de Mindszent cuando corrió ya peligro nuestra vida. En el pueblo de Csipkerek, junto a la carretera principal Budapest-Szent-Gotthard, nos cruzamos con un grupo de soldados rusos borrachos entregados al saqueo. Habían detenido un camión de transporte, desvalijándolo. Hicieron señales para que nos detuviéramos. Nuestro chófer frenó. Yo le hice además de que aumentara la velocidad, por lo que apretó el acelerador y pasamos a

toda velocidad junto a los rusos. Sacaron inmediatamente las pistolas ametralladoras y dispararon unas cuantas ráfagas que no dieron en el blanco.

Cuando el día siguiente informé del incidente a la comisión de control aliada, el ruso que presidía no se dignó dar siquiera una respuesta a mis reclamaciones. A decir verdad, no había hecho aquella intervención tanto por propio interés como en la esperanza de que mi queja llamaría la atención sobre situaciones tan insopportables como aquélla y podría así ayudar a otros. Si ni siquiera el primado del país podía desplazarse con seguridad plena, calcúlese el riesgo en que se encontraría cualquier húngaro que viajara por su patria...

Di por terminadas las labores episcopales en mi diócesis y comencé los preparativos para hacerme cargo del arzobispado de Esztergom.

El vicario general, János Drahos, me visitó para tratar sobre estos preparativos para mi instalación. Me desplacé a Budapest, pero hice con anterioridad una vista a Lajos Shvoy, el obispo de Székesfehérvár, en quien tantas veces había encontrado comprensión y amistoso consejo. También en aquella ocasión hablamos de mis preocupaciones y mis planes. Le entregué asimismo, con destino al periódico «Uj Ember», un artículo editorial largamente pensado, en e.1 que se exponía el papel de las comunidades parroquiales en la nueva situación. Durante nuestro período de cautiverio había tratado con aquel obispo y amigo sobre las ideas expresadas en el artículo. También él consideraba por su parte que era una imperativa labor de la jerarquía agrupar a los fieles en comunidades religiosas intensamente organizadas. El texto demuestra que bastantes décadas antes del Concilio Vaticano II, habíamos dado a los católicos húngaros, al «pueblo de Dios», instrucciones en el campo del cuidado de las almas, inspiradas por un espíritu similar. El artículo llevaba el título «Nuestra principal tarea en estos años difíciles». A continuación se ofrece un extracto del texto:

«Los tiempos difíciles representan siempre un final para ideas e instituciones humanas. Ideas e instituciones nuevas salen a la luz o se adelantan hasta un primer término. Las diócesis católicas húngaras, con sus extensos y múltiples campos de actividad, son factores importantes de la vida pública. Fortalecen la confianza católica en sí mismo, favorecen la convivencia y desarrollo conjunto del pueblo católico, la actividad benéfica y caritativa, la formación católica, la información, las misiones y la prensa.

»Ya desde antes del año 1919 existían en Hungría comunidades religiosas y conventos cerrados, por ejemplo, en Sopron y Kószege. Pero aquel año comenzó un extenso desarrollo en la vida de las comunidades. Puede decirse que desde entonces, cada parroquia y cada comunidad católica romana, que sostenía una escuela, tenía también su templo. El desventurado año 1919 exigía aquella estrecha cooperación. El año 1945 exige lo mismo por causas idénticas. Las comunidades parroquiales tienen que multiplicarse, ya que la situación en los nuevos asentamientos rurales y las nuevas áreas de colonización exige imperiosamente nuevas parroquias y templos parroquiales. Incluso en las zonas donde en 1919 no parecía necesaria la prisa, resulta apremiante en este año 1945. Este año

tormentoso exige asimismo una profundización en la vida de las Parroquias y comunidades religiosas actualmente existentes.

»Tarea principal de estas comunidades es unir y reconciliar en Cristo a la sociedad articulada en clases y partidos.

»El lema predominante es en la actualidad: democracia y gobierno del pueblo. Las comunidades religiosas no representan una forma oriental ni occidental de democracia; queremos la superación de todas las contradicciones con la unidad, la unidad del pueblo de Dios y la unidad de la familia. Entre nosotros están unidos todos los estratos del pueblo, sin excepción de uno solo, de una sola clase.

»La estructura de la sociedad nos divide en campesinos, burgueses, obreros, etc. La comunidad religiosa nos une en Cristo y en su Cuerpo Místico, que es la Iglesia. Frente a regímenes fascistas, imperantes hasta hace poco, proclama la Iglesia incansablemente los derechos del individuo, del ser humano, de la familia.

»Hoy, en la era atómica, la Iglesia húngara hace realidad en sus comunidades el ruego del Maestro: «que todos sean uno» (Juan, 17, 11). El Estado, la sociedad en proceso de desintegración y cada uno de los fieles de la Iglesia debería sentir agradecimiento por estos esfuerzos. La Iglesia activa la realización del catolicismo en el marco de los pueblos y las parroquias.

»La propia vida de las comunidades hace notoria su tarea: los servicios divinos, las escuelas católicas, las casas de cultura, los camposantos, la salvaguarda de la familia, los pobres, los enfermos, los que sufren, los faltos de ánimo; todos aquellos que están durante su vida terrenal más cerca del

Señor...»

En Budapest fui a ver a mi vicario general y me dirigí a la Acción Católica para mantener un intercambio de impresiones con sus dirigentes. Hablé con el Padre István Borbély, provincial de los jesuitas y el superior carmelita, Marcel Márton. Con uno traté sobre las organizaciones culturales y católicas; con el otro, de los problemas que afectaban la vida religiosa de los fieles.

Fijamos el 7 de octubre de 1945 como fecha de mi instalación en Esztergom.

### **Mi instalación en Esztergom**

El 6 de octubre de 1945 entré al atardecer en mi ciudad residencial. Mi madre me había acompañado desde mi población natal. De los parientes que residían en Budapest estaba presente mi primo, el doctor Miklós Zrinyi, juez del Tribunal Supremo. Desde Zalaegerszeg llegó-una delegación de antiguos y fieles colaboradores a cuyo frente estaba el presidente de la Asociación de Industriales, István Horváth. Veszprém envió a los miembros capitulares y el canónigo catedralicio; Szombathely al rector del seminario, Gefin

Gyula, con otras muchas amistades. A última hora de la tarde fui recibido en Esztergom por los miembros del capítulo cardenalicio, los rectores y funcionarios de la curia arzobispal, clero de la ciudad, benedictinos, franciscanos y miembros de numerosas órdenes femeninas. Budapest envió a los representantes de las organizaciones nacionales católicas, asociaciones e instituciones. Uno de los días siguientes compareció asimismo una delegación del gobierno provisional a cuyo frente estaba el ministro de Defensa, János Vörös.

El aspecto que ofrecía Esztergom a la sazón era acongojante. La basílica, que mira a la ciudad como una madre protectora y había ofrecido, efectivamente, protección a sus hijos durante el intenso fuego de cañón, había quedado parcialmente destruida. Mientras pronunciaba mi alocución de llegada, se desencadenó, llegada desde los montes de la Alta Hungría, una tormenta y el agua penetró por los numerosos boquetes de las bóvedas. Pronuncié mis palabras en el amplio templo y en abierto desafío con las desatadas furias tormentosas. También el palacio episcopal, el museo diocesano, famoso en el mundo entero, el seminario, escuelas, conventos, casas parroquiales y diversas casas particulares mostraban las huellas de la guerra. Pero en una ciudad como aquélla, con su gran pasado, la vida proseguía entre las ruinas.

Nuestros antepasados calificaron a Esztergom de la perla del país. Calificativo apropiado. Su belleza natural, el lugar que ocupa en las estribaciones de los Cárpatos y sobre la cuenca danubiana, así como el papel representado por Esztergom en la historia milenaria de la nación, tanto en su aspecto religioso como nacional, la hacen digna de tal atributo. Ottokar Prohánska denominó a Esztergom llama de la Cristiandad y la Hungaridad. Allí nació San Esteban, rey de Hungría. Allí fue bautizado. Allí fue coronado, con la corona que le regaló el Papa Silvestre. Allí residía el principio de la formación de Hungría como Estado.

Esztergom había sido capital del país, ya bajo el padre de San Esteban, el príncipe Géza, que hizo construir el palacio real y junto al mismo, la basílica sagrada de tres naves en honor del santo obispo y mártir, Adalberto.

Esztergom fue capital de Hungría por espacio de dos siglos y medio. Allí residió todavía la corte de Bela IV, antes de que este rey, alertado por la experiencia del ataque tártaro, buscara un lugar más seguro para la capital y la trasladara a Buda. Obsequió entonces al arzobispo con su palacio episcopal. La residencia arzobispal que ahora tenía yo que ocupar, mostraba numerosas destrucciones causadas por la guerra. Esztergom había sido capital de la Hungría medieval y allí fue donde se redactaron las leyes. La ciudad había dado la pauta con su cultura, con su arquitectura y su arte. Era, a la sazón, punto central del comercio y la industria húngaros. Arquitectos científicos, escritores y artistas se asentaron en gran número en la ciudad, de la que hicieron su residencia. Pero Esztergom fue igualmente expresión de la concepción cristiano-medieval del Estado, en la que Sacerdocio e Imperio, Papa y Emperador, se daban la mano. La expresión húngara de este concepto eran el rey de Hungría y el arzobispo de Esztergom. El primado coronaba al rey con la corona que había ceñido San Esteban. Con aquel acto de la coronación, el rey pasaba a ser

soberano de la nación. La santa corona era fuente de derecho y poder en el país. Toda la nación, tanto el rey coronado como su pueblo, estaban bajo la santa corona. Santa corona que unía rey y pueblo y que era origen simbólico de la soberanía nacional.

El derecho de coronación que tenía el arzobispo de Esztergom le daba la primacía entre los dignatarios del Estado y la Iglesia. Asumía los poderes del rey cuando éste se ausentaba del país y el soberano acudía a él en busca de consejo. Cuando el rey faltaba a la carta constitucional, el arzobispo de Esztergom estaba obligado a exhortarle y exigirle el mantenimiento de los preceptos constitucionales. La historia cuenta también que el cumplimiento de estos deberes reportó en ocasiones tremendas dificultades e incluso el cautiverio para los arzobispos de Esztergom. En tal sentido cabe citar a los obispos medievales, Lukács Banfy, Job, Robert y Ladamér; a János Vitez, bajo el reinado de Matías; así como György Lippay contra Leopoldo I. También tienen su lugar en la historia József Batthyay, que mantuvo su pugna contra José II y János Scitovsky contra Francisco José. Semejante actitud correspondía por entero a las esperanzas de la nación y era valorada por los católicos e igualmente por los miembros de otras confesiones como un deber natural del primado.

La dignidad, los derechos y las obligaciones del primado subsistieron inalterables cuando tras la primera guerra mundial y mediante la ley de 1920, se introdujo en el nuevo texto constitucional húngaro la figura del Regente, que ejercía la representación del rey ausente.

Mi predecesor, el famoso jurisconsulto, cardenal Séredi, asumió en 1942 esta responsabilidad en el curso de un mensaje radiofónico, al decir entre otras cosas:

«En la persona del príncipe primado de Hungría se aúnan, por circunstancia feliz, la más alta dignidad de la Iglesia católica y del Derecho público húngaro, unión que simboliza el reino cristiano húngaro».

Esta posición singular y privilegiada tenía su origen en el hecho histórico de que mediante nuestro santo rey San Esteban, el primado fuera nombrado —con el asentimiento de la Santa Sede— arzobispo de la entonces capital Esztergom y metropolitano de todas las diócesis húngaras. Muy pronto, el Pontífice romano vincularía a la dignidad de primado el cargo de legado pontificio, de tal manera que su jurisdicción eclesiástica abarcaría todo el país... Por disposición del rey San Esteban, el príncipe primado es por consiguiente la primera autoridad legal después del rey o bien tras el jefe del Estado...

Esta dignidad doble del príncipe primado, representaba para él una continua, difícil y fiel labor, de tal manera que tenía que vivir y trabajar para la Iglesia católica húngara y para la Patria húngara.

El Parlamento provisional que celebró sus sesiones en 1945, en De-brecen, no trató de la posición constitucional del primado, por lo que no sólo el pueblo sino también el gobierno provisional reconocieron con ello que el derecho del primado según la

Constitución era todavía válido. Cuando respondí en tal sentido al telegrama de felicitación del presidente del Consejo de ministros del gobierno provisional y en mi propio telegrama aludí a la posición constitucional del primado húngaro, quise así subrayarlo al gobierno, al Parlamento provisional, los partidos, la prensa y la opinión pública. Mi telegrama decía:

«Muy agradecido por su cálida felicitación. El primer dignatario del país está siempre al servicio de su patria».

En el sermón pronunciado a raíz de la entronización en mi sede, puse de relieve lo que la nación, entendida como un todo, podía esperar de mí en 1945: «Estoy dispuesto a cumplir con mi deber».

Considero necesario este breve resumen histórico para que el lector pueda comprender mejor el sermón pronunciado a raíz de mi entronización:

«Queridos fieles:

»Soy por gracia de Dios vuestro nuevo pastor. Mis pensamientos van hacia Roma, cabeza de nuestra Iglesia Universal, van hacia el Papa reinante en la alegría y el dolor, Su Santidad Pío XII. Postrada a sus pies está nuestra fiel luchadora y tenaz alma húngara. La Humanidad, entre ruinas, mira hoy a lo alto, a la roca de Pedro, con arrepentimiento y confianza. Las verdades eternas allá pregonadas pueden sanar a la Humanidad, mortalmente herida en su camino de Jericó. Es consolador saberlo: hay un Poder en este mundo sobre el que no tienen mando y dominio las puertas del infierno (Mat. 16, 18).

»También me lleva el pensamiento al sepulcro de mi antecesor, el arzobispo Serédi. A lo largo de su vida nos mostró el camino recto, impartió los sacramentos, y dedicó su vida a los humanos, ofreciéndonos el sólido celo de la fe. Pero la ceguera y ofuscación de unos cuantos dirigentes y la resistencia a la paralizante violencia de sus seguidores impidieron a muchos seguir sus advertencias. Fue la voz del que clamaba en el desierto (Juan, 1, 23). Y cuando los malos frutos maduraron, se hundió él mismo en la ruina.

»Extiendo sobre él la bandera de todos los verdaderos luchadores de Cristo, así como la bandera de nuestra nación. Era un verdadero hombre de Dios, un hombre que fue tanto de la Patria como de la Iglesia.

»Desde los eternos riscos y desde tumbas recientes acudo a vosotros, mis fieles, para traeros el mensaje de Pascua del eterno Sumo Sacerdote: «La paz sea con vosotros».

»Me dirijo ahora una pregunta a mí mismo y pregunto, como antes San Bernabé en el umbral del convento: «¿Para qué has venido aquí?» Mi respuesta es esta:

«Correspondiendo a una tradición histórica —por supuesto, algunas veces interrumpida—vengo como septuagésimo noveno pastor de Vesz-prém, la ciudad de los reyes. En el lugar primero de esta línea está situado un mártir. Le siguió el arzobispo Robert, que combinó la jefatura política del país con la organización de la Iglesia. Siguió Ferenc Forgach, que fue rector y mentor de la renovación católica. Veo con los ojos del espíritu a Gyórgy Szechenyi, de noventa y tres años, entronizado aquí primado, arzobispo que hizo la obra maestra de la beneficencia. Veo también al conde Imre Esterházy que con sorprendente habilidad política mantuvo la validez de la Pragmática Sanción gracias a lo cual el pueblo disfrutó de tranquilidad y paz política por espacio de 200 años. Elevo

también la mirada con respeto al arzobispo József Kopacs, que hizo posible nuestra salvación nacional entre las ruinas del pasado y a quien hoy podríamos rogar por el bienestar de nuestra patria.

»El príncipe primado del país ocupa el puesto de sus antecesores. Si la inteligencia y el buen juicio del pueblo trata de tender ahora un puente sobre el abismo de los tiempos pasados, no podía faltar tampoco el pontífex, que significa textualmente el constructor de puentes, vuestro arzobispo, que es la primera dignidad del país por unos derechos que datan de 900 años.

»Aunque estuvieran reunidas en su persona la sabiduría y la fuerza de todos los obispos de Veszprém —que no es tal el caso— sería poco en este año de 1945 y ante los abismos que se abren ante nosotros. Una Hungría sangrante por todas las heridas aparece derrotada y sumida en la mayor desdicha moral, social y económica de su historia. Nuestro salmo es por ello un «De profundis», nuestra oración un «Miserere», nuestro profeta el quejumbroso Jeremías, y nuestro universo, el de la Apocalipsis. Nos encontramos ante el torrente babilónico y tenemos que aprender a entonar canciones extrañas en nuestra arpa rota.

»La mayor desgracia no fue la guerra. A otra mayor se refieren los informes de los médicos, según los cuales y por efecto de las malas condiciones alimenticias, más de la mitad de los casos de disentería en los ancianos y los niños tienen un desenlace fatal y se ha doblado el número de los tuberculosos, al tiempo que quintuplicado las dolencias venéreas. Pero mientras suenan los lamentos de la flauta, se escuchan los trémolos del violín gitano. Con una desaprensiva sensualidad se ha iniciado una nueva y para nosotros enteramente extraña captación de la juventud. Es una juventud triste la que en semejante trance convoca al baile y al desenfreno. Posiblemente su sangre sea húngara, así como su lengua y su apellido, pero se abren océanos entre la Hungría desventurada y esa Hungría que grita de júbilo. Entre la sangre y las lágrimas, entre la miseria y las ruinas, se regocijan aquellos que no saben lo que se hacen.

»Tan sólo una fortalecida atención a las almas es susceptible de resolver semejantes rupturas en los diques morales de contención. Allá donde las leyes naturales aparecen poco firmes y seguras en los corazones, sólo hay un medio para contrarrestar el caos moral: una vida espiritual mucho más profunda. Por mi parte, soy pastor de almas desde hace más de un cuarto de siglo. Quiero ser un buen pastor, que en caso necesario dé su vida por su rebaño, por su Iglesia y por su patria.

»Queridos fieles... Seamos ahora un pueblo de oración. Si aprendemos a rezar bien de nuevo, encontraremos en nosotros mismos un inagotable manantial de fortaleza.

»Con la ayuda de Dios Padre y de María Madre, quiero ser del mejor grado la conciencia de nuestro pueblo, quiero llamar a las puertas de vuestras almas y proclamar que nuestro pueblo —en contraposición con las doctrinas erróneas que se extienden por

doquier—ha encontrado de nuevo las salvadoras tradiciones, unas tradiciones que le despertarán a una nueva vida.

«Cuando O'Connel sintió próximo su fin, emprendió el camino de la Ciudad Eterna. Pero sólo consiguió llegar a Genova. Allá escribió en su testamento: «Cuando haya muerto, llevad mi corazón a Roma, pero mi cuerpo a la querida tierra patria». Roma y mi patria son también para mí las estrellas que me orientan. Me sentiría dichoso si todos acertáramos a vivir con esas mismas indicaciones de nuestro camino, si la patria húngara se renovara así y un cambio moral nos llevara hasta la orilla feliz de la vida eterna. Amén».

### **Miseria y «Caritas»**

La sede primada había estado vacante medio año. Por tal causa, en una de sus épocas más críticas, al catolicismo húngaro le faltó la rectoría central. A ello hubo que añadir que la situación bélica había impedido un auténtico ejercicio de su cargo al primado Serédi. Imposibilitado para mantener un estrecho contacto con el país, los vínculos se habían ido aflojando, de tal manera que no hubo contactos firmes con la capital cercada, ni con los territorios orientales o con la gran llanura húngara. Incluso la región transdanubiana quedó cerrada cuando los soviéticos comenzaron sus operaciones bélicas en la parte occidental del país. Esta situación creó problemas desconocidos hasta entonces para la dirección de la Iglesia. No podía hablarse de establecer planificaciones, como las que eran habituales en los días de paz. Se procuraba únicamente solventar, como fuera, las necesidades del momento y el lugar. En las ciudades y los núcleos industriales reinaba una gran miseria. Las gentes pasaban hambre. Especialmente grande era la penuria en Budapest. Durante los combates habían quedado destruidos un treinta por ciento de los edificios. De las casas no destruidas, tan sólo una cuarta parte eran habitables. Buda, con el palacio real, estaba en ruinas. Ya en el sermón pronunciado a raíz de mi entronización, había llamado la atención sobre aquellas circunstancias. Una semana más tarde me desplacé a Budapest y hablé en la basílica de San Esteban. Dije así:

«Queridos fieles de la capital:

»Designado vuestro pastor por la merced de Dios, me apresuro tras mi instalación a venir hasta vosotros, en la capital húngara y ciudad residencial. Porque viven aquí 750.000 fieles de mi diócesis y en especial porque compruebo que apuráis el cálix del dolor. Aquí se han producido las mayores destrucciones en los edificios y los corazones. La población de la capital ha sufrido y resistido de una manera heroica. Ha rechazado ejemplarmente todas las malas experiencias. He acudido para poder mirarnos a los ojos, pastor y rebaño, para poder leernos mutuamente el corazón y solicitar la fortaleza de Dios. Ha transcurrido más de medio año desde que la tempestad de la guerra dejó de soplar. Nos alegramos de que así ocurriera. Pero el valle del Danubio, aunque no sea un valle de sangre, sí ha seguido siendo un valle de dolor, de lágrimas y lamentos. El próximo invierno caerá sobre nosotros como un poderoso alud de muerte; quizás sea el invierno más difícil en el milenario de la historia húngara.

»La perspectiva de ese invierno convence profundamente mi sentir humano, cristiano y húngaro. Tras haber sufrido en verano el azote de epidemias como la disentería, que en la mitad de los casos tuvo un desenlace fatal, ¿qué ocurrirá cuando el hambre, el frío y la inflación amenacen derrumbar las instituciones públicas? Se nos aparece entonces una imagen de futuro que ni siquiera hubiera acertado a describir la pluma de un historiador tan catastrófico como Flavio Josefo.

»Sé que nuestro consciente, noble y orgulloso pueblo húngaro sólo pide con disgusto, sólo muestra sus heridas con el corazón apenado. Por eso se presenta hoy el principio primado en su lugar, con la bolsa de los mendicantes abierta. Se presenta ante el mundo, ante el rostro de los pueblos y naciones para gritar su llamada de auxilio en todas direcciones: ¡Salvad al pueblo húngaro de la ruina!«

Envié a partir de entonces comisiones personales, así como cartas en petición de ayuda a los obispos católicos y diversas organizaciones benéficas occidentales. Quise también dirigirme a los católicos norteamericanos, que en tan feliz situación material se encontraban. Quise ganar su ayuda y para ello me dirigí por radio, con fecha del 18 de noviembre de 1945, a los católicos húngaros en los Estados Unidos. Quiero reproducir aquí el texto resumido del llamamiento:

«Hermanos húngaros de América:

«Acababa de acceder a la sede episcopal cuando el 14 de octubre, desde la basílica de San Esteban y en los umbrales del invierno quizás más difícil de todo el milenio de nuestra historia, me dirigí a las gentes de todo el mundo. Les rogué que dieran muestras de la generosidad de su corazón y salvaran al pueblo húngaro del grave peligro de la destrucción.

»El país se enfrenta con el hambre. Según datos oficiales, 400.000 lactantes están amenazados por el raquitismo. Mis peticiones encontraron un eco comprensivo en el resto del mundo. Pero se planteó el justificado problema de si los donativos llegarían a su preciso destino. Aseguro firmemente que la prestación de socorros será bien organizada y que cada institución y cada remitente tendrán seguridad de que la Iglesia administra estos donativos. Los envíos de socorro podrán llegarnos a través de la Cruz Roja o cualquier otro cauce garantizado e irreprochable. Si alguna vez ha estado justificada la frase hecha «Quien da primero, da dos veces», es en esta. Las lágrimas de gratitud de los padres y los hijos, las bendiciones del Padre celestial premiarán el bien y el bienestar otorgado».

La preocupación respecto a la distribución de los donativos no estaba por entero injustificada. Los partidos marxistas querían ejercer un control en la distribución de los donativos procedentes del extranjero. Se justificaban diciendo que de esta manera impedirían que la Iglesia ayudara también con aquellos bienes a «Cruces de Flechas», «enemigos del pueblo» y «criminales de guerra». Pero la verdadera razón era que desde el territorio soviético no afluyó ayuda alguna y que los envíos de Occidente a la población

húngara demostraban bien claramente quiénes podían ofrecer una fraternal y cristiana ayuda.

Para contrarrestar aquello, comenzaron a hablar los comunistas de envíos de ayuda de la Unión Soviética. Aparecieron así en los periódicos informaciones y declaraciones incontroladas sobre gigantescas acciones benéficas del Ejército Rojo. En ellas se decía que Diosgór Miskolc y Odz habían recibido 50.000 vagones de harina por parte de las fuerzas soviéticas. La información no era inexacta en el fondo, pero hubo el «olvido» de decir que aquella harina o el frecuentemente citado «donativo de patatas» para Budapest, eran donativos de la propia tierra húngara y no de los rusos.

No nos limitábamos sólo a mendigar, sino que hacíamos llamamientos al pueblo para que se autoayudara y diera muestras de su capacidad de reacción. Los pequeños campesinos de la tierra habían conseguido salvar determinadas cantidades de productos alimenticios de la intervención y las requisas y en el primer verano de postguerra, los esfuerzos conjuntos de muchos ayudantes consiguieron una buena cosecha allá donde la guerra no había impedido la siembra. Poco antes de Navidad y teniendo en cuenta estas circunstancias, dirigí un llamamiento a los campesinos: «¡Enviad un paquete a Budapest hambriento!» Solicité asimismo que se llevaran al campo a los niños de la capital. Gracias a esta acción fue posible obtener en el invierno de 1946 nada menos que 74.742,57 kilogramos de víveres y procuró una estancia campestre a 1.500 niños amenazados y hambrientos. Agradecí aquello con las siguientes palabras: «La cabeza de los convoyes de la beneficencia la ocupan los fieles de Rekcs y Pronayfalva. Pero también otras diócesis han tomado parte en la noble rivalidad del amor, y en ellas, todas las clases sociales». Los jóvenes miembros del Sagrado Corazón de Jesús, las Congregaciones Marianas, las asociaciones de muchachas y otras, habían dado un emotivo ejemplo de sacrificio. Compartieron sus precarios haberes impulsados por el amor a los semejantes, a sus compatriotas, a sus hermanos en la fe. Con frecuencia, un solo paquete salvaba una vida humana, secaba lágrimas y daba nuevas fuerzas para vivir.

El 15 de noviembre, convoqué a los sacerdotes de Budapest, y al día siguiente, a la comisión central de las comunidades parroquiales de la capital. Al clero le dije, entre otras cosas, lo siguiente:

«Nos reunimos para tratar de los grandes problemas de nuestra vida sacerdotal. En nuestra milenaria historia húngara, la conjunción de sacerdotes y pueblo ha sido con frecuencia una característica. Para decirlo con palabras de Pázmánys, el sacerdote húngaro no abandona nunca su puesto, no retrocede jamás, sino que avanza, por el contrario, al compás de las consecuencias provocadas por los grandes aconteceres. De estas consecuencias extrae los incentivos para nuevas ideas, nuevas determinaciones y nuevas actividades. Tras las batallas de Muhi y Mohács, los sacerdotes húngaros y el resto del pueblo se internaron en los terrenos pantanosos, se refugiaron en la profundidad del desierto. Elevaron conjuntamente sus plegarias y conjuntamente se alimentaron de raíces y frutos de los bosques.

»Hace un año, surgió al principio de la guerra el siguiente problema: ¿Tenían que refugiarse en el Oeste los tres millones de personas de la capital y la Hungría Occidental? Marchar al Oeste equivalía a convertirse en apátridas. Quedarse significaba seguir pisando suelo húngaro. "¡Permaneceremos donde estamos!" Y los sacerdotes húngaros, el pueblo húngaro permaneció...» A los dirigentes parroquiales les dije lo siguiente:

«Tenemos que hacer acopio de todas nuestras fuerzas. La acción pastoral sobre los pobres tiene preeminencia sobre cualquier otra cosa. Nuestro amor y nuestra fe se miden por la salvación de aquellos a quienes la desventura ha hecho caer más bajo, por el éxito de nuestras misiones de ayuda. El apoyo del extranjero no basta. También nosotros tenemos que poner a contribución nuestras reservas. Quien posea dos abrigos, deberá dar uno al que no tiene ninguno. Quien tiene un pedazo de pan, deberá dar la mitad al que carece de él».

Dos días más tarde tomé parte en la organización de la «Caritas» de Budapest. Expuso el ejemplo de Santa Isabel en casa de los Arpados e hice un llamamiento a la población de todo el país para secundar la labor de «Caritas». Los dos seminarios católicos publicaron mis alocuciones y de esta manera, mi voz llegó al entero país:

«No tenemos que confiar solamente en los suministros de auxilio exterior. Todo lo que cada cual pueda ahorrar en la utilización de harina, leña y ropa significará una posibilidad para la ayuda mutua. La fuente de la ayuda cooperadora no es en ningún caso la bolsa de dinero, el cajón de la mesa, el cesto de leña o el guardarropa, sino en primer lugar el corazón humano que acierta a comprender a los demás. Sabe crear entonces dinero y bienes para el prójimo. Mucho se ha perdido en esta tierra húngara, pero los corazones húngaros, que con una palabra buena son capaces de regalar su camisa, éhos siguen con vida, gracias a Dios».

En diciembre de 1945, a raíz de mi viaje a Roma, me fue posible abrir fuentes muy óptimas para la «Caritas» húngara. El Santo Padre, Pío XII, me recibió con un afecto indescriptible. Cuando le informé sobre la difícil situación húngara, me abrió camino para la ayuda. En el Vaticano me enteré de que cuatro cardenales norteamericanos estaban alojados en un hotel: Los conocía sólo de nombre y entre ellos, el de más antigüedad, el cardenal Stritch, tan distinguido como honorable. Solicité por teléfono si podrían recibirmee aquella tarde. Accedieron a ello y a lo largo de una conversación en latín de dos horas de duración, les describí la miseria de Hungría y, sobre todo, de su capital. Me escucharon con gran interés y cálido fervor. No expresaron especial satisfacción por la alianza ruso-norteamericana. Los cuatro cardenales se pusieron luego de pie, me agradecieron la información que les había suministrado, me prometieron la ayuda de la NCWC y como primera providencia, pusieron sus bolsas sobre la mesa. Con aquel dinero adquirí en Roma cuatro camiones que resultaron una auténtica bendición para la actividad de «Caritas» en nuestro país, en especial para el transporte entre la capital y el campo.

El donativo norteamericano fue para nosotros la prueba evidente de la amplia solidaridad de la Iglesia mundial. Aquello no entraba en los cálculos ni correspondía a los

conceptos marxistas. No es de extrañar, por tanto, que el ministro marxista de Transportes se negara al desplazamiento de la ayuda norteamericana desde Viena a Budapest con la burda excusa de que no había bastantes vagones disponibles. Tras aquella negativa se ocultaba una maniobra de presión. Los comunistas húngaros exigieron una parte de los donativos norteamericanos, puesto que no podían contar con una ayuda semejante por parte de la Unión Soviética.

Di el 23 de octubre de 1946 una precisión a este problema al escribir en el «Magyar Kurir»:

«Los católicos húngaros esperan con impaciencia la decisión sobre el libre curso a nuestra nación de los donativos norteamericanos estacionados en Viena. El día 8 de agosto inició su actividad la primera cocina de Acción Católica para la distribución de los víveres procedentes de la ayuda norteamericana. Mediante la puesta en funcionamiento de otras cocinas semejantes, unas 14.000 personas han podido recibir comida sana y caliente. Pero ahora, estas personas hambrientas aguardarán, desesperadas y en vano, su comida. La esperarán en vano si no se consigue recibir a tiempo las 750 toneladas de víveres de obsequio o si no suministran estos víveres desde otro lugar de procedencia. Es absolutamente indispensable, pues, que los donativos de los católicos norteamericanos lleguen a nuestro país».

Por lo pronto, nos fue posible superar las dificultades y los riesgos que amenazaban la actividad de «Caritas» gracias a la iniciativa del corresponsal en Budapest del «Osservatore Romano» que consiguió que la prensa católica extranjera en general condenara de la manera más rotunda cualquier manipulación comunista de los envíos de «Caritas».

Dos años más tarde, los comunistas, para interrumpir la acción de «Caritas», acusaron de corrupción y espionaje a los representantes de las organizaciones benéficas norteamericanas y a los funcionarios de nuestra «Caritas», ejerciendo así una acción coercitiva sobre las acciones de ayuda de la NCWC.

### **Una semana en Budapest**

A los pocos días de la entronización en mi sede, me desplacé, como ha quedado ya dicho, a Budapest, donde pasé una semana. Mis predecesores habían regido la diócesis de Esztergom sin salir apenas de ella. Sin duda, había jugado la edad un papel decisivo en ello y en ocasiones la enfermedad les tuvo atados a la sede residencial. Por lo que a mí respecta volví otras veces a la capital, pues se encontraban allá los centros de la vida cultural y pastoral del catolicismo húngaro. Allá habitaban la mayoría de fieles de la archidiócesis. El palacio del primado, que en realidad no era sino un gran caserón, había sido intensamente afectado por la guerra y tan sólo dos de sus estancias eran habitables. De todos modos, tuve que darme por satisfecho con aquel alojamiento, pues las condiciones generales de habitabilidad eran en la capital y en aquellos momentos totalmente indescriptibles. El

profesor Mihály Marcell, de la Universidad, se lamentó conmigo de aquellas circunstancias y yo traté de consolarle a su vez con estas palabras:

—Es completamente natural que el primado de un país en ruinas habite igualmente en una ruina.

El 14 de octubre hablé en la basílica sobre la miseria en Budapest. Tenía que tomar parte, pocas horas después, en una concentración juvenil. El secretariado de las juventudes de Acción Católica había organizado una jornada de la juventud, encontrando el máximo apoyo por parte del episcopado. Los jóvenes católicos se concentraron a millares. La manifestación de los fieles significó una categórica confesión de adhesión a la Iglesia y un claro rechazo del comunismo. Tanto la juventud como sus mayores y educadores habían sabido advertir, de manera clarividente, los peligros que nos amenazaban. Los marxistas intentaban ganarse a la juventud con halagüeñas diversiones, habiendo conseguido ganar circunstancialmente pequeños núcleos de manera muy local al término de la guerra. En el sermón que pronuncié a raíz de mi entronización, había abordado aquellos problemas, sobre los que insistí ante las decenas de millares de jóvenes concentrados en la enorme plaza, delante de la basílica. Dije así:

«Sólo hay uno en el mundo que puede decir: "Soy el camino, la verdad y la vida. Quien me siga, no caerá en las tinieblas". Cristo es el camino que tenéis que seguir. Es la verdad que tenéis que aceptar. Es la vida que tenéis que llevar aun en las tremendas confusiones de una época agitada. Dijo San Pablo: "Nadie puede poner otro fundamento que el que ha puesto Nuestro Señor Jesucristo", y aunque descendiera hasta aquí un ángel del cielo y quisiera alejarnos de este fundamento, no deberíamos seguirle. Con ello no quiero decir, naturalmente, que sean ángeles alados los que tratan ahora de asumir la orientación de la juventud húngara. Hay mucha confusión espiritual y mucho odio: un mar de lava parece surgir de un volcán. Pese a todo, creo en el triunfo final del amor y anuncio aquí con firmeza: nuestro ideal es una Hungría cuyos fundamentos de fe y moral representen, con el amor patriótico, el apoyo de esos jóvenes que se identifican como húngaros creyentes. Cada uno de vosotros es una piedra angular, una firme columna de la patria y todos juntos, sois lo que habéis entonado en la canción: "una juventud pura, heroica y santa».

A los dos días impartí a las niñas el sacramento de la confirmación en la iglesia de los dominicos. También pedí allá a la juventud, en una breve homilía, que supiera mantenerse creyente y pura.

Los días 17 y 18 de octubre celebramos nuestra primera conferencia episcopal bajo mi presidencia. Numerosos problemas acuciantes, que afectaban al entero país y a todo el catolicismo, nos ocupaban. El 21 de octubre, un domingo, tomé parte en una tanda de conferencias de médicos católicos celebradas en la sede del gremio de San Lucas. Celebré la Santa Misa para los médicos de Budapest y sentí la satisfacción de encontrar una oportunidad para expresar algunos pensamientos sobre el problema de la relación entre médicos y enfermos. Dije así:

«El verdadero médico siente su acción cerca de los dolientes como un sacerdocio, como un servicio divino... Leemos en la Sagrada Escritura que el patrón de los médicos, San Lucas, fue un “médico muy querido, fiel acompañante y auxiliar” de los apóstoles. Las tres virtudes: amabilidad, fidelidad y altruismo son los más destacados rasgos del médico cristiano. El buen médico está formado científicamente, pero también posee un gran corazón que sufre con los enfermos, incluso aquellos que quizás no conoce siquiera. ¡Con cuánta frecuencia han sido los médicos víctimas de su abnegada profesión! La actividad del médico es ni más ni menos que una actividad de signo maternal: inquirir con atención del enfermo, escucharle con paciencia y ayudarle. ¡Cuántas almas quebrantadas, cuántos corazones helados podría reconciliar a última hora con Dios un médico creyente mediante palabras llenas de tacto!»

### **La conferencia episcopal**

A la primera conferencia episcopal celebrada bajo mi presidencia asistieron todos los obispos diocesanos. Me saludaron efusivamente y me dieron la seguridad de su colaboración fraternal. En este sentido tengo que mencionar especialmente al arzobispo József Grosz, a los obispos Lajos Shvoy, Dr. József Pétery y Dr. István Madarasz, así como al abad benedictino Dr. Krysostom Kelemen.

Se trataron corrientes asuntos administrativos, pero, sobre todo, el aumento de la actividad de «Caritas» a las amplias zonas rurales. Algunos planes que llevamos luego a la práctica tuvieron su origen en aquella conferencia. De una manera minuciosa nos ocupamos también del problema, que se había hecho ya acuciante, de asegurar los fundamentos financieros del sacerdocio y las instituciones eclesiales. La reforma agraria ordenada por el comandante en jefe soviético y ejecutada de la manera más radical, ponía a la Iglesia en una difícil situación. Nos veíamos obligados a enfrentarnos con los más graves problemas. Tras la reforma agraria, las diócesis e instituciones eclesiales se quedaron con 100 yugadas de tierra. Evidentemente, no era posible atender con ello el sostenimiento de catedrales, sedes episcopales y seminarios. Faltaba también a todos los órganos habituales de la actividad pastoral y la administración eclesiástica, como eran, por ejemplo, la prensa, las editoriales y las asociaciones una adecuada base financiera.

Nunca criticamos los proyectos de una reforma agraria, pero sí elevamos nuestras objeciones sobre la manera con que nos impulsó a ello una potencia extranjera. Reprobábamos que sólo se tuvieran en cuenta puntos partidistas y desaprobábamos la indiferencia negligente del gobierno en el problema de la indemnización por la expropiación de los bienes eclesiásticos. Comuniqué a los miembros de la conferencia episcopal que personalmente y como protesta por la actividad adversa de los comités, había rechazado mis emolumentos como obispo de Veszprém y también pensaba renunciar a la «paga estatal» como arzobispo de Esztergom. Todos los presentes quisieron imitar mi actitud, pero les aconsejé que no lo hicieran.

Aproximadamente un año después, el órgano central del Partido Comunista informó que el ministerio de Finanzas había dispuesto cantidades para la reconstrucción de los

templos. El órgano seguía diciendo que además de eso, Mindszenty, el arzobispo de Esztergom y abierto enemigo de la democracia, recibía de aquel Estado democrático un emolumento mensual que superaba al del presidente del Consejo de Ministros.

En mi primera respuesta a aquel ataque supo el país que yo había rechazado el emolumento estatal: «No se ha informado rectamente», «A pesar de que el Estado prometió en la reforma agraria una indemnización a la Iglesia por la confiscación de los bienes eclesiásticos, hasta ahora no ha hecho efectivo absolutamente nada. Lo que el ministerio de Cultos concede en concepto de “estipendios personales” de la Iglesia, no guarda proporción alguna con las necesidades. Para las cargas materiales de las instituciones eclesiásticas, el Estado paga alguna contribución, pero muy poco y, en cualquier caso, insuficiente. A József Mindszenty, el obispo de Veszprém y posterior obispo de Esztergom, le fue ofrecido de hecho un sueldo estatal, pero no aceptó jamás un solo céntimo. Tampoco corresponde a la verdad la afirmación de que el arzobispo sea «un abierto enemigo de la democracia». Es partidario de la verdadera democracia, pero no experimenta la menor simpatía hacia la que se denomina democracia, pero no es tal sino tan sólo una estructura apenas embozada de un régimen totalitario.

Al principio, las instituciones eclesiásticas no estuvieron de hecho amenazadas por un derrumbamiento financiero. Los fieles hicieron lo máximo para evitarlo, aprovisionando a las parroquias, conventos, seminarios y, sobre todo, a las escuelas confesionales no sólo con aportaciones en especies, sino con donativos en metálico. Quiero que este libro sea como un monumento escrito a todas las valerosas y sacrificadas gentes, a las que dirigí la palabra al final del difícil primer curso transcurrido inmediatamente después de la guerra: «El 29 de junio de 1946 presidí la reunión de la asociación de padres en el convento del Corazón de Jesús. El informe de cuentas que allá se hizo me conmovió profundamente. Supe así que los conventos y las escuelas gravemente afectados por los acontecimientos bélicos, habían sido reparados por obreros y artesanos padres de alumnos, sin obtener contrapartida económica alguna. Posteriormente, se efectuó la limpieza de las casas por hombres y mujeres pertenecientes a todas las capas de población. Me mostraron asimismo las inscripciones de reserva de matrículas para el curso siguiente. A pesar de hallarnos en la fecha del 29 de junio, existía ya una provisión de combustible que aseguraba la calefacción para todo el curso. En un rincón del jardín estaba instalada una cocina escolar, que durante el curso transcurrido había suministrado diariamente comida caliente a cincuenta y una alumnas carentes de medios. También se habían repartido cuarenta y siete pares de zapatos a niñas menesterosas. A la vista de todo ello, dije: «No hemos querido renunciar a esta visita, a pesar de que todavía tenemos otras por hacer. Donde los duros golpes del destino son capaces de despertar una postura espiritual tan magnánima y tanto entusiasmo, no puede hacerse otra cosa que dar gracias a Dios...»

En la conferencia nos ocupamos asimismo de la organización de las asociaciones de padres. Procedimos a su fundación para defensa de la juventud y de las escuelas confesionales. Quedó instituida una presidencia nacional y otras de carácter diocesano. Grupos locales se pusieron a trabajar en cada una de las comunidades parroquiales. A ellos

hay que agradecer que a pesar de los constantes ataques de los comunistas, las escuelas católicas pudieran sobrevivir por espacio de tres años todavía.

### Nuestra circular sobre las elecciones

Para la segunda jornada de la conferencia episcopal estaba inscrita en el orden del día la redacción de una circular sobre las elecciones que se preparaban. Yo había llevado conmigo un borrador, que presenté a los obispos diocesanos para proceder a su discusión párrafo por párrafo. Todos considerábamos plenamente necesaria la declaración y recomendábamos unas detenidas indicaciones sobre los graves abusos que podían producirse. Se decidió asimismo el empleo de un lenguaje abierto que significara un decidido programa político de bases enteramente cristianas. El comandante en jefe de las fuerzas rusas, mariscal Vorochilov, se entrometió gravemente en la política interior del país para facilitar el camino a los partidos marxistas. Su deseo era obligarnos a una lista única de todos los partidos, puesto que a pesar de sus esperanzas, los comunistas habían resultado derrotados en las precedentes elecciones municipales de Budapest. El único partido burgués, el Partido de los Pequeños Propietarios, al que también apoyaba la Iglesia, había obtenido en aquella consulta un cuarenta por ciento en los primeros escrutinios, que acabaron por convertirse en un cuarenta y siete por ciento de los votos. La presión era muy fuerte por parte soviética. Tan sólo cuando la prensa occidental comenzó a criticar la intromisión soviética, la jefatura del Partido de los Pequeños Propietarios rechazó la propuesta de Vorochilov. En nuestra carta pastoral quisimos ofrecer, sobre todo, una clara visión de la situación a los fieles y poner término a la falta de orientaciones que hasta entonces se había sufrido. Mandé imprimir la circular, que se leyó el día 1.<sup>º</sup> de noviembre en todos los templos. Aquel llamamiento ejerció una decisiva influencia en las elecciones. Oí decir que hasta en la población calvinista de Debrecen, el pueblo leyó en las plazas públicas y el mercado, la carta pastoral de los obispos católicos: Por doquier se consideró en el país aquella carta como la primera y valerosa declaración sobre la pública situación y contra los embozados intentos dictatoriales de los comunistas. Cito a continuación el texto:

«Amados fieles en Cristo:

»La guerra mundial ha finalizado. El ruido de las armas se ha acallado por doquier. Tras la horrible catástrofe y la tremenda carnicería, la Humanidad se encuentra ante difíciles tareas. Tiene que apartar de sí un pasado lleno de odios y construir un mundo nuevo con mucho sacrificio. A los católicos húngaros les corresponde una buena parte de esta ingente tarea.

»En nuestra última carta circular aludíamos a cómo tenía que superarse el citado pasado. Nuestro presente llamamiento se refiere al problema de cómo podemos configurar esta época pacífica y ordenada que tan anhelosamente se aguarda por doquier. Tal es la razón de que volvamos a tomar ahora la palabra. No queremos mezclarnos en las elecciones; tampoco apoyamos a ningún partido en concreto, pero tenemos que proclamar los principios de la verdad y el deber para que todo católico quede facultado para emitir su voto de acuerdo con estos principios.

»El nuevo orden previsto para la existencia de nuestro Estado sólo será posible sobre los fundamentos de la democracia. En anterior carta pastoral saludamos llenos de confianza las concepciones democráticas. El mundo ha sufrido demasiado bajo toda clase de tiranías.

»Una tiranía impulsó la guerra criminal hasta la más extrema locura. Pisoteó durante años los más sagrados derechos de la Humanidad, oprimió toda libertad de conciencia y despreció los derechos de los padres y la familia.

»Las democracias quieren terminar con este desprecio a los derechos humanos. Pero no desean sustituir la tiranía sin límites de una sola persona por otra tiranía ejercida asimismo, de manera ilimitada, por otra persona. Columna capital de una verdadera democracia es el reconocimiento de los derechos inalienables de toda persona, que no deben ser escarnecidos por nadie. No desean, por tanto, democracia alguna aquellos que intentan imponer el dominio de un grupo humano, mediante “violencia, sobre otros grupos humanos.

»Nuestra dicha sería grande si el concepto de democracia se ajustara a los principios expresados por el Papa Pío XII en su mensaje navideño de 1942 como fundamentos de un futuro orden social. Estamos convencidos de que estos principios acercarían a la Humanidad al objetivo de su humanización y estamos por ello convencidos asimismo de ^e corresponden a la santa voluntad de Dios Todopoderoso. Tal dicha v tal confianza quedaron ya expresados en nuestra última carta colectiva, testimoniando así nuestro asenso a la constitución de una democracia húngara. Asimismo entonces —por razón de algunos hechos ocurridos —nuestros temores de que el desarrollo de los acontecimientos adquiriera otro sesgo quedaron silenciados para tratar de resaltar en lo posible los aspectos positivos del nuevo comienzo. Otorgamos así nuestra confianza a las palabras amables, prodigadas en discursos y también en los hechos, que los representantes de la nueva democracia testimoniaban hacia la Iglesia y su labor. Los inconvenientes que pudieron a la sazón presentarse los valoramos como abusos que pronto o tarde finalizarán.

»Nuestra espera fue larga y paciente. Muchas veces se nos solicitó que pronunciáramos una palabra y otras tantas renunciamos a ello para no estorbar el desarrollo. Pero ahora, ante las elecciones, no podemos seguir guardando silencio. Nos vemos en el deber de aclarar concretamente que un elector cristiano no puede dar su voto a un partido o grupo que representa una grave opresión y una violencia que con frecuencia ignora o viola los derechos humanos y naturales. Con gran dolor tenemos que corroborar la declaración del ministro del Exterior inglés al decir que se tenía la impresión de que en Hungría un régimen totalitario había suplido a otro. Lamentamos profundamente hacer nuestra esta afirmación; ya cayó bastante vergüenza sobre nuestro país hace un año, cuando la debilidad del gobierno de entonces dejó manos libres a la potencia ocupante alemana. Hay que impedir ahora que se repitan las faltas del pasado.

»En especial nos afecta el hecho muy doloroso de que el gobierno provisional haya legislado contra la indisolubilidad del matrimonio, principio por el que la Iglesia ha venido luchando desde sus mismos orígenes y que aparecía en la hora actual como prenda segura de un renacimiento de Hungría. Al obrar así, el gobierno ha sobrepasado los límites de su competencia y ha desoído los sentimientos de los fieles cristianos.

»Tenemos que mencionar también que la ordenación de la reforma agraria ha delatado deseos de proceder a la liquidación de determinada clase social. No es que deseemos centrar nuestra crítica en la reforma agraria, pero no cabe duda de que aparece en ella patente un espíritu de venganza. Mucho más grave resulta que el nuevo sistema haya derivado hacia los actos de violencia. Éstos se han producido por doquier en el país y especialmente en determinadas regiones, bien por efecto de una denuncia vacía de sentido, bien por una venganza personal o simplemente, para evidenciar la potencialidad de un partido. Se puede citar así el caso de sacerdotes detenidos mientras pronunciaban un sermón en San Esteban. El jefe de la policía secreta advirtió que se les mandaría a Siberia en el caso de que siguieran manteniendo, directa o indirectamente, postura contra el presente sistema. Es posible que haya existido en ello un exceso de poder, pero estos excesos de poder se multiplican en los últimos tiempos de manera terrible. No podía ello ocurrir si los partidos se atuvieran al estricto espíritu legal que tiene que inspirar toda acción política.

»Os hacemos un llamamiento, queridos fieles, para que otorguéis vuestro voto a los candidatos que se pronuncien por una moral, un derecho y un orden y sean capaces de mantener sus convicciones en las actuales y tristes circunstancias. No temáis a ninguna amenaza. La violencia y la arbitrariedad son mayores cuanto menos resistencia encuentran. Está en la naturaleza de toda tiranía el exigir hoy a los ciudadanos su aquiescencia mediante la emisión del voto, mañana condenarles a trabajos forzados, pasado mañana llevarlos a una guerra y finalmente darles la muerte.

»Un padre húngaro, una madre católica que se sientan responsables por el bienestar tanto terreno como eterno de sus hijos, no pueden mostrarse indecisos en estas elecciones.

»En nombre de los obispos húngaros,

»JÓZSEF MINDSZENTY,

»*Príncipe primado, arzobispo de Esztergom.*»

El Partido de los Pequeños Propietarios salió vencedor de las elecciones con un 577 por ciento de los votos. En su programa había hecho solemne promesa de defender y hacer realidad los principios cristianos. El resultado de las elecciones significaba una protesta, hecha con un gran vigor, contra las exigencias de poder del comunismo. El partido comunista había obtenido tan sólo el diecisiete por ciento de los votos emitidos, pero de éstos, una buena parte los consiguió mediante corrupción, engaño y terror.

Frustradas sus esperanzas de triunfo, los comunistas atacaron tras las elecciones la carta colectiva de los obispos. Culpaban al entero episcopado de tratar de impedir una reforma «democrática» del país. Aseguraban que era deseo de los obispos que las tierras y bienes que habían sido eclesiásticos volvieran a manos de los pequeños campesinos que habían pasado a ocuparlos. Con gran sorpresa nuestra, los dirigentes nacionales del Partido de los Pequeños Propietarios se adhirieron a estas afirmaciones de los comunistas. La debilidad de que dio con ello muestras la central del partido sería a partir de entonces una de sus principales características.

### **El nuevo gobierno**

Los dirigentes del Partido de los Pequeños Propietarios se habían comprometido — presionados por Vorochilov— a la formación de un gobierno de coalición tras las elecciones del 4 de noviembre. Tras la constitución del Parlamento, los rusos precisaron asimismo que en base de aquella «unidad de esfuerzos», tan sólo otorgarían su reconocimiento a un gobierno en el que el Partido de los Pequeños Propietarios y la izquierda se repartieran las carteras ministeriales en una proporción del cincuenta por ciento. Además de esto, exigieron para los comunistas el ministerio del Interior. De esta manera obtendrían el control sobre todos los asuntos internos del país y podrían organizados a su antojo. El Partido de los Pequeños Propietarios cedió a la presión soviética. Fue presidente del Consejo, Zoltan Tildy. Formaron parte del gobierno, con ocho representantes del Partido de los Pequeños Propietarios, tres socialdemócratas, tres comunistas y un miembro del Partido Campesino. La formación de este gobierno representó una gran sorpresa para todo el país. Muchos se dieron entonces cuenta de la amenaza que significaba no haber confiado la dirección del único partido burgués autorizado a políticos diestros, sino a otros que carecían por lo general de experiencia y no estaban preparados para aquellas lides. Muy pronto me llegaron informaciones de que la «policía política» había buscado y naturalmente «encontrado», un material acusatorio de suficiente entidad como para poder procesar a algunos dirigentes del Partido de Pequeños Propietarios por «crímenes de guerra» y «enemistad al pueblo». Ni que decir tiene que los aludidos dirigentes fueron objeto de tantas presiones y amenazas que pronto se mostraron dispuestos a apoyar conclusiones y medidas que daban vía libre al poder a los comunistas.

El 16 de noviembre, Zoltan Tildy me hizo una visita oficial en calidad de presidente del Consejo. Le acompañó Bela Varga. Le recibí con reservas y aludí de manera significativa a la debilidad de que había dado muestra la jefatura del partido y los riesgos que de esta debilidad podían desprenderse. Ellos justificaron la actitud mantenida hasta entonces con las presiones recibidas por parte de Vorochilov y expresaron su convicción de que tras la firma del Tratado de Paz sería posible llevar a efecto una política libre.

Tildy se informó sobre la fecha de mi viaje a Roma y me rogó que expresara al Papa Pío XII el deseo del gobierno de que se reanudaran las relaciones diplomáticas y le solicitara el reenvío a Hungría del anterior Nuncio Angelo Rotta, por todos tan apreciado. Encontré extraña semejante petición, sobre todo tras haber expulsado los rusos al nuncio inmediatamente después de proceder a la ocupación del país. No pude evitar la sospecha

de que se trataba de dar una buena impresión al Vaticano, para de esta manera atenuar en lo posible las informaciones que se esperaba que yo diera sobre la hostilidad que el gobierno demostraba hacia la religión. No dejé traslucir semejante sospecha y prometí transmitir la demanda. Tildy se mostró satisfecho y quedó bien visible que se sentía aliviado. Luego cambiamos de tema. Le dije que circulaban rumores de que los marxistas planeaban la abolición del régimen de la monarquía y la proclamación del régimen republicano. Tildy conocía aquellas intenciones. Le expuse mi punto de vista, según el cual no debía ceder con facilidad a las presiones que los soviéticos le hicieran en aquel sentido, remitiéndose para ello al hecho de que ni uno solo de los partidos se había referido al cambio institucional en sus programas electorales. En el caso de que los comunistas exigieran una decisión, habría que efectuar una consulta al pueblo sobre ello.

—Exigen la república tan sólo porque esperan otros beneficios —le dije, mirando con fijeza a Tildy mientras pronunciaba estas palabras. Y él me respondió:

—Comparto su opinión.

Y conjuntamente con Bela Varga me prometió que la jefatura del Partido de los Pequeños Propietarios se opondría con todas sus fuerzas a aquella pretensión de los comunistas.

El 30 de noviembre emprendí, algo más tranquilizado, mi viaje a Roma. Permanecí unas tres semanas. Durante mi ausencia, Tildy presentó a la jefatura del partido y a pesar de las promesas que me había hecho, la ley correspondiente a la proclamación de la república. Un grupo parlamentario protestó contra aquello y a su protesta se unieron otras numerosas organizaciones de los partidos. Tan pronto como hube regresado de Roma, me visitó Bela Miklós, el antiguo presidente del Consejo del «gobierno provisional», candidato ahora a la presidencia de la república. Me rogó que le prestara mi apoyo. Le reiteré mi punto de vista en la cuestión institucional y tanto fue su respeto por mi opinión que retiró su candidatura y se apartó asimismo de la vida política.

Me decidí a escribir a Tildy y Bela Varga para recordarles su promesa. Como no tengo delante el original de mi escrito, sólo puedo transcribir lo publicado por la policía política en su «Libro Negro» del año 1949 contra mí. El texto es el siguiente:

«Señor presidente del Consejo de ministros:

»Aunque no haya sido informado de manera oficial, es tan insistente el rumor, que me veo obligado a tratar del mismo y en el caso de que corresponda a la verdad, elevar mi protesta. Oigo hablar de un plan de la representación nacional para efectuar en un inmediato futuro ^formas institucionales y abolir el milenario reino húngaro para proclamar la república. En el caso de que los rumores se ajusten a la verdad, levanto —a pesar de no haber sido informado oficialmente —y en virtud de la posición legal que respecto al Estado ocupa desde hace novecientos años el principio primado, mi protesta contra tales planes.

»Esztergom, el 31 de diciembre de 1945.

»JOZSEF MINDSZENTY.

»*Príncipe primado, arzobispo de Esztergom.*»

Como es lógico, mis gestiones no tuvieron éxito alguno. Tampoco la irritación de todo el país encontró eco. Tildy quería ser presidente del Estado. Su familia había conspirado, ya desde 1919, con el régimen comunista. En su calidad de pastor protestante se había hecho elegir miembro del consejo eclesiástico. Su padre político, director de una escuela, había sido ejecutado tras la caída del régimen de Bela Kun. Quizá se encuentre en tales detalles la explicación de que los comunistas dieran a Tildy la presidencia de la República y que él estuviera dispuesto a secundar en todo momento sus deseos. Habían desaparecido en él cualquier clase de escrúpulos institucionalistas y perseguía solamente la consecución de sus objetivos personales.

### **Encuentro con Pío XII**

En mis años juveniles apenas había tenido oportunidad de viajar al extranjero. Siendo un recién ordenado sacerdote, me fue posible efectuar en el año 1924 una visita a Lourdes, lo que había representado para mí un gran acontecimiento. Pero una vez fui párroco, no me quedó tiempo alguno para salir más allá de las fronteras. Como consecuencia de mi nombramiento como canónigo pontificio, en el año 1937, me hubiera desplazado de muy buen grado a Roma, pero las sombras del nacionalsocialismo se cernían ya sobre nuestra patria y cuando Pío XII me nombró en 1944 obispo de Veszprém, la guerra mundial hervía desde hacía cinco años. Hungría estaba dominada, además, aquellos días por la Alemania ocupante. Pero ahora era primado y arzobispo de Esztergom. Aquel cargo me obligaba a establecer contacto con Roma, a pesar de todas las dificultades y el recelo de los rusos. El general Key, jefe de la misión norteamericana, nos llevó, a mí y a mi secretario, en avión a Bari, el 30 de noviembre de 1945. Desde allí seguimos en autocar a Roma. Llegamos con mucho retraso. El Santo Padre había iniciado sus ejercicios espirituales de Adviento, pero en cuanto se enteró de nuestra presencia, los interrumpió y con su gran benevolencia me recibió el 8 de diciembre de 1945. Yo siempre había valorado y venerado a Pío XII como una gran personalidad. Tuve ocasión entonces de comprobar cuánto era el favor que Dios nos había otorgado con su persona. Conocía perfectamente a la Iglesia de Hungría y al catolicismo en nuestro país. Pacelli había sido legado pontificio en el Congreso Eucarístico de Budapest, en 1938, y desde entonces, su vinculación había sido intensa. Así es que le alegró la perspectiva de una reorganización y profundización de las relaciones entre Roma y Hungría.

Por mis informes a la Secretaría de Estado pontificia y las diversas Congregaciones, el Santo Padre estaba informado de la triste situación de la Iglesia húngara. Demostró preocupación y simpatía hacia nuestro pueblo y una profunda satisfacción por mi llegada.

Elogió también al pueblo húngaro que, a pesar de todas las sombras de miseria y dolor que le envolvían, seguía firme en su fe. Cuando le aseguré que Hungría se sentía satisfecha de que Su Santidad y el Vaticano, la Basílica de San Pedro y Roma en general, hubieran permanecido a cubierto de los efectos bélicos, preguntó Pío XII:

—¿Todavía tenéis fuerzas para sentiros satisfechos, vosotros que tanto habéis sufrido?

Yo respondí:

—Lo hacemos sinceramente y es nuestra esperanza que desde aquí salga la ayuda y la salvación para la quebrantada Hungría y la Humanidad herida.

Le hablé luego de la vida que la Iglesia llevaba en Hungría y aludí asimismo a la provisión de dos sedes episcopales vacantes. También le transmití el ruego del presidente Tildy para la reanudación de las relaciones diplomáticas. El Papa expresó sus deseos de autorizar el regreso del Nuncio Angelo Rotta a Budapest. Cuando le hice constar mi desconfianza y mis sospechas al respecto, le informé de la postura antirreligiosa de los comunistas y le comuniqué mi impresión de que dadas las condiciones imperantes, un inmediato regreso del Nuncio no sería una operación oportuna, adoptamos el acuerdo de que a mi regreso, orientaría primero al país sobre la visita a Roma y también sobre un eventual restablecimiento de las relaciones diplomáticas y esperaría las consecuencias de semejante comunicación. Finalmente, solicité del Santo Padre que prestara su apoyo a los ciudadanos húngaros obligados a subsistir en los campos de refugiados alemanes y austriacos.

Establecí asimismo en Roma contactos con emigrados húngaros y traté sobre su suerte con el barón Gábor Apor y sus colaboradores. El 9 de diciembre recé la Santa Misa en la capilla del Instituto Pontificio Húngaro a la intención de nuestros refugiados. En la homilía dije lo siguiente: «Amaos los unos a los otros, amad la Iglesia, columna de la Verdad, madre amantísima, amad a la Patria, que sangra por mil heridas. Ayudadla hasta donde os sea posible. La tempestad abatida sobre el mundo ha sacudido también los ramajes del árbol húngaro y esparcido sus hojas. Proteged a cada húngaro que se ha quedado huérfano».

Estas palabras fueron repetidas más tarde ante los refugiados. A mi regreso, hice transmitir al presidente del Consejo la respuesta del Santo Padre sobre el problema del regreso del Nuncio.

Al final de mi entrevista, el Papa me comunicó que en el próximo Consistorio mi nombre constaría en la lista de los cardenales. En febrero del año siguiente se produjo mi nombramiento. Me dirigí inmediatamente a las autoridades en solicitud de un pasaporte. La respuesta fue dilatándose. Acudíamos casi a diario a los organismos competentes para tratar de acelerar las formalidades. El día previsto para la partida estaba ^uy próximo cuando llegó finalmente la noticia de que me trasladara a la capital para tratar

directamente el asunto del pasaporte. Haber dado largas al asunto no había sido más que la expresión de una jactancia impertinente. Nunca se hubiera permitido nadie arrogarse semejantes atribuciones con alguno de mis predecesores, por lo que me negué a desplazarme a Budapest y no cambié mi decisión cuando mi vicario episcopal, János Drahos, trató de convencerme con el argumento de que si no me desplazaba a Roma quizá restaría a la Iglesia húngara una ocasión de representación. Llegó el 17 de febrero de 1946, día previsto para el desplazamiento. Como no había recibido el pasaporte, efectué visitas a escuelas y casas parroquiales de los alrededores de Esztergom. Mientras efectuaba aquellas visitas, el presidente del Consejo, Ferenc Nagy llamó por teléfono, y al no encontrarme, le preguntó a monseñor Drahos: «¿No se marcha el primado a Roma?» El vicario general le respondió: «¿Cómo puede hacerlo si carece de pasaporte?» Nagy le dijo entonces: «Envíe inmediatamente un mensajero al primado con la noticia de que el gobierno le ruega que se dirija inmediatamente a Roma. Encontrará el pasaporte cuando vuelva a Esztergom». Con suave ironía, Drahos inquirió: «¿No tiene que trasladarse personalmente a Budapest para tratar de esa documentación?». Recibió la siguiente respuesta: «De manera alguna. Haga, por favor, cuanto acabo de decirle». El mensajero me alcanzó en Visegrad. La súbita disposición favorable del gobierno podía parecer sorprendente si no se sabía que el embajador húngaro en Roma había telegrafiado en el último minuto a Budapest para comunicar que de los treinta y dos recién nombrados nuevos cardenales, habían llegado treinta y uno. Sólo faltaba el primado de Hungría y la gran prensa mundial se preguntaba qué significación cabía dar a aquello. El general Key, cuya ayuda me había sido inapreciable durante mi primer viaje a Roma, había conseguido enterarse por cauces confidenciales del asunto del pasaporte. Por ello, a mi regreso a Esztergom me esperaba con un avión en un prado de los alrededores de la ciudad. Con aquel aparato efectué el vuelo a Roma en compañía de mi secretario Zakar. Aterrizaron al mediodía del 18 de febrero de 1946. Para recibirnos se reunieron miembros de la colonia húngara en el Vaticano y numerosos periodistas. Establecimos nuestra residencia en el Instituto Pontificio Húngaro. Por la tarde efectué numerosas visitas oficiales. Al día siguiente me recibió el Santo Padre en audiencia privada. Tuve que informarle de la causa de mi retraso. Quizá la consideración de las circunstancias sobre las que yo había hecho detallada exposición, le movieron a abrazarme en el Consistorio y decirme en húngaro:

—¡Viva Hungría!

Cuando me impuso la muceta, dijo con voz conmovida:

—Entre los treinta y dos, serás el primero en sufrir el martirio cuyo símbolo es este color rojo.

Rogué que se me designara como templo titular —en vez de la basílica de San Gregorio que me ofrecía el Santo Padre —Santo Stefano Rotondo, un templo dedicado a la advocación del diácono San Esteban y que en tiempo antiguo había sido la iglesia de los húngaros en Roma. Pío XII accedió del mejor grado a mi petición. El día 28 de febrero me hizo entrega personal del palio arzobispal. El 4 de marzo me recibió de nuevo en una audiencia de una hora de duración. Fue aquél mi último encuentro con Pío XII. Pero su

bondad paternal y su simpatía me acompañaron largamente en mi camino. Con frecuencia tuvo que hacer frente a dificultades por mí y rechazó hasta donde le fue posible las intrigas de los comunistas y también de los llamados «católicos progresistas» con toda rotundidad y decisión. Recuerdo con el máximo agradecimiento su postura cuando fui detenido y comparecí ante el tribunal, así como las palabras llenas de afecto del telegrama que me remitió a mi liberación, en 1956.

En Roma visité a todos los cardenales allá presentes. El de Rosario estaba gravemente enfermo en una clínica romana. Durante mi visita hablamos sobre la situación en Hungría. El desahuciado enfermo, que sentía una gran veneración por la Madre de Dios, me consoló:

—Es una suerte que desde hace casi mil años esté Hungría bajo la protección de María. Esto dará fortaleza, confianza y consuelo al pueblo húngaro.

Repetidas veces tuve en Roma contactos con los dirigentes de la colonia húngara. Traté con ellos sobre mis planes romanos de acción, sobre las particularidades de los refugiados húngaros y las medidas que podían resultarles beneficiosas. Visité los campos de refugiados instalados en Bologna, Reggio Emilia, Rimini y San Pastore. Me acogieron con afecto y calor; por mi parte hice cuanto me fue posible en su favor cerca de las autoridades y las organizaciones de ayuda.

Lleno de emoción efectué mi peregrinaje por los cementerios húngaros de campaña, en las cercanías de Udine, donde descansan en tierra italiana tantos de nuestros muertos, lejos de su patria y sus familias.

El 18 de marzo de 1946, un avión norteamericano me devolvió a la patria. Cuando el aparato voló sobre el azulado espejo del lago Balatón, de regreso a Hungría, experimenté un sentimiento reconfortante.

## **Los perseguidos**

En la conferencia celebrada durante el otoño nos ocupamos de los llamados «criminales de guerra» y «elementos indeseables» que estaban encarcelados. Algunos habían sido condenados por los tribunales populares y otros internados en campos de concentración sin que mediara Sentencia judicial alguna. La mayor parte eran inocentes y se les había encarcelado al negarse a una colaboración con los comunistas. Claro que estaban también en la cárcel dudosas figuras del régimen anterior, que habían abusado de su posición, dado órdenes injustas o promulgado aposiciones perniciosas.

En el verano de 1945, las tres potencias vencedoras habían tomado en la conferencia de Potsdam disposiciones para la evacuación de la minoría alemana. Vorochilov exigió del gobierno provisional un decreto absolutamente demencial al respecto. Cuando fueron conocidas las amenazas que en aquel sentido se cernían sobre ellos, numerosos suabos trataron de conjurarlo mediante su inscripción en los partidos marxistas. Quienes no lo hicieron, aparecieron con su actitud como sospechosos de «criminales de guerra» o nazis y

no pasaría mucho tiempo sin que sus bienes fueran intervenidos y les esperara el internamiento o la cárcel.

Nosotros, los obispos, no podíamos contemplar con indiferencia semejantes hechos. Era nuestro deber advertir a la nación y el mundo sobre ellos. En la carta colectiva del 17 de octubre decíamos al respecto:

«De acuerdo con nuestros deberes de cristianos, alzamos en su momento la voz en defensa de los judíos, bautizados o no. Por ello no nos es posible guardar ahora silencio. Pensamos primeramente en aquellas aflicciones que no han sido producto de la guerra, sino que han tenido su origen en el odio y el ansia de venganza de los inmediatos tiempos de postguerra.

»Por ello queremos hoy elevar nuestra voz en favor de los alemanes de nacionalidad húngara, fieles al Estado. No queremos disculpar así a los alemanes que tanto fuera de las fronteras como dentro de ellas, produjeron daños al país y cometieron crímenes. Desde el primer momento expresamos nuestra condena, que reiteramos hoy con la máxima decisión. Pero estamos obligados a tomar posición contra todas las generalizaciones.

»La expulsión indiscriminada de sus casas y de sus tierras de los miembros pertenecientes a la minoría alemana, no puede justificarse con ningún principio de índole humana ni cristiana. Mientras los culpables recibían su castigo, guardamos silencio. Pero han sido declarados culpables muchos en los cuales no puede encontrarse, en rigor, la mínima sospecha. Más aún: el mero hecho de que hablen su idioma materno se ha considerado como un delito contra la nación húngara. Ante ello hay que decir que cuando los húngaros que habitaban en Checoslovaquia tuvieron que sufrir idéntico destino, cada uno de nosotros consideró indignante e insopportable la actitud de las autoridades de aquel país.»

A mi regreso de Roma recibí una invitación de los obreros de Csepel y celebré el 23 de diciembre en el gran templo parroquial la Santa Misa. Csepel es una característica ciudad industrial, con una población de 50.000 habitantes. Estaba considerada por los comunistas como una ciudadela propia. Mi visita a la ciudad y el entusiasta recibimiento que me hicieron por doquier representaron por tal causa una amarga sorpresa para ellos. Los habitantes de Csepel habían manifestado con frecuencia su vinculación al cristianismo; en el año 1945 fueron allá fundadas dos nuevas escuelas de enseñanza media, cuya dirección confió la ciudad a la orden de los benedictinos. Pero como los comunistas se jactaban de mantener la preeminencia en aquella ciudad, sobre todo apoyados por los sindicatos, consideré que Csepel era el lugar adecuado para llamar la atención de la opinión pública sobre la suerte de los perseguidos y oponer con mi homilía el amor cristiano al odio ciego. Dije, entre otras cosas:

«Mis queridos hermanos:

«Correspondo a vuestros deseos. La paz sea con vosotros. He venido a Csepel, en la demarcación episcopal del obispo de Székesfehérvár, pero me siento entre vosotros como en casa, exactamente igual que mis setenta y ocho predecesores en el puesto de príncipe primado durante mil años en cualquier parcela de nuestro territorio, tanto cuando efectuaban conversiones entre el pueblo como empuñaban la espada, dictaban leyes o correspondiendo a su misión pastoral, denunciaban faltas y abusos en las comunidades nacionales y eclesiásticas. Como todo sacerdote católico, vengo primeramente como mensajero de Cristo. Cuando predico a Cristo Crucificado (I Corintios 1,23) no hablo de odio sino de amor. Una ola de odio ha inundado al mundo desde hace una década y sigue amenazando hoy nuestra vida. Contra ese odio proclamamos el mensaje de amor de Cristo y Su Iglesia. Fundamento y fuente de este amor es el propio Dios que es el mismo Amor (Juan 4, 6). En el espejo del Padrenuestro somos todos criaturas e hijo del Padre, hermanos y miembros del Supremo Hacedor en la carne de Cristo (I Cor. 6, 15). Quien odia, no pertenece a Cristo y tampoco es poseedor de la recta dignidad humana. Amemos a nuestros enemigos, como hemos aprendido de Jesús y el Santo Diácono Esteban. Cuando el hombre tiene ocasiones de demostrar este amor y esta actitud, puede decirse que adquiere toda su grandeza».

En la época navideña efectué la visita a dos grandes campos de internamiento en Buda y Csepel. Hice esto por consideraciones espirituales, pero también con la esperanza de que mi visita reportaría algún alivio a las penalidades allá sufridas. La compasión y el agradecimiento eran intensos motivos. Un año antes, precisamente por Navidad, había sido recluso de una cárcel con mis 26 sacerdotes y seminaristas.

Había informado previamente de la visita y de la fecha dé la misma, para que en caso de que esta fecha no resultara adecuada, me dieran una mejor. Pero no obtuve respuesta. Así es que aparecí en la puerta del campo, precisando que estaba dispuesto a permanecer allá todo el tiempo necesario, hasta que me permitieran la entrada. Mi gesto fue acogido con recelo y malhumor. Cuando circuló por los alrededores la noticia de que el primado de Hungría esperaba ante la puerta del campo el permiso para entrar, las gentes surgieron de todas partes. Aquello provocó un mayor desasosiego en la jefatura del campo, que decidió franquearme la entrada. Visité primeramente el lugar de internamiento colectivo y luego las celdas individuales. En Buda rogué que fuera concentrada la multitud de los presos en el patio de mando para que les pudiera dirigir la palabra. Los hombres levantaron la cabeza, en sus miradas hubo un resplandor de alegría y esperanza. La Iglesia había ido hasta ellos en mi persona, para consolarlos en su miseria y su humillación. Tras aquellas visitas a los campos de concentración, la prensa marxista escribió que el arzobispo de Esztergom se había ocupado públicamente de los criminales y añadió con malignidad que en los días navideños del año anterior no me había ocupado mínimamente de las víctimas de los nazis. Como todos sabían en el país que por aquellos días yo mismo era prisionero de los nazis, no precisé siquiera dar respuesta a aquellas acusaciones.

Cuando obtenía permiso para ello, me desplazaba a Budapest, donde iba de celda en celda. Los presos rompían a veces en llanto y aunque pertenecieran a otras confesiones, me

rogaban con frecuencia que les diera mi bendición. En uno de aquellos calabozos encontré al anciano István Zadravec, que había sido antiguo obispo castrense.

Durante aquellas visitas a las cárceles se trababan en ocasiones algunas profundas relaciones humanas. Los deudos de numerosos presos se dirigieron a mí en Esztergom o Buda para expresarme su agradecimiento y a pesar de que en las visitas no hice la menor gestión ni esfuerzo para conseguir su conversión, algunos de los presos se hicieron católicos.

Tras aquellas visitas escribí al gobierno para solicitar la amnistía para los presos o, por lo menos, una libertad condicional o un trato más humano. Como en la cárcel se hallaban internados, como es obvio, partidarios del caído régimen precedente y colaboracionistas con los ocupantes alemanes, así como destacados «Cruces de Flechas», mi petición les englobaba obviamente también a ellos. Mi carta fue publicada en la prensa, dándole al escrito unas intenciones políticas que estaban, naturalmente, muy lejos de mi ánimo.

### **Ataques contra la oración**

El comunismo no tiene una estructura ideológica sencilla, sino, por el contrario, muy compleja. Importantes factores de este movimiento son los siguientes: ideología, organización del partido y fidelidad. Viene a ser una especie de religión —obviamente en un sentido negativo— con sus dogmas y su organización jerárquica. A continuación se pasa a exponer brevemente y de manera muy resumida los principales aspectos de su ideología.

La materia aparece así como única realidad, presente desde el principio y que estará presente de una manera eterna. A partir de la materia se efectuó el desarrollo del mundo, de las plantas, de los animales. Al final de dicha evolución se encuentra el hombre. La concepción que del mundo tienen los comunistas no reconoce la existencia de Dios, ni la de un alma inmortal. La materia posee el ser en sí misma y no precisa creador. El orden y la congruencia presentes en el mundo son el inevitable resultado de una evolución dialéctica y no la obra de un «espíritu» cualquiera. Este desarrollo culmina forzosamente en un nivel superior, está fundamentado en la intensidad dialéctica que surge de las contradicciones inherentes en la materia. Con el atributo «dialéctico» deslindan los comunistas su materialismo del denominado «materialismo mecánico» de los enciclopedistas del siglo XVIII. Según las antiguas teorías, el universo y en él la vida y el hombre, se habían desarrollado mediante lentas metamorfosis, tanto en cantidad como en espacio, de las partículas de materia. En contraposición a las teorías mecánicas de los deterministas, indican los marxistas que a la materia también le corresponde energía además de expansión. Este movimiento constante propicia la materia al desarrollo y la metamorfosis. En los estratos más inferiores aparece tan sólo la energía química y física, cuya diferenciación es origen de la vida. En un estrato más elevado, es portadora de la conciencia. Las nuevas escaleras existenciales, como la vida y la conciencia, no están determinadas por transformaciones, sino que originariamente arrancan del momento propicio en que la transformación cuantitativa se troca repentinamente en una

transformación cualitativa. A la pregunta de qué manera tratan de fundamentar los comunistas su materialismo dialéctico, no tardará en aparecer la respuesta de que consideran muchas de sus afirmaciones como dogmas que no necesitan prueba alguna. Creen, además, que estos principios están ampliamente demostrados por las ciencias naturales. Pero no evidencian grandes rigores en este aspecto, sino que ponen como ejemplo numerosos aspectos que pueden probarse por medios químicos, así como el agua se transforma, por ejemplo, en vapor al entrar en ebullición. La práctica de un siglo hace que los propagandistas del comunismo conozcan los anhelos y ensueños de los humanos y sepan tenerlos en cuenta en su propaganda. Prometen a los obreros la nacionalización de las empresas y a los trabajadores agrícolas la partición de los latifundios. Organizan y propagan ayudas sociales para los oprimidos y los insatisfechos. En todas las capas sociales se encuentran personas de corazón prestas a ponerse en favor de los pobres y los menesterosos y desear un orden humano más justo. Estas gentes no tardan en convertirse las más veces en peones de los comunistas. Su colaboración proporciona al movimiento marxista un beneficio propagandístico. No son pocas las ocasiones que se ganan a estos simpatizantes con vacías promisiones sobre la igualdad de todos los humanos, la erradicación del dolor, la constitución del Estado, del bienestar y la existencia de una sociedad sin clases en un mundo libre. Precisamente por tal causa, la ideología comunista sólo puede obtener sus resultados allá donde se han resquebrajado los fundamentos religiosos de un pueblo y donde la razón, la fe en Dios y la moral oponen una insuficiente resistencia a semejantes ideas.

En los círculos cristianos pueden tomar pie las doctrinas marxistas cuando la religión ha perdido fuerza en la existencia social. Es suficientemente conocido el hecho de que los humanos han perdido seguridad en su comprensión del mundo y buscan nuevos fundamentos que justifiquen la existencia. En tales casos, el marxismo aparece como un camino de salvación porque el ser humano que se siente inseguro, que duda, encuentra en el materialismo dialéctico respuesta a los problemas que la religión y la metafísica entienden como misterios y, por tanto, no ofrecen respuesta para ellos. El comunismo encuentra menos posibilidades en una nación firmemente enraizada en su fe y son mucho menores las probabilidades de que pueda alcanzar sus objetivos. Nuestros compatriotas comunistas, formados en Moscú y que habían regresado de Rusia, "sabían que nuestro pueblo rechazaría el adoctrinamiento que le proponían. Silenciaron, por tanto, sus planes de poder y aseguraron, por contra, que no entraba en sus propósitos obligar a nadie a abrazar las doctrinas marxistas. Aludían a los derechos humanos y la libertad de conciencia con el tono que hubieran podido hacerlo los políticos burgueses occidentales. De ahí que los comisionados por los soviéticos consiguieran engañar incluso a personas religiosas. Enmascararon al comunismo con un auténtico partido democrático. De sus discursos y escritos se podía extraer la conclusión de que también los más estrictos católicos podían colaborar sin reservas con los comunistas y darles sus votos. La difícil situación resultante de todo ello fue tema de nuestra conferencia episcopal. Traté asimismo de ello con las personas que ejercían la presidencia de la Acción Católica. Se tomó la decisión de oponerse a las sugerencias que podía ofrecer el marxismo e impedir la conquista del poder por parte de los partidos de extrema izquierda. Cuando la formación del gobierno y la propuesta para

el cambio institucional que instauraría el régimen republicano dieron idea de que quedaba poco tiempo para preparar una adecuada defensa, decidí intensificar las advertencias y previsiones de que se acercaban nuevos y mucho más difíciles tiempos. Rogué para ello al canónigo Zsimond Mihalovics, presidente de Acción Católica, que efectuara el estudio de los planes para una intensificación de la vida religiosa. Tratamos de convocar, de acuerdo con el mensaje de Fátima, un movimiento de expiación. Queríamos —puesto que la mano de Dios se había posado severamente sobre nosotros—hacer penitencia para ser dignos de la misericordia del cielo y al mismo tiempo pedir fuerzas para soportar los embates del destino. Pero se hacía asimismo necesario, para responder a las acusaciones inmotivadas que en parte llegaban del exterior y las que eran obra de los comunistas, quienes querían justificar con ellas sus arbitrariedades y presiones. Así es que el 31 de diciembre de 1945 declaré en un mensaje radiofónico a la nación:

«La última noche del año debemos hacer también balance. Balance de las faltas y pecados cometidos y sobre las buenas acciones desatendidas. Convoco a todo el pueblo a este examen de conciencia. En los finales del año transcurrido se han multiplicado las alusiones a los pecados de nuestro inmediato pasado. Han hablado los pueblos de Europa. Parecía que había que dar la impresión de que no sólo éramos la escoria de Europa, sino un pueblo réprobo entre un tropel de ángeles. Esto ha sido posible tras haber manifestado en época de guerra nuestra mejor voluntad hacia los países subyugados por los alemanes: Bélgica, Francia, Dinamarca, Holanda y Grecia; a pesar de que —con la indignación de los nacionalsocialistas— hicimos lo posible para que los prisioneros franceses y polacos recibieran un trato humanitario. A esto debo añadir que fue entre nosotros, en Balatonboglár, donde tuvo su sede el único instituto de segunda enseñanza libre de que los polacos disponían. Suena profusamente ese disco con la misma canción de nuestra culpabilidad, que nos llega repetidamente desde el extranjero, unida al capítulo de cargos de los que se nos acusa. El pueblo húngaro es también colmado de reproches por algunos de sus compatriotas, de tal manera que este capítulo de cargos de nuestra inmediata historia adquiere una perspectiva deformada y fomenta las discordias, tal como conviene a los intereses de determinados círculos. Mi conciencia cristiana y también húngara, me prohíbe admitir todas esas acusaciones globales».

Tres semanas más tarde, el 20 de enero, insistí sobre la penitencia en el transcurso de unas solemnidades en honor de Santa Margarita celebradas en la iglesia de los dominicos. Presenté el sacrificio de aquella santa como un ejemplo a seguir en el que tenía que verse reflejado toda la nación.

«Nos encontramos en un grave momento. Nos hallamos ante el tratado de paz, ante la gran prueba que tenemos que pasar ante el mundo democrático. Las miradas de todo el pueblo tendrían que estar ahora dirigidas a nuestra cara “perla” (el vocablo latino “margarita” significa “perla”) para que su gran obra de expiación sea un manantial purificador para Hungría y un caudal de bendiciones para la tierra húngara capaz de alejar todos los rastros de sangre y lágrimas. Muchas cosas han ocurrido. Pero Cristo vive, vence y domina. La fuerza de la fe y la oración es inquebrantable. Hungría penitente, arrepentida y

purificada, Pannonia sacra, ven y redime a la pecadora Hungría.» En mi carta pastoral de Cuaresma expresé idénticos pensamientos:

«Se requiere expiación siempre y cuando aparece y se expande el pecado y cuando se hacen patentes sus consecuencias, es decir, el castigo del Dios iracundo. Queremos dar por ello, mediante la oración y el arrepentimiento, con las buenas obras voluntariamente asumidas, expresión de nuestra compunción por Cristo ultrajado e insultado. Como la Verónica con su lienzo, así tenemos que prodigarle consuelo mediante una participación en su dolor. Tengamos fe en la justicia divina en este aspecto y procuremos restablecer el vulnerado orden moral. En la comunidad con Jesucristo, la expiación comienza con la absolución, prosigue con el dolor y se consuma con el sacrificio. Tras la derrota de Sedán, la Francia arrepentida elevó, en la colina de los mártires, una basílica dedicada al Sagrado Corazón, el Sacré-Coeur. Hoy somos pobres y no nos resulta posible construir una fastuosa catedral. Tan sólo entra dentro de nuestras posibilidades reconstruir con el carácter de templos expiatorios y con grandes dificultades, las iglesias destruidas por la guerra. Pero también todos aquellos otros templos o capillas respetados por la guerra, toda familia, toda alma creyente, tiene que ser una morada de penitencia. En vez de crecer los abrojos y las espinas del pecado, los cipreses y los mirtos tienen que ser expresiones de expiación, tal como consta en el libro de San Juan, 55, 13».

Sin presunción alguna, hay que destacar que la exhortadora voz de la Iglesia fue escuchada por doquier en el país. Muchas gentes, incluso no católicos, se unieron a nuestro movimiento penitencial. El pueblo estaba preparado para cargar sobre sí y llevar la pesada cruz, al ejemplo de Cristo. Creo recordar que precisamente en aquella época utilicé con profusión en mis homilías el ejemplo del martillo y el yunque. De niño acudía con frecuencia al herrero del pueblo y más que el martillo, que sólo golpeaba, llamaba mi atención el yunque, que nunca cedía y que parecía más fuerte y resistente a cada golpe recibido. Mis palabras «Cuanto más duro el martillo, más resistente el yunque» se convirtieron, por efecto de las circunstancias, en un lema para Hungría.

Por aquella época, un grupo de diputados capitaneados por Dezsó Sulyok trataron de oponerse a la ley de defensa institucional. La proclamación de Hungría como un Estado republicano había significado una amarga decepción para aquel político. Primeramente se manifestó contrario a la ley que introducía la reforma. Pero luego, los comunistas, calculadores y astutos, le habían ofrecido la presidencia del Consejo de ministros. De esta manera cesó en su resistencia y trató de convencer a cuantos diputados le fue posible de que en nuestra situación y por la abierta presión de los rusos, era inevitable la aceptación de la ley. Se declaró incluso dispuesto a exponer ante los diputados el proyecto legislativo en dicho sentido. Pero cuando hubieron alcanzado sus objetivos, los comunistas no se sintieron ligados por sus promesas y no ayudaron a Sulyok sino a Nagy a ocupar el importante puesto. Hombre moderado, procedente del Partido de los Pequeños Propietarios, era por complejo inexperto en asuntos de gobierno y los rusos consiguieron así que presentara la «Ley de Defensa de la Nación» para la protección del Estado y la República. Supo neutralizar con habilidad la oposición manifestada en la fracción parlamentaria de su propio partido sirviéndose para ello de viejas tácticas. Difundió el

rumor de que se tomarían medidas de represalia por parte de los rusos en caso de que se rechazara el proyecto de ley en cuestión. Aprobarla significaría, por contra, ganar un tiempo que posibilitaría una actuación del partido de la mayoría en mejores días. Cuando se concertara la paz, podríamos prescindir de lo que ahora se nos imponía. Con semejantes ilusiones consiguió Ferenc Nagy que la ley de defensa del Estado, fuera aprobada por el Parlamento con fecha del 12 de marzo de aquel mismo año.

Como ha quedado dicho, desde el primero de febrero de 1946, Hungría era una República. Zoltan Tildy accedió a la presidencia del Estado y como también se ha dicho, Ferenc Nagy ocupó la presidencia del Consejo. Laszlo Rajk sucedió en la cartera del Interior al humano Imre Nagy. Los tres partidos de izquierda se unieron en el Parlamento en un solo bloque. La decisión se había tomado por efecto de claras presiones soviéticas, aunque desde el primer momento quedó bastante claro que muchos representantes de la socialdemocracia y del Partido Campesino se resistían a expresar simplemente su aquiescencia en todas las votaciones. Tras la formación de aquel bloque, la disciplina de partido se hizo más intensa. No podía siquiera hablarse de la posibilidad de una expresión sincera de la voluntad popular y una libre toma de posición por parte de los representantes. Los comunistas habían apremiado la presentación de una propuesta de ley para la defensa del orden estatal y el régimen republicano. Aparecía bien claro que trataban con ello de dar una base legal a sus acciones policíacas y sus múltiples presiones. El pueblo denominó muy pronto aquella ley, «la ley de los verdugos». Su aplicación permitiría la persecución de un gran número de personalidades de la vida pública. Cuando más tarde comparecí personalmente ante el tribunal, el fiscal fundamentó precisamente su acusación en aquella ley y consiguió del tribunal popular mi condena a reclusión a perpetuidad.

Como se ha dicho, el 12 de marzo de 1946 fue aprobada la llamada «ley de los verdugos». El pequeño grupo ya mencionado y que capitaneaba Dezsó Sulyok trató de oponerse a su aprobación, sin conseguirlo. En su desesperado esfuerzo, atacó asimismo en el transcurso del debate Parlamentario a Laszlo Rajk, jefe de la «policía política» y condenó sus métodos inhumanos. Resultado de esta postura fue que Dezsó Sulyok y otros veinte diputados fueran expulsados del Partido de los Pequeños Propietarios por efecto de las presiones soviéticas.

Como no había ya que «cazar» auténticos «criminales de guerra» y «enemigos del pueblo», se amplió considerablemente el círculo de los «acreedores de castigo»; para ello se establecieron nuevas categorías de delitos antirrepublicanos. A finales de abril, el ministro del Interior, Rajk, ordenó cuarenta y seis registros domiciliarios en las escuelas de enseñanza media. La policía apareció durante las horas de clase, hojeo los libros y cuadernos de los escolares y hurgó en sus carteras. Luego procedió a la detención de una docena de alumnos, a los que coaccionó mediante amenazas de prolongar su reclusión, para que firmaran declaraciones en las que se acusaba de hostilidad al Estado a sus catequistas y maestros religiosos. Durante aquellos registros, la policía escondió también fusiles y cartuchos en los edificios y los «descubrió» en presencia de los directores de las escuelas. Como era de esperar, no tardaron en aparecer en la prensa de orientación

izquierdista informaciones sobre aquella «situación escolar» y claras acusaciones contra los maestros. Las escuelas religiosas fueron calificadas de «semilleros de la reacción».

Cuando me enteré de estos sucesos, solicité de los directores de las escuelas católicas una detenida investigación sobre lo ocurrido en cada uno de los casos. El propio ministro de Instrucción, Dezsó Koresztury, me prestó su ayuda en aquellas investigaciones, de tal manera que tuvo que admitirse por parte oficial lo que desde el primer momento había quedado suficientemente claro para la opinión pública: todo ello había sido un ataque organizado contra las escuelas católicas y la instrucción religiosa. Los obispos hicimos pública con fecha del 4 de mayo una carta colectiva en la que se daban nuestras instrucciones en el problema de las escuelas y se respondía a cuantos querían ver en nuestras escuelas religiosas un peligro para la democracia.

En aquella carta colectiva decíamos así:

«... queremos tranquilizar a aquellos que se habían intranquilizado: las escuelas y las clases de instrucción religiosa no actuarán nunca contra los auténticos sentimientos democráticos. Mediante bolsas y becas, la Iglesia ha permitido el estudio y la promoción social de numerosos niños carentes de medios. Muchos que hoy permanecen alejados de la Iglesia, tienen que agradecerle su triunfo y su posición en la vida precisamente a esa actuación cultural de la Iglesia. ¿No es prueba suficiente de que una instrucción católica no pone trabas a nadie? La libertad responde siempre a un espíritu democrático. ¿Pero existe verdadera libertad donde los católicos no pueden tener escuelas y solamente se permiten las escuelas estatales, donde con frecuencia una minoría impone sus concepciones ideológicas a una mayoría? Hay que tener presente al respecto que si hoy ocupa este partido el poder, mañana puede ocuparlo otro y cada uno deseará afianzar su predominio con ayuda de la escuela. Esto no significa obviamente democracia alguna ni, por supuesto, ninguna libertad...»

Además de estas precisiones, la dirección general católica de la escuela hizo pública el 11 de mayo de 1946 la siguiente declaración:

«Con respecto a los frecuentes ataques de que son objeto las escuelas católicas de enseñanza media, se ha procedido a una investigación a nivel oficial y en cada uno de los casos. En la mayoría, ocurrió con posterioridad a que aparecieran en los periódicos informaciones sobre ello. En cinco casos fue posible proceder al cierre de la investigación, a saber, en los institutos de enseñanza media de los benedictinos en Esztergom, en el de los premonstratenses de Keszhely, en los escolapios de Nagykanizsa, en el de los cistercienses de Pees y en el de los escolapios de Vas. Las acusaciones se revelaron por completo infundadas. En otros dos casos —en el instituto de los escolapios en Budapest y en el de los franciscanos de Esztergom —las investigaciones se encuentran todavía en curso. Es posible anticipar, sin embargo, que también estas acusaciones fueron por lo menos precipitadas y exageradas. Con todo, se ordena por la presente a todos los directores de las escuelas católicas que mantengan cuidadosamente a la juventud a ellos confiada dentro de una disciplina ciudadana y con ello —como hasta ahora —sean esta disciplina y el orden

distintivo de nuestras instituciones escolares y se evite así el motivo para cualquier intromisión externa».

La indignación contra las acciones policíacas fue considerable. Quizá por ello, la policía no se atrevió a efectuar más registros domiciliarios y hacer por tanto otros «descubrimientos». Estaba bien claro que los comunistas querían obtener mediante intensas presiones la aprobación por parte del Partido de los Pequeños Propietarios de las medidas estatificadoras de la escuela y la supresión de las clases públicas de religión. Sin embargo, la coordinación entre la prensa y la policía política no había alcanzado en todos los casos el suficiente grado de precisión, de tal manera que pudo darse el caso de que la prensa de Budapest informara sobre una «conjura» y una investigación policiaca en el instituto de enseñanza media de los Cistercienses de Baja, antes de que se hubiera efectuado la menor pesquisa en el lugar mencionado. Como la información estaba redactada en términos muy precisos, el hecho se convirtió en un escándalo cuyo eco llegó a rebasar los límites del país. El resultado fue que el tema de «la conspiración escolar» desapareció de los Periódicos.

## **Asociaciones de padres**

Tras su ridículo por el contratiempo en Baja, la policía prescindió de semejantes tretas. Pero no por ello quedó resuelto el problema escolar. A partir de entonces se proclamó la necesidad de una instrucción unitaria, añadiendo que semejantes reformas en los libros escolares exigían la supresión de la asignatura obligatoria de religión y la nacionalización de las escuelas religiosas. Se alegaba que semejantes reformas eran una realidad desde hacía mucho tiempo en los Estados democráticos occidentales. Igual resultaban necesarias en Hungría, tanto más cuanto las escuelas religiosas, a diferencia de las estatales, impartían un sistema de enseñanza «antidemocrático y reaccionario».

Teníamos nuestras razones para temer que la presidencia del Partido de los Pequeños Propietarios se mostraría nuevamente blando en aquel asunto y movilizamos a los propios padres en interés de nuestras escuelas.

Organizamos disertaciones, conferencias y cursos para los padres y los maestros de las órdenes religiosas dedicadas a la enseñanza. En el curso de grandes concentraciones populares respondimos a los reproches de los partidos y prensa. Aquel movimiento de los padres obligó a los marxistas a cambiar de táctica. En este sentido, consiguieron hacer vacilar las estructuras del Partido de los Pequeños Propietarios. Desde hacía algún tiempo habían impuesto la exigencia, cada vez más imperiosa, de que determinados problemas de gobierno se solucionaran mediante conversaciones entre los jefes de los partidos. Las atribuciones del gobierno quedaban así recortadas, puesto que muchos asuntos se solventaban en aquellas conversaciones entre los dos partidos, con exclusión asimismo de cualquier intervención parlamentaria. Los dirigentes del Partido de los Pequeños Propietarios no supieron reconocer el papel contraproducente que los colaboradores jugaban ahora en sus propias filas, ni mucho menos las intrigas de los marxistas, mejor adiestrados y más prácticos en todos aquellos manejos políticos. Pero tales inconvenientes

sirvieron para irritar a los votantes. Los organismos provinciales del partido exigieron la suspensión de las conversaciones entre los dos partidos y que los asuntos de gobierno fueran debatidos en el Parlamento, que era la institución competente para ello. La exigencia se intensificó al saberse que la federación de padres había rechazado las pretensiones político-culturales de los comunistas.

Esta federación de padres era muy activa. Había dejado ya oír su voz a raíz de las primeras acusaciones efectuadas con motivo de las «conspiraciones escolares» y por medio de sus representantes participaba en todas las oportunas investigaciones, rechazando de manera muy eficaz los cargos injustificados. Yo mismo había estado personalmente presente en las reuniones de protesta de la federación de alumnos y la discusión de los temas: derecho de la Iglesia a la educación y juicio valorativo de las escuelas cristianas.

El 21 de mayo de 1946, en la Academia de San Esteban y en las sesiones celebradas por un foro de científicos, artistas y escritores cristianos, pronuncié estas palabras sobre la educación que debía recibirse:

«La familia ha recibido, por parte del Creador, deberes y derechos respecto a la educación de los hijos. Este derecho de los padres tiene preferencia sobre el derecho de otras instituciones sociales. Ningún poder terreno —tampoco el Estado— está autorizado para hacer polémico este derecho de los padres. Desde sus primeros tiempos, la Iglesia considera el problema de la educación de los hijos desde el punto de vista del derecho natural y este derecho obliga tan rígidamente a la Iglesia, que le resta prácticamente autoridad para introducir ninguna alteración o efectuar cambio alguno en el mismo. El derecho de la familia a la educación es un derecho primario que emana del propio hecho de la paternidad. Este derecho no puede ser sustraído a la familia; todo lo más puede hablarse de que instituciones extra-familiares auxilien a los padres en el cumplimiento de sus deberes educadores. En tal sentido, el hijo bautizado no corresponde tan sólo a los padres, sino también a la Iglesia porque mediante el bautismo se ha convertido en el orden sobrenatural también en su hijo y porque la Iglesia, como esposa de Cristo y mediante la administración de los sacramentos, encarna el papel de madre. La Iglesia asume el puesto de madre en el orden sobrenatural porque los padres lo tienen según el orden natural. Por ello es su deber y su derecho impartir un magisterio y rechazar con energía todo ataque, toda cortapisa y toda limitación en el ejercicio de este derecho. Deber del Estado es asegurar el bienestar terreno de los ciudadanos. Pero la formación escolar no es tan sólo un imprescindible engranaje en el mecanismo del bienestar humano, sino también la premisa de este mismo bienestar. Por ello, el Estado tiene en las civilizaciones progresivas, tanto el deber como el derecho a la colaboración y contribución a la educación paterna. Por ello está fuera de toda duda el básico interés que tanto la Iglesia como Estado tienen en las escuelas. Es obvio, sin embargo, que los objetivos de las dos esferas de poder son con frecuencia muy diversos y es asimismo frecuente su contraposición, en especial desde que se ha convertido en un hecho histórico la disociación del concepto religioso del puramente terreno. La actuación de esas dos esferas sólo puede desde entonces quedar situada bajo unos principios legales. Nos preocupa grandemente la solución húngara de dicho problema. No deseamos cambio alguno en las relaciones dadas por la propia historia y nos

opondremos a cualquier peligroso intento de alterarlas. Obraremos así en el convencimiento de que la población cristiana de todo el país defenderá estas tradiciones con el mayor encarnizamiento. En el problema de la escuela, todos los húngaros cristianos están unánimes».

La posibilidad insinuada en las últimas frases sobre una actitud solidaria de los protestantes respondía a una sólida convicción en este aspecto. Había visitado con esta intención al obispo de los calvinistas, Laszlo Ravasz, con el que sostuve una dilatada conversación referente a la situación política del país y a la postura de los cristianos, habiendo coincidido plenamente en la voluntad de oponernos con toda decisión a los intentos políticos de los comunistas, así como en la de alentar y prestar todo apoyo a los políticos situados en una posición de defensa de los valores nacionales.

El obispo Ravasz apoyó asimismo en este sentido las aspiraciones de la federación católica de padres. El obispo correspondió muy pronto a la visita, lo que me impulsó para que el 25 de mayo de 1946 y en una homilía pronunciada en los cistercienses de Buda, mencionara el hecho de que también los protestantes húngaros tuvieran en el más alto aprecio al «Regnum Marianum» de San Esteban. Tras efectuar una ojeada retrospectiva, añadí al respecto:

«Cuando nuestra nación sufrió una aniquiladora derrota en la batalla de Mohacs, muchos hombres, mujeres y niños desaparecieron. Los restantes que habían quedado en Hungría, abandonaron el terreno abierto y se escondieron en pantanos o en los barrancos y desfiladeros de las estribaciones montañosas. Carecían con frecuencia de ropas, calzado, ganado y pan. Se nutrían de raíces y frutos del bosque. En recuerdo de un buen pasado, en la miseria y sufrimiento del presente y en la esperanza de un futuro mejor entonaron una nueva canción que sobrevivió generaciones y siglos, sin que nunca se silencie en ellos:

«Refugio de pecadores,

Mitiga, Madre, las calamidades de tus hijos

Patrona, juntamos las manos,

El sufrimiento de la Patria pronto cambiará.

Imploramos del Cielo misericordia.

No olvides a los húngaros, los pobres.

«Alguien podrá decir que todo ello es muy hermoso, ¿pero no provocará este recuerdo de María una división en la unidad nacional? Yo no lo creo así. Al igual que las madres en las familias, la Madre de Dios en la vida dé los pueblos no significa división, sino que es el vínculo que une un solo amor. Lamento de todo corazón que hubiera sangrientas luchas entre protestantes y católicos a lo largo de la Historia. Es mi deseo que las confesiones se midan tan sólo en la noble competencia del amor a la patria. En la

veneración a María, un creyente —aunque no sea católico—no verá piedra de escándalo, sino un intenso impulso religioso y moral».

Los protestantes comprendieron perfectamente mis palabras y mis propósitos. Afluieron en gran número a nuestras organizaciones y tomaron parte en los congresos y peregrinaciones del Año Mariano.

El 30 de mayo de 1946 asistí a la gran concentración de la federación de padres en Kalocsa. En mi discurso rechacé una vez más la acusación de que las escuelas de las órdenes religiosas descuidaran a las capas más pobres de la población. Hice así las siguientes precisiones:

«Al salir de Budapest me llegaron a los oídos durante el viaje aquellas acusaciones. Al llegar aquí, una de mis primeras medidas fue solicitar a los directores de las escuelas católicas todos los expedientes y datos susceptibles de demostrar la falsedad de tales acusaciones. Los datos son los siguientes:

»a) En el instituto de los jesuitas, el cuarenta por ciento del alumnado procede de círculos altos, entre los que hay que incluir los hijos de funcionarios. El restante sesenta por ciento tiene otras procedencias: obreros, pequeños campesinos, etc.

»b) En las escuelas superiores católico romanas, la proporción es de treinta y cinco a sesenta y cinco.

»c) En las escuelas católico romanas del magisterio, la proporción es de 17'5 a 82'5.

»d) La escuela-guardería ha tenido en cinco años doscientas treinta y tres alumnas procedentes de capas bien situadas y trescientas sesenta y seis procedentes de capas humildes.

»e) En la escuela católico romana del magisterio y el liceo femenino, la proporción es de 104 por 488.

»Éste es el verdadero cuadro de la situación en Kalocsa. En pasados años defendimos el derecho natural al proteger a los judíos perseguidos. Nadie puede tomar a mal que ahora invoquemos el derecho natural para nuestros hijos. Tenemos el convencimiento absoluto de que los creyentes de otras confesiones nos prestarán su apoyo. Los reformistas y los evangélicos me han asegurado su solidaridad.»

La manifestación de Kalocsa dirigió luego, en nombre de 12.000 padres, el siguiente memorándum al presidente de Consejo de ministros, Ferenc Nagy (citado por Uj Ember el 9 de junio de 1946).

«Señor Presidente del Consejo de Ministros.

»Ferenc Nagy. Budapest.

»Como colofón de la gran concentración de 12.000 padres católicos en Kalocsa, la Asociación de Padres Católicos y los miembros locales de la Asociación celebraron una conferencia el 30 de mayo de 1946. La conferencia decidió exponer el siguiente memorándum:

»1. Declaramos solemnemente nuestra voluntad de contribuir con todos nuestros esfuerzos a la reconstrucción económica y moral.

»2. Queremos romper, sin vacilación alguna, con los pecados y culpas del inmediato pasado.

»3. Velaremos atentamente para que todo húngaro honre y venere como se merecen las fuerzas morales que con tanta frecuencia han salvado a nuestro país en los peores momentos de su historia.

»4. Precisamente por ello, vemos con preocupación que las escuelas confesionales —en primer término, las escuelas católicas—, así como la asignatura de religión, son objeto de calculados y premeditados ataques, pese a que la ley y las potencias aliadas garantizan la libertad religiosa y las libertades de los ciudadanos.

»5. Protestamos por ello contra cualquier intento de quitar a nuestras escuelas su carácter católico y eliminar el carácter obligatorio de la asignatura de religión.

»6. Rogamos, por tanto, señor presidente del Consejo, que proteja nuestras escuelas católicas, orgullo de una abrumadora mayoría del país, contra esos injustificados ataques.

»7. Asimismo abogamos por el mantenimiento de estas escuelas porque con ellas queremos asegurar a Hungría un positivo apoyo al verdadero desarrollo democrático».

Hicimos entrega de este memorándum al diputado de nuestra ciudad y nuestro distrito en el Consejo Nacional, Jozsef Sisitka, para que se lo llevara personalmente al presidente del Consejo de Ministros.

Tres días después, el 2 de junio de 1946, hablé en Budapest. La escuela de magisterio «Señoritas Inglesas» celebraba sus bodas de plata. Volví a referirme al problema escolar y dije así:

«En los pasados cincuenta años y en especial en los últimos veinticinco, cuando llegaban aquí pedagogos extranjeros para el estudio de nuestros métodos e instituciones, eran regularmente y casi exclusivamente encaminados por el ministro de Instrucción a las escuelas regentadas por órdenes religiosas, pese a que también existían muchas escuelas estatales. Ello ahorra cualquier otro comentario».

En aquellas solemnidades participó un antiguo alumno de Zalaegerszeg, Dezsó Koresztury, que habían ocupado el cargo de ministro de Instrucción y se había convertido en un importante escritor y político de la cultura. Fue recibido con gran cordialidad.

Sabíamos lo valerosamente que luchaba contra los objetivos culturales de los marxistas. Fue para mí una satisfacción que el 12 de junio de 1946 recibiera la visita de una delegación de la federación de padres que le hizo entrega de un memorándum en el que se le hacía un llamamiento para la salvaguarda de los «principios democráticos», si bien las peticiones que en el mismo se le hacían estuvieran en contradicción con las consignas e instrucciones de su partido. El texto decía así:

«Señor ministro de Instrucción:

»Los abajo firmantes, dirigentes y miembros de las organizaciones católicas en Budapest, así como en su calidad de padres, protestan:

»1. Contra los sostenidos y tendenciosos ataques a las escuelas católicas. No queremos defender a ningún verdadero culpable. Pero hubiera sido nuestro deseo que el señor ministro de Cultura hubiera hecho pública la verdad de las cosas, puesta en claro tras las correspondientes investigaciones, manifestándose cerca del ministerio del Interior y en la prensa contrario a las falsas pruebas y los actos de violencia. Lamentablemente, esta toma de posición no ha tenido efecto. Ello ha tenido como consecuencia que hayan persistido las confusiones morales y materiales, con las consiguientes repercusiones en el plano de la enseñanza.

»2. La mayoría católica del país y en particular todo creyente tiene la firme convicción de que deben ser apoyadas las escuelas confesionales, en las que las futuras generaciones aprenden fe, moral y respeto al prójimo y deben asimismo recibir el apoyo que merecen dado el porcentaje de población que compone esa mayoría antes citada.

»3. Esperamos asimismo por ello que también en las escuelas estatales y municipales seguirá considerándose la asignatura de religión como obligatoria y que igualmente se impartirá la educación de acuerdo con los principios cristianos».

El memorándum remitido al ministro obtuvo el silencio como toda respuesta. Se invocaron de nuevo los principios de libertad contenidos en la solemne declaración de las potencias ocupantes, pero el comandante en jefe ruso preparó con diversas excusas el camino para la intromisión estatal en los movimientos juveniles.

El 20 de julio de 1946 celebramos una conferencia episcopal sobre la situación' prevista tras la intromisión estatal antes mencionada. Adoptamos la resolución de protestar enérgicamente. Escribí a Ferenc Nagy una carta en la que le advertía sobre la ilegitimidad de todas aquellas medidas y le proponía tratar dichos asuntos por los cauces de la legalidad y de las leyes. He aquí el texto de mi carta al presidente del Consejo de Ministros, Ferenc Nagy:

«Señor presidente del Consejo:

»A causa de renovadas y graves vulneraciones de la libertad religiosa, garantizada tanto en las leyes internas como por diversos organismos internacionales, nos vemos

obligados a dejar escuchar de nuevo nuestra palabra. Principalmente, en lo que atañe a las asociaciones religiosas y cuantas amenazas a ellas se refieren. El gobierno húngaro ha puesto, con su decreto número 2333/1946, estas asociaciones bajo el control superior y la competencia del ministerio del Interior. De esta manera, el ministro del Interior —con exclusión de los restantes ministros— posee la única competencia para la aplicación del artículo XVII del año 1938 sobre las sanciones a que se hacen acreedoras las asociaciones que incurran en faltas siempre a juicio del ministerio responsable. El citado señor ministro del Interior pretende disponer la disolución de las asociaciones, entre las que se contarán asimismo las católicas. El decreto antes citado no introduce, en rigor, modificaciones a la ley, sino que precisa la competencia del organismo encargado de su aplicación. Por ello y según la legislación vigente, se prohibirán y se procederá a la disolución de aquellas “que ejerciten en secreto actividades contrarias a sus estatutos”. (Párrafo segundo, capítulo segundo).

»Es por tanto una elemental pretensión que el problema llegue a solucionarse de acuerdo con la presunta actividad secreta y contraria a los estatutos que la legislación contempla. Todos aceptarán que en caso de que la fuerza legal tenga que llegar a tales extremos y por los motivos apuntados, se proceda a la disolución de la misma.

»En caso de las previstas disoluciones, no se sabe si se ha efectuado la investigación de las causas y razones antes detalladas y si ha llevado tal investigación a la demostración de la existencia de pruebas justificatorias de una sanción tan rigurosa como la disolución. No deja de resultar inquietante que a la vista de la opinión pública, aparezcan otras circunstancias como base y fundamento de semejantes medidas.

»El hecho de que institutos e instituciones escolares hayan sido presentados como objeto de sospecha ante esa misma opinión pública y que efectuadas las correspondientes investigaciones, se pusiera en claro que tales sospechas habían sido infundadas, sin que fuera posible aportar pruebas en sentido contrario; este hecho —repetimos— inquietó y preocupó sobremanera a la opinión pública, de la que nosotros, los obispos, no somos más que cauce de expresión.

»Semejante inquietud —por cuyas consecuencias rechazamos de antemano cualquier responsabilidad— tan sólo podrá calmarse en el caso de que la acción de una asociación sospechosa sea aclarada —antes de que se tomen las correspondientes medidas— mediante una investigación efectuada a fondo y de una manera objetiva y se informe de ello a la opinión de una manera tan exhaustiva como objetiva. Si se actúa de otra forma, cualquier medida aparecerá como un pretexto arbitrario y un atentado a la libertad. En todo caso, tal ha sido siempre el condonable proceder de las dictaduras: actuar de una manera caprichosa y teniendo en cuenta como base una sospecha más o menos prefabricada y sin prueba alguna. Contra ello se ha elevado por parte católica siempre una enérgica protesta y por ello nos vemos ahora obligados a protestar solemnemente de que unas medidas tan amplias se hayan tomado teniendo como base una sospecha no probada y atribuida a nuestras asociaciones o meramente, a uno u otro miembro de las mismas. No podemos guardar tampoco silencio ante la opinión pública en este punto.

»Pero sobre cualquier otra cosa, es deseo nuestro poner en conocimiento del señor presidente del Consejo nuestro punto de vista con el ruego de que en este problema discurra todo por el cauce legal que marcan las leyes.

«Reciba usted, señor Presidente del Consejo de Ministros, la expresión de mi consideración. »En nombre de los ministros húngaros,

»JOZSEF MINDSZENTY.

»*Cardenal príncipe primado. Arzobispo de Esztergom».*

Nadie abrigó la menor duda, a todo lo largo y ancho del país, que la «represalia» no era más que la pura y simple reacción comunista a un hecho que precisaba tener en cuenta para valorar con exactitud cuanto ocurría. Este hecho no era otro que el alejamiento de la juventud húngara de las asociaciones fundadas por los marxistas y ampliamente financiadas por el Estado. Nuestras asociaciones fueron así disueltas, incautados sus fondos, casas y hogares, que pasaron a poder de la organización juvenil oficial. Los dirigentes de nuestras asociaciones fueron forzados a la colaboración con esa organización oficial, si bien en bastantes caso se resistieron a ello cuanto les fue posible.

La primera ofensiva se dirigió contra nuestra «Asociación de Exploradores Húngaros». Bajo el nombre bastante similar de «Unión de Exploradores Húngaros» se fundó otra asociación, a cuyo frente se colocaron elementos de probada seguridad y fidelidad a los que ocupaban el poder. Se comunicó a nuestra asociación que la nueva vería con los mejores ojos la fusión de ambas. Esta «invitación» iba acompañada de la importante precisión de que los objetivos fundacionales de la nueva organización diferían de los que hasta entonces habían inspirado a los exploradores húngaros.

Así es que antes de decidir una colaboración, hice comunicar por medio de Acción Católica que era preciso aclarar los siguientes extremos:

1. Se nos tenían que presentar las bases de los estatutos aceptados apresuradamente por el ministro del Interior.
2. Debía quedar probado que la Federación Internacional de Exploradores había otorgado condición de miembro a la nueva organización.
3. Debía otorgarse el adecuado reconocimiento a los principios formativos católicos.
4. La Unión tenía que dar las debidas garantías de que no se atacaría a la Iglesia en ninguna de las actividades de la organización ni por parte de sus miembros.

5. Los puestos de mando se cubrirían de acuerdo con el número de miembros de los distintos grupos.
6. Las autoridades eclesiásticas competentes deberían dar su aprobación a la fusión.

Constituimos al mismo tiempo y dentro de la Acción Católica una federación de exploradores de todos los grupos católicos. Su finalidad era oponerse en lo posible a la acción de los comunistas. Pero el ministro del Interior prohibió cualquier actividad de aquella asociación. Además, miembros favorables al gobierno cuidaron de que los pequeños grupos, existentes en su mayor parte sólo de nombre, fueran admitidos en la Unión. De esta manera, en el congreso nacional recién convocado, una minoría consiguió imponer sus puntos de vista a la mayoría electoral de los delegados.

Cuando tuve conocimiento de todas aquellas manipulaciones, ordené que nuestros exploradores aguardaran el desarrollo de los acontecimientos y se mantuvieran firmes en su condición de miembros de Acción Católica. Un año más tarde, la Unión hizo pública su integración en los pioneros comunistas. Aquello significó la liquidación del movimiento de los exploradores húngaros.

La extinción del «Kalot» fue un hecho que se produjo sin mayores dificultades, puesto que los comunistas habían ocupado unas excelentes posiciones tácticas de partida. Al terminar la guerra, los comunistas húngaros habían procedido a la disolución del «Kalot» igualándolo a las organizaciones de carácter fascista. Para impedir que la medida se llevara a efecto, un jesuítico del cuadro de mandos del «Kalot» estableció contacto con los rusos mediante la oferta de una colaboración. De esta manera fue posible salvar el «Kalot» por espacio de un año, hasta que en 1946 comenzó el gobierno su actuación en el campo de las organizaciones juveniles, con lo que el «Kalot» volvió a quedar en peligro. El «páter» intervino de nuevo cerca de los rusos, que le impusieron las siguientes condiciones:

1. La asociación cambiaba su nombre, con lo que quedaba suprimido el calificativo de católico.
2. Debería formarse un nuevo directorio central constituido por candidatos bienquistos por los comunistas.
3. Kalot debía tener en cuenta en la reglamentación estatutaria los cambios políticos y sociales.
4. La asociación venía obligada a colaborar con el MIOT. (El MIOT era una organización fundada por los comunistas).

La presidencia del Kalot no inquirió cuál era la opinión de los obispos, sino que actuó según sus propios criterios. Aceptó las condiciones antes citadas, pese a todas las protestas y a la enérgica resistencia por parte de las asociaciones locales. Significó aquello el final de

una organización que anteriormente se había caracterizado por su fe en el futuro y su espíritu gozoso y esperanzado.

### **La suerte de los internados**

En la conferencia episcopal del 20 de julio de 1946 nos ocupamos otra vez de la suerte de los ocupantes de los campos de concentración.

Por encargo del episcopado escribí en tal circunstancia al presidente del Consejo, Ferenc Nagy. Solicitábamos una amnistía general y fundamentábamos, entre otras, nuestra demanda en las siguientes razones:

«A pesar de que en algunos lugares la guerra finalizó más tarde que entre nosotros, la convivencia es allá mucho más cordial y pacífica que en nuestro país. En Alemania e Italia, las doctrinas funestas de las potencias derrotadas estaban más enraizadas y, sin embargo, allá no se practica una represalia general de manera tan rígida y excluyente. En la zona francesa de Alemania se ha aplicado a los antiguos nazis una amplia amnistía. Doscientas cincuenta personas han sido puestas en libertad, a pesar de haber sido condenadas cincuenta de ellas por un tribunal militar extranjero. Mientras en Alemania, donde existen con toda seguridad muchos criminales de guerra y enemigos del pueblo, se registra un comedimiento en pronunciar penas de muerte; mientras los victoriosos franceses y a pesar de un foso de odio, parecen haber encontrado el camino del perdón respecto a los alemanes, es preciso hallar también en Hungría, escenario de pugnas y discrepancias, las oportunas palabras de perdón y misericordia. Para ello, debería el gobierno —indiferente al maleficio que es obra de una pequeña minoría— buscar el camino de la unidad y la pacificación nacional. La idea de que solamente la persistencia de las prisiones, las celdas y los campos de concentración pueden garantizar la paz y el orden, no puede mantenerse por más tiempo y es casi una ofensa al honor de nuestra policía. Somos de la opinión de que tras un perdón de alcance nacional, el pueblo entero se mostrará más satisfecho y tranquilizado que antes. El rebrote de antisemitismo que se registra nuevamente en diversos estratos de población, descendería con toda seguridad de nivel. Las cárceles existen para los ladrones y los asesinos, así como para gentes implicadas en asuntos de corrupción y tráficos ilegales. Deberían ser puestos en libertad aquellos que están detenidos durante meses y no han comparecido hasta la fecha ante un tribunal. También debería otorgarse libertad a todos aquellos que han sido condenados, no por delitos personales, sino por el puesto que ocupaban con anterioridad. Y no cabe dudar que la aplicación de medidas de amnistía a los enfermos, ancianos, madres y médicos, contribuiría notoriamente a distender el ambiente general del país...»

Cuando el alto mando ruso tuvo conocimiento del contenido de nuestro escrito, exigió del presidente del Consejo que reprobara públicamente a la jerarquía religiosa. Y así, sin mencionar nuestras declaraciones y con gran sorpresa de todo el país, hizo Ferenc Nagy las siguientes acusaciones en el transcurso de una conferencia de prensa:

1. Los obispos y el clero en general se negaban a colaborar en el desarrollo pacífico del país y apoyar los esfuerzos que el ejército soviético hacía en tal sentido.
2. Permitían la presencia de elementos antisoviéticos y antidemocráticos en el seno de sus asociaciones y no impedían sus intrigas y maquinaciones.
3. Elogiaban el valor de la democracia, pero no se sentían agradecidos en ningún sentido hacia el Ejército Rojo.

Respondí al presidente del Consejo de ministros con una carta fechada el 10 de agosto, en la que hacía referencia a aquellas acusaciones:

«Los sentimientos con que los obispos húngaros acogieron a los victoriosos ejércitos de ocupación, quedaron reflejados en la carta pastoral del 24 de mayo de 1945. Hicimos constar en ella lo siguiente: que se habían revelado injustificados los temores de que las tropas soviéticas tuvieran la intención de aniquilar la Iglesia y que inclusive habíamos recibido atenciones y facilidades por parte de los vencedores. En los templos siguieron y siguen celebrándose los oficios divinos. Ésta fue la toma de posición de la Iglesia respecto a la potencia ocupante. Partiendo de estas consideraciones, la Iglesia se abstuvo de expresar su condena de los delitos cometidos con la ocupación y que como ha admitido inclusive una declaración gubernamental, siguen hoy Cometiéndose de una manera aislada. Nadie podía ni puede esperar de nosotros que neguemos o paliemos acontecimientos y hechos por todos conocidos. Llamamos de nuevo la atención sobre ello y solicitamos una intervención práctica. En general, negamos que se hayan hecho declaraciones susceptibles de haber podido ofender a las fuerzas de ocupación o el pensamiento democrático del gobierno. Si en este sentido pueden hacerse acusaciones concretas, me gustaría conocerlas. Las declaraciones del gobierno no dicen nada al respecto. El gobierno ha dicho también que esperaba de nosotros el reconocimiento de una deuda de gratitud. ¿Pero puede acaso exigirse de nosotros algo semejante cuando se nos han hecho previamente unas gravísimas acusaciones? Hemos informado al señor presidente del Consejo y al gobierno, respectivamente, por medio de nuestras cartas. Mencionábamos la inexistencia de relaciones diplomáticas con la Santa Sede; mencionábamos los ataques contra nuestras escuelas e instituciones culturales; la actuación contra nuestras asociaciones bajo el pretexto de unos delitos contra el Estado cuya verdadera naturaleza ha quedado oculta en las sombras; asimismo se mencionaron las prohibiciones de procesiones, el encarcelamiento de sacerdotes, la dilación en las investigaciones, la imposibilidad de publicar un periódico y la prohibición de fundar un partido. Paso por alto las acusaciones aparecidas actualmente en la prensa, incluida la publicación del Ejército Rojo. Puestos bajo el fuego de semejantes acusaciones, no nos es posible cumplimentar el deseo del gobierno. Tan sólo cuando se proceda a la reparación de los daños causados y nos resulte posible el libre ejercicio de nuestra tarea espiritual, estaremos dispuestos a una colaboración franca y armónica.

»Le ruego que tome conocimiento de cuanto ha quedado expuesto y pase a informar a los interesados que considere conveniente. Considerando, además, que la opinión pública ha tenido conocimiento de la declaración gubernamental, le rogamos que se haga accesible nuestro texto a la totalidad de dicha opinión. Nosotros tenemos tan sólo a nuestra disposición las columnas de dos semanarios y la posibilidad de expresarnos en una carta pastoral».

Mi carta no fue publicada jamás.

### **Una persecución religiosa embozada**

En nuestras cartas al presidente del Consejo calificábamos los ataques a las asociaciones juveniles como una vulneración grave a la libertad religiosa. Sin embargo, tanto la prensa izquierdista como los dirigentes de los partidos marxistas consideraban aquellas medidas como urgentes y de acuerdo con su programa de reformas político-sociales. Si señalaban este carácter «reformista» era especialmente con vistas al eco que las medidas podían tener en el mundo libre y especialmente cerca de las potencias occidentales cuyas misiones militares seguían presentes en Hungría. A partir del verano de 1946, la vida de la Iglesia conoció otras restricciones en otros diversos campos. El 20 de junio de 1946 nos vimos obligados a suprimir la procesión de Corpus Cristi. Las autoridades no nos dieron la autorización necesaria para efectuar el recorrido habitual y sólo en el último momento se nos abrieron unas calles en los alrededores inmediatos de la basílica. Era evidente que se temía sobre todo la profesión de fe pública que significaba el cortejo en sí mismo.

Por mi parte, me creí obligado a mencionar aquella persecución religiosa en la asamblea general de San Esteban, celebrada el 7 de noviembre de 1946. Por razones tácticas fáciles de comprender, hice mayor hincapié a mis oyentes en las acciones de los nazis que de los soviéticos. Pero mi exposición sirvió para abrir los ojos de muchos diputados del Partido de los Pequeños Propietarios y sus dirigentes locales. Incluso algunos miembros socialdemócratas y del Partido Campesino quedaron impresionados por la verdad de los argumentos. Quiero transcribir aquí algunos pasajes de aquella exposición:

«En extensas partes del mundo se aparece ahora dispuesto a regatear a la Iglesia su entera libertad. Como ocurre con la libertad seglar, no es mayor la libertad de la Iglesia allá donde se habla más intensamente de ella. La libertad religiosa y la libertad humana son, por el contrario, aherrojadas de manera conjunta en tales lugares. Elocuente testimonio de lo antedicho son los tres primeros siglos de nuestra Era, la Revolución francesa y la época de Hitler.

»En el transcurso de la historia, la Iglesia no sólo ha defendido, difundido y proclamado su magisterio, sino que ha hecho valer también sus títulos y en especial ha cuidado de que el Estado no la sometiera a su dependencia. Los Pontífices han venido condenando a lo largo de los siglos las diferentes doctrinas que trataban de consagrarse esta dependencia (cesaropapismo, galicanismo, febronianismo, josefinismo, monopolio estatal

de la justicia, poderes totales para el Estado) y hacer de la iglesia tan sólo un anexo y una servidora del Estado. En todo tiempo Se ha opuesto la Iglesia a la intromisión estatal, tanto si esta intromisión se efectuaba en los terrenos de la fe como en los de la organización o administración de la propia Iglesia.

»En nuestra época, la lucha contra la Iglesia ha adquirido nuevas fórmulas. Antes se quitaban las iglesias a los fieles; ahora se quitan los fieles a las iglesias. En sus doce años de dominio, el hitlerismo —doctrina satánica, según el cardenal Faulhaber— trató de todas las maneras de desmantelar así a la Iglesia.

»Este proceso persecutorio comenzó con un engaño: la firma del Concordato. La consecución de este acuerdo no impidió que muy pronto se obstaculizaran los contactos entre Roma y los obispos, aumentaran las trabas puestas a la libertad de los cristianos y se fuera llevando a efecto, de una manera metódica, un plan de lucha y coacción. El objetivo era la deschristianización de la vida pública. Para la labor preparatoria de esta lucha se utilizaron todos los medios: prensa, teatro, cine, radio, exposiciones, columnas anunciadoras, organizaciones del Partido y altavoces de todas clases. Sin embargo, a la Iglesia se la privó de la libertad de prensa, palabra y reunión y dejaron de existir los secretos postal, telefónico y de confesión. Nuevas sectas y sacerdotes renegados se aliaron con los agitadores del Partido en la lucha contra el magisterio de la Iglesia. Se obligó a la apostasía y mediante la utilización de un vocabulario impertinente (sangre, raza, pueblo, Estado, Führer, Frente Negro) se desencadenó una gran campaña propagandística contra Roma, contra los obispos alemanes, el clero alemán y los seglares fieles a Roma. La ley dejó de ofrecer protección alguna y no era posible disponer de los medios legales.

»Al principio, los perseguidores se mostraban cautos, pero luego se hicieron brutales, insidiosos, encarnizados. En reuniones y actos públicos, los obispos fueron calificados de mentirosos, falsarios y traidores a la patria. Se llegó a la agresión callejera y al asalto, como en el caso del palacio episcopal de Munich. Procesos por tráfico de divisas y presuntas faltas morales contribuyeron a hacer realidad los objetivos del Partido. Se minaron los fundamentos económicos de la Iglesia y se combatió la llamada Iglesia "politizada" bajo el pretexto de que los obispos y clero simpatizaban con los "rojos". El gobierno, los ministerios del Interior y Justicia, la policía y la Gestapo, así como en general el Partido, impidieron las prédicas, los servicios divinos, la actividad espiritual y la actuación eclesiástica en las escuelas. Se pusieron grandes obstáculos a la actuación docente de los seminarios y a la benéfica de "Caritas". Las autoridades obligaron a la dimisión de los profesores y maestros que no ocultaban sus ideas religiosas; se quitó el Crucifijo de las escuelas, suprimiéndose asimismo la oración, la asignatura de religión y en general, toda clase de actividades religiosas. Se coartó en lo posible la comunicación y circulación de las cartas pastorales. Se procuró mantener la confusión entre la población creyente mediante declaraciones muchas veces contradictorias entre sí. El ministro de Asuntos Eclesiásticos, Kerrl, aseguraba todavía en el año 1937 que ningún sacerdote se había visto en dificultades por el ejercicio de su ministerio, que no se había impedido en ninguna ocasión la celebración de la Santa Misa y que no se había prohibido la celebración de clases en ninguna escuela católica. Sin embargo, diversas asociaciones fueron prohibidas

y calificadas de enemigas del Estado por haber localizado en su seno “traidores al servicio de Moscú”. Tan sólo cuando alguno de esos miembros sospechosos era objeto de expulsión por la propia directiva de alguna de las asociaciones puestas en entredicho, podía proseguir sus actividades la asociación en cuestión. Las prohibiciones llegaron a alcanzar a las reuniones de coros y concentraciones para la lectura de la Biblia, en el caso de que no hubieran sido notificadas un mes antes de su celebración.

»Tan sólo en la archidiócesis de Breslau se procedió a la confiscación, en el transcurso del año 1941, de sesenta conventos e internados religiosos. Mil seiscientas monjas bávaras quedaron sin techo.

»Las autoridades acometieron luego las medidas más extremas y llegaron a la clausura de numerosos templos y al internamiento de sacerdotes en Dachau y otros campos de concentración. En el mes de marzo de 1945 se hallaban internados en aquellos campos un total de mil novecientos cuarenta y tres sacerdotes católicos alemanes y extranjeros; entre ellos se contaba un arzobispo, dos obispos, dos abades mitrados, cuatro canónigos, cuatrocientos ochenta y dos párrocos y trescientos cuarenta y dos vicarios.

»Tras la preparación del terreno, se quiso alejar a la juventud de la Iglesia. Desde el principio, la Juventud Hitleriana prohibió a sus miembros la participación en las procesiones del Corpus. Luego se convocó a la juventud para la práctica de ejercicios gimnásticos a la hora de los oficios divinos del domingo. Tanto las instrucciones secretas de Bormann para proceder al completo exterminio de la Iglesia, como las consignas no menos secretas de la Gestapo que indicaban la presunta enemistad de la Iglesia hacia el Estado como razón para tal aniquilamiento, sola dos signos demostrativos de que la hirviente enemistad de Voltaire hacia la Iglesia había sido ampliamente superada.

»Se plantea hoy el problema: ¿proseguirá esa diabólica lucha contra la Iglesia? ¿Continuará alguien esa ofensiva de Hitler, tan decididamente condenada?

»Recordamos con gran admiración el valor heroico de los obispos alemanes, así como de los sacerdotes y fieles. Particularmente queremos destacar la fidelidad de la juventud. La decidida firmeza de los obispos, la decisión del clero, el valor de los fieles y la conciencia del deber de la juventud, dan hoy derecho a los católicos alemanes para afirmar: La Cruz subsiste, la cruz gamada pertenece al pasado”.

»En este momento de introspección hacemos para nuestro país y su iglesia las siguientes determinaciones:

»1. Hay movimientos e ideologías que vienen al mundo con la consigna de “libertad”, pero una vez desplegadas sus banderas, no tardan en revelarse como sepultureros oficiales de esa misma libertad. La persecución de la Iglesia tiene dos rostros, a manera de Jano: una faz es expresión de la gloriosa libertad; la otra tiene la sombría mirada de las tiranías.

»2. Diversas cartas y textos garantizan al mundo entero la libertad religiosa, tal como ocurre entre nosotros. El día 30 de enero de 1946, el Parlamento garantizó a cada

ciudadano las libertades básicas. Entre otras, se mencionaron textualmente las siguientes: libertad personal, derecho de asociación, libertad de religión y opinión, participación en la existencia del Estado y la administración, derecho al trabajo, a la seguridad, a la subsistencia y a la educación. Se declaró expresamente que "nadie podía suprimir o poner en suspenso estos derechos sin un previo procedimiento legal". Y un diputado marxista declaró con toda solemnidad: "Saludamos con calor la propuesta de estos principios jurídicos. Significan una declaración más elevada de los derechos humanos".

»La cruz de la Iglesia es una herencia humana. Su verdadera y completa apoteosis pascual no ocurrirá en este mundo, sino sólo cuando se rompan los hilos de la historia del mundo y este mismo mundo sea objeto de juicio, cuando sean juzgados los enemigos y los hijos de la Iglesia, cuando brille la Cruz y las puertas eternas se abran, cuando la Iglesia combativa y sufriente se convierta en la Iglesia triunfante. Hasta entonces nos fortalecerán las palabras de la Revelación: "Sed confortados, he vencido al mundo" (Juan 16,33). Las puertas del infierno no se abrirán jamás a la Iglesia».

### **La responsabilidad colectiva**

Al final de la segunda guerra mundial, Kaschau fue sede provisional del gobierno checoslovaco. El presidente Benes declaró inmediatamente que Checoslovaquia era una patria exclusivamente para checos y eslovacos. Con esta declaración dio carta blanca a la planeada expulsión de los húngaros y alemanes sudeutas. En aquella época, en la Eslovaquia meridional, en un extenso territorio fronterizo que había sido con anterioridad una parte del imperio húngaro, habitaban unos 650.000 húngaros. El gobierno de Kaschau tenía el plan de reeslovaquizar unos 200.000 de ellos. Unos 100.000 debían ser canjeados por eslovacos, que hasta entonces habían vivido entre nosotros, y los restantes 400.000 dispersados por toda Checoslovaquia para su total asimilación ulterior.

La primera medida adoptada fue quitar a los húngaros su ciudadanía. Siguió el cese de los que eran funcionarios estatales y municipales. Se dejó de hacerles efectivas sus pensiones y se procedió a la incautación sin indemnización de sus empresas y negocios. Se les prohibió ejercer a partir de entonces la industria y el comercio. Sus casas y propiedades pasaron a poder de los partisans checos. Todas las escuelas primarias y secundarias húngaras fueron clausuradas y una disposición prohibió dar en húngaro las clases de religión; en muchos lugares llegó a prohibirse, inclusive, el canto de canciones religiosas húngaras. En los templos no podía efectuarse la lectura del Evangelio en húngaro. Estaba rigurosamente prohibida la publicación de periódicos, revistas y libros en lengua húngara. Numerosos sacerdotes húngaros fueron expulsados para que de esta manera el pueblo se convirtiera en un rebaño sin pastores. Tan sólo podía contar con indulgencia quien estuviera dispuesto a negar su hungaridad y dejarse eslovaquizar. En el verano de 1945, el gobierno checoslovaco solicitó de las grandes potencias reunidas en Potsdam la aprobación de los planes expuestos. Las grandes potencias aprobaron la expulsión de sus tierras de los alemanes sudeutas, pero no de los húngaros. A pesar de ello, poco después fueron expulsados 20.000. Nuestro gobierno no se atrevió a interceder por ellos, ni hacer las correspondientes reclamaciones, puesto que los rusos apoyaban la actitud de las

autoridades checas. Era patente, pues, que tampoco los comunistas húngaros harían algo en favor de los fugitivos. Los propósitos de los rusos resultaban bien claros: mantener vivas las pugnas entre las nacionalidades de sus Estados vasallos. De acuerdo con el viejo principio de «divide et impera», aquella posición era la que más convenía a sus ansias hegemónicas. Las citadas circunstancias echaron sobre la Iglesia la tarea de ayudar a los afectados por todas aquellas medidas. En el verano de 1945 —yo me encontraba en Veszprém— me visitó Vince Tomek, luego superior general de los escolapios. Me informó de la situación y me rogó que intercediera cerca de los obispos eslovacos en favor de los perseguidos. Le aconsejé dirigirme directamente al arzobispo Grósz. Pero él opinó que puesto que yo había estado encarcelado durante la guerra, mi palabra tendría más peso. Así es que escribí de acuerdo con su deseo, a los obispos eslovacos. Nunca recibí respuesta y tampoco llegué a enterarme de si se había llegado a hacer algo de lo que yo solicitaba. Mucho después, sacerdotes que habían sido también expulsados pusieron en mi conocimiento que en algunos casos, la jerarquía eclesiástica había prestado apoyo y ayuda a los perseguidos.

Tras mi coronación en Esztergom, el 15 de octubre de 1945, aludí en una circular, de la que quiero citar un fragmento, a la amarga suerte de aquellas gentes:

«Mis queridos fieles:

»La mano de Dios pesa sobre vosotros (1 Cor. 5, 6). Si fuera posible gritar nuestro dolor, su voz llegaría hasta los cielos, clamando toda la angustia que sufren los individuos, las familias, los pueblos y las ciudades de nuestra patria.

»Y sin embargo, tenemos que confesar que nuestra cruz no es la más pesada ni nuestra herida la más ardiente.

»Desde la parte septentrional de nuestra diócesis, con la que estamos unidos desde hace unos novecientos años por una comunidad de fe, llegan noticias que hablan de indecibles sufrimientos, de odio y venganza. Se han renovado los sufrimientos de los judíos en los campos de concentración y en el transcurso del verano hemos oído hablar de tormentos, encarcelamientos e internamientos en campos especiales. No se ha dado en ningún caso razón de las medidas tomadas, no se ha celebrado proceso alguno. En los pueblos y las ciudades, gendarmes armados han procedido a encarcelar religiosas y sacerdotes o los han expulsado al otro lado del nuevo trazado fronterizo. Desde hace meses, en especial por las noches, la angustia acomete a millares de personas en espera de que la más dura suerte haga presa en ellas. Se cuentan entre ellas gentes de todas las clases sociales, de todas las edades desde los niños a los ancianos, y familias enteras con cuatro o cinco hijos de corta edad. Todos son objeto de expulsión y no se les permite llevarse consigo lo más sumario.

»Para aquellos que han conseguido permanecer en sus tierras, pues entre tanto una reacción mundial de repulsa ha obligado al gobierno a dar marcha atrás, es de temer que en sus comunidades húngaras se vean a partir de ahora privados de escuelas y no puedan

tener la atención de sus almas al cuidado de sacerdotes húngaros. Los derechos humanos solemnemente proclamados por toda la Humanidad les están a ellos negados, así como la libertad religiosa garantizada por la Carta del Atlántico. Todo esto ocurre en pleno siglo xx. Por medio de la persecución de los sacerdotes se quiere eliminar a los pastores que cuidan del rebaño (Mateo 26,31). Y ese rebaño es el desventurado pueblo húngaro.

»Queridos fieles: no pongo de relieve semejantes hechos para avivar en vosotros la llama del odio. La conculcación de los derechos humanos y la opresión de los débiles es un hecho que clama al cielo. Mi objetivo es despertar en vosotros compasión y amor al prójimo.

»Cuando vuestros párracos os hayan dado lectura a esta carta, rezad colectivamente por los hermanos que sufren y la conversión de aquellos que se comportan de manera tan inhumana. También a ellos les alcanza la Redención por mérito de la sangre de Cristo. Rezad para que la verdad y la vida predominen en un futuro en el que reinen la justicia, la paz y el amor.

»Esztergom, 15 de octubre de 1945.

»JÓZSEF MINDSZENTY.

»*Príncipe Primado, arzobispo de Esztergom».*

Cuando a finales de año, el gobierno checoslovaco comenzó a negociar el intercambio de poblaciones, la situación había mejorado algo.

Se llegó al acuerdo de que un determinado número de eslovacos húngaros pasara a establecer su residencia en Checoslovaquia. No tardó en evidenciarse que eran escasos los que entre esos núcleos de población deseaban abandonar Hungría para establecerse en Checoslovaquia. Este país se dirigió de nuevo a las grandes potencias y sometió a la Conferencia de Paz de París la petición de que se le permitiera una erradicación en gran escala que abarcara un total de 200.000 húngaros. No se accedió a esta solicitud. Pero en el tratado de paz húngaro se determinó con posterioridad que los países interesados solucionaran aquellos problemas mediante negociaciones de carácter bilateral. Entretanto, el gobierno checoslovaco comenzó a repoblar los territorios que los alemanes sudetas se habían visto obligados a abandonar y llevó a ellos una población de origen húngaro. Los fugitivos afluieron en grandes tropelias por la frontera. Tuvimos así a nuestra disposición numerosos informes sobre los procedimientos empleados en aquellos trasvases de población y nos fue posible publicar en dos revistas una completísima información al respecto. Para llamar la atención del mundo libre sobre aquellos dolorosos hechos, remité al cardenal Griffin, en Londres, y al cardenal Spellman, en Nueva York, unos telegramas cuyo texto facilité a una agencia de noticias. De esta manera, las informaciones sobre el trágico destino de los húngaros en Eslovaquia fueron publicadas en la prensa internacional de todas las tendencias y matices. El gobierno checo trató de justificarse con la afirmación de que no se trataba de deportaciones, sino de la ejecución de unos proyectos y planes de trabajo enteramente públicos. El 21 de diciembre de 1946 respondí a esta inadecuada exposición de los hechos y puntualicé:

«Lejos de nosotros el deseo de inmiscuirnos en las cuestiones internas de los Estados extranjeros. Pero no se trata aquí en realidad de una cuestión interna. Nadie se dejará engañar por la alusión a una ley que obliga a trabajar en interés del Estado. Nosotros y todos los católicos húngaros clamarnos por la justicia. Exigimos el envío urgente de una comisión internacional neutral que investigue los hechos de una manera imparcial y ofrezca a las Naciones Unidas las bases para velar por los derechos humanos y asegurar la paz. Quiera Dios que todos aquellos en cuyas manos está el poder, sobre todo aquellas superpotencias que son responsables de la utilización de este poder, escuchen nuestra llamada de socorro.

»Esztergom, 21 de diciembre de 1946.

»En nombre del catolicismo húngaro y según el acuerdo adoptado Por los arzobispos húngaros,

»JÓZSEF MINDSZENTY,

*cardenal »Príncipe Primado, arzobispo de Esztergom».*

Entretanto, había hecho por mi parte las gestiones para que me fuera autorizado un viaje a Checoslovaquia. Quería mantener conversaciones con las autoridades eclesiásticas y civiles e interceder de esta manera por los perseguidos. Al no obtener respuesta después de un largo período de espera, escribí al arzobispo de Praga, monseñor Beran, quien me remitió con fecha del 1 de diciembre una orientación sobre el punto de vista de su gobierno. La no autorización para mi viaje se fundamentaba en que éste no tenía un absoluto carácter religioso. Yo ya había contado con ello. El gobierno no se mostraba, pues, propicio a que yo estableciera contacto con los húngaros que habían sido establecidos en el antiguo territorio de los sudetas. Pero, por lo menos, algo conseguí con mis gestiones: que el mundo centrara de nuevo su atención en la suerte de aquellas desventuradas poblaciones y que se diera cuenta una vez más de la actitud inhumana y cínica de un gobierno.

El 5 de febrero de 1947 remití un telegrama al soberano inglés Jorge VI y también a Truman. El texto decía así:

«Con profundo respeto y confiada súplica, llamo su atención sobre la cruel persecución de los 650.000 húngaros que viven en territorio nacional de Checoslovaquia. De una manera colectiva y sin mediar sentencia judicial alguna, se les ha privado de todos los derechos humanos, de la propiedad, de la lengua materna y la libertad cultural y religiosa. Estos derechos fueron declarados sagrados e invulnerables por las grandes potencias y las Naciones Unidas, que les otorgaron su garantía. Desde el 16 de noviembre y bajo el pretexto de la prestación de un servicio de trabajo, han sido objeto de deportación niños, ancianos, enfermos graves y futuras madres en estado de gestación. Se ha obligado asimismo a dejar el suelo natal a comerciantes, pequeños agricultores y sacerdotes cuyas familias se hallaban establecidas allí desde hacía milenios. Después de transportarlos en vagones de ganado, se les obliga a efectuar labores de peonaje en comarcas alejadas quinientos y seiscientos kilómetros de su lugar natal. Por el camino y con un frío de 20 grados, fallecieron muchos lactantes y ancianos. Hace dos años, la Iglesia se preocupó de los judíos. Hoy les ruego a ustedes que pongan término a estas deportaciones que atenían contra los mandamientos de la Ley de Dios y contra la Humanidad, así como que eleven su voz de protesta para poner fin a esos sacrificios de cientos de miles de personas, que claman verdaderamente al cielo.

«JÓZSEF MINDSZENTY, cardenal »Príncipe Primado de Hungría.»

A pesar de la categórica condena de las persecuciones por la opinión pública mundial, éstas no cesaron, así como tampoco finalizaron los traslados de población. Millares de afectados por aquellas inhumanas medidas buscaron refugio en la llanura húngara. Aquello provocó graves problemas para todos nosotros. No resultaba tarea fácil dar techo, alimento y puestos de trabajo a todas aquellas gentes en apuros. Por lo pronto,

«Caritas» de la Iglesia fue su única esperanza. Los esfuerzos de los funcionarios del ministerio del Exterior consiguieron más tarde que el gobierno húngaro, sobre todo por presión de la opinión pública, se preocupara mayormente de la suerte de los húngaros perseguidos. El 27 de febrero de 1946 se iniciaron negociaciones que desembocaron en un convenio sobre el intercambio de poblaciones y significaron un alivio positivo en las condiciones con que éstos se efectuaban. Sin embargo, en los años siguientes consiguieron los rusos debilitar considerablemente la fracción de los Pequeños Propietarios y el gobierno quedó bajo la intensa influencia de los comunistas. Los húngaros de Eslovaquia fueron asimismo sensibles al cambio. En el verano de 1947, un nutrido grupo de ellos fue puesto al otro lado de la frontera. Nuestro gobierno no se atrevió a protestar de aquel hecho, sino que inició por su parte, con «permiso» de la Unión Soviética, una serie de deportaciones de la minoría germana a la Alemania del Oeste para «hacer sitio». La falta de conciencia y el cinismo con que se ejerció esta iniciativa, extendió un sentimiento de temor en toda Hungría. Remití a tal respecto el siguiente telegrama al presidente del Consejo de ministros, Lajos Dinnyés:

«Señor Lajos Dinnyés, presidente del Consejo de Ministros. Budapest.

»En los alrededores de Bataszek y también en otros puntos del país se ha procedido a la deportación de grupos de la minoría alemana. Es de temer que no se hayan visto afectados por esas medidas los miembros del "Volksbundes" y las "SS", y en cambio, por motivos esencialmente materiales, sean víctimas miembros del "Treubewegung" [2]. En beneficio de la justicia y el honor del pueblo húngaro, ruego —invocando el espíritu de San Esteban— la suspensión de estas deportaciones hasta que se efectúe una inspección imparcial, para evitar de esta manera tener que dirigirme a la opinión pública mundial.

«Cardenal MINDSZENTY, Príncipe Primado.»

A los dos meses hice público el siguiente manifiesto:

«Me he decidido a dar este paso inhabitual, pero la extraordinaria gravedad y el carácter acongojante que entraña el problema me obliga a ello. Tras haber utilizado todas las posibilidades oficiales y efectuado otras intervenciones, deseo llamar por medio de la prensa la atención de todas las capas sociales, así como de las autoridades competentes de Hungría y del extranjero sobre los crueles métodos de la expulsión y Sentamiento de poblaciones. Existen gentes que creen que con semejantes métodos se ha hallado la clave de una paz segura, a pesar de haberse revelado desde el primer momento las consecuencias llenas de riesgo que entrañan. Millares de personas van a ser desarraigadas de sus lugares habituales de asentamiento por razón de sus orígenes y el idioma materno que hablan, sin tener en cuenta que sus antepasados han venido viviendo allá durante siglos. Sus bienes y fortunas serán intervenidos y ellos mismos condenados a la miseria y un inquieto vagar. En Checoslovaquia se pretende deportar a unos 200.000 húngaros que desde hace mil años han formado una comunidad asentada al norte del Danubio. Se les

quiere desalojar del terruño que era propio, tanto en el antiguo Estado como en el nuevo constituido tras la segunda guerra mundial. Se mantienen ocultas, debido al estricto secreto que las rodea, las circunstancias que acompañan semejantes deportaciones, así como las condiciones de la deportación de millares de personas arrancadas de sus lugares natales para ser trasladadas a Alemania. Estas operaciones, que fueron suspendidas por breve espacio de tiempo, han sido despiadadamente reanudadas. Y todo ello ocurre en una época en que vuelve a hablarse de democracia, dignidad humana, libertad personal y seguridad de una vida sin temor. El corazón de todo hombre de honor, que ama en realidad la Humanidad, sufre y sangra ante hechos como los descritos.

»Mi propia conciencia y las apremiantes quejas de mis conciudadanos me obligan a dirigir este llamamiento a la opinión pública mundial.»

También en Checoslovaquia asumió, en 1948, el poder el partido comunista. Los comunistas de Praga y Budapest trataron el problema dentro de las esferas del partido y en detrimento de los perseguidos y de la propia nación húngara. La conferencia del colegio episcopal protestó por ello, el 7 de agosto de 1948, contra el acuerdo. En nombre de los obispos remitió al ministro del Exterior un telegrama cuyo texto reproduzco a continuación:

«Al ministro de Asuntos Exteriores. Budapest.

»El acuerdo checo-húngaro suscrito por los partidos en agosto, intenta cubrir con la apariencia de la legalidad y con dejación de los derechos humanos, la expulsión de 15.000 húngaros de sus hogares seculares con la expropiación de sus bienes y la vulneración de todos sus derechos.

»Ante Dios y la Historia protesto contra la tortura infligida a nuestro inocente pueblo. El acuerdo no se fundamenta en la peritación ni en los dictados de la conciencia. Está al servicio de objetivos extranjeros y afecta los intereses húngaros. Estos nuevos sufrimientos claman al cielo y emplazo a sus causantes ante el tribunal de Dios.

«JÓZSEF MINDSZENTY, *Príncipe Primado.*»

Los comunistas respondieron con una declaración del consejo de ministros. Aseguraban que todo aquel asunto habría tenido una solución favorable de no haber mediado el obstáculo de mi chauvinismo y mi intromisión. Respondimos a esta declaración el 28 de octubre de 1948:

«La sede eclesiástica competente comunica al Consejo de ministros lo siguiente:

»El príncipe cardenal primado remite todo cuanto siguiendo su deber ha hecho y sigue haciendo en favor de los que sufren, al juicio del país y el mundo entero. El fallo en tal juicio sería posible en el caso de que el gobierno quisiera mostrarse dispuesto a permitir la publicación de los textos censurados. Resultaría así patente para todos que el príncipe primado no ha obstaculizado nunca una solución favorable del problema referente a los húngaros de Eslovaquia, sino que solicita y exige que la solución sea verdaderamente

positiva. Las acusaciones que se han hecho evidenciarían así su fragilidad y se probaría si puede o no calificarse su declaración como un arrebato chauvinista. No es chauvinismo la defensa de los derechos humanos. Desde el principio, no hubo en este problema más chauvinismo que el de la parte contraria. Y éste fue repetidamente condenado, incluso por parte del gobierno húngaro, por razón de las deportaciones, de la vulneración de los derechos elementales y la incautación de bienes y patrimonios. El cardenal primado no ha pertenecido nunca y tampoco pertenece ahora a los partidarios y patrocinadores de esta clase de chauvinismo.

»En lo que se refiere a la esfera de competencias de la actividad sacerdotal del príncipe primado, evocada en las acusaciones antes citadas, recordamos la tantas veces repetida declaración de los partidos del Frente Independiente: que la Iglesia tiene el derecho de tomar posición en todos los problemas de la vida pública».

Los comunistas decidieron entonces proceder, con los medios más diversos, a mi encarcelamiento.

### **Mis visitas a las diócesis aisladas**

Consideré, a la vista de las circunstancias, que una intensificación de la vida religiosa en todo el país sería la defensa más efectiva contra el materialismo ateo. Con motivo de mi entronización, dije al respecto:

«Cuando en los corazones vacila la ley natural, sólo hay un medio Para poner remedio a esa rotura de los diques en la sociedad: una profunda vida espiritual».

Por ello tomaba parte del mejor grado en las solemnidades de las otras diócesis siempre que era objeto de invitación por parte de la respectiva jerarquía. Ello me daba asimismo ocasión de conversar con los sacerdotes. Podía así exponerles los problemas del catolicismo húngaro y mis líneas de orientación. Podía, además, explicar personalmente ante millares de personas el pensamiento y la posición de la Iglesia en los problemas ideológicos y políticos. Ejercía así una notoria labor orientadora cerca de la opinión pública. La población entraba en conocimiento de los problemas y sabía cuál era la idea de la Iglesia. De esta manera se fortaleció la unidad entre los fieles y el clero para la defensa de la fe y las instituciones religiosas.

Los comunistas se dieron pronto cuenta del éxito que acompañaba a mis viajes pastorales. Rakosi expresó su censura por el hecho de que me hallara con mayor frecuencia en el círculo de mis fieles de la capital que en mi diócesis de Esztergom. Le di adecuada réplica en Csepel. ante millares de obreros:

«También aquí estoy en mi casa, al igual que hace aproximadamente mil años, setenta y ocho predecesores míos en la sede primada se encontraban en su casa en cada partícula de territorio húngaro».

En el transcurso del año 1946 ejercí en diez ocasiones una función religiosa en otras diócesis. El 28 de abril hice entrega al obispo de Vác, Jozsef Pétery, al regreso de mi viaje a Roma, del palio que había recibido de manos del Santo Padre y que desde 1754 era privilegio especial de aquella diócesis. Los fieles llenaban la catedral hasta su último hueco. Les hablé sobre la fidelidad a la Iglesia.

«En momentos críticos y de inquietud, la Iglesia es diversamente enjuiciada. Su rostro maternal muestra, sin embargo, rasgos siempre serenos. Pienso, por ejemplo, en que en el transcurso de una historia de dos mil años, nuestra Iglesia no ha sido nunca víctima de anarquía interna. Ha intentado defender siempre la dignidad humana. Nunca ha prostituido la verdad; nunca ha dejado de hacer donación de sus maternales bienes a los humanos. Su gran amor han sido los débiles. Siempre ha protegido a los niños y las mujeres; siempre ha sido Madre para todos los perseguidos. En tiempos de los turcos surgieron dos órdenes monacales para la redención de los cautivos: los trinitarios y los mercedarios. En el transcurso de tres siglos y al precio aproximado de unos cinco mil quinientos millones de francos, los trinitarios rescataron a los turcos un millón de cautivos y muchas veces ocurrió que la sangre de los monjes formó también parte del rescate. Siete mil ciento quince monjes sufrieron por ello martirio. Se entregaban voluntariamente al cautiverio para redimir a sus hermanos del dolor y la miseria.»

Sin dirigirme directamente a los marxistas, respondí así con mis palabras a una de sus acusaciones favoritas: que la Iglesia se había ocupado poco del pueblo y había estado siempre al lado de sus explotadores. Durante mis años de actividad apostólica había adquirido la convicción de que en las discusiones apologéticas e ideológicas siempre era posible argumentar con hechos. Así es que en mis momentos libres recopilaba con mucho esfuerzo, pero siempre con satisfacción, hechos y acaeceres históricos. Este trabajo me resultó muy provechoso y los conocimientos que adquirí me prestaron inapreciables servicios en el cumplimiento de mis obligaciones y deberes. Me enseñaron, además, estos estudios que en la pugna de las ideas, el razonamiento abstracto y la seca teoría resultan de muy escasa ayuda. También comprobé que una conducta insegura y una vacilación ante cualquier probabilidad, impedían o hacían muy difícil el triunfo.

Me dije que una actitud insegura y dubitativa ante la firmeza de los comunistas tenía que resultar necesariamente desastrosa. Y sigo creyendo hasta la hora presente que los cristianos que la adoptan contribuyen a debilitar nuestra posición, puesto que su preocupación más importante parece ser las objeciones contra la propia Iglesia. La hoy tan prodigada «autocrítica» sirve con frecuencia sólo a los intereses de nuestros peores enemigos. Por otra parte y con excepción de algunas mentes muy ejercitadas, entre las que no se cuentan muchos teólogos e intelectuales, resulta difícil calibrar las «faltas y debilidades» de la Iglesia en sus justas proporciones y clasificarlas dentro de su debido contexto; les falta para ello la adecuada visión del historiador.

El 16 de junio de 1946 consagré en Sopron como nuevo obispo de Györ al hasta entonces cura párroco Kalman Papp. En su homilía presenté a San Ambrosio como un brillante ejemplo de nuestros tormentosos tiempos:

«La época de aquel obispo estuvo llena de luchas de partido y clase. Pero él no pertenecía a partido ni clase alguna. A pesar de su origen noble, no protegió a los nobles que se ufanaban de la prosapia de sus caballos y sus perros, pero echaban en olvido a los pobres. Reconvino asimismo a los pobres, que no tenían nada que echarse a la boca al día siguiente y apenas ropa que ponerse y, a pesar de ello, iban dando tumbos de taberna en taberna, dispuestos a hacer suyo aquello de lo que les fuera posible apropiarse sin esfuerzo ni trabajo alguno. Era todo para todos, pero no pertenecía a nadie más que a la verdad. En la lucha entre el Cristianismo y el Paganismo, no vaciló; no quiso ser ningún «Realpolitiker» a ojos del Senado».

Ideas semejantes conformaban asimismo mi propia actitud como pastor. Valoraba el amor a la verdad como la más importante virtud de un obispo; un atributo al que no había que renunciar ni por temor, ni por elogio y provecho y que había que mantener aún con riesgo de la propia vida. La liturgia de la consagración episcopal subraya que el pastor de la grey no puede, en circunstancia alguna, calificar la luz como sombra, la sombra como luz, lo bueno como malo y lo malo como bueno. Consciente de estos apercibimientos, me hice cargo de la jefatura de la Iglesia húngara. Cuando luego se inició la lucha cultural, tuve la seguridad absoluta de que en aquella circunstancia el cristianismo y el comunismo iban a medir sus fuerzas. No podíamos entretenernos en preguntarnos si se nos depararía la victoria; era mi opinión personal que para nosotros resultaba más importante la tarea que teníamos planteada: perseverar en nuestra posición de advertir a la Cristiandad, de llamar la atención de la Humanidad sobre la amenaza que representaba el comunismo. Estaba convencido de ello: se nos había confiado el deber de dar testimonio; tenía la convicción de que llegarían mejores días para la Iglesia, en los que se nos otorgaría todo cuanto nos estaba siendo arrebatado. Y eso dependería de nuestra propia firmeza. Dependería de saber mantenernos en nuestra posición y no ser jamás oportunistas con desdén de los intereses religiosos.

El 30 de mayo de 1946 tomé parte en la gran manifestación de las asociaciones católicas de padres de familia celebrada en Kalocsa y de la que he hablado con anterioridad; el 25 de agosto, en las solemnidades de San Esteban en Székesfehérvár; el 8 de septiembre en la peregrinación de 250.000 católicos griegos a Mariapocs; el 15 de septiembre estuve en Zalaegerszeg y el 23 de septiembre en Szeged. Se celebraba allí el 900 aniversario del fundador de la diócesis, el santo obispo Gerardo (Gellert). En la plaza de la catedral de Szeged, donde se había congregado una ingente multitud, fui saludado por el obispo Endre Hamvas. En las palabras de saludo que me dirigió rechazó con toda energía las calumnias que se difundían contra mí. Por mi parte, di la siguiente respuesta:

«Mientras permanezca viva la fe del pueblo húngaro, esta nación tendrá fuerzas para ponerse una vez más en pie. Por lo que atañe a mi persona, no me considero otra cosa que un servidor de mi nación y mi pueblo. Es mi deseo llevar a cabo este servicio sin abandono ni renuncia alguna. A vosotros os digo lo siguiente: sed incombustibles en el amor a la Iglesia, en la defensa de los principios morales y en el mantenimiento de vuestro carácter de húngaros».

Este carácter de húngaros se ha vinculado estrechamente con el carácter de cristianos en el transcurso de los siglos. Esta simbiosis ha sido uno de los factores positivos en los que cabía confiar durante los días catastróficos que estábamos viviendo. Habíamos basado asimismo las jornadas conmemorativas nacionales en la vida religiosa y el pueblo tenía conciencia de que los grandes de la nación defendían la fe y los intereses de la nación, sirviendo así su bienestar y su dicha. Para los cristianos firmemente anclados en su fe, echar sobre sí dolor y tribulación significaba asimismo ser cruciferarios por la patria. Una frase muchas veces citada insistía en que «la religión es una cosa privada». El 20 de octubre de 1946 tomé en Pees posición respecto a esta opinión:

«Son cosas privadas ir peinado con raya o rapado al cero, comer carne o ser vegetariano. Nada de eso concierne a otras personas y la sociedad. Pero ya no es cosa privada y particular que cultivemos en nuestro jardín doscientas matas de tabaco o que destilemos nuestro orujo o nuestras ciruelas con permiso o no del departamento gubernamental correspondiente. Considero así que para la sociedad es por lo menos de tanta importancia que exista un Dios y un alma inmortal, que ambos tengan relación; que haya prójimo o que seamos una jauría de lobos rabiosos. Quien desea marginar la religión de la vida pública debería considerar las consecuencias que ello podría tener sobre la vida privada. ¿Qué ocurriría a extramuros de los templos si no se proclamara que no hay que matar, que no hay que cometer acciones inmorales e impuras, que no hay que mentir y calumniar? La “excelencia” de la frase antes mencionada se deja conocer, como la bondad de un árbol, por sus propios frutos. Allá donde la religión es cosa particular y privada, la existencia se ahoga en corrupción, pecado y crueldad. Me he dedicado apasionadamente al estudio de la Historia. De manera especial me han interesado aquellas épocas en cuyos frontispicios se ha intentado inscribir este lema: “La religión es algo privado”.

»También Hitler y sus partidarios declaraban que la religión era cosa privada. El resultado fue este: Dachau, Auschwitz, el imperio de las cárceles, de las cámaras de gas, de la Gestapo, etc. El precursor de todo ello fue Nietzsche, con su más allá de los envejecidos conceptos del bien y del mal, con su «Dios ha muerto». Sin Dios se ofreció a la Humanidad una existencia dichosa: los ancianos, los enfermos y los paralíticos eliminados por los médicos, de una manera oficial y por orden estatal, mediante la muerte; los judíos, encerrados en las cámaras de gas; sesenta millones de soldados cubriendo la tierra, mientras veintiséis millones de personas vagaban, sin patria, sin techo y sin hogar, por los caminos de Europa. Todo el mundo parecía haberse vuelto loco en este valle de lágrimas. Luego apareció un revólver en escena: Hitler se dio muerte porque la “cosa privada” había dado aquellos resultados... Desaparecieron los profetas que habían proclamado que la religión era una cosa privada; pero ha subsistido lo que podría denominarse el activo de este principio. La desventurada Humanidad siente ahora curiosidad por saber quién se hará cargo de este activo dejado por Hitler y cuál será la clase de “dicha” que emanará del mismo».

Entre los intelectuales está muy difundida la opinión de que se podría adoptar un punto de vista neutral en los problemas de la vida pública. El historiador, a quien la propia Historia enseña, juzga las cosas de una manera diversa. El hecho real ha sido y sigue siendo

éste: el carácter predominante y de mayor importancia en la sociedad humana es la fe en un Dios trascendente y una vida eterna. La Historia evidencia, asimismo, que nada ha profundizado tanto en la existencia humana y afectado en tanta dimensión el alma del hombre como la fe. La religión influye, de acuerdo con su esencia, la vida entera del individuo; dirige asimismo su actividad respecto a la colectividad. Por ello, no puede estar libre de la influencia de la religión, que moldea las conciencias, ni siquiera la opinión política del ser humano, especialmente cuando las ideologías de los diversos partidos pugnan entre sí. La actitud que mayormente conviene a los humanos es la postura tomada de acuerdo con su conciencia y que mejor responda a los imperativos mismos de la existencia.

En esta problemática aparece todavía otro punto de vista ofrecido de una manera permanente ante los ojos del experto pastor de almas. Tiene éste conciencia de que las instituciones sociales y estatales que agrupan a sus fieles y en las que éstos se mueven, pueden perjudicarlos en su vida espiritual. Quien enjuicie este hecho real de una manera adecuada, actuará con la máxima prudencia respecto a la «mayoría de edad» y autodeterminación de los fieles. El auténtico pastor de almas —aun cuando por ello se le califique de anticuado— tiene que sentirse responsable de las almas a él confiadas y de la conciencia de esta misma responsabilidad debe surgir la preocupación de apartar de todo peligro y todo obstáculo a aquellos que tiene confiados.

### **Resurrección del pasado cristiano**

Tanto el nacionalsocialismo como el bolchevismo sostenían la necesidad de cambiar en nuestro país un pasado erróneo por un mundo nuevo y feliz. De acuerdo con su doctrina, los comunistas proclamaban que el pasado tenía que liquidarse sin compromiso alguno. Por ello había yo precisado en el transcurso del sermón pronunciado a raíz de mi entronización, lo siguiente:

«Quiero ser la conciencia de mi pueblo; llamo como un guardián a las puertas de vuestras almas; en contraposición con los erróneos conceptos que hoy se difunden, proclamo las verdades eternas a mi pueblo y mi nación. Quiero despertar la santa tradición de nuestro pueblo, sin la cual acaso pueda vivir alguno, pero nunca la entera nación».

Los marxistas consideraban como un error toda la historia húngara. Trataban de infiltrar por todos los medios esa idea a la inexperta juventud. Deseaban, de una manera patente, sustraer a esta juventud el sentimiento nacional y la conciencia de sí misma para ganarla así con mayor facilidad. Por mi parte procuraba referirme al valor de un pasado que representaba un milenio de historia cristiana y húngara. Era mi anhelo ver ante mí en aquellos momentos de catástrofe nacional, una firme e inquebrantable juventud asentada en un sólido terreno religioso y moral. Al igual que en el siglo XVII, Pazmany y sus sacerdotes habían formado a la juventud que reconquistó Buda y reconstruyó el país tras la retirada de los turcos, consideraba yo como una importante tarea religiosa educar a nuestra juventud en la defensa de nuestra patria y nuestra cultura cristiana. Una semana después de mi entronización aproveché la primera oportunidad para hablar ante la basílica

de la capital a diez mil jóvenes. Formulé la pregunta: «¿Dónde tiene que ir la juventud húngara?» Y di acto seguido la respuesta, que se inició con otra pregunta: «¿Tenemos acaso que ponernos de parte de aquellos que, como repetidamente proclaman, están dispuestos a renunciar por entero al pasado? ¡Despacio, pues, con la escoba! La escoba tiene que ser —en mi opinión— para barrer el estiércol y la corrupción. La más hermosa imagen de nuestro pasado es la imagen de nuestra madre y a ella tenemos que acercarnos con la cabeza inclinada y no con la escoba en la mano. No permitamos tampoco que se rechace el saber y el carácter impreso por nuestros maestros, puesto que en este saber y este carácter están marcados los caminos de nuestro futuro. La escoba a la que tanto se alude se revelará débil frente a las dos tablas que contienen los diez mandamientos de la Ley de Dios. No permitiremos, por otra parte, que nadie empuñe la escoba contra nuestra madre bimilenaria, que es la Iglesia, ni esa madre milenaria que es la patria húngara».

En las ciudades y los campos trataba siempre de destacar aquellas particularidades y sucesos históricos que encerraban en sí una lección. Es un rasgo muy humano que cada cual sienta orgullo por la historia y el pasado de su familia, de su lugar natal y de su patria. El historiador sabe que existe un vínculo orgánico entre el presente y el futuro de cada comunidad. Por ello resulta posible encontrar en la Historia suficientes elementos para despertar la conciencia religiosa y la intensificación de la vida religiosa. Claro que antiguamente eran otros los hábitos sociales y también los supuestos de las instituciones humanas y las actividades religiosas. Pero aunque las condiciones fueran otras, los problemas fundamentales que el espíritu humano tiene planteados son idénticos en todas las épocas. Los comunistas me reprochaban que en mis palabras hiciera referencia con tanta frecuencia a sucesos y hechos históricos. Me calificaban por ello de reliquia de la época feudal, de obispo obtuso y reaccionario que utilizaba medios de lucha enteramente feudales. Con terca insistencia, la propaganda repetía aquellas acusaciones que llegaban a dejar huella inclusive en algunos sectores cristianos. Esto se explica fácilmente si se tiene en cuenta que muchos que en principio se mostraban favorables a mi postura, no podían escuchar lo que decía ni leerlo en su texto original. Para orientación del lector, si bien nunca con deseos de defenderme, transcribo a continuación dos ejemplos de mis sermones con las referencias históricas en ellos contenidas. Pronuncié uno de estos sermones el 26 de mayo de 1946 con ocasión de la ceremonia de la confirmación en Szentendre, y el otro, el 4 de mayo de 1947, ante 15.000 peregrinos en Szengothard. Dejo al juicio del lector valorar si representan o no una simple referencia al pasado. Transcribo seguidamente el sermón de Szentendre:

«¡Alabado sea Jesucristo!

»Me impulsaba un anhelo a venir hasta vosotros porque constituís una de las mayores comunidades de mi diócesis. No sólo deseaba acudir hasta vosotros para implorar la ayuda del Espíritu Santo para vuestros hijos, empeñados en la lucha moral de la juventud, sino también para contemplar los rostros de todos vosotros, jóvenes y ancianos y efectuar, como dice el viejo lenguaje litúrgico, la visita canónica. Estoy aquí, en Szentendre, por vez primera en mi vida. Vengo en esta ocasión como vuestro pastor, nombrado por Su Santidad, Pío XII. Al preparar mi visita quise tener conocimiento del pasado religioso de

este lugar. Para ello ordené buscar en los archivos los viejos documentos de las visitas canónicas y repasé con preferencia los años 1732 a 1781. Lo que hallé en aquellos amarillentos papeles no sólo me interesa a mí, sino que os interesa con seguridad a vosotros también, puesto que estáis enraizados en esta tierra de Szentendre. La historia habla de vuestros antepasados, de vuestros consanguíneos, de la vida espiritual de vuestros predecesores.

»La primera referencia encontrada sobre vuestros antepasados dice que reconstruyeron, en 1741 y con sus propias fuerzas, el templo. El templo se hallaba en medio del cementerio, lo que según las costumbres medievales significaba la comunión en la fe; cuando los fieles acudían a la iglesia, precisaban echar así una mirada al reino de los muertos y pensaban en la eternidad de la bienaventuranza y en las almas que sufrían el castigo eterno del infierno. Razones de higiene separan hoy el templo del cementerio, pero no sería bueno que ello estorbara de alguna manera la comunión, la unión de iglesia y cementerio en el alma de los fieles.

»El templo se elevó, pues, con el sacrificio del pueblo. Desde la perspectiva de doscientos años me parece ver los planos cuidadosamente trazados, veo a los operarios en su trabajo, veo la firme actividad de vuestros antepasados. Depositemos ahora una rama de palma piadosa, signo del bendito recuerdo, sobre sus tumbas y mantengámonos firmes en aquello de que nos han dado ejemplo. En la segunda referencia hallada por mí he podido comprobar que vuestros antepasados de hace doscientos años no sólo amaron mucho a los muertos, sino también a los moribundos y los enfermos. En la visita canónica efectuada en tiempos de Carlos III se informa de que en vuestra iglesia y tras la santa Misa, se rezaron oraciones a la intención de los moribundos y los enfermos que fueron nominalmente citados. El momento de la muerte es un momento importante. Nuestro destino dispone ese instante de la muerte, así como el estado en que nuestra alma tiene que rendir cuentas ante el Creador. Rodead también vosotros a los moribundos de los máximos sentimientos religiosos y haced que participen de la gracia de los sacramentos últimos. Y cuando alguien muere de repente, apresuraos a llamar al sacerdote, pues es de todos sabido que la muerte real no se identifica con el momento que nosotros consideramos como el de la muerte. La Misa de hoy nos exhorta al cuidado de los huérfanos y las viudas y a practicar las obras materiales y espirituales de la misericordia. El sentir de una familia se manifiesta en el cuidado a los enfermos. Es de reconocer igualmente el valor de una comunidad religiosa en su respeto y estima a los dolientes. La siguiente referencia nos dice que los fieles estaban celosos de su fe y sentían gran afección por la casa de Dios, las procesiones y las peregrinaciones. No olvidéis, pues, los domingos y fiestas de guardar que estáis pisando las huellas dejadas por otros pies hace doscientos años, que vuestros antepasados no sólo os dejaron una herencia material sino también espiritual. Acudían aquí a los maitines, para tomar parte en la procesión del Corpus y de Resurrección, así como a la Misa del Gallo. Penetraban en esta nave y se arrodillaban en el comulgatorio para recibir al Cuerpo del Señor. Estas santas costumbres no deben interrumpirse ni cesar, sino que deben seguir perdurando.

»Pero los documentos informan también —y no me he sorprendido de ello— que hace doscientos años había también en Szentendre gentes tibias. Los húngaros acostumbran a decir que no todos nuestros dedos son iguales. También el celo tiene diferentes grados. No optemos por el camino de la tibiaza. El Espíritu Santo dice “No estás frío ni caliente; ¡si estuvieras frío o caliente! Pero como estás tibio y ni frío ni caliente, te escupiré de mi boca” (Apocalipsis, 3. 15-16). La tibiaza, la indiferencia en las cosas de la fe es un estado de ánimo perjudicial y determina grandes infortunios.

»En los documentos sobre las visitas canónicas encontré asimismo referencias a los maestros católicos que enseñaban a vuestros hijos, hace doscientos años, a escribir y contar y que conjuntamente con los sacerdotes daban asimismo clases de religión. Hace doscientos años había aquí, por tanto, una propia escuela católica. Acostumbra a decirse que las escuelas confesionales ilustran al hombre sobre la discordia. Nuestros antepasados eran hombres sabios. Veo que aquí, en el campo de las escuelas, había las de diversas confesiones religiosas. Precisamente por ello, ya en época antigua, frecuentaban los niños sus propias escuelas confesionales, para que no se diera indiferencia religiosa alguna y ninguna divergencia o discordia. Tras haber entrado los niños en conocimiento de los elementos básicos de la fe, no perderán nada de ello, sino que el amor conocido a través de la Revelación crecerá en su propia vida y proclamarán el espíritu de la Iglesia. Nosotros, es decir, la Iglesia, no hemos ofendido u odiado nunca a un solo miembro de otra confesión u otra raza; consideramos a todos los humanos como nuestro prójimo, susceptible de recibir nuestro amor. Tan sólo tenemos que condonar u odiar el pecado y el mal. Si vuestros antepasados eran tan prudentes y sabios hasta el punto de haber erigido aquí escuelas de diversas confesiones, ello os obliga a abrazaros a vuestras escuelas católicas para que vuestros hijos puedan recibir el espíritu de su santa fe, no sólo en lo que atañe a las clases de religión, sino en la totalidad de las asignaturas que cursen. Como vosotros no sois gentes henchidas de odio, vuestros hijos aprenderán a conocer el espíritu del amor, en las escuelas confesionales y por gracia de la Revelación.

»El número de fieles católicos ha aumentado intensamente. En 1781 había aquí 2.351 católicos y según la estadística de 1941, son actualmente 7.500. Tengo que confiar por ello en que el gusano del pecado no se introducirá en la vida familiar. Si fuera así en algunos casos y la “enfermedad de la moda” hubiera contagiado a alguna familia, la comino para que siga el ejemplo de sus antepasados, que no conocían esa “enfermedad” y no hubieran permitido jamás su entrada en la familia.

»Es indispensable la pureza de la juventud, tanto en el cuerpo como en el alma. También es indispensable una irreprochable vida familiar. La vida que alienta en el claustro materno es una vida tan sagrada como la del niño en brazos de la madre, o en la cuna, o como la propia vida nuestra. Sí; es también pecado esa práctica llamada “tener cuidado”, cuyo objetivo es que de los derechos no surjan deberes. Donde existe un derecho, hay también un deber. Y aquellos que «tienen cuidado», manchan la santidad de la familia y la convierten en un antro de corrupción. Los esposos serán presa del pecado y Dios no derramará sus bendiciones sobre semejante familia.

»Mis queridos fieles: concluyamos con esta panorámica del pasado. Los antepasados vivían con el amor al templo, a la escuela confesional, al cementerio; vivían con la preocupación de salvaguardar la santidad de la familia. Estos lugares, estos cuatro lugares, son limítrofes uno con el otro. Los umbrales de la iglesia, de la escuela, del cementerio y de la familia están inmediatos uno del otro. Allá donde ahora, en pleno siglo XX, se veneran estos cuatro lugares, la vida espiritual está a salvo. Os ruego que cuidéis de que vuestros antepasados, cuyo ejemplo os alecciona, no clamen en el desierto. Obrad como obraron vuestros padres, vuestros abuelos y antepasados. Si actuáis así, cuando dentro de doscientos años se reúnan en la iglesia hombres nuevos para recibir a un prelado nuevo llegado hasta ellos y citen consoladores textos que daten de nuestros días, podrán sacar de ellos una lección, tal como yo he podido traeros recuerdos consoladores de un pasado de hace doscientos años.

»Lo principal es y sigue siendo que de esta manera nos sea posible asegurar la salvación eterna. He hablado de siglos. Su fugacidad también hará presa en nosotros; cada uno de vosotros será llevado asimismo al reino de los muertos, al cementerio donde también me llevarán a mí. Nos apartaremos así de esta vida terrenal. Esta vida terrenal que no es otra cosa que una enorme sala de espera. Nosotros, los humanos, venimos a este mundo y nos vamos de él, pero no tenemos aquí lugar permanente. Pero nuestra alma sí vive y es lo permanente, lo eterno. Tenemos que salvar esta alma inmortal y la salvación nos vendrá por el camino de la fe, de la vida moral y la frecuentación de los sacramentos.

»Renovad durante la confirmación de vuestros hijos los buenos propósitos hechos a raíz de vuestra propia confirmación y la gracia obtenida- a la sazón. Prometisteis entonces ser combatientes del Espíritu Santo. Renovad la promesa a la luz de los días actuales, hasta el momento mismo en que el ataúd se cierre sobre vosotros y os sea posible contemplar a Dios cara a cara. Amén.»

### Ahora, una parte de mi sermón pronunciado en Szengothard

«En un tiempo, los castillos velaban sobre la vida en todos los territorios húngaros. Desde este lugar se guardaba y defendía Nemetujvar, Szalonak, Kórmend y Szaktorna. Ahora, los castillos forman parte del pasado. Tan sólo las leyendas son testimonio de su antiguo esplendor y su pasada importancia. Pero tampoco las actuales generaciones pueden vivir sin fortalezas. Y gracias a Dios, nuestros castillos, nuestras fortalezas existen: son los templos de nuestros lugares natales, nuestras escuelas católicas, la santidad de la familia y la tierra sagrada de nuestros cementerios.

»Lo que el corazón en la vida de los humanos, esto significa el templo en la vida de las ciudades y los pueblos: es “casa de Dios y puerta del Cielo” (Gen. 28, 17, 1). La casa de Dios es la morada de la oración y el santo sacrificio. La casa de Dios es la fortaleza de las almas, la más alta expresión de la comunión de los fieles. Nuestra Madre, la Iglesia, la santifica con sus propias oraciones y con el cuerpo y la sangre de Cristo. Pero en el transcurso de los siglos, contribuyeron también a la santificación de los templos la devoción, el bautismo, la penitencia, la comunión y el matrimonio de nuestros padres,

abuelos, bisabuelos y tatarabuelos. Cuando entramos en la iglesia tenemos que sentir la presencia de Dios. Pero también debe recordarnos el suelo que pisamos todo ese acervo espiritual de nuestros antepasados. Hermana gemela del templo es la escuela católica. La Madre Iglesia ha mecido su cuna en la propia casa de Dios, en las gradas del altar. Cuando el santo rey Esteban ordenó la construcción de un templo por cada diez pueblos, se ocupó también de dar escuelas al pueblo húngaro. Cuando nadie había pensado siquiera en cubrir aquella necesidad, nuestros antepasados aprendían en la proximidad del altar, del pulpito y la pila bautismal, a leer, escribir y contar, así como la agricultura y la artesanía. Al acrecentarse el número de fieles, la escuela tuvo que separarse del templo, pero no se alejó y se llevó, como preciada herencia de los antepasados, el Evangelio y las Tablas de la Ley. Así es que el dilema se plantea en los siguientes términos: o bien sigue siendo la escuela un impulso santo y espiritual o bien se hunde, se transforma y llega a convertirse en instrumento del mal. En la medida que la escuela se aleja de la Iglesia está más próxima — como prueba la experiencia histórica—al mundo de los calabozos y las cárceles, del pecado y la condenación. La escuela es hogar de la virtud y el saber. Cuando no se enseña en ella la virtud, ¡guárdenos Dios de su saber!

»La tercera fortaleza es la santidad de nuestra familia. Por imperativo de la vida humana, se suceden una al lado de otra las generaciones. El padre recibe su dignidad, su valor, del Padre celestial; la madre, de la Santísima Virgen María y el hijo, de Jesús. En las familias creyentes, cada cual ve sobre la cabeza del otro ese rostro celestial del que recibe en préstamo su valor. Cuando la familia reza unida, se proyecta sobre ella la imagen de la Sagrada Familia. Padres y madres adquieren santidad al reflejarse en el espejo de Nazaret. Por ello, el hijo es un valor inmensurable, inmortal y por ello representa el máspreciado tesoro para los padres y la entera nación...

»La familia es una fortaleza increíblemente sólida cuando sus umbrales desembocan en ese mundo de santidad que es la escuela católica. Estas tres cosas forman el cinturón de nuestras fortalezas. En ese cinturón vivimos, velamos y luchamos hasta que vayamos a parar todos al también bendito cementerio.

«Cementerio que es lugar de descanso y sueño, inmensurable predio de Dios donde reposan generaciones y generaciones a la espera de que se escuche el son de la trompeta del Juicio Final y principie para los humanos la festividad pascual y sea realidad la Resurrección de la carne.

»Se alcen en dicho lugar tumbas marmóreas famosas o modestas cruces de madera, sobre las cenizas de nuestros queridos difuntos está suspendida la esencia misma de las tres cosas sagradas. El cementerio, el pulpito del templo y la cátedra de la escuela católica; la larga trayectoria de familias católicas claman ininterrumpidamente al mundo de los vivientes desde el mundo de los muertos: “¡No olvidéis vuestra representación ante las futuras generaciones: manteneos firmes en vuestras fortalezas!”

»Sean cuales fueren las corrientes susceptibles de agitar la tierra, el templo, la escuela católica y la familia serán siempre sagrados. ¡Sed en todo momento sus inquebrantables defensores!»

### Golpe decisivo contra el Partido de los Pequeños Propietarios

Una consecuencia de la actividad pastoral de la Iglesia fue el despertar de la conciencia nacional y cristiana. Nuestros fieles no estaban dispuestos a contemplar en silencio y sin reacción cómo se estrechaba el acoso a las instituciones religiosas y se ponía trabas a la vida espiritual. Los fieles se hallaban dispuestos a la defensa. En uno de los capítulos precedentes hemos visto cómo la protesta de la federación de asociaciones de padres de familia consiguió frenar los ataques desencadenados contra nuestras escuelas católicas. También quedó mencionado cómo frustró igualmente aquella poderosa federación los planes comunistas para la supresión de la asignatura de enseñanza religiosa y la introducción en las escuelas de libros de texto unitarios. Estos dos triunfos se debieron a la firme posición del Partido de los Pequeños Propietarios. Sus diputados en el Parlamento y su nuevo secretario general, el valeroso Bela Kovacs, intensificaron, bajo la presión de la opinión pública, su oposición a los comunistas a partir de la primavera de 1946.

Al principio, los cuadros comunistas se manifestaron algo comedidos. El endurecimiento del partido mayoritario pareció haberles sorprendido. Tan sólo opusieron unas leves escaramuzas en el Parlamento. Pero mientras se producían estas escaramuzas, trataban de introducir, mediante maniobras entre bastidores, un cambio sustancial en aquella situación. Se procuraron colaboraciones que apoyaran los intereses de las izquierdas. Se invalidaron las actas de algunos diputados para romper la unidad de los partidos burgueses y neutralizar así su mayoría de votos. Pero mediante esta táctica no consiguieron alcanzar sus objetivos. Por ello pasaron los comunistas a la violencia. En diciembre de 1946 fueron detenidas diversas personalidades políticas del Partido de los Pequeños Propietarios y algunos oficiales ideológicamente próximos al mismo. Cuando el presidente del Consejo y el ministro de Defensa quisieron investigar las circunstancias en que se habían producido aquellas detenciones, el comandante en jefe ruso, Swiridov, prohibió que prosiguieran las investigaciones. Declaró que el asunto era cosa de la policía secreta del Estado, ya que las detenciones se habían producido por razón de una conjura antirrepública. Jefe de la policía secreta del Estado era el comunista Laszlo Rajk, que se esforzó en obstaculizar en todo fomento los esfuerzos del presidente del Consejo para clarificar la cuestión. Hubo tiempo, entretanto, para presentar con gran lujo de propaganda las «confesiones» de los detenidos. Aquellas denominadas «confesiones» admitían la existencia de una conjura antirrepública en los círculos dirigentes del Partido de los Pequeños Propietarios. En dicha conjura estaban complicadas —siempre según las «confesiones» antedichas —diversas personalidades de primera fila, entre las que se contaba un ministro. Fueron todas ellas encarceladas y a propuesta de Tildy y Ferenc Nagy, la comisión de inmunidades del Parlamento levantó la inmunidad de los detenidos. Al expresar una parte de la prensa norteamericana y europea occidental sus dudas sobre la autenticidad de aquellas «confesiones», el propio presidente de la República, Zoltan Tildy,

se vio obligado a confirmar los informes hechos públicos por la policía. Tildy efectuó con fecha del 16 de enero de 1947 la siguiente declaración sobre la conjura:

«La policía ha cumplido con su deber y llevado a efecto una buena tarea. Tengo la seguridad de que un tribunal húngaro dictará la adecuada sentencia en interés del pueblo».

Todo aparecía muy claro: se preparaba un proceso espectacular según los modelos soviéticos. La docilidad de Tildy me sorprendió. Tres días más tarde, con ocasión de la festividad de Santa Margarita, me referí en una alocución a la oleada de odio que había hecho presa en el país, al espíritu de venganza y represalia, a la aplicación ilimitada del principio «ojo por ojo y diente por diente» e hice constar que también podían «apagarse ojos que fueran inocentes y romperse dientes que no mordían». Los comunistas complicaron entretanto, apoyándose para ello en las «confesiones» de los detenidos, al secretario general del Partido de los Pequeños Propietarios, Bela Kovacs, a quien señalaron como uno de los partícipes en la «conjura». Rakosi visitó personalmente al presidente del Consejo, Ferenc Nagy, para entregarle «pruebas» contra el secretario general. Rakosi exigió de Nagy la dimisión de Kovacs y solicitó al mismo tiempo que fuera objeto de represión el Partido de los Pequeños Propietarios. Nagy accedió a las propuestas e hizo pública con fecha del 28 de enero de 1947 la siguiente declaración:

«Tengo que reconocer que estaba en curso una conjura contra el gobierno y el régimen democrático. Los conjurados habían conseguido organizar una red en la que se encontraban implicadas asociaciones e instituciones diversas, así como en especial las filas del Partido de los Pequeños Propietarios».

En esta declaración se apoyó el partido comunista para solicitar poco después la supresión de la inmunidad parlamentaria a un gran número de diputados del citado partido. Ferenc Nagy accedió asimismo a estas solicitudes, con la esperanza, según él mismo expresó, de que el tribunal los absolviera de los presuntos cargos. La policía secreta, al piando personal de Gabor Peter, esposó a los representantes en la misma puerta del Parlamento. Tan sólo se respetó la inmunidad de Bela Kovacs. Un miembro del Partido de los Pequeños Propietarios dio muestras de un inusitado valor al hacer la propuesta de que se constituyera una comisión formada por cincuenta parlamentarios para llevar a efecto la investigación de la presunta conjura, Rakosi se percató de que la existencia misma de una comisión impediría el proceso espectacular que preparaba. Por ello suprimió pura y simplemente, con el apoyo de los rusos, la propuesta del orden del día. Consiguió inclusive que Bela Kovacs se presentara voluntariamente a la policía, sin pérdida de sus derechos de inmunidad, para interrogarlo sobre la supuesta conjura. Cuando así lo hizo, por consejo de Tildy y Ferenc Nagy, no le recibió ningún agente de la policía húngara, sino ex miembros de la comandancia militar rusa que procedieron a su detención. El día 2 de marzo se hizo pública la siguiente declaración al respecto:

«Las autoridades rusas de ocupación procedieron a detener el pasado día 27 de febrero de 1947, en Budapest, al antiguo secretario general del Partido de los Pequeños Propietarios, Bela Kovacs, acusado de participar en la organización de grupos terroristas

armados antisoviéticos y colaborar en actividades de espionaje contra el ejército soviético. Bela Kovacs se ocupaba de una manera activa en la constitución de estas fuerzas armadas secretas antisoviéticas cuyos miembros ejercían actos terroristas en territorio húngaro y asesinaban miembros de las fuerzas armadas soviéticas».

La reacción no se hizo esperar y el miembro norteamericano de la Comisión de Control, general Weems, hizo entrega en nombre de su gobierno de la siguiente nota a Swiridov:

«El gobierno de los Estados Unidos se ve obligado a expresar su inquietud por la crisis política producida en Hungría. Los acontecimientos indican una intromisión extranjera en los asuntos interiores húngaros con la finalidad de facilitar que una minoría húngara suplante a la mayoría elegida libremente por el pueblo. Al resultarles imposible alcanzar sus objetivos por medios ordenados y constitucionales, los comunistas húngaros y otros miembros del bloque de izquierdas intentan implicar a numerosos diputados del Partido de los Pequeños Propietarios en una conjura contra la República. Tras conseguir el levantamiento de la inmunidad parlamentaria de numerosos representantes del antedicho partido, han debilitado la mayoría parlamentaria, tal como era su propósito. La policía y los funcionarios de la administración no aplican la autoridad que es de su competencia en aclarar la conjura por procedimientos judiciales normales y juzgar a los detenidos, sino que practican unas medidas de represión general contra sus adversarios políticos. Con su intromisión en los asuntos húngaros, el alto mando de las tropas soviéticas estacionadas en el país ha provocado una crisis. Sobre la base de las informaciones que posee, el gobierno de los Estados Unidos sabe que carecen de fundamento real las acusaciones formuladas en el caso de Bela Kovacs y las pruebas presentadas contra él. En opinión del gobierno de los Estados Unidos, los acontecimientos ocurridos representan una injustificada intromisión en los asuntos internos de Hungría».

En su nota, el general Weems hacía también la propuesta de una colaboración entre los representantes de las tres grandes potencias, Rusia, Inglaterra y Norteamérica, con el presidente del Consejo húngaro, el presidente del Parlamento, el ministro del Interior y el ministro de Justicia con el fin de proceder a una investigación de la «conjura».

A esta nota, cuya publicación en los periódicos húngaros fue prohibida, respondió Swiridov el 9 de marzo lo siguiente:

«Mi general:

»En respuesta a su carta del 5 de marzo de 1947, en la que expresaba el punto de vista de su gobierno respecto a los últimos acontecimientos políticos ocurridos en Hungría, me honro en comunicarle lo siguiente:

»El orden democrático y el gobierno de Hungría han sido objeto de una conjura dirigida contra la Constitución y la República, conjura que no ha sido organizada por los partidos de izquierda. No puede culparse a estos partidos de haber sustraído su poder legal

al Partido de los Pequeños Propietarios y querer instaurar una dictadura de la minoría, puesto que los partidos de izquierdas se han mantenido y siguen manteniéndose en el terreno constitucional.

»La existencia de una conjura contra el orden constitucional, con el peligro de ello resultante para la joven democracia húngara, ha sido admitida asimismo por el Partido de los Pequeños Propietarios. En tal sentido se expresó el propio partido en varias ocasiones desde la prensa e igual hizo Ferenc Nagy, el presidente del partido. Ni la policía ni los partidos coaligados en el bloque de izquierdas son culpables del hecho de que entre los políticos dirigentes del Partido de los Pequeños Propietarios muchos formaran parte de los conjurados. El propio partido citado reconoció la culpabilidad de los traidores surgidos de sus filas y votó libremente en favor de que se levantara su inmunidad parlamentaria y comparecieran ante el tribunal. Por ello, mi general, carece de fundamento la acusación de que los partidos de izquierdas han tratado de implicar en la conjura, con turbias maniobras, a los políticos del Partido de los Pequeños Propietarios.

»Es de todos sabido que se ha cerrado el sumario y los acusados serán juzgados por la justicia independiente y democrática de la República húngara. Por esta razón no me es posible admitir la sugerencia de efectuar una investigación conjunta de los hechos, ya que ello representaría una clara intervención en los asuntos internos de la República húngara y en la jurisdicción de la justicia popular del país.

»La intervención de usted en el asunto Bela Kovacs sólo puedo considerarla como un intento de inmiscuirse en los derechos legales de las autoridades soviéticas de ocupación, que están obligadas a la salvaguarda de las fuerzas soviéticas estacionadas en territorio húngaro y, por tal razón, me veo obligado a manifestar mi desacuerdo con semejante intervención de los Estados Unidos.

»La detención de Bela Kovacs, consecuencia de sus actividades contrarias a las fuerzas de ocupación, no puede considerarse precisamente por ello como una intervención en los asuntos internos de Hungría.

»Reciba, mi general, la expresión de mi distinguida estima.

»V. P. SWIRIDOV »

*Mariscal de campo.»*

Los «conjurados» comparecieron ante un tribunal popular. Los acusados, cuyo estado de agotamiento e intimidación era bien patente, declararon contra sí mismos. Sobre la base de tales «confesiones» se pronunciaron las siguientes sentencias: tres inocentes fueron condenados a muerte y los restantes a penas que sobrepasaban los diez años de trabajos forzados.

Una segunda nota norteamericana, fechada el 17 de marzo, hacía constar lo siguiente:

«El gobierno de los Estados Unidos no puede admitir la versión de los acontecimientos húngaros dada en su escrito. El gobierno de los Estados Unidos tiene conciencia de que bajo la dirección del partido comunista húngaro, grupos minoritarios tratan de hacerse con el poder por medios situados al margen del marco constitucional. En opinión del gobierno de los Estados Unidos, ello constituye un claro peligro para la existencia misma de la democracia húngara. El gobierno de los Estados Unidos mantiene la opinión de que constituye un deber común para las Potencias signatarias en Yalta una investigación conjunta de los acontecimientos».

El intercambio de notas daba al caso una importancia inusitada desde el punto de vista húngaro, ya que en un problema tan fundamental como el que estaba planteado, era patente la divergencia entre los gobiernos soviético y norteamericano.

«En mi opinión —que está en contraposición de las expresadas por usted— no es posible afirmar que semejante investigación hiriera los derechos legales de los tribunales húngaros o la intervención de mi gobierno en el caso de Bela Kovacs representara una vulneración de los derechos de las autoridades soviéticas que, según usted ha expresado, han tenido que adoptar medidas excepcionales en interés de la seguridad de las tropas de ocupación».

Swiridov dio a esta segunda nota una respuesta tan cínica como la anterior.

Poco después, Ferenc Nagy formó su segundo gobierno. Creyó necesario incluir en el mismo a dos «compañeros de viaje». Para no tener que encargar a un comunista la ofensiva contra las escuelas católicas, fue nombrado ministro de Cultura, Gyula Ortutay. Como ministro de Defensa se designó a Lajos Dinnyés. Dos meses más tarde sucedió al presidente del Consejo, Ferenc Nagy. Siempre según las informaciones procedentes de círculos próximos a la policía secreta del Estado, el propio presidente estaba implicado personalmente en la «conjura». Se hizo público, sin embargo, durante una estancia suya en el extranjero, sin duda para protegerlo de los excesivos radicalismos. Cuando se hallaba en Zurich para una dilatada estancia, le comunicaron desde Budapest que estaba implicado —según se desprendía de un comunicado oficializado por el alto mando soviético— en la «conjura» organizada por Bela Kovacs. Tal comunicación se efectuó con fecha del 28 de mayo de 1947. Todavía le fue posible hablar telefónicamente con Rakosi aquel mismo día. Tras la conversación, presentó la dimisión, que fue admitida por Tildy. Su sucesor fue Dinnyés y aquel gobierno de marionetas celebró su primera reunión con fecha de 1 de junio de 1947.

Tras aquellos acontecimientos, fueron numerosos los miembros del Partido de los Pequeños Propietarios que huyeron del país. Con ayuda de los rusos, los marxistas húngaros consiguieron que el 577 por ciento de que gozaba en el Parlamento el Partido en cuestión, quedara reducido a un 44'2 por ciento. De esta manera le fue sustraída la posición mayoritaria al Partido de los Pequeños Propietarios.

## Negociaciones sobre la asignatura de religión

El pretexto de la «conjura» facilitó a la policía la detención de dirigentes y miembros del Partido de los Pequeños Propietarios. Los encarcelamientos se sucedían, semana tras semana. Las «confesiones» hechas por aquellos a los que se había detenido primeramente provocaron una reacción en cadena. Dependía por entero de la mejor o peor voluntad de los comunistas seguir libre o ir a parar al fondo de un calabozo.

A los dos meses, el terror comenzó a surtir sus efectos. Cedió la resistencia que hasta entonces habían opuesto los dirigentes del Partido de los Pequeños Propietarios. El 11 de marzo de 1947 iniciaron un diálogo con los marxistas y se llegó a un acuerdo. Los puntos principales de su coalición fueron los siguientes:

1. Abolición de la enseñanza obligatoria de religión e introducción de nuevos libros escolares en todas las escuelas.
2. Preparación de un acuerdo entre Iglesia y Estado en el que se daría solución a todos los problemas planteados.
3. Los dirigentes del partido se comprometían a expulsar del mismo a todos aquellos que impidieran la pacífica colaboración entre los partidos.
4. Se acordaba trazar las líneas generales de una actuación económica de acuerdo con el plan general ya hecho público y promulgado.

Durante las conversaciones, los dos dirigentes eclesiásticos del Partido de los Pequeños Propietarios, Bela Varga e István Balogh accedieron —sin duda por efecto de las fuertes presiones comunistas —a conseguir que la conferencia episcopal considerara la sustitución de la enseñanza obligatoria de la religión por la facultativa. El obispo Laszlo Banass, un hombre que no manifestaba recato alguno en destacarse, fue asimismo interrogado en aquel asunto. Manifestó su opinión de que con toda seguridad, la conferencia episcopal estaría dispuesta a demostrar comprensión en favor del nuevo orden democrático. En esta opinión se apoyó Ferenc Nagy cuando hizo su «apaciguadora» declaración en la que afirmaba su seguridad de que la Iglesia no pondría dificultades para que se hiciera realidad el programa trazado en los contactos de los dos partidos. Al día siguiente, un diputado comunista declaró en el Parlamento: «El jefe del gobierno informó sobre las conversaciones entre los dos partidos y sobre la circunstancia de que el episcopado ha tenido conocimiento del establecimiento de la enseñanza facultativa de religión sin manifestar su oposición a ello».

Cuando aquella declaración llegó a mi conocimiento, escribí una carta al presidente de la Asamblea Nacional en la que manifestaba que tanto Ferenc Nagy como el diputado comunista habían tergiversado por completo las cosas; la conferencia episcopal no había aprobado en absoluto el plan, sino que había tomado una expresa posición contra el mismo. Existía, inclusive, una protesta contra sus términos. Terminaba mi escrito con el ruego de que se hiciera, por medio de una declaración de la presidencia del Parlamento, una completa rectificación de las declaraciones antes citadas.

En nuestras filas, tan sólo un insignificante grupo de los llamados católicos progresistas estaba de acuerdo con la supresión de la obligatoriedad de la enseñanza religiosa en las escuelas. Recomendaron que se llegara también en aquella ocasión a un entendimiento con los comunistas en beneficio de la «pacificación de los espíritus». Recuerdo que por aquella época me visitó el superior de una orden religiosa para insistir en la argumentación de Bela Varga. Dijo que podía resultar de gran beneficio para el país que los obispos, en su colectividad, cumplimentaran las decisiones tomadas en la conferencia episcopal. Pareció muy sorprendido cuando le expuse la unánime opinión de los obispos y le precisé: «Los obispos no renuncian a la obligatoriedad de la enseñanza religiosa. Se sienten apoyados en su posición por la voluntad, claramente expresada, de los fieles y las repetidas manifestaciones de la opinión pública. La conferencia episcopal sólo puede apreciar con extrañeza que el problema de la enseñanza se haya mezclado en la lucha política convirtiéndose en objeto de trato entre los partidos. Semejante politización del problema no puede resultar beneficiosa más que a los comunistas y facilitar de una manera considerable su trayectoria hacia el dominio total y único de la escena política».

En todo el país menudeaban, entretanto, las protestas. Se solicitaba el mantenimiento de la obligatoriedad de la enseñanza religiosa. Millares de telegramas y cartas de protesta llegaban diariamente a la presidencia de Acción Católica. Sus remitentes eran católicos y protestantes, sacerdotes y seglares, estudiantes y profesores, asociaciones de carácter católico y otras de índole meramente civil. Trabajábamos en estrecha colaboración con los dirigentes de las Iglesias evangélica y reformada. Ocurrió inclusive que me remitieron personalmente sus protestas con el ruego de que cursara los escritos al gobierno. Recibí, por ejemplo, el siguiente telegrama del Presbiteriado de Nyirmegyes:

«Nos adherimos de manera fervorosa y de todo corazón a los puntos de vista expresados por usted con referencia a la enseñanza religiosa y la introducción de nuevos libros de texto, deseándole el más completo éxito».

Desde Szarbas, una ciudad con mayoría protestante, situada en la gran llanura húngara, me llegó un escrito suscrito por setecientas firmas remitido a la Acción Católica local con la petición de que lo pusiera en conocimiento del príncipe primado. Decía así:

«Con referencia a su toma de posición en los problemas que afectan a la enseñanza religiosa, los cristianos evangélicos se hallan situados, como un solo hombre, detrás de usted».

En las ciudades, los más jóvenes se manifestaron en las propias escuelas en favor de la enseñanza obligatoria de la religión. En Szeged, donde los policías sofocaron con una acción violenta y por orden de los comunistas una de aquellas manifestaciones, los estudiantes se concentraron ante el edificio que albergaba las instancias docentes superiores, con pancartas en las que se leían frases como «Enseñanza religiosa obligatoria» y «Queremos clases de religión».

En una predica celebrada con motivo de las fiestas jubilares de la ciudad de Györ, condené aquel irresponsable regateo en torno a la educación religiosa y moral de la juventud. Ante 60.000 asistentes y apoyado por insistentes aclamaciones, dije así:

«Se tienden ahora manos hacia los niños; manos que no son las de Jesucristo, que no son los brazos de la Iglesia, sino garras intrusas, incompetentes para la educación... Hemos tenido que aceptar que los niños y jóvenes húngaros recibieran una magra y mísera herencia material de sus padres, pero no estamos dispuestos a permitir que se les regalee la herencia espiritual que es nuestro deber transmitirles... Quienes se oponen a ello, lo hacen con intenciones alevosas... Las mismas manos que obstaculizan el acceso a la enseñanza religiosa, abren las puertas de los reformatorios, de las cárceles y las penitenciarías... Promover la libertad religiosa y crear las instituciones del laicismo, significa el punto culminante de la hipocresía».

Al día siguiente, 26 de marzo, los comunistas tuvieron una penosa sorpresa. Desde «Csepel, la roja», como denominaban los propios comunistas aquella población industrial inmediata a Budapest, llegó al despacho de la presidencia del Consejo una comisión formada por doscientas cincuenta personas pertenecientes a sectores obreros para solicitar, en nombre de diez mil trabajadores, que se retirara la propuesta de suprimir la obligatoriedad de la enseñanza religiosa y protestar de que intentara forzarse a su aceptación.

Los católicos ponían de relieve su buena disposición para soportar, en nombre de los altos valores, sacrificios personales, pero no estaban dispuestos a permitir que se les sustrajera a sus hijos la formación espiritual cuyo mejor medio era la educación religiosa en las escuelas.

La delegación evangélica expresó por su parte la esperanza de que la opinión pública tendría en cuenta la significación trascendente de la enseñanza religiosa, de la que buena parte de la población tenía ya plena conciencia al manifestarse en favor del mantenimiento de la obligatoriedad de la enseñanza religiosa.

El portavoz de la comunidad de la Iglesia reformada hizo especial hincapié en que precisamente las sociedades que aspiraban a ser democráticas, precisaban de una juventud dotada de una sólida formación religiosa y moral. Tan sólo aquella juventud podría llevar a cabo las tareas que se planteaban y hacer frente a las responsabilidades por las nuevas corrientes. Todas estas opiniones quedaron expresadas en un memorándum avalado por 10.000 firmas de la comunidad evangélica de Csepel, que fue entregado a Ferenc Nagy.

El 12 de abril de 1947 publiqué una carta pastoral en nombre de la conferencia episcopal. Impugné en ella los argumentos comunistas contra la obligatoriedad de la enseñanza religiosa, descubrí los designios ocultos tras aquella ofensiva y expuse una vez más el punto de vista de la Iglesia en la cuestión. Un punto de vista apoyado sólidamente en la experiencia secular.

Señalé asimismo en el texto de aquella carta pastoral las lamentables circunstancias que habían llevado a que el asunto de la obligatoriedad de la enseñanza religiosa se convirtiera en peón en el tablero del juego político. Proseguía así:

«El intento de abolir la obligatoriedad de la enseñanza religiosa nos llena de profunda preocupación. Nos preocupa, sobre todo, porque la súbita prisa por solventar este problema —en una época en que numerosos y graves problemas del país aguardan una solución— despierta en nosotros la sospecha de que nos hallamos ante una embozada lucha cultural. Por doquier leemos la consigna: “Primero democracia, luego socialismo” y somos de la opinión de que tras el problema de la obligatoriedad de la enseñanza religiosa se plantearán otros, cuyas resoluciones terminarán por ser más drásticas: primero, enseñanza religiosa facultativa; luego, supresión de la enseñanza religiosa y, finalmente, enseñanza de la ideología materialista. Nos encontramos así en la obligación de elevar nuestra voz desde el principio. Los repetidos ataques a la educación cristiana no deben cogernos desprevenidos o terminarán por conducirnos al mismo borde de la indiferencia religiosa.

»La coalición gobernante exige la abolición de la obligatoriedad de la enseñanza religiosa precisamente en nombre de la libertad religiosa. ¿Queremos acaso defender la libertad precisamente contra esa fuente de toda libertad que es la religión? La enseñanza religiosa no vulnera esa libertad religiosa, como no la vulnera tampoco la enseñanza obligatoria de la Historia, la Geografía o las Ciencias Naturales, según tuve ocasión de expresar ya hace un año en mi carta pastoral sobre la enseñanza. La enseñanza obligatoria de la religión deja a todo ser humano en libertad de aceptar o no las verdades escuchadas en la asignatura, así como actuar con respecto a las mismas. La experiencia demuestra que algunos hacen uso de la libertad y a pesar de la obligatoriedad de la enseñanza religiosa dejan de ser creyentes. A los padres católicos no puede hacerles efecto el planteamiento del problema de la libertad de conciencia utilizado como argumento contrario a la enseñanza obligatoria de la religión. En el momento en que permiten el bautismo de sus hijos adquieran de manera totalmente voluntaria, es decir, con plena libertad, la obligación a la educación religiosa y, por tanto, a que asistan, una vez llegados al uso de razón, a las clases de religión. No tienen, por tanto, derecho a negarse luego a cumplimentar esta obligación, al igual que un hombre de honor no reniega de un compromiso asumido en nombre de una presunta libertad de conciencia. Quien contrapone la libertad a las obligaciones asumidas en determinado momento, no puede imaginar siquiera el boquete que abre en los fundamentos mismos\* del orden social. Tampoco nos resulta posible comprender por qué razón debe defenderse la libertad de conciencia allá donde no la amenaza peligro alguno, en vez de hacer todo lo posible por afianzarla donde la coartan la violencia y la opresión. Han llegado hasta nosotros muchas protestas de los fieles. Denuncian haberse visto obligados a ingresar en un partido que está muy apartado de sus conciencias, para poder así evitar la persecución política, la inclusión en las listas negras o la pérdida de un puesto. He aquí unos casos en que la libertad de conciencia se ve afectada y no en la asistencia de niños y jóvenes a clases de religión, cosa que nunca han considerado ellos mismos como un deber penoso. También advertimos un ataque a la libertad de conciencia en el plan de introducir el monopolio estatal de los libros de texto, que tiende precisamente a imponer a

los jóvenes las líneas ideológicas del partido que ocupa el poder. Los adversarios de la obligatoriedad de la enseñanza religiosa tratan de apoyar su postura con referencias a lo que es usual en el extranjero y, más concretamente, en Occidente. Nunca hemos considerado el extranjero como modelo ideal del que hubiera que admitirlo todo. No consideramos tampoco que cualquier corriente o posición, por el mero hecho de proceder del extranjero, tenga valor suficiente para efectuar su importación. Hemos tenido y seguimos teniendo ocasión de comparar los resultados de nuestros métodos educativos con los obtenidos con los métodos extranjeros. La comparación no es desfavorable, ni mucho menos, para nosotros. Respecto a las corrientes espirituales procedentes del extranjero, hacemos nuestras las palabras del apóstol: «Probadlo todo y guardad aquello que es bueno» (I Tes. 5,21). Ha sido mucha la desventura caída sobre nosotros por culpa de la ciega veneración a todo lo extranjero; reflexionemos de una vez sobre nosotros mismos y nuestros propios intereses. Pero dejando aparte este punto de vista, tampoco podemos silenciar que en los países occidentales, en muchas naciones cultas, existe también la enseñanza religiosa obligatoria...

(Aquí enumeraba trece Estados y hacía constar que en otros países y bajo la orientación de serios pedagogos, se hallaban en curso esfuerzos por parte de la colectividad para asegurar institucionalmente la formación religiosa y moral de la juventud).

»No olvidemos tampoco que una cosa es introducir la enseñanza facultativa de la religión allá donde no existía enseñanza alguna en este aspecto, y otra es degradar la enseñanza obligatoria haciéndola facultativa, posibilitando así que los alumnos no le den la consideración requerida y los maestros lleguen a suprimirla del plan normal de estudios o, en la práctica, releguen la asignatura de religión del primer lugar al último. No deja de haber gentes que exigen la supresión de la enseñanza religiosa obligatoria en nombre del progreso. No nos sorprendería que en nombre de ese mismo concepto del progreso, terminaran por propugnar la total eliminación de la enseñanza religiosa. Entre los ejemplares antes citados hemos visto que en la progresiva Inglaterra no se desea arrumbar la enseñanza de la religión, sino hacer posible su extensión. Tampoco comprendemos qué clase de progreso puede significar que la juventud no sepa los Diez Mandamientos, no tenga idea' del más trascendente libro del mundo que son las Sagradas Escrituras, ignore la vida y la doctrina de la más destacada personalidad de la Historia mundial, Jesucristo; que contemple sin acertar a comprenderlas las imágenes bíblicas que les ofrecen los más famosos museos, sencillamente porque no sepa qué representan; que no haya oído hablar jamás del hijo pródigo y el buen samaritano. ¿Qué progreso significa desde el punto de vista pedagógico que en vez de fomentar todas las aptitudes de los niños y los jóvenes y en especial su más importante aptitud que es la formación de la conciencia, abandonemos ésta a los impulsos desordenados y privemos al niño y al joven de los consejos y orientaciones de quienes pueden darlos? ¿Qué será de esos niños y esos jóvenes si dejamos sin respuesta las grandes preguntas que inquietan generalmente sus almas? ¿De dónde procede el mundo? ¿De dónde procede el hombre? ¿Qué finalidad tiene la existencia? Etcétera. Los ataques a la obligatoriedad de la enseñanza religiosa nos hacen temer asimismo por la formación ética y moral de nuestros niños y nuestros jóvenes. Religión y moral aparecen estrechamente relacionadas, en la conciencia del ser humano. Por nuestra parte y a pesar

de algunas excepciones que conoce nuestra experiencia, otorgamos mayor confianza a una persona religiosa.

»Tan sólo un caso queremos mencionar aquí: durante la guerra, un soldado penetró de pronto en una casa y tras apartar a los aterrorizados moradores, penetró en una de las alcobas, se tendió sobre la cama y se quedó profundamente dormido. Por su guerrera entreabierta brillaba una medalla de la Virgen que colgaba de su pecho. Los moradores de la casa volvieron tranquilamente a sus trabajos mientras se decían: "No debemos temer nada. Parece un hombre creyente. Necesita dormir".

»No queremos decir con ello que todo no creyente es malo. ¡Sería triste, muy triste, que la naturaleza humana pudiera perder por entero los sentimientos morales! Habrá siempre humanos que se sientan impulsados al bien, incluso en medio de un general envilecimiento, como otros poseen innato sentido estético que les hace valorar como se merece la belleza artística. Sin embargo, la decadencia del nivel ético y moral es irremediable sin una formación religiosa. No es por azar o casualidad que los ejecutores de las mayores crueidades hitlerianas fueran aquellos que habían renegado previamente de su fe. Tampoco es casual que la decadencia de la familia vaya pareja a la ausencia de religiosidad y que hayan crecido las cifras de criminalidad juvenil, entre la que hay que incluir la prostitución de las adolescentes. ¿Hay que acceder a la supresión de la obligatoriedad de la enseñanza religiosa ante estos hechos? Con ello se perjudicará precisamente a los que menos la reciben en su hogar. ¿No resultarán afectados los niños pertenecientes a las capas más pobres, que precisamente son los más necesitados de unas defensas religiosas y morales? ¿No tendría que ponerse freno a esa decadencia antes citada, precisamente con el fortalecimiento e incremento de los impulsos religiosos? La conferencia de los dos partidos que ha tratado de la enseñanza facultativa de la religión, ha elaborado asimismo un plan económico trienal. Conocemos este plan y las consecuencias que cabe extraer del mismo. Se calcula en el mismo nuestra potencialidad material y nuestras posibilidades de producción, al tiempo que nuestros desembolsos y nuestros ingresos; sólo una cosa se ha echado en olvido: los factores morales. Tememos que cualquier plan sea infructífero, que fracase incluso en su intento de promover una simple prosperidad material de la nación, si desaparece la conciencia del deber y el temor de Dios, el respeto a las leyes y la disciplina en el trabajo, el sentido de la justicia respecto al prójimo y el amor al trabajo común. En una palabra: nos veremos ante el derrumbamiento y la ruina si predominan el egoísmo y la falsedad, el interés del partido y el interés personal, la discordancia y la lucha en vez de la probidad asentada sobre una sensibilidad religiosa.

»Para la conservación de nuestra nación, para asegurar nuestro desarrollo económico y moral, sepamos mantenernos firmes en la defensa de la enseñanza obligatoria de la religión. Mantengamos nuestra postura, con resolución, con intransigencia, como la mantienen los médicos respecto a la obligatoriedad de la vacuna. No queremos que se difunda el foco de infección compuesto por individuos y grupos que viven sin el conocimiento de Dios y Cristo y sin la esperanza en la vida eterna. No sería justo argumentar que a pesar de la enseñanza cristiana, sigue habiendo crímenes y se acrecienta la falta de ética y de moral. También hay enfermedades a pesar de los médicos y de vez en

cuando se declara alguna epidemia. Pero así como esta circunstancia obliga a acrecentar la actividad médica, también el aumento del pecado acrecienta la necesidad de la enseñanza religiosa para el fortalecimiento de las almas contra las tentaciones del mundo... Por todo ello, estamos convencidos de que muy pocos padres católicos se dejarán sustraer la enseñanza religiosa de sus hijos. Y nos ha dado confianza la postura en general adoptada por los padres ante este problema.

»Todos queremos que cada hijo aprenda los Diez Mandamientos y entre ellos aquel que dice «Honrarás padre y madre». Es nuestro temor, sin embargo, que en caso de que cese la obligatoriedad de la enseñanza de religión, se ejerzan precisamente por parte de aquellos que tanto invocan la libertad de conciencia, las consiguientes presiones sobre nuestros fieles», acaso sobre aquellos menos favorecidos, para que mantengan alejados a sus hijos de las clases de religión. Con ello no se haría más Que empobrecer más a los que ya son pobres, puesto que se les sustraería la conciencia de su dignidad humana y la fuente misma de su esperanza. ¡Muy caro y amargo será el pan que los padres tengan que pagar con la fe de sus hijos! ¡Pobres fieles! Muchas veces se acusa a la Iglesia de que promete a sus fieles la felicidad en el otro mundo, "mientras nosotros —así argumentan los materialistas —queremos que los humanos alcancen la felicidad en este mundo". "Para conseguir esta felicidad", prosiguen, "hay que apartar su atención del otro mundo y concentrarla en los bienes terrenos. Debe suprimirse la religión y la enseñanza de la religión, que eleva las miradas al cielo, para que los humanos puedan así gozar, sin obstáculos ni inhibiciones, de los bienes terrenales". Ahí estriba la oposición a la enseñanza religiosa. Pero lo cierto es que los humanos auténticamente dichosos no se encuentran entre aquellos que desgranan las llamadas felicidades terrenas, puesto que los bienes perecederos son fuente de muchas decepciones y amargos desencantos. Nosotros, sin embargo, los que creemos, no ofrecemos a nadie la dicha y la felicidad terrena. Si no las encontramos, nos queda la esperanza en la bienaventuranza eterna, que llena nuestra alma de paz y serenidad. Los no creyentes buscan a todo precio la felicidad terrena como la única opción de los humanos; no la consiguen, así como tampoco la dicha en la eternidad. Nosotros buscamos en primer lugar los bienes eternos; los terrenos nos serán dados por añadidura, según promesa del Señor (Mateo 6,33). También deseamos esta felicidad eterna para nuestros hijos y ello es el fundamento de nuestra firmeza en el problema de la enseñanza religiosa».

Ante esta oposición, los partidos tuvieron que hacer marcha atrás en sus planes de secularización de la enseñanza y monopolización de los libros escolares. La resistencia de la Iglesia había sido una demostración de lo profundamente enraizada que estaba la fe en el alma del pueblo húngaro. Rakosi se dio perfecta cuenta de que la Iglesia había obtenido un triunfo. Evidenciando una gran astucia, así como una gran capacidad para la falsedad, difundió la especie de que el plan había sido fraguado por el Partido de los Pequeños Propietarios y no por los comunistas; los comunistas tan sólo deseaban, según él, una enseñanza religiosa «libre», tal como correspondía a los principios democráticos y en nombre de la libertad de conciencia. Mientras el pueblo húngaro «sangrara por cien heridas, había que evitar el planteamiento de problemas que, como aquél, podían ser fuente de nuevas inquietudes y fomento de nuevas divisiones». El secretario general del partido

comunista hizo esta declaración al principio de las ya mencionadas elecciones para el Consejo Nacional. En la parte que sigue y que se refiere a las elecciones parlamentarias de 1947, el lector podrá darse cuenta de la dosis de astuta hipocresía que contenían.

### **Las segundas elecciones para el Consejo Nacional**

Tras haber diezmado el Partido de los Pequeños Propietarios, los comunistas dominaban el Consejo Nacional. Les fue así relativamente fácil conseguir la aprobación de una nueva ley electoral, el 25 de junio de 1947. Preparó esta ley el ministro del Interior, de obediencia comunista y no era en definitiva más que una maniobra preparatoria de las elecciones para el Consejo Nacional que tenían que celebrarse el 31 de agosto. Se organizaron las elecciones porque los comunistas, que habían conseguido una posición de poder hasta entonces ilegal, deseaban dar por lo menos una apariencia de legalización. Su anhelo era alcanzar con rapidez el objetivo hacia el que se movían; implantar el comunismo según el modelo soviético. La nueva ley electoral exigía una nueva exposición de las listas de votantes. Al efectuar la expedición de los certificados de votantes, operación «vigilada» por el ministro del Interior, fueron omitidos de manera masiva los nombres de aquellos ciudadanos de los que se sabía que el partido marxista no podía contar con sus simpatías. Cerca de un millón de personas quedaron así excluidas de las listas. Se les robó, lisa y llanamente, su derecho al voto. Entre los afectados se encontraban muchos sacerdotes, religiosos y religiosas. Inmediatamente antes de la convocatoria de elecciones fue disuelto el «partido liberal», que se había consolidado y organizado en todo el país, durante el invierno y la primavera, con gran éxito, mientras estaba en pleno curso la crisis del Partido de los Pequeños Propietarios. Masas entusiastas se adhirieron por doquier a este partido. Los investigadores de la opinión pública le calculaban una victoria por lo menos de un sesenta a un setenta y cinco por ciento en las elecciones para el Consejo Nacional. Los propios obispos se inclinaban a recomendar a sus fieles el apoyo al Partido de la Libertad, que así se denominaba la formación liberal. La popularidad de este partido quedó suficientemente demostrada por el hecho de que su periódico «Holnap» hubiera alcanzado una tirada de 300.000 ejemplares. Un día, el personal de talleres se negó, por inspiración de los sindicatos, a confeccionar el órgano del Partido de la Libertad. Aquello representaba una amenaza mortal para el Partido. Su representante, el miembro del Consejo Nacional, Deszo Sulyok, protestó sin éxito. A pesar de la ola de indignación que agitó al país, los Comunistas exigieron de Sulyok, bajo tremendas amenazas, la disolución del partido antes de la convocatoria de nuevas elecciones. Pero ni él ni los restantes dirigentes del partido estaban dispuestos a ceder ante aquellas exigencias. Pasó así la policía al ataque —como había ocurrido en el caso del Partido de los Pequeños Propietarios— y comenzaron las detenciones de Personas inocentes. Para impedir que prosiguieran las detenciones masivas y las obstrucciones parlamentarias que preveía, Dezso Sulyok terminó por disolver el partido; los comunistas consiguieron así sus objetivos.

Cuando esto hubo ocurrido, los comunistas hicieron gala de una táctica refinada y cuidaron que en vez del Partido de la Libertad, pudieran tomar parte en las elecciones otros seis partidos de la oposición. Cuatro de ellos tenían un programa ideológico concorde con los principios cristianos. El comandante en jefe ruso concedió —en contradicción con

su actitud de dos años antes— el permiso a quien lo solicitara para la fundación del correspondiente partido y su participación en las elecciones. Conocí casos de quienes fueron obligados, contra su voluntad, a fundar un partido. De esta manera prepararon los comunistas la dispersión de los votos de la oposición. Al mismo tiempo, los partidos marxistas se unieron, bajo la inspiración de los comunistas, en una coalición electoral. Sabían perfectamente los círculos dirigentes que, a pesar de sus intrigas y a la situación de fuerza imperante, no podían conseguir una mayoría absoluta, por lo que presionaron incluso sobre el Partido de los Pequeños Propietarios para su ingreso en aquella coalición. Los cuatro partidos que formaban el gobierno (el comunista, el social-demócrata, el Partido Nacional Campesino y el de los Pequeños Propietarios) fundaron así el «Frente Húngaro Independiente». El 30 de julio de 1947 hicieron público su programa, en el que podían leerse estas solemnes promesas:

«Los partidos que forman el «Frente Húngaro Independiente» defenderán y preservarán conjuntamente la libre práctica de la fe religiosa y la convicción cristiana del pueblo húngaro. «Salvaguardarán asimismo conjuntamente la invulnerabilidad de la independencia de la nación y del Estado húngaro.

«Rechazarán conjuntamente cualquier intromisión extraña en los asuntos internos de Hungría.

«Conjuntamente asumen, asimismo, la defensa de la libertad y la intangibilidad de la iniciativa privada, así como de la propiedad privada siempre que haya sido fruto del trabajo y la actividad del hombre medio.

»En interés de la libertad y la dignidad de las elecciones actuarán de manera que el pueblo húngaro pueda ejercer libremente sus derechos ciudadanos y expresar con toda libertad su opinión».

Dada esta situación, la conferencia episcopal decidió no prestar su apoyo a partido alguno en las elecciones. El 25 de julio de 1947 hicimos pública al respecto la siguiente declaración:

«Tras un detenido y ponderado examen de la presente situación política y su posible desarrollo con relación a las próximas elecciones, los obispos católicos húngaros han resuelto determinar que no deben dar su apoyo explícito a cualquier partido. Encarecen a los fieles a quienes la nueva ley electoral permita el derecho al voto, que lo ejerciten con entero sentido de la responsabilidad. Los obispos húngaros piden a Dios que conceda su ayuda al pueblo húngaro en estos momentos tan críticos para ese mismo pueblo y la nación».

Poco antes de que terminara el período electoral, los comunistas aminoraron sus ataques a la religión hasta cesar por completo en ellos. Llegaron inclusive a presentar ante la opinión pública a la Iglesia y la religión con los más benévolos rasgos. No solamente en sus asambleas, sino en sus propios periódicos subrayaron que la reforma agraria había

afectado a muchos bienes eclesiásticos y que a manera de compensación, los comunistas se habían esforzado en la reconstrucción de muchos edificios religiosos, tanto escuelas como templos y casas parroquiales. Destacaron asimismo que las campanas robadas por los fascistas habían vuelto a sus torres y campanarios gracias a los esfuerzos de los dirigentes del Partido. En el curso de una asamblea celebrada en un pueblo, en Zalá, declaró el propio Rakosi, secretario general, lo siguiente:

«Hemos devuelto las campanas robadas por los fascistas; esas campanas tienen que llamar con su son a las almas creyentes para alabanza del Señor. Me siento dichoso de haber podido actuar personalmente en la devolución de vuestras campanas».

Aquel mismo día, un reportero sacó en otro pueblo una fotografía de Rakosi estrechando la mano del párroco católico. La fotografía fue difundida por todo el país en forma de postal. Tenía que ser símbolo y demostración del buen entendimiento entre la Iglesia y el Partido Comunista.

Nos sentimos obligados a llamar la atención de los fieles sobre aquella contradicción y los trasfondos existentes en la actitud anterior y presente de los comunistas. Nuestro semanario «Uj Ember» se formuló en uno de los números aparecidos durante el verano la pregunta de si aquel cambio de actitud era sólo aparente y respondía únicamente a unos imperativos tácticos. El periódico de los comunistas replicó prestamente:

«No puedo hablarles aquí de táctica, puesto que se trata tan sólo del reconocimiento de un hecho: que las Iglesias y la democracia popular tienen que encontrar el camino del arreglo, de la comprensión y la construcción de unas buenas relaciones duraderas».

A pesar de estos aparentes buenos deseos, nuestro semanario insistió de nuevo en el problema y puso de relieve las cuestiones que afectaban el establecimiento de esas buenas relaciones. Entre ellas, nuestro semanario aludió los obstáculos que la prensa católica encontraba para su difusión. Tan sólo habíamos conservado una fracción de nuestros antiguos órganos de prensa, antes tan importantes y el cupo del papel para nuestros dos semanarios no resultaba suficiente.

Se ponía también de manifiesto que la celebración de las procesiones y la actividad de «Caritas» encontraba fuertes obstáculos, que los dirigentes católicos así como las instituciones y escuelas eran objeto de ataques y calumnias. Y el texto finalizaba así:

«La diferencia entre la actitud anterior y la presente es tan considerable que en muy extensas capas del pueblo católico se tiene, con todo derecho, la opinión de que la conducta actual obedece a unas netas razones tácticas».

Por mi parte, también abordé en algunas de mis prédicas y homilías el tema de la hipócrita buena voluntad e inoportuna amabilidad. No ahorré inclusive la ironía, como en las palabras pronunciadas en Angyaföld, dirigidas a los obreros, y en las que me referí al Evangelio:

«El Salvador nos previno contra los falsos profetas que aparecen con piel de cordero pero que en realidad son feroces lobos. Ha llegado la hora de la prueba, esa hora en la que los lobos cambian sus ropajes y si ayer prodigaban los zarpazos y las dentelladas, hoy intentan cubrirse con la piel del benévolos cordero. No tememos al lobo, pero tampoco deseamos que adopte disfraces con los que cree sorprender nuestra buena fe».

Los obispos húngaros tuvieron pronto ocasión de comprobar que todo era una condescendencia táctica con vistas a las elecciones. El arzobispo de Eger, Gyula Czapik, estableció, en calidad de comisionado de la conferencia episcopal, contactos de orientación con autorizados elementos gubernamentales. Hizo referencia al nuevo clima que parecía imperar y solicitó la autorización para un nuevo periódico que fuera expresión de una corriente católica. Los interlocutores manifestaron que en el espacio de una semana podrían disponer de la autorización, así como de un importante depósito de papel para el periódico en cuestión. Pero los obispos esperaron inútilmente que la promesa se hiciera realidad. Y los comunistas rehuyeron siempre su cumplimiento.

Por otra parte, sólo los votantes tuvieron la posibilidad de examinar las listas electorales. Pudieron comprobar así las ilegalidades cometidas en su confección. En interés de mi pueblo, al que acababan de sustraérsele fundamentales derechos políticos sin que tuviera ocasión de manifestar su repulsa por ello, me hice portavoz del malestar existente y elevé mi protesta en la siguiente carta dirigida al presidente del Consejo:

«Señor presidente del Consejo:

»Los obispos húngaros, en cumplimiento del deber que Dios les ha otorgado de velar por la ética y la justicia, sin que ello signifique intromisión alguna en la lucha política y la pugna de los partidos, elevan su voz contra la exclusión de un importante número de ciudadanos del derecho a emitir su voto.

»Se ha provocado así una situación en la que no se trata ya de la vulneración del principio democrático de igualdad entre todos los ciudadanos sino también de la negación de uno de los principios inscritos en la Constitución del país. Los obispos húngaros consideran especialmente graves aquellas razones, en muchos casos falsas e infamantes, que sirven como pretexto para esas violaciones de la legalidad. Es imprescindible que el gobierno húngaro encuentre a tiempo un camino para rectificar estas ilegalidades y evite que el país pueda poner en duda la pureza y legalidad de las elecciones. Reciba usted, señor presidente del Consejo, la expresión de mi más distinguida consideración.

»Esztergom, 14 de agosto de 1947.

»*En nombre de los obispos húngaros,*

JÓZSEF MINDSZENTY».

También ocurrió que para desorientar a los fieles, se incluyeron sacerdotes, sin su conocimiento y aceptación, en las listas de candidatos de los partidos marxistas.

Para engañar a las gentes, el gobierno permitió aquel año que se celebrara la procesión con la Santa Diestra de San Esteban; incluso el embajador soviético expresó el día de San Esteban sus felicitaciones a la nación húngara. Llegó luego el 31 de agosto, día de la farsa electoral. Las gentes, irritadas, quisieron manifestar inicialmente su protesta con la abstención. Pero merced a nuestro llamamiento, una gran parte de los fieles acudieron a las urnas y dieron sus votos a los partidos de la oposición. Considerábamos como especialmente necesaria esta participación, puesto que solamente así, en aquel momento de confusión e intrigas políticas, podía expresarse lo siguiente: que la nación no estaba dispuesta a introducir de manera voluntaria el comunismo. La nueva ley electoral disponía que aquellos que tuvieran derecho a voto y estuvieran en posesión de la tarjeta electoral emitida por las autoridades correspondientes, pudieran ejercerlo incluso fuera de su lugar habitual de residencia. Esta innovación encajaba perfectamente con los planes de los comunistas. Sus partidarios se dedicaron durante todo el día a recorrer con gran actividad los diversos colegios electorales y emitieron su voto en distintas circunscripciones. Desde las horas tempranas de la mañana a las últimas de la tarde, en grupos de cuarenta o cincuenta, disfrazados de «excursionistas» y a bordo de camiones y autocares, fueron de lugar en lugar, para emitir su voto en circunscripciones especialmente escogidas. En el caso de que algún componente de las mesas electorales manifestara su protesta por aquel proceder, aparecía inmediatamente la policía política y con su presencia hacía posible las ilegales emisiones de votos. Tales prácticas y la utilización de las tarjetas de votación falsificadas por el ministerio del Interior, proporcionaron a los comunistas varios centenares de votos falsos. Además, los representantes de la policía política dedicados al escrutinio cuidaban de que los resultados finales fueran favorables a las esperanzas de los comunistas. Cuando, por ejemplo, debido a la acción de los electores «volantes», no coincidía el número de votos aparecido en la urna con el de las listas de votantes inscritos, se anulaban los votos de la oposición para proceder a la llamada «legalización», eliminando de esta manera la posibilidad de que los votos oposicionistas alcanzaran la mayoría.

Al publicarse los resultados, fueron éstos: de cinco millones de votos, el 22 por ciento correspondía al partido comunista; los cuatro partidos gubernamentales habían obtenido el 60 por ciento, desglosados de esta manera: 22 por ciento los comunistas; 14 por ciento los social-demócratas; 9 por ciento, el Partido Nacional Campesino y el 15 por ciento Partido de los Pequeños Propietarios. Los partidos marxistas (entre los que cabía incluir el de los Pequeños Propietarios) disponían así conjuntamente de más del 55 por ciento de los sufragios. Todo ello a pesar de las acciones ilegales cometidas por los comunistas y que habían suscitado en todo el país una ola de irritación. Se efectuaron en algunos lugares investigaciones sobre el falseamiento de los resultados electorales que acrecentaron el malestar, incluso entre los partidos que formaban parte de la coalición. La jefatura del más significado de los partidos de oposición, el Partido Húngaro Independiente, exigió la anulación de las elecciones. Los comunistas respondieron con la acusación a los independientes de haber falsificado las firmas en las propuestas de sus candidatos en numerosas circunscripciones electorales. Esta acusación se apoyaba en la nueva ley electoral. Ésta prescribía la recogida de firmas por los partidos de nueva fundación. En el caso de que uno de estos nuevos partidos quisiera proponer un candidato

para una circunscripción, solamente podía hacerlo mediante solicitud escrita de los votantes. Quinientos miembros de la policía estatal fueron empleados en comprobar la autenticidad de las firmas en las listas de solicitud del partido objeto de la acusación. Y como no podía por menos que esperarse, se «descubrieron» nada menos que once mil firmas «falsificadas». Fundamentándose en los resultados de esta investigación policial, los cuatro partidos de la coalición gubernamental solicitaron del tribunal electoral la declaración de nulidad para los escaños obtenidos por el Partido Húngaro Independiente. El referido tribunal electoral era asimismo un «obsequio» de la nueva ley electoral; no estaba formado por jueces independientes, sino por delegados de los partidos. Y su composición correspondía a la del Parlamento. De esta manera, también en él gozaban los partidos gubernamentales de una mayoría del 60 por ciento. No sorprendió a nadie, por tanto, que el tribunal accediera a los deseos de los comunistas y anulara cuatro actas de otros tantos diputados del Partido Húngaro Independiente.

De esta manera, la Asamblea Nacional quedó convertida en dócil instrumento de los dictados comunistas.

### **Argumentaciones de mi actitud**

Para aclarar mi posición, que se apoyaba en las premisas históricas, quisiera lanzar aquí una breve ojeada sobre la historia de mi patria. Nosotros, los húngaros, somos de origen húngaro-finés. Nuestros antepasados llegaron a lo que es hoy nuestra nación, procedentes de la región delimitada por el Don, el Kuban y el Cáucaso. En el transcurso de pocos años consiguieron conquistar la entera cuenca carpática. Se expansionaron hacia Occidente hasta llegar a orillas del Enns. Vivieron allá medio siglo en estrecha vecindad con pueblos cristianos, pero sin mostrarse propicios a abandonar sus costumbres y tradiciones. De vez en cuando aparecían misioneros en el país, pero su evangelización tenía poco éxito. Nuestros antepasados eran gentes guerreras; asaltaban pueblos y ciudades, labrantíos y conventos. Sus expediciones depredadoras les llevaron a profundizar en el territorio de la Europa occidental. Aquello significó a un tiempo su desgracia y su fortuna. El 10 de agosto del año 955, el ejército húngaro sufrió una sangrienta derrota en Lechfeld. Pueblo y país quedaron así abiertos a la cristianización. El príncipe Géza (970-997) fue el primero —por motivos esencialmente políticos —en recibir el bautismo. Llamó también a los misioneros al país. El príncipe fue a partir de entonces «cristiano». Pero como ocurre siempre en épocas de transición, permanecieron también en él impresos los rasgos del pasado; perduraba en su alma, al lado del cristianismo recién adquirido, la antigua condición pagana. Al lado del príncipe estaba su esposa, afín en sus convicciones: belicosa y asimismo dispuesta al aprovechamiento político de la conversión religiosa. Su hijo, sin embargo, el rey Esteban, nuestro padre, apóstol y santo, no sólo identificó nuestro pueblo con el destino europeo, sino que bebió en una de las más prístinas fuentes del cristianismo que existía entonces: trasfundió a Hungría el espíritu de Cluny y él vivió en dicho espíritu.

Creció el bienestar terreno y floreció la existencia religiosa. En el año 1000, el rey Esteban (997-1038) recibió del Papa Silvestre la luego tan famosa corona de San Esteban y el derecho de fundar sedes episcopales y conventos. Por doquier se construyeron en el país

basílicas e iglesias, por doquier erigieron escuelas los sacerdotes y los religiosos. Poco antes de su muerte, el 15 de agosto de 1038, aquel rey luego santificado, consagró su pueblo y su tierra a la Madre de Nuestro Señor. Nuestra Patria fue así el primer país —900 años antes del Mensaje de Fátima —confiado a la Virgen. Y durante siglos se ha distinguido oficialmente como el «país de María». El año 1046 marcó la vuelta a los oscuros tiempos anteriores. Se quiso desarraigarse por la violencia la cristianización. La guerra civil, el pillaje y el fuego se enseñorearon del país. Pero la Divina Providencia concedió a nuestro país San Ladislao. La ley, la virtud y la Iglesia se fortalecieron bajo su reinado; la vida espiritual adquirió una mayor profundidad. Confesores y mártires fueron el ejemplo de su propia existencia; se extendió la veneración a la Santísima Virgen y en todos los templos se entonaron alabanzas a Nuestro Señor Jesucristo. Ladislao fue hábil como estratega, prudente y sabio como gobernante y previsor como legislador.

Tras Ladislao vinieron las primeras dinastías reales de los Arpados, que dieron a la Iglesia y al país trece representantes declarados santos o beatos. Sólo voy a citar a Esteban, Emerico, Isabel y Margarita; esta última tuvo un papel preponderante en tiempo de los tártaros: La invasión de Hungría por los tártaros, en 1241, puede considerarse como una consecuencia de la lenta desaparición de la fe. La batalla de Muhi fue el primer cementerio de la Hungría católica. Pero camino de este cementerio se refirió un pueblo abandonado, que gozaba de la jactancia, las cosas mundanas y la corrupción moral. Ni siquiera durante la Cuaresma creía el pueblo en el sufrimiento de Cristo y cuando transcurrió la Cuaresma, se enfrentaron en el río Sajó cincuenta mil húngaros y cien mil tártaros.

Sobre los montones de cadáveres de nuestros combatientes, los bárbaros procedentes del Este se aprestaron a lanzarse sobre el resto de Europa. El campo de batalla había quedado convertido en un gigantesco cementerio y el país fue botín de los tártaros.

En aquellos momentos graves, la familia real ofrendó su hija a Dios como expiación de los pecados cometidos y Margarita aceptó con fervor el voto de sus padres. Ingresó en un convento dominico y por espacio de tres años olvidó allá su prosapia real para recorrer con el Señor el viacrucis de los más humildes menesteres domésticos, del cuidado de los enfermos, los duros ayunos y las noches pasadas en oración. Estoy convencido que esta vida de sacrificio reportó bendiciones para la nación. Tras un año de opresión, los tártaros se retiraron. Su Gran Khan había muerto. De esta manera, el Señor ofreció a nuestra nación la posibilidad de renacer. El orden, la ley, la dignidad y la paz reinaron de nuevo en el país. Cuando el rey Bela IV falleció en su palacio, junto al convento de su hija, su reino no sólo estaba salvado, sino que era mayor, más honrado y digno que antes. La ayuda sobrenatural que había hecho posible aquel cambio tenemos que agradecerla a Santa Margarita.

A la dinastía de los Arpados siguió la de Anjou. Bajo el reinado de Carlos Roberto (1308 a 1312) y bajo el de Luis el Grande (1342-1382) fue Hungría una de las naciones dirigentes de Europa. La nación consiguió mantener bajo Segismundo de Luxemburgo esta posición de gran potencia. El general de sus tropas, después regente del reino, János Hunyadi, al que el Papa Calixto III llamó «combatiente de Cristo», consiguió con su victoria decisiva que fracasaran los repetidos ataques turcos. «De no haber existido en aquel

momento un Hunyadi», escribió Bonfini, «habría sonado la última hora, no sólo para Hungría, Austria y Alemania, sino para toda la Cristiandad». Pero tras aquel momento brillante bajo el reinado del rey Matías (1452-1490), el poderío húngaro volvió a hundirse y los turcos obtuvieron la victoria, en 1526, en Mohács. En 1541, Buda, la capital, cayó en sus manos. Así comenzó para una parte de la Hungría occidental y septentrional y toda la gran llanura húngara, la dominación turca que duraría ciento cincuenta años.

Con frecuencia, cuando me dirijo de Esztergom a Budapest y en el camino veo el castillo de Visegrad, pienso en aquel momento pretérito en que se reunieron allá cinco soberanos europeos para tratar conjuntamente sobre el destino de Europa. Creo que existe una explicación para los tiempos de decadencia de nuestra historia: Pannonia era antiguamente un jardín florido, cuidado y mantenido por la Santísima Virgen. Pero cada vez que Pannonia olvidaba esa protección de la Virgen y dejaba de hacerse acreedor de ella, la nación entraba en decadencia y el campo de batalla se convertía en su tumba.

Los días pretéritos demuestran esta convicción. Las infidelidades a María y las tumbas como la de Mohács tienen demasiada correlación para ser producto de la casualidad. El país de María fue liberado de nuevo por devotos de la Virgen y en especial por miembros de las Congregaciones. Los oficiales de los ejércitos que expulsaron al extranjero de nuestra patria eran en su mayor parte congregantes. Cuando el 2 de septiembre de 1686 sonaron bajo la fortaleza de Buda las trompas de guerra y fue conquistada por los congregantes entre invocaciones de auxilio a la Madre de Dios, los vencedores izaron inmediatamente, después de conquistarla, la bandera mariana en lo alto de la fortaleza. Fue también entonces cuando el príncipe Esterhazy compuso su maravillosa oración que comienza con estas palabras: «Haz mención de nosotros a Dios, Madre Gloriosa, la más grande Mujer de Hungría».

En una ocasión hice un llamamiento a la juventud rogándole que tuviera siempre presente aquellos recuerdos. «Hace unos días me encontraba con el corazón emocionado en la capilla de los franciscanos de Szecseny, donde el cantor de las glorias de María, Rakoczi, asistía diariamente a la Santa Misa y rezaba el rosario con sus pajes en solicitud de protección de la más grande mujer de Hungría. Grabad esta imagen en vuestras almas y seguid en todo momento dicho ejemplo».

En la época amarga de la lucha de liberación, de 1848 a 1849, otro glorificador de María, Ferenc Deák, fue quien benefició al país con la paz, mientras reconciliaba a la nación con la dinastía. Rechazó con energía la petición de que tomara parte en una conspiración e hizo famosa esta frase: «¿Por qué utilizar el veneno cuando existe un medio de salvación infalible?» Su medio de salvación, su consejero y amigo, era su propia conciencia. Y esta conciencia se formó en el amor a nuestra Madre María. Deák llevó hasta el final de su vida el escapulario, consagró pueblo y tierra a la Santa Virgen y rezaba el Rosario antes de las sesiones parlamentarias.

La época moderna introduciría, con las ideas liberales y adversarias de la Iglesia, la indiferencia religiosa y el ateísmo entre nosotros. Se resquebrajó la moral, se rodeó de

desprecio y desdén al sacramento del matrimonio y se rebajó el vínculo de su nobilísima finalidad. Que a pesar de todos estos azotes, la nación enferma siguiera con vida fue con toda seguridad una gracia concedida por María.

En el siglo xx, la noche y el temor de dos guerras mundiales se abatieron sobre nuestra nación. Tanto el tratado de paz del Trianon como el de París dejaron una Hungría despojada y derrotada. Una de las muchas heridas ardientes de la nación húngara, acaso la más dolorosa fue que la conferencia de Paz de París rechazara las justas demandas húngaras con una brutal indiferencia. En vez de revisar el tratado de paz del Trianon, que los propios gobiernos y parlamentos de las grandes potencias habían considerado injusto y defectuoso, el nuevo tratado de paz firmado el 10 de febrero de 1947 sustrajo nuevos territorios al país y le ahogó con unas reparaciones tremadamente onerosas.

El tratado de paz del Trianon, firmado en el año 1920, dejó a Hungría 92.833 kilómetros cuadrados de sus 282.870 y 7.980.143 habitantes de los 18.264.533. Con datos estadísticos y mapas falsificados consiguieron a la sazón Benes y Masaryk que las potencias victoriosas desmembraran a Hungría como un «débil y agresivo Estado formado por diversas nacionalidades». El primer ministro británico, Lloyd George, dijo en una ocasión: «Fuimos parciales hacia aquellas naciones que habían combatido de nuestra parte. Les regalamos Danzig, el corredor y algunas partes amputadas a Hungría. Ahí estriba el origen de muchas injusticias. Entregamos a Checoslovaquia territorios húngaros, fiados de estadísticas que no se ajustaban a la realidad. Pero entonces se produjo una contrapregunta: aquellos territorios enviaron diputados húngaros al Parlamento de Praga». (Sesiones en la Cámara de los Comunes 1935-1936. Tomo 315/201.)

Sobre la base de la estadística de nacionalidades efectuada en 1910, en la Hungría económica, geográfica e histórica, el 54'5 por ciento eran húngaros y el 647 por ciento dominaban el idioma húngaro. El tratado del Trianon desmembró el país como si se tratara de un Estado multinacional. Contradicción el principio de autodeterminación proclamado por Wilson, dos tercios del país fueron separados sin que se celebrara plebiscito alguno. De los 10.283.390 habitantes desgajados de Hungría, un 30'2 por ciento eran húngaros, y sólo el 27'4 por ciento, rumanos, el 167 por ciento eslovacos y el 4'1 por ciento, serbios. Se dividió a un Estado nacional para que otros dos Estados nacionales —Rumania y Serbia— se convirtieran en Estados multinacionales y fuera posible la fundación de un tercer Estado multinacional, Checoslovaquia.

La conferencia de paz de París no sólo dejó en vigor el tratado del Xrianon, sino que nos arrancó nuevos territorios que pasaron a poder de Checoslovaquia, que mantiene así una cabeza de puente sobre la orilla derecha del Danubio. La conferencia de paz de París abandonó al dominio extranjero tres millones y medio de húngaros, sin garantizarles siquiera los derechos de una minoría. Determinó además unas reparaciones cuyo montante hizo decrecer considerablemente el potencial del país y en cuyo nombre procedieron los rusos al sometimiento económico de Hungría. El nuevo tratado de paz correspondió en todos sus extremos a los acuerdos tomados en Yalta y Potsdam, que hacían también a Hungría una presa del comunismo. Esto ocurrió a pesar de tantas veces mencionado

segundo punto de la Carta Atlántica: «No deseamos la determinación de ningún territorio que no sea expresada por la libre voluntad de los pueblos interesados».

El 9 de febrero de 1947 escribí un llamamiento: «Los católicos húngaros ven llenos de dolor que la administración internacional de justicia que determina las responsabilidades de guerra, ha dictaminado con severidad y dureza las que atañen a Hungría...» El 10 de febrero de 1947 fue firmado el tratado de paz. Celebramos unas horas de oración en la basílica de San Esteban, en Budapest. Cerré nuestras súplicas con el ruego: «Es Tu divina decisión que las ordenaciones humanas sean perecederas. Por ello, nos dirigimos a Ti desde lo más profundo de nuestra alma, Dios justiciero y a la más grande Mujer de Hungría, espejo de la justicia».

El tratado de paz nos impuso unas desmesuradas y opresivas obligaciones en el pago de las reparaciones, con las que la economía de Hungría quedó totalmente dependiente de la Unión Soviética. Tuvimos que abandonar, además, la esperanza de que al procederse a la firma del tratado, quedara restablecida por entero nuestra soberanía nacional y las tropas soviéticas evacuaran el país. Cierto que el tratado prescribía que, en el plazo de noventa días, todas las tropas de ocupación debían abandonar el territorio húngaro, pero se reconocía transitoriamente a la Unión Soviética el derecho a dejar estacionadas fuerzas en Hungría «para asegurar las líneas de comunicación entre el grueso del ejército soviético y las tropas de ocupación en Austria». Los rusos permanecieron, pues, en el país, sin sentirse mínimamente ligados a ningún acuerdo internacional respecto a la cuantía de aquellas fuerzas y los derechos y jurisdicción que mantenía su comandancia. Esto tuvo como consecuencia que el comandante en jefe del Ejército —mediante una ilimitada intromisión en los asuntos internos de otro Estado—apoyara la dictadura de los comunistas húngaros. Tan sólo esta circunstancia hizo posible la consolidación y el desarrollo de la tiranía.

Tras estas consideraciones, formulé la conclusión de conducir estrictamente a la nación por el camino de la Santa Madre de Dios para proceder así al reencuentro de nuestro pueblo con la fuente de vida de todos los pueblos, Jesucristo Redentor.

## **El Año Mariano**

Como ha quedado anteriormente citado, era mi anhelo fortalecer el histórico Regnum Marianum. En mis sermones y cartas pastorales hablé profusamente de este tema. Subrayé que la ofrenda del país y la corona a la Madre de Dios, el 15 de agosto de 1038, era un compromiso que nos vinculaba a todos.

Los obispos de Hungría anunciaron así, el 14 de agosto de 1947, el Año Mariano húngaro. Declararon al respecto: «Nosotros, los húngaros, estamos unidos a la Virgen María por nuestro pasado histórico... Hasta los señores protestantes de Transilvania acuñaban la imagen de María en su moneda, de manera tan insoluble estaba enraizado en la conciencia pública este hecho: Hungría es el reino de María... La alianza de San Esteban es todavía válida hoy en día... Vemos el dedo de Dios en los acontecimientos históricos. Precisamente por ello no perdemos la esperanza en el peligro y la tempestad. Por ello os hacemos este

llamamiento, queridos húngaros, ahora... para que al igual que vuestros antepasados... pongáis vuestro destino en las manos de Dios por medio de su Santísima Madre. Por todo ello, el año 1947-48 tiene que ser un Año Mariano.

Procedí a la apertura de aquel Año Mariano en Esztergom, el 15 de agosto de 1947. Todos los obispos de Hungría y 60.000 peregrinos se concentraron para la solemnidad.

En el sermón pronunciado a raíz de la festividad dije lo siguiente: «Como nuestros antepasados en los años 1038, 1317, 1679 y nuevamente en 1896, prestaron su juramento de fidelidad a la Madre de Hungría, queremos reiterarlo hoy, entre las calamidades de los años 1947-48. Impulsados por la convicción de que solamente puede confiar en su supervivencia la nación que contempla con veneración su pasado, queremos marchar hacia el futuro con las experiencias del pasado. Las lecciones de ese pasado son guía para el futuro».

Dos días después, la diócesis de Vác celebró en Csongrad su Jornada Mariana. Celebré la Misa pontifical y dije en el sermón: «Las Jornadas Marianas tienen que fortalecer la conciencia católica; ¡seguid siendo católicos y húngaros! ¡Guardaos de los falsos profetas! Siembran odio y recogen los frutos de sus propios intereses. ¡Sed húngaros! ¡Sed miembros del pueblo de San Esteban y la Madre de Dios!» 70.000 personas pertenecientes a las localidades de la gran llanura húngara se reunieron en Csongrad para celebrar una jornada de oración y esperanza.

Me dirigí luego a Szombathely. Llegué el 2 de septiembre. Tomé parte en un congreso mariano de dos días de duración. El primer día y tras la Misa pontifical, animé a un grupo de hombres católicos: «Si hoy en día, algo precisa destacarse como merece, es la mirada limpia y la fuerza de voluntad de los hombres católicos. Los humanos combaten en favor de opciones y opiniones diversas, inclusive aquellos que no tienen pasado. Por ello es cada vez más necesario organizarse para la defensa de la fe, con la fortaleza que presta la sangre de Cristo y su Resurrección, cuyos frutos se han venido recogiendo a lo largo de dos mil años de historia de la Humanidad y en mil de la historia húngara».

A la tarde siguiente se concentraron más de 100.000 personas. Expresé ante aquella multitud algunos conceptos sobre la educación de los jóvenes. Dije así:

«Sentimientos y opiniones paganos ejercen hoy su influencia sobre el alma de la juventud con el objetivo deollar y destruir su desinterés, su fidelidad en la fe, el amor a la patria y su pureza corporal y espiritual... ¡Estad alerta, jóvenes húngaros! ¡Hay muchas ciénagas en la tierra húngara! Hago esta advertencia en la presente Jornada Mariana, no sólo a la juventud de la Hungría occidental, sino a toda la juventud húngara en conjunto. Hago un llamamiento a los padres, a los educadores y a cuantos tienen responsabilidad, para que tomen a pecho la advertencia».

Animé a los sacerdotes para que organizaran peregrinaciones a los monasterios marianos de nuestra patria. Mi llamamiento tuvo considerable eco. El 18 de agosto de 1947,

el «Magyar Kurier» informó que el 15 de agosto, casi un millón y medio de fieles habían peregrinado a los monasterios marianos. El 8 de septiembre de 1947, fiesta de la Natividad de María, se contaron 1.768.000 personas en aquellos lugares santos y se impartieron 1.112.000 comuniones. El 14 de septiembre acudí con 100.000 hombres de la capital en peregrinación a Mariaremete. Y allí les hice las siguientes reflexiones: «Satanás no es el personaje que inspira terror en los cuentos infantiles; Satanás es la realidad viviente. Es la maldad, la falsedad, la corrupción y la destrucción de la Humanidad... Pero dondequiera que un ser humano se inclina ante el poder y la grandeza de Dios, acrecienta así su propia dignidad. No experimento el mínimo temor de que la grandeza humana sea menoscabada por las exigencias divinas. Temo por los humanos a causa de esos propios humanos...».

El 20 de septiembre se reunieron en Eger, 120.000 personas bajo la protección de la Madre de Cristo. También allá les exhorté, les consolé y traté de fortalecer su actitud cristiana. Encomié su valiente confianza.

Sus esperanzas y su disposición multiplicaban mis propias fuerzas. Y así, bajo la protección de Nuestra Señora, íbamos convirtiéndonos más y más en una comunidad ciertamente asediada por los problemas, pero dichosa por la unidad en su fe.

En los primeros días de octubre se celebraron en Budapest los actos del «Congreso Nacional Mariano». El 4 de octubre dirigí la palabra a 150.000 jóvenes, y por la tarde, a 90.000 obreros. Para la solemnidad del 5 de octubre se concentraron 250.000 fieles. Al día siguiente dirigí la palabra a los representantes de tres mil comunidades parroquiales. Destaqué lo siguiente: «Atravesamos una época grave... Las asociaciones católicas parroquiales tienen que estar en tales épocas, dispuestas para la lucha. No hacemos daño a nadie y tampocoaremos daño en el futuro. Pero cuando se intente destruir la justicia y el amor, que son los fundamentos que nos sostienen, entonces se planteará el caso de una legítima defensa...».

El último día del Congreso se celebró la concentración de padres católicos en la plaza situada ante la basílica de San Esteban. Acudieron en número de 200.000 y testimonieron así de manera impresionante la voluntad del pueblo de protegerse bajo el manto de la Virgen.

Me fue así posible escribir con gran alegría en el mensaje de Año Nuevo: «En la segunda mitad del año 1947 se escucharon ininterrumpidamente las alabanzas a María a lo largo del Theiss, en Szombathely, en Eger y en la capital... En aquellos tiempos difíciles, fue aquella una de mis pocas alegrías. Consuela el alma la evocación de semejantes recuerdos... Seríamos verdaderamente pobres y desvalidos si faltara el resplandor de esta luz bajo la cruz... ¿Nos acompañará también este resplandor durante el año que entra? Resulta doloroso el solo pensamiento de que por culpa de nuestra indiferencia y permisividad pudiera romperse el compromiso de San Esteban. La disolución de este compromiso equivaldría a la muerte de la nación, al derrumbamiento para el que no habría salvación alguna».

Las solemnidades marianas significaron una corriente de bendiciones que hicieron posible un rico florecimiento de la vida religiosa. A ello aludía una comunicación oficial con fecha del 24 de marzo de 1948. Decía así: «... puede comprobarse con satisfacción que los católicos cumplen con este precepto (la obligación de recibir los sacramentos en tiempo pascual) de una manera masiva este año. Desde el 18 de marzo, el clero de las ciudades ha visto la afluencia más considerable al sacramento de la penitencia... Igual puede decirse de los comulgantes».

Nos vimos entonces obligados a informar expresamente a los fieles que era posible hasta el 23 de mayo, el cumplimiento del precepto pascual.

Durante los meses invernales no se habían celebrado grandes concentraciones al aire libre. Pero de todos modos, se rezó profusamente en el interior de los hogares y en los templos de todo el país durante la celebración de las solemnidades marianas. Al advenir la primavera, los peregrinos volvieron a frecuentar las celebraciones en las diferentes ciudades y santuarios de todo el país. Siempre que me resultaba posible, estaba con ellos, predicaba y celebraba el Santo Sacrificio.

Pero los adversarios y contrincantes no tardaron en hacerse sentir. A los dos días de celebrar la solemnidad del 9 de mayo de 1948 en Toroksentmiklós, me vi obligado a remitir una carta de protesta al ministro de Culto. Le comunicaba que tres concentraciones locales habían sido objeto de ataques y sufrido molestias sus participantes, solicitando inmediato remedio a tales incidencias. A pesar de las dificultades, las masas de peregrinos eran cada vez mayores. Con profunda dicha, hice constar en Baja, el 2 junio de 1948, ante 150.000 fieles, lo siguiente: «Nunca como ahora habían sufrido los humanos hambre y sed de verdad; nunca como ahora habían acudido tantos a la Mesa del Señor. Tenemos la seguridad de que el sacramento del altar es la fuerza vital de Hungría. Pueden quitarnos el pan terrenal, pero el pan de los ángeles sigue siendo nuestro». La procesión del Corpus se convirtió aquel año santo en una manifestación colectiva de la fe de nuestro pueblo. Fueron numerosas las procesiones que se celebraron y en el total de las mismas tomaron parte 2.356.000 personas; la celebración del décimo aniversario del Congreso Eucarístico Mundial, el 30 de mayo de 1948, concentró un total de 250.000 fieles. El Papa Pío XII dirigió con tal motivo un mensaje por radio.

A todo esto, las dificultades aumentaban. Los comunistas no se atrevían a prohibir las celebraciones, pero trataban de obstaculizarlas por todos los medios. Se denegaron los habituales descuentos en los viajes colectivos y se disminuyó el número de trenes. En algunos lugares llegó a prohibirse la instalación de altavoces; en otros, se restringieron las concentraciones masivas y los viajes con el pretexto de que existía peligro de epidemia. También se organizaron en la época de las elecciones diversas exposiciones equinas para impedir la utilización de carruajes y coches. El 13 de junio de 1948, la policía llegó a disolver inclusive la procesión de Fátima en Budapest.

El hecho que a continuación se cita fue representativo de la situación.

El 12 de septiembre se iniciaron en el templo de los benedictinos de Celldómólk, los actos con que se celebraba su doscientos aniversario. El 10 de septiembre, una declaración oficial dio cuenta de que en diversos lugares del condado habían surgido brotes epidémicos de meningitis e inflamación en la médula espinal. Esta declaración fue seguida de la prohibición de toda clase de desplazamientos. El pueblo manifestó de diversas maneras su descontento. Pero las autoridades, sin sentirse mínimamente cohibidas por aquellas manifestaciones, reiteraron la prohibición a la vez que manifestaban que las funciones religiosas en el interior de los templos no estaban afectadas por la orden. Sin embargo, durante las jornadas de las solemnidades, agentes armados de policía ejercían severo control de los accesos al templo. Quien no podía justificar su residencia en el lugar, era rechazado. Un cordón policial rodeaba la iglesia. Durante los oficios divinos, el servicio de bomberos lanzó un líquido amarillo por los alrededores del convento. Cuando al final de los solemnes oficios religiosos, los sacerdotes hicieron procesionalmente su aparición en el pórtico, se les salpicó asimismo con aquel producto químico.

Se celebraron con posterioridad las solemnidades de Bodajk y Palotszentkut. Me sentía por mi parte íntimamente conmovido, pues aunque las jornadas solemnes se hubieran multiplicado por dos, no les habría sido posible cumplimentar a los obispos húngaros las muchas invitaciones recibidas. Baste decir, para dar una idea de las proporciones alcanzadas por aquellas celebraciones, que tan sólo en las peregrinaciones correspondientes al año mariano tomaron parte un total de cuatro millones seiscientos mil fieles.

El estandarte mariano recorrió triunfalmente todo el país sometido a tan duras pruebas. La Madre de Dios extendía su protección sobre Hungría. Pero el enemigo no cejaba en su empeño y tampoco permanecía inactivo.

### **Las escuelas confesionales, nacionalizadas**

La postrera etapa de la ofensiva escolar estuvo preparada por un ataque minuciosamente calculado de la prensa. Antiguas recriminaciones, cuyo carácter infundado había quedado desde hacía mucho tiempo de manifiesto, se exhumaron de nuevo. La prensa comunista exigió asimismo, con un tono de desusada energía, que se resolviera con carácter inmediato cuanto se oponía a una inmediata acción contra las escuelas. Como es lógico, la reacción de la Iglesia fue inmediata. Respondió de una manera clara y neta a las acusaciones. Pero precisamente esta actitud defensiva fue calificada inmediatamente de enemistad hacia el pueblo. Las autoridades estatales difundieron en Hungría y también en el extranjero la especie de que los obispos no estaban dispuestos a la coexistencia pacífica y que tan sólo mediante unas condiciones previas casi inaceptables accederían a sentarse en torno a una mesa de conferencias; la República, por contra, deseaba encontrar un terreno de acuerdo que hiciera posible el allanamiento de las diferencias.

Tras haber efectuado una manipulación de la opinión pública con semejantes argumentaciones, el ministro de Instrucción Pública y Cultos, Gyula Ortutay, hizo público en abril de 1948 el proyecto de nacionalización de las escuelas confesionales. Di una

primera respuesta al intento en la carta pastoral del 11 de mayo. A manera de prólogo hice constar que los temores expresados por mí en 1946, precisamente en otro escrito pastoral, se habían revelado desgraciadamente fundados. Rogué seguidamente a los fieles y personal docente que apoyaran sus escuelas católicas, manteniéndose firmes junto a la Iglesia y les agradecí la fidelidad de que hasta entonces habían dado pruebas.

A pesar de mis manifestaciones, el ministro de Instrucción Pública y Cultos declaró en el curso de una conferencia de prensa celebrada el 5 de mayo que la decisión por parte del gobierno era irrevocable. Hizo público simultáneamente que tanto en las nuevas escuelas nacionales como en las antiguas, la asignatura de religión sería obligatoria. De paso, acusó a las jerarquías eclesiásticas de ejercer una presión de terror sobre el personal docente y los «eclesiásticos progresistas».

Otra respuesta por mi parte fue la carta pastoral fechada el 23 de mayo. En la misma, mencionaba de una manera explícita las palabras pronunciadas por el ministro y declaraba al respecto:

«La Iglesia católica ha tenido un papel preponderante en la formación cultural de Hungría. La democracia húngara se comprometió, reconociendo de esa manera las características sociales e históricas, a no sustraer jamás las escuelas confesionales a la Iglesia. (Acuerdo del Consejo Nacional del 23 de febrero de 1948.)

»Si en un espacio de tiempo no superior a tres meses, este ministro ha conseguido olvidar «el preponderante papel de la Iglesia en el campo de la cultura», su promesa de mantener la obligatoriedad de la asignatura de religión, no puede tranquilizar a los padres y obispos responsables. Y si el señor ministro reconoció abiertamente que la religión estaba firmemente enraizada en nuestro pueblo (Acta del Consejo Nacional correspondiente al 23 de febrero de 1948) debería acoger como se merece el deseo evidenciado por este pueblo de que la formación religiosa de sus hijos tenga efecto en las escuelas confesionales. La enseñanza de la religión no puede reducirse a dos clases semanales; tiene que extenderse a toda la instrucción.

»La Iglesia rechaza la acusación, totalmente carente de fundamento, de «una irresponsable propagación de malas noticias», una campaña de intimidación y un terror espiritual...»

No silencié la circunstancia de que era precisamente el Estado el que coaccionaba a los ciudadanos. Los cuerpos docentes eran incitados al quebrantamiento de sus promesas mediante «treinta dineros»; se forzaba a los fieles al ingreso en el partido comunista y se procedía al intercambio de los estudiantes que solicitaban públicamente la obligatoriedad de las asignaturas religiosas.

En consideración a las observaciones de carácter crítico que se hacía a la actuación de nuestras escuelas confesionales, observé en la ya citada carta pastoral: «Si se habla de "negligencia", tendría que llamar la atención del Estado sobre sus propias posibilidades de

reforma. Se le ofrece un amplio campo de acción en aquellos ámbitos donde carece de elementos competitivos, en especial en el universitario. Según informe hecho por el propio señor ministro, domina en el mismo una negligencia de carácter casi catastrófico (actas del Consejo Nacional del 23 de febrero de 1948): Un profesor universitario, que no puede ser calificado evidentemente de reaccionario, declaró en el Parlamento que “la formación universitaria ha descendido a un nivel que desafía toda descripción. La juventud universitaria se encuentra en un proceso de profunda desorientación y confusión”. (Acta del Consejo Nacional del 2 de febrero de 1947)...».

El Estado reaccionó inmediatamente a mi carta. Los empleados de las oficinas ministeriales, empresas y fábricas fueron obligados, bajo amenazas de despido o persecución política, a suscribir sus adhesiones al plan gubernamental para la nacionalización de las escuelas. Se difundió asimismo el rumor de que no existía unanimidad en los obispos respecto al problema. En la prensa y la radio se dijo que el clero rural había manifestado su oposición, negándose a hacer pública la carta pastoral; sacerdotes que intentaron dar lectura a la misma se habían visto interrumpidos por los gritos de protesta de los fieles; se aseguró también que los maestros darían con gran entusiasmo su asentimiento y que estaban a punto de iniciarse negociaciones con la Iglesia.

La Conferencia Episcopal celebrada el 29 de mayo abordó en una circular hecha pública la veracidad de aquellos rumores.

Puso de manifiesto lo siguiente:

«Lo cierto es que no tenemos conocimiento de ese ingente número de sacerdotes disconformes. Si se han dado uno o dos casos entre millares, debe tenerse en cuenta que también hubo entre los doce apóstoles uno que cometió traición... Centenares de cartas testimonian la gratitud de los fieles por la labor de calificación llevada a efecto por parte de los obispos. Algunos de los componentes de nuestro cuerpo docente han quebrantado —en muchos casos como consecuencia de maniobras, presiones y violencias— el juramento solemnemente prestado. Muchos funcionarios estatales han dado, por contra, testimonio de su actitud heroica. En una empresa estatal, todos los trabajadores han tomado partido en pro de las escuelas confesionales. Pero a la hora de cursar el telegrama al respecto, se ha redactado de manera totalmente distinta... Para vergüenza de nuestro país, la mentira y la falsedad son principales objetivos, como no había ocurrido nunca en nuestro pasado histórico».

Yo mismo remitió con fecha del 29 de mayo dos cartas al ministro Ortutay. En la segunda dije, entre otras cosas: «Permítame, señor ministro, llamar su atención sobre las maniobras en curso. Precisamente hoy, día 29 de mayo, comprobamos que ha alcanzado su punto culminante la intensa lucha del gobierno contra nuestras escuelas y su cuerpo docente... En nuestros establecimientos docentes actúan los llamados inspectores de estudios que mediante amenazas, falsificaciones y mentiras, les impulsan a manifestarse contra las legítimas autoridades eclesiásticas... El odio a la Iglesia es cada vez más manifiesto en el Parlamento, en la radio y en las esferas oficiales. Contradicciendo las

estipulaciones del tratado de paz, funcionarios estatales son cesados a causa de sus convicciones religiosas. Las medidas restrictivas tomadas con ocasión de las solemnidades marianas han recordado, por su violencia, las de la época hitleriana... La prensa se muestra más hostil cada día Contra esa ofensiva llevada a cabo en el terreno de las mentiras y las calumnias, no encuentra la Iglesia protección alguna por parte de las leyes...»

Siguiendo las instrucciones dadas por los marxistas, se organizaron en buena parte del país «Comisiones Locales» que dirigieron al gobierno las correspondientes solicitudes en demanda de la nacionalización de las escuelas confesionales. Estas comisiones —formadas en su mayor parte por miembros de los partidos de la coalición en el gobierno— estuvieron en todo momento protegidas por la policía política.

Como es lógico, dada la envergadura de la ofensiva llevada a cabo contra las escuelas confesionales, se publicaron y difundieron toda clase de «historias» y rumores que podían resultar acusatorios para los sacerdotes y las propias escuelas. Una de estas turbias acusaciones fue publicada en la prensa con el titular de «La muerte de Pocspetri».

Según declaraciones de testigos visuales, ocurrió lo siguiente:

El consejo municipal político había celebrado sesión el 3 de junio de 1948 a las 20 horas para tratar el problema de la nacionalización. Como esto sucedía la víspera del primer viernes del mes, el párroco local se hallaba durante la tarde en el confesonario. A las 19 horas celebró sus oraciones, pero sin pronunciar homilía alguna. Tras aquel servicio religioso, muchos fieles se dirigieron a la casa comunal para escuchar las conclusiones a que se había llegado. En aquel mismo instante hizo su aparición la policía. El mando de las fuerzas exigió la inmediata evacuación de la calle. Las gentes vacilaron antes de decidirse a ello. La tensión creció minuto a minuto. Alguien fue a buscar al párroco para que tratara de tranquilizar a la gente. Pero antes de que el sacerdote pudiera dirigir la palabra a los presentes, la policía trató de rodearle. Uno de los agentes intentó abrirse paso a culatazos. La gente retrocedió. La culata del fusil, al no encontrar ningún cuerpo, tropezó contra el suelo. El arma se disparó y el propio policía resultó mortalmente herido.

Esto fue lo que efectivamente ocurrió pero, sin embargo, los informes de las autoridades policiales y del ministerio del Interior afirmaron que el policía había sido víctima de un disparo. Fue acusado del atentado el secretario del consejo, Miklos Kiralyfalvy, que había incitado al párroco al crimen. El secretario fue luego ejecutado y el sacerdote, condenado a muerte y posteriormente indultado.

Tras los sucesos de Pocspetri, el ministro Ortutay me remitió una carta. Declaraba en la misma que todo lo ocurrido tenía que cargarse en cuenta de las incitaciones contenidas en la homilía pronunciada por el párroco. Opinaba asimismo: «El caso de Pocspetri significa una grave advertencia para la Iglesia. No creo que los obispos católicos romanos quieran echar sobre sí la responsabilidad de ulteriores derramamientos de sangre...»

Aquel mismo día, es decir, el 4 de junio de 1948, le respondí:

«Señor ministro de Instrucción Pública y Culto: »En su carta, con fecha del 4 del presente mes, expresa usted su deseo, señor ministro, de que la Iglesia efectúe determinadas y concretas acciones respecto a los que la carta denomina sucesos ocurridos en el municipio de Pocspetri.

»Tengo que hacer constar, señor ministro, que he tenido conocimiento de dichos sucesos por su propia carta. No ha llegado hasta mí otra información. Me encuentro imposibilitado, pues, para adoptar una posición sobre los hechos. Sí tengo conocimiento, por contra, de la agitación que en todo el país ha provocado el plan nacionalizador de las escuelas confesionales. Considero al respecto que podría conseguirse una adecuada pacificación de los espíritus mediante una buena disposición por parte del gobierno para suprimir del orden del día el problema de la nacionalización, tal como propuso el colegio episcopal en su carta del 29 de mayo.

«Considero falta de todo fundamento la argumentación expuesta por usted, señor ministro, según la cual está en práctica una agitación, minuciosamente dirigida, contra el gobierno del que usted forma parte. Rechazo con toda energía esta acusación...»

La tensión entre el pueblo era cada vez mayor. El 7 de junio, el «Magyar Kurier» informaba así:

«Millones de húngaros protestan contra la nacionalización. Acción Católica ha facilitado al «Magyar Kurier» una relación de los telegramas y escritos de protesta que llegan diariamente a la junta central de Acción Católica.»

En el periódico se citaban nominalmente trescientas ciudades y pueblos desde donde se habían remitido las protestas.

El mismo periódico publicó el 10 de junio de 1948 una lista de otros doscientos cincuenta y siete y el 13 de junio, una tercera de trescientos cincuenta. Reprodujo, además, el texto, singularmente energético, de algunos de aquellos telegramas y escritos.

El 14 de junio, el Consejo de Ministros decidió la nacionalización.

El 16 de junio, la ley fue presentada al Parlamento, declarada urgente y debatida en una sola sesión.

En favor de la ley se pronunciaron las siguientes personas: József Bognar y Jeno Katona —ambos del Partido de Pequeños Propietarios— György Parragi —del Partido Balogh— y László Bóka —del Partido Obrero Húngaro—. En contra se manifestaron: István Barankovics —jefe del Partido Democrático Popular— y Margit Slachta —presidenta de la Asociación de Mujeres Cristianas—.

Llegaron dos mil cuatrocientas cuarenta y nueve telegramas y cartas de protesta.

De los trescientos sesenta y dos miembros del Parlamento, doscientos treinta se pronunciaron a favor y sesenta contra la ley; setenta diputados se reservaron el voto.

Para valorar en su justa medida estos resultados debe tenerse en cuenta que aquel Parlamento había sido elegido en el año 1947 mediante maniobras y formas que podían calificarse claramente como ilegales.

La nueva ley nacionalizaba 4.885 escuelas, de las cuales 3.148 eran propiedad de la Iglesia católica.

Nosotros, los obispos, elevamos nuestra protesta, que como era de esperar, no tuvo la menor efectividad.

### **¿Acuerdo a cualquier precio?**

La lucha contra las escuelas católicas tuvo para los comunistas unas consecuencias verdaderamente desfavorables. Se supo por doquier que aquella ley sólo pudo ser ratificada por un Parlamento surgido de las irregularidades y las maniobras electorales más turbias. Por otra parte, el telón de acero no estaba totalmente cerrado; en el extranjero se tuvo conocimiento, por tanto, de lo ocurrido. Como es lógico, nos preocupamos de manera especial de que llegara a poder de la prensa católica de Occidente el material documental preciso. Me fue posible recibir igualmente a numerosos periodistas occidentales e informarles de manera precisa y puntual sobre el conjunto de los hechos. El mundo tuvo así conocimiento exacto de los métodos utilizados por los comunistas en su persecución religiosa. Estas informaciones y el impacto provocado por el golpe de Estado ocurrido entretanto en Checoslovaquia dieron un considerable impulso al movimiento anticomunista en el mundo libre. Esta circunstancia llevó al movimiento comunista mundial a tratar de encubrir en lo posible su lucha cultural. Como yo seguía denunciando y poniendo de manifiesto aquellos métodos, no es de extrañar que tanto los comunistas húngaros como sus correligionarios extranjeros me consideraran a partir de entonces como uno de sus máximos adversarios, a quien había que poner con cualquier pretexto fuera de combate. Me conocían bien; sabían que estaba decidido a no cesar en la lucha, incluso al precio de mi propia vida.

Inmediatamente después de la nacionalización de las escuelas se forjó un plan tendente a conseguir mi alejamiento de la dirección de la Iglesia. Según me comunicaron, se llegó a preparar una orden en este sentido, en el verano de 1948, por parte del ministro del Interior, János Kadar.

Los ataques a mi persona se hicieron más intensos. Por doquier y casi a todas las horas del día, altavoces instalados en las calles y plazas, así como en los talleres, repetían con machaona insistencia las acusaciones que los oradores hacían en las asambleas populares y que los periódicos se encargaban luego de transcribir. He aquí una muestra: «La actitud adversa y antidemocrática del primado es causa de la división y la desdicha de nuestro pueblo; el primado exige la devolución de los bienes confiscados, deniega el

reconocimiento de la República, organiza a los contrarrevolucionarios e impide un acuerdo entre Iglesia y Estado».

La realidad era otra: los obispos se mostraban absolutamente propicios a una discusión de todos los problemas pendientes entre la Iglesia y el Estado. Deseaban el restablecimiento de las relaciones con la Santa Sede, un acuerdo respecto a las asociaciones de índole religiosa, así como la prensa católica. Dada la nueva situación, los obispos expresaron inclusive el pensamiento de no solamente aceptar pasivamente una separación entre Iglesia y Estado, sino confirmarla de manera activa en el caso de que el Estado laico reconociera por su parte la libertad interior de la Iglesia, no la estorbara de manera alguna y respetara su respectiva esfera administrativa.

Pero los comunistas pensaban en su fuero interno en un acuerdo según el modelo soviético. Los obispos deberían reconocer la ilegal ocupación del poder por parte del partido comunista, renunciando sin resistencia a las escuelas, instituciones educativas y culturales, supeditándose en todo a los intereses del Estado comunista. Estábamos suficientemente informados sobre la política eclesiástica bolchevique y también sobre la situación de la Iglesia en la Unión Soviética para dejarnos engañar. Conocíamos los métodos practicados para la destrucción y aniquilamiento de la Iglesia greco-católica en las regiones anexionadas de la Ucrania occidental y la zona subcarpática. Por mi parte, me hallaba suficientemente informado sobre la situación a que se había reducido a la Iglesia en el interior de la Unión Soviética.

Quiero hacer aquí una breve consideración sobre la lucha, que ya entonces había alcanzado un cuarto de siglo, entre Iglesia y bolchevismo. No cabe duda de que el lector podrá comprender así mucho mejor el punto de vista de los obispos húngaros.

De acuerdo con la filosofía religiosa bolchevique, las grandes comunidades religiosas tan sólo se mantenían con vida gracias al apoyo del Estado, a la enseñanza de la asignatura de religión en las escuelas, mediante los contactos sociales del clero y las actividades culturales y benéficas. Por consiguiente, toda religión estaría abocada a la muerte si se la privaba de ese apoyo del Estado y se la eliminaba de los campos de la actividad cultural y benéfica. De acuerdo con estos conceptos, los comisarios del pueblo soviéticos procedieron en 1917 a separar inmediatamente Iglesia y Estado, sustrayéndole a la primera todos sus bienes e intentando imponerle la influencia estatal mediante la nacionalización de sus escuelas e instituciones. Estas medidas afectaron principalmente, y como es natural, a la poderosa Iglesia ruso ortodoxa. Comisionado por el sínodo reunido, el patriarca Tikhon protestó con valor y energía contra aquellas disposiciones ilegales. Dirigió a los fieles una carta circular para evitar la puesta en práctica de tan negativas medidas. Quedó así planteado un estado de guerra entre la Iglesia y los nuevos ocupantes del poder. La Iglesia se defendió de manera tenaz contra las arbitrariedades de las autoridades estatales y consiguió impedir en algunos lugares el pillaje y saqueo por parte de la plebe. Finalmente, la Unión Soviética se vio obligada a poner término a las presiones debido a la cada vez más intensa acción de las fuerzas contrarrevolucionarias. En la época de la guerra civil, el patriarca Tikhon se preocupó en preservar la absoluta neutralidad de la Iglesia. Durante la gran plaga del hambre que siguió a la guerra, no ahorró ningún esfuerzo para mitigar en lo posible los sufrimientos y penalidades. Respondiendo a sus peticiones de auxilio, tanto Roma como la Iglesia anglicana le enviaron sustanciales socorros. Autorizó asimismo la venta de preciados objetos eclesiásticos con la finalidad de incrementar los auxilios. La respuesta a esta actitud no se hizo esperar. En cuanto tuvo la Unión Soviética la seguridad de su victoria sobre los contrarrevolucionarios, desencadenó nuevos ataques contra la Iglesia. De acuerdo con la teoría marxista, se procedió a la destrucción de su organización interna tras haberle arrebatado la mayor parte de sus medios.

El día 10 de mayo de 1922, el patriarca Tikhon fue sometido a detención domiciliaria. No tardaron las autoridades comunistas en montar un proceso contra él. La acusación principal era haberse aprovechado de la época de hambre para disponer de las alhajas y joyas eclesiásticas. Antes de que se hicieran estas acusaciones al patriarca, se había reunido por sugerición de los bolcheviques y con la colaboración de sacerdotes liberales y reformistas, un consejo nacional eclesiástico. Para ponerse a su frente fue llamado el sacerdote Vvedensky, de San Petersburgo. Encabezando una delegación, procedió a efectuar una visita al patriarca encarcelado y solicitó que le confiara el patriarcado. Al principio, el Patriarca se negó a hacerlo. Luego concedió a Vvedensky por un espacio de tiempo muy concreto y delimitado la dirección de los asuntos del cargo.

De esta manera se legalizó el consejo eclesiástico y el movimiento infiltrado con el nombre de «Iglesia Viva» en toda la organización de la Iglesia ortodoxa. Aquello no hubiera

podido conseguirse sin el apoyo de las autoridades soviéticas y precisamente tal apoyo abrió puertas y accesos al terror y la depredación.

La mayor parte de los sacerdotes rechazó a la «Iglesia Viva». El metropolitano de San Petersburgo excomulgó a Vvedensky. A continuación, el metropolitano fue condenado a muerte y ejecutado. Otros altos cargos eclesiásticos, numerosos sacerdotes e incluso bastantes sencillos fieles, fueron encarcelados y finalmente condenados a penas de reclusión o de muerte.

El 23 de abril de 1923, los jefes de la «Iglesia Viva» se reunieron en sínodo y llegaron a las conclusiones siguientes: la Iglesia apoyaba incondicionalmente al poder soviético; se ponían límites a la libertad de actuación de la jerarquía y, en cambio, se ampliaba la del clero secular; se preconizaba una mayor participación de los seglares, así como una ampliación de la orientación liberal de la teología; se posibilitaba la elección como obispos de los sacerdotes casados y también se permitía contraer nuevas nupcias a los que hubieran enviudado. El sínodo abolió asimismo el patriarcado y redujo a Tikhon al estado laical.

La puesta en práctica de estas conclusiones hubiera significado la destrucción total de la Iglesia ortodoxa. Pero tan destructores planes no pudieron llevarse a efecto de una manera total. Los tiempos se caracterizaban por una gran crisis económica y el régimen sufría sus consecuencias. Para paliar un tanto el malestar general se mostraron las autoridades conciliadoras en los problemas religiosos.

Tikhon fue colocado otra vez al frente de la Iglesia. Pero se vio obligado a efectuar una pública autocrítica y reconocer sus «pecados» contra el poder soviético. Reconoció igualmente que el tribunal había obrado con toda legalidad en su juicio y el castigo impuesto estaba totalmente merecido. Prometió que en el futuro la Iglesia ortodoxa no se opondría en ningún aspecto al régimen y se distanciaría de los círculos de emigrantes, así como de los elementos monárquicos y contrarrevolucionarios de los rusos blancos.

Era evidente que al dar este paso, era deseo del patriarca preservar a la Iglesia de males mayores. El poder estatal parecía conformarse con aquello y cabía prever, siempre según sus cálculos, una pacífica coexistencia entre la Iglesia y el Estado. Cesaron los ataques a las autoridades eclesiásticas, pero prosiguió el terror y las coacciones. Muchos fieles flaquearon, pero los que permanecieron constantes fueron precisamente aquellos que constituyeron las columnas de la Iglesia en los tiempos mucho más difíciles que se avecinaban. Se reveló inútil la esperanza del patriarca Tikhon de salvar la organización de la Iglesia. Muy pronto fue alejado él mismo de su jefatura. Enfermo, ingresó en un hospital, donde falleció el 7 de abril de 1924. (Un rumor que circuló durante mucho tiempo afirmó que había sido envenenado).

Tras su fallecimiento, se impidió la elección de un nuevo patriarca, finalmente, tras muchas dilaciones, se concedió el oportuno permiso al metropolitano Sergio, de Novgorov, para que asumiera provisionalmente ja jefatura del patriarcado. Se le impuso como

condición que no trasladara la sede a Moscú. Siguiendo los deseos de su antecesor, también quiso Sergio preservar la libertad de la Iglesia. Precisamente esta preocupación le reportó una reclusión de cuatro años. El precio que tuvo que pagar por su liberación fue una declaración pública de lealtad al régimen. En esta declaración, aseguraba a la Iglesia ortodoxa a partir de aquel momento el apoyo del poder soviético, mediante el cual obtendría paz y libertad para su administración y para atender la vida espiritual de los fieles.

En el texto de la citada declaración aparece patente la influencia de las autoridades soviéticas, especialmente en el pasaje referente al fracaso de su antecesor. En el citado pasaje se hacía constar que los dirigentes religiosos habían sido los principales responsables de no haberse llegado con anterioridad a un acuerdo con el Estado, sobre todo a causa de no haber sabido cortar las corrientes contrarrevolucionarias existentes en el interior de la propia Iglesia. Sergio hizo por ello un llamamiento al clero y al pueblo, tendente a conseguir una colaboración llena de confianza y sinceridad con el poder soviético. Esperaba que aquella actitud de la Iglesia le reportaría mayor seguridad y libertad.

Dos decretos promulgados en el año 1929 significaron una gran decepción para el patriarca Sergio. Uno de ellos ponía la actuación eclesiástica bajo el control absoluto del Estado soviético. Otro definía como actuación punible toda propaganda religiosa. Ello significaba que no sólo era materia de castigo la difusión de la fe, sino su misma defensa.

Por aquella época tuvo también efecto la socialización de la agricultura. Se llevó a cabo con mano dura y una crueldad que provocó unos diez millones de muertos. La «koljdosdización» forzada de los campesinos significó asimismo el aniquilamiento de las parroquias rurales y se sustrajeron a los sacerdotes los medios para su subsistencia. Se clausuraron unos templos y otros fueron destruidos; igualmente se incautaron iconos y libros sagrados, así como otros objetos de culto. Esta tercera manifestación del vandalismo finalizó allá por el año 1932. Cuando el mundo occidental manifestó su repulsa a cuanto había estado ocurriendo, el metropolitano Sergio hizo bajo presión la declaración siguiente:

1. La Constitución soviética garantiza a cada ciudadano la libertad de conciencia.
2. En todos los casos, los condenados lo habían sido por actividades contrarrevolucionarias.
3. Nunca se ha perjudicado a nadie en la Unión Soviética a causa de sus convicciones religiosas.
4. Las informaciones que en sentido contrario circulaban por el extranjero eran puras calumnias.

Cuando en 1934 la Unión Soviética decidió revitalizar la tradición de la gran Rusia, la situación general registró un patente alivio. Dentro de aquella tradición, la Iglesia representaba un papel. Cesaron los agravios de las autoridades a cuanto significaba algo

religioso. Pero al mismo tiempo, la Liga de los sin Dios rerudeció su lucha contra la convicción de la existencia de Dios. Con una arrogancia de la que Voltaire había ya dado muestras, se profetizó que en 1937 se habrían extinguido los sacerdotes y los templos estarían vacíos por falta de fieles. Como es de sobra sabido, las propias estadísticas oficiales del año 1937 representaron un mentís para las profecías ateas. Según las estadísticas en cuestión, el número de fieles existentes en las ciudades era del 30 por ciento, alcanzando el 70 por ciento en las zonas rurales.

De ahí que el gobierno soviético desencadenara aquel mismo año 1937 su cuarta gran ofensiva contra la Iglesia ortodoxa. Retiró a la Iglesia rusa cualquier apoyo, desarticuló su organización, sofocó su libertad interna y sometió los servicios divinos todavía permitidos al control directo del Estado. No sólo hizo imposible la colaboración incondicional, sino incluso la dependencia de la Iglesia por parte del Estado. Por su misma esencia atea, el bolchevismo es enemigo de la fe en Dios y por propio impulso interno, temeroso del espíritu y el alma, es llevado a la lucha contra la religión. Tan sólo procura disimular estos rasgos antirreligiosos cuando conviene a sus intereses de poder.

Cuando Hitler atacó a la Unión Soviética, el 21 de junio de 1941, el metropolitano Sergio animó a sus fieles, en una circular pastoral, a tomar parte en la lucha para la salvación de la patria. En el curso de un solemne servicio religioso elevó sus oraciones por la victoria del Ejército Rojo. Aquella actitud sorprendió inclusive a los bolcheviques y Stalin barruntó que podía ser una maniobra para engañarle. Pero ya en el otoño de aquel mismo año satisfizo el pago a la ayuda recibida por la Iglesia: disolvió la Liga de los sin Dios y suspendió cualquier clase de propaganda contra la religión. Se mostró inclusive alguna tolerancia en los casos en que sacerdotes y fieles no cumplimentaban las órdenes y decretos estatales que estaban en pugna con los conceptos y leyes religiosos. El metropolitano Sergio ordenó la celebración de una colecta a beneficio del Ejército Rojo. La importante cantidad conseguida fue entregada. Quedó así iniciado el diálogo entre Iglesia y Estado; diálogo que desembocaría el 4 de septiembre de 1943 en un encuentro personal entre Sergio y Stalin. Tras ello, se permitió la elección del metropolitano Sergio como patriarca de Moscú y el 12 de septiembre tomó posesión de su cargo.

Como era de esperar, fue difundida por doquier la noticia de aquella reconciliación entre el régimen y la Iglesia. Resultó de capital importancia para la Unión Soviética, que se encontraba empeñada en una lucha a vida o muerte y tenía que preocuparse al máximo de la unidad interior de los pueblos que componían el Estado. El partido comunista estrechó con efusión la diestra que le tendía la Iglesia ortodoxa. En el extranjero, la actitud de los comunistas despertó esperanzas de que su ideología terminaría por abrirse a los principios democráticos y era posible esperar su aburguesamiento. Pero en realidad, nada de ello podía ser. No se le devolvió a la Iglesia su libertad interna, sino que se la hizo dependiente de un organismo estatal, es decir, que se la incrustó en el contexto de un Estado ateo. Con todas sus limitaciones e impedimentos, ni siquiera cabía comparar aquella situación con el cesaropapismo de los zares. Los zares habían sido en buena proporción creyentes y habían atendido a los intereses de la religión, mientras que los comunistas mantenían como uno de sus objetivos principales la total liquidación de la fe. A pesar de ello, las razones tácticas

aconsejaban mantener una postura transigente respecto a la Iglesia. Tras la muerte del patriarca Sergio fue convocado un sínodo que eligió como sucesor al metropolitano de Leningrado. Alexei aprobó la nueva constitución administrativa de la Iglesia ortodoxa: el sínodo elegía al patriarca sobre la base de un acuerdo previo con el departamento estatal para Asuntos Religiosos. Correspondía a las atribuciones del patriarca el nombramiento y destitución de los obispos, pero en todos los casos con el acuerdo previo del departamento antes referido.

De esta manera, el Estado se aseguraba de una manera plena la tan deseada influencia. Esta ordenación de las cosas proporcionaba una evidente ventaja al Estado: en el futuro, tan sólo la Iglesia asumiría la responsabilidad del nombramiento y apartamiento de las dignidades eclesiásticas, con lo que la posible hostilidad popular hacia determinada figura no tendría ya como objetivo el propio Estado, tal como había estado ocurriendo hasta entonces.

Se extendió a partir de aquel instante un velo de silencio sobre la época de la persecución y los mártires habidos durante la misma. Durante la guerra se publicó con gran empaque y vistosidad un anuario encuadrado, de varios centenares de páginas, en el que un artículo no firmado denunciaba a los mártires como criminales políticos. En el prólogo, el propio Sergio escribió: «Aquellos que nuestros adversarios denominan persecución religiosa, es considerado por la comunidad de los fieles ortodoxos como una vuelta al espíritu de los tiempos apostólicos».

Gracias a esta documentación, llegada hasta nosotros por cauces confidenciales, sabíamos también con qué medios habían sido asimilados los fieles greco-católicos de la Ucrania occidental y la región subcarpática a la Iglesia ortodoxa al final de la guerra. Supimos así de la detención del arzobispo de Lemberg, Slipyj y las altas dignidades eclesiásticas encarceladas al mismo tiempo que él: sacerdotes de la curia episcopal, canónigos catedralicios, catedráticos del seminario, profesores de teología y otros muchos destacados sacerdotes. Aprendimos a conocer, asimismo, los métodos con los que se obligó a ingresar a una parte de los sacerdotes en el denominado Movimiento Unionista para prestar así una apariencia de legalidad a la incorporación efectuada por presión de las autoridades. Llegó además a mis manos un detallado informe sobre el presunto accidente automovilístico sufrido por el obispo grecocatólico Romvza, de Munkács, del que se llegaba a la conclusión de que aquella aparente desgracia había sido organizada en todos sus detalles para liquidar al obispo. Las causas de su eliminación había que buscarlas en el hecho de haberse opuesto, durante años y con la máxima energía, a los intentos asimiladores efectuados por los soviéticos. También nos llegó información procedente de la Transilvania sobre persecuciones efectuadas contra la Iglesia romana y también contra la greco-católica en Rumania. En Bucarest se rompió asimismo el Concordato existente con la Santa Sede.

Dado cuanto antecede, no nos hacíamos ilusiones y concedíamos muy poco crédito a las «buenas noticias» referentes a una democratización del bolchevismo. Nos dedicamos así a consolidar y profundizar con todas nuestras fuerzas la vida religiosa de los fieles al

tiempo que fortalecíamos su conciencia cristiana. Los obispos húngaros no podían aceptar que el futuro del catolicismo húngaro se desarrollara sobre las bases del ejemplo soviético. A pesar de esta situación y por iniciativa de los comunistas enviamos en febrero de 1948 una delegación a las conversaciones que debían ser preparatorias de las auténticas negociaciones. Para convencernos de la seriedad y la sinceridad de aquellas conversaciones, insistimos en el cumplimiento de las siguientes condiciones:

1. Establecimiento de relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y Hungría.
2. Concesión del permiso para la publicación de un diario católico y suministro del papel necesario.
3. Restablecimiento de las asociaciones y ligas disueltas, así como la restitución de sus sedes y caudales incautados.
4. Cese de los ataques de los partidos marxistas contra los fieles y la Iglesia.

Tras haberle sido comunicadas al propio Matyas Rakosi estas condiciones, apareció él mismo, en persona, como representante del régimen en las conversaciones previas; se puntualizó a los obispos presentes que el gobierno formularía a su debido tiempo una invitación para las negociaciones. Pero esta invitación no llegó nunca. En vez de ello, se trató de organizar en los círculos del bajo clero y la juventud un movimiento favorable al acuerdo entre Estado e Iglesia.

Por la siguiente declaración, hecha pública por mí el 26 de abril de 1948, el lector puede tener conocimiento del espíritu y desarrollo de este movimiento, organizado con intrigas pero abocado, pese a todo, al más rotundo fracaso.

Tanto en el conjunto de la vida política como en la prensa en particular, en la radio y sobre todo en los círculos de la juventud estudiantil se difundió la consigna de que había que conseguir a cualquier precio la paz entre Iglesia y Estado.

Nadie oponía ciertamente objeciones a la paz, si bien se trataba de conseguir que esta paz lo fuera verdaderamente. La Iglesia consideró desde el principio la paz como algo apetecible. Mas para hacer realidad esta paz, no se precisaban palabras vacías y firmas de dudoso valor, sino unas premisas serias y unos medios evidentes. Lo cierto, sin embargo, es que no se hablaba de las condiciones, sobradamente conocidas, de la Iglesia: relaciones diplomáticas con el Vaticano, publicación de un diario católico de carácter independiente, restablecimiento de la vida asociativa católica, levantamiento de la censura, etc. Los métodos y medios que se utilizaban en el campo de la autonomía administrativa de los congregantes, escultistas, estudiantes y aprendices, no podían considerarse como testimonios y ejemplos para la paz.

La Iglesia no reconoce católicos de derecha o izquierda, sino tan sólo católicos romanos, unidos por una misma fe, que viven según una idéntica normativa, reciben los

mismos sacramentos y respetan la jefatura espiritual de los obispos en unanimidad con el magisterio del Pontífice, representante de Jesucristo en la tierra.

Tampoco servían a la causa de la paz frases difamantes como la que sigue: «Una gran parte de las escuelas confesionales ejerce coacción sobre la juventud campesina y obrera». O bien: «¡Fuera con la reacción que alienta bajo cubierta de la Iglesia!» Llegó a afirmarse que la Iglesia empleaba el terror espiritual. En realidad, era tan sólo víctima llena de dolor de los auténticos terroristas. Tampoco las permanentes injurias al Papa contribuían a ese clima de paz que tanto se decía desear. En vez de tales injurias, el pueblo húngaro esperaba hechos, como el mejoramiento de las condiciones generales de vida, la eliminación de las prácticas corruptoras, el final de la ilegalidad con que se trataba a la población húngara en Eslovaquia y el regreso de nuestros padres, hijos y hermanos del cautiverio soviético.

Con un retraso de tres meses y después de haber sido objeto de notificación la nacionalización de las escuelas, los obispos recibieron con fecha del 15 de mayo de 1948 la invitación para las prometidas negociaciones. El 19 de mayo comunicamos al ministerio de Cultos que «estábamos fundamentalmente preparados para las conversaciones. En el caso de que se cumplieran las condiciones previas, no retardaríamos el nombramiento de nuestros delegados». Solicitábamos, además, que se procediera a excluir del orden del día la nacionalización de las escuelas.

El ministro Ortutay respondió a esta carta con fecha del 14 de junio, cuando el Consejo de Ministros había ya aprobado el proyecto de ley sobre la nacionalización de las escuelas. El ministro rehuyó en su carta el cumplimiento de nuestras condiciones, que calificaba como «materia esencial» de las negociaciones. Formuló una contrapropuesta al señalar que esperaba una declaración de la conferencia episcopal húngara, similar a la efectuada por los altos dignatarios protestantes, en la que desde el principio había quedado bien patente el reconocimiento de la República húngara. En su carta hacía constar de una manera expresa: «El gobierno de la República es de la opinión de que no pueden formularse al Estado condiciones previas a las negociaciones, sino que debe procederse en primer lugar al reconocimiento de la República».

Hay que hacer referencia a los métodos con que el gobierno había obtenido de la Iglesia húngara Reformada la declaración que ahora solicitaba de nosotros. Para ello había tenido que proceder al apartamiento de sus cargos de cuantos los ocupaban legítimamente, entre los que se contaba asimismo el obispo Lazslo Ravasz; los cargos fueron ocupados inmediatamente por renegados favorablemente dispuestos a plegarse a las presiones del gobierno. De todos modos, pese a la condición de aquellos «hombres nuevos», se hizo necesario ejercer intensamente la presión y el 21 de mayo de 1948 se procedió a la firma del «acuerdo» entre la Iglesia Reformada y la República. Como en la Iglesia católica no era posible proceder con tanta facilidad al cambio de obispos, no tenía el Estado a su disposición ningún partidario para llegar al acuerdo. De esta manera dejó de hacerse por nuestra parte el reconocimiento del poder, ilegal y conseguido por la violencia, del partido comunista. Con ello no hicimos más que seguir el ejemplo del Papa Pío XI, que en 1922 no se había manifestado dispuesto al envío de una misión vaticana de carácter diplomático a la

Unión Soviética, tal como había solicitado Moscú. Era evidente que el envío hubiera significado a la sazón una equivalencia del reconocimiento.

De acuerdo con la decisión tomada por la conferencia episcopal, di a Ortutay la siguiente respuesta:

«Señor ministro:

«Respecto a su carta del 1 del presente mes, expreso ante todo mi pesar de que el contenido de la misma haga imposible un sustancial progreso en el problema planteado. En esas líneas tuyas, quiere usted, señor ministro, eludir la responsabilidad que de semejante obstrucción recae sobre el gobierno, pero ni el colegio episcopal ni yo mismo podemos aceptar este intento de cargarnos la responsabilidad a nosotros. Como condiciones previas a la iniciación de conversaciones, establecimos como base y para general apaciguamiento, una previa clarificación de posiciones contenida en tres puntos. Hasta ahora no hemos recibido ninguna respuesta sustancial. El párrafo de su última carta en el que expresa la convicción de que las conversaciones mismas darán ocasión para tratar del problema escolar, considerar nuestras protestas y abordar todas nuestras solicitudes, no puede proporcionarnos satisfacción alguna, pese a toda nuestra buena voluntad y espíritu de comprensión. Para citar tan sólo una de nuestras peticiones hechas como condiciones previas a unas conversaciones, me referiré al problema de las escuelas. Solicitábamos como prueba de buena voluntad que el asunto de la nacionalización fuera excluido del orden del día. En vez de ello, se trató de este problema en el Parlamento y nuestras escuelas y su patrimonio quedaron así confiscadas con anterioridad a que se iniciaran las conversaciones. Las escuelas fueron objeto de ocupación por parte de unidades de la policía y sus auténticos dueños tratados en sus propiedades como si fueran ladrones. Ha sido éste un hecho doloroso y descorazonador. Ha sido víctima del mismo una Iglesia que tantos sacrificios ha hecho, en el transcurso de los siglos, por la cultura de la nación. No cabe la menor duda que con semejante actuación se ha querido rechazar de manera ostensible las condiciones previas establecidas por nosotros. Después de ello no es posible hablar seriamente de una posibilidad de llevar a efecto conversaciones mínimamente fructíferas... En un auténtico orden de cosas, lo lógico hubiera sido que los protagonistas de las conversaciones hubieran determinado por lo menos la materia de las mismas y hasta su final hubieran mantenido una mínima discreción en cualquier actuación que se hubiera referido, de cerca o lejos, a la materia de las mismas.

»Se nos ha repetido con insistencia por el lado gubernamental que debemos ser nosotros los que demos determinadas garantías. Lo cierto es que de existir un mínimo de interés en obtener resultados positivos en las conversaciones, deberían considerarse los puntos de vista existentes y tratar de conseguir un acercamiento a ellos. Pero todo cuanto ha venido ocurriendo hasta ahora demuestra de manera inequívoca la escasa voluntad de tener en cuenta esos puntos de vista nuestros. En su nombre propio, señor ministro, y en nombre de la delegación gubernamental, brinda usted la máxima comprensión en las conversaciones para los deseos justificados de la Iglesia. Tomamos en consideración esa promesa. Pero tenemos que insistir en que como muestra de esa comprensión y como

contribución a la pacificación del ambiente, debería excluirse del orden del día la nacionalización de las escuelas.

»Al tiempo que le informo de estas decisiones de la conferencia episcopal, le saludo respetuosamente.

»Budapest, 15 de junio de 1948.

»MINDSZENTY JÓZSEF

»*Cardenal-Príncipe primado, Arzobispo de Esztergom.*»

Mucho más tarde, cuando yo me encontraba encarcelado, se llegó a un acuerdo. Un acuerdo por el que quedaba colocada la Iglesia bajo la tutela estatal.

### **Mi encarcelamiento**

Los ataques y calumnias contra mi persona duraron todo el verano. Como preparación de mi encarcelamiento, en el otoño se recrudeció la campaña bajo el lema: «¡Aniquilemos el Mindszentysmo! ¡Por el bien del pueblo húngaro y la paz entre Iglesia y Estado!» Se ordenó a la juventud estudiantil y los obreros de las fábricas que se manifestaran en la calle contra mí. Agentes comunistas conducían a los manifestantes hasta el palacio episcopal y exigían de los obispos que me apartaran a mí, «el obstinado y políticamente frustrado» cardenal primado, del vértice de la Iglesia húngara. Los obispos rechazaron con la máxima energía semejante pretensión. Haciendo caso omiso de su posición, la prensa informó que miembros del colegio episcopal condenaban «mi postura antidemocrática y contraria al pueblo». A estos rumores falsos respondieron los obispos en mi ausencia, en el curso de una conferencia celebrada el día 3 de noviembre de 1948:

«Los obispos consideran con la mayor sorpresa y profunda conturbación los indignos ataques que vienen efectuándose en los últimos tiempos, de una manera regular en la prensa, radio y asambleas contra el cardenal primado Mindszenty. El colegio episcopal protesta de estos ataques en nombre del derecho a la libertad religiosa y desea hacer constar, asimismo, su confianza y su simpatía a Su Eminencia. Los obispos se identifican con él en su gestión y labor en favor de la Iglesia y el pueblo húngaro».

Al igual que en el período inmediatamente anterior a la nacionalización de las escuelas, hicieron también su aparición en oficinas y fábricas ejércitos enteros de agentes en petición de firmas para un texto en el que se solicitaba mi apartamiento del cargo y mi comparecencia ante un tribunal popular. Las administraciones de los municipios rurales, ciudades y condados exigieron en escritos dirigidos al Consejo de ministros y al Parlamento mi castigo ejemplar en interés y por deseo del pueblo. Respondí a aquella desvergonzada falsificación de la opinión pública, el 18 de noviembre, con un llamamiento al pueblo:

«Desde hace varias semanas, en todos los pueblos y lugares de Hungría se hacen públicas unas conclusiones de corte totalmente idéntico, dirigidas contra mí. Me acusan de

manejos contrarrevolucionarios efectuados por mí en los años 1947 y 1948, con ocasión de las solemnidades marianas. Me acusan asimismo de ser un enemigo del pueblo. Se lamentan de que no se haya llegado a un acuerdo entre Iglesia y Estado y exigen el cese de mi «vergonzosa actividad». Como todos saben, el objetivo de las solemnidades marianas fue la difusión de la veneración a María y el fortalecimiento de la conciencia religiosa. Durante las solemnidades marianas no se abordó nunca un tema político. Proclamamos en todo momento la virtud de María, la dignidad humana, el amor al prójimo y la justicia, invocando la veneración a la figura de la Virgen.

»Conseguimos así el objetivo de las jornadas marianas. El mismo colegio episcopal al que se quería obligar a manifestarse contra mí lo puso así de manifiesto en su carta de agradecimiento fechada el 3 de noviembre. Esa postura del colegio fue objeto de ratificación llegado el momento oportuno.

»Igual hicieron millones de personas contra cuya firme actitud, que llegó en ocasiones a alcanzar los límites del heroísmo, se utilizaron —sin éxito alguno— medios que no tenían por supuesto relación alguna con la libertad religiosa proclamada en los principios constitucionales.

»En lo que atañe al valor legal de las «conclusiones», cabe destacar lo siguiente: a pesar de las promesas oficiales al respecto, desde la segunda guerra mundial no se han celebrado elecciones libres, si se exceptúa en la capital. Las conclusiones tomadas en los condados, en las ciudades y en los municipios rurales carecen del menor fundamento legal. Hay que calificar de proceder insidioso y poco digno cuando se intenta presentar declaraciones de personas amenazadas con la pérdida de su existencia y su libertad, como ejemplo del pensamiento y los deseos de una opinión pública condenada al silencio y apartada por completo de los asuntos de Estado. Estas conclusiones reflejan una democrática libertad de palabra tan sólo sobre el papel, porque está excluida de antemano cualquier discusión sobre ellas y quien pretendiera hacer uso del derecho a la crítica constitucionalmente consagrado, sería despedido de su puesto de trabajo o sometido a alguna medida peor. Comparto profundamente el dolor de esos hombres, incapaces de oponerse a la coacción. También va mi máximo interés hacia aquellos que tuvieron y siguen teniendo el suficiente valor para oponerse a la tiranía. Me convueven profundamente esos maravillosos ejemplos de valor y fidelidad. Por lo que atañe a los «agravios», se me debe desde el principio y también ahora una satisfacción. Hemos solicitado del gobierno que diera a la publicación mis cartas de reclamación y que el país y el mundo juzgaran en consecuencia. Pero esto no se ha hecho. Se ha preferido por parte de muchos clavarse en una absurda generalización sin pararse a cualquier análisis más detenido.

»Por lo que concierne a la falta de un acuerdo entre Iglesia y Estado, para decirlo mejor, entre la Iglesia y los partidos, es sabido por todo el mundo que la Iglesia recibió con retraso de tres meses la invitación Para unas conversaciones, cuya buena predisposición hacia ellas había hecho pública varias veces. Tanto la calificación de contactos previos a todas las conversaciones que afectaran al problema religioso hasta la decisión de solventar unilateralmente la más complicada de las cuestiones pendientes, que era la religiosa,

demonstraron la pésima disposición por parte del Estado. Y sin embargo se cargó en todo momento a la Iglesia el papel de chivo expiatorio.

»Por mi parte, contemplé con la máxima serenidad la marea de la agitación artificialmente fomentada. En el lugar donde montaba la guardia, no por favor de los partidos sino por la gracia y confianza de la sede apostólica, no eran las olas algo desacostumbrado. Dos de mis antecesores habían muerto en el campo de batalla. Otros dos fueron privados de sus bienes. János Vitez fue encarcelado. Martinuzzi terminó a manos de unos asesinos a sueldo contratados por quienes ocupaban a la sazón el poder. El gran Pazmany fue desterrado. Kral Ambrus, visitante constante y fiel de los hospitales, fue víctima de una epidemia maligna. Pero ninguno de estos predecesores se había encontrado tan falto de medios de defensa como yo. Tomados en bloque mis. setenta y ocho predecesores, no fueron nunca difamados, cien veces calumniados y envueltos por la mentira como ocurrió en mi caso.

»Sigo firme en mi puesto, por Dios, la Iglesia y la Patria, consciente del deber que tengo señalado y consciente también de la fortaleza que me asiste para llevarlo a efecto. En comparación con los sufrimientos de mi pueblo, mi propio destino aparece fútil y sin interés. No cargo las culpas sobre mis acusadores. Si me siento impulsado en ocasiones a arrojar un rayo de luz sobre esta o aquella de mis actuaciones, tan sólo lo hago en interés de mi pueblo y para poner de manifiesto su dolor, sus lágrimas y su voz enronquecida. Elevo mis oraciones para la consecución de un mundo puesto bajo la verdad y el amor. Elevo también mis oraciones por aquellos que según palabras de mi Maestro, no saben lo que se hacen; les perdonó de todo corazón».

Como es lógico, mi llamamiento no suscitó satisfacción alguna entre las autoridades. Fue secuestrado el número del «Ungarische Kurier» (Correo Húngaro) en el que apareció. La policía impidió en las parroquias la lectura del documento, lo que dio pábulo a la falsedad difundida por la prensa de que algunos sacerdotes se habían negado a leer mi circular. Aseguraban aquellas informaciones que los sacerdotes en cuestión no compartían mis opiniones y condenaban mi actitud.

En la mañana del 9 de noviembre de 1948, mi secretario, Dr. András Zakar, fue detenido en plena calle cuando regresaba al palacio episcopal después de oír la Santa Misa. Autores de la detención fueron agentes especiales de la policía, que se apresuraron a trasladarle al lugar tristemente famoso situado en el número 60 de la calle Andrássy.

A partir de aquel momento se preparó con escrupuloso cuidado mi propia detención mediante la llamada «carta abierta», que se hizo firmar por católicos progresistas dispuestos a la colaboración. Con dolor tengo que hacer constar que se consiguió que entre aquellas firmas constara asimismo la de Zoltan Kodaly conjuntamente con las de Gyula Szekfu y József Cavallier.

Tras la publicación de la carta, los tres fueron enviados para visitarme. Los recibí el 8 de diciembre.

Inmediatamente después de entrar, Kodaly se retiró al rincón más apartado, junto a una de las ventanas. Quiso significar sin duda, con su actitud, que no tenía nada que ver en aquel triste espectáculo. No representaba voluntariamente el papel de comparsa.

Fue József Cavallier, colaborador en la católica «Uj Nemzedek» en la época de entreguerras, quien declaró en su calidad de portavoz del grupo, los móviles que les habían llevado a Esztergom. Como buenos católicos, no estaban dispuestos, al igual que los firmantes restantes, que a causa de la nacionalización de las escuelas, hubieran quedado excluidos por la Iglesia para efectuar una labor en común. Me sorprendí de que aquel hombre, que había sido ya nombrado «enviado húngaro en la Santa Sede», manifestara tan profundo desconocimiento del derecho canónico e hice constar: «También la participación en una intriga contra un cardenal de la Iglesia católica es penada con la excomunión». Cavallier, antes periodista y entonces marioneta en manos de los comunistas, no ocupó nunca un puesto como «enviado» a la Santa Sede, aunque sí hiciera efectivos sus honorarios por tal cargo.

No dijo nada más; se limitó a ceder la palabra a Gyula Szekfu, antiguo embajador en Moscú, un novelista católico y colaborador de Bálint Homan, que languidecía en las cárceles comunistas. En el período nazi, Szekfu había derivado hacia la izquierda y Rakosi había conseguido hacerle aceptar como embajador en Moscú. Llegó incluso a publicar un pequeño volumen en el que hacía la máxima apología de la Unión Soviética. El libro estaba avalado por los antiguos conocimientos científicos y la reconocida maestría literaria de Szekfu, de tal manera que obtuvo, por así decir, una cierta audiencia.

Fue Szekfu quien hizo uso de la palabra. A su juicio, el futuro del catolicismo y de la nación hacía preciso un honroso reconocimiento de la relación de poderes existente en la realidad. Dicho en otras palabras, se trataba precisamente de reconocer la dictadura, del partido comunista, conseguida por medios ilegales. A juicio de Szekfu, el catolicismo húngaro podía adoptar aquel punto de vista, ya que el comunismo había dejado de ser enemigo de la religión. En la propia Unión Soviética había cesado la persecución religiosa y la Iglesia ortodoxa servía, en pacífica armonía con el Estado ateo, el bienestar del pueblo.

Respondí que sabíamos muy bien la independencia de que gozaba la iglesia ortodoxa, pese a la guerra y la lealtad mantenida durante la misma. Conocíamos muy bien las particularidades de la persecución que con todos sus medios llevaba a efecto la Unión Soviética contra la Iglesia greco-católica en la Ucrania Occidental y la región subcarpática. Fundamenté asimismo mis argumentos en la propia situación húngara y consideré conveniente exponerlo todo por escrito con aquella misma fecha del 8 de diciembre y hacerlo público.

Transcribo a continuación una parte de mi respuesta a la «carta abierta».

«La carta abierta exige un cambio de mi punto de vista y mi actitud, pues ven como consecuencia de dicha actitud grandes males para la Iglesia. Aparezco así como el culpable de la pesada cruz que pesa sobre la Iglesia húngara. Pero aquí cabe considerar una especial

circunstancia. Los firmantes de la carta expresan su pesar de que en Hungría no exista una situación religiosa semejante a la de otros países de la Europa oriental. Se quejan de que en comparación con Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumania, Bulgaria y Polonia, la Iglesia es retrógrada; tal es la lamentación de la prensa y los políticos que regresan de tales países. Se da por sentado de que las dignidades eclesiásticas —los arzobispos Berán, Sapieha y Cisar— son “demócratas”. Uno de ellos fue partisano, el otro saludó a la democracia popular con un Te Deum y el tercero llevó inclusive a los obispos en procesión a prestar el juramento de fidelidad. Según el sentido expresado por la carta, debería sacarse la conclusión del extraordinario florecimiento de la Iglesia en los países citados. Pese a ello, tanto el arzobispo Berán como el cardenal Sapieha han visto cerrar templos en sus países. A pesar de ello, el arzobispo Berán y el cardenal Sapieha han sido acusados repetidamente de traición. También en Rumania se han encarcelado obispos... Los “firmantes” de la carta olvidan que existe un ateísmo materialista, cuyo carácter hostil no está provocado por mi persona ni, por supuesto, por la Iglesia».

A partir de aquel momento, fui el primero en esperar mi detención. Por ello, llamé a Esztergom a mi madre, de setenta y cuatro años, convencido de que resistiría quizás con mayor facilidad el duro golpe del destino si estaba a mi lado que si se enteraba de la noticia lejos. La mayor preocupación fue para mí aliviarle en lo posible aquella dura prueba. Procuraba hablar repetidamente con ella sobre el riesgo de detención que me amenazaba y fue para mí un consuelo que me dijera que soportaría la prueba como la Mater Dolorosa había soportado las estaciones del Calvario. Quizá tenía en el fondo la esperanza —al igual que otros parientes y conocidos— de que acabaría por marcharme al extranjero para evitar el encarcelamiento. Me esforcé por ello en convencerla de que un pastor no debe dejar nunca en la estacada a su rebaño.

Tomé asimismo mis últimas disposiciones. Ordené el orden de sucesión en que tras mi encarcelamiento deberían asumir las tres personalidades del cabildo capitular que se hicieran cargo del vicariato general.

Subrayé asimismo con la máxima energía que una vez encarcelado, no cedería nunca de una manera voluntaria en la posición asumida y que tampoco cabía esperar de mí una «confesión» de mis presuntas culpas. En el caso de que ésta se hiciera pública, pese a todo, debería considerarse como falsificada o como consecuencia de las torturas que habrían quebrantado mi personalidad. Con esta advertencia, hecha pública en noviembre de 1948, deseaba atenuar los efectos que pudiera tener un proceso espectacular y contrarrestar las manifestaciones que al efecto pudieran hacer sus organizadores.

Determiné asimismo que esta declaración mía fuera entregada a los obispos y al cabildo capitular inmediatamente después de mi detención.

El 16 de diciembre celebramos en Esztergom la última conferencia de los obispos bajo mi presidencia. La policía ejercía desde hacía algún tiempo un intenso control de los accesos que llevaban a mi domicilio y cuantos visitantes llegaban hasta él tenían que proceder a su identificación.

Vigilados casi como si fuéramos reclusos, nos reunimos para celebrar las conversaciones. Una de nuestras primeras tareas fue la publicación de una declaración conjunta en la que se analizaban las razones que habían hecho imposible cualquier acuerdo entre la Iglesia y el Estado. Rogué a los prelados que no suscribieran ninguna declaración después de mi detención, en caso de que se procediera a ella. Les ordené que renunciaran a los salarios del clero y a las subvenciones estatales y que rogaran al pueblo húngaro que no dejara a sus sacerdotes en la estacada. «Podemos ser pobres, pero necesitamos seguir siendo independientes. Una Iglesia que no es independiente sólo puede representar en un Estado ateo el papel de esclava».

Tras la comida del mediodía, en la que tomó parte asimismo mi madre, se despidieron los prelados uno tras otro. Tras este último contacto con los obispos, me quedé a solas.

Cuando los automóviles de los obispos se hubieron alejado, la policía interceptó el camino. Los vehículos fueron objeto de registro y sus ocupantes tuvieron que identificarse. Era evidente el temor de que yo hubiera podido utilizar uno de aquellos vehículos para alejarme de mi sede. Tenía que considerarme, pues, como un prisionero.

Eran las 13'30 del 23 de diciembre de 1948 cuando los policías rodearon mi casa. La columna de automóviles estaba mandada por el coronel de la policía Gyula Décsi. Sin permiso alguno, es decir, sin mandamiento judicial, penetraron en el palacio arzobispal y efectuaron un registro. Cuando el jefe de mi cancillería exigió la autorización para el registro, le respondieron que aquella acción estaba relacionada con el asunto del secretario, Dr. Zakar, que permanecía bajo vigilancia desde hacía más de un mes. Ocuparon, sin embargo, toda la casa y además de las habitaciones del doctor Zakar, situadas en el primer piso, registraron los dos pisos, la primera planta y los sótanos. Revolvieron asimismo el archivo de la cancillería, la biblioteca y todas las habitaciones que servían de vivienda. El registro domiciliario duró cinco horas. Durante este tiempo, me encerraron en unión de mi madre y tres sacerdotes pertenecientes a la curia arzobispal, en una pequeña despensa. Allá, en el más completo silencio, rezamos el rosario.

¿Por qué se tomaban todo aquel trabajo? ¿Por qué sacrificaban todo aquel tiempo? Los documentos que utilizarían en el curso del proceso se encontraban ya con toda seguridad en sus manos. Es posible que emplearan tanto tiempo para justificar el «hallazgo» de la cápsula de metal que llegó a hacerse tan famosa. Aquella cápsula de metal, un objeto «místico», quedó grabada en la mente de muchas gentes como una prueba de convicción, por razón de una fotografía en la que sacerdotes de la curia podían verse al lado de una cápsula de zinc procedente del archivo.

En el archivo arzobispal, situado en el piso segundo del palacio, había muchas cápsulas de zinc como aquélla, de diversa longitud y anchura. En ellas se guardaban los extractos de los libros de registro de los bienes arzobispales a salvo del polvo y la erosión, así como también los planos y plantas de los edificios y las copias de los contratos de las fincas rústicas sujetas a aparcería y de las construcciones en ellas existentes. Había

también, como es lógico, cápsulas vacías que habían contenido aquella documentación preparada para la guarda de la misma. Tras el registro domiciliario, la policía informó que en una de aquellas cápsulas, enterrada en la bodega, se habían encontrado los documentos relativos a la «conjura».

Habían llevado consigo al palacio a mi secretario en estado semiinconsciente, y aseguraron que por sus informaciones les fue posible descubrir el lugar donde habían estado ocultos los peligrosos documentos.

Como es lógico, la explicación que antecede y todo lo referente a la cápsula de zinc no era más que una maniobra de distracción. Meses antes se habían procurado, con ayuda de espías, los llamados «documentos de la conjura». Sabíamos que mediante intimidaciones y coacciones, se había tratado de que sirvientes, mecanógrafas y ordenanzas del arzobispado se pusieran al servicio de la policía. El jefe de mi cancillería averiguó que una mecanógrafa había hecho entrega a la policía de unos textos escritos por ella misma en su propia máquina de escribir. Tras su fuga al Oeste, el experto calígrafo Laszlo Sulner y su esposa declararon con todo detalle que algunos meses antes del registro domiciliario en Esztergom, les habían enseñado algunos de los documentos «encontrados» en la cápsula de metal para su manipulación, por encargo expreso de la policía política. Entre los «escritos encontrados» se contaban algunos que —por orden expresa mía— hubieran tenido que ser destruidos en el mes de octubre. No quería causar la desgracia de nadie. Yo mismo contaba desde hacía tiempo con un registro domiciliario y había advertido a mi secretario que procediera a la destrucción de escritos, dibujos, cartas borradores y en general cuanto pudiera servir, tras la adecuada manipulación, como una prueba contra mí. No existe fundamento alguno para suponer que mi secretario saboteara aquellas instrucciones. Nunca había ordenado la ocultación de documento alguno. Al término del registro tuve que firmar un documento. No me negué a ello, pero sí expresé mi protesta, tanto por el insólito trato dado a un cardenal como por la detención de dos sacerdotes adscritos a los servicios del arzobispado, el limosnero Imre Boka y el archivero, János Fabián.

El jefe de la cancillería, Dr. Gyula Matrai, explicó durante la cena, cuando ya se hubieron marchado, que el detenido secretario András Zakar había guiado a la policía por la casa mostrándoles cuánto querían ver. Lo más extraño era que había efectuado aquella tarea con una constante sonrisa. Tanto su rostro como sus ojos habían cambiado sustancialmente de expresión. Los oficiales de policía le trataban como a uno de los suyos y no se recataron en decir que el doctor Zakar era amigo suyo; le iba muy bien aquella amistad, según dijeron, puesto que dos veces a la semana le proporcionaban carne para comer. Zakar bromeaba con ellos. Su actitud, con anterioridad tan grave, había experimentado un cambio notorio.

Me sentí profundamente conmovido por todo aquel juego tan macabro y tanto en la mesa como por la noche, en la soledad de mi habitación, no pude por menos que seguir pensando en el doctor Zakar y su extraña metamorfosis. ¡Mi pobre secretario! Contaba treinta y cinco años y estaba por tanto en la mejor edad masculina; ahora —tras cinco

semanas de encarcelamiento—su personalidad aparecía quebrantada y transformada. Antes había sido un hombre fuerte y decidido; ahora estaba convertido en un desecho...

Pero en realidad, el secretario era sólo una figura accesoria; en él se había querido atacar al primado.

Comovido hasta lo más íntimo, me puse el más usado de mis trajes talares, me coloqué en el dedo el más simple de mis anillos episcopales y colgué de mi cuello la más sencilla cadena y cruz. Pensé que en caso de que me detuvieran, tan sólo podrían robar a la Iglesia aquellos objetos poco valiosos. También llevaba conmigo una estampa que me había remitido en el mes de noviembre anterior un desconocido hermano en la fe. Representaba a Cristo con la corona de espinas y rodeaba la imagen la siguiente leyenda: «Devictus vincit», «Vencido, vence». Pensaba llevar conmigo aquella estampa a la calle Andrassy; quería que me acompañara en mi reclusión. De todos modos, no estaba muy seguro de que me permitieran conservarla. La conservé y en los días de mi Proceso representó uno de mis grandes consuelos; cuando me dieron una vez en la cárcel el permiso para la celebración de la Misa, escogí la estampa como imagen de altar. Me acompañó luego en mi detención domiciliaria y cuando los combatientes de la libertad comparecieron en 1956 a liberarme, lo primero que llevé conmigo fue la imagen. También en la embajada norteamericana seguí celebrando la Santa Misa ante el «Cristo vencido y vencedor».

Aun hoy es esa imagen mi constante compañera. La primera parte de la leyenda, ser vencido, ha sido realidad en mi vida; la esperanza de la victoria está en el futuro, en manos de Dios.

Llegó Navidad. La jornada siguió su curso habitual. Celebré la misa de Gallo con gran tristeza y depresión; fue una misa más triste que aquella de 1944 en la cárcel de Soprokonida. Mi madre estuvo presente; desconocía lo que las horas siguientes le reservaban y que acaso fuera mi detención, mi condena y mi ejecución.

El 26 de diciembre, hacia las cinco, di mi último paseo por el jardín con el jefe de la cancillería. Nos seguía un perro lobo joven. Cuando regresamos a la casa, el perro subió hasta el primer piso. Se irguió sobre sus patas traseras y colocó las delanteras y la cabeza en mis hombros. Hasta entonces, nunca había hecho nada semejante, puesto que nuestro trato había sido escaso. No pude por menos que decirme a mí mismo que acaso el noble animal había advertido que aquél era mi último paseo por Esztergom.

Por la tarde del día de San Esteban, el primer mártir en cuya memoria se eleva mi templo titular en Roma, Santo Stefano Rotondo, fui detenido. Un destacamento policíaco, de inusitados efectivos y al mando del coronel Decsi, llegó al palacio. Penetraron en el patio y dejaron los motores de los vehículos en marcha, prontos a emprender el regreso. Entraron en la casa haciendo un gran estrépito y se acercaron, con pasos firmes, a mis habitaciones del primer piso. Me arrodillé en el reclinatorio, rezando y meditando. Luego me dirigi a la puerta. Entró Décsi. Muy agitado, se detuvo delante de mí y me dijo: «Hemos venido a detenerle». Le siguieron en aquel instante ocho o diez policías, que me rodearon. Cuando

les pedí que me enseñaran la orden de detención, respondieron con altivez que no la necesitaban y que la policía democrática estaba siempre alerta y encontraba incluso bajo el altar cardenalicio a los traidores a la patria, los espías y los contrabandistas de divisas.

Hubiera sido una locura oponer resistencia. Así es que cogí el abrigo y luego el breviario. Abandonamos la habitación. En el pasillo aguardaban otros policías. No estaba presente ninguno de mis familiares. Ochenta policías habían ocupado la casa, manteniendo alejados a familiares y personal.

Salió mi madre del cuarto de los huéspedes. Había oído ruido y cuando vio a la policía no le fue posible reprimir un grito. Me volví hacia ella para despedirme. Los esbirros trataron de impedirlo, pero les eludí y me precipité hacia mi madre. Se me echó al cuello: «¿Dónde te llevan, hijo mío? Yo también iré contigo». Traté de consolarla como me fue posible. Besé sus manos y sus mejillas. Ella sollozaba sin parar.

Me apartaron, me arrastraron abajo y me sacaron de la casa para meterme en un enorme vehículo con las ventanas enrejadas. A mi derecha se sentó el coronel Decsi y a mi izquierda, un comandante. Junto al conductor y delante de mí, se sentaban policías con metralletas. De esta manera fui arrancado de mi sede arzobispal y llevado, de noche, a la capital.

Traté de rezar el Rosario, pero no me fue posible. Me acordé de la Sagrada Escritura y de uno de sus párrafos, que decía así:

«Han venido los que me odian, que son más fuertes que yo. Me han sorprendido en mi día de duelo.» (Salm. 17, 18-9). «Esta hora de la noche pertenece al poder de las tinieblas» (Lucas, 22, 53). «Sabía que mi hora había llegado» (Juan, 13,1). “La hora del mal” (Eccl. 11,29).

Quiero ahora reproducir las palabras de despedida, que en previsión de los acontecimientos, había dirigido a mis sacerdotes:

«Siempre y por doquier puede sólo ocurrirnos lo que el Señor ordene y disponga. Sin su voluntad, no cae un solo cabello de nuestras cabezas. El mundo puede arrebatarlos mucho, pero jamás nuestra fe en Jesucristo. ¿Quién puede separarnos de Jesucristo? Ni la vida, ni la muerte, ni nada de lo creado consigue ni conseguirá separarnos del amor de Dios... Nosotros no somos como aquellos que carecen de esperanza y fe... Debemos tener cada vez más conciencia de que nos hemos convertido en ejemplo del mundo. Esforcémonos, pues, en acercarnos cada vez más al reino de Cristo, un reino de justicia y misericordia. Mientras recorremos ese camino, tengamos siempre presentes las palabras de Tertuliano: “Las acusaciones de determinados acusadores son nuestra gloria”.»

### **En el número 60 de la calle Andrássy**

La columna de automóviles se detuvo ante el edificio situado en el número 60 de la calle Andrássy. Me ordenaron que descendiera del vehículo. Luego me llevaron al interior

del inmueble, siempre flanqueado por dos hileras de policías. Allá, unos húngaros que siguieron la escuela de la Gestapo hitleriana en tiempos de la ocupación alemana, habían hecho un centro de tortura, un auténtico núcleo del horror. Ya entonces, los transeúntes, al pasar, volvían el rostro para no ver el inmueble. Ahora, casi todos los alrededores estaban ocupados por el tráfico de los transportes de presos y los vehículos de la policía. El número de las detenciones había aumentado tanto, que otros edificios inmediatos estaban unidos al principal. Pensé en los buenos húngaros que en antiguos tiempos eran llevados por los pachas turcos, por el puerto de Eszok, al camino que les conduciría a las mazmorras de Estambul; otros húngaros atravesaban también ahora un puente para terminar hundiéndose en el infierno de la checa. Pensé en el laberinto de Minos, en cuyas profundidades esperaba a los presos la corrupción.

También la calle de Andrassy tenía a sus sangrientos pachas. Uno de ellos era el mariscal de campo Gábor Peter, jefe supremo de la organización del terror. No conocía entonces a Gábor Peter, pero iba a tener luego oportunidades suficientes para conocerlo. Aquel hombre se había llamado anteriormente Beno Auspitz. Se decía también que su primer nombre "había sido Benjamín Eisenberg. En sus años jóvenes había aprendido el oficio de sastre y conservaba de aquellos tiempos la habilidad de presentarse de una manera fina y sociable. En una palabra: mostrarse humano a los humanos.

Tras dejar la sastrería, ingresó en el partido, donde recibió una cuidada instrucción para su nueva actividad. Aquel hombre menudo adquirió así una gran importancia a ojos de los «aristócratas de Moscú». Estaba casado, además, con Yolanda Simón, durante largo tiempo secretaria privada de Rakosi. Sirvió incondicionalmente al régimen. Los rusos conocían sus características personales y lo colocaron al frente del complejo aparato represivo. Desde el primer momento en que trabajamos conocimiento se esforzó en presentarse bajo su lado más amable. Me habló de la pobreza de su madre y del esfuerzo que había tenido que hacer en su niñez para que no faltara lumbre y pan en el hogar.

Pero la verdadera imagen de Gábor Peter la daría Dezso Sulyok. Su información dice así:

«Cuando en el primer invierno de 1947, la Asamblea decidió por presión de los rusos suprimir la inmunidad de aquellos parlamentarios acusados de "traición a la República", apareció Gábor Peter personalmente en el Parlamento. Esperó el momento en que los desventurados abandonaban el palacio, para apresarlos en la misma puerta. No era ya el sastre obsequioso, sino un sádico animal que se lanzó de una manera voluptuosa sobre sus presas para aniquilarlas».

Tras el proceso de Rajk, dijo de él Rakosi: «No ha hecho mal trabajo». Pero luego, acuciado por Tito, precisó, como un Pilato que se lavara las manos: «La responsabilidad de todo lo ocurrido cae sobre esa pandilla de Gábor Peter».

Gábor Peter tenía su despacho en el número 60 de la calle Andrassy. Es posible que muchas noches llegaran hasta él los lamentos, los gemidos y los aullidos de cuantos eran

sometidos en aquellos instantes a tortura. Sabía que se golpeaba a los acusados con varas de acero en los riñones y las partes sexuales, que se les clavaban alfileres bajo las uñas, que les quemaban los párpados con cigarrillos, suministrándoles después drogas y estimulantes que los convertían en despojos nerviosos, incapaces de conciliar el sueño; sabía también que se les presentaba luego una confesión para que la firmaran. Naturalmente, era la confesión que más convenía al régimen.

Pero no sólo en el número 60 de la calle Andrássy se torturaba a los patriotas húngaros hasta la muerte. La sección militar y política disponía de numerosos cuarteles y cárceles. Tan sólo en Budapest había numerosas mazmorras. Los soviéticos habían sido los introductores del sistema y nuestros ayudantes de verdugo húngaros habían aprendido el diabólico sistema. Pero era indudable que desde un segundo término, eran los rusos quienes dirigían la maniobra.

### **La primera noche**

Quien no haya sido nunca interrogado en el número 60 de la calle Andrássy, no puede imaginarse la crueldad allá acumulada. Incluso algunos de los policías que prestaban servicio en la casa, no estaban al margen de todas las cosas. Se temía que en el caso de un soborno o una fuga, pudieran delatar demasiadas cosas sobre la cruel realidad. De todos modos, circulaban de boca en boca, entre el pueblo, informaciones sobre las cruelezas, aunque una propaganda de rumores hábilmente dirigidos mezclara también «buenas noticias» para apartar la atención sobre lo peor. Así la «historia» aparecida en un libro inglés (escrito en húngaro) y que decía: «El Dr. Zakar, el secretario, el primado y sus compañeros fueron trasladados, después de su detención, a la calle de Csokonai, donde se les trató muy bien durante tres días. Allá comieron y bebieron. Sólo después fueron trasladados a la calle de Andrássy». El autor declara haber recibido esta información de un oficial de policía que había prestado servicio en la calle de Andrássy y que consiguió luego huir de Hungría.

Lo único cierto es que tanto en un lugar como en otro, los «buenos tratos» a un preso iban seguidos de una petición: que fuera confidente o declarara lo que a ellos les convenía. Generalmente se le pagaba para ello una comida que se hacía llevar desde una posada o un restaurante. Pero el régimen podía también obligar a la práctica de un ayuno forzoso. (Oí de labios del arzobispo Grosz que durante su encarcelamiento se habían «olvidado» darle de comer durante cuarenta y ocho horas.) Sea como fuere, lo cierto es que a mí me llevaron inmediatamente a la calle Andrássy. Fui encerrado en una fría estancia de la primera planta donde se aglomeraban grupos de gente. Allá procedieron al cambio de ropa. El comandante de policía y un agente me quitaron por la violencia el traje talar y también la ropa interior, entre las groseras risotadas de los presentes. Me dieron un traje rayado que me venía ancho y parecía de bufón. Algunos comenzaron a bailotear a mi alrededor y el comandante gritó: «¡Eh, perro! ¡Hemos estado esperando esta hora desde hacía mucho tiempo! ¡Me alegro de que haya llegado por fin!» Aquel oficial, grueso y de modales bruscos, parece que había sido con anterioridad comerciante. Durante una conversación que tuvimos después, se jactó ante mí de haberme visto tan sólo dos o tres veces en el interior de un templo en el

curso de los últimos veinte o veinticinco años. Podía mostrarse a veces engatusador como un felino, pero su naturaleza era de hiena. Le habían dado el sobrenombre de «Gyula Bacsi». Aquellos que eran «tratados» por él, hubieran podido denominarle el «pequeño Usakov». (De todas maneras, nunca se estaba cierto del verdadero nombre de los oficiales y los ayudantes de tortura, puesto que los nombres falsos y los distintivos de graduación les servían muchas veces como manera de encubrirse.)

Cuando la policía ordenó en una ocasión a Thorez, en Francia, que se desvistiera y le trajeron de tú, comenzó a protestar. Por mi parte consideré superfluo protestar a sus camaradas húngaros. Guardé silencio y pensé que mi suerte era, en definitiva, la sufrida por tantos mártires y cautivos en el transcurso de los siglos. Recordé al cardenal primado de Inglaterra, Johann Fisher, que sufrió prisión a manos de Enrique VIII; a Pío VII, en manos de Napoleón; al cardenal polaco Ledochowsky, víctima de la violencia de Bismarck. En pleno siglo XX, me estaba reservado sufrir idéntica suerte conjuntamente con los cardenales Stephan y Wyszynski, Alois Stepinac y el arzobispo Berán. Mi cruz especial era ser un cardenal cautivo en el país de María. En mi mente apareció también la imagen de Pilato y su «Ecce homo».

En la calle de Andrássy no sólo me quitaron el breviario, el rosario, la Imitación de Cristo y la medalla de la Virgen, sino asimismo el reloj y el código penal. Había llevado este último para poder lanzar a la cara de mis acusadores —a falta de un defensor— los párrafos que mejor pudieran atestiguar la injusticia que cometían conmigo. Estaba para mí bien claro que tendría que defenderme a mí mismo y no podría esperar ayuda de nadie.

Las ropas talares significan para un sacerdote, si no todo, sí mucho, sobre todo cuando le rodean unas gentes como las que a mí me rodeaban. Desde que era sacerdote no me había puesto traje de paisano. Por eso me resultó muy doloroso que me quitaran las ropas talares. Las considero algo así como la guardia de corps del sacerdote.

Tras haberme quitado las ropas sacerdotales y los pocos objetos ya mencionados que llevaba conmigo, me condujeron a un piso superior. Por un estrecho y bajo pasillo, una puerta daba a una estancia donde me arrojaron. Era una celda de cuatro por cinco metros y bastante oscura, pese a una ventana que recaía a un patio. En vez de cama, había un diván desvencijado. Pero lo cierto es que tampoco existía oportunidad de dormir, ya que la actividad de aquella casa era principalmente nocturna. Mi celda, en la que se amontonaban casi siempre varios guardianes, no la ventilaban al principio ninguna vez y luego dos a la semana por breves momentos. Se temía que desde el ala opuesta del edificio fuera posible ver el interior y comprobar las condiciones en que allí se vivía. El carcelero, un antiguo albañil, había hecho sus primeras armas en las filas comunistas en los días precedentes a la primera guerra mundial, siendo recluido en 1920 en el campo de concentración de Zalaegerszeg y sin duda me lo quería hacer pagar ahora a mí, antiguo párroco de aquella ciudad. Había seguido en el partido cursos de formación y hablaba con el empaque de un profesor universitario de la superioridad de la filosofía materialista y la insuficiencia del sistema filosófico idealista. (Más tarde, volví a encontrarlo en la cárcel de Vác, de la que había llegado a ser comandante.) Tenía algunos compañeros, más jóvenes que él, que

alardeaban de una charla grosera, en la que abundaban las expresiones burdas coreadas por carcajadas. El más joven gustaba recalcar que desde que no iba a confesarse y no frecuentaba el templo, tenía siempre dinero en el bolsillo para «cosas mejores», entre las que se contaban sus diversiones en los burdeles. Afuera reinaba un silencio mortal. Tan sólo desde lejos, de las cámaras de tortura, llegaba hasta nosotros algún grito. Debían ser las once cuando se oyeron fuertes pasos. Iban en mi busca para llevarme al primer interrogatorio. Atravesamos el pasillo y penetraron en una pequeña habitación situada enfrente. Había una mesa de escritorio en el interior. Detrás había tomado asiento el «jurista» del bolchevismo: el coronel de policía, Gyula Decsi. A su lado estaban sentados otros cinco oficiales de la policía; tras las máquinas de escribir, tomaron asiento dos camaradas femeninas, con el cigarrillo en los labios. Demostraron gran confianza unos con otros, bromeando entre sí. Una de las secretarias llamó «pichoncito» a uno de los oficiales.

Gyula Decsi encendió un cigarrillo y me preguntó:

—¿Cómo se llama?

Se lo dije.

—¿Dónde nació?

Respondí.

—¿Qué profesión tiene? ¿Qué era usted antes? ¿Cuándo se separó del pueblo húngaro? ¿Cuándo se convirtió en un enemigo de la patria?

Volví a responder:

—Soy sacerdote católico y comencé siendo capellán en Felsopaty, donde trabajé durante la primera guerra con el pueblo sencillo. Fui luego profesor de religión en Zalaegerszeg y después, párroco de aquel mismo lugar. Actué siempre en interés del pueblo húngaro y he tratado de servirle siempre. No me he separado nunca del pueblo húngaro, ni como cardenal primado de Esztergom, ni con anterioridad como obispo de Veszprém. Jamás he estado contra el pueblo.

Décsi prosiguió:

—Si así fuera, no se encontraría usted aquí. Siempre tiene una razón la presencia en este lugar. Usted es contrario a la libertad y el progreso del pueblo húngaro.

—Nunca he intentado frenar el progreso del pueblo húngaro. Aunque lo cierto es que no advierto ahora tal progreso. Lamento que los hechos estén en contradicción con sus palabras.

Decsi añadió:

—Ha tratado usted de ponerse de acuerdo con los imperialistas contra la patria. Los imperialistas tratan de inmiscuirse en los asuntos internos de Hungría y desencadenar una guerra.

Yo le dije:

—El propio régimen me ha obligado a establecer contacto con los Estados Unidos. Así lo hice después de haber rogado al gobierno húngaro que resistiera a las presiones de los soviéticos.

Decsi siguió interrogando:

—¿Facilitó a los americanos datos y detalles sobre el Ejército Rojo?

—Eso es totalmente falso: ocurrió que los comités de los condados de Komaron y Esztergom se lamentaron de los suministros en especie y las entregas en metálico que la población tenía que hacer al Ejército Rojo dos veces al año. Hicieron llegar la queja hasta mí y en interés del pueblo, rogué al miembro americano de la comisión de control añada que suprimieran tales entregas. En aquella época, Hungría estaba todavía en estado de armisticio con los EE.UU. El país se contaba entre las zonas ocupadas. Los Estados Unidos eran una de las potencias ocupantes y tenían su puesto en la comisión de control. Mi solicitud hubiera podido hacerla cualquier ciudadano húngaro. Por ello, su aseveración de que yo quería incitar a los Estados Unidos de América a una guerra contra mi patria resulta por completo gratuita. Cuando escribí mi carta, los EE.UU. estaban todavía «de jure» en guerra con Hungría. Yo entendía una intervención americana como ayuda y usted la califica ahora como traición a la patria. Mediante aquella gestión diplomática quise incitar a los americanos a que hicieran valer su influencia en la comisión de control, sobre todo para contrarrestar la fuerte presión ejercida por la potencia de ocupación.

Mientras yo respondía al interrogatorio, se iba redactando un documento. Pero el acta no contenía en realidad lo que yo había dicho. Por ello me negué a firmarla. Décsi dio su opinión al respecto:

—Tenga usted en cuenta que nuestros recursos son suficientes para que los acusados reconozcan su culpa en la forma que deseamos.

El comandante me devolvió a la celda. Eran cerca de las tres de la madrugada. Dos guardianes retiraron la mesa que había en el centro de la estancia. El comandante gritó que me desvistiera. Pero yo no obedecí su orden. Hizo entonces una señal a los tipos que me rodeaban. Ayudados por él, me arrancaron la chaqueta rayada y los pantalones. Luego salieron y buscaron febrilmente algo en el pasillo. De pronto apareció un teniente coronel de aspecto macizo. «He sido partisano», dijo. Su lengua era húngara, pero no su rostro feroz en el que se traslucía el odio. Me volví; él se alejó, para volver inmediatamente sobre mí y darme un fuerte puntapié con una de sus botas. Caímos los dos contra la pared. Riendo diabólicamente exclamó: «¡Éste es el momento más feliz de mi vida!» Hubiera podido ahorrarse estas palabras: se advertía perfectamente en los rasgos de su rostro.

El comandante volvió al interior de la celda y mandó salir al partisano. Sacó una porra de goma, me arrojó al suelo y comenzó a golpearme, primero en la planta de los pies y luego en todo el cuerpo. En el pasillo y en la estancia inmediata, unas risotadas acompañaban los golpes. Los hombres y mujeres que habían asistido a mi interrogatorio estaban, sin duda, en las proximidades y posiblemente Gábor Peter se contara entre ellos. El comandante jadeaba, pero no cesaba en sus golpes. Por mi parte, apretaba los dientes, pero sin conseguir permanecer enteramente mudo. Comencé a soltar gemidos de dolor. Luego perdí el conocimiento y sólo lo recobré cuando me rociaron con agua. Me levantaron y me depositaron sobre el diván. Me resulta imposible decir cuánto duró aquella tortura. Me habían quitado también el reloj, aunque de haberlo tenido, me habría resultado imposible consultarlo.

Pensé en la odiosa suerte de las innumerables muchachas, religiosas y madres que habían sido violentadas. También para ellas todo un mundo se habría derrumbado en su interior. Recordé asimismo la figura hidalga del obispo de Györ, barón Vilmos Apoc. De buen grado me hubiera cambiado por él. Los salmos que durante tantos años había rezado en el breviario acudieron a mis labios: «Se alegran de mi desventura, se agrupan para golpearme. Me insultan y vilipendian, entre chirridos de dientes» (34, 15-16; 21). «Me has llevado a lo hondo de la gruta, en la oscuridad, en las profundidades. Sobre mí pesa intensamente el ensañamiento y dejas desbordar todas las corrientes. Mantienes lejos de mí tu alegría. Estoy apresado y no puedo salir» (Salmo 87,9). «Señor ¡cuán numerosos son mis perseguidores! Muchos me acosan, muchos irrumpen sobre mí» (Salmo 3,1).

Me vistieron y me llevaron de nuevo a la sala de interrogatorios. De nuevo solicitaron mi firma. Otra vez me negué a ello, diciendo:

—Ésta no es mi declaración.

Decsi ordenó con violencia:

—¡Afuera con él!

Me golpearon de nuevo. Me pidieron por tercera vez la firma, pero tampoco tuvieron éxito. Trataron de conseguirlo mediante la porra de goma, impulsados por una rabia indecible y siempre bajo la mirada de unos regocijados espectadores. Me solicitaron otra vez la firma. De nuevo repuse:

—Mientras me presenten un documento en el que conste lo que no he dicho, no accederé a sus deseos.

Me respondieron:

—Aquí decide la policía y no el acusado, lo que éste tiene que declarar.

Había transcurrido entretanto el tiempo y amanecía ya. Los interrogadores parecían también fatigados. Así es que me llevaron de nuevo a la celda.

## **Primer día de reclusión**

En la celda era intenso el humo de tabaco y el olor corporal de los cinco guardas asignados a mi persona: el comandante que había sido albañil y los cuatro tipos. Con mi traje rayado me tendí en el diván, pero no me fue posible conciliar el sueño. Recordaba la terrible noche que acababa de pasar. Experimentaba la pequeña satisfacción de que por lo menos aquella primera noche no hubieran conseguido que estampara mi firma en el documento plagado de mentiras y falsedades.

A las ocho, me trajeron agua para lavarme y mis guardianes se lavaron asimismo, desnudos, ante mí. Yo me aseé sin quitarme el traje listado. Cuando hube terminado, me ordenaron que sacara de la celda el agua en la que me había lavado. Uno de los tipos me acompañó, mientras el comandante y los otros nos seguían con grandes y grotescas gesticulaciones.

Aparecieron con el desayuno y me ordenaron que lo comiera todo. Pero tan sólo me humedecí los labios. Insistieron en que comiera, pero luego se llevaron la escudilla al ver que no tocaba su contenido. Siguieron fumando y prosiguieron su obscena conversación. Aquella vez llevaba la voz cantante otro tipo. También el comandante de la porra de goma intervenía de vez en cuando, sin duda para que no me olvidara de su presencia. Más tarde, cuando el sueño rindió a una parte de los guardianes, se hizo el silencio en la estancia. Yo seguía meditando. Tenía mucho que meditar.

«Tienden insidiosos lazos, que me circundan por doquier; las palabras que pronuncian son augurio de mi desventura; piensan todo el tiempo en el engaño. Soy como un sordo que nada oye y también un mudo que no acierta a abrir su boca. Estoy a punto de derrumbarme; mis enemigos aumentan en cada ocasión y quieren crear en mí la confusión entre lo bueno y lo malo, entre la luz y las tinieblas» (Salmo 37,13-21).

Me enteré mucho después que Rakosi había solicitado la noche anterior un informe que obtuvo y del que quizás remitió un telegrama a Stalin. Me imaginaba el trabajo febril en que estaba empeñado el ministerio del Interior bajo el mando de Kadar y la actividad que reinaría en el ministerio de Justicia, dirigido por Riesz Ivan. Suponía también que Peter Gábor seguía empeñado en fabricar piezas de convicción contra mí. El totalitarismo rojo se había abatido sobre mi persona y me parecía experimentar la sensación física de que el siniestro poder bolchevique inmovilizaba mi alma, mi cuerpo, mis nervios y hasta mis huesos.

Sería el mío un proceso espectacular en el que estarían fijas las miradas del mundo entero. Resultaba, por tanto, improbable que me dieran un respiro: tanto ellos como yo teníamos que recorrer el camino hasta el final.

Al mediodía me preguntaron qué deseaba para comer. Respondí con laconismo que no me interesaba. Como si estuvieran representando en un escenario una obra previamente ensayada, me repitieron una y otra vez que irían a buscarme la comida a un

restaurante próximo. Como es lógico, no lo creí; estaba seguro que prepararían la comida allí mismo, en la calle Andrassy, y que mezclarían drogas para debilitar mi voluntad. Tenía mis informes sobre los métodos qué se utilizaban para quebrantar el ánimo de los hombres más fuerte. La opinión pública sabía de la existencia de dos drogas: con una, desataban la lengua de los acusados y con la otra les sumían en un letargo. Sabedor de aquello y afectado por una profunda náusea, apenas probé lo que pusieron ante mí.

Mi primera comida se compuso de sopa, carne y verdura. Tan sólo tomé una pequeña parte, puesto que tras lo ocurrido la noche anterior, tenía la seguridad de que harían todo lo posible para prepararme para los interrogatorios y el espectacular proceso que sin duda seguiría. Mis sospechas se hicieron convicción cuando de manera inesperada y sin previo aviso, aparecieron tres médicos. Entraron en la celda después de la comida y sin mediar una presentación ni preguntar nada, ni a mí ni a la guardia, comenzaron a reconocerme. Tactaron mi glándula tiroidea, operada hacía algún tiempo; observaron mis ojos, auscultaron mi corazón y mis pulmones, comprobaron mi pulso y me tomaron la presión sanguínea. Dirigía el reconocimiento un hombre de unos cincuenta y cinco a sesenta años, y otros dos más jóvenes, de unos treinta y cinco, anotaban con gran cuidado sus observaciones.

Los médicos dejaron asimismo medicamentos, dando instrucciones a la guardia para que los tomara en el curso de las siguientes comidas. Es de suponer que mis guardianes habían recibido instrucciones para que así lo hiciera. Pero procuré hacer todo lo posible para no hacerlo. Saqué unas tabletas del frasco, las deshice con los dedos y las mezclé con los restos de la comida. En otra ocasión, como los guardianes estaban a mi lado, tomé la medicina, pero con tan poca agua que oprimí la tableta contra el paladar; cuando se llevaron los restos de la comida, la escondí en el zapato.

Más tarde experimenté, como es lógico, la necesidad de comer algo y de esta manera consiguieron administrarme las drogas mezcladas con los alimentos. Pude deducirlo porque los médicos —siempre eran tres— acudían a reconocerme mientras comía o inmediatamente después. Algunos días me reconocían también fuera de aquellas horas. Nunca hablaban conmigo, nunca me preguntaban nada, pero por su presencia y la actitud que adoptaban deduje que además de controlar el efecto de las drogas, también temían que comprobar hasta dónde podían llegar las torturas físicas y si mi corazón resistiría. La dosificación de los medios entorpecedores de mi conciencia y de las torturas físicas y psíquicas tenían que ir al unísono, de tal manera que en el momento del proceso apareciera ante el público asistente un autómata por entero sometido a sus deseos. La operación de Basedow, que había afectado algo el corazón, debió darles cierta preocupación.

Tras marcharse los tres médicos, me tendí en el diván, pero no me fue posible conciliar el sueño. Otra vez sonaban ruidos diversos a mi alrededor. A pesar de todo, cerré los ojos y cuando comenzaba a trasponerme, apareció el comandante para despertarme. No dejar dormir es también una forma de tortura, un elemento de aquellas diabólicas maquinaciones tendentes a quebrantar la voluntad del acusado. Los guardianes tenían severas órdenes de no dejarme descansar ni dormir.

Con dolorosa lentitud transcurrió la tarde en aquella atmósfera sobrecargada. Con ayuda de los dedos traté de rezar el Rosario. Cuando se percataron de que quizá estaba rezando, el antiguo albañil reanudó su conversación sobre temas sucios y obscenos. Aquella grosería me afectaba profundamente el corazón. ¿Qué sería de la juventud húngara en el caso de que el comunismo se infiltrara en sus conciencias? ¡Una catástrofe nacional significaría todo ello! Precisamente en aquellos momentos, cuando se anunciable un futuro oscuro, la nación necesitaba una juventud espiritualmente fuerte y de vocación heroica. Los mismos poderes tenebrosos y ateos que habían robado al país su independencia y sumido a la nación en la esclavitud, corrompían y destruían a nuestra juventud para que nadie pudiera esforzarse en la salvación de nuestra patria y la cristiandad. En tiempos de la invasión turca hubo actos de heroísmo entre la juventud húngara. ¿Ocurriría igual con aquella juventud a la que el comunismo procuraba arruinar? La imagen de un futuro triste penetraba en mi alma. Con mis dedos rezaba el Rosario y pedía a la Madre de Dios, patrona de Hungría, que apartara aquel amargo cáliz de nuestra amada nación.

Hubiera querido poder sumirme en el breviario en aquellos momentos de dolor; me lo habían quitado. Comencé a recitar para mis adentros, de memoria, las horas canónicas. Recé los salmos y repasé el santoral de las fiestas. El martirio de San Esteban, diácono, y la vida del apóstol San Juan me proporcionaron materia suficiente para la meditación.

Al anochecer, me preguntaron qué deseaba para la cena. Como al mediodía, respondí que no me interesaba. De nuevo tuve que escuchar que irían a buscar la comida a un restaurante. A las seis me sirvieron un plato de col y un par de salchichas. Comí muy poco, para que no se sintieran satisfechos. También destruí el medicamento antes de que llegaran los médicos. Como había ocurrido al mediodía, efectuaron en silencio su reconocimiento.

A partir de aquel momento y hasta que llegó el interrogatorio, tuve unas once horas para meditar.

### **Acusaciones. Pruebas. Recusación.**

El interrogatorio volvió a comenzar a las once. Me encontré en la misma estancia del día anterior, juntamente con las mismas personas.

El coronel Décsi me registró cuidadosamente. Luego leyó con voz seca e inexpresiva un documento previamente preparado. En párrafos de prosa legal se hacían constar mis denominadas «confesiones» que atañían a otros tantos «delitos» cometidos:

1. Mi protesta al presidente del Consejo, Zoltan Tildy, contra la proclamación de la República.
2. La toma de contactos y el encuentro con Otto de Habsburgo en el verano de 1947, en Estados Unidos.
3. La redacción de una lista de gobierno para el futuro reino de Hungría.

4. El establecimiento de contactos con la embajada norteamericana en Budapest con vistas a provocar la tercera guerra mundial.
5. Impedir la repatriación de la corona de San Esteban, ya que había tenido la intención de coronar con ella, en su debido momento, a Otto de Habsburgo.

Había pasado la medianoche cuando Décsi terminó su lectura. Me Pidió que firmara el documento y yo le respondí que no estaba dispuesto a hacerlo:

«El texto está cuajado de faltas a la verdad e interpretaciones falsas. Nada sé sobre una conjura y una subversión organizada, de un golpe de Estado o un levantamiento militar. El hecho de que esté recluido en la calle de Andrassy, así como lo ocurrido en los interrogatorios hacen suponer que no se dispone de prueba alguna contra mí. En el caso de existir pruebas, tanto mi secretario, András Zakar, el profesor Jusztin Baranyay y yo mismo seríamos inmediatamente trasladados a la cárcel estatal. Ni los documentos prefabricados ni los puntapiés y los golpes serían necesarios para que los acusados aceptaran las pruebas. Podrían ahorrarse la porra de goma. No necesitaríamos que nos obligaran por medio del tormento a decir cuanto la policía quiere oír, sino que le bastaría presentar a la policía las pruebas que tuviera en su mano. Las autoridades afirman que se trata de defender la seguridad del Estado. Pero su objetivo verdadero es apartar a una personalidad del puesto que ocupa, solamente porque esa personalidad ha ejercido la crítica contra la prepotencia y la actuación de los comunistas...»

Décsi no me dejó seguir. Hizo un gesto al comandante y me volvieron a llevar a la celda, donde tuve que desvestirme para que la porra de goma hiciera otra vez su trabajo. Como en la noche anterior, los golpes fueron coreados por las carcajadas de los guardianes. Me derrumbé y cuando tras el suplicio, me levantaron del suelo y me pusieron la ropa interior y el traje listado, tuve que comparecer de nuevo ante Décsi. Otra vez pidió mi firma. Le respondí que solamente estaría dispuesto a firmar el documento que transcribiera exactamente cuanto había dicho y le hice la aclaración siguiente:

—«De hecho, procuré advertir a quienes correspondía de los riesgos que comportaba la proclamación de la República. Hacerlo era mi derecho y mi deber. Cada ciudadano hubiera debido obrar como yo hice. Tal posibilidad está prevista en la Constitución. Incluso en la actualidad, amparado siempre por esas leyes constitucionales y suponiendo que viviéramos en un Estado democrático, alguien podría fundar un partido político que tuviera como objetivo la restauración de la monarquía.

»Otto de Habsburgo me había enviado por intermedio de Pallavicini György un saludo e inquirido a través del cardenal Van Roey, si estaría dispuesto a encontrarme con él en Roma. Acepté el saludo, pero rechacé el encuentro. Cualquier persona que piense lógicamente encontrará que es arbitrario y grotesco considerar la aceptación de un simple saludo como parte de una conspiración antirrepublicana. En 1947, a raíz del Congreso Mariano de Ottawa, recibí a Otto de Habsburgo, tal como aparece en las actas de dicho congreso. Lo hice a su instancia y no a la mía, en Chicago. En el caso de que mi viaje a

Ottawa hubiera sido tan sólo un pretexto y mi objetivo organizar el derrocamiento del régimen republicano, cualquier observador imparcial encontraría sorprendente que me entrevistara con Otto una sola vez en los veintiocho días de mi estancia norteamericana. Es acertada la suposición de que hablé con él sobre la triste situación del país y las tribulaciones de la Iglesia. Lo hice porque sabía que mantenía buenas relaciones con personalidades de la vida religiosa y pública de Norteamérica. Le pedí que nos apoyara en la campaña para conseguir ayuda de víveres y medios para transportarlos. Me sentí satisfecho de que me prometiera esta ayuda, me dijera que los norteamericanos seguían con atención la situación de los cristianos húngaros y me aseguró que el catolicismo húngaro podía contar con el apoyo de los católicos norteamericanos.

»En el documento que me presentan a la firma se alude a una presunta misión que me había encargado Otto de Habsburgo. A esto hay que decir que el cardenal Spellman, nuestro muy querido arzobispo de Nueva York, me pidió que cumplimentara semejante encargo cerca de Otto de Habsburgo. El cardenal temía —como tantos otros— que me detuvieran. Para el caso de que esto ocurriera, deseaba que fuera legitimada una conocida e informada personalidad como portavoz de los húngaros perseguidos. Por mi parte, tenía asimismo la preocupación de que la recogida y envío de los víveres americanos quedaran asegurados.

«Tampoco redacté nunca una «lista de gobierno». La verdad es solamente que solicité del profesor Baranyay una indicación de aquellos hombres de probado espíritu patriótico que habían actuado con anterioridad en la vida pública y política y, tras las grandes depuraciones, vivían todavía en libertad. El profesor redactó asimismo un informe sobre la posición del cardenal primado con arreglo al derecho político y en un apéndice hacía constar que en caso de que la nación atravesara unas circunstancias confusas que pudieran provocar un «vacío legal», el príncipe primado estaba llamado a representar un papel político de mediación. Sin duda pensaba al redactar aquello en un conflicto internacional, pero por supuesto no representaba ni mucho menos un intento para incitar a Estados Unidos a una guerra contra Hungría. Di mi opinión al respecto en el interrogatorio de la noche. En el documento que usted me presenta, se hace referencia a los supuestos papeles encontrados en una cápsula de zinc en el sótano del palacio arzobispal. Puedo asegurarle que tuve la primera noticia de la existencia de esta cápsula tras el registro domiciliario en Esztergom, y la segunda, ahora mismo. Sospecho que tanto la cápsula como su contenido tienen el mismo origen como prueba que las armas y cartuchos hallados en las escuelas católicas.

»Por lo que respecta a las acusaciones que se refieren a la santa corona, debo hacer las siguientes precisiones: en mis cartas —que al parecer se encuentran desde hace largo tiempo en poder de la policía— se pone de manifiesto que yo deseaba llevar a Roma esta valiosa reliquia religiosa y nacional, con el fin de ponerla en seguridad durante estos días difíciles llenos de cambios. Había oído que se pretendía efectuar unos estudios arqueológicos sobre la corona. Por ello quise devolverla a Roma, de donde había llegado hacía mil años. Quería confiársela a Pío XII, ese gran amigo de Hungría.»

Llegado a este punto, Décsi me gritó que la policía no quería escuchar aquel parloteo, sino que deseaba una prueba que correspondiera a sus preguntas. Y siguió el ritual ya conocido: negativa por mi parte a firmar, vuelta a la celda, golpes y al despuntar el día, vuelta a la sala de interrogatorios. Otra vez apareció Décsi, maldiciendo y exigiendo. Pero tampoco aquella segunda noche obtuvo éxito.

### **Una cotidianidad invariable**

Me devolvieron a la celda, llena de humo y sin ventilación. Completamente agotado, me tendí en el diván y me volví hacia la pared. Reparé entonces en un pequeño vaso con vino que estaba en el suelo. Pensé que en aquel lugar de crueldad y horror había todavía una persona capaz de pensar en el consuelo que representaba para un sacerdote celebrar la Santa Misa en semejante situación. Del pan que me dieron para el desayuno, partí un pequeño pedazo y lo guardé. Cuando los guardianes me dejaron un momento solo, vertí la mitad del vino en mi vaso de agua, pronuncié sobre el pan y el vino la fórmula de consagración y comulgué. Me fue posible celebrar en dos ocasiones la Santa Misa. Luego no volvieron a dejarme más vino. A la tercera mañana apareció el «partisano». Registró toda la estancia y se llevó los vasos de vino y agua. Estaba bien claro que pensaban especular con mi petición para celebrar. Me guardé bien de reiterarla durante los treinta y nueve días que permanecí en aquella estancia, pues estaba seguro de que me solicitarían como contrapartida el «regalo» de mi firma.

La ordenación de las horas del día siguió siendo la misma. Desde hacía cuarenta y ocho horas no había podido dormir. Apenas cerraba los ojos, aparecía un tipo y me sacudía para despertarme. Por la tarde apareció el coronel Décsi y se «lamentó» de que me mostrara tan reacio a colaborar con él. Tenía que pensar que mi caso estaba casi por enteró en sus manos. Le respondí que no deseaba un trato especial, sino la aplicación del código penal y un proceso regular en el que tuviera derecho a un defensor que sería, según tenía ya pensado, el doctor József Gróh, abogado diocesano. Tan sólo el fiscal estaría facultado para formular las correspondientes acusaciones, pero no basadas en meras sospechas, sino en el material probatorio exigido por la ley. Si faltaba —como era mi caso— no quedaba más que absolver al acusado. En el caso de que pensaran tenerme recluido, deseaba mi traslado, a partir de aquel mismo instante, a una cárcel judicial.

Décsi se encogió de hombros y quiso marcharse. No respondió a mi observación de que Gábor Peter fuera informado de aquella situación existente, pero ordenó a los dos guardianes que estaban a mi lado que me llevaran al despacho de Peter. Se encontraba el despacho en la planta primera y los golpes que me habían propinado en todo el cuerpo no hicieron fácil subir las escaleras. Un policía abrió la puerta. El dueño y señor de la calle de Andrassy estaba sentado detrás de la mesa. Me contempló unos instantes antes de invitarme a tomar asiento.

—¿Cómo le va? ¿Cómo se encuentra?

—Como cualquier persona puede encontrarse aquí —respondí. Él repuso:

—Se muestra muy hostil con nosotros y no parece decidido a abandonar esta actitud.

Yo le dije:

—Con gran lujo de palabras se garantiza ahora en Hungría el derecho y la libertad de los ciudadanos. Pero aquí, en esta casa suya, se sabe muy poco sobre ello. Aquí se «trabaja» al acusado con puntapiés y porras de goma, es obligado a ingerir drogas y debe firmar declaraciones redactadas con anterioridad a los interrogatorios. Los jueces tienen que admitir estas pruebas prefabricadas y no se permite la intervención de un defensor...

Gábor Peter me miró con expresión muy severa y amenazó:

—Tendrá que sufrir muchas más cosas si sigue tan obstinado. Me levanté y salí de su despacho.

Han transcurrido muchos años desde que ocurrió esta escena y hoy me pregunto si Décsi y Peter consideraron mi deseo de hablar con el jefe de la policía secreta como una capitulación. Mi requerimiento podía parecer poco lógico y en contradicción con mi actitud y mi carácter. En realidad, había sido algo muy semejante al aburrimiento lo que me impulsó a solicitar que se informara a Peter de la situación. Tanto él como Gyula Décsi estaban irritados por mi resistencia. A pesar de mi actitud, el ministro del Interior, János Kadar, hizo llegar una comunicación a la prensa en la que se hacía constar que se habían encontrado pruebas suficientes de mi participación en una conspiración, en unas extensas acciones de espionaje y también en un contrabando de divisas.

En uno de los siguientes interrogatorios hice constar que habían aparecido en los periódicos falsedades respecto a mi persona. Décsi sospechó, con toda razón, que había podido hacer aquella reclamación por haber aprovechado la circunstancia de que los guardianes leían el periódico para hacerlo yo también. A partir de aquel día quedó estrictamente prohibido leer periódicos en mi presencia.

La tortura puede conseguir que un preso que se ha mantenido firme llegue a derrumbarse en unos cuantos días. A las dos semanas firmé un documento, que no representaba un reconocimiento de culpabilidad en el sentido de la acusación, ni tampoco expresaba reconocimiento o gratitud al gobierno. Tampoco después de treinta y nueve días de encarcelamiento obtuvieron de mí semejante texto. Hay que decir también que las torturas corporales a que era sometido resultaban más cautas y comedidas que en el caso de otros presos. Era propósito de mis carceleros quebrantarme principalmente de una manera psíquica porque tenía todavía que representar el papel que me reservaban en el proceso espectacular que preparaban. Los carceleros tampoco se pararon a pensar en la falta de lógica que representaba mantenerme más de un mes recluido en la calle Andrassy cuando a los dos días de mi detención habían anunciado que estaban en posesión de «pruebas definitivas» y mi neto «reconocimiento de culpabilidad».

Cuando anocheció, me trajeron la cena, de la que apenas probé bocado. Tan sólo partí un pedazo de pan. La vista de la comida despertaba en mí las sospechas de que contuviera una droga y bastaba que me pareciera percibir un olor raro para que no tocara la sopa y las verduras. Más tarde, solamente tomé algo de sopa cuando comprobaba su claridad y que no sobrenadaba nada sospechoso en ella. Transcurridos los años pienso en aquellas sospechas mías y no puedo por menos que sonreírme, ya que en la calle de Andrassy no era la sopa más peligrosa que otras sopas o las otras vituallas que me habían servido.

Habían transcurrido, entretanto, setenta y dos horas sin dormir. Fui llamado al cuarto interrogatorio. El lugar y los participantes eran los mismos. Me acusaron nuevamente de espionaje y traición. Las acusaciones eran como un martilleo al que se sometía a los presos, de tal manera que llegaran por sí mismos lentamente, a la convicción de que habían urdido una conspiración; de que no habían tenido en la mente otra cosa que planear una subversión y que sólo habían vivido y actuado con un único objetivo: derribar la República. De esta manera, se citaban nombres completamente desconocidos, de los que el preso nada sabía y se sentía marioneta de un juego cuyos hilos movía la policía. El acusado aparecía y desaparecía en cualquier momento y podía ser llevado, a voluntad, a cualquiera de los terrenos que los interrogadores desearan. Al final, el preso estaba tan confuso que ayudaba por sí mismo a tejer los hilos de la red, llegando a ser actor de insólitas escenas que ni siquiera en sueños hubiera podido imaginar.

Cuando entré en la sala de interrogatorios, me había propuesto responder a todas las preguntas con tanta tranquilidad como me resultara posible. Pero bastó que me hicieran una observación completamente falta de sentido para que mi paciencia se perdiera. El coronel me gritó:

—Tiene usted que confesar lo que deseamos oír. Yo le repuse:

—Si aquí, entre ustedes, los hechos con que cuentan y las actas, los interrogatorios y las acusaciones sólo son ficticias, no creo que sea necesaria prueba alguna...

Esta «descortés» respuesta hizo que me entregaran de nuevo al comandante, que me devolvió a mi celda y puso otra vez en acción la porra de goma sobre mi cuerpo desnudo, mientras afuera las risas burlonas acompañaban la tortura.

Devuelto a la sala de interrogatorios, me lanzaron la declaración a la cara y me ordenaron:

—¡Fírmela!

—La firmaré si se rectifican determinados extremos.

—¿Qué tiene usted que añadir?

—Repasen los detalles. Entonces haré mis objeciones.

Volvieron a leer el documento, añadieron nuevas formulaciones al texto y retocaron algunos conceptos, pero sin introducir sustanciales modificaciones. Me negué a firmarlo, con lo que se generalizó la ira contra mí y de nuevo llovieron los golpes. Tan sólo al amanecer cesó el tormento, porque al parecer, los policías que hacían el servicio de día no debían ver lo que ocurría allá durante las noches. La nueva jornada renovó las escenas ya sabidas: palabras groseras, insultos, brutales carcajadas... Durante el reconocimiento, el médico mantuvo una expresión preocupada, pero nada dijo. Por la tarde me visitó un teniente coronel del servicio de interrogatorios y me trajo un racimo de uvas. Al no quererlo aceptar, me insistió con voz suave y me dijo, además, que por lo menos admitiera en parte la declaración que me presentaban. Estaba bien a la vista que le cohibía tener que participar en mi caso. Era un hombre de convicciones religiosas, pero tenía una familia numerosa y con seguridad le apartarían de su puesto en el caso de que el interrogatorio fracasara por causa de mi obstinación. Desgraciadamente, me resultó imposible ayudarle.

Resultó que todo aquello había sido escenificado con el mayor cuidado, pues Décsi mandó más tarde a otro miembro de la comisión investigadora con el encargo de comunicarme que tanto mi secretario como él profesor Baranyay habían hecho en sus declaraciones graves cargos contra mí y que resultaba inútil seguir mintiendo. Me leyeron las declaraciones en cuestión y me mostraron las firmas de los dos acusados. Tomé buena nota de ello, pero no di respuesta alguna. Cuando salió el comisionado de Décsi, me pareció escuchar el eco de unas campanas. Recé el Rosario. Siguió la cena y la visita de los médicos. Tendido en el desventrado diván, recapitulé sobre mi situación, traté de poner en orden mis pensamientos y me preparé para el interrogatorio nocturno.

## **Delitos monetarios**

El orden cotidiano estaba invariablemente compuesto por los interrogatorios nocturnos y durante el día, por el encierro en aquella celda falta de aire, llena de humo de tabaco y en la que sonaban las risas y las palabrotas de los cinco guardianes encargados de mi custodia. Algunas veces había un cambio en la escena: faltaba alguno de los habituales oficiales encargados del interrogatorio. Incluso Décsi se hizo sustituir una noche. Las dos anteriores se las había pasado preguntándome, entre sucesivas tandas de golpes, por mis «cómplices». Los interrogatorios que puedo recordar se desarrollaron durante las dos primeras semanas de mi detención. Durante aquel tiempo sabía lo que ocurría conmigo y en torno a mí, tratando de rechazar toda influencia, bien la conociera con precisión o la intuyera simplemente. Entre mis ver-dugos y yo se abría un horrible abismo; no los odiaba, pero tenía miedo de ellos y debía hacer un gran esfuerzo para sobreponerme a aquel temor. Traté de poner de manifiesto, tanto por mis palabras como por mis acciones, la gravedad de su comportamiento, que secundaba los planes trazados por Moscú contra el pueblo húngaro y la Iglesia católica. Insisto en que todo cuanto relato se refiere a lo ocurrido durante las dos primeras semanas, puesto que lo posterior no me ha quedado claro en la mente.

También durante aquellas dos primeras semanas, Décsi me acusó de haber cometido delitos monetarios. Me citó elevadas cantidades en dólares y francos suizos, habló de

cheques procedentes de Norteamérica y el Vaticano, pero en el momento del interrogatorio me fue imposible comprender exactamente lo que decía. Muchos años después, cuando llegaron a mis manos los documentos del «Proceso Mindszenty», comprobé que las acusaciones resultaban en sí mismas contradictorias. El «Libro Amarillo» citaba otras cantidades que el «Libro Negro». Las actas, las declaraciones y las motivaciones de la sentencia citaban cantidades que no se correspondían. Sin embargo, se me aparecían bastante transparentes las razones de aquellas acusaciones. Se trataba de presentar como delito las asistencias y enlaces internacionales de la Iglesia católica, pretensión que no era nueva, puesto que ya se había expresado en diversos procesos celebrados durante la época hitleriana. En lo que a mí se refería, el plan era más sutil, pues mediante aquella acusación trataban los comunistas de sentarme en el mismo banquillo de acusados que el príncipe Pal Esterhazy, jefe de la más rica familia noble del país. De esta manera podría demostrarse a la opinión pública mundial que el primado de la nación, aliado con los más importantes terratenientes del país, quería arrebatar a los pequeños campesinos las tierras que el régimen les había distribuido. Además, tenía la intención de restaurar la monarquía en la persona de Otto de Habsburgo y derribar la República «democrática». En el curso de los interrogatorios me resultó imposible citar de memoria las cantidades recibidas en el transcurso de tres años y destinadas a mitigar las penalidades y sufrimientos del pueblo húngaro. El dinero y los cheques que llegaban a mí eran inmediatamente entregados a la institución que en aquel instante precisara mayor ayuda. Cuando, por ejemplo, el embajador norteamericano Chapín me hizo entrega de 30.000 dólares como donativo del cardenal Spellmann, se los di, en presencia del embajador, al canónigo Mihalovics, quien los distribuyó entre los comedores populares de Budapest y la actividad caritativa general. Décsi aludía a aquellas cantidades. Me acusó de no haber efectuado el cambio de aquel dinero por los cauces normales y haber afectado con ello los intereses económicos del país. Según sus acusaciones, los obispos, los sacerdotes y las instituciones eclesiásticas habían cambiado dinero en el mercado negro y de ello era yo el principal responsable. Al escuchar aquellos cargos, hice acopio de todas mis energías para rechazarlos.

Primeramente destaque la gran actividad llevada a cabo por «Caritas» en Budapest, las grandes ciudades y las zonas industriales (el lector de esta obra conoce nuestros esfuerzos, que aparecen reflejados en el capítulo «Miseria y Caritas»). Mencioné la situación en los años de la inflación, 1945 y 1946, y subrayé que entonces toda la nación —exceptuada la potencia ocupante y los comunistas— sólo podía subsistir gracias al intercambio de objetos. La Iglesia sostenía, solamente en la capital, 126 cocinas populares, por lo que la adquisición de víveres era sólo posible entregando objetos de valor como intercambio o mediante la oferta de divisas extranjeras. De no haber tenido a nuestra disposición dinero norteamericano o suizo, nos habríamos visto precisados a cerrar nuestras cocinas. Gracias a aquellos fondos fue posible suministrar comida caliente a decenas de millares de personas por espacio de más de dos años y atender asimismo sus necesidades de ropa, medicamentos y combustible. Tan sólo nosotros cuidábamos de los pobres y los enfermos, en tanto que el Estado se desinteresaba de la gigantesca ola de miseria y hambre.

Que esta actividad precisaba medios es obvio. Se necesitaron vehículos, almacenes y personal. En una época en que la mayor parte de las fábricas y empresas se veían obligadas a pagar a sus empleados y obreros en especies, la Acción Católica tuvo que obrar de manera idéntica. El cambio oficial de un dólar apenas habría proporcionado lo suficiente para la adquisición de un kilo de sal o una caja de cerillas. Los donantes esperaban, con toda lógica, que tratáramos de cubrir con aquellos fondos cuantas más necesidades mejor. Por otra parte, según subrayé oportunamente, nuestra actuación no estaba reñida con la moral, ya que el propio Estado extraía de las limosnas que se recibían del extranjero de un setenta a un setenta y cinco por ciento de beneficio. Por añadidura, la legislación sobre moneda extranjera a que Décsi se refería, se había promulgado al final del período de inflación, manteniendo en interés de determinados objetivos del partido la cotización del dólar; por ello, la Iglesia había obtenido apenas del 25 al 30 por ciento del valor real de los donativos en metálico efectuados desde el extranjero. Con toda energía añadí a los argumentos citados las palabras siguientes:

—Si en Hungría reinaran hoy unas circunstancias normales, el Estado agradecería al catolicismo húngaro su postura, en vez de someter a su representante aquí, en la calle Andrassy, a tormentos y torturas de las que se avergonzarán, sin duda, las futuras generaciones.

Hice constar acto seguido que me había resultado obviamente imposible proceder al estudio de cada orden o decreto ministerial; mi oficina económica estaba compuesta por expertos muy experimentados, que tras el proceso Ordas me habían informado de que podrían proceder a la liquidación de las cuentas de cambio, pues así se lo habían informado los altos funcionarios de los establecimientos bancarios con los que se trabajaba. Décsi repuso a ello que estaba en posesión de otra declaración de mi contable, Imre Boka, y de mi secretario, András Zakar. Solicité de nuevo la presencia de mi abogado para que los funcionarios de las bancas hicieran una declaración en su presencia. Décsi repuso que mi abogado, el doctor Jozsef Gróh, había sido declarado «fascista» y «enemigo del pueblo» y por eso no estaba facultado para actuar en funciones profesionales ante un tribunal popular. (Años más tarde me enteré de que el doctor Gróh había sido encarcelado al mismo tiempo que yo, sin duda para impedir que pudiera defenderme.)

Tras ser rechazada mi petición, expresé el deseo de hablar con el presidente del Colegio de Abogados.

Tan sólo después de mi liberación tuve conocimiento de una declaración del antiguo ministro de Finanzas, Miklos Nyaradi, según la cual el Consejo de Economía había decidido en la primavera de 1947 reconocer una cotización más alta para las divisas extranjeras en posesión de las Iglesias y las organizaciones benéficas. Esta medida «humanitaria» encubría el propósito de no interrumpir la afluencia de aquellos fondos e incrementar en lo posible su entrada en el país. Según Nyaradi, la cotización sobrepasaba inclusive la del mercado negro, donde el dólar se pagaba hasta cuatro o cinco veces su valor oficial. El decreto en cuestión no se publicó, sino que se hizo llegar por cauces muy reservados a los interesados. Tanto el canónigo Mihalovic como los funcionarios bancarios y mis expertos

de la oficina económica debieron tener conocimiento de aquella disposición, por cuanto mantenían buenos contactos con el banco nacional.

Para poner fin de una vez a todo aquel tira y afloja, declaré como colofón que lo decisivo era que yo no había empleado absolutamente nada de aquel dinero en mis necesidades personales. Cité como aserto, la letra de cambio endosada a mi nombre y aceptada por mí como pago del cultivo del viñedo propiedad de los bienes arzobispales y que aseguraba al arzobispo y los sacerdotes el suministro de su vino de misa. Estaba bien claro que no se trataba de un gasto particular y que, sin embargo, fue asumido por mí.

En relación con este asunto hay otro detalle. En un interrogatorio celebrado a últimas horas de la noche por el comandante, me preguntó súbitamente:

—Tiene usted un testamento, ¿qué dice?

Respondí:

—Todo lo que un cardenal y un príncipe primado tiene que decir a los obispos, a los sacerdotes y al pueblo. Pongo de manifiesto que bastantes cosas que aparecen entre nosotros cubiertas con el manto de la legalidad y se presentan como legales, iban y van contra la ley. Ruego y solicito del pueblo húngaro que permanezca fiel a su pasado espiritual, que ame a su patria y que se atenga siempre a los fundamentos religiosos y morales de la vida. Dispongo asimismo sobre mis pequeños bienes y doy órdenes para mi entierro.

La comisión investigadora demostró inmediato interés hacia aquel texto. Me ordenaron que diera orden al cabildo capitular de Esztergom para que procediera a la entrega de mi testamento a la policía. Me presentaron una orden escrita a máquina para que la firmara. Como me encontraba muy fatigado y no deseaba tener que sufrir nuevos golpes con la porra de goma, acepté firmar. Fueron a buscar mi testamento, aunque en las sesiones del proceso no lo citaran siquiera. Sin duda, decepcionó a las autoridades que no contuviera referencias a grandes bienes y la fortuna personal que ellos suponían. El interrogatorio terminó, como era habitual, al despuntar el día. Recuerdo que Décsi volvió a encogerse de hombros, pues todo lo que yo había dicho era igual que nada si se comparaba con la confesión que ellos habían preparado.

## **Quebrantamiento de la personalidad**

Aquellos interrogatorios nocturnos fatigaban también a los encargados de la investigación. Los cambiaban con frecuencia. Solamente yo, el comandante y su porra de goma, estábamos presentes noche tras noche. Mis fuerzas corporales se debilitaban a ojos vistas. Comencé a preocuparme por mi salud y mi vida. Me asaltaron horribles alucinaciones; a veces me parecía que las paredes estaba atravesadas por franjas pintadas de vivos colores, que cambiaban de orientación y se cruzaban en el centro de la estancia. La enfermedad de Basedow que me aquejaba y que diez años antes había sido reducida mediante una intervención quirúrgica, volvió a agudizarse. Parecía que el corazón no

quería seguir latiendo y pesaba gravemente sobre mi ánimo un sentimiento de indefensión y completo abandono. Con frecuencia me preguntaba a mí mismo: «¿No hay ninguna solución? ¿No encontraré protección alguna?» Insistía en mi petición de un abogado defensor y preguntaba si había llegado respuesta a mi requerimiento al presidente del Colegio de Abogados. Décsi pretextó primero que no había sido posible encontrarle y luego me dijo, sin ambages, que había declarado que no estaba dispuesto a aceptar la defensa de un caso tan inequívoco. No me quedaba otra cosa que someterme. Fatigado y quebrantado, seguía luchando y argumentando. Cada vez que me presentaban los documentos Por ellos redactados y en los que reconocía mi culpabilidad, los rechaza con los restos de energía que todavía me quedaban. En cada ocasión, el comandante me devolvía a la celda, donde me desvestían, me arrojaban al suelo y me golpeaban. Los guardianes trataban de acrecentar todavía más la eficacia de aquella tortura impidiendo que confiara el sueño cuando me rendía el agotamiento.

En aquellas horas dolorosas pensaba yo en nuestro santo obispo Ottokar Prohaska, una de las grandes figuras de la Iglesia húngara, que había sufrido de insomnio natural y que había llegado a comentar que en aquellas noches interminables comprendía incluso a un suicida. También recordé lo leído sobre los métodos de tortura de la antigua China, donde impedían día y noche el sueño, como tormento adicional aplicado a aquellos que estaban condenados a muerte. De aquella manera, los desventurados estaban obligados a pensar de una manera ininterrumpida en su fin. Mis fuerzas de resistencia decrecían y aumentaba la apatía y la indiferencia. Cada vez se me hacían más imprecisos los límites entre lo auténtico y lo falso, entre la realidad y la ficción. Mis opiniones se hicieron mucho más inseguras. Se me había hablado día y noche de mis «pecados» y comencé a pensar que era culpable de algo. El tema era interpretado constantemente en las más diversas variaciones, con tanta habilidad y de tal manera que llegué a adquirir la convicción de que no había salida para aquella situación. Mi sistema nervioso, quebrantado, hacía vacilar mi fuerza de resistencia, ensombrecía mi mente, soterraba la conciencia de mí mismo, sacudía mi voluntad, es decir, destruía toda esa serie de capacidades que distinguen la condición humana.

En tal estado llegaban hasta mí, procedentes de las otras celdas, gritos y lamentos. Los oía a veces y contribuían a acrecentar la sensación de impotencia en que me encontraba. Apenas probaba bocado porque temía que mezcladas con la comida me administraran drogas que debilitaran mayormente mi espíritu. Como era ya costumbre, me reconocían los tres médicos tras las comidas; a pesar de que pudieron darse cuenta de mi estado de depresión, nunca ordenaron en los treinta y nueve días de mi reclusión que saliera a respirar el aire aunque fuera tan siquiera unos instantes.

Me asaltó luego un temor hasta entonces desconocido. Temía por la Iglesia y temblaba por aquellos que podían verse involucrados en mi «caso». Aquel sentimiento patológico de miedo no podía vencerse sin un tratamiento médico. Pero como, por otra parte, temía asimismo que me administraran cualquier fármaco que pudiera influir sobre mi estado de ánimo, me dejaba ganar día tras día por aquel miedo irreflexivo que contribuía a minar todavía más mi equilibrio psicológico.

Una oscura noche de enero, la policía volvió a bajarme a las profundidades de los sótanos. Fui introducido en una estancia a media luz. Allá aguardaban en una actitud teatral el mariscal Gábor Peter, al que acompañaba Guyla Décsi. En el otro extremo de la estancia aguardaba con la humilde actitud de un mendicante, cansado, sin afeitar, mi secretario, conjuntamente con los otros miembros de mi curia que habían sido también detenidos: mi archivero y el contable. No era difícil comprobar que aquellos tres sacerdotes habían sido sometidos a un trato similar o peor al mío.

Gábor Peter, que había tomado asiento en un sillón situado sobre una tarima, como el de un juez, les hizo una seña y mi secretario, recitó en una actitud desacostumbrada en él y casi de carrerilla, unas palabras aprendidas, sin duda, de antemano. Su voz era temblorosa al decir que toda resistencia era inútil, que los investigadores lo sabían todo, que el poder estaba en sus manos y que harían todo el uso posible del mismo. El secretario me rogó a continuación que cumplimentara todos los deseos de las autoridades y procurara responder a todas las preguntas que me hicieran.

Ante el triste espectáculo que estaba dando, pensé para mis adentros: «¡Pobre secretario! ¡Cuántas torturas deben haberte infligido antes de que aceptaras representar este papel!» Aparecía bien claro para mí que no expresaba su propia convicción al hablar, sino otra dictada por las porras de goma o algo peor. Procuré no dejar traslucir nada de cuanto estaba pensando y contemplé con profunda commiseración al desdichado que había sido mi colaborador. Luego me devolvieron a la celda. Pusieron encima de la mesa la bandeja de zinc con la cena y los médicos aparecieron como de costumbre. Me quedó algún tiempo, luego, para pensar en la experiencia que acababa de vivir: el testimonio del tormento psíquico y físico de aquel sacerdote que tan próximo había estado a mí.

Me llevaron seguidamente a la sala de interrogatorios y Décsi amenazó inmediatamente:

—Si su actitud es la de ayer, la porra de goma procurará abrirlle la boca.

Callé a pesar de la amenaza, y el resultado fue que me maltrataron hasta el amanecer.

En las noches siguientes no hubo interrogatorios y solamente se «ocupó» de mí el comandante a cuyo cargo estaba la tortura. Fui llevado a una gran estancia vacía. A mi alrededor reinaba el más completo silencio. Muchos escuchaban, sin duda, detrás de las puertas, pero no se veía a nadie. Tras haberme desvestido, el comandante se plantó, desvergonzadamente, ante mí y me preguntó:

—¿Qué personas redactaron las conclusiones políticas contenidas en el documento que obra en nuestro poder?

La nueva pregunta me sorprendió. Sospeché que se refería sin duda al prior Pal Bozsik, pero guardé silencio para no perjudicarle. Lo que había «cometido» estaba permitido en todo Estado democrático e incluso aparecía como un deber hacia la Iglesia, la

patria y el pueblo. Mi interrogador comenzó a gritar, se dejó arrastrar por la ira y echó mano de los instrumentos de tormento. Con una mano cogía la porra de goma y con la otra, un largo y afilado cuchillo. Se precipitó sobre mí. La porra de goma se abatió sobre mis hombros y espalda, repetidas veces y sin Pausa. Luego se interrumpió y me amenazó brutalmente:

—Voy a matarte, cortarte a pedazos y echar los trozos de tu cadáver a los perros o arrojarlos al canal. Ahora mandamos nosotros.

A pesar de mi agotamiento y que las rugosidades del cemento se hundieran en mis pies descalzos, corrí, corrí desesperadamente en torno a la habitación, perseguido por mi torturador. Pronto me di cuenta que era aquello lo que él deseaba; que corriera delante de él, sin saber dónde refugiarme, con la conciencia de mi desamparo. De esta manera pensaba conseguir más pronto mi sumisión.

Me detuve. El Comandante hizo igual. Se quedó unos instantes pensativo, mientras se limpiaba el sudor de la frente. El hombre había sido testigo del dolor de mi madre cuando me detuvieron en el palacio episcopal. Así es que una idea diabólica acudió a su mente:

—Si no confiesas, haré que traigan aquí a tu madre, mañana temprano. Estarás así, desnudo, ante ella. Verá las huellas de los golpes en tu cuerpo. No necesitará otra cosa, puesto que fue ella quien te trajo al mundo. Y tú serás su asesino.

De nuevo blandió en el aire la porra de goma y otra vez eché a correr en torno a la habitación. El solo pensamiento de ver allá a mi madre resultaba algo horrible. Sin embargo, pronto calculé que era por completo imposible que la llevaran antes del amanecer. Mindszent estaba a unos doscientos kilómetros. Aquello me tranquilizó algo. Pero estaba agotado por las torturas. Nadie que me hubiera visto el mes anterior hubiera podido reconocerme. En el transcurso del día, mi depresión aumentó. Llegó a tales extremos que decidí poner de alguna manera término a todo aquello. En el transcurso del interrogatorio de la noche siguiente, cité tres nombres. Eran tres nombres de «conspiradores», si bien yo sabía que dos habían muerto y el tercero estaba emigrado. Pronuncié estos nombres con la esperanza de que por lo menos transcurriría una semana hasta que se comprobara que era imposible la detención de las personas citadas. Me equivocaba. Al principio, el comandante demostró una gran alegría por lo que consideraba como la primera debilidad mía, pero el engaño fue pronto descubierto y la noche siguiente me aportó tormento y sufrimiento como las anteriores. Cuando luego, en la cárcel, tropezaba casualmente con un clavo o un pedazo de madera, no dejaba de recordar las carreras de aquellas noches, perseguido por mi verdugo.

Traté de proteger por todos los medios y a pesar de las torturas al pobre prior Pal Bozsik. Mucho tiempo después, cuando leí en el hospital el libro sobre el proceso del arzobispo de Kalocsa, supe que Bozsik había sido involucrado en el mismo y gravemente castigado. Mucho más tarde, tras mi liberación, me enteré de que había muerto, en

circunstancias desconocidas, en los calabozos de la cárcel del Estado-Siempre le consideré un hombre fiel y firme en sus convicciones.

Finalmente consiguieron mis verdugos sus objetivos, a pesar de que solicitaban de mí la confesión de una gran falsedad. Pero la capacidad de resistencia había llegado a sus últimos extremos. El solo pensamiento de la porra de goma me hacía temblar. Así es que firmé una breve lista y como antiguamente habían hecho los prisioneros húngaros en Turquía, añadí a mi firma las iniciales «C.F.», que significaban «conctus feci», hecho bajo coacción, es decir, que lo había firmado como resultado de las más intensas presiones.

—¿Qué significa esto de József Mindszenty. C.F.? —preguntó el coronel con desconfianza.

Respondí que se trataba de la abreviatura de «Cardinalis forancus», es decir, la designación de un cardenal provincial y no de curia. Se tranquilizó e incluso se alegró de tener por fin una firma en su poder. Me ordenó que volviera a la celda. Confieso que, aunque parezca extraño, experimenté algo así como la sensación de compartir su alegría. Era seguro que él habría recibido ya más de una reprimenda por parte de sus superiores a causa de su falta de éxito y cabía dentro de lo posible, inclusive, que los propios Rakosi y Stalin hubieran manifestado su disgusto. De todos modos, mi pequeña estratagema tuvo malas consecuencias. La noche siguiente, el coronel se precipitó en mi celda. Lo acompañaba una escolta de cinco hombres. Se echaron sobre mí, golpeándome con los puños y con las carpetas que llevaban en la mano.

—¡Cerdo! —me gritó el coronel—. ¿Nos has tomado por locos? No tienes derecho a añadir nada junto a tu nombre o debajo de él. No eres cardenal, ni obispo, sino solamente un preso.

Fue un último hecho ocurrido en aquel período de reclusión cuyas particularidades y detalles han permanecido vivos en mi memoria. Lo ocurrido luego, tras el final de la segunda semana de reclusión, es decir, entre el 10 y el 24 de enero de 1949, tan sólo subsiste muy fragmentado en mi memoria. Volví a recordarlo en gran parte tras la lectura, tiempo después, del «Libro Amarillo» y el «Libro Negro». Es así muy posible que en el segundo período de detención recibiera menos golpes, pero fuera «tratado» en mayor medida con drogas. Los médicos seguían acudiendo con sospechosa regularidad para controlar mi salud. Mi capacidad de resistencia decrecía. No acertaba siquiera a argumentar de una manera coherente. Tampoco conseguía rechazar, como antes, las groseras falsedades y trataba de ponerme de acuerdo conmigo mismo con las siguientes palabras: «No hay por qué resistir nada más. Hay que comportarse como los otros». Me daba sobre todo aquellas respuestas a mí mismo cuando me leían las declaraciones de los «cómplices» y los «testigos». Firmé textos tras obtener la afirmación de que se introducirían cambios según mis deseos, ignorante de que habitualmente se redactaban las actas con diversas variaciones y que los documentos firmados por mí contenían datos y detalles que diferían de los textos que me habían leído. Yo no tenía posibilidad alguna de repasar aquéllos firmados por mí y agotado por los tratos a que era sometido, carecía de

fuerzas para exigir que me los mostraran, cosa que por otra parte es dudoso que huirán hecho. Estaba bien claro que habían conseguido sus propósitos: nacer otro hombre de mí.

## Los documentos

Años después, cuando me encontraba en la embajada norteamericana, llegó a mis manos el denominado «Libro Amarillo», un volumen subtitulado «Documentos sobre el caso criminal Mindszenty». Las declaraciones que en él se publicaban representaron para mí una gran sorpresa. Mucho más me sorprendió la publicación de mi «declaración manuscrita». Me pareció que cualquiera podía reconocer en aquel escrito una burda falsificación, puesto que es una prueba por entero prefabricada y cuya validez no resiste el mero análisis. Pero, sin embargo, al consultar libros, periódicos y publicaciones extranjeras en las que habían aparecido textos y trabajos sobre mi caso y citaban mis «pruebas», no me quedó la menor duda de que la opinión general era que el texto se debía a mi propia mano, aunque se hiciera generalmente constar que debía haberlo escrito tras el correspondiente lavado de cerebro. (Se reproduce en las páginas 197, 198 y 199 la fotocopia del documento.)

Los críticos trataron de explicarse también las numerosas faltas ortográficas y las confusas formulaciones del texto. Llegaron así a la deducción de que la policía había utilizado expertos caligráficos para el retoque de los textos, pero les parecía inconcebible que la propia policía hubiera utilizado una prueba prefabricada por ella para publicarla en el «Libro Amarillo». El citado «Libro Amarillo» apareció a mediados de enero de 1949, es decir, durante la tercera semana de mi detención preventiva. En el capítulo precedente he dejado constancia de mi estado físico y psíquico. Era de hecho, un hombre quebrantado, pero en ningún momento me hubiera manifestado dispuesto a escribir semejante cosa al dictado. Ciento que como ha quedado dicho y a consecuencia de mi estado de postración y debilidad, había estampado mi firma bajo unos documentos que, sobre todo tras las correcciones antedichas, estaban plagados de falsedades y mentiras, pero incluso en la segunda etapa de mi encarcelamiento me hubieran quedado las suficientes fuerzas para rechazar aquel texto. Tampoco cabía pensar que lo hubiera suscrito tras una sesión de «tratamiento especial» con la porra de goma. A pesar de la obnubilación que mi memoria hubiera podido sufrir, habría recordado algo sobre el texto en cuestión y lo cierto era que no tenía el menor recuerdo. Tenía que haber sido redactado, por tanto, por la policía y sus especialistas, que sin duda se habían visto obligados a hacer el trabajo con rapidez y bajo la presión de sus superiores inmediatos, según se observaba en la calidad del trabajo. Tiempo después, refugiado ya en la embajada norteamericana, abordé en varias ocasiones el tema de aquel documento y uno de los funcionarios me aseguró que existían suficientes indicios para asegurar que se trataba de una falsificación. En una serie de artículos publicados en el «New York Herald Tribune», en julio de 1950, el matrimonio Sulner se ocupó de aquel asunto. Los artículos en cuestión fueron conocidos en Budapest, pues la embajada norteamericana puso a disposición del público los periódicos en su biblioteca de Buda. En grandes grupos acudieron, sobre todo los domingos, los habitantes de la capital húngara, para obtener una información sobre mi persona que no hubiera pasado por la censura previa. No todos los que acudían conocían el idioma inglés, pero se contentaban con ver las

ilustraciones. En ocasiones, alguno traducía en voz alta y se veía inmediatamente rodeado por un círculo de oyentes. Como no podía por menos que ocurrir, Rakosi fue pronto informado de aquella afluencia. Hizo saber a la embajada que carecía de autorización para mantener abierta una biblioteca y que para no poner en dificultades a los lectores, solicitaba su cierre.

Tuve ocasión de leer, más tarde, las informaciones del «New York Herald Tribune». Se decía en ellas que había existido en Budapest una oficina de trabajos caligráficos al frente de la cual estaba una mujer, Hanna Fischof. Esta oficina disponía de un laboratorio anexo. Había heredado aquel negocio de su padre. A la muerte de éste, contrajo matrimonio con un hombre llamado Laszlo Sulner. El padre había construido un aparato que permitía seleccionar y utilizar letras, palabras y frases de un manuscrito para componer otro. El propio Sulner utilizó el aparato y consiguió piezas manuscritas que fueron consideradas como originales por los técnicos. Incluso el autor pudo sólo identificar una falsificación de su propia letra mediante la lectura y comprobación del contenido.

En septiembre de 1948, Sulner pronunció ante un público de expertos, entre los que se encontraban miembros de la policía, una conferencia sobre el método puesto a punto por su suegro, el llamado «aparato Fischof». Unos días después recibió en el laboratorio la visita de dos oficiales de la policía secreta procedentes de la sede de la calle Andrassy. Los había enviado Joszek Szebersky, el ayudante de Peters, y le llevaron varios manuscritos para que los examinara. Uno de ellos procedía de mi compañero de acusación Jusztin Baranyay y contenía una lista de los ministrables citados por mí susceptibles de formar gobierno tras la subversión. Sulner la clasificó inmediatamente: era una falsificación. A las preguntas que le hicieron, respondió que con el aparato de su propiedad podía realizar falsificaciones mucho mejores. Le encargaron que diera pruebas de esta capacidad. El resultado satisfizo a los agentes y en septiembre del año 1949 «fabricó» un documento con la letra de Baranyay. El día 30 de diciembre, los periódicos informaron que bajo el peso de las acusaciones, yo había efectuado una completa confesión. Para su sorpresa, Sulner comprobó que entre las pruebas estaba la pieza de convicción que él mismo había fabricado.

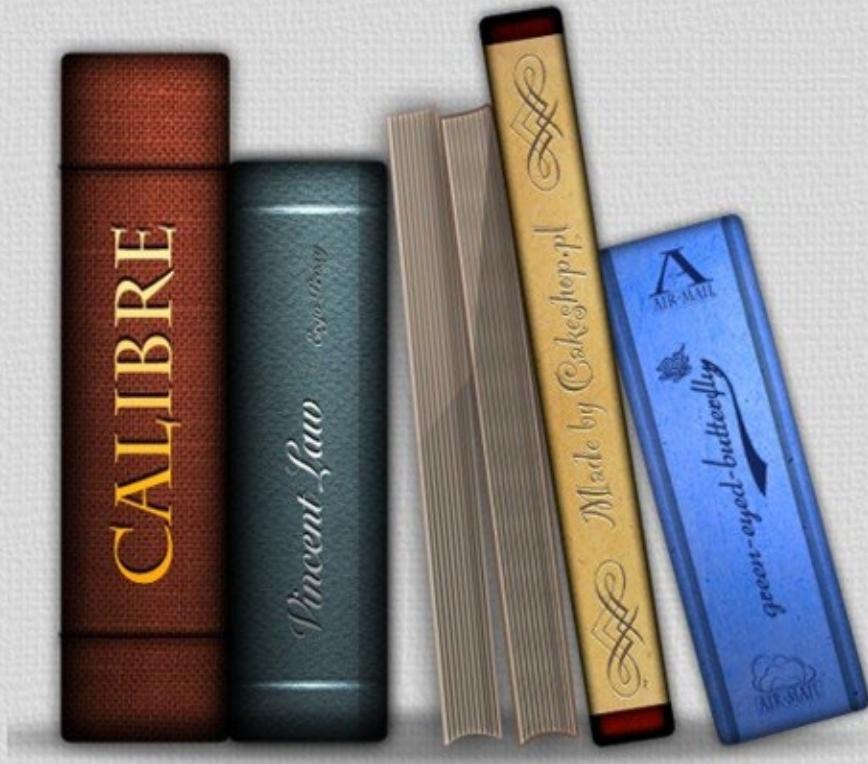
Yo me encontraba todavía en prisión preventiva cuando el 4 de enero de 1949, Sulner recibió otra vez la visita de dos oficiales de policía provistos de un montón de documentos conseguidos a raíz del registro domiciliario a que habían sometido mi residencia. Le encargaron confeccionar una prueba manuscrita que correspondiera al borrador mecanografiado que le entregaron. Sulner se atemorizó ante la trascendencia del trabajo que le solicitaban. Vaciló algún tiempo, pero terminó por aceptar a causa de las amenazas a que fue sometido.

En los artículos del «New York Herald Tribune» declaraba Sulner que los «documentos» sobre la reforma agraria reproducidos en el «Libro Amarillo» eran también una falsificación salida de su mano. El contenido de aquellos documentos demostraba que se quería incitar a los campesinos contra mí.

Decían así, aparentemente de mi puño y letra:

# Conversion of WMF images is not supported

Use Microsoft Word or OpenOffice to save this RTF file as HTML and convert that in calibre.

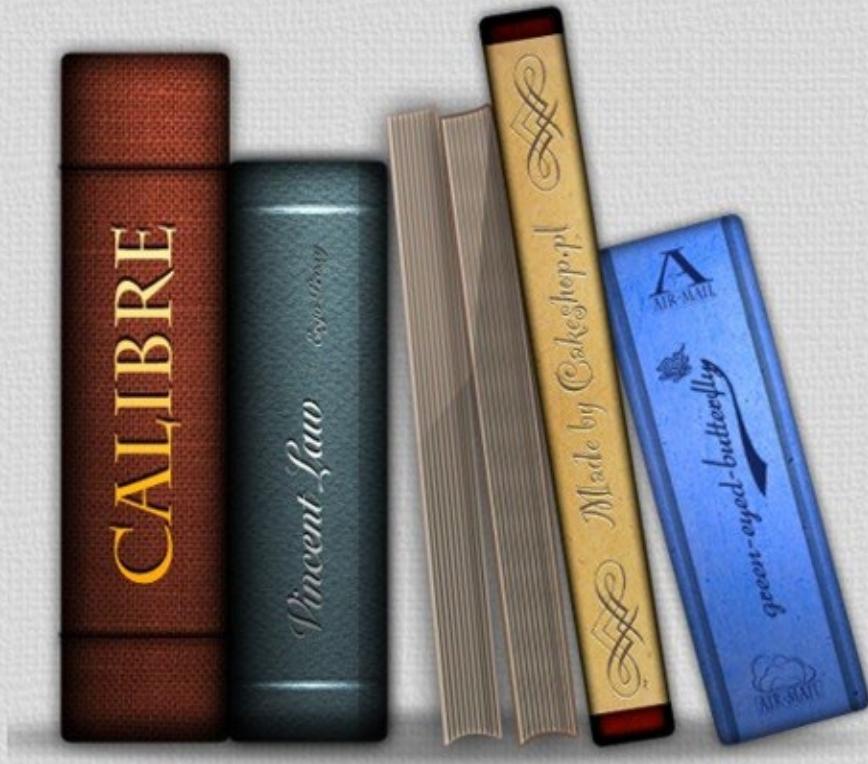


calibre 2.25.0



# Conversion of WMF images is not supported

Use Microsoft Word or OpenOffice to save this RTF file as HTML and convert that in calibre.

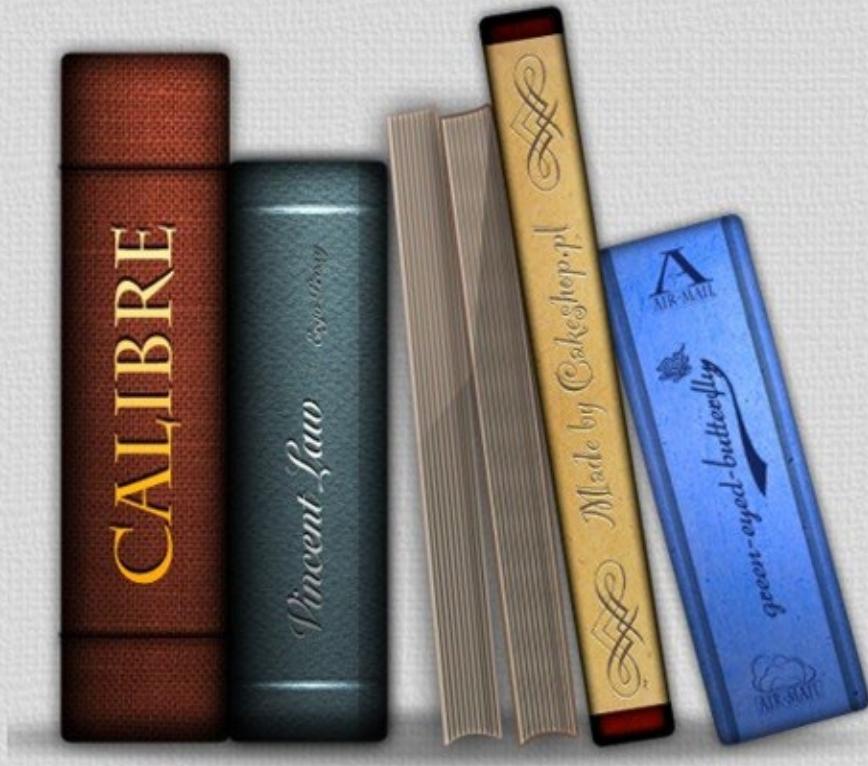


calibre 2.25.0



# Conversion of WMF images is not supported

Use Microsoft Word or OpenOffice to save this RTF file as HTML and convert that in calibre.



calibre 2.25.0

«El campesinado fue sobornado mediante el obsequio de la reforma agraria. Los males provocados por aquella medida fueron bien patentes. Semejante aserto no solamente lo hacen los afectados, sino los que han resultado beneficiados por la medida. En el Parlamento declararon los propios distribuidores de la tierra, que la totalidad de lo repartido (unas cuatrocientas mil yugadas) daba una producción mucho menor que la planificada. Muchos frutales se han convertido en campos de trigo».

El «Libro Amarillo» daba a este texto el siguiente comentario hecho por el ministerio fiscal:

«Según las palabras de Mindszenty, la reforma agraria representó un golpe, como hasta entonces no había sufrido nunca el pueblo húngaro. De esta manera expresó el señor feudal su condena a una medida que instaló a 600.000 familias campesinas húngaras en su tierra propia. Calificó a los campesinos húngaros de perezosos e ignorantes e intentó hacer de nuevo polémica la cuestión de la tierra» («Libro Amarillo», pág. 77).

El matrimonio Sulner aclaraba asimismo que en aquellos artículos se vieron obligados a falsificar «firmas y notas manuscritas del cardenal». Estas firmas y notas tenían que dar la sensación de que yo había estudiado y custodiado los documentos en los que se hacía referencia a espionaje y traición.

Muy importante era en aquellos artículos la información de que se había instado a los dos expertos caligráficos para que efectuaran su trabajo con la máxima rapidez. Sulner deseaba llevar a cabo un trabajo preciso y exacto, cosa que requería su tiempo. Los agentes de policía intentaron llevar a cabo falsificaciones según los métodos de Sulner. Finalmente, el comisario Szebersky ordenó el traslado de las instalaciones a los locales de la policía. Todo debería efectuarse allí a partir de aquel momento. Por lo que atañía el aparato Fischof, debía estar a plena disposición de la policía durante dos semanas cada mes. La falsificación de documentos y escritos se convirtió así en una empresa de altos vuelos, que ocupaba a muchas personas día y noche. En la calle Andrássy y en el laboratorio privado de Sulner iban y venían los policías llevando órdenes, diseños que completaban y alteraban documentos que correspondían a las diversas ideas que iban teniendo los directores de escena del proceso. Era así frecuente que «documentos» elaborados a costa de un paciente trabajo tuvieran que cambiarse de pronto por otros. Conjuntamente con Sulner en unas ocasiones, pero otras sin su colaboración, gentes ignorantes y poco hábiles comenzaron a servirse del aparato. Productos de aquellos esfuerzos fueron las elaboraciones que Presentaban una forma y una ortografía por completo insólitas, como era el caso de mi «confesión».

El 6 de febrero, el matrimonio Sulner consiguió huir al extranjero. Se llevaron consigo numerosos microfilmes, con los que justificaron sus declaraciones. La prensa

húngara replicó ásperamente y al morir Laszlo Sulner en oscuras circunstancias, se sospechó que había sido víctima de una secreta venganza de la policía. Sobre «textos» como aquellos se fundamentaron, por lo tanto, los argumentos del proceso. Sobre ellos se apoyó mi condena a cadena perpetua.

### **Preparativos para el proceso**

He mencionado ya que en los días que siguieron a las cuatro semanas de detención preventiva viví en un estado de casi inconsciencia. Hacía muchos años que me habían tenido que anestesiar para operarme. Mi estado físico y psíquico al término de la detención preventiva en la calle Andrassy tenía mucho en común con la inseguridad y la confusión inmediatamente posterior a la anestesia. Tenía la impresión de que la espina dorsal y otras partes principales del cuerpo habían desaparecido y casi me parecía percibir físicamente su falta. Lo que ocurrió o dejó de ocurrir en este espacio de tiempo, no sabría decirlo hoy con exactitud.

Sólo puedo asegurar que en los días últimos de aquel período —1 y 2 de febrero— cesaron casi todos los malos tratos que me infligían. Con toda seguridad, no me administraron tampoco droga alguna. A pesar de ello, acudieron los médicos como de costumbre y me hicieron *el* habitual reconocimiento. Me pareció notar, inclusive, que estaban más preocupados que en días anteriores y permanecieron largo rato conmigo. Tenían con toda seguridad el encargo de impedir un derrumbamiento completo. Tanto Stalin como Rakosi deseaban que representara el papel que me correspondía en el drama. Este propósito suyo hizo posible que sobreviviera a mi estancia en la calle Andrassy y pudiera inclusive abandonar aquel siniestro lugar sin sufrir lesiones irreparables. Aun hoy —tras un cuarto de siglo— me acometen de vez en cuando tremendos dolores de tipo nervioso, que en ocasiones invaden todo mi cuerpo y que son el resultado de aquellos dolorosos días.

Tras haber leído el «Libro Negro» sobre mi proceso, puedo recordar lentamente lo siguiente:

23 de enero de 1949. Un teniente coronel, miembro de la comisión investigadora, penetró en mi celda, se presentó como un hombre católico, y me aseguró que su fe y su convicción cristiana eran inquebrantables. Tan sólo la preocupación por su existencia y la de su familia le condicionaban a seguir en la calle Andrassy y participar en los interrogatorios. Se manifestó muy preocupado por mi vida, puesto que, según aseguró, estaba en juego mi existencia y no una condena de cuatro o cinco años. Desde hacía varios días pensaba en la posibilidad de mi liberación, que consideraba poco menos que un asunto personal, puesto que estaba cansado, además, de recibir ofensas por parte del coronel Décsi, su superior.

El teniente coronel me relató todo aquello con un tono de voz que parecía honrado. Al escucharlo, me sentí profundamente conmovido. Experimenté a la vez esperanza y emoción. Aquella misma emoción hizo que el hombre llegara a hacerse simpático. Pensé

para mis adentros que quizá era él quien me había colocado el vino de Misa; me había llevado asimismo unas uvas en una ocasión y, durante los interrogatorios, el tono de su voz tenía unos acentos más cordiales que el de su colega. Cuando todos me golpeaban, sus golpes habían sido los más flojos. Es lógico así que no abrigara por mi parte sospecha alguna. Le pregunté luego:

—¿Puede darme su palabra de honor de que sus propuestas son sinceras?

El hombre se levantó y me dio aquella seguridad con entonación casi solemne, añadiendo que lo hacía por su honor de oficial. Me entregó asimismo su tarjeta, en la que constaba su nombre, László Jámbor. Luego se sentó a mi lado y me comunicó su plan para llevar a efecto mi salvación. Estaba previsto lo siguiente: yo tema que huir al extranjero en el mismo avión norteamericano que me había llevado a Roma. Él me acompañaría. Me pidió que estableciera contacto lo más rápidamente posible, con el embajador norteamericano. Para ello colocó delante de mí un papel que llevaba consigo y me ayudó a redactar un texto. No puedo recordar si el texto en cuestión corresponde en su totalidad al que se publica en la página 97 del «Libro Negro». El coronel se llevó consigo el escrito. Al día siguiente me dio la respuesta de los norteamericanos. Estaban dispuestos a tratar sobre mis deseos, a pesar de que, como se apresuró a declarar, se habían expresado desfavorablemente sobre mí por haber rechazado con anterioridad el apoyo de la embajada. Expresó su opinión de que hubiera sido mejor para mí huir antes de la detención, pues ahora se veía obligado a vencer los muchos obstáculos que se oponían. A pesar de todo, me prometió que pondría manos a la obra y que al cabo de cuarenta y ocho horas estaríamos en el mundo libre. Encontraría un lugar favorable para efectuar el despegue del avión. Abandonaríamos la casa sin que nadie reparara en nada y nos trasladaríamos hasta allá en taxi. Juró por su honor de oficial que el plan tendría éxito.

En el interrogatorio del día siguiente, el oficial no estaba ya presente. Un día apareció uniformado en la celda. Quería disculparse y dijo que no había podido efectuar nada de lo previsto, pues le habían trasladado de manera totalmente inesperada a un destacamento fronterizo. Había venido para decirme que acababa de restablecer los contactos con los norteamericanos, imprescindibles para la buena marcha de todo aquel asunto.

No tardaría en ponerse de manifiesto que la idea de la huida no había sido de aquel «piadoso y creyente» oficial, sino que procedía de los que estaban escenificando mi proceso. He descrito el episodio para dar a los lectores una idea de las intrigas que podían tejerse en torno a una persona y cuáles eran los métodos utilizados en la calle Andrassy.

El «plan de fuga» representaría en el proceso un importante papel. Aquel al que habían nombrado mi defensor hizo constar que yo había reconocido mis faltas y también prometido portarme bien; por ello consideraba conveniente que el tribunal popular, a la vista de mi arrepentimiento, no dejara caer todo el peso de la ley, sino que dictara una sentencia más leve. A este alegato del abogado defensor respondió el fiscal subrayando que

el plan de huida no significaba precisamente una expresión de arrepentimiento, sino la afirmación de una voluntad de oposición y resistencia.

Tengo que añadir a todo esto que en la cuarta semana de mi detención preventiva quise escoger un abogado. Desde el principio lo había exigido y deseaba encargar mi defensa a mi amigo, Jozsef Gróh. Solicité al presidente del Colegio de Abogados que hiciera la correspondiente designación al respecto. Pero el coronel Décsi se encargó de comunicarme que rechazaba la petición al respecto. Más tarde me enteré que, entretanto, mi madre había rogado a Endre Farkas, un conocido abogado de Budapest, se hiciera cargo de mi defensa.

Al término de la cuarta semana, Décsi se manifestó conforme a que tuviera un defensor y me recomendó que escogiera al doctor Kalmán Kiczkó.

—Haga lo que quiera —le dije, pues me sentía ya muy quebrantado psicológicamente.

Firmé el documento por el que concedía al abogado plenos poderes para mi defensa. Esto debió ocurrir el 20 de enero, aproximadamente. El abogado apareció al final de mes, cuando los interrogatorios habían finalizado ya. No le conocía, pero oí luego que en la primera época comunista húngara había representado un importante papel. Queda así bien claro de qué parte se encontraba. Mi primera entrevista con aquel «defensor» tuvo efecto en una habitación del primer piso de la cárcel y asistió un guardián. Nuestra conversación tuvo apenas un cuarto de hora de duración. Kalmán Kiczkó me contó qué era originario de la Transilvania, había sido juez de instrucción en Klausenburgo, ejercía ahora de abogado en Budapest y le unía un buen conocimiento con los cistercienses de Zirc. De todo aquello, yo tenía que deducir que se trataba de un buen húngaro y un buen cristiano. Así es que le puse en antecedentes de los interrogatorios nocturnos, de las exigencias de que firmara declaraciones previamente redactadas, de la tortura de la porra de goma y de la que significaba impedir que conciliara el sueño.

Me escuchó y luego objetó:

—Si durante el proceso va usted a hablar de estas cosas, no asumiré su defensa. No puede probar lo que acaba de decirme. No haría otra cosa que empeorar su situación. Para obtener una sentencia aceptable hay que callar semejantes detalles. Es mucho más inteligente. Era evidente que mi defensor sabía cuál era el papel que estaba llamado a representar en el proceso. Tengo la sospecha de que Kiczkó no leyó, ni tan siquiera miró, mis declaraciones. Le facilitaron, con toda seguridad, un resumen para que tuviera un somero conocimiento. Era bien patente que en tan corto espacio de tiempo no le hubiera sido posible el estudio de todo el sumario.

Uno de aquellos días me «visitó» personalmente el coronel Décsi. Me dijo que, en su opinión, mi condena no rebasaría los cinco o seis años de cárcel. Dijo que podía afirmarlo porque existían estrechas relaciones entre la justicia y la policía. A pesar de ello, afirmó que

se sentía preocupado por mí y que la actuación del fiscal, que obraría de acuerdo con las orientaciones del partido, significaba un factor negativo. Yo me había perjudicado mucho a mí mismo, añadió. Sobre todo al manifestarme como encarnizado adversario de una «igualdad entre Iglesia y Estado». Pero si estaba ahora dispuesto a colaborar quizás podría la policía mejorar mi situación.

—No olvide que el Vaticano le retirará del cargo si es condenado por las acusaciones que se le hacen. San Pablo escribió: «El obispo tiene que ser irreprochable».

Le escuché en silencio y sin oponer nada. Por unos instantes tuve la impresión de encontrarme ante uno de los seres más corruptores con que me había encontrado en mi vida. Me pareció que sobre la cabeza de Décsi bailoteaba una luz coloreada. La impresión duró dos o tres minutos. Se repitió en el calabozo y en el hospital varias veces. Décsi dio media vuelta y se marchó sin haber obtenido respuesta.

Al día siguiente me llevaron a presencia de Gábor Peter. El general me recibió casi con amabilidad y en sus palabras de saludo me fue posible advertir un tono de reproche. Me dijo que a pesar de mi actitud, había trabajado en mi favor. Me lo hacía saber porque posiblemente no volveríamos a vernos en bastante tiempo. Tenía la esperanza de que la despedida se efectuara bajo el signo de la reconciliación. Advertí la amenaza cuando añadió:

—No olvide que su suerte está en mis manos. Puedo hacer que, a pesar de las graves acusaciones que pesan sobre usted, no sea condenado más que a cuatro o cinco años de cárcel. Es posible inclusive que a los ocho meses pueda ir a Roma por medio de un canje.

Igual que en la conversación sostenida el día anterior, volvió a surgir el tema de «la igualdad entre Iglesia y Estado». Se había enterado por un artículo aparecido en el «Magyar Hemzet» que existían conversaciones entre el gobierno y la conferencia episcopal y que yo mismo tenía la oportunidad de tomar parte en la misma. De todos modos, añadió, la delegación de la conferencia episcopal aparecía muy poco interesada a mi respecto. Había declarado que dejaba a la prudencia del gobierno la decisión sobre mi condena y mi suerte ulterior.

—Asimismo puedo informarle —me dijo Gábor Peter—que muchos obispos han tomado posición contra usted.

Citó algunos nombres. Había que clasificar, sin duda, todas estas informaciones como pertenecientes al inventario de la «labor psicológica». Para no manifestar los sentimientos que me embargaban, volví a guardar silencio.

Me llevaron de nuevo a la celda y al poco apareció Décsi para decirme:

—Tengo una idea. Pida un sobreseimiento fundamentado en su cargo. Su caso no es competencia de los tribunales populares. Tiene que conseguir por todos los medios que lleguen a declararse incompetentes.

Se hizo en aquellos momentos mucho más patente la desconfianza hacia aquel hombre. Decidí actuar una vez más con la mayor prudencia. Me pareció que la propuesta merecía intentarse. Pero inmediatamente pensé: «¿Qué dirán los otros que están acusados conmigo si mi caso es sobreseído?» Expresé en voz alta lo que pensaba. Décsi repuso:

—¿Puede usted escuchar la opinión del profesor de la Universidad, doctor Jusztin Baranyay?

Fui llevado inmediatamente donde se hallaba el profesor. Jusztin Baranyay, un religioso amable y bondadoso, apareció ante mí. Estaba mucho más delgado, tenía aspecto de enfermo y su mirada era apática. Le expuse el plan como si fuera resultado de mis reflexiones. No se manifestó contra el intento, llegando incluso a aceptarlo y opinó que el gesto de reconciliación contenía siempre un fondo de bondad y los acusados conjuntamente conmigo no podían sentirse por ello heridos o traicionados. Tanto más cuanto mi liberación tenía interés colectivo y la decisión positiva para el principal acusado no dejaría de pesar favorablemente sobre los demás. En aquel instante, ambos pensábamos tan sólo en la oportunidad favorable ofrecida por Décsi, sin darnos cuenta que aquel hombre, sutil y penetrante, acababa de tendernos tan sólo una nueva trampa.

Nos sepáramos. Décsi volvió a mi lado. Ya había tomado el buen cuidado de que mi gestión llegara sin retraso a manos del ministro de Justicia.

### **El proceso escenificado**

Conocía ya la manera en que se desarrollaba la administración totalitaria de la justicia, aunque sólo por la experiencia de mi primer cautiverio en manos comunistas. A partir de 1945 y como primado de la nación, me había conmovido la suerte de los muchos condenados, que bien habían sido amigos de los nazis o conservadores burgueses. Mi compasión hacia ellos estuvo siempre dictada por consideraciones estrictamente humanas. Conocía su situación, sus necesidades y sus sufrimientos. Al levantar con frecuencia mi voz en interés de todos los perseguidos, tuve que estudiarme con detenimiento todos los nuevos decretos y leyes promulgados al respecto por el gobierno. De esta manera me fue posible comprobar una vez más que estaban redactados para beneficiar a un partido. Se llamaba aquello «legalidad socialista». Sabía asimismo, por experiencia propia, la manera con que se conseguían las declaraciones en la calle Andrassy. Lo que a mí mismo me esperaba, no me sorprendió; tuvieron que pasar unas cinco semanas para que me aviniera con mi destino y aceptar como un deber los aprietos y las humillaciones. Al principio de mi encarcelamiento tuve una clara conciencia de aquellas pruebas, aunque posteriormente me resultara difícil aceptarlas.

El «tratamiento planificado» me había quebrantado y confundido en tal grado que no me encontraba en condiciones de calibrar suficientemente lo que me ocurría. Me resultaba imposible tomar siempre una posición serena y trazarme un claro y concreto objetivo. En los días del proceso, mi voluntad y mis pensamientos estaban dirigidos —por lo que puedo recordar —por los siguientes deseos:

1. Defender con todas mis fuerzas a mi Iglesia y su acción. Examiné así todas las posibilidades para un acuerdo entre la Iglesia y el Estado. El arte dialéctico que poseía el coronel Décsi no era extraño a estas consideraciones.
2. No perjudicar a nadie. Este propósito me obligaba a silenciar las torturas a que me habían sometido en la calle Andrássy. Temía que un informe sobre aquello pudiera llevar a la policía estatal a efectuar nuevas detenciones y reclusiones de colaboradores y sacerdotes.
3. Evitar a cualquier precio ser objeto de confrontación con mi propio clero y con «declaraciones» hechas por mis sacerdotes para no afectar de esta manera la confianza del pueblo en la Iglesia y sus ministros. Por ello acepté la plena responsabilidad en la acusación de la mala utilización de los fondos del extranjero.

En los procesos políticos no eran competentes los tribunales ordinarios, sino que, como era el caso de los Estados fascistas, entraban dentro de la esfera de los «tribunales populares». Su organización era un calco del modelo soviético. Mi caso cayó bajo la competencia de una mesa especial del Tribunal Popular de Budapest. El presidente fue nombrado por el ministro de Justicia y los jueces populares habían obtenido su mandato de los partidos políticos. En mi caso, actuaba como Presidente del tribunal un antiguo miembro de la organización «Cruces de Flechas» posteriormente inscrito en el partido comunista. Su pasado le obligaba a desplegar un celo especial respecto a los compañeros del nuevo partido. Era en realidad un incondicional instrumento de ellos. En sus años de enseñanza media y universitaria había pertenecido a las Congregaciones Marianas y con este detalle se trató de dar la impresión de que el proceso del cardenal primado se hallaba en manos de un juez creyente.

Al lado del presidente, Gyula Alapi representó un espectacular papel. Poco tiempo antes había sido nombrado fiscal general. También se procuró destacar sus antecedentes católicos. Procedía de una buena familia, muy creyente, y en su época escolar había frecuentado escuelas católicas, apoyado por círculos abiertamente religiosos. En los tiempos de la inmediata postguerra se había revelado como un oportunista inclinado del lado de los comunistas. Consiguió éxitos fáciles y rápidos. En la época de mi proceso había cumplido los treinta años y hasta mi propio defensor hizo su elogio durante las sesiones calificándolo de «nueva estrella» en el firmamento de la jurisprudencia. Se sentaba, muy seguro de sí mismo, en su puesto situado entre el tribunal y la policía.

El escenario del proceso ofrecía el aspecto siguiente: Ante los jueces nos sentábamos los acusados. A la derecha estaban los acusados y, a la izquierda, los policías capitaneados por Décsi. Detrás de los jueces tomaban asiento los taquígrafos. Junto a ellos, pero separados por una mampara de cristal, se encontraban los técnicos radiofónicos, que servían los micrófonos y transmitían a los periodistas las «declaraciones». Éstas debían ser manipuladas previamente, según se ponía de manifiesto por el hecho de que las

grabaciones y las informaciones de los periódicos no solamente presentaban grandes diferencias, sino párrafos enteramente contradictorios.

### Cambio de ropa

Los escenificadores del proceso daban gran importancia a la opinión pública mundial. El partido intentó ganarse de alguna manera la prensa mundial en su favor y trató de valerse para ello de mi persona.

En uno de los últimos días que pasé en la calle Andrássy, me vi obligado a volver a vestir, de manera totalmente inesperada, mis ropas cardenalicias. Vestido con ellas me llevaron a la planta principal, al suntuoso despacho del general Gábor Peter. Encontré allá al senador italiano Ottavio Pastore. Me lo presentaron como representante de la prensa italiana. Me dijo que había llegado de Roma para comprobar si yo vivía y todavía me encontraba en Hungría. Había circulado por Occidente el rumor de que me habían mandado ya a Siberia. Trató de que hiciera una declaración pública de que me encontraba en Hungría y en buenas condiciones de salud psíquica y física. Me negué a hacer ninguna declaración al respecto. Que no estaba en Siberia era algo que mi interlocutor podía fácilmente atestiguar. En vista de que su gestión no había obtenido resultados prácticos, insistió el periodista italiano, actuando en calidad de intérprete uno de los médicos que me habían efectuado diariamente un reconocimiento.

Oí luego decir que aquel senador era colaborador del periódico comunista «L'Unitá». Se percató inmediatamente de mi resistencia a secundar sus planes y publicó el 6 de febrero de 1949 en «L'Unitá», órgano central de los comunistas italianos, la siguiente información:

«El primado de Hungría no es ningún héroe y la explicación de sus confesiones no estriba en que las haya hecho bajo coacción, tal como sus amigos se esfuerzan en difundir. Mindszenty es pura y sencillamente un cobarde. Los norteamericanos lo han dejado en la estacada... Mindszenty es, por muchas razones, rechazado por su pueblo. Por los campesinos, que no desean que les sustraigan la tierra que les fue repartida; por los obreros, que no desean volver a ser objeto de explotación... No le queda otro remedio que retirarse y aceptar por entero sus fracasos».

El senador relataba su encuentro conmigo y aseguraba no haber encontrado ningún indicio que pudiera llevar a la conclusión de que había sufrido cualquier clase de tortura psíquica o física. Haciendo gala de una interpretación muy personal de la verdad, aseguró que su entrevista conmigo se había desarrollado en una estancia muy bien arreglada, por la que yo paseaba arriba y abajo sin dejar de leer mi breviario.

Tras la visita del senador italiano me llevaron a la celda de antes, me quitaron el traje talar y me entregaron uno negro. Por encargo de un «generoso» policía, me lo habían confeccionado a la medida. La verdadera finalidad era que no compareciera ante el tribunal con ropas sacerdotales.

Rodeado por una numerosa escolta de policía, entre la que se encontraban Décsi y Peter, me trasladaron desde la calle Andrássy a la calle Markó. Algunos policías, incluido el propio Décsi, vestían de paisano. Era evidente que no querían llamar la atención. Los de uniforme iban fuertemente armados. Al descender las escaleras, me rodearon por entero. A la vista de tantas precauciones, cabía plantearse la pregunta: «¿Por qué tanto despliegue armado si se ha dicho y afirmado que el pueblo desprecia a su cardenal primado?»

La conducción se efectuó el 2 de febrero, en la noche de la festividad de la Purificación de María. Tan pronto hubo llegado la columna de vehículos a la calle Markó, me llevaron a una celda situada en el primer piso. La cárcel de la calle Markó es un edificio que data del siglo xix y su capacidad normal es de 300 ocupantes. En aquellos momentos estaban allá, recluidas de ochocientas a novecientas personas. El día de mi ingreso, el número exacto ascendía a 773; es posible que poco antes se hubiera procedido a la evacuación de algún contingente. En mis años juveniles había oído hablar con temor de aquella cárcel, donde iban a parar asesinos, ladrones, incendiarios, violadores y falsificadores. Y allá estaba yo ahora, por culpa de mis «crímenes capitalistas», respirando el aire viciado de sus sucias celdas que tenían por único mobiliario una vieja cama con un saco relleno de paja y una manta deshilachada.

Tras haber pasado treinta y ocho noches casi insomnes, soporté allí otra sin conciliar el sueño y en el curso de la cual me pregunté repetidas veces si me encontraba ya camino del patíbulo. Por unos instantes, mis párpados se cerraron, pero casi inmediatamente me despertó un súbito ruido. La ventana de mi celda recaía a un patio y se oía el redoble de tambores que precedía la lectura de una sentencia. Me desperté por completo y llegaron a mis oídos las siguientes palabras: «El ladrón y asesino fulano de tal, que mató a su concubina para robarle, ha sido condenado a muerte. Se va a proceder a su ejecución».

Me senté al borde de la cama y pensé: «Un alma inmortal va a la Eternidad». Y luego me pregunté a mí mismo: «¿Ha pedido este hombre un sacerdote? ¿Ha solicitado confesión?» Me arrodillé y recé. Unas dos horas después de la medianoche, oí un ruido sordo, como si el asesino hubiera caído del patíbulo. Me acometió entonces la duda sobre si todo habría sido un sueño. Y si había sido sólo un sueño, ¿se trataría de una premonición? Los que me habían sometido a tortura desde el 26 de diciembre me habían dicho que los crímenes cometidos por mí eran de los más graves.

Al amanecer del 3 de febrero llamaron a mi puerta. Tuve que levantarme y prepararme para que me llevaran ante el juez. Llegó el barbero para afeitarme y arreglarme algo el pelo. Me vestí el traje negro y adquirí en conjunto un aspecto diferente.

Salí al pasillo y comprobé con sorpresa que el número de los «conjurados» que tenían que comparecer conmigo ante el tribunal había aumentado de cuatro a siete. Los tres recién llegados eran Lazslo Toht, Bela Ispansku y Miklos Nagy. En los interrogatorios nadie les había citado y de pronto aparecían como el «estado mayor de una conjura de amplitud mundial». Leí, sin embargo, en el «Libro Negro» que su caso no había tenido

relación alguna con mi proceso. Se encontraban allí, con toda certeza, porque siete acusados tenían más peso que cuatro tan sólo.

Tampoco tenía nada que ver con mi «conjura» el príncipe Pal Esterházy. Desde mi nombramiento como arzobispo de Esztergom había hablado tan sólo una vez con él, y en otra ocasión le había remitido una noticia por vía postal. Le habían detenido para poder así procesar en su persona a uno de los más ricos magnates.

En total, el «grupo de conjurados» no pasaba en sí de las tres personas: el cardenal primado, su secretario y un religioso cuya salud estaba ya muy quebrantada. Aquellos tres «conjurados» no habían tenido en ningún momento una sola arma, ni unos enlaces, ni tan siquiera se habían servido de una palabra clave.

Nos pusimos en movimiento hacia la sala del tribunal. Ante mí caminaba mi verdugo, pero en aquella ocasión sin porra, sino con uniforme completo de gala y rostro radiante. De vez en cuando, nos echaba una mirada a sus víctimas. Le seguían unos agentes de policía y, finalmente, cerraban el cortejo los otros acusados.

Como las sesiones del proceso duraron muchos días, hubo que repetir el ritual de esta marcha muchas veces; sin embargo, a pesar de la grave solemnidad que querían infundirle, algún detalle cambió en el curso de las jornadas.

El comandante ordenó con voz muy fuerte que le abrieran paso, a pesar de que el pasillo se hallaba medio vacío. Penetramos en la sala y fuimos conducidos hasta el banquillo de los acusados. Le susurré al profesor Baranyay, en latín y sin volver la cabeza: «Circus incipit». Los policías volvieron inmediatamente la cabeza, con patente sobresalto. No era aquél lugar para hablar; allá sólo había que responder a las preguntas que se hicieran.

### **La primera escena**

El 3 de febrero de 1949, el presidente del tribunal popular abrió la sesión. Primeramente y como de costumbre, inquirió los datos personales y se examinaron los escritos que acreditaban a los defensores. Luego se procedió a la lectura de las acusaciones a los presentes. Tres de aquellas acusaciones hechas por el fiscal me implicaban concretamente a mí. Se me acusaba de:

- 1.<sup>º</sup> Ser el jefe de una organización que planeaba el derrocamiento del Estado.
- 2.<sup>º</sup> De haber ejercido espionaje contra el Estado húngaro.
- 3.<sup>º</sup> De haber empleado ilegalmente fondos procedentes del extranjero.

Sospecho que el pliego de cargos había sido redactado por la policía y entregado al nuevo fiscal poco antes de que se iniciara el juicio.

Tras la lectura de la acusación, Olti procedió a la lectura de la carta que yo había dirigido, influido por Décsi, al ministro de Justicia. Mi asombro fue grande al escuchar lo que se decía. Se trataba de una falsificación. Tanto el contenido como el estilo así lo evidenciaban, pero en aquellos momentos hubiera sido superfluo tratar de demostrarlo.

Transcribo a continuación el texto de la citada carta, según se publica en el «Libro Negro»:

«Señor ministro de Justicia:

»Transcribo al señor ministro de Justicia mis saludos, al tiempo que la respetuosa solicitud de que proceda a una detallada investigación de mi caso. Desde hace un tiempo se me hace repetidamente la acusación de que he obstaculizado y dificultado un pacífico entendimiento entre Estado e Iglesia y he combatido el orden constituido con mi actitud hostil. Por lo que atañe a la primera de estas acusaciones, es un hecho que he puesto de relieve tales presunciones. Es mi propósito, sin embargo, efectuar las oportunas rectificaciones para conseguir una pacificación de los espíritus. Dada la inminencia de mi comparecencia ante el tribunal, reconozco de una manera voluntaria haberme ocupado en las actividades a que se refiere la acusación, de acuerdo con el código penal del Estado. En el futuro, contemplaré las actuaciones internas y externas del Estado con el respeto que merece la plena soberanía de la República húngara.

»Tras este reconocimiento por mi parte y la declaración hecha por mí, no me parece ser necesariamente imprescindible una negociación sobre mi persona. Por ello trato, en consideración al cargo que ocupo y no a mi persona, no traer a colación mi postura a raíz de las negociaciones del 3 de febrero. Semejante conclusión podría facilitar mayormente la solución de las cosas que todo lo demás, más inclusive que la más justa sentencia del tribunal.

«Después de una serena meditación que ha durado treinta y cinco días, declaro también que la reconciliación ha podido verse afectada por esta actitud mía ya mencionada. Por otra parte, considero que es urgente la consecución de una auténtica paz entre Iglesia y Estado. Yo mismo participaría en el logro de esta paz, en el espíritu de las enseñanzas y preceptos de la Iglesia, si precisamente en el problema de la pacífica colaboración no se hubieran exteriorizado tantas quejas sobre mí. Para que mi presencia no sea un obstáculo para la paz y puedan ponerse todas las fuerzas a contribución para eliminar estos obstáculos, me declaro de una manera voluntaria y sin ser sometido a presión alguna, dispuesto a suspender provisionalmente la actividad de mi cargo.

»Si la asamblea episcopal considera en su totalidad la conveniencia de llegar a esta pacificación a que me he referido, no quiero cruzarme en su camino. Tampoco me opondré a que esta reconciliación sea una realidad por parte de la Sede Apostólica, que tiene la última palabra en este problema. Hago esta solicitud con la convicción de que una pacificación sólo puede reportar ventajas, tanto a la Iglesia como al Estado, y que sin ella, amenazan al país la desunión y la ruina.

«Reciba usted, señor ministro de Justicia, el testimonio de mi más distinguida consideración.

»20 de enero de 1949.

JOZSEF MINDSZENTY.»

Estaba fuera de dudas el propósito de la policía de conseguir con aquella carta mi máxima humillación; de provocar en la sala del tribunal la sensación de que el escrito de acusación se me había entregado anticipadamente y extender la opinión de que estaba en mi ánimo librarme de la responsabilidad y dejar a mis sacerdotes en la estacada. Quizá intentaba demostrar asimismo la carta mi «inexperiencia y desconocimiento» en los asuntos legales. El presidente del tribunal dio a la citada carta el valor de «una propuesta de sobreseimiento» y concedió la palabra al «sabio» Alapi con el ruego de que se expresara sobre mi petición. Éste aclaró que lamentaba no encontrar ninguna posibilidad de acceder a esta propuesta de sobreseimiento hecha por el principal acusado, con la que el citado acusado no parecía proponerse, sin duda alguna, más que una obstrucción del proceso. Solicitaba por ello la continuación del mismo.

Aquellas decisiones de Alapi habían sido también preparadas de antemano. Tenía que rehuirse toda impresión de ilegalidad y evitar cualquier mención de los tormentos aplicados. En opinión del régimen, cada cual tenía que decirse: quien piensa en un sobreseimiento o un aplazamiento de las sesiones no está con toda seguridad en sus cabales. Allá donde se ofrece al acusado la posibilidad de hacer determinadas peticiones, está previsto con exactitud por la propia reglamentación del orden procesal. Sobre ello expresó asimismo mi defensor su opinión: «La petición del acusado principal para un aplazamiento de las sesiones del juicio, en lo que a su persona se refiere, está bien fundamentada... Dispensar el aplazamiento solicitado en la carta del príncipe primado, no representa obstáculo alguno».

Esta declaración de mi «defensor», el abogado Kiczkó, había sido asimismo prefabricada. La opinión pública tenía que quedar convencida de que ante el tribunal estaban representados con toda igualdad los intereses de los acusados.

Era asimismo deseo de la policía que «mi carta» sirviera para quitar fuerza o hacer enteramente nula la declaración que yo había efectuado antes de mi detención.

En mi petición se decía: «...reconozco voluntariamente que las acciones que constan en los cargos, fueron esencialmente llevadas a efecto».

En mi declaración antes citada, había dicho: «No renuncio a mi sede arzobispal. No tengo nada que reconocer ni nada que firmar. Si a pesar de todo, hiciera una «confesión» y la ratificara con mi firma, se trataría únicamente de una manifestación de debilidad humana y de antemano declaro nula una confesión de este tipo».

El tribunal popular se ocupó en aquellos momentos por entero con el problema del sobreseimiento o aplazamiento. Mi «solicitud» fue rechazada. Se interrumpió el juicio, me sacaron de la sala y comenzó el interrogatorio de otro de los acusados, el profesor universitario Jusztin Baranyay. Durante el tiempo que duró aquel interrogatorio, permanecí en otra estancia bajo fuerte vigilancia.

### Cargos y «crímenes»

Como ha quedado mencionado, me acusaron de traición, de haber hecho mal uso de divisas extranjeras y de conspiración. Tengo que aclarar que tal como se planteaba la acusación, no se trataba para mí de haber cometido unos delitos motivados por infracciones a la ley, sino de crímenes, cuyo castigo estaba previsto con la pena de muerte o de reclusión perpetua.

El artículo VII de la ley del año 1946, promulgada «para la defensa de la República», ofrecía margen suficiente para poder aplicar la «legalidad socialista» tanto en la formulación de los cargos como en las posteriores sesiones del juicio. El sentido y la significación de aquella ley estribaba en que los jueces no tenían que empeñarse en aclarar las verdades objetivas, sino en servir solamente los intereses del partido. El tribunal subordinaba asimismo la verdad al partido y era un colaborador de la policía para quitar de en medio a cualquier oposición peligrosa o molesta. Así es que mi proceso tuvo un solo objetivo: dejar vía libre para el dominio exclusivo de los comunistas.

La «ley verdugo», como el pueblo denominaba aquella ley «para la defensa de la República» fue utilizada desde el principio para el montaje y desarrollo del falso proceso. El proyecto de ley había sido aprobado por clara presión de los rusos. También el jefe del Partido de los Pequeños Propietarios, Ferenc Nagy, hombre sin ninguna experiencia jurídica, recomendó entonces su aprobación. He informado con anterioridad en el curso de este libro sobre «la conspiración estudiantil», las intervenciones policíacas basadas en aquellas falsas acusaciones y la ilegalidad de tales acciones.

De manera mucho más astuta se apoyaron en las nuevas leyes o leyes complementarias los cargos y acusaciones que se me hacían y para cuya aplicación se precisaba toda una sorprendente acrobacia interpretativa.

Yo estaba en situación de inferioridad previa ante el tribunal, tanto por mi debilidad corporal como por no permitírseme una detallada declaración por mi parte. Tenía que responder con un «sí» o un «no» a las preguntas del juez, siempre referidas a las actas de las declaraciones hechas a la policía. Esto tenía como objetivo dar una imagen mutilada de todo el estado de la cuestión y la impresión de una confesión por lo menos parcial.

Por su misma naturaleza, esta clase de procesos se llevan con gran prisa. En mi caso, bastaron tres días para que se efectuaran las diligencias oficiales, se hicieran públicos los cargos, se determinaran nada menos que cuarenta y una vulneraciones de la ley, se llevaran a efecto los interrogatorios públicos de los siete acusados y de otros tantos testigos, se

examinara el material probatorio y se redactaran las actas procesales. En tan corto espacio de tiempo se hicieron las requisitorias del ministerio fiscal y los alegatos de la defensa, se escucharon las últimas réplicas de los acusados y se prepararon las sentencias.

De hecho, aparecía todo ello como un increíble trabajo del tribunal. Pero un trabajo solamente posible porque en un proceso como aquél no se deseaba encontrar la verdad. No se formulaban las preguntas que hubieran podido servir para investigar la verdad, tal como exigían los principios elementales de una justicia seria y, por tanto, nuestro ordenamiento jurídico nominalmente en vigencia todavía. Nadie, ni siquiera el defensor, preguntaba al acusado si se reconocía o no culpable. De haberse tomado el defensor el trabajo de analizar por sí mismo la «ley verdugo», hubiera puesto de manifiesto que mis acciones no tenían ninguna relación con los crímenes allí calificados y que los cargos manifestaban, en cambio, la eliminación de toda noción de justicia por el todopoderoso partido.

Pero no se efectuó, como es lógico, semejante análisis, ya que tanto los jueces, como el fiscal y el defensor, perseguían idéntico objetivo y dependían todos ellos del servicio de seguridad del Estado. La tarea del defensor hubiera sido poner de manifiesto las faltas en la ordenación del proceso. Hubiera sido su deber subrayar que los hechos que se me imputaban no eran, en su esencia ni en su aspecto, criminales en el sentido que les daba la ley. Hubiera debido llevar adelante aquella tarea con tanta fidelidad cuanto mayor era la debilidad del acusado, que tanto por su situación como por los «tratamientos» a que había sido sometido, estaba imposibilitado de defenderse por sí mismo. Pero lo cierto es que apenas se preocupó de aquello a lo que le obligaba su cargo; más bien podía hablarse de una «colaboración» entre el fiscal, los jueces, el defensor y la policía para representar cada uno de ellos sus papeles en la parodia —o mejor, tragedia— de la justicia.

Los redactores del «Libro Negro» dan sobre ello una idea. (Se trataba de mi carta al cabildo de Esztergom, de la que el presidente del tribunal dio lectura.)

*Presidente:* En su carta se dice, entre otras cosas, lo siguiente: «Se planea un atentado contra mí... Si se quisiera dar a conocer mi renuncia a mi cargo de príncipe primado, sería esto una falsedad o la declaración seguiría en todo caso a la acción de la violencia». ¿Escribió usted estas palabras?

*Mindszenty:* Sí; las escribí.

*Presidente:* ¿Fue usted obligado a su declaración o fue forzado a dar testimonio?

*Mindszenty* (decidido): ¡No, por favor!

*Presidente:* ¿Cuándo escribió usted la carta?

*Mindszenty:* A lo largo de mi detención.

*Presidente:* ¿En noviembre de 1948?

*Mindszenty:* En noviembre de 1948 dispuse redactar la carta para el caso de que fuera detenido y por ello no lleva fecha. De acuerdo con mis disposiciones, la carta tenía que ser notificada al cabildo de Esztergom, compuesto por dos arzobispos y dos obispos. Por ello doy ahora la siguiente aclaración: cuando escribí las palabras que acaban de ser leídas, desconocía muchas cosas que hoy conozco. Mi punto de vista actual ha quedado expresado en la carta que he dirigido al ministro de Justicia y que me han hecho el honor de leer aquí en días anteriores. Considero mis declaraciones anteriores como faltas de sentido.

*Presidente:* La carta dirigida al cabildo es por tanto un ultraje al tribunal, pues ahora puede usted defenderse con plena libertad.

*Mindszenty:* Sí; por ello doy ahora esta nueva precisión.

No consigo reconstruir la escena, tal como ocurrió, pero sí puedo afirmar que no se desarrolló según el «Libro Negro» hace constar. Con toda probabilidad, se trata de la versión que se transmitió por radio, tras la mampara de cristal. Mis sospechas sobre ello se fundamentan en que en la información radiofónica, la pregunta del presidente Olti decía así: «¿Le han impedido durante la sesión principal hacer alguna aclaración o, por el contrario, le han obligado a hacerla?»

En el caso de que mi respuesta hubiera sido «¡No, por favor!», habría sido respuesta a la pregunta que (según la transcripción radiofónica) me habían dirigido. Pregunta en la que se advierten inmediatamente los límites impuestos por el juez al hacer constar «durante la sesión principal».

A la pregunta, tal como aparece en el «Libro Negro», es decir, sin limitación a la sesión principal, no le habría dado la respuesta «¡No, por favor!», ni siquiera en un estado de completo agotamiento y apatía. En tal caso hubiera sido sencillamente una falsedad y sé que yo no hubiera permitido en ninguno de los casos una falsedad, por lo que puedo atestiguar que en el «Libro Negro» se publicó tan sólo una astuta deformación. Hay que considerar, por tanto, la respuesta tantas veces citada como falsa.

No faltaba la gente que concedía crédito a mis adversarios y parecían convencidos de que el procedimiento se desarrollaba en completa libertad y que los preceptos del ordenamiento procesal se respetaban escrupulosamente. Podían creerlo, pues este supuesto encontraba confirmación en las palabras de mi defensor, Kiczkó, quien dijo en la presentación de su alegato lo siguiente:

«Me veo en la obligación de declarar que estoy aquí como defensor libremente escogido y encargado por los acusados... Todos los acusados tenían la posibilidad de gestionar con entera libertad su defensa. En este punto manifiesto mi completo acuerdo con la opinión del honorable representante del ministerio fiscal».

Quizá el lector comprenda que finalice esta cuestión con un irónico epílogo:

De hecho, había ciertamente una conspiración en el proceso Minds-zenty, pero no por parte de los acusados de conspirar contra la República, sino de la policía, el fiscal, el juez y los defensores. Una conspiración dirigida contra los mismos acusados.

## Las pruebas

En el curso de un proceso normal, la defensa tiene oportunidad de exponer libremente sus contraargumentos, aportar réplicas e interrogar a los testigos de la acusación. Sólo de esta manera consigue formarse el juez, a través de la controversia entre las dos partes, su propia opinión y, basado en ella, dictar la definitiva sentencia. El juez procura por ello, de manera especial, que cada una de las partes goce de la libertad asegurada en las leyes. Se ofrece asimismo a la defensa la posibilidad de presentar material probatorio, nombrar testigos y examinar los «corpora delicti». Esta importante parte de un proceso se celebra públicamente ante los jueces, tras efectuar el dictamen procesal y los restantes autos.

Tan sólo cuando los jueces han adquirido la seguridad de que el acusado ha cometido delitos definidos en la ley, pueden condenarlo. En caso de que el juez considere, por contra, que los argumentos presentados no prueban de manera decisiva la culpabilidad del acusado, debe abstenerse de pronunciar condena. De acuerdo con los principios de toda jurisprudencia y los preceptos de todo procedimiento, la primera tarea y deber del juez es la averiguación de la verdad. Tan sólo después de haber hecho luz sobre la verdad puede aplicar la justicia. Tanto para la acusación como para la defensa, equivale este principio al derecho y el deber de examinar todo el material probatorio y de descargo. Cuando en un procedimiento no se otorga tan fundamental derecho a la defensa, y por tal razón la citada defensa se ve imposibilitada de ejercer sus funciones de una manera plena, sólo puede tener el proceso una finalidad: que el fiscal imponga sus acusaciones, no con argumentos, sino con la fuerza. De esta manera se aprobará por la autoridad judicial una sentencia preconcebida.

Un Estado totalitario podría tener, gracias a sus resortes de poder y en grado infinitamente mayor que un Estado liberal, todas las posibilidades para el descubrimiento de la verdad. Si no lo hace, cabe considerar que su interés es la sentencia condenatoria.

Mi defensa se vio obstaculizada desde el principio por la imposibilidad de que se efectuaran testificaciones en mi descargo. Tomaron, por contra, la palabra todos los testigos de la acusación.

Testigos a los que tampoco les fue posible expresarse libremente, puesto que se hallaban encarcelados o estaban bajo presión policiaca, como por ejemplo, el archivero János Fabián y el economista Imre Bóka. Ambos habían sido detenidos en el curso de un registro efectuado el 23 de diciembre y llevados a la calle Andrásy. La señora Josef Fracsy, una empleada de la cancillería arzobispal, a la que se había obligado a facilitar documentos para el proceso, sufrió asimismo coacción, perfectamente reflejada en su declaración.

Las «confesiones» del profesor Juztin Baranyay y de mi secretario, András Zakar, que declararon formalmente contra mí, se debieron a la tortura.

Pero las «piezas maestras» de la acusación fueron, como se ha demostrado claramente, mis ya citadas cartas. Se me hacían los cargos de haber tenido el propósito, desatinado y aventurero, de incitar al gobierno norteamericano a una guerra contra Hungría. Aquella confusa acusación se me había hecho por vez primera en la calle Andrassy. La consideré entonces como engendro de una fantasía enfermiza. Cuando yo escribí las cartas, los norteamericanos se encontraban nominalmente en estado de armisticio y ejercían, conjuntamente con Inglaterra y Rusia, los derechos de ocupación en la Comisión de Control de nuestro vencido país. A pesar de ello, se decía en la acusación:

«Según numerosos testimonios aportados por las cartas como «corpus delicti», József Mindszenty estableció contacto con el embajador USA en Budapest, Arthur Schónfeld, y tras la sustitución de éste, con el embajador Selden Chapín, para incitar al gobierno de los Estados Unidos de América a efectuar una acción hostil contra Hungría, llevárselo a ejercer una violenta presión sobre el gobierno húngaro y alcanzar así, por vía de la intromisión en los asuntos internos, la consecución de objetivos plenamente reaccionarios» («Libro Negro», pág. 26).

Se proseguía así:

«Según atestiguan los escritos mencionados, Mindszenty estaba convencido de que tan sólo mediante una guerra sería posible derribar a la República democrática y por ello efectuó gestiones cerca de diversas personalidades dirigentes de la política norteamericana para una intervención en este sentido» («Libro Negro», pág. 24).

De las cartas tantas veces mencionadas, el fiscal solamente citó unos breves fragmentos. Incluso en la publicación de los Libros Amarillo y Negro, las citas son asimismo muy cortas. Por ser poco conocido en el mundo libre el citado texto, expongo aquí a mis lectores el «corpora delicti». Fue dirigido con fecha del 2 de diciembre de 1946 a Arthur Schónfeld, y decía así:

«Excelencia:

»Está en curso una disminución del número de funcionarios y empleados públicos en Hungría. Según declaraciones oficiales, se ha cesado a 120.000 asalariados. Si a este número se añade el de los miembros de sus familias, puede decirse que se ha quitado sus medios de vida a un total de 600.000 personas.

»Los cesados solamente pueden trabajar a partir de ahora en el trabajo que les señale el sindicato, ya que les ha sido prohibido gestionarlo por sí mismos. De esta manera se han visto rechazados antiguos funcionarios que buscaban trabajo en fábricas.

»Es cosa segura que este cese masivo de personal no lo han motivado causas de tipo económico, pese a que se haya querido dar tal impresión. Corrobora este aserto que se

hayan empleado con gran prisa nuevos funcionarios y se estén instruyendo otros muchos mediante cursos acelerados.

»Mientras los periódicos tratan de justificar el licenciamiento masivo por la situación financiera del Estado, informan asimismo que el Estado ha conseguido asegurar el empleo a muchos nuevos funcionarios.

»Las razones de la medida han sido políticas. De no haber existido estas razones, no se hubiera impedido a los funcionarios cesados —a pesar de las promesas hechas previamente—que encontraran nuevo trabajo en otros campos de la vida económica.

»El objetivo político se deja ver en la obligación indirecta impuesta a los funcionarios no licenciados que, de acuerdo con el espíritu de su antiguo juramento, no pertenecen a partido alguno o son miembros de otros de los que practican el terror contra el pueblo. Para evitar el cese se han visto obligados a ingresar en alguno de los partidos citados.

»Este terror indirecto ejercido en las alturas de la burocracia, abarca la entera administración, sin que nadie pueda limitarlo. Son sus víctimas preferentes las gentes de convicciones religiosas, nacionales y sin partido; en los ministerios, en los condados, en los pueblos, incluso en las empresas de carácter privado, estén bajo el régimen de autogestión o sean de gestión pública, se les ha marginado.

»Quien ocupa el puesto de pastor de la grey húngara y tiene conciencia de su deber, es responsable de las almas y debe denunciar las injusticias que se cometan contra ellas. Por ello me tomo la libertad de llamar la atención sobre estas maniobras, efectuadas con toda notoriedad y en nombre de la República. Los partidos exigen declaraciones de adhesión orales o escritas con el correspondiente apremio. Su intervención se hace por ello urgente.

»Reciba mi más caluroso y efusivo saludo. »Esztergom, 12 de diciembre de 1946.

»Cardenal JÓZSEF MINDSZENTY, *Primado de Hungría.*»

La segunda carta, dirigida por mí al embajador Schónfeld, había sido también intervenida. Decía así:

«Su Excelencia: El ministerio de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos ha dirigido, en nombre de las obligaciones contraídas en Yalta, repetidas notas diplomáticas al gobierno rumano para apoyar el establecimiento de un gobierno surgido de unas elecciones libres y que sea expresión de la voluntad popular. El ministerio de Asuntos Exteriores ha subrayado que no cejará en la defensa de los principios democráticos, entre los que se cuentan la libertad y la legalidad.

«Estoy convencido que el gobierno de Su Majestad británica y el de Estados Unidos están animados de idénticas ideas por lo que atañe a las actuales circunstancias de Hungría.

Como persona quizá única en Hungría que mantiene su independencia de criterio y cuyo ministerio le obliga a la intervención, trato de gestionar de Su Excelencia una actuación en este sentido. Le ruego que tenga la bondad de efectuar los pasos necesarios para garantizar en Hungría la libre expresión de la voluntad popular y la implantación de los principios democráticos.

»En teoría, Hungría es un país democrático, cuyo Parlamento y gobierno —como se insiste en proclamar públicamente— se fundamentan en las elecciones libres de 1945. Estas elecciones fueron democráticas en apariencia, pero adolecieron de una decisiva deficiencia: tan sólo seis partidos previamente seleccionados tomaron parte en ellas, La mayor parte de la población, que representaba a la opinión pública, se vio obligada —pese a sus convicciones políticas— a votar a uno de los partidos participantes, principalmente al Partido los Pequeños Propietarios. Prescindiendo de estos hechos, debe destacarse que el gobierno no refleja la relativa fuerza de dichos partidos participantes. En las elecciones, el Partido de los Pequeños Propietarios obtuvo el 57 por ciento de todos los votos; el Partido Comunista, el 17 por ciento; el Partido Socialdemócrata, el 17,4 por ciento; el Partido Campesino, el 6,9 por ciento; el Partido Radical, el 0,1 por ciento y el Partido Ciudadano, el 1,6 por ciento.

»Además, el Parlamento —que se compone de una sola Cámara— procedió a la elección de doce diputados representantes de la vida intelectual, espiritual y pública del país. En la composición del Parlamento tras las elecciones, los partidos que habían tomado parte en éstas quedaron representados en la siguiente proporción:

*Partidos Diputados Porcentaje*

Pequeños Propietarios.... 245 58,2

Partido Comunista.... 70 16,6

Partido Socialdemócrata.... 69 16,4

Partido Campesino.... 23 5,5

Partido Radical....

Partido Ciudadano.... 2 0,5

Independientes.... 12 2,8

421 100,0

»Puesto que tan sólo los primeros cuatro partidos estaban representados en el gobierno, el de los Pequeños Propietarios hubiera tenido que ocupar el 60,1 por ciento de los puestos del gabinete. Pero sólo ocupó un 50 por ciento, exceptuado el puesto del presidente del Consejo. Los ministerios de mayor importancia —Interior, Comercio, Justicia, Finanzas y Cultos— fueron ocupados por miembros de los otros partidos. En el Consejo Superior de Economía, el Partido de los Pequeños Propietarios tuvo un papel secundario.\* El ministro del Interior, comunista, posee las atribuciones de autorizar o denegar la celebración de reuniones públicas y la constitución de asociaciones. También tiene la policía en su mano. Tan sólo un 15 por-ciento de los consejos locales y de condado pertenecen al Partido de los Pequeños Propietarios. Incluso en los ministerios cuyo titular es miembro de este partido, los funcionarios marxistas ocuparon, por medio de procedimientos de terror secreto, la mayoría o por lo menos, las posiciones claves.

»La situación es la siguiente: un grupo minoritario, según las elecciones, se ha convertido en mayoría y ocupa posiciones de poder como si el partido comunista hubiera obtenido el 57 por ciento de los votos y no el 17 por ciento. ¿Cómo se ha llegado a semejante situación, inédita en la historia de los gobiernos parlamentarios? El periódico "Sunday Times" del 5 de mayo de 1946 da a ello la explicación de que el 37 por ciento de los diputados tan sólo tienen una instrucción escolar primaria.

»Las consecuencias de esta situación son las siguientes:

»1. Correspondiendo a los deseos de Moscú (tratado ruso-húngaro), toda la vida económica de Hungría se encuentra en manos soviéticas. Los políticos más hábiles y experimentados son todos ellos gente de Moscú; los restantes carecen de experiencia y práctica o están corrompidos y dispuestos a cumplimentar todos los deseos de los rusos.

»2. Una ruina sistemática de la nación; el cese desconsiderado de los funcionarios no gratos; incitación de la opinión pública contra Norteamérica e Inglaterra; abolición del sistema económico capitalista, de tal manera que ha llevado a la paralización económica y se hace patente la amenaza del hambre; a ello hay que añadir los preparativos para la implantación del sistema de koljoses y la eliminación de la propiedad campesina individual. La falta de liquidez en las cajas de las empresas era general. Peter Veres, uno de los más importantes colaboradores con el gobierno y jefe del Partido Campesino, se ha visto obligado, ante la situación, a resumirla brevemente en el órgano de su partido "Szabad Szó" del 24 de noviembre de 1946, con la siguiente frase: "Nada marcha, y lo que marcha se dirige en una dirección equivocada".

»3. El nepotismo y la corrupción predominan en un creciente nivel. Me remito al escándalo de la firma de exportación e importación "West-Orient". El ya mencionado Peter Veres dice sobre la crisis en la coalición de los partidos en el poder, que la actual situación de las cosas se caracteriza por la "corrupción interna" y el "olor a podredumbre". La clase obrera teme que sean los vampiros de la democracia popular los que succionen su sangre, como antes lo hacían los tiranos feudales. Se presenta como un gran éxito el hecho de que

100.000 inspectores revisen todos los sectores de la economía, pese a que el país debería experimentar por ello la más profunda vergüenza.

»4. No existe libertad religiosa. Está prohibida la celebración de procesiones y la constitución de asociaciones católicas; no se autoriza la publicación de prensa católica; los edificios de las sedes de agrupaciones e instituciones católicas están confiscados, se ejerce espionaje en el seno de la Iglesia y numerosos sacerdotes, entre los que se cuentan los mejores, se encuentran encarcelados o recluidos en campos de concentración, donde sin que medie proceso ni sentencia alguna, son retenidos de cuatro a veinte meses y tienen que sufrir torturas y hambre. Éstas son las características que distinguen la llamada libertad religiosa en Hungría. En dos ocasiones se impidió la lectura de una carta pastoral de los obispos. Los fieles reunidos en los templos, fueron expulsados de los mismos por soldados soviéticos. Un grupo de fieles que rezaba ante la imagen de la Virgen, en la Iglesia de San Roque en Budapest, fue detenido por la policía.

»5. Falta por completo la más elemental seguridad civil. Los conductores de taxi de Budapest no se atreven a circular por los suburbios en cuanto anocchece; el asesinato y el robo están a la orden del día en la capital y también en las zonas rurales.

»6. Domina en los sectores una situación ficticia, en todo semejante a los famosos pueblos ficticios de Potemkin. El representante de la UNRA, Mr. Curtís, ha informado que se han producido defunciones por hambre en Balassagy. "Caritas" está falta de medios de transporte, pero entretanto circulan por Budapest y provincias camiones destinados en principio a misiones benéficas, adornados con banderas rojas y pancartas del partido. Tampoco están disponibles los vagones del ferrocarril. Pero los partidos marxistas disponen de vagones para trasladar a sus efectivos a las más diversas concentraciones. "El pueblo está decepcionado e indignado", escribe Peter Veres, jefe del Partido Campesino. "Se pregunta, irritado, qué clase de democracia es ésta. Todos esperaban del nuevo orden instaurado después de la guerra otra cosa que lo que impera ahora en la nación" ("Szabad Szó", 24 de noviembre de 1946).

»Mientras el ejército de ocupación permanezca en el país, los comunistas afianzarán su poder. Arman a sus gentes, coaccionan mediante el terror a los funcionarios cesantes para que ingresen en sus partidos, tratan de reducir el número de ciudadanos con el derecho a voto y prosiguen su tarea de liquidar los derechos de la Iglesia católica.

»Ruego, por tanto, a EE.UU. y Gran Bretaña que en su calidad de potencias protectoras y defensoras de la libertad y la justicia nos presten su ayuda, que contribuyan a poner fin al presente estado de corrupción para que el empobrecido pueblo húngaro pueda seguir siendo miembro de la familia de naciones que tienen su raíz en la cultura cristiano-europea.

»Con ayuda de los Estados democráticos podría encontrarse la solución de nuestros problemas. Para ello estaría personalmente dispuesto a dar los consejos y asesoramientos que se considerara oportunos.

»Estoy, además, en situación de suministrar las correspondientes pruebas a cuantos datos han quedado indicados.

»Con el máximo respeto.

«Budapest, 16 de diciembre de 1946.

«CARDENAL JÓZSEF MINDSZENTY,

«Primado de Hungría.

«Arzobispo de Estergom.»

No había escrito aquella carta para contribuir al derrocamiento de la República, sino para mantener a raya los irrefrenables intereses políticos del partido comunista. Mi postura era la siguiente: aquellos que de acuerdo con la declaración de Yalta habían garantizado a los países «liberados» de la Europa Oriental y Central elecciones y gobiernos libres, no podían permitir que la milenaria Hungría cristiana se convirtiera en colonia del comunismo. Pero pronto me fue posible comprobar que también en lo referente a Yalta podía aplicarse la afirmación de que teoría y práctica son muchas veces diferentes caras de la misma moneda.

Olti mostró estas cartas durante las sesiones del proceso. Hizo que yo confirmara que procedían, efectivamente, de mí, pero luego leyó dos medias frases aisladas del contexto. Afirmó seguidamente que el hecho de haber redactado aquellas cartas era una incitación a la guerra. En la misma argumentación se apoyó el fiscal en su requisitoria:

«Los miembros de la organización, entre ellos Mindszenty, en confesión hecha en el curso de las sesiones, han admitido como objetivo de sus esfuerzos el desencadenamiento de una tercera guerra mundial. El acusado principal y sus cómplices establecieron con vistas a estos objetivos, contacto con políticos imperialistas, así como con órganos y representantes del gobierno de EE.UU que combaten a las democracias populares. Querían dar la impresión con ello de que existía en Hungría un intenso movimiento legitimista. Querían hacer creer que el pueblo húngaro acogería con alegría una nueva guerra. Trabajaron así, de manera sistemática, con los imperialistas que en Estados Unidos incitan a una guerra contra nuestro país» («Libro Negro», pág. 143).

La argumentación que antecede puede interpretarse como expresión de la «legalidad socialista». Se llegaba en ello tan lejos que mi toma de posición contra el partido comunista fue calificado por el tribunal, sobre la base de la ley VII del año 1946, como un delito contra el orden democrático del Estado, es decir, contra la República. Dada esta «praxis» jurídica, la expresión «orden democrático del Estado» venía a significar lo mismo que el partido comunista. Manipulación ésta, como difícilmente se hubiera encontrado otra en el campo de la administración de justicia.

## La defensa

Como se desprende del «Libro Negro», mi defensor intervino cuatro veces ante el tribunal de una manera: la primera vez, inmediatamente después de iniciadas las sesiones, cuando Kiczkó aludió a la carta enviada en mi nombre por Décsi al ministro de Justicia. El papel que representó en aquel momento significó esencialmente un descargó a la policía cuando ésta trataba de mentir sobre lo ocurrido en la calle Andrássy.

La segunda intervención ocurrió de pronto, durante un largo y fatigoso interrogatorio. Pidió para mí una ocasión para tomar asiento. Su intervención suscitó la pequeña escena siguiente:

*El presidente*, dirigiéndose a mí: Avise, por favor, cuando esté cansado.

*Yo*: Estoy ya cansado.

*Presidente*: ¡Que le traigan una silla! (Un guardián trajo una silla. Mindszenty tomó asiento en ella.) Cuando se sienta usted fatigado mentalmente, dígalo. Ordenaré una pausa. ¿Podemos proseguir la sesión?

*Yo*: Sí.

La solicitud del defensor se debía menos a su compasivo corazón que al deseo de servir al régimen. Kiczkó intervino exactamente en el momento en que yo estaba a punto de caer desvanecido. Una parte de los representantes de la prensa se había dado ya cuenta de mi estado de agotamiento. En diversas informaciones se apuntó la posibilidad de que hubiera sido «preparado» para el proceso durante mi estancia en la calle Andrássy. Otras veces destacaron por contra «el trato humanitario dado al acusado» y algunas llegaron a hablar del «personal compasivo del tribunal» que era objeto de calumnias de una manera irresponsable.

La tercera intervención de Kiczkó ocurrió al final de la declaración.

El fiscal seguía haciendo preguntas referentes a mi confesión y al material probatorio. De pronto —como si se le hubiera ocurrido casualmente— habló sobre la planeada fuga de la calle Andrássy: «Hubo ya una discusión con Chapin cuando usted declaró que permanecería en el país. ¿Reconoce usted al respecto su propia letra en una carta cuyo contenido voy a leerle?» Y leyó a continuación: «Señor embajador. Hay que negociar hasta el jueves. Se lo ruego, porque se habla de pena de muerte y el caso comienza a volverse contra Norteamérica. Se pide de mí la prueba de que he recibido de Norteamérica dinero como pago de secretos de Estado. Le ruego que me proporcione un automóvil o un avión. En estos momentos, no hay otra solución» (I, 23).

*Postdata*: Le ruego la inmediata instrucción de Koczak, de tal manera que pueda tratar esta misma noche con el portador de la carta sobre todos estos asuntos. *Mindszenty*.

«*Postdata segunda*: En interés del asunto, prometa a los pilotos cuatro mil dólares, que yo responderé».

*Presidente:* ¿Escribió usted esta carta?

*Mindszenty:* Sí. (Durante un largo rato, agitación y murmullos en la sala.)

*Presidente:* ¿Hay alguna otra pregunta que formular? Se volvió hacia el defensor: «Ruego a la defensa que interroge por propio interés al principal acusado».

*El defensor, Kálmán Kiczkó:* ¿Se identificó el señor príncipe primado con el plan expuesto por Juzstin Baranyay, en el sentido de que comprendió y meditó enteramente cada frase o lo aceptó tan sólo como plan?

*Mindszenty:* Desde el momento en que no seguí la cosa...

*Defensor:* Sí.

*Mindszenty:* ... y no hice nada más; está así patente que no me identifiqué con ello.

*Presidente:* Anteriormente, no se expresó usted así. Con anterioridad, dijó: antes de que estuviera redactado este texto, había hablado usted con Baranyay; unas semanas o quizá unos meses después, había acudido Baranyay y se lo entregó. Fue objeto de estudio y usted habló nuevamente de ello y le dio su asentimiento. Posteriormente, Baranyay formuló la lista de gobierno, sobre cuyo establecimiento trajeron decidiendo que él tenía que redactar asimismo una lista de altos funcionarios de dicho gobierno. Baranyay redactó esta lista y la hizo llegar a usted, que se mostró de acuerdo en todos los extremos. Es lo que ha dicho usted no hace siquiera dos horas, ¿verdad?

*Mindszenty:* Sí.

*Defensor:* Usted procedió a su estudio, pero sin duda no comprendió enteramente la cosa. *B Presidente:* Él no ha dicho eso.

*Defensor:* Pero lo dice ahora.

*Presidente:* Por ello llamo su atención sobre las declaraciones y detalles anteriormente dichos.

La escena citada es suficientemente demostrativa del juego conjunto a que se entregaban la policía, el fiscal, los jueces y el defensor. La policía descubrió el plan de fuga. Un teniente coronel se procuró mi aprobación, mediante una estratagema aprovechando que no me encontraba en posesión de toda mi capacidad psíquica. Él mismo escribió la carta y durante la sesión principal del proceso, el escrito había aparecido en manos del fiscal, que se lo dio a conocer al defensor y los jueces. Pero el defensor, cuyo deber hubiera sido inquirir cómo se había trazado el plan, cómo se había redactado la carta y cómo había llegado a manos del fiscal, eludió todo ello, como si tuviera que aplicar el tiempo de que disponía a otra pregunta más importante, el asunto del informe de Baranyay.

La discusión sobre este informe cabe calificarla como una soberana hipocresía. La actitud, del defensor Kiczkó quedó demostrada abiertamente al querer que yo firmara una declaración en la que manifestara que no había entendido por completo la cosa.

Mediante tal actitud debía dar asimismo la impresión que el «honorable» y «hábil» defensor había aprovechado la única oportunidad que podía ofrecer un asunto perdido sin esperanza.

Kiczkó mostró sus artes por última ocasión al responder a la acusación fiscal. «Pieza maestra» ésta, que ninguno de sus colegas en el extranjero hubiera imitado.

Para mi perjuicio y ventaja del organizador del proceso determinó el defensor lo siguiente:

1. El acusado tenía en todo momento, tanto en la calle Andrassy como en las sesiones del proceso, la ilimitada posibilidad de defenderse.
2. Estaba confeso en todos los extremos.
3. Cabía designarlo como una víctima del Vaticano.
4. La Iglesia era un enemigo del Estado, por considerar que le había arrebatado sus bienes y sus escuelas. «Mi cliente se equivocaba al creer que la nacionalización de las escuelas fomentaría la ruina religiosa y moral de la nación.»
5. El acusado vivía, por así decir, encerrado en una torre de marfil y por ello no le fue posible observar el gran progreso y la transformación de la patria.
6. Era un sacerdote inexperto que había conseguido ascender hasta las más altas dignidades eclesiásticas.
7. Confirmaba lo que el fiscal había repetido muchas veces: no había en Hungría persecución religiosa alguna.
8. Afirmaba la necesidad de un acuerdo entre Iglesia y Estado.
9. Si se tenía en cuenta todo ello como circunstancias atenuantes, debía de ser condenado a cadena perpetua en vez de la solicitada pena capital. Kiczkó aludió repetidas veces a mi «arrepentimiento».

Con anterioridad a este sorprendente alegato de la defensa, el fiscal había pronunciado la requisitoria de la acusación, solicitando la ejecución del acusado y diciendo entre otras cosas:

«En la sesión principal, el acusado expresó su sentimiento por sus acciones pasadas y declaró que a partir de entonces no obstaculizaría el acuerdo entre el Estado húngaro y la

Iglesia católica romana. Manifestó asimismo su disposición de retirarse por algún tiempo de sus funciones eclesiásticas.

»Esta actuación de Jozsef Mindszenty fue calificada entonces de arrepentimiento. Pero tras el juicio del acusado esta actitud se revela tan sólo como aparente. Aparente, por cuanto durante su detención quiso hacer llegar clandestinamente al embajador norteamericano Chapin la carta aquí expuesta y cuya autenticidad ha sido reconocida. Del contenido de dicha carta se desprende claramente la intención de proseguir sus acciones e intrigas contra la democracia popular húngara. Incluso antes de su detención quiso hacer llegar al embajador una carta para rehuir la eficacia del código penal» («Libro Negro», pág. 150).

Quiero hacer especial mención de dos hechos:

Cuando al finalizar el interrogatorio, los policías nos sacaban, el coronel Décsi se acercó a mí. Lamentó que no hubiera obtenido resultado la carta al ministro de Justicia y que mi caso no se hubiera sobreseído. Culpó del fracaso del plan al funcionario Koczak. Opinó que era una I persona dudosa y negligente. A finales de enero había salido de Budapest, dejando la carta dirigida al embajador y que él tenía que transmitir, olvidada en el cajón de una mesa. Otra persona ocupó la vivienda dejada por Koczak. Al encontrarse el escrito, le faltó tiempo para entregárselo a la policía, temeroso de convertirse asimismo en un sospechoso y ser objeto de acusación. (Años después, cuando me encontraba en la embajada norteamericana, supe que Koczak había abandonado Budapest y el país el 11 de febrero de 1949, a consecuencia de su expulsión.)

Tengo que añadir que en la calle Markó mi defensor quiso inducirle, durante un descanso, a que suscribiera una declaración en la que atestiguara que no había sido objeto de tormento ni coacción, sino que tanto en la calle Andrassy como en la de Markó había podido ejercer libremente mi defensa. El defensor me solicitó aquello porque los Periódicos extranjeros hablaban de torturas y medios coactivos y no vacilaron en calumniarle a él, el «honorable y escrupuloso» defensor.

## **La sentencia**

Tres días duraron las sesiones públicas. Al cabo de aquellas tres jornadas, el tribunal estaba convencido de que todos éramos culpables y dictó contra nosotros severas penas de reclusión.

Yo fui condenado a reclusión perpetua y Jusztin Baranyay a quince años, como jefes de la organización que tenía como objetivo el derrocamiento de la República, es decir, cometido un delito concreto según la llamada «ley verdugo».

Por haber participado en la organización, András Zakar fue condenado a seis años de cárcel.

A Pal Esterházy le correspondieron quince años de reclusión por haber apoyado materialmente a la organización.

Según infiero ahora de los documentos del proceso publicados en el «Libro Negro», no quedó clara en el mismo la forma como Esterházy había financiado la conjura. De sus propias confesiones, así como de las de su secretario y mi administrador, apenas si podía ponerse de manifiesto que su secretario había comprado a mi jefe contable dólares y cheques pagándolos a precio muy alto para «determinadas finalidades». Mi jefe de contabilidad dio íntegramente las cantidades distribuidas a los pobres y menesterosos, correspondiendo así al deseo de los donantes. Sin embargo, el tribunal popular condenó a Esterházy apoyándose en el artículo de la Ley VII, capítulo 10, párrafo 2, aprobada en el año 1946, a quince años de reclusión por haber prestado apoyo financiero a una organización cuya finalidad era el derrocamiento de la República.

Al igual que Esterházy, los demás fuimos también juzgados y condenados sin el menor escrúpulo. Según el tribunal, no sólo eran punibles los actos de violencia, como por ejemplo, el motín o el levantamiento armado, sino que cualquier toma de posición contra la República se consideraba como vulneración de la ley. Según la interpretación dada por aquel tribunal popular, era también punible el deseo de cambiar la forma del Estado por medios pacíficos y legales. Lo cierto era que nosotros no habíamos tratado de derrocarla ni con medios pacíficos ni por medio de la violencia. Esto era lo que nos habían atribuido, desfigurando astutamente mis actitudes y mis acciones. Mis delitos estribaban en mi lucha contra las usurpaciones de derechos cometidos por los mandatarios bolcheviques; pugné con todas mis fuerzas por la libertad religiosa, solemnemente garantizada por las leyes; defendí la subsistencia de las escuelas confesionales; quise salvaguardar el derecho a la asignatura de formación religiosa para impedir un monopolio de la educación e instrucción de signo materialista.

Al efectuar la redacción del texto de la ley, los comunistas habían previsto ya la celebración de futuros procesos espectaculares, sólo legales en apariencia. Los diputados, en especial los miembros del Partido de los Pequeños Propietarios que aprobaron la citada ley, desconocían los propósitos de los comunistas. Frente a aquellos que recordaban los grandes procesos bajo Hitler y Stalin y precisamente por ello deseaban un texto legal preciso y concreto, los redactores de la ley destacaron la palabra «subversión», subrayada en la «ley verdugo». Podía deducirse así que la ley sólo condenaba las acciones externas violentas que constituyeran una clara vulneración de la misma. Pero sólo era una deducción.

Cuando comprobé por vez primera en la calle Andrassy que —apoyándose en el articulado de la Ley VII del año 1946 —querían acusarme de conspiración, puse de manifiesto que la palabra «subversión» contenida en el texto legal excluía cualquier posibilidad de calificar mi actuación como punible. Esto fue rechazado por la interpretación que el tribunal popular dio a la «ley verdugo», aunque con la vulneración de dos leyes fundamentales.

La ley I de 1946, que establecía la forma institucional republicana, garantizaba a todo ciudadano la libre práctica de los fundamentales derechos humanos; concretamente la libre opinión y expresión, el derecho de asociación y el derecho de la participación en el gobierno de la existencia privada y estatal. La Asamblea Nacional húngara reconoció en 1947 el tratado de paz de París. La ley XVIII de 1947 se comprometía solemnemente a velar por los derechos humanos. La segunda ley fundamental aseguró de una manera textual que toda persona bajo la soberanía húngara tenía garantizado el disfrute de los derechos humanos, en los que estaban incluidos los derechos elementales que daba el ejercicio de la libertad, es decir, el de tener las propias convicciones políticas y gozar de la libertad de organizar o asistir a asambleas y concentraciones resultantes de las mismas.

Según eso, resultaba inadmisible toda interpretación tendente a considerar ilegales sin diferenciación alguna, aquellos movimientos u organizaciones que aspiraban a un cambio de la forma institucional republicana. Teóricamente y de acuerdo con el derecho constitucional era lícita la derogación de la Ley I de 1946 por parte del Parlamento; con semejante finalidad podían también efectuar los propios miembros del Parlamento Una acción e incluso el ciudadano podía hacerlo individualmente. Con Jjuestras condenas, el tribunal popular había pecado de inconstitucionalidad al vulnerar la ley VII de 1946. Las condenas resultaban, pues, anticonstitucionales desde el punto de vista formal.

Vi confirmada esta opinión por la publicación del gobierno Nagy en los días de la lucha de liberación en el año 1956. La citada declaración:

«El gobierno de la nación húngara hace constar que las acusaciones hechas en 1948 contra el príncipe primado, József Mindszenty, estaban desprovistas de toda legalidad. En tal sentido, se declaran nulas la totalidad de las disposiciones tomadas contra el príncipe primado, que podrá reasumir sus funciones ciudadanas y religiosas y ejercerlas libremente».

Volviendo a las condenas dictadas, era evidente que se trató de encubrir la falta de pruebas mediante una estrepitosa propaganda. Desde el momento de mi detención hasta el último acto de aquel proceso, se gritó incansablemente a los cuatro vientos:

«Los traidores comparecen ante sus jueces; a su frente está Mindszenty que infiel a la doctrina cristiana, intentaba precipitar al pueblo húngaro en la ruina y mediante embozadas consignas políticas y una secreta conspiración, quiso privar al pueblo de las conquistas democráticas. Pero la policía siempre alerta ha conseguido desarticular esa banda criminal de espías, traidores y traficantes de divisas... El tribunal popular debe dictar por ello las más severas sentencias...»

«El Libro Negro» publicó asimismo mi «epílogo»; son las palabras finales que se atribuyeron por ley, pero es obvio que no fui el redactor de ellas. Quien me conozca, siquiera sea superficialmente, comprobará que ni el tono ni el contenido de este discurso, así como el reconocimiento de mi culpabilidad que contiene, cuadran con mi carácter y mis ideas. El llamamiento dirigido al episcopado para un acuerdo entre la Iglesia y el Estado,

estaba destinado a obligar a los «recelosos» obispos a sentarse a la mesa de conversaciones, pero no obtuvo el éxito perseguido. La Santa Sede hizo público que consideraba inadmisible cualquier clase de conversaciones en aquellas circunstancias y el deseo de entablarlas «incompatible» con el trato a que se me sometía.

No se entablaron, por tanto, conversaciones. No tuve conocimiento de esta actitud del episcopado (tan sólo sabía la mentira que me había dicho Gábor Peter en la calle Andrassy, según la cual la mayor parte del episcopado estaba contra mí). En vísperas del proceso sólo había escuchado falsedades como ésta: «Los obispos dejan la solución del caso Mindszenty al buen criterio del gobierno».

El Papa Pío XII dirigió el 2 de enero de 1949 una carta a los obispos de Hungría en la que estigmatizaba mi condena. En el Consistorio secreto del 14 de febrero de 1949, el Santo Padre dijo así:

«Os hemos convocado a este sagrado Consistorio extraordinario para comunicaros la tremenda y dolorosa angustia de mi corazón. La causa de esta angustia es ya conocida; se trata del grave delito que hiere profundamente no sólo a vuestro esclarecido Colegio y no sólo a toda la Iglesia, sino a la totalidad de los defensores de la dignidad y libertad humanas. Tan pronto como Nos fue comunicado que nuestro querido hijo, el cardenal de la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana, József Mindszenty, arzobispo de Esztergom, había sido encarcelado, con desprecio de su alta posición religiosa, remitimos un escrito lleno de afecto a nuestros dignísimos hermanos, los arzobispos y obispos de Hungría. En este escrito levantábamos pública y solemne protesta tal como nuestro alto magisterio nos obliga.

»Tras haber llegado a pronunciar las más grandes y atroces injurias contra ese digno príncipe de la Iglesia, condenado a la reclusión en una cárcel como si se tratara de un malhechor, no podemos por menos de reiterar nuestra solemne protesta. A esto nos mueve, sobre todo, los santos derechos de la religión, en defensa de los cuales ha luchado largo tiempo ese valeroso abogado de la Iglesia; a eso nos mueve también la actitud expresada por las naciones y pueblos libres, que ha tenido su reflejo en palabras, escritos y expresiones de gentes incluso no pertenecientes a la Iglesia católica.

»De cualquier modo, tras puertas cerradas, como sabéis, se ha tratado el caso de este príncipe de la Iglesia, que tanto ha hecho en favor de la defensa de la religión y de la moral cristiana. Noticias que acogíamos con temerosa preocupación denotan que las personas de otras naciones que intentaron desplazarse a Hungría para tratar de seguir allí el desarrollo del proceso, recibieron una negativa cuando se sospechó que iban a informar la verdad y que su actitud no era en absoluto partidista. Ello ha confirmado la sospecha, no sólo de ellos sino de todas las personas que se han parado a pensar en tal circunstancia, de que en Budapest se desarrollaba un proceso cuyos promotores sentían temor de la opinión pública. Un juicio legal, que quiera ser digno de este calificativo, no parte de unas opiniones preconcebidas, ni se fundamenta !n unas conclusiones decididas con anterioridad, sino que

exige una libre discusión y garantiza a todo acusado la libertad de pensamiento y expresión.

«Consideramos que la sentencia, sobre la que han expresado su fallo todos los observadores objetivos del proceso, tiene que ser impugnada: hay muchas sospechas de que no se ha procedido con medios legales; el precipitado y por ello sospechoso desarrollo de las sesiones; las acusaciones formuladas con mucho refinamiento y el estado físicamente quebrantado del acusado arzobispo, son otras tantas cosas que deben destacarse como merecen. Un hombre dotado de una naturaleza férrea, en pleno vigor vital, apareció de pronto débil y vacilante. Su actitud no significó una acusación contra sí mismo, sino que venía a resultar más bien una acusación contra sus acusadores y condenadores. »Por todo ello, hay que considerar que el proceso ha tendido, en priora línea, a confundir a los círculos católicos de Hungría en el sentido que da a esta confusión la Sagrada Escritura: "Destruiré a los pastores para que se disperse el rebaño" (Mateo, 26, 31).»

¡Qué consuelo hubiera representado para mí saber de esta paternal solicitud del Papa durante mi reclusión en la calle Andrássy y en la calle Markó. Pero en mis tinieblas y mi sufrimiento no se deslizó siquiera un atisbo de aquellas luminosas y benévolas palabras.

En las épocas posteriores de la coexistencia, los lances en torno al proceso y también la sentencia, promovieron preocupaciones a Rakosi y sus sucesores. El régimen de Kadar se vio obligado, por razón del desequilibrio del país, a rehabilitar algunas víctimas de los procesos políticos. Para ello siguió guiándose en los principios de «legalidad socialista». Las víctimas del proceso Mindszenty no fueron rehabilitadas. Tan sólo se les ofreció la oportunidad de solicitar la aplicación de una humilde amnistía. Incluso llegó a instárselas para que la solicitaran.

Por mi parte, puse la rehabilitación como condición previa para mi salida del país. Tras las negociaciones del Vaticano con las autoridades húngaras, en el año 1971, no abandoné mi país rehabilitado, sino como un «condenado». Una vez en el extranjero, recibí la noticia de que me habían amnistiado. Era evidente que habían evitado hacerme entrega en la propia Hungría de los documentos sobre este procedimiento. Tan pronto como lo supe, desde el exterior escribí al ministro de Justicia la carta siguiente:

«Unos días después de abandonar mi patria, me enteré de que el Régimen me ha remitido un informe sobre la amnistía. Esta amnistía, que no he querido solicitar ni aceptar a lo largo de quince años, la rechazo también ahora sobre la base de la siguiente afirmación: la rectificación de la justicia sólo puede hacerse mediante una rehabilitación y nada más».

### **En la cárcel común**

Tras haberse pronunciado la sentencia, en la noche del 8 de febrero, me llevaron a un camión cuyas ventanillas estaban cubiertas por unas cortinillas. Me acompañaban tres guardianes y tres oficiales de la policía. Yo permanecía en silencio mientras ellos elogiaban los éxitos del movimiento comunista al servicio de la reconstrucción del país. Uno de los

máximos triunfos de este éxito había sido, según dijeron, mi propio encarcelamiento. Tras una hora de trayecto me dejaron en el patio de la cárcel general en Kóbanya y me llevaron al edificio del hospital penitenciario, celda número 10. Allá permanecí desde el 8 de febrero de 1949 al 27 de septiembre de aquel mismo año.

Me habían condenado a reclusión en un penal, pero me llevaron al hospital penitenciario. Quizá fuera porque mi cuerpo, quebrantado por los tormentos a que había sido sometido en la calle Andrásy, no hubiera podido resistirlo. Eligieron, sin duda, el edificio del hospital porque tras el tratamiento con drogas, precisaba vigilancia médica.

El jefe médico que me había reconocido en la calle Andrásy tres veces al día, acudió también allá diariamente durante las primeras dos semanas. Me reconocía en silencio, de la misma extraña manera que lo había hecho en la calle Andrásy, comprobando el funcionamiento de mi corazón, la respiración, el pulso, los ojos, las glándulas tiroideas y la presión sanguínea. Quizá me administraban con la comida alguna medicación tendente a restablecer el equilibrio de mi organismo. Se quiso también impresionar a la opinión pública con mi reclusión en un lugar mejor que el que me correspondía según la sentencia.

Gracias a las visitas de mi madre, el mundo se enteró de que no estaba en un penal, sino en una cárcel común. De todos modos, tampoco era aquél un buen lugar. Se pueden utilizar en la cárcel métodos de penal. Aquella cárcel era una vieja construcción de una capacidad calculada con toda seguridad para mil personas. Tras la segunda guerra mundial, el número de las allá recluidas por los comunistas alcanzó de todos modos varios millares. Con frecuencia, se ejecutaban sentencias de muerte. Vivíamos a la sombra del patíbulo.

No se dejaba en paz a los reclusos. Cada tres meses, el ministerio del Interior enviaba a unos agentes encargados de inquirir la localización de los posibles cómplices de los presos políticos. Se efectuaban en las celdas largos interrogatorios. Con halagos o amenazas, se conseguían denuncias por parte de los reclusos. Quien se mostraba obstinado, era puesto a dieta. Si tampoco se conseguía éxito con el procedimiento, corría el riesgo de que se le ingresara en un manicomio.

En el edificio de un piso de la cárcel, inmediato a una iglesia desafectada y un cuartel de policía —el paisaje aparecía limitado por el alto muro de piedra del cementerio de Rakoskeresztur— mandaba en su calidad de comandante del lugar, el teniente coronel de policía, Karoly Kiss. Había sido trasladado desde las filas de la gendarmería a la nueva fuerza de la policía secreta y trataba de asegurar su carrera ejerciendo la mayor dureza contra los reclusos. También había en aquella cárcel personas humanitarias, entre las que quiero destacar al teniente coronel llamado Fulop. Pero su buen comportamiento e incluso su benevolencia hacia mí, les hacía correr el riesgo de que se tomaran represalias contra ellos.

Mi habitación no carecía de confort: su longitud alcanzaba unos siete metros, y su anchura, tres metros y medio. El mobiliario se componía de cama, mesa y sillas; había incluso un W.C. y calefacción central, aunque raramente funcionaba, por lo que el frío me

hacía sufrir bastante. La habitación, y especialmente la cama y su ropa, eran un paraíso para las chinches. Cuando se lo hice notar un día al teniente coronel Kiss, me respondió con desparpajo: «Me hubiera sorprendido que no fuera así». No se aireaba la habitación, pese a que el propio Kiss, una mañana, al entrar, exclamó: «¡Demonio! ¡Cómo apesta!» Pero se Mantuvo la prohibición de abrir la ventana. Tan sólo estaba permitido abrir la puerta, pero entonces llegaba a través del pasillo una bocanada de viciado aire de hospital hasta mi celda.

Diariamente se me permitía un breve paseo por el jardín, pero sólo cuando se tenía la seguridad de que no podría encontrar o ver a otros presos, enfermos o externos. Con frecuencia, se escogían los momentos en que reinaba ya la oscuridad de la noche; cuando los camaradas guardianes podían entretenerte mejor con las camaradas enfermeras, es decir, a las diez o las once, me sacaban al aire libre. Si me había acostado ya a aquella hora y me había dormido, no me despertaban, pues el gobierno parecía tener en gran estima mi salud. Me acompañaba con frecuencia Kiss, que nunca estaba satisfecho con mis paseos; si iba despacio, me censuraba y tampoco dejaba de protestar cuando aceleraba el paso. A veces llegaba a interrumpir, pura y sencillamente, el paseo y me ordenaba volver al interior.

En el hospital penitenciario se producían con frecuencia crisis de delirio. Los guardianes trataban de explicarme que se trataba de los efectos de parálisis o sífilis. Tras mi liberación me enteré, sin embargo, que el número de enfermos mentales había aumentado en gran medida durante el tiempo de mi reclusión. Los presos políticos eran llevados allá a centenares. El «tratamiento especial» dado por la policía les había arruinado nerviosa y mentalmente y no se atrevían a internar a las pobres víctimas en los manicomios habituales, donde el estado de aquellas gentes podría sustraerse peor al conocimiento general.

Por lo que se refiere a la organización policial militar que presidía la cotidiana existencia de la casa, llamaba la atención el tono sucio y chabacano predominante. Los empleados, los guardianes y las guardianas contribuían a ello; en especial el jefe médico, al que no vi nunca —gracias a Dios—, pero del que oí hablar con frecuencia.

Me causaban especial impresión los secretos del cementerio inmediato. Contenía las tumbas de muchos húngaros que habían dado su vida por Dios y la Patria. Era frecuente que los sepultureros transportaran a presos muertos a través del patio y los jardines hasta el cementerio, pasando por delante de los reclusos que en aquel momento paseaban. Más tarde, en los días de la lucha por la libertad, recibieron allá sepultura algunos jóvenes héroes.

### **La sentencia, fuerza de ley**

La sentencia fue confirmada en primera instancia. Pero yo no conseguí ver el escrito. El fiscal apeló y solicitó del tribunal supremo la aplicación de la pena de muerte. A mi defensor no pareció ocurrírsele que también podía apelar contra la sentencia. En cuanto

me hubo recuperado un tanto en mi nuevo lugar de estancia, es decir, la cárcel común, me decidí a entablar recurso contra la sentencia confirmada en primera instancia, cerca del juzgado de segunda instancia, el Consejo Nacional de los Tribunales Populares. Alegué para ello un tratamiento con drogas anuladoras de la voluntad durante mi permanencia en la calle Andrassy. Rogué la asistencia de un abogado para que se hiciera cargo de mi solicitud y escribí algunas cartas, la mayor parte dirigidas al ministro de Justicia. Es casi seguro que ninguno de aquellos escritos llegó a su destinatario, sino que se quedaron en manos de la policía.

Me dirigí también al arzobispo de Kalocsá y le rogué que me ayudara haciendo llegar una copia de mi carta al arzobispo de Eger. Tras mi liberación me enteré que la policía había convertido mi corto escrito en una carta mucho más larga y entregado ésta a la agencia húngara de noticias. El tema principal de aquella carta falsificada era una gestión por mi parte para llegar a un «arreglo» y un «arrepentimiento» de mi anterior actitud. Por fortuna, los obispos reconocieron inmediatamente la falsificación e hicieron caso omiso de la carta.

En los primeros días de julio, con anterioridad a la sentencia en segunda instancia, atestigüé por escrito sobre el valor de las «pruebas» obtenidas de mí en la calle Andrassy, los tormentos a que me sometió la policía y la utilización de drogas. Al parecer, nadie acusó recibo de aquel testimonio. Era costumbre que los condenados no pudieran comparecer personalmente ante el tribunal de apelación. Por ello nada sabía sobre el estado de mi caso. El juzgado de segunda instancia se ocupó de éste el 6 de julio de 1949. Mi primer abogado, Kalmán Kiczkó, no había vuelto a aparecer tras haberse pronunciado la sentencia por el tribunal. El 14 de agosto se me comunicó el fallo de la segunda instancia. Viví medio año en la incertidumbre sobre la que sería mi suerte y me preguntaba con frecuencia si se atendería la apelación del ministerio fiscal y tendría que morir. Deseaba vivir y no perdía la esperanza de seguir actuando en favor de la Iglesia y la patria. Más tarde, sin embargo, llegué a pensar que era mejor morir y en el curso de la Santa Misa que celebré el 19 de marzo, festividad de San José, hice expresión ante Dios de mi aceptación de la muerte.

El 14 de agosto me hicieron entrega de la sentencia para que diera el enterado. Tuve que devolverla y hasta muy tarde, en el año 1954, no tuve otra ocasión de ver otra vez el escrito. Comprobé entonces que habían rechazado la pena de muerte y mantenido la de reclusión perpetua.

## **La visita de mi madre**

Durante mi estancia en la cárcel general, mi madre me visitó en total unas tres veces. Su primera visita fue dos semanas después de haberse celebrado el proceso. Se esperó tanto celebrar aquella ficción legal por razón de mi estado de salud, que dejaba bastante que desear.

Se puso como condición que las conversaciones versaran tan sólo sobre circunstancias familiares. El propio Gábor Peter se encargó de decirle a mi madre que sería aquélla la primera y última de las visitas en caso de que no cumpliera las condiciones.

Mi madre llegó a la cárcel en un automóvil de la policía, acompañada por un agente masculino y otro femenino. Nos vimos en la estancia número 1 y en presencia de Karoly Kiss. Llevaron una silla para mi madre, pero yo tuve que permanecer de pie. Mi madre pidió un taburete para poder cederme la silla. Kiss encontró improcedente la petición y le dijo que estaba prohibido. Hablamos de pie durante doce minutos.

Mi madre había contado con encontrarme en tal mal estado de salud que sintió satisfacción ante mi estado relativamente bueno.

Poco antes de efectuar su segunda visita, mi madre asistió a un bautizo en Marianosztra. Una familia creyente demostró con ello su simpatía y adhesión, eligiéndome padrino del niño recién nacido. Mi madre fue la madrina y ostentó a la vez mi representación. Tras el bautizo acudió a verme por segunda vez, como ha quedado dicho, y me comunicó que había estado con anterioridad en Mariamete para rogar por mí en aquel lugar de oración. Cuando me lo dijo, añadió:

—Tienes una gran familia que reza por ti, hijo mío.

Karoly Kiss nos interrumpió, diciéndonos que de acuerdo con las condiciones, sólo podíamos hablar sobre nuestras circunstancias familiares. Le respondí:

—Ya ha oído que mi madre tan sólo habla de la familia.

Dicho esto, seguí preguntándole por los miembros de aquella familia e inquirí si rezaban por mí. Cuando comenzó a hablarme de la familia del recién nacido, Kiss protestó de nuevo y mi madre le puntualizó que «entre nosotros, los fieles, no sólo pertenecen a la familia los parientes de sangre, sino también los hijos espirituales». Tras esta puntualización, el teniente coronel tan «consciente de sus deberes» no añadió nada más.

Mi madre me visitó por tercera vez el 25 de septiembre de 1949. Sobre este último encuentro informó a mi antiguo médico de cabecera y a los amigos que se preocupaban por mí. Les dijó que me había encontrado abatido y fatigado y que sufría de una inflamación tiroidea. En el libro de memorias publicado por el doctor Jozsef Vecsey encontré el pasaje que alude a esta conversación con mi madre y supe así que ella tuvo entonces la impresión de que los comunistas trataban de preparar de alguna manera mi muerte «natural»; no por negligencia en los cuidados médicos, sino mediante una adecuada «colaboración» con este fin. Quizá deseaban utilizar las visitas de mi madre para preparar lentamente a la opinión sobre mi fallecimiento.

Aquello debía corresponder a los verdaderos propósitos de mis carceleros, puesto que después de su tercera visita me trasladaron al presidio de la calle Constantin. También

los anteriores gobiernos habían recluido allá a sus presos políticos. La muerte «natural» era así rápida y solucionaba todos los problemas que aquellas personas planteaban.

En su última visita a la cárcel general, exigió mi madre del vigilante que se me sometiera al tratamiento médico que correspondía a mi estado. Al día siguiente, no sólo no atendieron su petición, sino que me transmitieron la notificación de mi inmediato traslado al presidio. Como pretexto de aquel traslado se me culpaba de una «transgresión» del reglamento de la que me había hecho culpable durante aquella visita. Había rogado a mi madre que comunicara a los fieles de Esztergom que entregaran una limosna por la misa celebrada diariamente por mí y repartiera de vez en cuando la cantidad entre los pobres. También se consideró una falta al reglamento la petición que hice de un abrigo que llevar en el calabozo. Así es que el 27 de septiembre fui trasladado a una prisión «más severa».

Había pasado medio año en el hospital penitenciario. Aquel tiempo había bastado para que tanto mi persona como mi caso fueran cayendo lentamente en el olvido. De esta manera, mis enemigos podían trasladarme a un penal sin temor a muy intensas críticas.

## En la prisión

De nuevo me vi sentado —tras ventanillas enrejadas —en el coche celular. Mis acompañantes se negaron a darme información alguna sobre el objetivo del viaje. Como circulamos tan sólo un breve trayecto, supuse que no nos habíamos alejado demasiado de la cárcel general. Por un camino campestre, entre tierras de labranza y grupos de árboles, llegamos a mi nuevo lugar de residencia. Con gran sorpresa por mi parte nos aguardaba en la puerta del edificio el propio Karoly Kiss. Mi antiguo verdugo de la calle Andrassy era ahora su superior y le había nombrado segundo comandante de la prisión.

Me entregó al comandante en cuestión. Como primera providencia, me llevaron al almacén de ropa. Allí me arrancaron con brutalidad mi traje negro de paisano y la ropa interior. Cuando reaccioné contra aquella manera de desvestirme, el policía, al que había conocido ya en mi primera noche pasada en la calle Andrassy, me hizo unas cuantas observaciones groseras. Me quitaron todo, incluidos los cordones de los zapatos y los tirantes. No me dieron vaso para beber, ni tenedor ni mucho menos cuchillo, pues temían que los reclusos pudieran darse muerte. Luego me proporcionaron las habituales ropas de penado: unos calzoncillos amarillentos, unos pantalones y un blusón de dril, una gorra del mismo género y unas botas gruesas y claveteadas. En aquel guardarropa faltaba un abrigo para el invierno, unos guantes, pañuelos y camisón de dormir. Cuando me enfundé en las nuevas ropas, me vino a la memoria en un pronto de humor negro la pregunta de en qué se diferenciaba el aguardiente al uniforme de dril. Tuve que responderme: «No hay ninguna. Los dos se consumen en verano y se hielan en invierno».

Una especial satisfacción me reservaría, pese a todo, aquel momento: me entregaron un volumen del oficionario, si bien era el correspondiente a la época de primavera y nos encontrábamos metidos en el otoño. «¡No sea usted tan remilgoso!», me reprochó Kiss. «La oración es siempre oración.» A pesar de mis ruegos, no me permitieron otro libro,

negándome asimismo el reloj, la pluma estilográfica y el rosario. Tampoco podía celebrar la Santa Misa.

Karoly Kiss ejercía su cargo con visible satisfacción. Su rostro irradiaba cuando podía aparecer con uniforme de gala. Gustaba de las botas, pero mucho más de los tacones de las botas, que le daban la posibilidad de solucionar de una manera expeditiva algunos problemas. Le proporcionaba deleite la humillación de los reclusos y en su opinión, un preso no tenía razón nunca y cualquier reclamación que podían hacerle era para él signo de desvergüenza. No disfrutaba de buena salud; tenía el estómago fuerte, pero los pulmones y el corazón no parecían muy en orden. Así es que había desarrollado una teoría muy propia, según la cual era el aire libre una medicina eficaz. Era un apasionado paseante. Es curioso remarcar, empero, que no consideraba «medicina» la atmósfera de los patios interiores que tenía siempre a su disposición, ni la de la calle, ni el aire del campo, sino que seguía siempre el paseo de los reclusos. A las seis de la mañana salía; primero, efectuaba el paseo por espacio de breve tiempo. Luego lo amplió y duraba hasta casi el mediodía. De esta manera tuvo que acortarse el paseo de los reclusos o incluso suprimirlo por completo.

Con Kiss sólo podía medirse «el teniente del silbato». Su debilidad eran los registros y las confiscaciones. La registraba todo, desde el saco de paja del camastro hasta las páginas de un libro. Con placer que no podía disimular, me ponía cara a la pared en un rincón para que no pudiera ver ni oír nada. Si yo me permitía alguna observación, me interrumpía: «¡Cuando yo pregunto!» Un día intentó hacerlo sobre tan sucias intimidades que le señalé la puerta. Debía quedarle un resto de pudor, ya que se marchó inmediatamente. Era un malvado profesional, como hubiera dicho Oscar Wilde. Cuando todavía era la época de Rakosi, el hombre desapareció del establecimiento. Sucesor de Kiss fue otro hombre, que se mostró humano. Fue el comandante Vekasi. A pesar de que no siempre resultaba objetivo, lo cierto es que nunca fue grosero.

También los guardianes se dieron cuenta del cambio de clima y, como consecuencia, se operó una transformación en su manera de tratar. Era patente que el personal de guardia sabía interpretar con toda precisión el estado de ánimo del comandante. ¡Cuántas veces había tenido que oír hasta entonces las más graves maldiciones contra Cristo! En tales casos, yo pensaba: «No has nacido de madre húngara y si así fuese, el fruto no corresponde al árbol». Algunos compañeros de reclusión estaban convencidos de que el personal de guardia del cardenal había sido objeto de recluta entre las gentes peores. Cuando alguno de los carceleros o guardianes se mostraba especialmente brutal y cruel, acostumbraban a comentar: «¡Este debe haber sido vigilante del cardenal Mindszenty!»

Entre el 27 de septiembre de 1949 y el 13 de mayo de 1954, tiempo de mi estancia en la prisión, me formulé repetidamente la pregunta de dónde me encontraba en realidad. Al descender del coche celular durante mi traslado, pregunté a uno de los tenientes coroneles que me vigilaban si estábamos en Harta. Asintió en silencio. Creí siempre a partir de entonces que me hallaba en aquel lugar, donde había estado encerrado Nadossy, condenado en el proceso Frank de falsificación. Cuando tuve ocasión, en 1955, de hablar con un sacerdote, éste no supo decirme en qué penal había permanecido recluido todo

aquel tiempo. Según mi descripción, se sentía inclinado a creer que me habían tenido encerrado en Kistarcsa. Pero allí no había prisión alguna. Por documentos oficiales que me fue posible consultar luego, comprobé que me habían mantenido de una manera consciente en la ignorancia sobre el lugar de mi estancia. Encontré detalles sobre un impreciso lugar que bien podían corresponder a la prisión Conti, en Budapest.

En la calle Conti (Tolnai Lajos), del distrito VIII de la capital, se alza una prisión. Tiene capacidad para 200 presos, pero hay reclusos unos 300. En el siglo pasado, el edificio fue sede de la comandancia militar de la ciudad y los tribunales militares. Durante los años 40 se recluyeron allí espías militares antes de proceder a su juicio. Se utilizaron para ellos las casamatas. Eran húmedas, sin ventilación ni la menor condición sanitaria. Los reclusos fallecían casi siempre al término de medio año. A la calle Conti se llevaba, por lo general, aquellos presos políticos a los que se quería eliminar por medio de una «muerte natural». Al lado de mi prisión había una taberna donde se tocaba en verano música zíngara. Parece que en las proximidades había también un cuartel de policía, con despachos y viviendas, en cuyos jardines jugaban muchos niños. Con frecuencia las madres discutían entre sí a causa de los niños y se armaban unos alborotos que precisaban la presencia de los policías para restablecer el orden en su propia casa. También había horas idílicas, los domingos, tras la comida del mediodía, en las que se tocaba la cítara y se escuchaba la canción: «Engancho mi caballo en mi coche amarillo...»

Desde la lejanía llegaba el son de la campana de numerosas iglesias. El primer año de mi reclusión, todavía estaba autorizado el paso por las calles de las procesiones de la Pascua de Resurrección y el Corpus, en las que me sentía presente en espíritu.

## La celda

La puerta de mi primera celda en la prisión se abría al corredor, y la ventana un sólo a un patio rectangular cubierto, en parte asfaltado, en parte con césped.

La celda era más pequeña que la que había ocupado anteriormente, en la cárcel cucaña al cementerio. A pesar de sus dimensiones, su aspecto no era el habitual. En las paredes se veían pinturas bastante buenas; mucho más sorprendente encontré el hecho de que no se hubieran borrado aquellos frescos que no correspondían en manera alguna a la nueva ideología. En la puerta de madera había una mirilla, pero no servía, evidentemente, para la conversación de los detenidos. Afuera, en el pasillo, había bastantes cosas que ver: guardianes uniformados y de paisano, cuyo número era en ocasiones mayor que el de los detenidos.

Los vigilantes me observaban de manera casi constante por la mirilla, se solazaban con la inexperiencia del recién llegado que era yo y hacían sus comentarios y sus chistes. Por mi parte, guardaba silencio. Apareció de pronto un comandante y gritó:

—¡No sea usted fresco! ¿Olvida quién era y lo que era hasta ahora? Hay celdas peores que ésta. ¡Las casamatas!

El inventario que encontré en aquella húmeda estancia, no era especialmente valioso. En la ventana estaba instalada —según todas las apariencias— una colonia de arañas. En el suelo y en el sucio colchón de la cama habitaban otros animalillos. El ajuar estaba compuesto por un cubo, una jofaina de aluminio, dos mantas deshilachadas y la toalla, mesa y silla y una sábana llena de manchas multicolores, que con toda seguridad había pertenecido al pintor de los frescos.

De la pared colgaba una cartulina en la que estaba escrito, en mal húngaro, el horario de la jornada. Lo recuerdo a medias todavía:

A las 5: Levantarse, recogida de la ropa, lavarse, lavarse los dientes (sin cepillo ni pasta) y hacer la cama.

A las 6: Quitar el polvo (para quitar el polvo del mobiliario había que utilizar el pañuelo). Después, tiempo libre.

A las 7: Desayuno.

A las 8'16: Prepararse para el paseo, que se efectuará hasta las 13 horas: Comida.

18: Cena.

19: Silencio.

Éste era el horario cumplido con el máximo aburrimiento y amenizado por las constantes miradas de los guardianes.

No permanecí mucho tiempo en aquella celda. Los trasladados obligatorios eran a un tiempo deber y diversión de los carceleros. Así es que en la noche del 18 al 19 de noviembre de 1949 me correspondió un «cambio de alojamiento». Rodeado de policías, me trasladé con mi modesto ajuar —jofaina, cubo, etc.— a un nuevo calabozo. Era un lugar mugriento y húmedo con una ruidosa vecindad. También las paredes estaban pintadas con frescos, que no representaban en aquel caso unos acontecimientos históricos, sino algunas escenas sucias y repelentes. Quizá aquélla fuera la razón de que hubieran escogido la celda para incluir en ella a un cardenal.

Pensé en la santa del día, Santa Elisabeth, que tras su expulsión del castillo de Wall, se había alojado en un establo. Había entonado entonces un Te Deum y con el recuerdo puesto en ello, no me quejé del lugar donde me habían trasladado. Agradecí, por el contrario, a Dios, poder decirle: «Me siento satisfecho por el día en que he recibido tanta humillación; por los años en que nos ha sido dado ver tanta desgracia» (Salm. 89,15).

Mis pensamientos se iban a los santos. A la pregunta de qué esperaba por su pugna continua consigo mismo y el sacrificio de su vida, San Juan de la Cruz respondió: «Sufrir y ser menospreciado por Ti, Señor».

Somos pequeños, pero podemos llegar a ser grandes. Los santos anduvieron siempre por las más altas de las alturas precisamente cuando descendían a la más honda profundidad de la miseria y el sufrimiento humano.

¡Dame, Señor, un poco de ese estilo de los santos! Tres noches permanecí en aquel lugar. Me trasladaron luego a un pequeño aposento en la planta baja y me dijeron:

—¡Ésta es una buena celda para que permanezcas mucho más tiempo!

En diciembre comenzaron en la planta baja trabajos de reparación de la calefacción, pues sin duda no se había encontrado tiempo suficiente en el verano y el otoño para ello. Durante los trabajos y acaso porque había aumentado el número -de reclusos, nos vimos obligados a trasladarnos al primer piso. Apareció el comandante con su escolta. El «teniente del pito» ordenó:

—¡Afuera con sus cosas!

Me precedía un policía y me seguía, del mejor humor, el comandante. Me condujo a mi nueva celda y bromeó:

—¡Ésta es su nueva propiedad! ¡Hasta el día de su muerte!

En el breve espacio de un mes me habían trasladado ocho veces de lugar. En cuanto al número de celdas que ocupé en el transcurso de ocho años, no podría decirlo.

El día de San Silvestre, a las siete de la mañana, llegó la orden:

—¡Vuelta a la planta baja!

Recibí la severa consigna de no colocar nada en su sitio hasta que no me hubieran dado un permiso especial para ello.

Cuando entré, encontré la celda helada (la calefacción no había funcionado durante todo el invierno). Reinaba un frío intenso, debido quizá también a que el revoque de las paredes estaba todavía fresco y además la celda se hallaba situada bajo tierra. La humedad era tan intensa que las gotas de agua se deslizaban por las paredes. Había muy poca esperanza de que las cosas cambiaran, ya que el sol no entraba en aquella celda ni siquiera en verano.

Mis dientes entrechocaban y deseé poder cubrirme, por lo menos, con el jergón de paja mientras esperaba el permiso que tenían que darme. Pero no acudió nadie. Así es que me metí, sin el permiso policial, vestido, en la cama. Apareció entonces de pronto la guardia. Se pusieron a gritar que hubiera debido tener paciencia y que me quedaba tiempo suficiente para esperar. De hecho, me dijeron que para el «condenado a cadena perpetua» la espera dura toda la vida.

En un libro del Padre Walter Csiszek S. J. leo que este constante trasiego de los reclusos es un descubrimiento soviético. En el espacio de veintitrés años, este sacerdote de Moscú fue trasladado a Norilsk, Kras-noyarsk y Abakan. En las grandes aglomeraciones urbanas, le cambiaron constantemente de cárceles, y dentro de cada una de las cárceles, de celda.

Tales trasladados no representan tampoco un placer para los jefes de las cárceles, pero acatan las órdenes porque saben que se efectúan, principalmente, como medida precautoria. De esta manera se evita que los reclusos establezcan contacto con el mundo que les rodea.

### **Humor carcelario**

Un preso no está siempre triste. La cuna del humor carcelario debió ser con toda seguridad el corazón de un recluso. Se explican así muchos chistes. Como el del gitano que llevado un lunes al patíbulo, comentó, entre suspiros: «¡Vaya! ¡Comienza bien la semana!» Desde la Edad Media nos ha llegado esta anécdota: Markalf, condenado a muerte, había solicitado del rey la gracia de que le fuera concedido un último deseo. El soberano se lo prometió. Markalf pidió que le dejara buscar por sí mismo en el bosque el árbol donde ser colgado. No lo encontró jamás.

También los «condenados a perpetua» conservan una dosis de humor. El jefe de mis carceleros era un auténtico representante del régimen. Cuando entraba en mi celda, yo trataba de establecer conversación con él. Le formulaba curiosas preguntas sobre mis problemas y pretendía que él los resolviera. Para ello afectaba no saber cómo tenía que actuar:

—En el caso de que un sacerdote recluido esté condenado a cadena perpetua y por tanto no pueda ver a sus fieles, ¿sigue obligado a rezar por ellos en su breviario? ¿Está también obligado a hacerlo en el caso de que no disponga del volumen correspondiente a aquella estación del año? ¿Está obligado a leer la Misa por los fieles si no le autorizan a celebrar?

El comandante se tomaba el trabajo de quedarse pensativo y luego pronunciaba la «sabia» solución:

—¡Le dispenso de todas esas obligaciones! En una ocasión me preguntó:

—¿Tiene usted algún deseo especial? Mi respuesta fue:

—Tan sólo tengo un deseo. Cuando me detuvieron, me quitaron 49 florines. Supongo que ese dinero está depositado. Pero se da el caso de que también los condenados a reclusión perpetua pueden quedar libres a los quince años. Hasta entonces quizás se haya producido una inflación. Si me devolvieran ahora el dinero, podría comprar pequeñeces a alguno de mis ahijados.

El comandante cayó inmediatamente en la trampa. Su rostro se congestionó como el de un pavo y gritó:

—¿Qué? ¿Que el florín húngaro va a perder valor? Es la mejor moneda del mundo; así se hace constar en todo el mercado monetario.

—¡Por favor, no se indigne usted! Me satisface conocer la solidez de la divisa húngara. Sin duda no es material, sino algo inmortal.

En el año 1955 me hicieron entrega de la cantidad aludida, sin que yo lo hubiera entonces solicitado. En una visita que me hizo mi madre le pude dar el dinero para mis dos ahijados pobres. Lo cogió con una sonrisa. Sin duda pensó para sus adentros: «No conoce el valor del florín».

El refrán dice: «El húngaro se alimenta llorando». Este refrán adquiere todo su significado en lo que ataña a los presos húngaros. El humor del recluso es parecido al del emigrante Mikes, que escribía: «Estamos de tan buen humor que casi nos morimos de aflicción».

### **Gábor Peter me visita**

Un día me comunicó el guardián de servicio que se encontraba en la cárcel el teniente general y quería visitarme. Recibí la noticia en silencio. Poco después se abrió la puerta y aquel jefe tan temido y todopoderoso en la calle Andrassy entró en mi celda. Me saludó y me preguntó cómo estaba.

Respondí:

—Como acostumbra a estar una persona en este lugar. Me dijo entonces:

—He sido siempre de la opinión que la condena del príncipe primado era un gran error político. Tan sólo ha producido complicaciones, tanto a la Iglesia como al Estado. Hubiera debido utilizarse la cantidad de relaciones de que usted disponía para procurarnos las divisas que nos faltan.

Guardó silencio. Por su parte, siguió diciéndome que Laszlo Rajk había sido juzgado y condenado a numerosos años de cárcel. Luego volvió al tema de los dólares y opinó que yo podía ayudar todavía al Estado y que en el caso de que consintiera, me pondrían en libertad para ello.

Intuí el sorprendente compromiso. ¿Querrían acaso desplazarme a Norteamérica con el fin de implorar dólares para los comunistas? La idea era perversa. Se trataba de renunciar a mis principios para conseguir dinero al régimen imperante.

También Gábor Peter guardó silencio. Esperaba mi respuesta. No dejé escapar la buena ocasión para ironizar sobre el ofrecimiento.

—Pero estoy precisamente encerrado en esta oscura celda por haber traído divisas al país.

El teniente general hizo como si no hubiera oído. Insistió en su proposición y opinó que semejante trato sería provechoso para nuestra patria, para mí mismo y para la Iglesia católica. Pero como su propuesta no despertó en mí el interés que él había supuesto, no llegamos siquiera a precisar cómo Gábor Peter había preparado con detalle mi «liberación».

Es posible que aprovechara también la ocasión de su visita para comprobar las condiciones en que se desarrollaba mi existencia en la prisión y mi estado de salud. Cuando se hubo marchado, se me ocurrió la idea de que acaso la Cruz Roja había solicitado información sobre mí. Las autoridades húngaras deseaban, sin duda, dar una tranquilizadora respuesta a aquella petición, diciendo que el preso estaba en buenas condiciones de salud y se había adaptado por completo a la existencia de la prisión.

Más tarde me enteré de que el jefe de la policía no me había dicho la verdad sobre Rajk. Éste había sido ejecutado el 15 de octubre de 1949. Es decir, durante el período de gestión de Kadar como ministro del Interior. También él compareció ante un tribunal popular por haber vulnerado la llamada «ley verdugo». El ministerio le solicitó de manera amistosa que hiciera una confesión reconociendo su culpa y tras el desarrollo de una comedia jurídica, cuya técnica conocía muy bien Rajk, quedaría en libertad.

Cuando me enteré, tiempo después, de cuál había sido el destino de Rajk, seguí pensando en su ejecución. Como el propio 15 de octubre de 1949 tuve que presenciar desde mi ventana una ejecución, aumentó en mí posteriormente la sospecha de que podían haberle ejecutado en el patio de la prisión. A primeras horas del alba aserraban y clavaban ya las maderas para levantar el patíbulo. El tiempo fijado para levantarse se prolongó, sin que se diera la orden habitual. De pronto hubo en el patio un gran movimiento. No me fue posible orientarme bien a través de la pequeña ventana, pero acerté a ver parte de una tribuna y la horca. Mucha gente se agrupaba en torno al cadalso.

Golpeé con fuerza la puerta de mi celda. Por fortuna, apareció uno de los carceleros más amables. Le pregunté la razón de que no nos hubieran despertado.

—Tenemos orden de permitir hoy un descanso más prolongado.

—¿Se ejecuta a alguien?

—Sí; hay una ejecución. Pero yo me juego la cabeza si hablo con un recluso.

—No tengo ninguna conexión con los que pueden castigarte, hijo mío —le dije—. ¿Ejecutan a un oficial, a un suboficial o a un paisano?

—No ejecutan a una persona corriente. Se trata de un oficial. Volví a la ventana y me hubiera subido a una silla, pero no había por desgracia ninguna en la celda. Arranqué de mi bota un clavo de unas dimensiones regulares y me icé por la pared, a costa de un esfuerzo, hasta las rejas de la ventana. Luego rompí con el clavo unos alambres de tela metálica que recubría ventana y rejas, pudiendo mirar por el pequeño agujero. En la tribuna se hallaba un personaje desconocido para mí, pero cuya importancia parecía evidente. Se trataba, sin

duda, de un ministro o un secretario de Estado. A su alrededor vi a Gábor Peter y alguno de los policías que me habían interrogado en la calle Andrassy, así como el comandante de aquel lugar y unos periodistas con blocs y plumas en la mano. Todos vestían de negro. Bajo la horca aparecía un hombre de mediana edad, tan sólo en paños menores. El verdugo hizo el nudo en la cuerda, sin que los presentes perdieran su aparente buen humor. De pronto se acallaron todas las conversaciones al gritar el reo: «¡Muero inocente!» Recé en su nombre la oración absolutoria y se consumó la ejecución. Poco después descendieron el cuerpo, que fue inmediatamente trasladado afuera.

No hay nada más patético que el entierro y la tumba de un condenado. Es como si dijéramos el entierro de una carroña.

A decir verdad, la comparación tampoco exacta ya que abundan en las grandes ciudades cementerios para perros y gatos, con marmóreos monumentos funerarios dotados de emotivas inscripciones, coronas, hiedra cálidas lágrimas y sollozos. «El perro que aquí yace», comentan, «es inolvidable para nosotros». Y quienes dicen esto, sienten en realidad el dolor que manifiestan. Nada de esto se le concede al recluso cuando cierra los ojos y el nudo aprieta su cuello. Ni la madre, ni la esposa y los hijos reciben noticia de su tumba y el lugar donde se encuentra. Es una tumba sin flores, lágrimas ni oraciones. Ninguna lápida o cualquier otro signo da constancia de quien reposa en aquel lugar. Tan sólo llegará a esta tumba el son de las trompetas del Juicio Final. Antes, nadie habrá estado presente en el cementerio de los presos.

Tras la ejecución tuvo efecto, con toda seguridad, un desayuno, y cuando los participantes hubieron comido y bebido con hartura, quisieron «ver a Mindszenty». Esto ocurría en la mañana de aquel mismo 15 de octubre de 1949. Dos oficiales entraron en mi celda y uno de ellos dijo:

—El camarada secretario de Estado ha ordenado su conducción al primer piso. ¡Síganos! Le advierto que debe comportarse en todo momento como un recluso, pues de otra manera se hará acreedor de un castigo.

Tomé la decisión de guardar silencio, aunque no por temor a la amenaza. Igual había obrado mi Señor y Maestro ante Herodes, cuando le pusieron la túnica blanca. El aprendiz no está nunca por encima de su Maestro, el servidor nunca es superior a su Señor.

Recorrimos el estrecho pasillo. Mis botas claveteadas hacían ruido al andar. Delante y detrás de mí caminaban los guardianes. Subir las escaleras no me resultó fácil, pero ellos no dejaban de maldecir para que me apresurara.

En el primer despacho vacío donde entramos, colgaban de la pared las conocidas fotografías de Lenin, Stalin, Chukov y Rakosi. Abrieron la puerta de la estancia inmediata. Entré, deteniéndome un poco más allá del umbral, con mis ropas carcelarias, delgado y pálido. Gábor Peter y su gente, así como un puñado de periodistas también presentes,

estallaron en risas ante mi aparición. También el secretario de Estado se echó a reír y me preguntó:

—¿Es usted Mindszenty? Yo guardé silencio.

—Esas ropas le caen de una manera soberbia —comentó. Los presentes insistieron en sus risas.

—¿Tiene usted algún deseo especial? Seguí en silencio.

—Está muy bien así. Ahora es el pueblo dueño y señor. Pronto seguirá el Papa el mismo camino.

Permanecimos unos instantes en silencio, uno frente a otro. Pensé en el banquete de Herodes y en su víctima, Juan el Bautista.

El secretario de Estado hizo luego un gesto y volvieron a sacarme de allá.

Una vez en mi celda, me arrodillé y agradecí al Señor que me hubiera hecho digno de compartir con Él, nuestro Salvador y Redentor, todas las afrentas.

### **Temple de ánimo en la incomunicación**

El ruido excita los nervios, pero también la silenciosa soledad los quebranta paulatinamente. Tan sólo la pregunta «¿qué hora debe ser?» basta para conturbar el ánimo. El recluso no dispone de reloj; por ello se le hace difícil calcular el paso del tiempo. Tiene escasos puntos de referencia para determinar el curso de las horas. Tan sólo el momento de levantarse y de acostarse. Pero también estos momentos se alteran un día u otro, como es, por ejemplo, aquél en que se produce una ejecución o cuando por la noche se efectúa la conducción de otros presos a sus celdas. A la soledad hay que unir asimismo la inactividad.

Comprendo plenamente al poeta Ferenc Verseghy, que aprovechando aquel tremendo aburrimiento de la cárcel tradujo al húngaro «La Marsellesa» y fue condenado por ello a otros nueve años de reclusión.

En el silencio de la celda le ocurre al solitario recluso lo que en su momento al explorador polar, Nansen, aislado también del mundo: «Doy vueltas sin rumbo por los caminos de hielo. Estoy agotado y deprimido. Carezco de ímpetu para emprender absolutamente nada. Día y noche experimento la misma sensación opresiva, me siento corporal y espiritualmente agotado, derrotado».

Tan sólo las imágenes en la pared, las inscripciones en los muros y las puertas permiten dar rienda suelta a la fantasía. Los que estuvieron allá recluidos con anterioridad parecen hablar así a los presentes y a los que seguirán. Con frecuencia se trata de signos y señales de secreto significado. Pero el recluso sabe que han nacido del dolor, al igual que las ostras dan nacimiento a las perlas.

A pesar de todo, los días transcurren. Son primeramente un centenar, luego doscientos, luego quinientos. No tarda en alcanzarse el millar. Resulta algo extraño celebrar para sus adentros estos aniversarios de reclusión con números redondos.

El tiempo sigue su marcha implacable. Se va adquiriendo lentamente veteranía, a la espera de que transcurran los días, los meses y los años hasta la muerte. Los años pasan sin que el ser humano que es el recluso haya llevado una existencia humana. Cada día representa una caída en las profundidades, un nuevo hundimiento.

El recluso en régimen de incomunicación no ve nunca la libre Naturaleza creada por Dios; el bosque, el prado florido, el campo de cereal nutricio, la fuente o la poderosa corriente del Danubio, el mar; la luz plateada de la luna, las estrellas, su pueblo natal, el templo, el cementerio, a los suyos, las tumbas de sus deudos, los seminaristas con sus capas pluviales; el tropel de fieles ante el Señor; el resplandor de la luz Eterna, el altar, el pulpito y el confesonario, la pila bautismal y las procesiones; una familia cristiana, los inocentes ojos infantiles que Jesús tanto amó. Nunca ve primeros comulgantes, no ve a su novia, sea una muchacha, una basílica o una catedral. No puede ver otro pedazo de su amada patria que aquel pequeño espacio maldito que le rodea. No puede ver nada de cuanto los hombres piensan que de faltarles se morirían.

En el régimen de incomunicación en que yo me encontraba, el recluso no puede siquiera ver a sus compañeros de cárcel. Le resulta tan difícil echarse a la cara otro recluso como ver un cuervo blanco. Según el reglamento, en ocho años no me estaba dado ver a un compañero de reclusión. Tenía que reconocer en mí mismo lo que era un preso. Sin embargo, a pesar de todo, me tropecé por lo menos con otro de los reclusos. Cuando volvíamos un día del paseo, el guardián quiso devolverme a la celda, como era de rigor. Pero en vez de encerrarme en la número 105, se detuvo ante la puerta del vecino. La llave dio vuelta en la cerradura y me dijo que entrara. Me di cuenta inmediatamente de su error, pero nunca había desobedecido las órdenes de un carcelero. El «propietario» de la celda estaba tendido en el camastro, enteramente desnudo. Se había echado allá con la absoluta seguridad de que nadie iba a molestarle. Pero con gran sorpresa por su parte, apareció una inesperada visita.

Nuestro carcelero se quedó unos instantes inmóvil, paralizado por la sorpresa y el terror. Reaccionó y me empujó hacia la puerta. Una vez en el pasillo, traté de tranquilizarlo diciéndole que todos podíamos equivocarnos alguna vez y que quizás el propio Rakosi se equivocaba de vez en cuando. Le prometí también que no hablaría con nadie de lo ocurrido. En el fondo, me sentía agradecido de haber tenido ocasión de entrever siquiera una vez a un compañero de infiernio.

Por la noche, cuando los pasos del carcelero se alejaron por el corredor, golpeé en la pared que recaía a la celda vecina. No tardó en producirse la respuesta. No voy a decir, como generalmente se cuenta en los diarios o memorias de los presos, que manteníamos a través de la pared enteras conversaciones o que organizamos una agencia de noticias. Yo no tenía experiencia en aquello y tampoco mi vecino parecía versado en tales artes. A pesar

de ello, nos fue posible mantener contacto por medio de aquel primario teléfono; permitía, por lo menos, dar señales de vida. Dos seres humanos se comunicaron uno a otro su compasión. Como es natural sabíamos que si los guardianes descubrían aquellas expresiones de simpatía, sufriríamos el correspondiente castigo.

Muchas noches, a lo largo de semanas y meses, «hablamos» uno con otro de aquella forma, hasta que una noche comprobé con angustia que mis golpes no obtenían respuesta. Los más siniestros pensamientos acudieron a mi mente: «¿Había cometido yo alguna equivocación?». -La noche anterior parecía muy «cordial». Desde entonces, nada había ocurrido. ¿Se habría impuesto a sí mismo la obediencia al reglamento de la cárcel? Resultaba mucho más improbable. Pensé en una posibilidad más grave: ¿habría muerto? Un preso es un ser expuesto a una terrible mortalidad. ¿Le habrían trasladado a otra celda o a otra cárcel? ¿Estaría enfermo y le habrían llevado al hospital? Esto último era un auténtico lujo para un preso. ¿Le habría indultado Rakosi y estaría en libertad? Era algo que también podía ocurrir. ¿Pero dónde se gozaba de auténtica libertad en aquellos momentos en Hungría? Durante toda la noche estuve pensando en todas aquellas posibilidades. No me era posible solucionar el enigma. Sólo una cosa estaba bien clara: que mi vecino de celda no estaba allí.

Cuando poco después tuvieron que efectuar algunos trabajos de reparación en mi celda, me trasladaron brevemente a la inmediata. Permanecí allá un par de horas, sentado en su mesa, tumbado en su cama, preguntándome dónde estaría y quién habría sido.

El mayor sufrimiento que se experimenta en la cárcel es la monotonía, que tarde o temprano destruye el sistema nervioso y vacía el alma, pues parece que no va a tener nunca fin. Todo cuanto abre una pequeña brecha en esta monotonía es acogido con alivio.

### Vida cotidiana en la prisión

A lo largo de mi vida muy atareada, concedí siempre muy poca importancia a la comida. El ayuno nunca me resultó difícil. No tenía especial inclinación hacia determinados manjares. En la cárcel, el interés por la comida pasa, como es natural, a un primer término, entre otras cosas porque las tres comidas diarias marcan tres horas del interminable tiempo. Generalmente se despachan con escaso apetito, debido sobre todo a su falta de calidad, a la cuchara de aluminio, a la suciedad de la mesa, a la monotonía de los mismos alimentos. Todo ello provoca la denominada «angustia cibi» por Job (Job 6, 7) y que contribuye a acrecentar la angustia del preso. En la cárcel leí el libro de Laszlo Somogyis titulado «Para una alimentación racional y económica».

Aunque se afirmaba que la alimentación que se daba en las cárceles correspondía a las calorías necesarias, no era éste el caso, de acuerdo con lo que el libro especificaba. Por ejemplo, no daban nunca azúcar. Tampoco recibí la que mi madre incluía en los paquetes que mandó a lo largo de seis a ocho meses. Igual ocurrió con los limones que contenían.

La comida se nos echaba; así literalmente. Cuando afuera, en el pasillo, durante la conversación entre los guardianes, caía algo en el suelo, los pedazos de carne o de pan, sucios, se recogían y se proseguía la distribución. El carcelero apremiaba, para poder terminar así cuanto antes su trabajo. La limpieza era palabra desconocida. Los rastros del desayuno eran bien patentes en la cuchara que nos daban para la comida del mediodía. Como ya ha quedado dicho, tampoco se caracterizaba esa comida por su variedad: a la sopa de patatas seguían por lo general patatas en ensalada y a la sopa de judías, también judías en ensalada.

Las minutias de una semana se diferenciaban poco de las de la siguiente. Muy pocas veces llegaban a nosotros leche, mantequilla, queso, y huevos. La fruta cruda era todavía más extraña en nuestras comidas. En invierno nos daban algo de fruta en conserva, aunque su estado era más bien deficiente. La «paprika» fresca, verde, no estuvo nunca presente en mi mesa mientras permanecí en la cárcel.

### **El paseo**

Todos los horarios de las cárceles incluyen el paseo. Paseos cuyo objetivo es proporcionar al recluso el necesario ejercicio.

Lo cierto es que al dar vueltas por un espacio limitado, se siente uno como un pájaro en la jaula, como el tigre tras los barrotes o el oso que un zíngaro hace bailar mientras le tiene sujeto por el anillo de la nariz.

El camino que recorría en mi paseo —un camino asfaltado y rodeado por cuatro altos muros—era de unos cuarenta metros de longitud. Para mí se me acortaba ese recorrido. Me precedía y seguía un guardián y desde la torreta del ángulo me observaba otro. Era frecuente que tropezara de una manera involuntaria con mis acompañantes. En tales casos, el carcelero que me precedía interrumpía súbitamente sus pasos y protestaba de que anduviera tan aprisa. El guardián que me seguía no tardaba en detenerse a su vez para opinar que yo andaba con excesiva lentitud.

Durante una hora larga me veía obligado a marchar en silencio de aquí para allá. Mis inútiles idas y venidas me recordaban las vueltas en el vacío de unas ruedas de molino a las que se hubiera olvidado echar el grano.

Al parecer, los paseos de los grupos recluidos en celdas comunes eran un poco más distraídos. Podían hacerse gestos unos a otros de vez en cuando y hasta llegar a musitarse algunas palabras. También aquellos presos sufrían lo suyo, pero en general tenían más posibilidades de alivio que los incomunicados. Podían igualmente hacer oír sus quejas. Y las quejas de un grupo son casi siempre más efectivas que las de un individuo solo.

Por mi parte, aprovechaba la posibilidad de pasear arriba y abajo por la celda. A lo largo de cinco años, solitario y mudo, recorrió de esta extraña manera muchos kilómetros. Tiempo después, István Széchenyi calculó las millas que él recorrió en Dobling, en el interior de su celda. Eran tantas, que hubiera podido cruzar dos veces Europa.

## **Labores domésticas**

Para mantener en buen orden una casa son necesarias las labores domésticas. Igual ocurría en nuestras «casas» que eran las celdas. Por la mañana temprano y tras el aseo, el recluso tenía que ordenarla. Sacudir su colchoneta rellena de paja y disponer encima las mantas de manera que no se advirtiera una sola arruga. Tanto el camastro de madera, como la parte interior de la puerta, que estaba recubierta con las pinturas de otros presos, el banco formado por una sola tabla y la tela metálica que recubría la ventana enrejada debían quedar sin una sola mota de polvo. Como se carecía de trapo para ello, había que hacerlo cuidadosamente con el único pañuelo de que se disponía.

A diario había que poner la celda patas arriba, como vulgarmente se dice. De vez en cuando, alguno de los guardianes ordenaba que cambiara la paja del interior del jergón. Para ello me acompañaba hasta un montón de paja fresca que había al final del corredor. Por lo general, daba la orden a gritos y luego gritaba también para que la cumpliera con la mayor celeridad. A los guardianes les complacía gritar por cualquier cosa, como les divertía también arrojarnos el humo de sus cigarrillos al rostro y gastar otras bromas de parecida índole.

Creo interesante añadir que el recluso estaba obligado a efectuar también las labores domésticas antedichas aún cuando se hallara enfermo.

## **Afeitado y corte de pelo**

Una vez a la semana se nos afeitaba. No era un placer, por supuesto. El barbero uniformado de policía no gastaba maneras suaves, ni mucho menos. Tenía absolutamente prohibido sostener conversación con el recluso y si era éste quien la entablaba, debía dar parte de aquella vulneración del reglamento.

Sobre nuestro barbero acostumbraba a decirse: «Sólo hay algo peor que él: los instrumentos que utiliza».

Durante largo tiempo no fueron apropiadas en nuestra cárcel las palabras de aquella canción que habla del «pelo corto de los presos» dejaban que el pelo nos creciera. Dando muestras de una «benevolente previsión», se cursaba ya en agosto la orden de que se suspendiera todo corte de pelo, para de esta manera evitar los resfriados de los reclusos cuando llegara el invierno. Sería desleal silenciar aquí que entre los peluqueros había uno capaz de comportarse de una manera humana.

## **Ocupaciones vespertinas**

En la cárcel hay también una ocupación vespertina. El preso tiene que cuidar de sí mismo y convertirse para ello en una criada para todo. Aprende así a coser aunque con anterioridad no haya utilizado nunca una aguja. Las ropas carcelarias están confeccionadas con material grueso y duradero; a pesar de todo, sufre el correspondiente desgaste y los botones se caen. La cárcel, como institución, tenía un sastre, pero los presos no disponían

de ninguno. Tenían que ser maestro, oficial y aprendiz en una sola persona; a esto se denominaba colectivismo.

Había que repasar la ropa que había sufrido desgaste, dar cuenta de los botones que faltaban y del hilo que iba a precisarse. El color y la calidad de los materiales no representaban papel alguno. A la ropa blanca se le ponían remiendos negros y al dril pardo, parches de tela roja o blanca. En ocasiones, el hilo era demasiado grueso para que pasara por el ojo de la aguja. En tal caso, no quedaba otro remedio que deshilachar con paciencia la hebra para hacerla más delgada. Es decir, cortar literalmente el grueso de un cabello.

Estos trabajos ocupaban con frecuencia horas enteras. El recluso tenía así ocasión de aprender por propia experiencia que el oficio de sastre es ocupación fatigosa. Mientras se limpiaba el sudor que inundaba su frente, los guardianes, sentados alrededor, lanzaban al aire el humo de sus cigarrillos. El reglamento les obligaba a estar presentes mientras hubiera una sola aguja en el interior de la celda. Una vez terminado el trabajo, el guardián recogía las agujas y daba el parte correspondiente: «El preso no ha intentado suicidarse con la aguja, ni abriéndose las venas, ni intentando tragársela».

Mis actividades como sastre se ajustaron siempre a la rutina de la prisión. No tuvieron la modalidad de dos mercenarios checos encerrados en la cárcel de Melk, que solicitaron poder reformarse las ropas para pasar más distraídos el tiempo y se confeccionaron una cuerda con la que desaparecieron por la noche ventana abajo.

El recluso no se veía obligado a efectuar el trabajo de zapatero. A su ingreso en la prisión le daban unas botas tan fuertes que no precisaban arreglos, máxime si se tenía en cuenta que el escaso ejercicio y el mucho tiempo que pasaba sentado o tendido no contribuían, ciertamente, a que se estropeara el calzado. Por lo general, las botas le duraban toda la vida. Si a pesar de ello tenían que ponerles medias suelas o tacones, debía entregárselas al carcelero y se las devolvían al día siguiente tras haberles hecho una chapuza con los clavos a medio remachar. A pesar de ello, a la hora del paseo se veía obligado a salir, pues de otra manera inspeccionaba el guardián el calzado y se corría el riesgo de quedarse durante bastante tiempo sin salida, ya que tardaba entonces bastantes días en devolver las botas a las que sólo se tenían que remachar los clavos que habían quedado sueltos.

## **La celebración de la Santa Misa**

A los nueve meses de estancia en la cárcel obtuve la autorización de poder celebrar misa. Durante el Santo Sacrificio, los guardianes atisbaron sin cesar por la mirilla para comprobar la duración de la Misa. Ocurrió luego con frecuencia que me llamaban para el baño semanal precisamente cuando efectuaba la consagración del pan o pronunciaba la fórmula de la transubstanciación sobre el vino. Como es lógico, desoía cualquier llamada y seguía celebrando la Santa Misa a pesar de las groseras amenazas que lanzaban contra mí.

## **La biblioteca de la cárcel**

La biblioteca de la cárcel es terreno ignoto para el preso. Es una persona condenada y por tanto, no digna de compartir la cultura del mundo «nuevo». Tampoco puede acercarse al mundo «antiguo», pues sus libros han sido puestos en su mayor parte fuera de circulación.

Transcurridos nueve meses de reclusión, el carcelero me llevó un libro, dando a su acción el carácter de un especialísimo favor, aunque yo en realidad no se lo hubiera pedido. Comenzaba así a aplicarse la técnica de la «reeducación», que ponía en contacto a los reclusos con literatura propagandística y otros libros de carácter comunista.

Pero en las cárceles y por paradójico que pueda parecer, se dispone de poco tiempo para la lectura.

A dormir se destinan diez horas; otras dos para el paseo y las labores de limpieza en la celda; tres horas para las comidas. Son en total 16 de las 24 de que se compone el día. Resulta difícil leer durante las ocho restantes. Entre siete y diez de la mañana está demasiado oscuro. En los días de niebla, llega hasta la celda tan sólo un resplandor que no basta para la lectura. No todos los comandantes permiten encender la luz eléctrica. Un día estaba leyendo mi breviario con la luz encendida, cuando el comandante irrumpió en mi celda gritando:

—¡No le permito que derroche luz! Los obreros tienen que pagar los gastos de su estancia aquí.

Le respondí que yo no había pedido que me alojaran en tan elegante hotel y que tampoco deseaba cargar mi estancia a la cuenta del pueblo húngaro. Me escuchó en silencio y salió de la celda sin decir palabra.

Habían transcurrido, como he dicho, muchos meses desde mi detención cuando me autorizaron a pedir prestado semanalmente un libro.

Las posibilidades de elección eran escasas. Se habían retirado o quemado gran parte de los que componían la antigua biblioteca de la cárcel. Por ejemplo, los libros editados por la Sociedad de San Esteban, habían sido en su totalidad víctimas de aquel sacrificio. De otros libros, como por ejemplo, la «Dogmática» de Antal Schütz, se habían arrancado las páginas «reaccionarias». Los tan apreciados libros de Karl May estaban incluidos en el país en la lista de los prohibidos', igual que en la cárcel. Y otro tanto les ocurría, por otra parte, a las narraciones de algunos clásicos húngaros, como Ferenc Herczeg, etc.

Los clásicos de otra índole, es decir, las obras de los comunistas Rakosi, Revai y Andics estaban, ciertamente, a nuestra disposición. Es curioso, sin embargo, que se hubieran hecho ilegibles, por medio de tinta, algunos pasajes, en especial en las obras de Lajos Kossuth, que el régimen celebraba especialmente por razones tácticas. Incluso algunos escritos del propio embajador de Moscú, Szecfu, habían sido censurados. Resulta comprensible que gozaran de especial favor las obras de Víctor Hugo, Balzac y Anatole France, así como la protección dispensada a Zsigmond Móricz. Menos comprensible era la

simpatía hacia Kalmán Mikszáth. La parte principal y destacada de la biblioteca penitenciaria estaba compuesta por literatura rusa, húngara, alemana y danesa, tanto antigua como moderna. Lo de mayor importancia eran las obras de Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mayakovsky, Shadanov, Gorki, Makarenko, Fadieyev, Tolstoi, Andersen Nexo, Rakosi, Revai, Andics, Lukakcs y Hay, así como dos o tres docenas de poetas modernos, de los que surgían con tanta abundancia como setas. Como ha quedado patente en la relación antedicha, la biblioteca tenía un claro signo ruso y comunista. Leí posteriormente los discursos y artículos publicados por los dirigentes de las repúblicas populares vecinas (Gottwald, Georghiу, etc.) ¡Era una tarea fatigosa! Cuanto había dicho Gottwald en el año 1953 lo proclamaban de idéntica manera el rumano Georghiу y el polaco Berman. Tan sólo Tito entonaba diversa canción.

Como es natural, no faltaban los aspirantes comunistas al trono: Thorez, Togliatti y otros.

Las obras de la filosofía materialista tenían una amplia representación en la biblioteca penitenciaria.

Para mi lectura hice una selección de lo mejor de la literatura rusa: Belinski, Puschkin, Lermontov, Gogol, Tolstoi, Dostoiewsky, etc.

De la literatura inglesa estudié varios dramas de Shakespeare.

Leí también a Milton y Dickens, por los que sentía una especial predilección. Me decían muy poco, en cambio, Shaw e Ibsen. Me impresionaba considerablemente la obra del escocés Carlyle sobre la Revolución Francesa. Leí también a Goethe y Moliere.

Leí todas las novelas norteamericanas que estaban a mi disposición-También me enfrasqué en la lectura de Dante y la novela «Quo Vadis?», Por lo que atañe a la literatura húngara, leí a Zrinyi, Gyogyosi, Szecheny y Kossuth, los dos Kisfaludy, Arany, Petofi, Vórosmarty, Czuczor, Tompa, el gran Beothy... Me apasionó de manera especial la controversia entre Szechenyi y Kossuth. Me sorprendió, asimismo, que literatos como Dante, Zrinyi y Sienkiewicz encontraran favor a ojos de los censores.

De una manera especial me interesaba toda la literatura sobre los reclusos y las cárceles. Leí así a Tolstoi, Gogol y Dostoiewsky con otros ojos. Igual me ocurrió con las descripciones de las cárceles hechas por Dickens. Leí en total unos setecientos libros. Entre ellos, también panfletos políticos sobre la conjuración de Grósz, el proceso Rajk y la «conspiración» clerical en Praga, ataques al Vaticano y escritos antinorteamericanos. También se prestaban las obras de Rakosi. Pude hojear asimismo los nuevos libros escolares húngaros, sobre todo los de texto sobre literatura e historia.

Tras el Congreso de Moscú, también se procedió en Hungría a volver la hoja. Las miradas oficiales se volvieron hacia Tito. Las consecuencias se hicieron también patentes en la biblioteca penitenciaria. En una noche desaparecieron las numerosas obras de Stalin y Rakosi, los escritos sobre los procesos de Grósz y Rajk, los textos antinorteamericanos etc.

La biblioteca contaba aproximadamente con mil quinientos volúmenes, de los que un veinte por ciento aproximadamente fueron víctimas de aquella reforma.

## Los autores recluidos

En los calabozos de la antigüedad, de la Edad Media, la Moderna y la Contemporánea, algunos reclusos crearon importantes obras literarias. En prisión estaba el apóstol Pablo cuando el Espíritu Santo le inspiró la redacción de algunas de sus epístolas. En los tres primeros siglos de la Cristiandad escribieron veintidós Papas mártires sus cartas pastorales en la cárcel. (Los emperadores paganos así lo permitieron, pero nuestros tribunales populares no se lo permiten a los cuatro cardenales y los muchos obispos por ellos encarcelados.) También el bajorromano Boecio escribió en la cárcel su obra «*De philosophiae*». El húngaro János Haller hizo de su cautiverio en Fogara una época de aprendizaje para el oficio de escritor. El conde István Kohary escribió en la cárcel sus «Cantos desde la prisión» cuando se hallaba recluido en Thókóly. Son éstos otros tantos ejemplos de actividad creadora en la cárcel. Pero también se dieron casos contrarios: muchos escritores encarcelados guardaron silencio. La cárcel impide, más que la guerra, la actividad de las musas.

Desde siempre, mi pasión eran los libros, la literatura y el arte de escribir. Con frecuencia, tras un día lleno de trabajo y esfuerzos, trataba de sacar el tiempo suficiente para leer y escribir. Pero en la cárcel solamente podía hacerlo con muchas dificultades. Me estorbaba la presencia de los guardianes, me deprimía la atmósfera carcelaria, y lo que era peor, en los primeros tiempos me faltaba inclusive pluma y papel. Cuando logré procurarme secretamente estos utensilios, sentí fortalecerse todavía más mi fe y me prometí a mí mismo dedicar todos mis escritos a la mayor gloria de Dios.

Encontré un pequeño resto de lápiz que hasta entonces me había pasado inadvertido en el bolsillo de mi chaqueta. También hallé un poco de papel. Decidí, pues, dar principio a mi labor. Pero no había contado con el control que diariamente se efectuaba en mi celda. Encontraron mis escritos y los confiscaron, diciéndome, sin duda, más para consolarme que para otra cosa, que «se guardaban en la administración todos los trabajos literarios de los presos». Era la costumbre, me aseguraron. Tiempo después y sin que hubiera hecho petición alguna, me facilitaron un lápiz y una pequeña libreta.

Fuera de los muros de la cárcel puede opinarse que no hacer nada carece de historia. Pero sí la tiene. Comencé a llevar un diario. Una tras otra, llené con este diario cinco libretas.

Procuré tomar notas diversas de mis lecturas y escribí incluso algunas críticas sobre obras comunistas. Profundicé en el estudio de la historia del arte y escribí seis tratados sobre el tema, con el título de «Religión y arte».

Escribí asimismo un trabajo sobre la filosofía y sus repercusiones, si bien dispuse de muy pocas fuentes para ello. Traté de suplirlas con mis propias reflexiones. Redacté

asimismo un libro de lectura apologética. La obra de A. Schütz titulada «Vida de los santos» me ocupó bastante, puesto que busqué en sus páginas el material necesario para la recopilación sobre los santos húngaros. Redacté asimismo ensayos sobre diversos temas de la literatura mundial, la húngara, historia y sociología.

### Noches y sueños de recluso

Uno de los peores castigos era la obligación de acostarnos inmediatamente después de la cena para pasar en la cama diez largas horas. Cuando ha traspasado los sesenta, un hombre necesita poco sueño, ni siquiera la mitad de diez horas. Me dolían todos los huesos de estar tanto tiempo tendido. Era imposible encender la luz para leer, pues los interruptores estaban en el pasillo bajo control de los camaradas carceleros. Ningún recluso se hubiera atrevido a dirigirse al carcelero a través de la mirilla para pedirle que le encendiera la luz.

¿Qué podía hacer el preso en las cinco o seis horas que permanecía insomne? En ocasiones, practicaba un examen de conciencia, efectuando un repaso de su vida entera o, sin ganas de pensar, escuchaba roncar o toser a los vecinos de celda. O creía ver las facciones de su madre o, por el contrario, la máscara diabólica en tantos otros rostros humanos. Se paraba a pensar en los «grandes crímenes» que había cometido y todas las circunstancias y penalidades sufridas hasta entonces.

A decir verdad, a mí me preocupaban muy poco las acusaciones que se me hacían. Tenía otras preocupaciones, que pesaban de una manera considerable sobre mi ánimo: el destino de la Iglesia, la suerte corrida por mi patria, mi archidiócesis y la de todos los sacerdotes y creyentes, se hubieran mantenido o no fieles a sus convicciones.

También analizaba mi vida. Muchas cosas me aparecían bajo otra luz. Me parecía ver mi lugar natal, con su iglesia y su cementerio; echaba la mirada atrás, a los tiempos de la escuela y el instituto. Recordaba mi consagración sacerdotal. En mi mente revivían los rostros de mis subordinados y colaboradores. Repasaba las etapas de la larga lucha que había sostenido durante décadas y cuyos éxitos brillantes aparecían ya apagados. También me preguntaba a mí mismo cuáles eran las faltas y los pecados cometidos por mi patria. ¿Cómo había podido ocurrir todo aquello? ¿Cómo podría llevarse a cabo una reconstrucción que se advertía tan penosa? ¿Cómo sería posible la curación de tantas heridas? ¿Por dónde comenzar un trabajo tan intenso?

Las noches pasadas en blanco provocaban graves y sombríos pensamientos. Entonces recurría a la oración para ahuyentálos.

Cada vez me agotaba más aquella reiterada lucha con el insomnio. En ocasiones, cuando había conseguido quedarme algo traspuesto, entraba el guardián y me despertaba gritando:

—¡No duerme usted según el reglamento! Los carceleros deben tener siempre a la vista la cabeza y las manos.

Trataba de conciliar otra vez el sueño, pero raramente lo conseguía. Una y otra vez me despertaban con cualquier pretexto. La «nox quieta» de las oraciones vespertinas era algo desconocido en la cárcel.

Había algo peor que aquellas interminables noches de recluso: el reposo en cama ordenado por el médico. El médico advirtió en una ocasión una distonía en los latidos de mi corazón. Ordenó que permaneciera treinta días en reposo, tendido en la cama. El carcelero permaneció aquellos treinta días pegado a la mirilla, como la sanguijuela al cuerpo. Yo tenía que comer, inclusive, en la cama y pobre de mí si hacía algún «movimiento innecesario». Las primeras semanas transcurrieron con el ritmo de marcha de un caracol; pasaron diez días y luego dos semanas. El corazón inquieto acrecentó su inquietud. Tan sólo la luz de la fe era un alivio para mí. No sólo me provocaba sufrimientos la vista de los muros de la celda, sino la de las propias mantas que cubrían mi cama, la del jergón de paja, la misma permanencia en el camastro. Como los niños antes de Navidad, contaba los días que faltaban para que me autorizaran a levantarme. La mañana que hacía el número treinta y uno, me levanté a las cinco, sintiéndome extremadamente feliz; di la vuelta a la celda y procedí a su limpieza (era tiempo de hacerlo, pues el polvo se amontonaba por todas partes). Los más sencillos objetos de mi mesa, como el plato de aluminio y la cuchara, me parecían haber ganado en belleza. Casi en sueños recorrió la celda arriba y abajo. Deseaba poder atisbar desde la ventana una hoja verde, esperaba con impaciencia que llegara la hora del paseo. Pero no tardó en estallar el rayo en aquella atmósfera paradisíaca.

El carcelero jefe apareció de pronto:

—¿Quién le ha autorizado a levantarse?

—Han pasado los treinta días.

—Cuando el médico lo reconozca y considere adecuado que usted se levante, me lo comunicará a mí y yo se lo diré a usted. ¡La disciplina ante todo! ¡A la cama otra vez!

El médico apareció finalmente y ordenó que guardara cama otros treinta días. Al término de este segundo período, una gran apatía me dominaba. Permanecí tendido, inmóvil, hasta que el jefe de los carceleros me increpó:

—¿Cuánto tiempo piensa usted permanecer en la cam? Aquella vez me levanté, aunque sin fuerzas y sin voluntad.

No hay que conceder a los sueños una excesiva importancia. Pero no puede excluirse la convicción de que Dios utiliza con frecuencia el sueño como instrucción y lección, como sabemos por testimonios de la Revelación y por la propia historia de la Iglesia.

El sueño aleccionador puede ser agobiante y depresivo; de todos modos, nunca se resolverá en sueños un problema matemático.

Los sueños de los reclusos están llenos de horror y representan muchas veces la toma de conciencia con el carácter fatal de su situación. Los pequeños acontecimientos de la existencia carcelaria se confunden y deforman en el curso de estos sueños, que llegan a convertirse a veces en auténticas pesadillas.

La psicología nos enseña que no sólo los aconteceres más inmediatos, sino los más lejanos reviven en los sueños.

En dos ocasiones soñé que me encontraba con el Santo Padre; luego me encontré en sueños con los obispos Mikes, Grosz, Dr. Czapik, Shovoy y Rogacs; también soñé con un antiguo presidente del Consejo húngaro. Mis padres aparecían frecuentemente en mis sueños. Los veía jóvenes y alegres; en muy pocas ocasiones entreví en sueños a mi madre anciana y triste. También soñé con el rector Dr. Gefin, mi antecesor en Zalaegerszeg, el presidente del condado, el alcalde y mis antiguos canónigos. Soñé con los que habían emigrado al Oeste y luego el jefe de los carceleros entró en aquel universo de ensueños; es curioso comprobar que casi siempre alentaba en mis sueños una pequeña brizna de esperanza.

Tras mi liberación desapareció en seguida el peor carácter de pesadilla que habían tenido mis sueños. Un hombre libre no sueña 1º mismo que un hombre encarcelado. Durante mis primeras noches de libertad apenas tuve sueños. En los días siguientes (a partir del 4 de noviembre de 1956), los acontecimientos de Hungría afectaron mis sueños y apenas cerraba los ojos, volvía a ver imágenes punzantes y dolorosas. ¿Cuándo volvería a tener sueños serenos y tranquilizadores, que llegarán a aliviarme?

### Vida religiosa en la cárcel

El hombre debería cruzar de vez en cuando un mar agitado y tormentoso para aprender así a rezar. Después de la tempestad y la guerra en el mar, otra escuela de oración son las cárceles y mazmorras. «Hasta los corazones de piedra saltan aquí hechos pedazos». El snob Oscar Wilde volvió en la cárcel sus ojos hacia el Crucificado. También Paul Verlaine, el gran lírico francés, escribió en la cárcel sus poemas henchidos de profunda religiosidad. «Eran presos de la sensualidad, pero ahora alienta en ellos arrepentimiento y humildad cristiana».

La estancia en la cárcel puede orientar el alma del hombre hacia Dios. La soledad despierta con frecuencia el recuerdo de verdades religiosas largamente olvidadas. Incluso personas religiosamente indiferentes, que habían olvidado la oración y no reconocían las necesidades de su alma, encontraban el camino hacia la capilla de la prisión, en esta ocasión para siempre.

Es sabido que en 1945 faltaba sitio en los servicios divinos efectuados en las cárceles; tuvieron efecto numerosas conversiones y múltiples presos volvieron a tiempo para emprender, fortalecidos y confortados, el viaje a la Eternidad.

Incluso los marxistas encuentran en la cárcel el camino de los servicios religiosos. Los funcionarios comunistas protestaban por semejante actitud y acusaban a la Iglesia de efectuar labor de proselitismo cerca de sus compañeros de partido. La acusación estaba completamente injustificada. Cada cual había tomado aquella decisión por cuenta propia, quizá impulsado por el ejemplo que otros le daban.

Afueras, en el mundo, aquellas personas no frecuentaban desde hacía mucho tiempo la casa de Dios. Ahora, en cambio, era la capilla, y en ella Cristo en su Santísimo Sacramento, eje central de su vida en la Prisión.

En el interior de los hombres recluidos en las celdas alienta en lo más profundo la nostalgia de Dios. Incluso la revolucionaria Rosa Luxemburgo confesó en una ocasión: «No sabría decir por qué, pero necesito canturrear en voz alta el Ave María de Gounod». Y por Navidad, adornaba un árbol con ocho velas.

Cuando los comunistas de Hungría consiguieron asir con firmeza el Poder, la religión fue condenada a muerte en las cárceles. Se cerraron las capillas o se convirtieron en celdas. Se expulsó a los capellanes de las prisiones. A los penados no les fue posible frecuentar la Santa Misa, ni tampoco sacerdote alguno les llevó el viático, ni les administró la extremaunción. Tampoco en las horas que precedían a una ejecución, el condenado a muerte recibía consuelo espiritual alguno. El comunismo húngaro compartía por entero el odio de Lenin a la religión. Su hostilidad le llevaba a eliminar cualquier exteriorización de la vida religiosa, porque todo aquello era «contrario a la ciencia» y a la «voluntad» del pueblo.

Yo mismo pasé por aquella experiencia en la calle Andrassy. Me arrebataron, todos los objetos que podían tener un significado religioso. Después de pasar la segunda noche de insomnio, me fue posible comulgar y un policía, al darse cuenta de ello, remarcó: «Puede hacer lo que quiera, pues nada le servirá de nada». En la prisión pasé sin celebrar los primeros nueve meses; no permitieron que llegara a mis manos un misal, ni siquiera en Navidad y Pascua. Tampoco me fue posible recibir el sacramento de la Penitencia en aquellas solemnidades. En los años 1949 y 1950, durante las primeras semanas de diciembre, grupos de niños recorrían las casas situadas junto al inmediato cuartel de la policía y cantaban canciones navideñas. Experimenté una profunda emoción al escucharlas. El año 1951 no volví a escucharlas: se había decretado la supresión de aquellas manifestaciones de buena voluntad.

Por Navidad, sólo participaba en espíritu en la Misa del Gallo. En voz muy baja — para que nadie me oyera y me estorbara — entoné desde la cama las canciones navideñas.

A partir de 1950 obtuve el permiso para celebrar la Misa del Gallo. A lo largo de toda mi vida sacerdotal no me había permitido nunca, antes de la Misa, descabezar un sueño o siquiera un breve descanso. Pero allá, en la cárcel, me tuve que acostar a las siete de la tarde. Permanecí en meditación hasta las doce y media. Luego me levanté y celebré el Santo Sacrificio. Aquellas Misas del Gallo en la cárcel han dejado en mí un recuerdo inolvidable. A lo largo de las horas dolorosas de la primera Navidad pasada en la cárcel, tuve

constantemente puesto el pensamiento en las celebraciones que se efectuaban en Zalaegerszeg y las bellísimas canciones populares que allá se entonaban. En contraste con mis pensamientos, ante la puerta de mi celda conversaban dos carceleros sobre una conferencia en la que acababan de decirles que Jesús había sido tan sólo un farsante. Al escuchar sus palabras, las lágrimas brotaron de mis ojos.

Con los ojos de la memoria me pareció ver el templo de Zalaegerszeg, lleno hasta el último puesto, la noche de San Silvestre. También pensaba invariablemente en aquel lugar cuando llegaban hasta mí los cánticos de la procesión de la Pascua de Resurrección o del día del Corpus Christi. En la festividad del Sagrado Corazón de 1950 me fue posible celebrar por vez primera después de nueve meses. También me facilitaron un breviario correspondiente a aquella época del año y un rosario-Pero una gran amargura oscureció mi alegría: en el memento, rogué por el vicario general doctor Drahos, recientemente fallecido, sin saber quién era el responsable de su muerte.

Hacía las veces de altar una mesita telefónica. La imagen del altar era una diminuta estampa de un santo y me servía como sobrecopa un libro comunista. A la derecha y a la izquierda, en las paredes, había pinturas que recordaban las de la pagana Pompeya. Mientras yo celebraba, los carceleros estaban pendientes de la mirilla, charlando y exteriorizando en voz alta sus observaciones. Luego me servían el desayuno. Como he contado en otro capítulo, se quiso llamar para el baño semanal precisamente cuando efectuaba la consagración del pan y el vino. Nunca me plegué a una orden tan vejatoria.

Mi vida religiosa se veía afectada, ciertamente, por las circunstancias que me rodeaban, pero nunca quedó reducida a la nada. Me faltaban muchas cosas de las que había dispuesto anteriormente; pero también eran mucho más intensas algunas de mis prácticas religiosas. Resultaba imposible para mí la práctica de las obras espirituales y materiales de caridad, lo que significaba ciertamente un empobrecimiento de la vida religiosa. Pero me quedaba la posibilidad del ayuno, aunque su práctica en la cárcel estuviera rodeada de infinidad de dificultades. También me faltaba la confesión semanal y por ello procuraba hacer diariamente un examen de conciencia. Celebraba novenas y triduos con regularidad. Rezaba diariamente a mi Ángel de la Guarda, a San José y los santos de la Buena Muerte, a los santos apóstoles José y Judas Tadeo. Dirigía también mis oraciones a Santa Teresita de Lisieux, que hizo llover rosas sobre la tierra, a los santos del día y rezaba también mis oraciones a la intención de mis hermanos, los gemelos muertos a temprana edad; rogaba a los santos húngaros y a los de la Iglesia mundial, a todos los servidores de Dios en cuya beatificación yo colaboraba. Meditaba profundamente las palabras del breviario y esta meditación diaria me ocupaba tres horas. Tenía el pensamiento puesto en el prójimo de una manera tan viva que me parecía ver ante mí a los fieles, no sólo de mi archidiócesis, sino también los de Veszprém y Zalaegerszég.

Rezaba mi rosario a la intención de todos los anhelos, de todos los deseos del mundo entero.

Es corriente rezar el Rosario con los dedos; desde el telón de acero a Norilsk, los presos lo rezan así. Por mi parte rezaba diariamente seis Rosarios: por la Iglesia en general; por mi patria; por la archidiócesis los que rezaba por la mañana; por mis compañeros de cárcel; por la juventud; por mi madre, por mí y por las pobres ánimas del Purgatorio los que rezaba por la tarde y la noche. «No somos nosotros, Señor, no somos nosotros, sino Tu Nombre es digno de honra» (Salmo 113,9).

No resulta demasiado sorprendente que procuraran por todos los tedios crearme dificultades en la abstinencia de los viernes. Los viernes Servían carne, que sin embargo faltaba los domingos en el «menú» y también en fechas tan señaladas como Navidad. Claro que el preso, si no tiene elección entre los alimentos, puede comer carne los viernes sin transgresión de los preceptos de la Santa Madre Iglesia. A pesar de ello, yo la dejaba y los carceleros redactaban los correspondientes informes. Tras uno de ellos, el comandante entró en mi celda.

—¿Cree usted que son los presos quienes dictan aquí el reglamento?

—No; no creo semejante cosa.

—En tal caso, coma lo que le dan.

—Los viernes no como carne.

—No le daré otra cosa.

—Tampoco la pido.

—En tal caso, le castigaré.

—Estoy dispuesto a aceptar cualquier castigo.

La comida se quedó sobre la mesa. Se la llevaron poco antes de servir la cena. Y también en aquella ocasión me dieron carne.

Un policía de unos veinte años y rostro rígido permaneció delante de mí. Me amenazó:

—Si no obedece, ordenaré que le encadenen.

—Eso ya me lo ha dicho el comandante —le respondí antes de que el policía cogiera el plato, saliera de la celda y cerrara la puerta tras sí.

La escena se repitió los cuatro viernes siguientes. Luego me sirvieron carne los domingos en vez de los viernes.

Acostumbraba rezar de rodillas. Al principio, los carceleros me miraban sin decir nada. Sin duda, no se atrevían a hacerme observación alguna. Pero luego se lo comunicaron

al médico, que efectuaba una o dos veces a la semana su visita y éste prohibió, «debido a mi estado de salud» y en especial a causa de mi corazón, que me arrodillara. Yo guardé silencio, pero continué arrodillándome. Los golpes de las porras de goma, la angustia, la humedad de las celdas por las que había pasado; todo aquello había sido y seguía siendo indudablemente peor para mi corazón que ponerme de rodillas, y sin embargo lo había aguantado. ¿Por qué no podía arrodillarme cuando tenía que hacerlo? Los carceleros me espiaban y comenzaron a golpear la puerta. Les pregunté qué querían significar aquellos golpes y seguí rezando de rodillas, a pesar de que ellos procuraban estorbarme en lo posible.

El segundo comandante, más humano, dejó de reprocharme mi actitud y sólo de vez en cuando algún carcelero de los que habían formado el antiguo grupo insistía en sus golpes cuando me veía arrodillado.

También la oración que yo pronunciaba antes de las comidas les producía una gran irritación. Cuando me veían rezar, se ponían a gritar y me decían que la comida se enfriaba. Al dar las gracias al Señor después de la comida, objetaban igualmente a gritos que no podían entretenerte por más tiempo en llevarte las cosas. En muchas ocasiones rezaba en voz baja mientras paseaba por la celda. Se dieron cuenta de ello y dieron parte «a las alturas». Apareció el comandante (el primero) y desde el mismo umbral de la celda me gritó:

—¡Le prohíbo que rece durante el paseo!

—¡Eso es algo que no le importa al régimen! —fue mi respuesta.

Al siguiente paseo, los carceleros estaban más atentos. Uno me observaba desde la puerta y otros dos me precedían y me seguían. A pesar de ello, seguí rezando.

Al comenzar este capítulo he hecho constar que la estancia en la cárcel puede llevar a una profundización de los sentimientos y el acercamiento a Dios. Pero también puede provocar el alejamiento de Él. Los reclusos son seres humanos y donde habitan los humanos, están presentes la debilidad y el pecado.

En su libro «Resurrección», Tolstoi dijo: «El preso sufre un «schok» moral tremendo, es precipitado en el abismo del pecado y el envilecimiento». En sus propias palabras, los pecados capitales del recluso son los siguientes: el alcoholismo, la pasión por el juego y la crueldad. Los tres como consecuencia inevitable de la permanencia en la cárcel, describiendo seguidamente como el recluso llega a tales circunstancias. En esos casos, el cristiano creyente puede apartarse de su cristianismo y se deja arrastrar por los vicios.

La izquierda política ha venido haciendo, durante decenios, el culto de los presos. En las novelas rusas, los relatos sobre reclusos ocupan un espacio extenso. También la literatura occidental ensalza en muchas ocasiones a los criminales y los marginados que están en reclusión. El año 1945, Dachay y Szegend significó para muchos de ellos una sobre-valoración por parte de la opinión que les llevó a recibir altos honores y ocupar altos

cargos, aunque en muchos casos su vida anterior no justificara aquellos ascensos y encumbramientos. La verdad es que quien ha estado en la cárcel, puede no ser un malvado ni un héroe. Puesto que en la cárcel hay seres humanos, también hay muchas debilidades y pecados humanos. Los muros de la prisión no son dique contra los pecados; tan sólo la gracia y la buena voluntad son capaces de abrir brecha en ellos. Creo por mi parte que es precisamente en las cárceles donde el Padre celestial derrama más abundantemente sus gracias porque sabe que mayormente se necesitan en nuestra situación.

En las celdas, como por doquier, sólo podía florecer y crecer la vida religiosa cuando el propio recluso cuidaba de ello. Cuando varios estaban juntos y entre ellos se encontraba un sacerdote, la vida religiosa adquiría en la cárcel su culminación y no con la «libertad de religión» que el régimen decía garantizar, sino con la fortaleza del pastor de almas y sus ovejas, muchas veces contra la propia voluntad del régimen. Un hombre inteligente me dijo en una ocasión tras nuestro cautiverio: «La actitud de muchos levantó mi alma. Me ayudó a confiar en el futuro de nuestra nación». Se hacían así realidad las palabras escritas por Dostoiewsky sobre los presos de Siberia: «También en la cárcel se puede llevar una vida digna».

### **El abismo de las cárceles**

Si se exceptúa la guerra o un cambio brusco en las condiciones de vida, las cárceles y prisiones son los lugares que producen más suicidas y enfermos mentales. En la primera guerra mundial, en los campos de prisioneros de Siberia, tras las barreras de alambre espinozo, las depresiones nerviosas y la locura adquirieron gigantescas proporciones. Cualquier clase de existencia en la cárcel excede los límites de lo infrahumano. Nadie puede saber, entre nosotros, cuántas personas perdieron la razón en la calle Andrássy, en la calle Markó o en cualquier otra de las muchas cárceles del país. En la cárcel general llegaron muchas veces a mis oídos los gritos desgarradores y los lamentos de los que habían perdido la razón. Ante el cuartel de policía se oyeron en una ocasión repetidos toques de silbato, frenazos de vehículos y órdenes imperativas: El hombre que al día siguiente me llevó agua musitó que dos presos se habían vuelto locos. Tan sólo después de muchas dificultades habían conseguido reducirlos.

También se producían con frecuencia alborotos en las celdas. Durante medio año anoté en mi diario —escrito en latín— las palizas que se prodigaban y los ataques de locura que se producían a mi alrededor. Anotaba con precisión el día, la hora y la duración y me horrorizó la frecuencia de los alborotos. Sacaban de sus celdas a los que perdían la razón y los trasladaban al manicomio. No faltaban algunos casos en los que se certificó la locura para poder encerrarlos en el manicomio.

No debían ser infrecuentes los suicidios en las cárceles húngaras, puesto que se cargaba tanto el acento en las precauciones para que no ocurrieran. No se nos daba tenedor alguno, ni cuchillo, ni peine, ni navaja de afeitar y tampoco vaso alguno para beber. Tampoco se permitía que hubiera espejo alguno en las proximidades del recluso. Se temía

que el preso pudiera mirarse y al ver su aspecto, hiciera añicos el espejo para cortarse las venas con los pedazos.

El 16 de junio de 1950, cuando me permitieron celebrar la Santa Misa por vez primera, me trajeron vino en un vaso que yo dejé en un rincón de la celda. A las dos semanas entró casualmente el comandante, vio el vaso y comenzó a tronar contra aquella vulneración del regla' mentó. Un carcelero se apresuró a llevarse el vaso. A partir de entonces, me dieron en un recipiente de aluminio el vino preciso para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa.

En la cárcel se golpeaba, casi diariamente y con el menor pretexto» a los presos. Los gritos y los lamentos llegaban hasta mi celda. Me resultaba imposible permanecer indiferente, pues el sentimiento de solidaridad es muy grande entre los presos. La emprendía entonces a puñetazos con la puerta de mi celda y la protesta pronto se extendía a otras diez o doce puertas del pasillo. Los torturadores interrumpían su «trabajo» y corrían arriba y abajo para localizar a los promotores de aquella protesta «reaccionaria». No tardaron en encontrarme.

La primera vez esperé que me llegara el turno. Pero no me tocaron. Estoy seguro de que en caso contrario se hubieran desencadenado también las protestas y golpes de los otros reclusos.

Quien sufre y languidece en las cárceles comunistas por el «delito» de ser enemigo del régimen, tiene por lo menos la satisfacción de que su lucha es justa. Mucho más terrible debía ser el estado de ánimo de aquellos que durante décadas se habían esforzado en ayudar el triunfo de aquel «mundo nuevo» y luego fueron a parar ellos mismos a las mazmorras, como había ocurrido tantas veces en tiempos de Stalin.

La policía húngara para la defensa del Estado (AVO) tenía para nosotros una triste fama. Tras el alzamiento de 1956, el presidente del Consejo, Imre Nagy, declaró la disolución de aquel organismo. También el régimen de Kadar hizo pública su intención de disolver la AVO. Sabían todo el odio y el desprecio que provocaba en el pueblo aquella institución nacida de las propias entrañas del régimen. Pero la declaración de Kadar no fue sincera. Es un hecho comprobado que tras el 4 de noviembre de 1956, las gentes del AVO reaparecieron en la capital y el campo para efectuar, del lado de los rusos, numerosas detenciones e internamientos. «La zorra deja su rabo en la trampa para salvar el pellejo», dice el refrán.

Kadar reconoció y atestiguó que la labor del servicio de seguridad había sido en todos los casos una actuación criminal y que el pueblo odiaba profundamente a los que llevaban la gorra con las franjas azules. El órgano oficial del Partido del régimen de Kadar, «Nepszabarsag», escribió sobre la AVO, con fecha 28 de diciembre de 1956, que había usurpado gradualmente las funciones de los interrogatorios y cometido acciones ilegales. Pero cuatro meses después se escuchó de labios de Karoly Kiss, ministro del mismo partido y el mismo régimen, en un acto público celebrado en Diosgyor:

«Especialmente heroico fue el comportamiento de la AVO en los meses de octubre y noviembre junto al frente del pueblo».

En el libro de Rakosi, que publica sus declaraciones en el proceso de Rajk, se lee lo siguiente:

«La pandilla de Tito, la pandilla de Rajk... La AVO, con el camarada Gábor Peter al frente, hizo un buen trabajo».

Palabras, éstas, que significaban un elogio al crimen, a la tortura, al genocidio. Nunca será posible conocer con exactitud el número de los ejecutados.

Por mi parte, podría citar muchos nombres, aunque por razones obviamente comprensibles no voy a hacerlo, de personas que sufrieron graves quebrantamientos nerviosos o perdieron la razón a manos de la AVO. Es significativo que los sucesores Geró y Kadar enviaran a Rakosi a reponer su salud en vez de sentarle en el banquillo de los acusados.

### **Gozo y consuelo en la reclusión**

No todo es en la cárcel maldad y ruindad. También hay cosas buenas. La cárcel preserva de algunos peligros y tentativas. A mí me resguardó de tener que prestar un juramento de fidelidad a los verdugos de mi pueblo, de llegar a un acuerdo con aquellos que habían pisoteado a la Iglesia. Cualquier maledicencia era imposible cuando se estaba incomunicado. Resultaba mucho más fácil el dominio de los sentidos; el hombre encarcelado está mucho más protegido contra la triple concupiscencia. ¿Puede acaso ser orgulloso un recluso? En lugar alguno como allá se hacen verdad las palabras: «El hombre es como hierba; cuando el viento sopla, deja de estar allá» (Salmos 103, 15). Para el examen de conciencia, para el arrepentimiento, para la introspección y la elevación del alma, el tiempo que se pasa en la cárcel resulta fructífero, son días de bienaventuranza (Rom. 13, 11). Se tiene conciencia de faltas que en la apresurada existencia exterior no hubieran sido objeto de atención. ¡Cuántos propósitos e intenciones que invariablemente se hacen comienzan con estas palabras!\* Dios mío, si un día...» Yo también los hice diciéndome para mí mismo: «Me dedicaré a los presos». «Iré a Tierra Santa.»

El ofrecimiento del Santo Sacrificio de la Misa era para mí, cuando obtenía permiso para ello, punto central del día. Duraba dos horas y media o tres. Durante el mismo rezaba a la intención de las necesidades y penalidades de la Iglesia y la patria húngara. Incluía siempre en mis oraciones al Papa, los cardenales y los obispos, los sacerdotes, los enfermos, mi madre, mi hermana, mis seminaristas, cuantos vivían en la búsqueda de la verdad y también a los enemigos, los carceleros, los presos, los fugitivos húngaros, los padres y madres, los jóvenes y la vida familiar húngara.

San Felipe Neri acostumbraba a celebrar muy despacio la Santa Misa y por ello deseaba siempre celebrarla en soledad. Quien celebra la Santa Misa a solas, se toma todo el tiempo para ello y lo hace con la máxima conciencia.

Protegía con el mayor cuidado al Santísimo, que tenía oculto en mi celda, y le dirigía largas plegarias, sobre todo durante la noche. El breviario era para mí una auténtica fuente de gozo. Sentía hambre y sed del mismo, como el pastor que busca con ansia una fuente. Una plegaria del breviario me duraba, en vez de la hora y cuarto habitual, dos horas y media o tres. Por espacio de largo tiempo, aquel libro fue mi Sagrada Escritura, mi dogma, mi mística, el orientador de mi alma. La existencia en la cárcel ayuda a un buen entendimiento de los salmos. Se entra en conocimiento de que el salmista, en el fondo más que como prisionero, habla y canta el mundo de los reclusos, de éstos y para ellos. El «De profundis» (salmo 129) es conocido por todos. Pero hay otros salmos que aluden a la cárcel, como el 21, el 25, el 29, el 30, el 37, el 38, el 53-56, el 68, el 69, el 70, el 85, el 87, el 90, el 101, el 102, el 108, el 142, el 145, etc. A éstos hay que añadir las escenas de cautiverio de José, Job y Daniel.

En Adviento, las llamadas antífonas en «Oh» (¡Oh, llaves de David...!) aluden al encarcelamiento del hombre por culpa de sus propios pecados. El preso reza con todo el corazón cuando dice: «Conduce a los presos fuera de las mazmorras, donde está envuelto por las tinieblas y las sombras mortales». El alma del recluso se siente confortada en Adviento por las palabras del salmo: «Has dado otro rumbo al cautiverio de Jacob» (Salmo 84,2). La oración litúrgica del Viernes Santo: «Aperiāt carceres, vincula dissolvat» Abrió la cárcel y soltó las cadenas) es mucho más susceptible de llegar profundamente al corazón de un recluso. En la Pasión, Jesús aparece ante nosotros atado y azotado, levantando así el alma de todos los presos. Este pasaje de la Pasión está asimismo aludido en los dos misterios del Rosario de la flagelación y la coronación de espinas.

Encontré asimismo sentido especial en aquellas circunstancias a las palabras del Apocalipsis: «El diablo arrojará algunos de vosotros a las mazmorras para que seáis probados en la angustia y la estrechez» (Apocalipsis, 2, 10). San Beda nos dice que la cárcel de los reclusos inocentes redunda en beneficio de su propia glorificación. Asimismo hace bien a los cautivos la exhortación del apóstol a todos los creyentes para que pensaran en los presos: «¡Pensad en los presos como si estuvierais Presos! Rogad por nosotros, para que pronto seamos redimidos» (Hebr. 13, 3, 18). ¡Bendita sea la Iglesia, que con la maternal pedagogía de las oraciones del breviario tiene la oración propia para los cautivos!: «Los gemidos de los cautivos llegan hasta ti y la fortaleza de tu brazo hace ubres a los hijos de la muerte» (Salmos 78,11).

Daban renovadas fuerzas a mi alma «La imitación de Cristo» de Tomás de Kempis, las vidas de los santos y el vía crucis en la celda. Del Rosario me conmovían mayormente los misterios de dolor. Cabía Peguntarse al repasar la vida de los santos quién de ellos no había sido un cautivo. Los mártires de los tres primeros siglos, de todos los siglos, habían pasado en su totalidad por las mazmorras de las cárceles. Cinco veces fue enviado San Atanasio al exilio y en cuatro de aquellos destierros se escondió en cisternas o en la tumba de su padre. San Hilario y San Juan Crisóstomo, posteriormente doctores de la Iglesia, conocieron, como San Anselmo, destierros y mazmorras.

En este mismo sentido cabe citar asimismo a los santos que fundaron Órdenes religiosas dedicadas a los cautivos. El cuarto voto que comprometía a ingresar voluntariamente en el cautiverio para conseguir así la liberación de cautivos cristianos, lo observaron estrictamente muchos santos.

En la atmósfera serena de finales del siglo xix y principios del xx llegamos a creer muchas veces desde el interior de la Iglesia que había sido superado el tiempo de los mártires. Pero lo cierto es que el tiempo de los mártires nunca quedará atrás.

Se calcula que el número de mártires en el Imperio romano, en el curso de los tres primeros siglos, se elevó de tres a seis millones. La totalidad de los mártires en el curso de las cuatro primeras décadas del siglo xx se acerca a esta cifra o incluso la sobrepasa. Según los datos del Vaticano y otros organismos oficiales de la Iglesia, hubo tan sólo en China, según las informaciones suministradas por el cardenal arzobispo Tien, unos 14.000 mártires, entre sacerdotes, religiosas y fieles.

En la cárcel se experimenta en la propia carne que vida y mundo no son por su misma esencia lugares de alegría y gozo, sino un valle de lágrimas. Es ésta una realidad. Todos los vínculos, por más fuertes que sean, acaban por romperse. Tan sólo el Evangelio nos ofrece verdadera respuesta a las preguntas: «¿dónde? ¿de dónde? ¿por qué?» A cada instante nos alejamos más y más de los que aquí viven para aproximarnos a los de allá. En el atardecer de un día de Todos los Santos nos sentimos más cerca de los bienaventurados que están en el Cielo, pero también de las almas que sufren el fuego del Purgatorio.

Cuando se está en la cárcel se percibe con mayor intensidad la presencia de la Gracia redentora, que San Agustín calificó de «*gratia liberans*»: «Es bueno para mí que Tú me hayas humillado» (Salmo 118, 71)«

Tenía el convencimiento y el pensamiento contribuía a fortalecerme, que el Papa rezaba por mí y que también rogaban a mi intención los esquimales católicos, los habitantes de la Patagonia, de Francia, de África y también los malayos, así como que participaba en todos los Sacrificios de la Misa que se celebraban en el mundo entero.

Se me había hecho una costumbre querida tomar parte en espíritu, cada domingo a las 10, a la hora que se celebraba Misa mayor en tantos lugares, fuera y dentro de mi querida patria húngara, en la ceremonia» salmodiando en voz baja las palabras del rito y esforzándome en sentirme partícipe de cuanto ocurría en todos los templos en aquellos mismos minutos. Me sentía transportado asimismo en espíritu junto a los húngaros de Norteamérica, junto a las gentes de color, junto a los habitantes de las cinco partes del mundo que asistían a la Santa Misa. Aunque yo había experimentado también el horror del odio y visto la mueca repugnante del diablo, fue precisamente en la cárcel donde aprendí a hacer del amor fundamento de la vida.

Tras su condena a muerte, Dostoiewsky fue indultado y pasó algunos años en su cautiverio de Siberia. Durante mucho tiempo no quiso hablar de ello. Luego escribió «La

casa de los muertos». Abandonó la cárcel fortalecido porque había comprobado el sentido y la fuerza purificadora del dolor y aprendido a conocer en la cárcel a su pueblo y el alma de las gentes. Nadie es en realidad un malvado. Tan sólo las circunstancias que le rodean y la violencia que estas circunstancias pueden engendrar le hacen caer en el mal.

También en las cárceles comunistas de Hungría ocurrieron cosas que tocaban el corazón. En 1949, es decir, en la época en que el odio brotaba con mayor ímpetu, uno de los policías auxiliares que me vigilaban, aprovechó los momentos en que los otros dormían para mirar con cautela a su alrededor y musitarme: «¡Padre, confíe en Dios! ¡Siempre ayuda!» Acudió una segunda vez a ofrecerme su consuelo. Cuando lo hizo por tercera vez, tuvo que despedirse porque le iban a trasladar.

Á finales de mi estancia en la cárcel, en el año 1954, el carcelero, pequeño de estatura, que me conducía al baño, se quedó mirándome después de haber lanzado a la puerta una ojeada llena de temor: «¡Yo también soy cristiano!», me dijo. Igualmente un peluquero del hospital penitenciario se enorgulleció de que su hija acudiera a las clases de religión y que él la hubiera acompañado a la Misa del Gallo.

La fe y el amor tienen que fortalecerse para sobrevivir así siempre al odio.

### **Mi estado de salud**

Desde la calle Markó me trasladaron al hospital de la cárcel general. Con toda seguridad tomaron esa medida para borrar en lo posible las huellas de lo ocurrido conmigo en la calle Andrássy. Como he dicho con anterioridad, me visitaba y me trataba el mismo jefe médico que en unión de otros dos médicos se había ocupado de mí en la calle Andrássy. La fatiga había cedido, pero en mi rostro y en todo mi cuerpo aparecían las huellas de los malos tratos a que había sido sometido. Era evidente que no podían pasar inadvertidas a mi madre durante sus visitas. Así es que al darse cuenta, el 25 de septiembre de 1949, de mi estado de agotamiento y apatía, me preguntó:

—¿No te alegras de que te visite, hijo mío?

Le respondí que me sentía enfermo. La glándula tiroidea se inflamaba interiormente, lo que determinaba una intensificación de los movimientos nerviosos del corazón. Mi madre quiso informar sobre ello a nuestro médico de cabecera, doctor Ernó Petho. Abrió el cuello de mi camisa y tacto la zona inmediata a la glándula tiroidea. Me preguntó si recibía asistencia médica y yo le respondí que el reconocimiento que me hacían era de carácter penitenciario, es decir, por entero superficial.

Mi madre se volvió entonces hacia el policía presente en la visita y le pidió que informara a los superiores de que ella correría con los gastos de la visita en el caso de que permitieran la entrada del doctor Petho en aquel lugar.

—Nunca permitirán que llegue hasta aquí un médico de fuera —le dije a mi madre.

A pesar de ello, apenas regresó a Szombathely dio cuenta detallada al médico de mi estado de salud. El doctor Petho se manifestó dispuesto a reconocerme y si las circunstancias así lo aconsejaban, a operarme también. Mi madre solicitó por escrito al ministro de Justicia la correspondiente autorización para ello. El arzobispo Grósz hizo asimismo idéntica solicitud. Pese a todo, ni su intervención ni la de mi madre alcanzaron éxito alguno.

Me aplicaron, sin embargo, el régimen de enfermo a partir de entonces. Los dos médicos que me cuidaron no se manifestaron en ningún momento groseros o desdeñosos hacia mí. El tono frío de su voz se debía, sin duda, a la presencia constante de los policías. Me efectuaron una serie de exploraciones por Rayos X y me recetaron un montón de medicamentos. En toda mi vida había tomado tantos. Tenía que hacerlo ante testigos.

Trataba de no tragarme el agua y los líquidos que me administraban, al igual que me había negado desde siempre a ingerir alimentos líquidos. Allá, en la cárcel, experimentaba menos temor a que hubieran mezclado a los alimentos y los medicamentos algo que pudiera provocar mi muerte. Mayor temor sentía de que mezclaran alguna droga o ingrediente capaz de quebrantar mi fortaleza nerviosa, debilitar mi capacidad de juicio y restarme valor. Los médicos parecían verdaderamente preocupados por el curso de mi dolencia. De vez en cuando, la enfermedad de Basedow parecía ceder, pero era tan sólo apariencia, porque no tardaban en aparecer signos de agravación. Un reconocimiento mas a fondo reveló que padecía también un zóster; dolores intensos, fiebre, fatiga y postración eran los síntomas y consecuencias de esta dolencia. Mucho más tarde, tras salir de la cárcel, leí que tal enfermedad las más veces proviene de una infección, pero que tampoco cabe excluir que esté provocada por un medio químico contenido en los alimentos. Los treinta y nueve días de mi estancia en la calle Andrassy sospeché en una mezcla de ingredientes químicos con mi comida. Con seguridad, tenía también un importante papel en mi estado de salud la carencia de vitaminas-Con su falta se pierde capacidad de resistencia y sobre todo, se debilita el sistema nervioso del recluso, sometido por otra parte a una constante tensión.

La insuficiencia de la comida, el voluntario rechazo de determinados alimentos, el aislamiento, el ocio, el triste ambiente de la cárcel, los malos tratos sufridos y la gran preocupación por la Iglesia y la patria habían contribuido a debilitar profundamente las fuerzas de mi organismo. La enfermedad y las infecciones hicieron lo restante.

A los médicos no se les escapó todo aquello; me preguntaron si tenía deseos de comer algo especial.

—No quiero ser una excepción —respondí —. Comeré lo que se da a los demás reclusos.

En la primera mitad del año 1954 perdí notoriamente peso. De ochenta y dos kilos me quedé, aproximadamente, en la mitad: cuarenta y cuatro kilos. Estaba literalmente en la piel y los huesos. Cuando en una ocasión y a pesar de la prohibición, conseguí verme en un

espejo, me asusté de mi aspecto. Lo que vi era solamente la sombra de mi persona. Durante los paseos apenas conseguía arrastrarme con la mayor dificultad. Igualmente resultaba para mí muy difícil levantarme por las mañanas.

Un atardecer del invierno de 1954 comprobé que había perdido considerablemente la capacidad de visión. Aun acercándome mucho a la bombilla, apenas acertaba a leer mi libro de horas. Forcé la vista y de pronto me pareció que la celda y cuanto me rodeaba daba vueltas. En el libro y en la pared aparecieron unos círculos de colores. No recuerdo nada más. Al volver en mí, me encontré tendido en el suelo, con el breviario al lado. También había un charco de sangre. Toqué mi cabeza y comprobé que el pelo estaba empapado de sangre. Me volví con gran esfuerzo y traté de comprender lo que había ocurrido: «Me he caído de espaldas contra la estufa de mampostería y en la caída me he golpeado la cabeza». Sin duda había permanecido largo rato desvanecido. Conseguí llegar hasta la cama y tenderme. Las piernas temblorosas apenas conseguían sostenerme. Con el pañuelo mojado limpié la sangre de mi cogote, el pelo y el suelo. Luego me vendé con el trapo la cabeza herida, para que por la noche no se manchara de sangre la almohada y el jergón. A pesar de todo, seguía filtrándose. Los carceleros no se dieron cuenta de nada. No dejaba de sorprenderme que así ocurriera, si tenía en cuenta la atención que ponían cuando se trataba de servirme carne en viernes o molestarme cuando rezaba de rodillas. Trataron de apparentar que no se habían enterado de la caída y la consiguiente herida, ni tan siquiera cuando me llevaron la cena, a las seis.

Tan sólo al efectuar el cambio de ropa al terminar la semana, encontraron la almohada manchada de sangre. Buscaron asimismo la camisa ensangrentada que me había quitado. Apareció el comandante y me sometió a un interrogatorio, casi como si se hubiera tratado de una intentona de suicidio. No pareció preocuparles el hecho de que el pañuelo, que hacía también las veces de trapo de quitar el polvo, hubiera podido provocarme una infección.

Por entonces, mi madre me efectuó una nueva visita. Al verme, quedó tan alterada por mi precario estado de salud, que preguntó con una profunda irritación:

—¿No les avergüenza ver a un preso así? ¿Para qué pagamos impuestos? Si no se puede o no se quiere atender su alimentación, deberían por lo menos autorizarme a que me preocupara de él. Mandaré dinero para alimentos; ¡díganme cuánto me costará!

El oficial de policía presente pareció desconcertado. No respondió nada, pero informó al ministerio de las circunstancias. Y ocurrió el milagro: en el ministerio aceptaron la propuesta de mi madre.

A la siguiente visita, me preguntó si me habían dado los alimentos que ella había pagado. Respondí que no había advertido cambio alguno en mi alimentación y le pedí que no enviara dinero al ministerio. Ella lo necesitaba para el mantenimiento de la casa y, por otra parte, las autoridades que me mantenían recluido tenían obligación de alimentarme.

Para el oficial de policía que estaba siempre presente, todo aquello le resultaba muy desagradable. Después de que mi madre se hubo marchado, apareció el comandante y se informó sobre los alimentos que más eran de mi gusto. Le respondí que no tenía preferencias especiales y pedía tan sólo una comida sólida que fuera posible llevarse a la boca. Me hicieron asimismo un inmediato reconocimiento médico: los médicos celebraron una consulta a la que asistió también el comandante. Por lo que a mí respecta, me resultaba en aquellos momentos totalmente indiferente seguir o no con vida.

Como consecuencia de todo aquello, el 13 de mayo de 1954 me trasladaron al hospital de la cárcel general. Allá permanecí sin interrupción hasta el 17 de julio del año siguiente.

La noche anterior a mi salida, el nuevo comandante de la prisión visitó mi celda. Me dijo que se había puesto de manifiesto que conmigo y a mi alrededor había ocurrido algo que no concordaba con la ley. Mi sorpresa fue mayúscula, puesto que no sabía nada sobre los nuevos vientos que soplaban en el país. Mi madre me informó, aunque con mucho retraso, de la muerte de Stalin. Tan sólo me atrevía a intuir los posibles cambios que semejante acontecimiento provocaría y que tendrían que llegar necesariamente hasta mi propia celda. Pero no me hubiera atrevido a pensar que Imre Nagy empuñaba el timón de los destinos húngaros.

Si no me equivoco, el recorrido hasta el hospital tuvo en automóvil una hora de duración, pese a que en línea recta apenas mediaba una distancia de cuatro kilómetros y el camino más corto, en automóvil, tan sólo tenía seis kilómetros. Hicieron, sin duda, todos los posibles para mantener el secreto del recorrido. Aquel prurito por los secretos era parte importante en la ciencia de los carceleros. La celda número 20, en la que ingresé, estaba situada directamente en el pasillo de entrada al edificio. La habitación contigua estaba dispuesta como lugar de permanencia para los guardianes que me habían acompañado desde la cárcel. En las inmediaciones se hallaban las salas de operaciones y las habitaciones de los médicos. La estancia puesta a mi disposición era mayor, más sana y menos sombría que la celda de la cárcel. Por prescripción facultativa, la parte superior de la ventana permanecía siempre abierta. Allí no disponía tan sólo de un plato de aluminio para la comida, sino de platos, tenedores, cuchillos, cucharas y también de un vaso para beber. La comida era apetitosa y nutritiva. Otra muestra del cambio era la persona del jefe médico del hospital, persona caritativa y humana a quien todos apreciaban. Al principio sólo querían permitir que me visitara con el consiguiente acompañamiento de los agentes encargados del control de personas. Hizo constar que en tales condiciones no podría aceptar la responsabilidad médica que le exigían. Se le permitió entonces efectuar sus reconocimientos a solas. La comida, más abundante y nutritiva, surtió su efecto y comencé a recuperarme. Por otra parte, se me autorizó a llevar el traje negro como ropa de a diario. La época del dril había terminado.

Desde la cárcel trasladaron también al comandante segundo, comandante Vékasi, que era un hombre muy tratable. Cuando me llevaban de un lugar a otro, iba acompañado siempre por mis «inseparables agentes». Ahora podía estar tendido en el jardín, tras unos

biombos que tenían dos finalidades: dar sombra y al mismo tiempo, ocultarme. De vez en cuando me llevaban a pasear por el jardín. En tal caso, se habían dado severas instrucciones de que permanecieran cerradas todas las ventanas del edificio para evitar a los curiosos y a los aficionados a los espectáculos.

Cuando hacía buen tiempo podía ver el vuelo de las golondrinas y entonces pensaba: «Vienen en primavera y se marchan en otoño. El destino les ha dado dos patrias; nosotros sólo tenemos una y la hemos perdido. ¡Aunque quizás no sea para siempre!»

Tras la mejoría aparente de mi estado siguió una agravación. El médico parecía inquieto; se llegó a hablar de una operación. Impuse la condición de que sólo pudiera efectuarla el doctor Pethó. No me la emitieron.

Me daban diversas inyecciones, cosa que el médico jefe hacía personalmente. De él las aceptaba sin reserva alguna. Pero cuando se tuvo que ausentarse unos días, transcurridas dos semanas, apareció el jefe de los carceleros del departamento de sanidad con la jeringuilla preparada. Me negué a que me diera la inyección porque no me fiaba de él. A su regreso, me aseguró el médico jefe que no había dado ninguna orden al respecto.

En general, las inyecciones provocaban gran dolor y por las noches me mortificaba una intensa comezón. Tuve una erupción en todo el cuerpo, por lo que el médico creyó conveniente cesar las inyecciones. Perdí peso de nuevo. La visión se debilitó de tal manera que no acertaba siquiera a leer el texto del breviario y a lo largo de tres semanas me resultó imposible leer los oficios. Tampoco conseguía leer los grandes caracteres del misal, a pesar de que el médico me había facilitado unas gafas con unos cristales de gran potencia.

Las palabras del salmo se confirmaban en mí: «No hay nada sano en mi cuerpo. Mi corazón late desordenadamente y las fuerzas me abandonan; también la luz de mis ojos se ha debilitado» (Salmo 37, 3, 10).

El día 16 de julio tuve visita. Apareció el coronel Rajnai y me comunicó que el «gobierno», teniendo en cuenta mi estado de salud y por gestión del episcopado, me indultaba de la pena de encarcelamiento. Tenía que estar dispuesto, pues al día siguiente me llevarían a Püspokszentlászlo. Añadió que hubiera podido comunicarme noticias mejores si en el tiempo mediado desde mi detención me hubiera mostrado algo más amable.

No cabía duda alguna de que el gobierno temía la impresión desfavorable que sobre la opinión pública mundial hubiera tenido el hecho de que tras la muerte de tantos sacerdotes y fieles seglares, también el pastor supremo de la Iglesia húngara hubiera fallecido en la cárcel.

Al amanecer del día 17 de julio de 1955, domingo, salió del hospital un vehículo ocupado por mí y el coronel Rajnai. Brillaba un sol radiante. El comandante acompañó al automóvil hasta la puerta.

Celebré el traslado, sobre todo por el médico. El empeoramiento de mi estado le había causado grandes preocupaciones. Su posición era delicada, como si estuviera entre dos grandes ruedas de molino. Su juramento médico le obligaba a cuidarme pero, por otro lado, el régimen trataba de que hiciera el papel de policía. Es posible que llegara incluso a pensar que resultaría para él menos acongojante que no se produjera mi fallecimiento en sus manos.

### En Püspokszentlászlo

Salimos de la cárcel. A mi lado, vestido de paisano, se sentaba el coronel Rajnai. Aprovechó la ocasión para mostrarme el proyectado Gran Budapest en construcción y la llamada «Ciudad Stalin», en las proximidades de Dunapentele. Denominaban «Ciudad Stalin» a un gran complejo de unas once mil yugadas. No era una ciudad corriente, sino «una ciudad socialista que incluía una planta productora de acero» cuya producción de hierro y acero sobrepasaba en un tercio a las que salían conjuntamente de las demás del país. Había allá comercios, escuelas, comedores, hoteles, cines, centros de ordenación, un hospital, una casa de la cultura, un museo, un edificio de oficinas, un estadio deportivo, un parque de recreo, un escenario para representaciones al aire libre y ciento sesenta hectáreas de bosque entre las plantas siderúrgicas y la ciudad.

Esta ciudad tenía 30.000 habitantes, pero no se había construido una sola iglesia, ni se celebraba en ella oficio divino alguno. Pertenecía a la serie de creaciones de Rakosi. Quizá pensaba en algo semejante cuando a su regreso a Hungría, en 1944, había declarado: «Llegaremos hasta las estrellas».

Bastaron cinco años para que aquella ciudad cambiara, en 1956, el nombre de Stalin, para que aquella moderna Babilonia bolchevique sostuviera la más enconada lucha contra el espíritu staliniano de su nombre originario.

Dios está en todas partes. Dios está asimismo presente allá donde los poderosos de este mundo lo han querido expulsar. Me fue posible leer, el 30 de diciembre de 1956, en el periódico comunista del condado, que con autorización de la oficina de asuntos eclesiásticos y con la aquiescencia del organismo local del partido, se había celebrado la Santa Misa en el vestíbulo de la escuela general de la «Ciudad Stalin».

Püspókszentlászlo, donde me habían trasladado, se encuentra a una distancia aproximada de trece kilómetros de Pécs, en la falda del monte boscoso de Zengő. Es una pequeña localidad, en realidad un suburbio de Hetény y tiene tan sólo 108 habitantes. A principios del siglo XVIII, el obispo de Pécs se hizo construir allí una residencia veraniega y me habían asignado aquel lugar. La declaración del gobierno afirmaba que el propio episcopado había elegido aquel lugar cediéndolo para mi larga permanencia en él. Esto no correspondía a la verdad, pues lo cierto era que el Estado había confiscado aquel castillo desde hacía largo tiempo.

Subimos a Hetény y tuvimos previamente que trasladarnos a un vehículo todo terreno, pues el camino no resultaba practicable para un automóvil normal.

El lugar había permanecido hasta aquel momento cerrado a los Progresos de nuestro siglo. Atravesamos unos cuatro kilómetros de terreno montañoso, cubierto de árboles y atravesado por varios riachuelos. En honor a mí se había rodeado el castillo de un nuevo vallado de tronos como señal de que allá me esperaba una especie de cautiverio.

Cuando iba a subir por la escalera, sufrí un ataque al corazón. El Joven médico, llamado doctor Sugár, que me había acompañado hasta allí me atendió, obligándome a tomar asiento y ordenando que descansara media hora en la planta baja. El administrador del lugar, un hombre que parecía lleno de buena voluntad, acudió presuroso y se presentó. Se llamaba Angyal, que significaba «ángel», de manera que acostumbraba luego a dirigirme a él llamándole «mi ángel». Tenía, pues, un «rayo» (Sugár) y un «ángel» en Angyal. Me ayudaron a subir al primer piso, donde habían puesto a mi disposición dos habitaciones que se hallaban en buen estado, con excepción de los lavabos, de las conducciones de agua y la instalación eléctrica.

Entretanto, los que me habían acompañado desde Budapest examinaban en una habitación del piso bajo mis maletas y papeles. Elevé mi más enérgica protesta, pues en la cárcel me habían prometido que todo cuanto escribiera era y seguiría siendo de mi completa propiedad. Pero tanto esta observación como la protesta no sirvieron de nada.

El coronel me precisó luego que mientras no se opusieran los agentes de la policía secreta (AVO) allá acantonados, me estaba permitido asomarme al balcón y pasear por el jardín. De todos modos, tenía que solicitar permiso. Cuando respondí que renunciaba al balcón y el jardín, se alejó y regresó a la media hora con la notificación de que podía salir al balcón y pasear por el jardín a mi entero antojo. Mi madre podía visitarme. Estaría a su disposición una habitación propia y ella misma podría determinar la duración de su visita. Al despedirme, me destacó que eran unos carceleros caballerosos. Sólo pude responderle que con ello se situaban a idéntico nivel de los Habsburgo, a los que tantos reproches hacían, y mi suerte recordaba la del obispo Telekesi de Eger, que tras la derrota en las luchas de liberación, fue sometido a cautiverio. El rey José I le facilitó un sacerdote como católico y su suerte permaneció invariable bajo su sucesor Carlos III. El coronel no añadió palabra a lo dicho por mí y se marchó, aunque apareció de nuevo el día 20 de julio para entregarme un traje talar.

Con posterioridad acudió también un sacerdote que me presentó unas credenciales del administrador apostólico de Esztergom. Había sido con anterioridad párroco en Budapest, y le habían alejado de su parroquia. El régimen de Rakosi había derribado su templo «Regnum Marianum» para conseguir espacio para un monumento a Stalin.

Por fin tenía otra vez a un sacerdote consagrado junto a mí, en el altar, sentado a mi mesa y acompañándome en mis paseos.

Tan sólo los días de fiesta eran para mí días de «clausura». El pueblo que acudía a los oficios divinos en el templo del castillo no debía verme.

Junto a la iglesia estaba, en un declive, el cementerio, por el que experimentaba singular atracción. Recordaba que había también cementerios junto a la cárcel general y la prisión. El cementerio sugiere graves pensamientos. Me preguntaba con frecuencia cuándo terminaría mi existencia de recluso. No me iba ahora nada mal en cuanto se refería a comida y bebida, aire y movimientos. Tan sólo los policías ponían *¿e vez* en cuando rostros mohíños, cosa fácilmente comprensible. Estaba aislados y apenas podían mantener contactos con su familia y el resto del mundo. Además, tanto el médico como el resto del personal se quejaban en sus informes al ministerio de las condiciones insalubres en que vivíamos. En mi equipaje había encontrado, además de mi reloj de bolsillo, los cuarenta y nueve florines y mi ropa interior. Encontré también un pequeño paquete con la inscripción «muy confidencial». Me pregunté intrigado qué contendría y al abrirla hallé en primer lugar una fotografía de mi madre. Me la había dedicado con todo amor en el año 1950, sin que llegara entonces a mis manos. También había un escrito de la Cruz Roja Internacional, que se interesaba por mi estado de salud y cartas procedentes del extranjero que solicitaban mi firma como prueba de que estaba aún con vida. Encontré asimismo dictámenes médicos, comunicaciones de la comandancia, instrucciones referentes a las visitas de mi madre a Vác, etc.

Aquel paquete «muy confidencial» me reportó más tarde, en Peteny, grandes dificultades.

Mi sacerdote me informó muy minuciosamente de lo ocurrido durante los siete años que yo había permanecido separado del mundo. Me habló de los sacerdotes, los presos, los fallecidos, los que habían permanecido fieles y aquellos cuya fidelidad había vacilado. Me contó detalles sobre el decrecer de la vida religiosa en la capital y sobre las clases de religión que se impartían con dificultades cada vez más crecientes. Una gran noticia fue para mí saber la proclamación de la Asunción de la Virgen y la santificación de Pío X. El sacerdote recibía regularmente dos periódicos y poseía también un aparato de radio. Eran las fuentes de sus informaciones, que me comunicaba a pesar de tenerlo expresamente prohibido.

El 10 de octubre y en el mayor de los secretos, el arzobispo Grósz, de Kalocsa, fue llevado también allí. Le asignaron las estancias que ocupaba el sacerdote, y éste, por su parte, pasó a las reservadas para mi madre. De esta manera y a pesar de las anteriores promesas, no le fue posible quedarse a mi madre, en su segunda visita, más de un día. Me alivió algo el detalle de que pudiera hablar con ella sin la presencia de carceleros.

Al día siguiente vi desde mi ventana al arzobispo Grósz, que regresaba de su paseo en compañía de sus vigilantes. Contemplaban los peces y las ranas del estanque. Salí al balcón y dos cautivos se vieron por vez Primera en seis años. Éramos presos antiguos y experimentados, por lo que sabíamos que no debíamos saludarnos. A pesar de ello, visité tres veces al arzobispo Grósz en las semanas siguientes. También intercambiábamos

correspondencia. Me interesaba sobre todo conocer la época comprendida entre los años 1948 y 1951, es decir, aquella que Mayores dificultades había reportado para la Iglesia. La primera vez ^e llamé a su puerta y penetré en su habitación, pareció muy sorprendo. Conocía la prohibición de vernos y mucho más hablarnos. Me preguntó cómo lo había conseguido. Le dije que una condena a cadena perpetua no podía prolongarse más allá de los propios límites de la vida, por lo que me había decidido a correr el riesgo. Era por demás bastante fácil:

—Cuando en la planta baja alguien comienza a subir la escalera, el ruido de los crujidos llega hasta el primer piso. Así es que bastará con separarnos antes de que lleguen los guardianes. He enviado, además, al sacerdote abajo, a buscar los periódicos. Sin duda, el policía de guardia se los da en estos momentos. Pero no podré utilizar siempre esta estratagema. Echaré cartas por debajo de la puerta y le ruego que cuando oiga unos golpes en la puerta, me eche a su vez la respuesta.

Así es como intercambiábamos de tres a cuatro cartas diarias.

La casa no era por otra parte un sanatorio, tal como las autoridades se esforzaban en difundir por todo el país. Era evidente que se había invertido dinero en la decoración; el edificio tenía que dar buena impresión. Habían trabajado pintores, se habían llevado muebles, alfombras y cortinas y plantado arriates de flores en el jardín. Pero los esfuerzos de los «decoradores de interior» y el jardinero no podían cambiar el hecho de que nos encontrábamos en una región de lluvias abundantes y humedad nada sana. Abundaban los días de agobio, que llegaban a hacerse interminables. La casa tenía también «realquilados», pues estaba llena de ratones. Por orden superior, el administrador ordenó el 8 de octubre de 1955 que empaquetara mis cosas. Esperamos otras tres semanas y finalmente, en la noche del 31 de octubre al 1 de noviembre, llegaron unos camiones. Se desalojó el edificio. Tan sólo permanecieron sin tocar las dos estancias del arzobispo Grósz y una de las mías. Al anochecer el día 1 de noviembre de 1955 aparecieron dos caballeros desconocidos para mí, que por orden del ministerio efectuaron mi traslado a la clínica de Pécs. El médico que me reconoció se mostró enteramente satisfecho.

En Püspokszentlászlo no nos dieron de cenar, pues mis acompañantes, mientras se procedía a mi reconocimiento, se dedicaron a despachar la cena. Yo recorrió con ellos veintidós kilómetros sin probar bocado. En la carretera nos cruzamos con los camiones que transportaban el mobiliario de nuestras habitaciones.

El 2 de noviembre, después de haber atravesado la capital, llegamos a las cuatro de la madrugada a Felsopeteny, nuestro nuevo lugar de residencia. Algunas muchachas jóvenes, de aspecto elegante, preguntaron dónde tenían que servirme la cena. Había dos estancias y por eso lo preguntaban.

—Muchas gracias, no quiero nada.

—¿Por qué?

—Tengo que celebrar, pues hoy es el Día de Animas.

En el pasillo, las sirvientas y los desconocidos que me habían acompañado discutían la situación. Las muchachas insistieron en que la cena estaba servida.

—Gracias. No quiero nada. Voy a decir Misa.

—¿Ha comido usted algo esta noche?

—No.

—¿Y no tiene usted apetito?

—Cuando un sacerdote tiene que celebrar el Santo Sacrificio de la Misa es poco importante que tenga o no apetito.

Las sirvientas se marcharon y también se alejaron los lacónicos desconocidos.

### «Huésped» de la policía secreta

Mi nuevo lugar de residencia fue el castillo Almassy, que había pasado a ser propiedad del Estado. Estaba situado en el centro de un gigantesco parque, junto al pueblo. El edificio parecía estar en buen estado de conservación, a pesar de las huellas inevitables de descuido correspondientes a la economía comunista. Antes que nosotros, se había alojado en él una unidad de jóvenes pioneros. Tras su marcha, unos cien obreros no bastaron para reparar los daños con la presteza suficiente. Me asignaron una habitación que hacía también las veces de comedor, una alcoba contigua y media capilla. Idéntico espacio ocupaba el arzobispo de Kalocs. El comandante del castillo tenía el grado de comandante de la policía secreta, pero iba siempre vestido de paisano. Había sido obrero de una fábrica textil y era ahora estudiante: un comunista fiel por entero a la línea. Tenía bajo su mando a quince hombres armados de metralletas, pistolas automáticas y tres perros lobos. La orden era mantener estos perros alejados, pero lo cierto era que nos buscaban, parecían alegrarse con nuestra presencia y saltaban delante de nosotros.

El parque seguía ostentando su rica flora de abetos y también muchos frutales. No nos estaba permitido, sin embargo, la utilización del Jardín entero. Un seto reforzado por alambre espinoso limitaba el espacio que nos habían destinado.

Casi cada día, el comandante cambiaba el itinerario de nuestros paseos. Se ofreció muchas veces como acompañante cuando sabía que lo estaba en casa el Padre Thót. Pero en tales ocasiones, yo prefería anunciar al paseo. Unos días antes de la Navidad del año 1955, el comandante confió a mi sacerdote que si yo lo solicitaba, estaba dispuesto a permitir que mi madre pasara conmigo aquellas fiestas. Hubiera pasado del mejor grado la Nochebuena con ella. Pero me resistía a pedirlo, puesto que hubiera significado reconocer el derecho que mis carceleros tenían a serlo. Así es que la festividad navideña transcurrió sin la presencia de mi madre.

Ya en Püspókszentlászlo, los emisarios de las autoridades habían subrayado muchas veces que yo no era un preso, sino un invitado. Aquella condición de invitado me recordaba las consignas que se les daba a los obreros de los Estados socialistas y los campesinos de las cooperativas agrícolas. Se les decía: «El país os pertenece, la fábrica es vuestra, la cooperativa es tuya». Igual que desean ver en el infierno el actual Estado de Obreros y Campesinos, igual que las fábricas y los koljoses son para ellos más extraños que antes, lo mismo ocurría con aquella categoría de invitado que a su entender yo tenía.

Cuando oí por vez primera que yo era un invitado, levanté los ojos al cielo:

—¿No soy un preso? ¿Por qué me rodean en tal caso dos vallados, uno de alambre espinoso? ¿Por qué tengo a mi alrededor quince policías, tres perros lobos y un arsenal de armamento? La verdad es que yo no recibiría ni trataría así a mis invitados.

Nadie respondió a aquellas preguntas. Más tarde tendría ocasión de comprobar de una manera práctica el sentido que mis anfitriones tenían de la hospitalidad.

Me dejé crecer la barba. Me habían dado hojas de afeitar, que yo siempre había utilizado para afeitarme por mí mismo. Por casualidad oí decir que en la casa, entre la policía secreta, había un peluquero que afeitaba a los oficiales y la tropa.

Cuando mi barba había crecido bastante, me preguntó el administrador por qué no me la quitaba.

—No se aviene con la dignidad de un alto eclesiástico dar vueltas por ahí sin afeitar.

—¿Es conveniente acaso que el anfitrión disponga de un peluquero y el invitado de ninguno? —fue la pregunta que a mi vez le hice.

Al día siguiente se presentó y preguntó si deseaba recibir al peluquero.

—Yo sigo en mi sede. Si he seguido para Rakosi, también sigo untado para el peluquero[3].

Mi madre pudo visitarme por dos veces desde que me hallaba en aquella casa. Llegó el domingo de Pascua y por segunda vez a primeros de agosto. No se vio obligada a hablar en presencia de terceros, ni cuando lo hizo con el sacerdote adscrito a mi servicio, ni cuando habló conmigo-Tan sólo cuando entró en la capilla en mi compañía quiso acompañarnos el segundo comandante. Le obligué a marcharse y me obedeció, temeroso sin duda de que mi madre contara aquel intento de intromisión- En general, el trato que recibíamos era visiblemente inamistoso.

Se nos trataba con una amabilidad fría. Con anterioridad al traslado me habían asegurado que el médico, Dr. Sugár, acudiría desde Budapest-

En realidad, solamente lo hizo en una ocasión. De todos modos, no sufría falta alguna de medicamentos. Tenía que tomarlos delante de un testigo, cosa a la que yo me negaba.

Era lógico que al estar allá me preguntara qué le había ocurrido al propietario del edificio, conde Almassy, y supe que habitaba en algún lugar del campo, en una habitación con suelo de tierra apisonada. Su castillo había sido clasificado por las autoridades como «edificio eclesiástico». No era tal, aunque mantuvieran recluidos en su interior presos eclesiásticos. La Iglesia se encontraba entre los despojados y no entre los despojadores.

El orden en aquella casa era estricto y militarizado. Por tal razón no encontré durante tres meses la posibilidad, como en Püspókszentlászló, de visitar a mi compañero de reclusión, el arzobispo Grósz. Entre sus habitaciones y las mías mediaba una estancia donde estaba instalado el retén de guardia de la policía secreta. El comandante había ordenado que mi hora de paseo fuera a las doce. Desde mi ventana podía ver que a las once, es decir, una hora antes, el arzobispo Grósz descendía al jardín sin compañía alguna. Le oía salir y también regresar. Un día advertí que abandonaba el jardín a las doce menos cuarto, permanecía luego un rato en el vestíbulo viendo cómo los guardianes jugaban a las cartas y hacían unos comentarios al respecto. Al oírle hablar, experimenté la necesidad de tener un nuevo encuentro con él. Acudí, pues, al vestíbulo, le saludé y añadí:

—¡Vaya! ¡También mi hermano está aquí!

Los policías pegaron un salto, arrojando sobre la mesa las cartas que tenían en la mano. Cuando regresé del paseo, el segundo comandante se mostró muy airado por mi «falta de disciplina».

—Nunca me han dicho que el pasillo dejaba de existir cuando los policías jugaban a las cartas y había además espectadores presentes.

El hombre guardó silencio y abandonó mi habitación.

Petény es un lugar histórico que había sido propiedad, cuatro siglos antes, del famoso jurisconsulto Werbóczy, que escribió allá la primera obra sistemática de derecho de nuestra patria: el «Ius Tripartitum».

A partir del mes de noviembre de 1955, dejaban sobre mi mesa del astillo Petény los siguientes periódicos para su lectura.

Diariamente, el «Szabad Nep» y el «Magyar Nemzet»; cada semana, el «Uj Ember» y el «Kereszt»; («El Hombre Nuevo» y «La Cruz») y mentalmente, los ejemplares del «Anuario Estadístico». Al principio, el administrador intentaba llamar mi atención sobre determinados artículos, entraba en mi estancia y trataba de conocer qué efecto me había causado la lectura. El régimen estaba deseoso de utilizar mi elogio, mi aprobación o mi asentimiento para distraer la opinión de la miseria política económica que imperaban en el país.

Un día apareció ante mí un alto personaje con un acompañante. Le atendí a pesar de no haber efectuado su presentación con el nombre y el cargo. Explicó que Gyorgy Parragi, diputado y miembro del Frente Patriótico, redactor jefe del periódico «Magyar Nemzet», había solicitado del gobierno la autorización para visitarme en Petény y formularme unas preguntas cuya respuesta publicaría en su periódico. No me cabía duda de que el plan se debía al propio régimen. Escribí inmediatamente al ministro de Justicia exponiéndole que consideraba por completo imposible hacerme, tras dos semanas de lectura de diarios, una imagen clara y concreta sobre los siete años transcurridos sin recibir una sola información. No me consideraba suficientemente documentado para la respuesta.

A los diez días volvió el referido personaje con otro acompañante. Los dos se mostraron bastante decepcionados y me informaron que mi respuesta al ministro había causado gran desagrado.

Poco después, el 19 de enero de 1956, sufrimos la experiencia del asalto a nuestra casa de una auténtica caravana de policías investigadores. Con el pretexto que mi actitud había ofendido gravemente al gobierno, se llevó a efecto un registro domiciliario de carácter general. Se dijo después que yo estaba en posesión de documentos confidenciales, que se habían encontrado efectivamente en mi equipaje. Puesto que en Püspokszentlászló no me habían sido confiscadas, protesté y me negué a firmar un acta. Aquella misma noche fui interrogado por dos individuos. A pesar de que les pregunté repetidamente su nombre, no se presentaron y trataron de intimidarme con su arrogancia.

Me acusaron de la sustracción de documentos «confidenciales» del hospital penitenciario, de haberlos conservado y llevado luego conmigo a Szentlaszló. Me preguntaron si había sido archivero en el hospital o tenido de alguna manera acceso al archivo. No cabía duda alguna de que se trataba de una nueva táctica. Los paquetes que me habían dado durante el viaje los había sacado la policía de sus propios archivos. Los escritos tenían muy poco interés para mí, si se exceptúa acaso la documentación sobre mi enfermedad, en la que se atestiguaba que el estado de mis pulmones necesitaba cuidados y se había formado una caverna. Cabía la posibilidad de que no se tratara de mi propia radiografía, sino de una estrategia que, según leería con posterioridad, tuviera como objetivo que yo solicitara mi traslado a un sanatorio o incluso mi libertad para poner en tal caso las correspondientes condiciones.

Al comenzar las investigaciones habían procurado alejar al sacerdote puesto a mi servicio con el pretexto de que precisaba un largo permiso. Así es que de todo aquel asunto sólo vio la caravana de automóviles. Quise terminar con el juego indigno que estaba en curso y decidí hacer una huelga de hambre como protesta. Comencé no comiendo la comida del mediodía y luego siguió la de la noche idéntica suerte. Uno de los agentes que efectuaban el registro apareció y me preguntó si no me gustaba la cena.

—Igual que la comida —le respondí.

—¿Por qué no cena?

—Me he quedado harto con la comida del mediodía.

Al día siguiente actué de idéntica manera y también al tercero. La situación de todos los que estaban en la casa se hizo incómoda. Nuestra sirvienta apenas podía contener las lágrimas. El cuarto día por la mañana apareció el sacerdote que estaba a mi servicio y me imploró que volviera a comer. Mientras él hablaba, yo pensaba para mis adentros: «Tienes 64 años y siete de cárcel detrás de ti; has adelgazado y quizás tus pulmones estén afectados. Si no quieres morir, abandona el empeño».

Así terminé mi ayuno, tras setenta y cinco horas de no haber probado un solo bocado. Cada cual trata de utilizar los medios de que dispone: el régimen con la fuerza y el preso —en su propio detrimiento —con el ayuno.

### **El ángel tutelar de mi cautiverio**

Diez años antes de mi tercer cautiverio escribí las palabras siguientes sobre el amor materno:

«Te olvidarán tus superiores, tras haberles servido; tus subordinados cuando no sientan el peso de tu poder; tus amigos cuando te vean en dificultades... en la puerta de la cárcel estará tan sólo tu madre. En las profundidades de la prisión tendrás únicamente a tu madre querida. Sólo ella descenderá hasta allá. Y si estás recluido en el más profundo de los calabozos, tan sólo ella no retrocederá, no se echará nunca hacia atrás...»

Cuando escribí estas palabras me hallaba muy lejos de pensar que mi anciana madre sería la única estrella en el oscuro firmamento de mi reclusión. Ella fue mi única visita y de ella recibí los abrazos durante los ocho años de permanencia en la cárcel.

¿Quién es mi madre? Una mujer con seis hijos, que vivía a los ochenta y cinco años en su hogar de Mindszent, rodeada de catorce nietos y otros tantos biznietos. En la época de mi detención, cuando mi nombre fue arrastrado por el fango, ella tenía 74 años y era viuda desde hacía dos. Acudió en mi ayuda desde un ambiente pueblerino y haciendo en todo momento gala de una inteligencia y habilidad que fueron mi solícito apoyo hasta su muerte. Se orientaba muy bien en aquel mundo cruel de las cárceles comunistas. Nunca había pisado hasta entonces un misterio. Los visitó a partir de mi detención y supo comportarse con la máxima dignidad en su trato con los jefes del partido que contra toda legalidad se habían apoderado del poder. Ni que decir tiene que aquello presentó para ella una pesada cruz. Dondequiera que aparecía, en el Ministerio, en la cárcel, en el penal, su actitud era en todo momento testimonio de la fortaleza de su alma.

Cuando me nombraron príncipe primado, muchos dijeron de ella: «¡Qué madre tan feliz!» Tanto en Hungría como en el extranjero, muchas personas solicitaron que las aceptara como hijos e hijas espirituales. Cuando los obispos Badalik y Rogács visitaron a la humilde anciana en su vivienda campesina, di a la visita el valor de un signo especial de honor. Durante la última conferencia episcopal bajo mi presidencia, celebrada en

Esztergom el 16 de diciembre de 1948, tomó parte en una comida con los obispos y arzobispos. Todos alabaron su actitud prudente y razonable.

A partir del 26 de diciembre de 1948, día de mi detención, una oscura noche envolvió la radiante bondad y la cordial humanidad de aquella mujer.

Desde el 19 de noviembre vivía conmigo y había sido testigo de mi detención. Quiso ir donde me llevaran, cosa que como es natural impidieron. Pero ya el día siguiente estaba en la ciudad para buscarme un defensor. Se enteró con profunda angustia de lo acontecido en el número 60 de la calle Andrassy y la calle Markó y su indignación fue considerable al tener conocimiento de mi condena. La marea de calumnias no la detuvo. Hubiera sacrificado su vida del mejor grado para salvar a su hijo, pero no había nadie capaz de aceptar aquel sacrificio.

Tuvo que pasar también por la prueba de ver cómo muchas antiguas amistades se iban apartando de ella, cómo eran cada vez más raras las visitas que le hacían y las cartas que le remitían. Había conocidos e incluso parientes que sólo la veían fuera de su casa.

Le fue posible visitarme primeramente en la cárcel general y otra vez, el 17 de junio de 1950, transcurridos nueve meses. No se le permitió entonces que viera mi «habitación» y se vio obligada a hablar conmigo bajo vigilancia. Los paquetes que me llevaba y que contenían embutidos, uvas y carne, fueron siempre objeto de una minuciosa revisión.

Tan sólo nos permitían que conversáramos de temas familiares, pero ella sabía informarme con gran habilidad sobre la marcha de las cosas en el país y el mundo. Me hablaba de «los obispos con barba», de los sacerdotes que se habían convertido en colaboradores de los partidos, de los héroes y de los débiles y cobardes; de monjas y frailes torturados, así como de los sacerdotes de Zalaegerszeg y Szombathely perseguidos y encarcelados. También procuraba suministrarme información sobre la suerte corrida por los otros obispos. Entremezclaba observaciones y detalles que no nos estaban prohibidos, como los fallecimientos ocurridos en la familia, las bodas y el futuro de sus biznietos. También me habló de mi sobrino, el corregidor József Légrady y su familia así como el doloroso suplicio que estos parientes tenían que sufrir por mi causa. Me enteré también por boca de mi madre de la muerte de Stalin y que su sucesión había provocado tensiones internas en el régimen ruso. Al despedirse, sus palabras últimas estaban siempre henchidas de fe. Cada vez nos preguntábamos mutuamente, sin más que una mirada de inequívoco significado, si volveríamos a vernos en esta vida.

Sus ojos maternales se dieron inmediatamente cuenta del cambio, cuando aparecí ante ella vestido con el traje negro en vez de las habituales ropas carcelarias. También se dio cuenta de mi debilidad y mi precario estado de salud. Al ver mi aspecto de difunto, tras haber adelgazado cuarenta y cuatro kilos, se puso a gritar y solicitó la presencia del comandante. Cuando la exhortaron para que no politizara, respondió pensativa:

—Las ignorantes mujeres pueblerinas de ochenta años no entienden nada de política. No hay que tener miedo de ellas y por tanto tampoco de mí.

Su mayor alegría durante todos aquellos años de mi cautiverio fue recibir de nuevo, en una ocasión, en Püspökszentlászló, la Santa Comunión de manos de su hijo.

Mi libro, «La Madre», fue inspirado por su figura. Quizá no quede ya en Hungría una sola página del libro en cuestión. El furor destructivo y el odio deben haber aniquilado hasta el último ejemplar. Pero cuanto escribí en aquella obra, arrancado por así decir de mi propia alma, fue transcripción de todo lo que mi madre había hecho por mí y anticipación de cuanto iba a hacer todavía a lo largo de su vida. No puedo dar suficientes gracias al Señor por haberme dado aquella madre y por conservármela durante los años más difíciles de mi vida. En el año 1948 me rogó que no me quedara en el país, sino que me marchara al extranjero. Como no me era posible hacer lo que me pedía, aceptó mi decisión. De haber seguido yo luego el camino más fácil, con seguridad lo habría considerado en el interior de su ánimo una traición. Supimos siempre aceptar la voluntad de Dios, tal como Él nos la expresaba a través de los hechos. Nuestros caminos estaban, por tanto, en manos de Dios. Esto lo sabía ella con tanta claridad como yo.

Los lugares donde su vida se desarrollaba eran el templo y el hogar, con su hija, con los nietos y los biznietos; el cementerio, el viñedo y la casa de su segunda hija. A estos lugares se añadió luego mi sede de Esztergom y desde la Navidad de 1948, la cárcel donde yo estaba recluido.

Con frecuencia contemplaba desde lo alto del viñedo el cementerio donde reposaban mi padre, los diferentes párrocos del lugar y los maestros que se habían sucedido en la escuela. Tanto el canónigo, doctor Gyula Gefin, como el profesor doctor József Vecsey la rodearon de gran afecto durante mi encarcelamiento y el segundo la acompañó en la visita que ella me hizo a Budapest. El párroco y el vicario del pueblo, al igual que el maestro del coro, la ayudaban en las faenas de la vendimia del viñedo y en los trabajos del campo. Los muchos gastos provocados por los viajes consumieron sus pequeños ahorros; sus escasos ingresos ataban fuertemente gravados por los impuestos. A pesar de ello, ayudaba del mejor grado a jóvenes seminaristas, los futuros trabajadores de la Iglesia, y sufragaba constantemente Misas por su hijo.

Durante ocho años no intercambiamos carta alguna. No fue posible mandárselas tampoco desde la embajada norteamericana. En abril de 1959 llegó a mis manos el tercer tomo de los documentos sobre el caso Mindszenty y encontré en su apéndice diecinueve cartas de mi madre, escritas durante mi cautiverio a su hermana espiritual y bienhechora Eva Treffner, que se hallaba en Nueva York.

Al leer estas cartas me enteré de muchas cosas que desconocía: una de ellas, que se había desplazado a Budapest cuando yo estaba recluido en la calle Andrassy. Con mucho esfuerzo por su parte había buscado un defensor para mí. Sus gestiones para obtener la autorización de visitarme fueron intensísimas y también por la lectura de las cartas me enteré de que el 23 de febrero de 1949 había ido de Herodes a Pilatos para conseguir entrevistarse conmigo. Había estado tres veces en la capital, sin conseguir éxito alguno. El estribillo que repetía en todas sus cartas era éste: «Siento una tristeza mortal; me tratan como a un desecho. No encuentro ya consuelo en este mundo».

Llamó también en su ayuda al arzobispo Grosz y los obispos. Éstos recibieron de las autoridades la respuesta de que «una madre tenía siempre derecho a visitar a su hijo». Pero tal derecho no pasaba de constar sólo sobre el papel.

En mayo de 1950 se hizo una fotografía destinada a mí, escribió una dedicatoria en una de ellas y se la mandó al ministro con la intención de que se la remitiera a su hijo preso. Tampoco se cumplió este deseo. Recibí la fotografía cinco años después, el 16 de julio de 1955, con el inventario ya citado. Si se exceptúa una fotografía del Papa Pío XII, era aquélla la única imagen del mundo que tenía en mi poder. La colocaba sobre la mesa y la besaba cada noche. Durante mi cautiverio, rezaba una parte del Rosario a la intención de mi madre.

## **Intento de un acuerdo**

El 28 de abril falleció tras larga enfermedad el arzobispo de Eger» doctor Gyula Czapik. Tras mi detención era provisionalmente jefe de la conferencia episcopal. No deseaba, de manera alguna, ir a parar a la cárcel. (Así se lo hizo constar al arzobispo Grosz.) Un juicio sobre esta postura sólo depende de Dios y no de los hombres. Tan sólo una salud fuerte puede resistir, siquiera con dificultad, la cárcel, y su constitución débil y enfermiza, no estaba hecha con toda seguridad para ello.

Quienes detentaban el poder no se mostraron muy piadosos en el acto de su entierro en Eger. También la prensa comunista informó de su fallecimiento. La situación eclesiástica seguía siendo muy complicada: dos arzobispos, uno de ellos cabeza legal del episcopado, estaban encarcelados. En cuanto a Lajos Shovoy, el obispo de mayor edad de Széjcsföhervár, no mostraba, según llegó a mis oídos, excesiva disposición para asumir la presidencia de la conferencia episcopal en mi ausencia, el régimen no veía con buenos ojos aquella posibilidad, ya que pasaba por ser un «partidario de Mindszenty». Tuve por lo tanto la impresión de que se efectuaría la liberación de un arzobispo. Asustaban las críticas que podía producir en el extranjero el hecho de que de los tres arzobispos húngaros, uno hubiera muerto y los otros dos estuvieran recluidos. A pesar de que el padre Thót, que estaba a mi servicio, creía con toda certeza que yo sería puesto en libertad, mi convicción iba en sentido contrario y tenía la certidumbre de que yo no sería a quien liberaran.

También los restantes obispos dudaban que me levantaran el cautiverio sin formular algunas condiciones que resultarían inaceptables. Yo tenía el conocimiento de que el arzobispo József Grósz había entablado en Püspokszentlászló negociaciones con los comunistas. A mediados de febrero de 1956 lo alejaron de donde nos hallábamos para trasladarlo a una parroquia de la diócesis de Vác llamada Tószeg. Fue autorizado para establecer allí cuantos contactos quisiera y podía desplazarse y moverse sin impedimento alguno. Más tarde hizo declaraciones a unos periodistas extranjeros en las que manifestó su propósito de seguir el ejemplo dado por el fallecido arzobispo Czapik. Era evidente que le habían exigido que dijera aquello. Se refirió a mí para desmentir los rumores extendidos por la prensa extranjera según los cuales iba a ser trasladado de nuevo a una cárcel. El fiel y bondadoso arzobispo Grósz trató de mantener a su manera el buen rumbo de la nave de la Iglesia húngara y sortear con fortuna los tan peligrosos acantilados. «Sacerdotes de la paz» que en los tiempos de su condena se habían unido a sus enemigos y calumniadores, se contaron muy pronto entre aquellos que entonaban a coro sus elogios.

Es evidente que silenció algunas injusticias, pero se esforzó en preservar a la Iglesia de mayores desgracias y nuevos procesos. En las circunstancias que imperaban, no era esto posible de una manera absoluta, Por lo que su actitud contemporizadora debilitó más que fortaleció su Posición. Pronto se vieron los «sacerdotes de la paz» en disposición de Rescindir del episcopado en colegialidad y de los sacerdotes fieles a la Iglesia y causar así mayores daños a ésta.

Tras la marcha del arzobispo Grósz, no me visitó nadie por espacio de siete meses. Aquello no me angustió en lo más mínimo, aunque se tomara el hecho como razón para proyectar mi traslado a Petény, diciéndome que aquel lugar estaba más próximo a la capital

y de esta manera se favorecía la posibilidad de que me hicieran visitas. El comandante le dijo repetidas veces al Padre Thót que en el caso de que yo quisiera mantener una conversación, no tenía más que solicitarlo telefónicamente. Me prohibí a mí mismo esta solicitud, con lo que desbaraté el juego de mis enemigos. Durante el verano recibí informaciones sobre asambleas políticas que se celebraban. En Csepel, el miembro del Consejo de Estado, András Hegedüs había dicho: «Todo húngaro digno de ello podrá recobrar la libertad, siempre que quiera trabajar para el pueblo húngaro y mantener su lealtad al gobierno». El 20 de agosto de 1956 y de manera inesperada, me visitó una alta personalidad, al parecer representante del ministro, y me preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—Muchas gracias. Estoy según las condiciones a que me veo sometido. Como un viejo árbol en un espacio angosto. No me jacto de nada, pero tampoco lloro por nada.

—Ya no está usted preso.

—¿Y el alambre espinoso, los policías y los perros?

—También en Esztergom hay una valla.

—Ciento. Pero costó dinero sólo una vez y se alza contra los que están fuera y no contra los que están dentro. Además, no es de alambre espinoso.

—Haber leído los periódicos durante nueve meses le habrá dado ocasión, supongo, de orientarse fundamentalmente sobre nuestra situación.

—Los nueve meses han sido más largos que las dos semanas pasadas. Pero ahora el problema es otro. Los dos periódicos que me permiten leer reconocen que anteriormente difundieron falsedades. ¿Puedo creer que dicen ahora, efectivamente, la verdad? Se ha dejado de publicar el órgano de los sacerdotes de la paz, «Kereszt», por lo que cabe suponer que su papel está en baja. En unas discusiones públicas, uno de los oradores ha llegado a decir que ni siquiera los datos estadísticos corresponden a la realidad. ¿Cómo puedo orientarme así?

—Hay también éxitos favorables al pueblo.

—¿Cuáles? ¿Las rehabilitaciones? ¿La precaria situación económica?

—Nuestra situación política exterior ha mejorado.

—Sí. Pero han tenido ustedes que pagárselo caro a Tito. En los cien años de historia del régimen parlamentario húngaro, ningún presidente del Consejo había pedido disculpas de una manera tan servil como ese András Hegedüs lo hizo en Nagykanizsa a Tito. De haber atendido ustedes los llamamientos al derecho natural tantas veces hechos en mis cartas pastorales, sobre todo en su aspecto referente a los derechos humanos, no se habrían

cometido los actos de violencia que ahora se lamentan, así como la ilegal deportación de la minoría alemana, los forzados intercambios de población y la colonización forzosa en la Alta Hungría. Tampoco se habría producido el derrumbamiento económico y moral del que pagamos ahora las consecuencias, ni tendríamos que habernos rebajado ante Tito. No lamentaríamos las matanzas en masa y reconoceríamos las falsedades expresadas. Se habla ahora de legalidad. ¿Pero dónde está y qué es? Ni en 1945 ni en 1948 nos asentábamos sobre una base legal. Si ahora se promete legalidad, la mínima consecuencia obliga a deducir que hasta el presente ha vivido el pueblo húngaro sin legalidad alguna. ¿Qué novedades cabe esperar? Hasta ahora son válidas todas las «leyes» anteriores. Los personajes decisivos del Estado son los mismos, con pocas excepciones. Semejantes personas hacen esperar difícilmente cambios. Incluso han vulnerado ya la ley al dejar marchar al principal culpable de todos los actos cometidos: Rakosi.

—Hemos roto totalmente con él —dijo el visitante.

Añadió que sólo mi actitud permanecía invariable y ahí estribaba la dificultad. Dicho esto, se marchó.

Se acercaba la fecha del 2 de septiembre de 1956, en que se cumplía el centenario de la consagración de la basílica de Esztergom. Esta consagración había sido entonces un gran acontecimiento y un signo de la compenetración entre el rey y la nación, en el año 1856. Desde que ocupaba la sede de Esztergom, venía yo preparando una fiesta de signo religioso y nacional que abarcara todo el país. Eso se sabía, así como que el primado tenía que estar presente en las celebraciones del centenario. «El primado podrá celebrar el servicio divino y las festividades del centenario, así como pronunciar la correspondiente homilía, siempre que formule el correspondiente ruego para ello. Nosotros no le tenemos preso. Es él quien no desea salir», dio a entender el inspector al Padre Thót.

Pero mi decisión estaba tomada: no me verían en la basílica bajo las circunstancias y condicionamientos que me ponían.

Pensé en las celebraciones de la consagración:

«Apareció entonces el rey Francisco José con los archiduques, el cardenal-arzobispo de Viena y Haulik, de Zagreb, otros seis arzobispos del interior y del extranjero, diecinueve obispos, numerosos sacerdotes, aristócratas, dignatarios civiles y militares, entre los que se encontraba Franz Liszt que tomó parte activa en las solemnidades, así como diez mil fieles. Un sector representativo de la población de todo el país estaba presente, rezando y pidiendo a Dios que no durara más la cruz de la opresión nacional. El entonces primado, Scitovszky, solicitó del descendiente del trono apostólico, apoyado por las firmas de 124 representantes, el restablecimiento de una vida política constitucional. (Francisco-José no había sido coronado todavía rey.) La consagración de la basílica fue la eclosión de nuestra libertad nacional, así como una auténtica fiesta».

Ahora en cambio, en 1956, no había estado presente ningún invitado extranjero. El episcopado tampoco apareció completo; tan sólo asistieron al acto un arzobispo y dos obispos. La masa de fieles no alcanzaba el número que hubiera podido concentrarse de no haber sido prohibidas varias peregrinaciones ya organizadas. Por el contrario, «la oficina estatal para Asuntos Eclesiásticos» estuvo presente en aquella catedral, corazón de la Iglesia húngara.

¿Debía haber aceptado por mi parte el «perdón» con el condicionamiento que ello implicaba para toda mi actuación posterior? El príncipe primado Scitovszky había roto hacía cien años con otros medios las cadenas de la falta de libertad nacional. ¿Hubiera podido convertirse aquel centenario en una noche de desconsuelo, en una definitiva transigencia con la más terrible de todas las cadenas? ¿Podía entonar himnos de gracias al régimen, tras ocho años de sufrir difamaciones y penalidades? ¿Podía ser testimonio del Anticristo en vez de serlo de Cristo? *Verbum est alligatum*. ¿Acaso no estaba yo vinculado al Verbo de Dios? No podía sentarme a la misma mesa que los representantes de la oficina estatal para los Asuntos Eclesiásticos al igual que, cien años antes, Ferenc Déak no se había sentado con Francisco-José, todavía sin coronar como rey de Hungría. Los devotos —tanto entre el clero como entre los seglares— habrían vuelto la mirada, entre dudas, hacia sus pastores; los comunistas me habrían mirado, por contra, como uno de los suyos. ¿Debía haber acudido para comprobar, entre el gozo del centenario, en qué se había convertido Esztergom y haberlo aprobado con mi presencia? ¿Podía haber añadido a las primeras cuatro inscripciones heráldicas de la basílica («*doepit*», «*continuavit*», «*consumavit*», «*consera vit*») una última que fuera «*iuvilavit en abominatione desolationis*»? Ha celebrado su jubileo en la abominable desolación. No; yo no podía haberme aproximado a la basílica sin experimentar un punzante dolor al contemplar el gran edificio del seminario y el no menos monumental de la escuela del magisterio destinados ahora a otras finalidades.

La calle de San Laurencio no está ahora dedicada al antiguo mártir, sino tan sólo a «los Mártires». ¿Quiénes son estos «mártires»? Uno, Timor Szamuelly, y el otro, Corvino el Breve. En Esztergom había calles y plazas dedicadas a Lenin, Vorochilov, Makarenko, Laszlo Rudas, Tolbuchin y otros. ¿Podía yo celebrar el centenario en calles dedicadas a tales personajes? ¿Podía contemplar «in situ» la degradación de Esztergom? Había sido capital del condado; a la ciudad se le había sustraído aquel rango. Ni siquiera era capital comarcal, sino que dependía de Dorog. Y así, la ciudad que había llegado a ser capital de Hungría había acabado por perder toda la importancia tenida en la historia.

Me pareció mucho mejor permanecer en la profundidad de los bosques de Börzony y atenerme a la fórmula seguida hacía cien años por Ferenc Déak: «No entrego nada a quien no debe ni puede darse nada».

Una semana después, el Padre Thót oyó de labios del comandante que se esperaba que yo solicitara la amnistía. No redacté ninguna solicitud al respecto; yo no pedía gracia, sino justicia. Me dije que una petición de amnistía por mi parte, animaría a mis adversarios a presentar sus condiciones, que con toda seguridad se referirían a la confirmación de los siguientes puntos:

1. Un acuerdo sobre el reconocimiento oficial de la oficina para Asuntos Eclesiásticos y el movimiento de los sacerdotes pro paz.
2. Una declaración de apoyo al llamado movimiento mundial de la paz y de la colectivización de las explotaciones campesinas y las tierras.
3. Prestación de un juramento al Estado.
4. Una visita de homenaje al presidente del Estado, Dobi y a Hegedüs y Geró.
5. Aceptación ilimitada e incondicional de todo lo acaecido en Hungría y a mi persona hasta aquel momento.
6. Aceptación por mi parte de unos emolumentos procedentes del Estado.

Quizá en la época de estancia en la cárcel hubiera estado dispuesto a meditar y aceptar algunas de estas condiciones como vía de mi libertad.

Pero desde entonces había recobrado mi fortaleza espiritual y mi decisión era irrevocable: en la alternativa de una muerte en el cautiverio en la cárcel o la libertad al precio de un turbio compromiso, escogería lo primero del mejor grado. El único sacerdote que en aquel tiempo vivía a mi lado trataba constantemente de ganarme para la causa de «la paz». No haber obtenido éxito alguno era para él, según supongo, motivo de desazón.

Así es que redacté finalmente una instancia al ministro de Justicia. Detalle singular de dicha instancia era que no hacía en ella petición alguna, sino tan sólo sugerencias y éstas no se referían a mí. Establecí las condiciones para una amnistía general y que deberían ser las siguientes:

1. Libertad para todos los presos de más de setenta años.
2. También para aquellos de edad superior a los sesenta y cinco, que estuvieran enfermos.
3. Todas las religiosas debían ser puestas en libertad de una manera incondicional.
4. Aceleración de la reconstrucción de la derruida parroquia «Regnum Marianum», prometida pero nunca cumplida, reparando con ello la causa de escándalo para el país y el mundo entero.
5. Todas las sentencias dictadas hasta aquel momento debían ser objeto de revisión con la máxima celeridad posible.

Remití el escrito en la primera mitad de septiembre. Transcurrieron dos meses sin respuesta verbal o escrita. Al igual que muchos fieles, los peregrinos que habían acudido a Esztergom se rompían la cabeza preguntándose por qué el primado no abandonaba su

prisión después que el gobierno le había dado la libertad, según informaban los periódicos. No podía comunicarles, como es lógico, mis razones.

### Mi liberación

A primeras horas del día 24 de octubre, el Padre Thót se precipitó jadeante en mi habitación y exclamó: «¡En Budapest ha estallado la revolución!» Yo estaba celebrando la Santa Misa. En los dos mementos recordé a todos los hijos de Hungría, tanto los muertos como los que estaban con vida. Después de la Misa me fue imposible encontrar al Padre Thót, que me dejó así en la incertidumbre sobre los acontecimientos que ocurrían en la capital. Me asaltaban toda clase de presentimientos, pero no quería hacer preguntas a nadie. Ninguna radio dio información alguna, así como ningún periódico tampoco. Desde el pueblo llegaban los gritos jubilosos de los jóvenes. Cantaban así:

«Hurra; ha llegado la primavera. Está la cuerda dispuesta para Rakosi Y nuestra gente pide pan».

En el interior de la casa, los rostros aparecían preocupados. Se tenía la convicción de que estaban en curso acontecimientos históricos. Pero hasta entonces no se había producido la menor repercusión entre nosotros. Cuatro días después apareció por la noche el comandante y dijo nerviosamente:

—Prepárese para efectuar un viaje. Vístase lo mejor posible. Nos vamos de aquí porque con ese populacho no está usted seguro. El pueblo ha vuelto a gritar estos días «¡ Mindszenty! » Tenemos que protegerle de esa gentuza.

—¿Dónde nos vamos?

—A Budapest. Pero le ruego que no haga más preguntas. Saldremos de aquí dentro de un cuarto de hora.

Dicho esto, salió a toda prisa.

Me quedé pensativo. «El pueblo que grita «¡Mindszenty!» no puede ser peligroso para mí», me dije para mis adentros.

Al cuarto de hora, entró de nuevo el comandante en mi habitación. Visiblemente agitado me preguntó:

—¿Por qué no se prepara usted para la partida?

—Tiene que acudir el Padre Thót; sólo cuando haya hablado a solas con él quizás le diga a usted lo que voy a hacer.

—¿Sólo quizás? El Padre Thót está abajo, en el coche y le espera. Recuerde, además, que sólo puede hablar usted en mi presencia.

—Quiero hablar a solas con él.

—¡Vístase!

—¡No!

—Tendré entonces que utilizar la violencia.

—¡Protesto! Salió y no utilizó la violencia, tal como había amenazado, sino reapareció con el Padre Thót, que parecía dispuesto para el viaje.

—¿Estaba usted aquí?

—Sí; pero no me habían autorizado a llegar hasta usted.

—¿Qué ocurre en Budapest?

Me habló de las emisiones de radio que había conseguido captar pero que estaban llenas de contradicciones. Le dije:

—Me proponen ponerme en seguridad, pero yo no quiero alejarme. Desde fuera llamaron al sacerdote y apareció nuevamente el comandante. Gritó dirigiéndose a mí:

—¡Prepárese de una vez!

—No pienso hacerlo. Volvió a gritar:

—¡Le obligaré por la fuerza!

De nuevo hubo su forcejero verbal.

—¿Dónde está su abrigo?

—Le advierto que todo católico que ejerce violencia contra un obispo se hace acreedor a una sanción eclesiástica..

Entretanto, habían aparecido tres agentes de policía. Permaneciera, unos instantes inmóviles y luego se comportaron como los agentes la AVO que eran. Me cogieron por los sobacos y me levantaron en vilo. El traje talar se rasgó. Procuré resistirme en lo posible, cargando todo el peso de mi cuerpo sobre ellos. Jadeaban y maldecían, pero no consiguieron cargar conmigo.

Me dejaron y se marcharon, sin duda en busca de refuerzos.

Entonces tomé asiento en mi habitual sillón y comencé a leer, aun que a decir verdad me interesaba muy poco lo que leía. Transcurrieron diez, veinte, treinta minutos. Yo seguía completamente solo. De pronto, apareció otra vez el comandante. Me comunicó que no era

possible efectuar aquel día mi traslado. Me sorprendió al entregarme el traje talar, que hacía ocho años me habían obligado a quitar y que desde entonces no había vuelto a ver.

Le dije:

—Mañana temprano tengo que celebrar. Desearía que el Padre Thót estuviera a mi lado de una manera permanente.

—No hay inconveniente. Si lo he mantenido alejado ha sido para garantizar su seguridad.

—¡Vaya! ¡Vaya!

—Protegemos la vida de usted aun a costa de la nuestra. Pero si no lo conseguimos por culpa de su propia resistencia, cargaremos toda la responsabilidad en usted.

Al día siguiente, víspera del 29 de octubre, el administrador, que era un comunista fiel a la línea, me envió con gran sorpresa mía una cinta con los colores nacionales húngaros. A las tres de la tarde acudió a verme personalmente y me informó que János Horváth, representante de la oficina estatal para los Asuntos Eclesiásticos, quería hablar conmigo.

—¡Que entre!

Entró un hombre de baja estatura, rechoncho y que parecía muy fatigado. Me dijo que el nuevo gobierno nacional le había dado el encargo de trasladarme durante aquellos días llenos de riesgo y peligro, a un lugar donde me fuera posible disfrutar de protección y seguridad plenas. De ahí que quisiera hablar previamente sobre nuestra eventual colaboración.

Me sorprendió que el gobierno nacional, siempre en el caso de que fuera efectivamente su enviado, me mandara a un representante de aquella oficina y le dije como indicación previa de cuál iba a ser mi postura:

—Estoy seguro de que ha oído ya que no pienso moverme de aquí. El gobierno ha efectuado estos años diecinueve trasladados de mi persona. No me apetece cambiar este lugar por otro y tengo además la seguridad de que no corro peligro alguno. Si me marcho, quiero ir a Buda o Esztergom. Un preso no puede, además, hacer promesas que no sabe si podrá mantener. Si hubiera usted acudido aquí a comunicarme que estaba libre, podríamos entablar una negociación.

Se disculpó por alejarse unos instantes, alegando que tenía que comunicar telefónicamente con el gobierno. En el transcurso del día me informó en tres ocasiones que no había sido posible establecer comunicación. Quizá fuera posible comunicar con Budapest aquella misma noche.

En la mañana del 30 de octubre celebré, como de costumbre, la Santa Misa y esperé información sobre los resultados de la conversación telefónica. Pero la comunicación no llegó nunca. Al mediodía salí al patio. Ante nuestro edificio había un vehículo blindado que enarbola una bandera roja. Me adelanté unos pasos para mirarlo de más cerca. En el asiento del conductor había un gran pedazo de pan. Yo había visto hasta entonces muchas clases de pan: pan de los pobres, pan de los presos, pan de pueblo, pan de guerra; aquella clase de pan no la había visto nunca.

—¿De quién es este pan? —pregunté a tres policías que se adelantaron.

—De un tanquista ruso.

—¿Es éste el pan que produce el paraíso? —fue mi ligeramente irónica pregunta.

La comunicación con Budapest no se había establecido. Mientras paseaba por el jardín, el Padre Thót se reunió finalmente conmigo. Ambos estábamos sorprendidos de que el comisario Horváth siguiera a la espera sin emprender actuación alguna.

Al final se dejó ver para informar que la tarde anterior y aquella misma mañana había podido hablar con Budapest. Se había celebrado una importante reunión del gobierno y él mismo se disponía a trasladarse a la capital para llevar mi respuesta. Hizo luego una propuesta sorprendente: en el caso de que quisiera visitar a mi madre;, estaban dispuestos a llevarme inmediatamente a su casa. Era una proposición sospechosa que no me gustó nada. Así es que respondí:

—No puedo acudir ahora a Mindszent. Me llaman otras obligaciones. Al oír mi respuesta, Horváth desapareció. Oímos a poco el ruido de su coche al arrancar.

—Éstos no volverán.

Al cabo de una hora apareció una delegación de los habitantes de Petény. La población conocía mi cautiverio en su localidad. En otoño e invierno, cuando el seto en torno al jardín se había quedado sin hojas, haciéndose visibles las alambradas, algunas mujeres con el pesado cesto a la espalda se detenían al ver al paseante vestido de ropas talares. No acertaba siquiera a intuir lo que había pasado por el ánimo de aquellas gentes que tan sorprendidas parecían de mi presencia. Nunca expresaron en palabras su pensamiento porque estábamos demasiado alejados por la distancia que nos obligaba a mantener el seto y el alambre espinoso.

Ahora se agolpaban en la puerta y en torno a la valla. Eran la «chusma» de que me habían querido proteger en días anteriores. Pero sus exigencias se hicieron cada vez más clamorosas, por lo que la guardia se vio obligada a permitir que entrara una delegación. Ésta exigió como primera condición ser llevada a mi presencia para comprobar si estaba allá o me habían secuestrado de nuevo. Aquellas gentes habían visto los carros blindados, los rusos armados y los agentes de la AVO, y temían lo peor.

¡Mis amigos húngaros, fieles hasta lo inverosímil! Vuestro cálido corazón, vuestra emoción, vuestra adhesión, vuestro destino milenario penetraba profundamente en mi alma! Durante seis años, ni una sola lágrima había salido de mis ojos, pero en aquellos instantes di rienda suelta al llanto. ¿Cómo podía corresponder a la bondad de aquellos campesinos? ¿Cómo corresponder a la bondad de toda aquella tierra húngara? Descolgué de la pared las dos imágenes más queridas por mí: la imagen del Santo Padre y la fotografía de mi madre: Las cogí en mis Pianos y las buenas gentes unieron sus lágrimas a las mías. Lloraron conjuntamente con un cardenal, a pesar de ser casi todos luteranos o baptistas.

A las 18 horas apareció una delegación de cinco miembros, formada Por guardianes con el comandante al frente. Me comunicaron que la guardia y el personal restante habían constituido un consejo revolucionario y que el consejo había decidido que el cautiverio del cardenal era ilegal y por tanto improcedente. No estaban dispuestos a seguir vigilándome, por lo que podía considerarme libre a partir de aquel momento. «El Señor había desatado mis ligaduras y me llevaba afuera, al campo libre».

Decidí desplazarme inmediatamente a Buda, pero no había ningún medio de locomoción para hacerlo. Horváth y su gente se habían marchado con el único automóvil disponible. Tardarían bastante en regresar, si es que lo hacían. También la cena se hizo esperar. Los alimentos de que disponía la casa se habían terminado y no cabía esperar que llegara desde Budapest suministro alguno. Más tarde, alguien trajo del pueblo una gallina.

De pronto se oyó en el exterior ruido de botas. Entró un destacamento de oficiales de la Honved[4]. El comandante Pallavicini me comunicó:

—Está usted libre. Podemos emprender inmediatamente el camino de Budapest. Tenemos a su disposición medios de transporte, maletas, cajas y todo cuanto precise.

¡La fiel Honved! Cuando les impartí la bendición, no sé quiénes estaban más emocionados: si ellos o yo.

Dante colocó en las puertas del infierno la inscripción «Lasciate ogni speranza», «Abandonad toda esperanza». En el Purgatorio, sin embargo, brilla el resplandor de la esperanza. La reclusión equivale, en definitiva, a una estancia en el Purgatorio. El recluso está en permanente espera. Mientras alienta esperanza, le asisten las fuerzas. Comprendí entonces el valor que Carlyle concede a la esperanza: «¡Oh bendita esperanza, única salvación del hombre mortal! ¡Qué hermosos paisajes trazas en las estrechas paredes de su celda! ¡Proyectas rayos de bendición en la propia noche de la muerte! ¡Eres la posesión indeclinable de todos los humanos en el extenso mundo de Dios; eres el estandarte de Constantino bajo el que obtendremos la victoria!»

Y el recluso San Pablo, que supo describir la esperanza contra toda esperanza: «Espero que Dios vuelva a obsequiaros gracias a vuestras oraciones. En la confianza de que así ocurra, sé que permaneceré con vosotros para dar fortaleza y alegría a vuestra fe» (Fil. 1,25).

Las oraciones de mi madre y de todos los fieles habían hecho posible, sin duda alguna, aquella libertad que unos meses antes parecía prácticamente imposible. Y por efecto de la oración adquirieron valor heroico los obreros, las juventudes del campo y la ciudad, así como otros muchos núcleos de población.

—¿Quién podría describir la bendita paz del primer día de libertad?

«Abandono el infierno», había cantado el poeta. Algo semejante experimenta todo cautivo, a pesar de que un hombre creyente no puede servirse con tanta precipitación de conceptos escatológicos. La conciencia de haber adquirido la libertad después de largos años es de una indescriptible dulzura.

### **Regreso a Buda**

Estaba abierta la puerta del castillo de Bálvanyos. El pueblo irrumpió en su interior para ver al primado del país. No se acertaba a creer que no hubiera sido arrancado de allí por las unidades blindadas rusas. Alargaban las manos para tocarme, besaban mis ropas y solicitaban una y otra vez mi bendición.

Conducidos por su pastor llegaron los evangélicos, llenos todos ellos de sincera alegría; luego, las minorías católicas y los baptistas: muchachos, muchachas, ancianos... Desde hacía mucho tiempo no había visto reflejada tanta alegría en rostros húngaros. Aquél era el «populacho» del que Kadar, Münnich y mis carceleros habían querido protegerme.

Me rodearon, sin querer dejarme marchar. A cada instante llegaba más gente y finalmente se reunió una gran multitud, como si el pueblo contara con muchos más habitantes. Anocheció. Les impartí a todos mi bendición; luego nos pusimos en marcha. En la noche de Animas del pasado año me habían llevado por el mismo camino que ahora recorría a la inversa. En Bánk y los pueblos próximos tuve que descender. Visité a los párrocos. La alegría del pueblo era indescriptible; me preguntaba si conseguiría llegar a tiempo a Buda. De hecho, aquel día llegué solamente a Rétsag y ello por razón de que los «soldados rojos» que me habían liberado eran de Rétsag. Tanto los soldados como su comandante me rogaron que me quedara con ellos porque querían visitarme otras muchas personas. Hicieron pronto su aparición unos estudiantes que se habían unido a los que luchaban por la libertad; aparecieron asimismo marineros, trabajadores. Todos ellos se habían puesto en camino para liberarme. Llegaron demasiado tarde, pero decidieron darme escolta hasta Buda. Les pregunté:

—¿No dirán los rusos que sólo me he atrevido a regresar a Buda con escolta armada?

Todos se echaron a reír a carcajadas.

A medianoche llegó el obispo auxiliar Vince Kovács, con su secretario. Me saludaron efusivamente y me invitaron a pernoctar en Vác. Se lo agradecí, pero preferí pasar la noche en el lugar donde se alojaban mis liberadores, los miembros de la Honved. Era imposible

conseguir Un momento de paz. Los oficiales iban y venían; con ellos, numerosos familiares de los propios oficiales de la Honved. Tuve que firmar muchos autógrafos.

Luego me acosté, finalmente, completamente agotado. Pero no me fue posible conciliar el sueño comencé a rezar:

«¡Cuan grande es tu bondad, Dios mío! ¡Qué benevolente es tu providencia! ¡Cuántas tribulaciones y aflicciones se han abatido sobre mí! Has dejado que los apuros me agobiaran, amargos y desoladores. Pero ahora permites que reviva de nuevo y que salga de las profundidades de la tierra» (Salmo 70, 20).

Era verdad: el sacrificio de sangre ofrecido por los luchadores de la libertad en la ciudad y la unidad blindada de la Honved de Rétsag me habían abierto de nuevo las puertas del mundo. La mano de Dios tocaba las teclas del órgano de la historia mundial, si bien fuera por intermedio de manos humanas. «Ha desatado las ligaduras» (Salmo 145, 7). «El Señor ha liberado a los cautivos» (Salmo 64, 6). Yo era como el apóstol cuyas ataduras habían deshecho manos angélicas.

Había ocurrido lo que ni siquiera me hubiera atrevido a soñar cuando me encontraba en la celda: estaba libre de nuevo y me sentía sano y lleno de ímpetu creador. De nuevo acudió a mis labios el ruego de que mis sufrimientos y mi dolor de aquel año sirvieran para abrir camino al Evangelio.

El 31 de octubre entramos en Rétsag. Atravesé la ciudad entre la doble hilera de la jubilosa multitud. El cortejo era avasallador y formaban parte del mismo incluso vehículos blindados y piezas de artillería de asalto. El comandante Pallavicini-Pálinkas y el teniente Spitz, así como el Padre Thót, tomaron asiento en mi coche. El chófer se apellidaba Ruhoczki.

Imre Nagy desmintió luego que la ceremonia de mi entrada hubiera sido organizada por el gobierno. Según las afirmaciones de los comunistas, había sido Tildy, representante del presidente del Consejo, quien había dado las instrucciones. Puedo asegurar que yo no di ni deseé dar en ningún momento orden alguna. Sólo había querido estar por la noche en Esztergom o en Buda y únicamente el ruego de los soldados me había retenido en Rétsag.

Atravesábamos lentamente los pueblos. Las campanas sonaban y las gentes arrojaban flores sobre nosotros. Profundamente emocionado, yo les impartía mi bendición. Alegres y esperanzados, todos miraban hacia el futuro. Entre las ruinas de los monumentos rusos destruidos y las fábricas paradas, una nueva era parecía abrirse para Hungría. ¡Cuánta lucha había sido precisa para ello!

En la capital, una multitud se dirigía al palacio episcopal; soldados, estudiantes, obreros y madres con sus hijos en brazos aclamaban y lloraban a un tiempo. Ninguno de nosotros podía contener las lágrimas; eran las lágrimas jubilosas del reencuentro tras el dolor de una década. Bendije una vez más el rebaño y penetré en la casa que desde hacía ocho años no había vuelto a ver.

El 23 de octubre se celebró una manifestación. Los manifestantes iban desarmados al principio. Cuando el ministro Geró ordenó que agentes de la AVO dispararan contra la multitud, los manifestantes se armaron improvisadamente y hubo un choque entre pueblo y policía, en el que se mezclaron los rusos. Las masas levantadas en armas ofrecieron una encarnizada resistencia y resultaron en principio vencedoras.

Hungría no había sido nunca un pueblo de borregos; era un pueblo que sabía el valor de la individualidad, la familia, la estirpe.

Aquella Hungría había sido oprimida por Moscú y sus mandatarios, como Rakosi, por la violencia y la astucia. Pero la opresión no dio al traste con su carácter, es decir, su cristianismo, su amor a la libertad y su orgullo. Hungría fue obligada a aceptar el dominio de Moscú, pero este dominio no significó en ningún momento alianza, respeto o afecto. Los húngaros sólo podían demostrar su repugnancia de una manera pasiva porque les había resultado hasta aquel momento inviable una abierta resistencia.

La crónica de los acontecimientos del alzamiento húngaro queda brevemente anotada:

El 24 de febrero de 1956 fue condenado el stalinismo en el XX Congreso del Partido Comunista. Stalin había muerto, pero al pueblo húngaro le interesaba en mayor grado su propio Stalin en vida, es decir Rakosi. En el mes de mayo apareció en la prensa comunista la crítica a Rakosi.

El 18 de julio se produjo la caída de Rakosi.

El 6 de octubre fue rehabilitado Laszlo Rajk, que había sido ejecutado y al que se procedió a enterrar de nuevo, en un acto que sirvió para que 200.000 personas exteriorizaran su descontento y su hostilidad al régimen.

El 13 de octubre, Imre Nagy, que en enero del año anterior había sido expulsado del partido comunista, fue readmitido de nuevo.

Todo aquello significaba un grave relampagueo en el firmamento de los satélites moscovitas. Hubiera provocado, sin embargo, risas quien se hubiera atrevido a aventurar que en el curso de diez días se desencadenaría la revolución. No está desencaminada la sospecha de que el propio Moscú fomentara secretamente el abierto alzamiento para que la situación madurara hasta el punto de hacer posible una represión que ahogara en sangre a sus adversarios. Los húngaros no habían contado con aquella trampa.

### **El calvario del catolicismo húngaro**

Durante mi estancia en la cárcel no había podido hacerme una idea exacta de los sufrimientos de la Iglesia católica, que en aquel intervalo se habían acrecentado considerablemente. Tan sólo por algunas cautas precisiones de mi madre y las respuestas que daba a mis veladas preguntas acertaba a deducir, con dolorosa preocupación, la

presión que los comunistas ejercían sobre la vida religiosa. Tuve la primera información sobre la situación a que se había llegado tras mi encarcelamiento por boca del doctor Ispanki Bela, en el hospital penitenciario, y luego por el Padre Janos Thót, en mi soledad de Püspókszentlászlo. Supe asimismo de las penalidades sufridas por los otros obispos cuando llevaron también como presa al arzobispo József Grósz a Püspókszentlászlo. Pero sólo en el curso de la lucha liberadora se me apareció en toda su gravedad la situación del catolicismo húngaro. Durante los quince años de mi forzosa estancia en la embajada norteamericana me fue posible seguir mejor el destino de la Iglesia y hacer asimismo acopio de datos sobre la anterior persecución religiosa. 'No resulta posible detenerse a describir muchas particularidades dramáticas en el marco de estas memorias.

Me contentaré, pues, con narrar a grandes rasgos la persecución que tuvo efecto a lo largo de los ocho años de mi cautiverio.

El golpe más grave asentado a Ja Iglesia, aun antes de mi detención, fue la nacionalización de las escuelas católicas. Esta medida tenía como objetivo alejar mejor a la juventud de la religión. Conscientes de este riesgo, tratamos de destacar en las escuelas nacionalizadas a los sacerdotes más dotados, de tal manera que fuera posible mantener la educación moral y religiosa de la juventud. Pero el régimen comenzó a expulsar con cualquier excusa a los profesores de religión, a pesar de que se había dado a los padres la seguridad de que se mantendría la instrucción religiosa con carácter obligatorio en las escuelas nacionalizadas. Sin embargo, al año de haberse clausurado las escuelas confesionales, una nueva reglamentación de las nacionalizadas convertía la facultativa la asignatura de religión.

Quienes consideran el concepto de la libertad religiosa en un sentido occidental, no darán importancia a este cambio. ¿Cómo puede representar un inconveniente si se respeta la voluntad de los padres? Pero en los sistemas comunistas, la voluntad de los padres no tiene valor alguno, pese a que en las leyes fundamentales se proclaman solemnemente estos derechos paternos. El artículo 54 de la Constitución democrática popular asegura a todo ciudadano la libre práctica religiosa y a la Iglesia su independencia, con estas palabras: «La Democracia Popular Húngara garantiza a todo ciudadano la libertad de conciencia y el derecho de la libre práctica religiosa. En interés de dicha libertad de conciencia, la República Popular Húngara proclama la separación de la Iglesia y el Estado».

Al principio del nuevo curso 1949-50 fue instituido en «interés de la libertad de conciencia» el carácter facultativo de la asignatura de religión, comunicándose por escrito a los padres su obligación de determinar, asimismo por escrito o personalmente, la asignatura de religión.

De esta manera, el régimen acumulaba dificultades para quienes deseaban que sus hijos siguieran recibiendo instrucción religiosa.

Los obispos actuaron con rapidez; en una pastoral colectiva exhortaron a los padres a tener en cuenta las obligaciones respecto a sus hijos. El régimen quedó sorprendido y al

tiempo profundamente irritado de que el noventa por ciento de los padres exigiera a partir de entonces la asignatura religiosa en la escuela. Los ideólogos del Partido comunista atribuyeron interesadamente aquel porcentaje al «tono vulnerador de la libertad de conciencia» y «gravemente conminatorio» de la pastoral colectiva y desencadenaron su contraataque a la propaganda religiosa. Las autoridades docentes e incluso los propios maestros recibieron instrucciones concretas para disminuir por todos los medios el porcentaje de los alumnos que deseaban recibir instrucción religiosa. También se ejerció presión sobre el alumnado, bien retirándoles las bolsas de ayuda, bien obstaculizando su ascenso al curso siguiente o su ingreso en las escuelas superiores o la Universidad. Se atemorizó y se sometió también a presión a los padres. Pero sobre todo, se dio a entender a los profesores de religión que su presencia no era deseada por la nueva sociedad democrática. En muchas escuelas se llegaron a organizar manifestaciones contra ellos y desde las columnas de la prensa se exigió su alejamiento de las escuelas, por razón de la influencia «reaccionaria» y «contraria al pueblo», es decir, «antidemocrática» que ejercían sobre la juventud.

En aquella atmósfera, tensa y artificialmente creada, muchos padres mantuvieron a sus hijos en la asignatura de religión y otros, mediado ya el curso, los borraron de las listas por temor a posibles represalias. De esta manera y en el transcurso de un año, el número de alumnos que asistían a las clases facultativas de religión descendió en un 25 a 30 por ciento. En los cursos siguientes cesó prácticamente de impartirse la asignatura de religión. El establecimiento del carácter facultativo de la asignatura de religión era sólo el paso primero para una total supresión de la educación religiosa y moral de la juventud. Quiero recordar al lector que habíamos ya tenido en 1947 conciencia de ese peligro y opusimos por ello toda nuestra resistencia a los intentos de los partidos políticos para hacer facultativa la enseñanza religiosa. Sobre semejante riesgo, que se hizo trágica realidad durante mi cautiverio con las medidas que ya han quedado descritas, traté de llamar la atención en mi carta pastoral del 12 de abril de 1947 con las siguientes palabras:

«Temo que al plantear el problema de la enseñanza de la religión, se abriga el propósito de hacer facultativa esta enseñanza, luego eliminarla, y finalmente, impartir la que corresponde a la concepción materialista de la existencia. Desde el puesto que Dios nos ha atribuido, nos sentimos en el deber de elevar nuestra voz desde el principio para que los sucesivos ataques a la educación cristiana no nos cojan desprevenidos y nuestros hijos no pongan los pies en el camino que conduce al ateísmo».

De igual manera ejercieron los comunistas una acción represiva contra la educación religiosa en los templos y el propio seno de las familias. En los casos extremos, una familia intacta puede asegurar la educación religiosa de los hijos. Precisamente por ello se procuraba alejar sistemáticamente a la juventud del círculo familiar. Se quería dar a los inexpertos muchachos y muchachas la impresión, utilizando para ello la propia escuela, de que los padres eran reaccionarios, presa de viejas supersticiones y absolutamente retrógrados. Se abrió un profundo abismo entre padres e hijos y se infligieron heridas mortales a la autoridad paterna. A esto colaboraron tanto las asociaciones juveniles como la prensa del Partido y la literatura para jóvenes. Los domingos ocupaban el tiempo de los

jóvenes con cualquier actividad, de manera que los padres no pudieran llevarlos a Misa ni por la mañana ni por la tarde. Otros jóvenes especialmente comisionados para ello espiaban a la puerta de los templos y tomaban nota de los que acudían a confesarse o comulgá, es decir, de cuantos practicaban la fe, sobre todo si se trataba de maestros y educadores. Quien hacía profesión de su fe, podía contar con el despido de su puesto de trabajo y con ello la falta de su medio de vida, así como en bastantes casos con la detención, los trabajos forzados o la cárcel.

La otra herida grave causada a la Iglesia durante mi cautiverio fue la disolución de las órdenes religiosas. Los ideólogos del Partido habían fundamentado tal medida, objeto de discusión en las largas negociaciones con los obispos, en el hecho de que en los Estados socialistas asumían los órganos estatales los cometidos que las órdenes religiosas tenían a su cargo. No se tomó en consideración que en tiempos de la disolución de todas las órdenes religiosas, éstas laboraban tan sólo en el campo de la atención de las almas. Cuando los comunistas las expulsaron de las escuelas y las alejaron de las instituciones sociales, los obispos las habían ocupado en el servicio de la diócesis y los sacerdotes. Gracias a esta actividad floreció de nuevo la vida religiosa. El régimen las acosaba en cuantas circunstancias podía y la policía trataba de impedir su labor. Se dictaron y aplicaron de manera sistemática algunas leyes especialmente duras contra los miembros de las órdenes religiosas. Esto fue causa de que los superiores de las órdenes dirigieran al gobierno una solicitud colectiva en demanda de ayuda. Entre los agravios «... se ha procedido a la incautación de conventos de clausura, así como la ocupación de patios, jardines, pequeños huertos y la confiscación de muebles y objetos de uso; se nos han sustraído nuestras capillas, casas de ejercicios, instituciones culturales e imprentas; se nos ha prohibido practicar misiones cerca del pueblo, ejercicios, peregrinaciones, visita a los enfermos y las familias para su asistencia religiosa; los religiosos se han visto privados, a causa de sospechas infundadas, de su libertad de movimientos (por ejemplo, la recaudación de los diezmos y limosnas) y se les prohíbe el ejercicio de profesiones autorizadas a cualquier ciudadano; religiosas que son enfermeras han sido expulsadas en masa de los hospitales, contra el deseo y la voluntad de médicos y enfermos; con frecuencia se les ha propuesto que conservaran su puesto e incluso cobraran un sueldo poniendo como condición su salida de la orden».

No se recibió nunca una respuesta a aquella solicitud colectiva, pero las dificultades aumentaron y las presiones se hicieron más intensas. Finalmente, en la noche del 9 al 10 de junio de 1950, numerosos religiosos fueron desalojados de sus conventos. El arzobispo Grósz de Kalocsa recibió la siguiente información procedente de los superiores de las órdenes: «....en las regiones meridionales... la vida de las órdenes puede considerarse «de facto» extinguida. Todos los miembros masculinos y femeninos de las órdenes religiosas, entre los que se cuentan enfermos de ochenta a ochenta y cinco años, impedidos y monjas sujetas a estricta clausura hasta un total aproximado de un millar de personas, han sido expulsados de sus lugares de residencia con el pretexto de que «su estancia era perjudicial para el orden público y la seguridad» y trasladados al norte, donde se les ha dado precario alojamiento en antiguos conventos o palacios episcopales, aglomerados y sin las mínimas condiciones. No pueden abandonar sin un permiso especial estos nuevos lugares de

residencia. Lugares que en muchos casos estaban parcialmente habitados, por lo que los religiosos tienen que sufrir una discriminación que les ha relegado a una especie de «ghettos». Nadie se preocupa de su instalación y su aprovisionamiento; en muchos lugares faltan incluso las más elementales condiciones de vida. Como la expulsión y el traslado tuvo efecto durante la noche, se les concedió muy poco tiempo para los preparativos: un cuarto de hora y, en algunos casos, unos pocos minutos. El apresuramiento les impidió coger más que las cosas más precisas y en algunos casos, ni siquiera éstas; algunos no pudieron siquiera vestirse de una manera adecuada. En muchos lugares fueron objeto de trato brutal, a pesar de no oponer resistencia y se conculcaron los derechos humanos y el sentimiento de pudor en las mujeres. Cuando el pueblo se enteró, al día siguiente, de lo ocurrido durante la noche, se formaron en algunos lugares grupos protestatarios, si bien los funcionarios del Partido se encargaron inmediatamente de difundir incalificables calumnias sobre los miembros de las órdenes religiosas...»

Durante la segunda expulsión nocturna, el 18 de junio de 1950, el número de religiosos y religiosas afectados fue mucho mayor y más crueles los tratos sufridos. La situación se hizo más tensa al difundirse el rumor de que iba a efectuarse su traslado a Siberia si los obispos no se manifestaban dispuestos a iniciar inmediatamente conversaciones con el gobierno. Los obispos no querían establecer contacto alguno en aquellas condiciones, pues sabían que acabaría por imponérseles un «acuerdo» según el modelo soviético. Sin embargo, rodeados de aquella atmósfera tensa artificialmente creada y con la preocupación por la suerte de millares de religiosos, los obispos acabaron por sentarse con los comunistas a la mesa de negociaciones.

Sobre la base de las informaciones facilitadas por el arzobispo Grósz supe que sólo se quería tratar, por parte de los obispos, sobre la situación de los religiosos y la injusticia que con ellos se había cometido, pero Rakosi, que dirigía personalmente las conversaciones, aprovechó la ocasión para plantear en bloque la cuestión de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Las negociaciones tuvieron una duración de dos meses y a lo largo de cinco o seis semanas se debatió el problema de los religiosos. Las conversaciones tuvieron los resultados siguientes:

1. Los obispos se dieron por enterados de la disolución de las órdenes religiosas, aunque formularon su más enérgica protesta, pero aceptando la situación de hecho creada tras la puesta en vigor del correspondiente decreto. (Como contrapartida, Rakosi eliminó del orden del día su exigencia de poner en práctica el derecho de patronazgo ejercido en su día por el rey.)
2. Los comunistas aceptaron que de los 2.500 miembros de las órdenes religiosas, 400 ingresaran en el clero regular.
3. El régimen devolvió a la Iglesia, representada por cuatro órdenes religiosas, ocho escuelas nacionalizadas y para proveer a éstas de los correspondientes maestros, autorizaba la actuación en ellas de veinticinco miembros de las

siguientes órdenes: benedictinos, escolapios, franciscanos y Hermanas de la Enseñanza.

4. El régimen permitía que tras la disolución, vivieran en comunidad de dos a tres religiosos.
5. El régimen se comprometía a construir y mantener hogares sociales para los religiosos ancianos e imposibilitados para el trabajo.

La disolución afectó a 187 conventos masculinos y 456 femeninos, con un total aproximado de 11.000 miembros. Con excepción de los 200 maestros autorizados, el 31 de diciembre de 1950 habían abandonado sus conventos todos los miembros de las órdenes religiosas. Los edificios, con sus bibliotecas y archivos clausurados, pasaron a formar parte del patrimonio del Estado.

Los miembros de las órdenes religiosas fueron integrados en la población y en su mayor parte pasaron a hacer trabajos fáciles. Hubo algunos para quienes la prueba significó una difícil situación, pero la mayor parte de ellos ejercieron una fructuosa labor de asistencia espiritual en los barrios de masas y los asilos de pobres, así como en fábricas y otros lugares diversos donde la miseria había marginado a las gentes de la sociedad. Cuando los «sacerdotes de la paz» ocupaban todos los altos puestos eclesiásticos y el cambio de sus costumbres había hecho vacilar la confianza de los fieles, le quedó al pueblo húngaro la posibilidad de mantear todos sus problemas religiosos a aquellos antiguos miembros de las órdenes que seguían rezando y actuando, si bien de una manera “ilegal”.

La nacionalización de las escuelas, la suspensión de la asignatura religiosa y la disolución de las órdenes dejaron en el puro esqueleto Diocesano al antes rico y floreciente organismo de la Iglesia católica húngara. Las administraciones diocesanas y los párrocos que laboraban bajo la inspección y dirección de los obispos no podían ser objeto de disolución con el pretexto de que eran elementos o instituciones poco importantes de la Iglesia. Subsistieron, por tanto, pero no sin que su actividad fuera objeto de vigilancia por parte del partido comunista e incluso dirigida por el mismo. Eso es lo que se había obtenido con el acuerdo por cuya consecución tanto habían luchado anteriormente los comunistas. Bajo mi presidencia, la conferencia episcopal había rechazado siempre un acuerdo semejante, efectuado según el modelo soviético. La causa principal de mi encarcelamiento había sido la resistencia que opuse siempre a semejante acuerdo. En 1950, los obispos habían rechazado todavía la idea de un acuerdo. A pesar de ello, el régimen llevó adelante su proyecto, ya que con una hábil jugada había comenzado a internar los religiosos al mismo tiempo que exigía la apertura de negociaciones. Las medidas contra las órdenes religiosas se prolongaron hasta que la mayoría de los obispos estuvo dispuesta a aceptar la posibilidad de un acuerdo. Aquellos, empero, que mantuvieron su resistencia, como por ejemplo el obispo de Vác, József Petery, fueron objeto de registros nocturnos para tratar de «ablandarlos».

En aquella atmósfera de tensión artificialmente creada y en interés de los 11.000 religiosos amenazados por la deportación a Siberia, el episcopado aceptó finalmente el acuerdo global. Fue firmado el 30 de agosto de 1950 por József Grosz, arzobispo de Kalocsa. Considero importante transcribir aquí el contenido total del acuerdo en cuestión:

«El gobierno de la República Popular Húngara y el Episcopado húngaro, llevados por el deseo de una coexistencia pacífica entre el Estado y la Iglesia católica que exige la reconstrucción, la unidad del pueblo húngaro y el pacífico desarrollo de la Patria, han mantenido conversaciones llegando a los siguientes acuerdos:

## I

1. El Episcopado reconoce y apoya —en cumplimiento de sus obligaciones ciudadanas —el orden establecido por la República Popular Húngara y su Constitución. El Episcopado declara que de acuerdo con las leyes eclesiásticas, tomará sus medidas contra todo miembro del clero que rechace el ordenamiento legal y la labor constructiva de la República Popular Húngara.

2. El Episcopado condena con energía cualquier actividad subversiva, proceda de la parte que proceda, y que esté dirigida contra el orden público y social de la República Popular Húngara. Declara que no permitirá que el credo religioso de los fieles y la Iglesia católica pueda utilizarse con finalidades políticas contrarias al Estado.

3. El Episcopado invita a los fieles católicos, como ciudadanos y patriotas, a cooperar con todas sus fuerzas en la gran empresa acometida por el gobierno de la República Popular, para hacer así realidad el plan quinquenal (elevación del nivel de vida y seguridad de la justicia social). El Episcopado hace un llamamiento a los párrocos para que no opongan resistencia al movimiento de creación de cooperativas agrícolas, ya que el movimiento en cuestión es fruto de una decisión libre» mente tomada y basada en el principio moral de la solidaridad humana.

4. El Episcopado apoya el movimiento pro paz. Aprecia los esfuerzos del pueblo húngaro y el gobierno de la República Popular para la consolidación de la paz y condena toda incitación a la guerra. El Episcopado se declara contrario a la utilización de la bomba atómica y califica de criminal contra la Humanidad aquel gobierno que utilizara eventualmente dicha bomba.

## II

1. De acuerdo con la Constitución de la República Popular, el gobierno de la República Popular Húngara garantiza la absoluta libertad de cultos para los fieles católicos e idéntica libertad de acción para la Iglesia católica.

2. El gobierno de la República Popular Húngara acuerda la restitución a la Iglesia católica de ocho escuelas (seis de niños y dos de niñas) y autoriza el mantenimiento del correspondiente número de religiosos y religiosas precisos para estas escuelas confesionales.

3. Al igual que las estipulaciones acordadas con otras confesiones el gobierno de la República Popular Húngara atenderá las necesidades materiales de la Iglesia católica mediante subvenciones por un período de dieciocho años, es decir, hasta que la Iglesia católica esté en disposición de atenderse por sí misma. El montaje de tales subsidios destinados a las necesidades de la Iglesia católica se irá reduciendo progresivamente en plazos de tres a cinco años. Es deseo del gobierno de la República Popular Húngara asegurar el mínimo vital del clero regular.

Una comisión paritaria compuesta por delegados del gobierno de la República Popular y el Episcopado cuidará de la aplicación del presente acuerdo.

Budapest, 30 de agosto de 1950.

En nombre del Episcopado católico húngaro, firmado JÓZSEF GROSZ, *arzobispo de Kalocsa*.

En nombre del Consejo de ministros de la República Popular Húngara, firmado JOZSEF DARVAS, *Ministro de Cultos e Instrucción Pública*.

El acuerdo significaba una profunda humillación para la Iglesia. Aparecía bien patente que los obispos sólo se habían preocupado de una cosa: salvar a los componentes de las órdenes religiosas. Esta humillación estaba, naturalmente, prevista en los planes de los comunistas, pues les resultaba posible atacar así el singular prestigio de que gozaba la Iglesia. Prestigio ganado ante aquellos sectores juveniles que oponían resistencia al ateísmo y los intentos de sumisión. Sorprendió, por tanto, a la opinión pública que los sacerdotes se vieran obligados a recomendar a aquellos ciudadanos que se sentían heridos en su conciencia, perseguidos de una manera solapada y condenados a guardar silencio en su propia patria, la colaboración con los ateos. El régimen que consideraba mis cartas pastorales como una intolerable intromisión en los asuntos del Estado, exigía ahora del clero que recomendara desde el pulpito las más odiosas medidas políticas y económicas, tales como la colectivización, las entregas, etc. (Aquellas cartas pastorales y sermones que los párrocos se vieron obligados a leer a consecuencia del acuerdo sólo Podían calificarse, en realidad, como caricaturas religiosas.)

Con el acuerdo, los comunistas quebrantaron la resistencia de los sacerdotes y también con el hecho de que mediante presiones y engaños organizaron un grupo sacerdotal disidente. Como este grupo participaba preferentemente en las asambleas del movimiento pro paz, el pueblo los denominaba «sacerdotes pro paz». Su papel estribaba principalmente en socavar la unidad y la fortaleza de la Iglesia desde dentro, de acuerdo con las consignas de los comunistas y según las líneas de orientación por ellos indicadas.

Considero que haré más comprensible la nefasta actuación de esta quinta columna si describo los acontecimientos subidos tras el acuerdo.

Hasta entonces habían fracasado, por la enérgica oposición de los obispos, todos los intentos comunistas para organizar un grupo pro-asista católico que apoyara sus propósitos. Después de mi encarcelamiento, durante mucho tiempo fueron escasos los sacerdotes a los que el régimen consiguió atraer con el señuelo de la organización pro paz.

La prensa los elogiaba como sacerdotes fieles al régimen y se urdió el plan de publicar un órgano de aquellos sacerdotes pro paz que llevaría el nombre de «La Cruz». Este plan se frustró en un principio, pues el sacerdote que estaba previsto como redactor se asustó de su papel de Judas y al tratar de huir del país, fue alcanzado por el proyectil de un guarda de fronteras y murió. Se establecieron entonces contactos con el doctor Miklos Bersztocky, un canónigo de Esztergom que había permanecido mucho tiempo recluido en la calle Andrássy. Las torturas infligidas quebrantaron su ánimo hasta el punto de que al ofrecerle la libertad se manifestó dispuesto a hacerse cargo de la organización y jefatura de los sacerdotes pro paz.

La propaganda que con un gran impulso se hizo por todo el país obtuvo escaso resultado. Transcurrido un año, las cosas estaban en tal punto que sólo fue posible enviar las invitaciones para la asamblea general constitutiva en nombre de treinta y cinco sacerdotes pro paz. A la sesión celebrada el 1 de agosto de 1950 asistieron tan sólo unos escasos sacerdotes por propia voluntad. De los 7.500 inscritos aparecieron un total de 150, en parte llevados a la capital mediante presiones y ardides diversos.

Pero tras firmarse el acuerdo, la situación cambió. Los agentes de la policía a través de los cuales efectuaban los comunistas el reclutamiento de los sacerdotes pro paz, consideraron a partir de entonces acción hostil al Estado mantenerse al margen. Se atenían para ello al acuerdo en el que los obispos se comprometían a «apoyar el movimiento pro paz». Los obispos no pudieron aceptar aquella interpretación unilateral del texto y prohibieron a sus sacerdotes que ingresaran en adelante en el movimiento. Esto les reportó intensos ataques en el periódico «La Cruz», que comenzó a publicarse el 1 de noviembre de 1950. Al mismo tiempo, se trató de acrecentar por medios hábiles y astutos el aspecto de dignidad del movimiento. Se consiguió cubrir con sacerdotes pro paz algunas destacadas parroquias de las diócesis de Esztergom y Eger. En la primavera de 1951, el ministerio de Cultos trató sobre la cuestión de los estipendios de los sacerdotes y como resultado de las conversaciones, se determinó una elevación de los emolumentos para todos los sacerdotes.

Claro que estas medidas se revelaron en conjunto bastante infructuosas, ya que la mayoría de los sacerdotes se atuvo a la prohibición dictada por los obispos y siguió condenando al movimiento pro paz-Los comunistas tropezaron así con una tenaz oposición que sólo podían quebrantar mediante la violencia.

Aquella tenacidad del episcopado y sacerdocio llevó al encarcelamiento, el 15 de mayo de 1951, del arzobispo de Kalocsa, József Grósz, que tras ser sometido a un falso

proceso semejante al mío, fue conde' nado a quince años de reclusión. Conjuntamente con el encarcelamiento del arzobispo, el régimen votó la Ley I del año 1951, por la que se creaba un organismo estatal para los Asuntos Religiosos. Dicho organismo estaba llamado a entender «todos los asuntos entre el Estado y las diversas confesiones y sobre todo, la aplicación de los acuerdos y convenios con cada una de las confesiones». Al segundo día de las sesiones del proceso Grösz, el 23 de junio de 1951, los obispos de Csanad, Hamvas André; «adalik Bertalan, de Veszprém; Petery József, de Vác, y Shovoy Lajos, de Székesfélérvar, fueron sometidos a detención domiciliaria. La policía y los funcionarios del organismo para los Asuntos Eclesiásticos obligaron a los citados obispos a cubrir los puestos de sus vicarios generales y cancilleres con sacerdotes pro paz que habían sido recomendados por la policía. Tal fue la razón de que el obispo Hamvas, que era por aquel entonces administrador de mi diócesis, nombrara al doctor Miklos Beresztoczy vicario general de la diócesis de Esztergom.

Se celebró, entretanto, la reunión de obispos el 3 de julio de 1951, bajo la presidencia del de Eger, Czapik Gyula. Como es natural, faltaban los cuatro prelados que sufrían detención domiciliaria. Su puesto lo ocuparon los vicarios generales, que eran sacerdotes pro paz. La conferencia episcopal así compuesta afirmó su lealtad sin reservas al gobierno en nombre de todo el catolicismo húngaro y se comprometió a apoyar el Movimiento de la Paz de acuerdo con el «espíritu del acuerdo». En la práctica, significaba aquello el reconocimiento y la aprobación de los sacerdotes pro paz. Los comunistas habían alcanzado de esta manera su objetivo: obtener manos libres en el proceso de desmoralización, relajamiento de la disciplina eclesiástica y la fe.

Indicación del más alto grado alcanzado por la humillación y el triunfo de la táctica comunista, lo da el hecho de que el mismo día en que se eliminaban los obstáculos para el movimiento de los sacerdotes Pro paz, el régimen hacía pública la nueva reglamentación para la provisión de los cargos eclesiásticos. De acuerdo con esta nueva ordenación, Para que la provisión de los cargos eclesiásticos tuviera validez, era Precisa la ratificación por parte del Estado. Esto se promulgaba con efectos retroactivos al 1.<sup>º</sup> de Enero de 1946. Los comunistas rechazaban todos los nombramientos hechos sin su refrendo, a menos que se cumpliera la condición de que todos los obispos, superiores de las órdenes religiosas y vicarios generales, prestaran solemne juramento de Estado. Aquello ocurrió el 21 de julio de 1951 con la indignación general del Pueblo cristiano.

Cuanto antecede se desarrolló bajo la presidencia del arzobispo Czapic Gyula, que con su condescendencia trató de salvar lo salvable. La Iglesia renunció incluso a la resistencia pasiva y disolvió a partir e aquel momento todas sus instituciones que habían sido previamente condenadas a la disolución, como por ejemplo el seminario menor y también buena parte de los seminarios mayores. Los sacerdotes pro paz se hicieron cargo, sin oposición, de las cancillerías episcopales en todas las diócesis, siempre bajo las directrices y el control de las personas de confianza del organismo estatal para los Asuntos Eclesiásticos. Éstos penetraron en las residencias episcopales y como signo de su poder se hicieron cargo de los sellos de la dignidad episcopal, las llaves de las cajas y los archivos. Sin su autorización, ni los sacerdotes ni los fieles podían visitar al obispo. Determinaban

quiénes podían cursar los estudios eclesiásticos en los escasos seminarios todavía abiertos, quiénes debían recibir la consagración sacerdotal y los puestos que los nuevos sacerdotes tenían que proveer. El pueblo los llamaba «los obispos barbudos». De ellos dependía quiénes recibían emolumentos, quiénes obtenían autorizaciones para impartir enseñanza religiosa, qué sacerdotes había que destinar a un puesto importante y aquellos otros a los que se precisaba apartar de los que ocupaban. Sacerdotes llenos de celo y muy queridos por el pueblo fiel fueron separados de sus parroquias para que un sacerdote pro paz pudiera arruinar, como sucesor, la semilla. Sacerdotes muy preparados y dotados de las mayores virtudes fueron destinados a puestos sin importancia y no resultaba extraño que un obispo abandonara su diócesis, en el mejor de los casos con una pensión. Las distinciones eclesiásticas iban asimismo a parar tan sólo a los sacerdotes pro paz «por sus esfuerzos en pro de la construcción del socialismo». Los «merecimientos» de los premiados con aquellas distinciones eran en general tanto mayores cuanto más habían perjudicado a la Iglesia y la vida religiosa de los fieles. (Cuando el obispo Petery no se sintió inclinado a premiar tan discutibles servicios, fue internado en Hejce, de donde volvió por breve espacio de tiempo a su diócesis tras la lucha de liberación de 1956.)

Todos los puestos episcopales se convirtieron así en órganos ejecutivos de la oficina estatal para los Asuntos Eclesiásticos. Organismo que si bien dependía formalmente del ministerio de Cultos, recibía instrucciones y consignas del ministerio del Interior y sus funcionarios procedían de las filas del cuerpo de policía para la Seguridad del Estado (AVO). Esta policía secreta vigilaba así toda disposición promulgada por la autoridad eclesiástica y sabía transformarla en un medio de persecución.

Quien no ha conocido de cerca aquella situación tan humillante y perversa, no está en condiciones de hacerse una idea de la misma. Imagen en la que estarían presentes el servilismo de los sacerdotes pro paz, su falta de conciencia y su irresponsabilidad. Aunque al principio no estuvieran acaso movidos por un principio equívoco, perdieron luego esta actitud inicial, cuando con los más íntimos colaboradores procedentes del organismo para los Asuntos Eclesiásticos y declarados adversarios de la fe, tomaron parte en conversaciones absolutamente inadecuadas para un sacerdote, sobre todo por lo que representaba para su ministerio la absoluta negligencia de la oración. De esta manera trataban de silenciar la voz de la conciencia, alemando una concepción individual de la fe. Existían también entre ellos miembros del Partido inclusive y también funcionarios de alto rango del mismo, que habían cursado sus estudios en escuelas o incluso en la academia del Partido. No faltaban tampoco los oficiales de la AVO; circunstancias, todas ellas, que se mantenían en el mayor secreto, pero que salieron a la luz durante la revolución. También se perfeccionaba en secreto su formación para cometidos especiales; llegaban como sacerdotes renegados a una diócesis foránea y asumían allá el cargo de vicario general o canciller.

Efectuaban viajes al extranjero y frecuentaban congresos, sirviendo también de esta manera los intereses del bolchevismo. En tales circunstancias, su tarea estribaba en facilitar a los cristianos del mundo libre informaciones falsas sobre las relaciones entre la Iglesia y el comunismo. Muchas veces llevaban consigo obispos o sacerdotes que mantenían

contactos o vinculaciones con el extranjero y que luego, naturalmente en presencia de aquel comisionado, contaban a sus conocidos las condiciones y situación «normal» de la vida religiosa en Hungría. También ocurrió, sin embargo, que personas situadas en altos puestos eclesiásticos dieron, sin necesidad de acompañante especial, idénticas informaciones sobre una situación «normal» de la Iglesia en Hungría.

### **Mis gestiones y mi llamamiento radiofónico**

A partir de la mañana del 31 de octubre de 1956 recibí en Buda una larga serie de visitantes eclesiásticos y seglares procedentes del extranjero. Todos acudieron de una manera espontánea y con gozo para verme y saludarme. Tan sólo me negué al principio a recibir a los sacerdotes pro paz. Utilicé aquellas conversaciones para informarme mejor sobre la situación política y religiosa resultante de la lucha liberadora. En lo que al campo religioso atañía, lo más apremiante parecía poner término con una prohibición a la actividad de aquellos sacerdotes. Esperé, sin embargo, a tomar dicha medida, puesto que había invitado para el 2 de noviembre al arzobispo József Grósz, así como los obispos Lajos Shovoy de Székesfehérvár, y Petery József, de Vas, a mantener una conversación íntima. Tras nuestras consultas, exigí a los ordinarios de las diócesis a cuya jurisdicción pertenecían los sacerdotes pro paz, que les reclamaran y les apartaran de toda actividad dirigente. Como la situaron de Budapest era la peor, excluí inmediatamente a todos los sacerdotes pro paz foráneos de mi archidiócesis.

El nuevo gobierno nacional formado durante la revolución me informaba de vez en cuando sobre el destino del país y la situación política. Supe así por información personal del adjunto del presidente del Conejo, Zoltan Tildy, de las conversaciones que estaban en curso con los rusos. Acudió, si mal no recuerdo, a mi casa en tres ocasiones. La priora, el 1 de noviembre, acompañado de Paul Maleter y dos oficiales de estado mayor. Maleter, el soldado legendario de la lucha por la libertad, me causó una grata impresión. No me fue posible hablar con los dos oficiales, ya que Tildy les ordenó casi inmediatamente que salieran. Quería tratar a solas conmigo y con toda tranquilidad, lo que cabía hacer en el país en aquellas circunstancias. No se mostraba muy optimista y a tal respecto le dije que no podía confiarse en los bolcheviques y que, por tanto, consideraba lo más importante solicitar y conseguir cuanto antes la intervención de las Naciones Unidas.

Tildy me dijo, en el curso de la conversación, que su madre era también católica. Quizá recordara Tildy, como preso por los comunistas, el mucho daño que había causado a la Iglesia y el pueblo con su equivocada actitud política. Quizá ordenara por ello el desfile militar a mi entrada en la capital. Quizá consideró aquello como una reparación.

De pronto, se echó hacia delante en su asiento y murmuró:

—¡Me siento mal!

Me levanté rápidamente, volví con un vaso de agua fresca, se la di a beber y le enjuagué el sudor del rostro y la frente. Me dio las gracias por mis cuidados y se despidió.

Respecto a mi llamamiento radiofónico, Tildy había expresado dos deseos: que no abordara el problema agrario y que hablara de los rusos con toda clase de contemplaciones. También sin su consejo habíamos dirigido nuestra atención a estos dos puntos de vista. En el texto constaba, sin que hubiera mediado la influencia de Tildy y el gobierno, que «deseábamos sobre todo promover el sano desarrollo del país» y que «no nos opondríamos al curso de las cosas confirmado por la Historia».

Cuando el 3 de noviembre de 1956, a las ocho de la noche, leí por radio mi llamamiento a la nación, el representante del presidente del Consejo, Zoltan Tildy, se sentaba a mi lado. Tenía lágrimas en los ojos y al final me dio las gracias en nombre de Imre Nagy y sus ministros por la «gran ayuda» que acababa de prestar con mis palabras al nuevo gobierno nacional. De manera especial agradeció mi llamamiento al trabajo, mi aprobación y exigencia de la neutralidad y la condena de las venganzas privadas por haber destacado la competencia de los jueces imparciales y condenado todo partidismo.

Tras mi alocución radiofónica, correspondí a la visita de Tildy en su residencia del Parlamento. Mi visita le alegró mucho. De no haber estado con nosotros su esposa y mi acompañante, doctor Egon Turchanyi, la emoción le habría vencido, como antes, durante su visita al «Palais des Primas». Efectuada la visita, me apresuré a regresar a mi casa en la calle Uri, mientras la radio difundía en todos los idiomas mundiales mi llamamiento. Transcribo a continuación el auténtico texto, tan ata\* cado y hábilmente falseado después:

«Cuando hoy hace alguien una declaración, acostumbra a proclama/ la mayor parte de las veces que ha roto con el pasado y habla a partir de ese momento con toda sinceridad. Yo no puedo hacer esa afirmación, ya que no necesito romper con mi pasado; por misericordia de Dios sigo siendo el mismo que antes de mi encarcelamiento. Me mantengo firme en mis convicciones con idéntica fortaleza psíquica y física; con la Misma fortaleza que hace ocho años, aunque mi cautiverio me haya sometido a dura prueba. No puedo afirmar tampoco que de ahora en adelante hablaré con toda sinceridad: siempre he sido sincero. Siempre Se dicho sin rodeos lo que he considerado bueno y justo. No hago más ye reiterar esta actitud al hablar desde aquí al mundo y la nación húngara, directa y personalmente, y no por medio de un magnetófono.

«Nuestra situación, sumamente difícil, nos hace pasar revista a los detalles interiores y exteriores que determinan esta misma situación. Quiero retroceder lo suficiente para tener una visión de conjunto de esa situación, pero deseo al mismo tiempo permanecer lo bastante próximo a los problemas inmediatos para dar una respuesta válida a las preguntas del momento.

»Hoy estoy por vez primera en situación de agradecer de viva voz a los países extranjeros su apoyo. Quiero expresar, ante todo, mi gratitud personal al Santo Padre, Su Santidad Pío XII, por haber seguido con tanta atención la suerte del jefe de la Iglesia católica húngara. Quisiera dar las gracias al mismo tiempo a los jefes de Estado, dirigentes de la Iglesia, a los gobiernos y los Parlamentos, a las personalidades públicas y privadas, por su simpatía y la atención concedida a mi patria y mi suerte personal durante los años de mi

cautiverio. ¡Dios se lo pague! Mi agradecimiento también a los representantes de la prensa mundial y de la radio, cuyas ondas constituyen sin duda expresión de una gran fuerza humanitaria. Siento la satisfacción de poder decir finalmente todo esto con plena libertad.

»Por otra parte, me gustaría subrayar que más allá de nuestras frenas todo el mundo civilizado, nos ayuda y secunda de manera unánime. Esto constituye para nosotros una fuerza mucho mayor que la que Poseemos por nosotros mismos. Somos una pequeña nación, un pequeño país en el globo terráqueo. Pero en algo somos con toda seguridad los primeros entre los pueblos de la tierra. Ninguna de las naciones ha sufrido más que nosotros a lo largo de los mil años de nuestra historia nacional. Después del reinado de nuestro primer soberano, San Esteban, nos convertimos en una gran nación. Hungría contaba, tras la victoria de Nandorfehérvar, cuyo quinto centenario celebramos, con tantos habitantes como Inglaterra en aquella misma época. Pero nos vimos obligados a luchar continuamente por nuestra libertad, en una lucha que defendía en la mayoría de los casos a todo Occidente. Aquella lucha interrumpió -el progreso de nuestra nación. Siempre tuvimos que superarnos por nuestros propios medios. Por vez primera en su hispia, Hungría goza hoy de la simpatía eficaz del mundo civilizado. Es este un hecho que nos impresiona profundamente. Los húngaros se alegran de todo corazón al comprobar que su amor a la libertad ha hecho a otras naciones solidarias con su causa. Vemos en ello la mano de la Providencia que, con la solidaridad mundial, se manifiesta como canta nuestro himno nacional: «*Dios bendiga al húngaro... Tiéndele tu brazo defensor*».

»Y el himno prosigue: «*Cuando luche, contra sus enemigos*». Incluso en una situación trágica como la presente, esperamos no tener ya enemigos. Nosotros no sentimos hostilidad contra nadie. Queremos vivir en paz con todos los países y todos los pueblos. Nuestra época se caracteriza en todos los pueblos por una línea común de desarrollo. El viejo concepto nacionalista debe ser superado. El sentimiento nacional no debe provocar nunca más luchas entre naciones, sino ser garantía de coexistencia pacífica basada en la justicia. El sentimiento nacional debe florecer por todo el mundo en el terreno de los valores culturales que constituyen un tesoro común a todos los pueblos. De esta manera, la evolución de un país puede promover la de otros.

»Por otra parte, incluso por sus propias condiciones físicas de existencia, los pueblos necesitan cada vez más unos de otros. Nosotros, los húngaros, queremos vivir y actuar como abanderados de la verdadera paz familiar de los pueblos europeos. Queremos vivir con ellos una amistad real y no artificialmente proclamada. Nosotros, como una pequeña nación que somos, queremos vivir una amistad sin trastornos, en el respeto mutuo y pacífico, con los grandes Estados Unidos de América y también con el inmenso imperio ruso. Queremos mantener también relaciones de buena vecindad con Praga, Bucarest, Varsovia y Belgrado. Y al llegar aquí, tengo que citar a Austria y proclamar el amor profundo de todos los húngaros por la actitud fraterna que nos ha demostrado en el curso de nuestros presentes sufrimientos.

«Nuestra situación presente depende de la respuesta a esta pregunta: ¿qué se propone hacer ese pueblo ruso de doscientos millones con sus fuerzas militares situadas en

el territorio de nuestras fronteras? Informaciones radiofónicas hacen constar que esas fuerzas se acrecientan constantemente. Somos neutrales y no damos al imperio ruso motivo alguno para que corra la sangre. ¿Han pensado los dirigentes de dicho imperio que nuestro aprecio hacia su pueblo se acrecentará si no tratan de dominarnos? No se aplasta a un pueblo que no es hostil. Nosotros no hemos atacado a Rusia y tenemos por ello la esperanza de que retire lo antes posible sus fuerzas armadas de nuestro país.

»Nuestra situación interior es tanto más crítica por cuanto el trabajo y la producción nacional han quedado interrumpidos. La lucha por la libertad se ha producido en un país cuya situación ha llegado a ser paupérrima. Por tal motivo y en interés de toda la nación conviene reanudar cuanto antes el trabajo y la producción para emprender las tareas reconstructivas. Es absolutamente preciso para que la vida de la nación continúe.

»Puestos todos en esta tarea, no debemos olvidar un solo instante que, nuestra lucha no ha sido una revolución sino una guerra para conseguir nuestra independencia.

»En 1945, tras una guerra perdida y que no había tenido para nosotros objetivo alguno, se estableció un régimen por medio de la violencia, cuyos herederos condenan ahora con desprecio, disgusto y reprobación. Contra este régimen se ha levantado el pueblo húngaro, con la juventud a su cabeza. Sus herederos no pueden pedir más pruebas. Una lucha por la libertad, sin parigual en el mundo, estalló porque la nación quería decidir libremente su manera de vivir, decidir su destino, llevar por sí misma la administración del Estado y gozar del fruto de su trabajo. El pueblo no permitirá que este hecho se explote en beneficio de un objetivo secundario cualquiera, ni se desvirtúe en interés de fuerzas ilegítimas. Necesitamos elecciones legítimas y sinceras en las que puedan participar todos los partidos. Estas elecciones tienen que llevarse a efecto bajo control internacional. Por lo que atañe a mi persona, estoy situado al margen de los partidos y estoy y estaré, dadas mis funciones, por encima de ellos. Desde esta posición dirijo un llamamiento a todos los húngaros para que después de la unidad maravillosa manifestada en las jornadas de octubre no se dejen arrastrar por los desacuerdos y las disensiones partidistas. El país precisa ahora muchas cosas, pero lo menos posible de partidos y líderes políticos. La actividad política en sí resulta hoy un asunto secundario; nuestra preocupación es la existencia misma de la nación y la manera de conseguir el pan cotidiano. Las revelaciones sobre los hechos pasados, efectuadas por los herederos del derrocado régimen, han hecho evidente la necesidad de que los culpables den cuenta de su responsabilidad a unos tribunales de justicia independientes y fuera de la influencia de los partidos. Hay que impedir, sobre cualquier otra cosa, las venganzas personales. Los beneficiarios y herederos del régimen derrocado han incurrido en una responsabilidad especial por el hecho mismo de sus actividades, de sus negligencias, sus demoras y sus erróneas decisiones. No deseo hacer declaración alguna que tenga relación con sus confesiones Comprometedoras, por cuanto podría ello retrasar la reanudación del trabajo e imprescindible reconstrucción. No pertenece ello a la esfera fe mi labor, en el bien entendido que la evolución se desarrolle de una lanera honrada y de acuerdo con las promesas hechas.

»Pero me creo obligado, precisamente por ello, a expresarme con toda objetividad. Vivimos en un Estado de derecho, en una sociedad sin clases; ello nos coloca en un lugar preferente para desarrollar unas conquistas democráticas en las que el derecho de la propiedad esté equitativamente limitado por los intereses sociales. Queremos ser un pueblo cuyo espíritu nacional quede expresado por medio de su cultura. Es ésta la voluntad de todo el pueblo húngaro.

»Por otra parte, como jefe de la Iglesia católica-romana húngara, de claro que de acuerdo con la carta colectiva del Episcopado hecha pública en 1945, no nos oponemos a la vía del desarrollo histórico, que ha demostrado estar justificada, sino que deseamos promover en todos sus aspectos la evolución por esa vía. El pueblo húngaro encontrará lógica nuestra preocupación por preciadas instituciones con un gran pasado. De acuerdo con ello y para orientación de los seis millones y medio de católicos del país, declaro que nuestra postura será contraria a la supervivencia de cualquier resto de violencia y perfidia del régimen derrocado. Nos atendremos en todo a nuestra ancestral doctrina de fe y moral, así como a las normas canónicas surgidas con la propia Iglesia.

»De manera plenamente consciente he excluido otros detalles y particularidades de este mensaje dirigido a la nación. Considero claro y suficiente cuanto he dicho. No podría, sin embargo, terminar sin formular una pregunta: ¿qué piensan los herederos del régimen derrocado? Si sus predecesores, que ellos mismos declaran repudiar, hubieran tenido una base moral y religiosa, ¿se habrían cometido todas esas acciones a cuyas consecuencias tratan ahora de escapar? Esperamos por ello y en uso de nuestro perfecto derecho, el restablecimiento inmediato de la libertad de enseñanza religiosa, así como la restitución de las instituciones y asociaciones de la Iglesia católica, incluida su prensa.

»Desde este momento, velaremos por el cumplimiento de las promesas que se han realizado. Lo que se haga hoy no podrá cambiarse el día de mañana. Nosotros, que velamos por el bien del pueblo, confiamos en la divina Providencia, confianza que nunca resulta vana».

En el curso de aquel llamamiento radiado, había sólo mencionado sucintamente los problemas que se referían a las relaciones entre Iglesia y Estado. Pero de mis alusiones se desprendía claramente que el Episcopado deseaba solventar por vía de la negociación cada uno de los problemas planteados. Tan sólo habíamos reservado a nuestro propio campo de acción la liquidación del movimiento de los sacerdotes pro paz. Considerábamos como cuestión interna de la Iglesia el restablecimiento de una situación degradada y como pertenecientes a nuestra esfera de derecho, las decisiones que hubieran de adoptarse para ello—Con la mayor desautorización e incompetencia y con objetivos netamente destructores, los comunistas habían impuesto a la Iglesia maquinaciones de los sacerdotes pro paz. Por ello denominaba yo aquel movimiento «Coacción y fraude del régimen derrocado».

Incluso después de la derrota de la lucha por la libertad, Imre Szabó, un obispo auxiliar y mi vicario general arzobispal, prosiguieron el cumplimiento de mis decretos

canónicos y apartaron de sus puestos a los sacerdotes pro paz. Todos ellos obedecieron, con excepción de *W* religioso, al que la congregación conciliar excomulgó por orden del Papa Pío XII. La Santa Sede había declarado, en un extenso decreto, la inhabilitación de todos los sacerdotes pro paz para ocupar puestos rectora en la Iglesia. Cuando esta orden de Roma fue aplicada en todas las diócesis, la rectoría de la Iglesia quedó de nuevo libre y disuelto «de facto» el movimiento de sacerdotes pro paz.

El gobierno Kadar impuesto por la violencia se vio en la obligación de tomar conciencia de esta situación y haciendo gala de una táctica equívoca destinada a engañar al Episcopado y a la opinión pública, se llegó a disolver formalmente el 29 de diciembre de 1956 el organismo estatal para los Asuntos Eclesiásticos.

### **Huida a la embajada norteamericana**

El día 3 de noviembre pronuncié en el Parlamento el discurso transmitido por radio antes transcrita. Alrededor de la medianoche regresé la casa mortalmente fatigado y me tendí a reposar. Al poco, sonó el teléfono. Tildy me pedía que volviera al Parlamento, pues las tropas soviéticas habían abierto fuego. Centenares de piezas de artillería retumbaban y disparaban sobre la ciudad. El cielo aparecía llameante y enteramente iluminado por una fantasmagórica claridad. En primer lugar descendí al sótano, pero luego me dirigí al Parlamento acompañado por el chófer.

Allá supe que el ministro de Defensa, Maleter, el ministro Ferenc Erdei, el jefe del estado mayor, Isfván Kovacs, y el coronel Miklos Szücs, desplazados al cuartel general ruso de Tóköl para negociar los detalles técnicos de una retirada de las fuerzas rusas, habían sido detenidos a medianoche mediante una hábil estratagema. El propio general Serov había llegado de Moscú para preparar la operación.

En el Parlamento encontré al ministro Zoltan Tildy, a quien acompañaban los también ministros B. Szabó e István Bibó. No tardó en aparecer también Zoltan Vas, quien declaró que permanecía al lado del pueblo húngaro. Tildy buscó a Imre Nagy, pero no lo encontró. Todos pedían instrucciones y los militares solicitaban órdenes que nadie podía dar, puesto que faltaba el ministro de Defensa y tampoco estaba presente el general jefe del estado mayor. Tildy se decidió entonces a dar órdenes por su cuenta. Relevó de sus compromisos a los militares e izó bandera blanca en el Parlamento. No me fue posible soportar por más tiempo aquel aturdimiento y salí al pasillo. Allá me encontré al doctor figón Turchanyi, que unos días antes había acudido a mí para ofrecerse como auxiliar. Mi intención era regresar a casa para celebrar la Santa Misa. Pero Turchanyi me dijo que mi coche había desaparecido. Pensamos ir a pie, pero oímos decir que tampoco era posible porque los puentes estaban cerrados y los utilizaban únicamente los militares. También estaban ocupados por los rusos todos los accesos al Parlamento. Me informé entonces de cuál era la embajada más próxima. Alguien le dijo que la norteamericana. Decidimos trasladarnos allá con la mayor rapidez. Llevábamos las ropas talares bajo los abrigos. Conseguimos atravesar las hileras de tanques soviéticos hasta alcanzar la Plaza de la Libertad y llegar desde allí a la embajada de los Estados Unidos.

El ministro Edward Thompson me recibió cordialmente en las escaleras de acceso, saludándome como «símbolo de la libertad». Después de ocho años de cautiverio y como naufrago de una libertad de tres días apenas de duración, subí a la salvadora cubierta que representaba la embajada USA para evitar mi deportación a la Unión Soviética y esperar el día en que me fuera de nuevo permitida la acción en pro de la patria. Algo parecido le dije a un simpático oficial, comandante o coronel, que ante la embajada se presentó inesperadamente a nosotros. Llevaba uniforme del ejército nacional.

Transcurrió una media hora hasta que Eisenhower otorgó telegráficamente el permiso para que me admitieran. A las cuatro horas llegaba la autorización para que se diera también asilo al doctor Turchanyi. Remití inmediatamente un telegrama de saludo y felicitación al presidente norteamericano, elegido por segunda vez, dándole asimismo las gracias. Me había sorprendido bastante al principio que mi asunto fuera tratado y solventado con tanta rapidez.

Obtuve una explicación al leer en la prensa extranjera que el día anterior Imre Nagy había ya solicitado asilo para mí a los norteamericanos. El oficial que se nos presentó, lo había hecho en cumplimiento de unas órdenes concretas, a pesar de que nadie conocía en aquellos momentos el paradero de Imre Nagy. Si el presidente del Consejo había gestionado en efecto un asilo para mí, su actuación había sido prueba de una noble actitud y demostración de que si había sido quizás alguna vez comunista, había dejado de serlo en aquellos momentos.

Mientras esperábamos en la planta baja que llegara la autorización de asilo para Turchanyi, se oyó ruido de cañones que circulaban en las inmediaciones. Sus bocas apuntaban amenazadoramente al edificio de la embajada. De pronto, alguien gritó:

—¡Amenaza un ataque aéreo! ¡Todos al refugio!

Abajo, en el refugio, encontré a Bela Kovacs, el antiguo secretario general del Partido de los Pequeños Propietarios. Había vuelto, enfermo y quebrantado de su reclusión en Siberia. Era un fugitivo, en unión de otros cuatro políticos. Trabamos conversación, pero ni una sola de sus palabras me dio a entender que había pedido también asilo en la embajada. Cuando lo busqué al día siguiente, me respondieron que no había solicitado asilo, sino que había prosseguido su ruta hacia su pueblo de Baranya. Temí por su vida, pero lo cierto es que Kadar no se atrevió a encarcelarlo. Mucho después, cuando se hallaba enfermo en el hospital de Pécs, utilizaron abusivamente su nombre, dándosele a una campaña propagandística en favor de los koljoses.

La «National Catholic Welfare Conference» se ofreció a contribuir con mil dólares anuales a mi mantenimiento. Con este gesto quiso evitar, sin duda, el cardenal Spellman que alguien protestara en Norteamérica por la inopinada admisión de un sacerdote en la embajada. Debo precisar, sin embargo, que en los Estados Unidos no se hicieron nunca reproches en tal sentido.

Dando muestras de una gran generosidad, el embajador me ofreció su propia cancillería como despacho. Aquel gesto me conmovió de una manera especial, ya que sabía que él lo necesitaba, tanto más cuanto no podía considerarse por entero como en su casa, ya que hacía muy poco tiempo que ocupaba el cargo y su esposa ni siquiera se hallaba en Budapest.

Todos los empleados húngaros permanecieron durante la noche en el edificio de la embajada. Tenían miedo de que les detuvieran. Se procedió a quemar documentos confidenciales, puesto que nadie tenía la certidumbre de lo que podía ocurrir en las horas siguientes. Celebré la Santa Misa en la mesa de escritorio del embajador, a la una de la madrugada y en presencia de todos los empleados. Carecíamos de un crucifijo, pero teníamos pan corriente y vino; hizo las veces de cáliz una copa de champaña. Un norteamericano de origen húngaro nos acompañó a nuestros dormitorios, situados en el piso de arriba.

Mientras el doctor Turchanyi estuvo allí, me ayudó a la celebración de la Santa Misa. Gracias a la benévola mediación de un capellán militar norteamericano, recibí los vasos precisos para celebrar, así como vestiduras y libros.

En la embajada celebré siempre el Santo Sacrificio en mi habitación. Al principio, asistían el personal de oficina, los familiares y los empleados húngaros. Luego dejaron de acudir, pues así lo prohibían los términos del derecho de asilo.

Con gran sorpresa por mi parte, al segundo día de mi estancia me rogó al atardecer mi secretario que descendiera a la planta baja, donde toe aguardaban los periodistas. No dejé que trasluciera mi sorpresa y tampoco hice la pregunta que me vino a la mente: si se me otorgaba durante mucho tiempo tanta libertad y se me permitirían las posibilidades de establecer diversos contactos. Luego tuve que someterme a un auténtico cañoneo de preguntas por parte de los periodistas. El doctor Turchanyi hacía de intérprete de los norteamericanos. El antiguo Político y combativo parlamentario se desenvolvía muy bien en aquel papel.

La primera pregunta fue ésta:

—¿Qué dice usted sobre la agresión rusa?

—La condeno absolutamente. Una segunda pregunta la siguió:

—¿Cuál es el gobierno legal de Hungría? ¿El de Kadar o el de Nagy?

—A pesar de que Kadar formaba parte del gobierno Nagy, considero que sólo el gobierno de Imre Nagy es el legal húngaro. Kadar ha sido impuesto por el extranjero. Rechazo su gobierno como ilegal.

Hubo otras muchas preguntas, como es natural, pero considero las dos transcritas como las más importantes.

Esta conferencia de prensa fue absolutamente silenciada por el gobierno de Kadar. Él sabría por qué. Nosotros también lo sabemos.

#### LISTA DE MIS ANFITRIONES NORTEAMERICANOS DE 1956 A 1971

Edward T. Wailes, ministro 1956-57

A. Spencer Barnes, Encargado de Negocios I-1957

Garret G. Ackerson, jr., Encargado de Negocios 1957-61

Horace G. Torbert, Encargado de Negocios 1961-62

Owen T. Jones, Encargado de Negocios 1962-64

Turner B. Shelton, Encargado de Negocios 1964

Elim O' Shaughnessy, Encargado de Negocios 1964-66

Richard W. Tims, Encargado de Negocios 1966-67.

Martin J. Hillenbrand, embajador 1967-69

Alfred Puhan, embajador 1969-71. 23 de septiembre

#### **Una mirada al mundo**

Ocho días duraba ya la desigual resistencia del país y la capital contra el poderío del Este. Los soldados húngaros oponían una resistencia heroica, pero sin jefatura. En Budapest reinaba el silencio de un cementerio. En las calles había centenares de muertos y heridos. Según informaciones no confirmadas, la cifra de los muertos aquellos días se elevaba a 8.000 y la de los heridos a unos 20.000. Caravanas de deportados se dirigían hacia Siberia. Muchos de ellos eran muchachos y muchachas entre los diez y los dieciocho años, que lanzaban notas manuscritas desde los trenes. También en las provincias se luchaba encarnizadamente. Los periódicos del régimen publicaban falsas informaciones sobre estas luchas, pese a que en el entierro de Rajk se había hecho la solemne promesa: «¡Basta de mentiras!»

En los años transcurridos entre 1944 y el 23 de octubre de 1956 Hungría había sido una cárcel. Luego nos fue posible respirar con libertad durante once días (yo sólo cuatro). A partir del 4 de noviembre, el país se había convertido de nuevo en una mazmorra.

La fortaleza moral, la solidaridad y la dureza del pueblo húngaro ofrecían una noble imagen. La compasión del mundo representó un gran consuelo para nosotros.

¿Pero qué sería de la semilla esparcida? Se les había prometido a los pueblos de este desventurado mundo libertad, igualdad y bienestar y se ejercía el terror por parte de una

minoría, con opresión y baños de sangre. Por tres ocasiones, una tras otra, los pueblos europeos fueron ametrallados por los fusiles y los tanques: en Berlín, en Poznan, en Budapest y en las zonas industriales húngaras. En Poznan, entre la multitud que pedía pan hubo cincuenta y tres muertos y muchos centenares de heridos. Entre nosotros, se prefirió no contar las víctimas. La solidaridad del mundo occidental con mi nación en lucha estaba fuera de dudas y se expresó en grandilocuentes palabras, pero pronto comprendimos amargamente que nuestras llamadas de auxilio no iban a obtener en la práctica respuesta alguna.

Las grandes potencias mundiales temían el poderío de la Unión Soviética; aquel mismo poderío que había sido objeto de burla durante una semana por los escolares en las calles de Budapest.

El político belga, Spaak, secretario general de la Alianza Atlántica, declaró: «Aun cuando Occidente prestaría de buen grado ayuda a Hungría, es en el fondo impotente para ello». En el Parlamento francés, fustigó Bidault la debilidad y el desamparo de Occidente en el caso húngaro. El ministro del Exterior, Pineau, se expresó claramente sobre la «gran falta de efectividad» de las Naciones Unidas. En la sesión del Consejo de Europa del 11 de enero de 1957 declaró el ministro francés: «Tan sólo las potencias occidentales se toman en serio las resoluciones de las Naciones Unidas; los soviéticos se ríen de ellas sin el menor disimulo». Los dos grandes derrotados de la lucha húngara por la libertad fueron el comunismo mundial, profundamente afectado en el aspecto moral, y las potencias occidentales, con las Naciones Unidas, por su absoluta inoperancia. Pero Occidente no era sólo inoperante, sino también ciego. Con sus promesas de una nueva política, los bolcheviques habían logrado ser bien vistos incluso en los salones de la realeza. Depositaban coronas en las tumbas de los grandes hombres situadas en monumentales templos. Los primeros ministros y los ministros del Exterior de Occidente pugnaban por el privilegio de ser recibidos unos antes que otros en Moscú. Los pueblos del mundo marchaban al paso que marcaba la banda de patibularios moscovitas. La gran lección de los años 1955-56 fue que la influencia rusa en los Estados occidentales creció en el mismo grado que los pueblos situados tras el telón de acero rechazaban el mundo soviético y su espíritu. El mar de sangre húngara derramada hubiera podido servir para que Occidente entreabriera los ojos. Pero todos los esfuerzos resultaron baldíos.

Muy distinta fue la actitud del Papa Pío XII. Empleó cuantos medios estaban a su disposición y llegó a dirigirse al mundo entero, tres veces en un mismo día, en defensa de los intereses de Hungría. La satisfacción experimentada el día 2 de noviembre fue tan grande por lo menos como el dolor sentido cuando la lucha liberadora húngara fue aplastada por la tiranía. Igual que un padre protege a los niños amenazados, defendió el 10 de noviembre, en nombre de la fe, la civilización y los derechos humanos, a nuestro pueblo contra la «opresión ilegal y brutal». Llegó a decir, en una clara alusión a las potencias occidentales, que en aquel caso hubiera estado justificada una guerra defensiva. Planteó en sus palabras las siguientes preguntas capitales: «¿Puede permanecer indiferente el mundo cuando se vierte tanta sangre inocente? ¿Hasta cuándo se permitirá tanto dolor y tanto asesinato?»

La actitud del Papa fue también el punto de vista de la Iglesia. Su secretario de Estado, más tarde arzobispo y cardenal Montini, que luego sería su segundo sucesor, portó en Milán, en una procesión de antorchas, una cruz sobre los hombros como símbolo de la Hungría nuevamente sojuzgada. Quiso de esta manera y al contrario de las grandes potencias —que no tomaban para sí el papel de un Simón Cireneo —dar testimonio de la compasión que experimentaba hacia nuestra nación que gemía bajo el peso de la cruz. Idéntica solidaridad y la misma compasión expresó en Nueva York el cardenal Spellman.. Al igual que el Papa hablaron sus legados.

En el Congreso Eucarístico de Manila (1956), el legado pontificio se expresó sobre los nuevos y tristes acontecimientos húngaros y condenó duramente la intervención soviética y la represión de la lucha liberadora.

La Prensa de Manila apareció llena de intensas críticas a la represión, expresando así un sentimiento común.

Unos días después me enteré de que el doctor Egon Turchanyi había sido también encarcelado.

Los húngaros de la embajada sospechaban de los que habían sido sus compañeros durante el viaje.

No compartí aquella interpretación. En la prensa de Kadar aparecieron virulentos ataques contra mí y contra el Dr. Turchanyi. En un proceso amañado e interesadamente espectacular, fue condenado a cadena perpetua.

En 1960 me enteré por el libro de sus compañeros de viaje que su detención en Tatabanya había sido un verdadero calvario. Unos policías de paisano procedieron a detener el vehículo y arrancarle de su interior. Cayó al suelo. Le falló el corazón y quedó desvanecido. Los policías de la AVO le ataron los pies y le cargaron en un camión. Durante la noche, llevaron a su compañero de viaje al mismo edificio donde se encontraba Turchanyi, aunque no les encerraron en la misma celda. A la una de la madrugada oyó gritos de dolor.

Mi recuerdo constante estaba puesto en los héroes caídos, los heridos, los deportados, los hambrientos, y los que se habían quedado sin patria y sobre todo en el torrente de fugitivos. Me pregunté si los valerosos miembros de la Honved de Rétsag, habrían tenido que pagar «la culpa» de mi liberación. Sin duda, habría sido su castigo tanto más grave, cuanto de los diversos grupos participantes en mi liberación, fueron los primeros e incluso me dieron escolta de honor.

Intervine cerca de la embajada de Estados Unidos en Belgrado para interesarme por los fugitivos y facilitar su desplazamiento desde Yugoslavia a EE.UU. Mi intervención tuvo el éxito deseado. Me conmovió profundamente la ejecución del comandante Palavicini. Habíardado su vida por mí. Aunque no deja también de ser posible que los sentimientos de venganza le hubieran alcanzado también de no haberse producido sus contactos conmigo.

El gobierno de Kadar encarceló a los miembros de la comisión revolucionaria de Ujpest. Se les acusó de «actitud contraria al pueblo» y se afirmó que habían condenado a muerte a János Horváth, presidente del organismo para los Asuntos Eclesiásticos.

El destino sufrido por mi pueblo me producía indecibles sufrimientos. No podía aprobar la fuga masiva que estaba produciéndose y que se efectuaba en muchas ocasiones en condiciones inhumanas. En mi opinión, habría bastado la huida de los luchadores por la libertad que estaban armados.

Al no efectuar el embajador de los EE.UU. visita de cortesía al gobierno Kadar, se le denegó el «exequátur». Más tarde, se procedió a reducir en un tercio el personal de la embajada para que hubiera menos «espías» en el país. Como es lógico, los húngaros fueron despedidos en primer lugar.

Me fue posible recibir a Feigham, miembro del Congreso y gran amigo de Hungría. Cuando Nixon, a la sazón vicepresidente, efectuó una visita a Hungría, estuvo en la embajada. Conversó y departió con los miembros de la representación en un salón contiguo, pero no entró en la estancia ocupada por mí. Durante el período presidencial de Kennedy, sus dos hermanas estuvieron también allí; tan sólo asistieron a la Santa Misa y escucharon la homilía. Estar presentes en el Sagrado Sacrificio era más factible que solicitar una visita directa.

Por lo que se refería a las visitas que se me hacían, la actitud mantenida era muy restrictiva. Misioneros, rabinos norteamericanos, sacerdotes católicos y simples turistas manifestaban su sorpresa al ser rechazados. Algunos trataban de repetir el intento, pero la gestión resultaba siempre infructuosa.

Estaba permitido, sin embargo, que me visitaran parientes o familiares del personal de la embajada, sin necesidad de efectuar gestión alguna. Sus visitas no vulneraban el derecho de asilo; mis primos encontraron, sin embargo, las puertas cerradas a raíz de mis bodas de oro sacerdotales. No resultaba comprensible para mí que muchas de mis cartas quedaran sin respuesta y expresé mi protesta por ello, sin obtener una aclaración satisfactoria.

Por encargo de los Papas Juan XXIII y Pablo VI, me visitó repetidamente a partir de 1963 el cardenal de Viena arzobispo Koenig. Sin ejercer presión alguna, el Papa Juan XXIII se informó si estaría dispuesto a trasladarme a Roma para ocupar allá algún cargo en la Curia. De esta manera podría proveer la sede arzobispal que quedaría vacante. Le respondí que estaría dispuesto a aceptar aquel plan siempre que se exigiera la libertad de la Iglesia. A partir de entonces, el ministro del Exterior norteamericano autorizó un intercambio de correspondencia entre el Vaticano y yo. Representaba para mí la única posibilidad de establecer contacto escrito con el mundo externo. El día 12 de julio de 1965, el cardenal Koenig asistió a mis bodas de oro sacerdotales. Me entregó de parte del Santo Padre una cordial misiva y un cáliz de oro. Agradecí asimismo al cardenal de la capital vecina que

llevara a mi presencia, por espacio de un cuarto de hora, al cardenal Valerian Gracias, arzobispo de Bombay, a la sazón su invitado.

Mis bodas de oro sacerdotales no se desarrollaron en un ambiente propicio. Sólo mis dos hermanas, tres sobrinos y mi padrino podían participar en ellas. La embajada no sabía que se aproximaba aquella efemérides y yo tampoco había preparado nada al respecto. Por deferencia a la mayoría de los participantes, hice el sermón en inglés. Citaré seguidamente algunos pasajes del mismo:

«Cuando la Iglesia celebra unas bodas de oro sacerdotales, no pone de relieve la persona o el cargo, sino tan sólo la dignidad del sacramento y la condición del sacerdote... Las presentes bodas de oro se celebran en especiales circunstancias. No hay panegíricos y quien las celebra no puede acudir al templo donde celebró la primera Misa ni a la basílica de Esztergom. En el año 1886, el rey apostólico, soberano de una gran potencia, participó en las bodas de oro sacerdotales del primado Simor. En las bodas de oro sacerdotales del primado Csernoch, celebradas en 1924, estuvieron presentes el regente del Reino, el Parlamento y la Academia de Ciencias. Pronunció el sermón conmemorativo el famoso obispo Prohászka. Dijo en aquella circunstancia: hace mucho tiempo, dos muchachos eslovacos tomaron el camino de Esztergom. Uno es hoy quien pronuncia este sermón, el otro el príncipe cardenal primado de Hungría. Somos dos testimonios vivientes de que la opresión de las minorías de Hungría es una falsedad que ha trascendido al mundo puesta en circulación desde sectores vecinos.

»Hoy la clase dirigente de Hungría ha sido ejecutada o deportada o bien está fugitiva y los fieles se encuentran muy alejados de nosotros. Pero el que celebra sus bodas de oro sacerdotales sabe que su destino es el destino mismo de la nación».

Tras las horas hábiles, mantenía contactos con los funcionarios de la embajada; uno de ellos me acompañaba durante mis paseos por el patio al atardecer. De vez en cuando acudían los jefes y funcionarios de otras embajadas con sus esposas. No se podía poner objeción oficial alguna a todo ello. Mientras estuve de moda, por expresarlo de alguna manera —es decir, en la época de la guerra fría— aparecían con frecuencia. Me siento obligado a expresar, sobre todo, mi gratitud a los embajadores de Francia, Italia y Argentina y familias. Pero luego, el anhelo de la coexistencia político-ideológica cambió mucho mi situación en este sentido.

El número de los asistentes a las Misas dominicales y de los días de precepto dependía del número de católicos empleados en la embajada. La cifra demostraba una tendencia creciente. Era ejemplar la devoción de los católicos norteamericanos. Comulgaban casi tantos como asistían a la Misa. También acostumbraban a visitarme miembros de otras confesiones cristianas e inclusive israelitas y no creyentes.

Cada dos años, aproximadamente, cambiaba el alto personal de la embajada. En el transcurso de la década, aquello representó un círculo de amistades y relaciones bastante

amplio. Con algunos de ellos seguí manteniendo relación; algunos volvieron a visitarme y buena parte de ellos me escribían.

El embajador y su adjunto me visitaban un día a la semana. Adornaba con flores mi mesa y mi altar con bastante frecuencia. Como apenas me daba cuenta del transcurso de las estaciones y el sol llegaba muy precariamente hasta mí, un matrimonio me traía en primavera una rama florida de su cerezo, y lo colocaban en el centro de mi estancia. Recibía con frecuencia atenciones de esta índole.

Recuerdo con sincera gratitud la conducta de los funcionarios y el personal de la embajada. También quiero dar las gracias a los agregados, que cumplían mis encargos (adquisiciones, reparaciones, etc.) a pesar de sus importantes ocupaciones. Los señores Géza Katona, Lajos Toplovsky, Tivadar Papendorp, Ghesinka, David Beltz, Robert Jackson, Mr. Flood y Titus Ross hicieron más soportable mi reclusión a medias. No tuve que guardar cama, pero mi estado de salud no era satisfactorio a consecuencia del tiempo pasado en la cárcel. En los casos en que la salud empeoraba, era atendido con todo cuidado. Acudía el médico de la embajada USA en Bucarest primero y el de Belgrado después. En los Primeros tiempos, el médico de Bucarest era un tal doctor Linsky. Me trató de manera concienzuda y experta. Llegó luego el médico jefe de los hospitales militares USA, con sede en Landhut (Baviera), teniente coronel Forrest V. Pitts, acompañado de un completísimo laboratorio de análisis. Pasó una jornada entera efectuando sus reconocimientos. Más tarde fue el coronel Seiberth el médico que me trató.

La existencia de una gran biblioteca en la embajada significó un gran beneficio para mí. Los libros, periódicos y revistas eran abundantes. A pesar de que la costumbre de estudiar era en mí casi congénita desde la época de la segunda enseñanza, tenía tan sólo un conocimiento exacto de la Europa germánica. Aquella biblioteca me ofreció la posibilidad de estudiar el mundo anglosajón, su prensa, sus publicaciones, su literatura religiosa y profana. Aunque esta posibilidad me llegara al final de mi vida, me sentía agradecido por ella. Había tenido yo antes el convencimiento de que las lenguas latina y alemana eran suficientes para adquirir una alta cultura. Supe entonces que sin las obras en idioma inglés, la literatura religiosa estaría falta de uno de sus más importantes tesoros.

Aprendí asimismo a valorar mejor el catolicismo de los Estados Unidos y atribuirle una mayor importancia. Ciento que por doquier donde viven los humanos hay insuficiencias. Pero no pudo por menos que sorprenderme que los católicos de los Estados Unidos carecieran de un diario propio, en tanto que tenían muy buenos semanarios y revistas mensuales con millones de ejemplares de tirada. Dedicaban sus mejores esfuerzos a las instituciones escolares católicas. Esa preocupación resultaba por entero lógica, puesto que la escuela es precisamente en esta época de vacilante fe el fundamento de la vida católica.

En el campo de la organización «Caritas» y las asociaciones religiosas, el catolicismo norteamericano marcaba unos progresos extraordinarios. El cardenal Cushing recaudó en veintidós años mil cuatrocientos millones de dólares y fundó treinta y cinco parroquias, así

como múltiples hospitales y asilos para ancianos. El cardenal Spellman fundó 375 parroquias nuevas. Son, éstas, unas cifras gigantescas, como puede comprobarse: cuarenta y seis millones de católicos de EE.UU. disponen de un total de once mil escuelas elementales, dos mil cuatrocientas escuelas medias y más de trescientas universidades.

Me dediqué a estudiar también el material de documentación histórica del ministerio del Exterior norteamericano. Quería tener una idea clara de los motivos que habían impulsado a la intervención norteamericana en la Primera y Segunda Guerras Mundiales, así como de las personalidades del presidente Wilson y Franklin Roosevelt. Complementé todo ello con la lectura de literatura de memorias procedente del mundo entero. Formé asimismo una biblioteca privada, no muy grande, pero de gran importancia para mí.

Aun cuando me sentía muy fatigado, leía diariamente la prensa comunista húngara y las revistas, así como la nueva literatura, aunque ésta con no poco esfuerzo y un gran aburrimiento.

También la ventana me ofrecía una imagen del mundo exterior. Pe vez en cuando, algunos desfiles rimbombantes pasaban ante la embajada-

El 4 de abril, «fiesta de la Liberación», se celebraba anualmente; era una efemérides que despertaba recuerdos muy amargos. Enfrente, en el jardín del club de los partisanos, bailaban sábados y domingos mujeres y hombres «húngaros» al son de música negra de jazz. Muchas veces se prolongaba el baile hasta las once de la noche. ¡En cuántas ocasiones deseé que llegara un tiempo más frío que pusiera fin a aquel entretenimiento!

En la Plaza de la Libertad, ante la embajada, jugaban por la mañana y la tarde los niños de los parvularios y las escuelas. Antiguamente, acostumbraban a entonar canciones serias, que hacían loa de la madre; aquellas canciones no se cantaban desde hacía años. El principal epíteto que sonaba en boca de los niños era «¡Eh tú, idiota!». Los alumnos de las escuelas de segunda enseñanza jugaban a fútbol al atardecer. Durante el juego, no hacían más que gritar obscenidades. Las mismas utilizadas por el médico jefe de la cárcel general durante mi primera permanencia en ella.

Cuando miraba la calle, no veía más que unos pocos cochecitos para niños. Mucho menos un segundo o tercer hijo junto al cochecito. «¡Pervertido Budapest!», como ya Horthy había dicho en una ocasión

Fui asimismo testigo de dos importantes concentraciones masivas: el desfile de mujeres ante la embajada y la manifestación roja internacional contra la embajada. Entre ambas se abría un abismo.

Después del 4 de noviembre de 1956, los trabajadores se manifestaron durante ocho a diez días por las deportaciones de jóvenes a la URSS. La AVO disolvió las manifestaciones, mostrando especial dureza contra los participantes masculinos. Los obreros decidieron entonces que sólo se manifestaran mujeres y muchachas. Así lo hicieron, con la angustia en

el corazón, a pesar de que corrían el riesgo de la deportación, la cárcel e incluso la muerte. El 23 de noviembre convergieron desde diversas direcciones en la Plaza de la Libertad, ante el edificio de la embajada. Cantaron el himno nacional bajo la enseña de la patria, que desplegaron una vez llegadas allá. Tras el himno repitieron muchas veces el grito que el mundo no quería oír: «¡Ayuda de las Naciones Unidas!» Una delegación entró en la embajada para requerir el auxilio de los Estados Unidos. Tras las persianas echadas, sus gritos llegaban a mis oídos. Experimentaba un intenso dolor, que se acrecentó cuando llegó la policía y cargó contra la manifestación, arrancándoles las banderas de las manos y maltratando a los participantes. Sus gritos se oyeron durante largo rato todavía. Pero las Naciones Unidas no nos ayudaron. A las Naciones Unidas les bastaba su retórica. ¡Pobres mujeres húngaras! ¡Desventurada Hungría!

El 13 de febrero de 1956, la embajada recibió de parte del ministerio del Exterior una información sobre los preparativos de una manifestación formada por estudiantes africanos y asiáticos. Aquello podía ser una señal de cortesía, pero igualmente indicio de una manifestación oficialmente organizada.

Impulsados por Moscú y bajo el lema «Vietnam» aparecieron doscientos estudiantes de color con pancartas acusadoras e insultantes, dando vueltas frente a la fachada de la embajada. No atravesaron la puerta principal. Pero luego rodearon el edificio y penetraron por la parte posterior en la cafetería y la filmoteca, que devastaron. En la cocina, rompieron loza y arrojaron diferentes víveres por el suelo. Luego atacaron los coches estacionados ante la embajada y los destruyeron también. Como es natural, el encargado de Negocios presentó una protesta ante el ministerio del Exterior. Al día siguiente se presentó en la embajada el subsecretario para expresar su pesar por lo ocurrido.

El día 6 de febrero de 1957, el órgano del Partido escribió que yo había quebrantado de una manera totalmente arbitraria mi confinamiento (es decir, que era un presidiario fugitivo). A partir de aquel día, tanto la embajada que me daba asilo como yo mismo, fuimos objeto de diarios ataques. En esta situación, volvió a plantearse el plan de mi huida. Plan que no procedía sólo de mi parte.

En 1970 se cumplía el veinticinco aniversario de mi nombramiento como primado y mi instalación en la sede. En la patria guardaron silencio. Sólo en una publicación de la emigración húngara titulada «Eletünk», que me remitían con regularidad, publicó un emocionante texto de recuerdo el que había sido mi familiar, doctor József Vecsy. Subrayaba en el mismo que a pesar de las duras pruebas sufridas, me había concedido Dios la longevidad: de los 78 primados húngaros, tan sólo János Kanizsay, me había superado con sus treinta y un años de permanencia en el cargo. El editorial se titulaba con cierta amargura «Un aniversario olvidado».

## Vuelta de los sacerdotes pro paz

En la primavera de 1957, transcurrido medio año desde la represión sangrienta por los rusos del movimiento libertador, el régimen de Kadar, sintiéndose ya afianzado,

respondió a las medidas que sobre los sacerdotes pro paz habían tomado los obispos. Restableció las disposiciones que regulaban la enseñanza de la asignatura religiosa y la provisión de puestos eclesiásticos. También devolvió los «obispos barbudos» a las sedes episcopales. Cierto que en un principio, las antiguas disposiciones no se aplicaron a las escuelas ni a los nombramientos eclesiásticos. Entre un ochenta a un ochenta y cinco por ciento de los alumnos frequentaban sin impedimento alguno las escuelas de religión y los obispos podían proveer los cargos eclesiásticos con toda libertad y mediante los sacerdotes que creían apropiados para ello.

Resultó luego que el gobierno había ratificado aquellas disposiciones con la finalidad de ejercer un chantaje. Se quería influir en cualquier clase de negociaciones que pudieran efectuarse con los obispos y obtener el apoyo de la Iglesia para el denominado «movimiento de la paz». Se hacía gala de una gran hipocresía, como la persecución desencadenada en 1950 por la duplicidad en la interpretación del texto del acuerdo en contra del clero secular. Los obispos se declararon así dispuestos, bajo tres condiciones, a apoyar «el movimiento mundial pro paz»:

1. Que ellos fueran quienes dirigieran la labor de paz.
2. Que el régimen disolviera de una manera oficial el antiguo movimiento de los sacerdotes pro paz.
3. Que la revista semanal «Cruz», puesta por Roma en el Índice y que tantos envenenados ataques había dirigido a los obispos y los sacerdotes, no volviera a aparecer.

Entretanto, los obispos habían hecho asimismo pública una aclaración en la que se decía que «seguían con la mayor confianza los esfuerzos del gobierno, dirigidos tanto a la rectificación de las faltas cometidas en el pasado como en la reparación de la injusticia. Apoyaban al gobierno en sus esfuerzos para elevar el nivel de vida del pueblo húngaro y cooperar a la paz mundial».

Se fundó a la sazón una comisión pro paz, el «Opus Pacis». Ocuparon sus puestos dirigentes representantes del antiguo movimiento sacerdotal pro paz. El representante en el Parlamento, Beresztoczy, explicó esta transformación en una declaración verbal en el curso de la cual afirmó que el Episcopado reconocía al régimen de Kadar, así como aprobaba y apoyaba su labor. Pero la Santa Sede hizo público un decreto por el que prohibía a los sacerdotes húngaros, bajo pena de excomunión, la aceptación de un mandato parlamentario. Asimismo se publicaron en el verano de 1957 los informes de la comisión de la ONU formada por cinco miembros y destinada a la investigación de los acontecimientos húngaros. Los comunistas consideraron aquellos informes un atentado a la paz mundial y el régimen de Kadar ordenó que el «Opus Pacis» elevara una protesta contra la comisión de los quince por haber ejercitado una acción contraria a la paz. Apareció así el 29 de agosto de 1957 una declaración en la que tras destacar «el restablecimiento mutuo de la confianza como premisa para una pacífica colaboración entre

Iglesia y Estado, expresaba su preocupación por los informes que la comisión de la ONU había emitido. Alegaba para ello que «su carácter unilateral tendía a acrecentar la tensión internacional y afectar los auténticos intereses de nuestro país. El Episcopado no podía por tanto, aceptar y apoyar cualquier decisión referente al problema húngaro sobre la base de aquellos informes».

Al frente del Colegio Episcopal se encontraba a la sazón József Grósz, arzobispo de Kalocsa, que había conocido las cárceles comunistas tras su ilegal proceso y había sido objeto de trato desconsiderado. Pero el móvil de su condescendencia no estaba motivado por aquello, sino por el deseo de asegurar de esta manera la precaria situación de la enseñanza religiosa en las escuelas y neutralizar el máximo peligro de que los sacerdotes «pro paz» volvieran a ocupar sus puestos preponderantes.

Pero el arzobispo Grósz se equivocó en sus esperanzas, puesto que tras la declaración episcopal, los comunistas reiteraron las antiguas disposiciones sobre la enseñanza religiosa con un nuevo medio de aplicación que dio ocasión a los máximos abusos al régimen de Kadar. Los padres estaban obligados a inscribir a sus hijos, en determinado día, a las clases de religión, sin que hubiera otra oportunidad de hacerlo fuera de aquella fecha. Estaba prohibido dar a los niños clases particulares de religión. Por otra parte, las clases se impartían en las escuelas al término de cualquier otra actividad, es decir, cuando los niños estuvieran ya fatigados. La actividad del profesor de religión estaba severamente supervisada por el director y la asignatura sujeta, en la práctica, a bastantes dificultades. Tan sólo con la aprobación previa del Estado podía nombrar el obispo al profesor de religión, pero el Estado estaba facultado para retirar al profesor el permiso de trabajo cuando lo creyera oportuno.

También los libros de religión tenían que obtener una autorización gubernamental. Al profesor de religión le estaba prohibido permanecer en el edificio escolar fuera de la hora de su clase y también mantener cualquier contacto con sus alumnos extramuros del colegio.

Al episcopado no le fue posible salvar con aquella declaración, que tanto había perjudicado su prestigio, la asignatura de religión en las escuelas. El arzobispo Grósz intentó impedir por lo menos el regreso de los sacerdotes pro paz mediante la abstención por parte del Estado, y en prenda de las «buenas relaciones», existentes con el régimen de Kadar, de la puesta en vigor de las disposiciones que reglamentaban la provisión de los puestos eclesiásticos. Aceptó para ello las siguientes propuestas:

1. En el territorio de la República Popular Húngara es necesario para todos los nombramientos de puestos y títulos de la Iglesia católica romana, así como para todos los cargos que según las prescripciones del Derecho Canónico pertenecen a la esfera de acción del Papa en Roma y la actividad de tales personas en su cargo, la autorización del consejo del presidium de la República Popular. Esta autorización es asimismo precisa para el cese, apartamiento o alejamiento de los cargos en cuestión.

2. Para que sean válidos los nombramientos, destituciones o alejamientos se precisará la prevista autorización del ministro de Cultos y Educación en los casos siguientes:
  1. Puestos que dependen del nombramiento del obispo diocesano católico romano, como miembros del cabildo capítular, vicarios generales episcopales, cancilleres diocesanos, deanés, así como párrocos en las ciudades y las capitales de territorio.
  2. Los rectores de todas las academias de ciencias religiosas (escuelas superiores), decanos, directores y profesores, así como directores I de las escuelas religiosas de enseñanza media.

El punto número 3 de la disposición preceptúa que tras el acuerdo entre el gobierno y la Iglesia, se detalle caso por caso la necesaria aquiescencia para que las modalidades de la ocupación de la plaza sean reguladas mediante contratos definitivos entre el Estado e Iglesia. En lo que respecta al punto número 4, la vigencia de esta disposición se considerará retroactiva hasta el 1 de octubre de 1956.

Los obispos tenían fundados motivos para temer que los sacerdotes vueltos a sus puestos tras la lucha de liberación serían de nuevo apartados para colocar en su puesto sacerdotes pro paz. Significaba aquello una amenaza tan grave para ellos, que aceptaron la antes citada declaración. Por lo que atañe a las amenazas, no puede dejarse de tener en cuenta que Petery Jozsef, obispo de Vác, que había recobrado tras la lucha de liberación la jefatura de su diócesis, había sido internado con mucha anterioridad en Hejce, y Badalik Bertalan, obispo de Veszprém, inmediatamente antes de publicarse la declaración. Los sacerdotes pro paz habían jugado un gran papel, además, en la historia de la toma de posición de los obispos, no sólo mediante la persuasión, sino por el hecho de que fueron ellos quienes se encargaron de hacerles patentes las amenazas de los comunistas, influyendo así en la actitud episcopal. Un destacado dirigente de los sacerdotes pro paz, el Padre Brezanoczy Pal, en cuya elección como vicario general por el cabildo capítular de Eger tras el fallecimiento del arzobispo Czapik (1956) había «colaborado» eficazmente el organismo estatal para los Asuntos Eclesiásticos, era además miembro de la Conferencia Episcopal. Tras el encarcelamiento del obispo Badalik, fue elegido segundo vicario general también un miembro de los sacerdotes pro paz, llamado Sandor Klempa, que pasó a ser igualmente miembro de la tantas veces citada Conferencia Episcopal.

Los obispos celebraron una reunión bajo la presidencia del arzobispo Grósz, a quien el régimen de Kadar había concedido entretanto la Orden de la Bandera de la República Popular, para recordar que no podían deteriorarse las «buenas relaciones» existentes entre el Estado y la Iglesia. Decidieron mostrarse también atentos a que el régimen no tuviera ningún reparo que oponer a la actitud de los sacerdotes. En realidad, no tenía reparo alguno que oponer, puesto que además de la actividad del «Opus Pacis», podía considerarse señal de cooperación y buenas relaciones la circunstancia de que las vacantes eclesiásticas que se producían eran provistas de acuerdo con el convenio y por personas de confianza

del departamento de cultos del condado. Como compensación, el régimen permitió que el episcopado, correspondiendo a las disposiciones de la Santa Sede, pudiera omitir a los antiguos sacerdotes pro paz en la provisión de puestos directivos de la Iglesia. Pero esta situación se mantuvo tan sólo hasta el verano de 1953.

El 18 de abril, el presidente del Consejo, Kallai Gyula hizo la siguiente declaración oficial:

«Prestamos nuestro apoyo al movimiento “Opus Pacis” inspirado por el Episcopado. Pero en nuestra opinión, «Opus Pacis» tan sólo puede llegar a ser un movimiento de paz fuerte y triunfante si no se limita a los estrechos círculos del alto clero, sino a la más extensa masa del sacerdocio de orientación democrática. El “Opus Pacis” no puede ser contrapuesto al movimiento de los sacerdotes democráticos, estrechamente fusionado con el pueblo: Si es auténtico deseo del Episcopado colaborar con el Estado, tiene que apoyarse en la actividad de aquellos sacerdotes que han probado durante años con su actividad la voluntad de luchar con el pueblo por la paz y la construcción del socialismo. Sobre estos fundamentos deberá desarrollarse a partir de ahora la buena colaboración entre Iglesia y Estado... Las relaciones entre ambas potestades tienen que establecerse sobre unos principios fundamentales que no signifiquen una coexistencia pacífica pero pasiva, sino unas relaciones de activa colaboración cuyo encuadramiento y contenido se atenga a las exigencias que impone la construcción del socialismo».

En su jerga, la construcción del socialismo significaba el fortalecimiento del ateísmo.

La declaración de Kallais quería significar simplemente que los obispos tenían que admitir otra vez a los sacerdotes pro paz en los puestos dirigentes, no «en beneficio de la paz y la construcción del socialismo», sino para que al igual que sus antecesores stalinianos, también las autoridades del régimen de Kadar pudieran mantener su control y orientación de la vida eclesiástica. Como primera consecuencia, aquel mismo verano, y por invitación del Consejo Estatal de la Iglesia rusa, viajó a la Unión Soviética una delegación eclesiástica húngara formada en su mayoría por sacerdotes pro paz. Presidía esta delegación el obispo Hamvas, que más tarde fue obispo de Kalocsa y administrador apostólico de Esztergom y que nombraría vicario general al más activo de los sacerdotes pro paz. A su regreso, se hizo viajar a aquella gente de diócesis en diócesis para que informaran sobre sus experiencias. El Consejo de la Paz organizó las conferencias y aprovechó la circunstancia para fundar en cada lugar secciones locales del «Opus Pacis».

Además de ejercitarse la correspondiente propaganda, se atendió inclusive, mediante presión de la policía, a que los sacerdotes estuvieran presentes en gran número en las citadas conferencias y que aprobaran sin resistencia que la presidencia de las comisiones católicas locales recayera en antiguos sacerdotes pro paz. De esta manera, la dirección de la llamada «labor de paz» pasó de manos del Episcopado a las de los sacerdotes pro paz. En lugar del «Opus Pacis» emergió el movimiento de sacerdotes pro paz, de tan mal recuerdo y que ahora, al contrario de la situación anterior a la lucha de liberación, incluía a todos los sacerdotes, con los obispos en cabeza. A partir del 24 de

agosto de 1958 apareció el semanario del movimiento, titulado «La palabra católica», dedicado a la misma actividad vergonzosa que su antecesor «La Cruz», incluido en el Índice tres años antes por la Santa Sede.

Los comunistas obligaron a dimitir a mi vicario episcopal, Imre Szábo. El arzobispo Grosz, en virtud de los poderes recibidos de Roma, encargó de la administración apostólica de mi archidiócesis al obispo auxiliar de Eger, Mihaly Endrey. El régimen de Kadar le exigió en el verano de 1958 que colocara sacerdotes pro paz al frente de tres parroquias de la capital. Así lo hizo, pero sin mostrarse inclinado a llevar a cabo otros trasladados en beneficio de aquellos sacerdotes. Por tal razón fue internado en un remoto pueblo llamado Vamosmikola. Se quebrantó también la resistencia en las otras diócesis con los métodos bolcheviques habituales y en el transcurso de tres años apenas, el régimen consiguió situar —a pesar de la prohibición de Roma— a los sacerdotes pro paz en los puestos rectores de la Iglesia húngara. La situación aparecía, en muchos aspectos, peor que en los años anteriores a la lucha de liberación.

Entretanto, coexistencia y distensión se habían convertido en las palabras mágicas de la política internacional. También las estigmatizadas dictaduras bolcheviques precisaban prestigio internacional, sobre todo para que la opinión pública de Occidente no opusiera resistencia a las negociaciones económicas y comerciales que a la sazón se iniciaban con el bloqueo soviético. El prestigio del régimen de Kadar había descendido a cotas muy bajas. Por aquella época, la Organización de las Naciones Unidas había vuelto a expresarle (en total fueron veinte veces) su condena.

¿Quién podía ayudar mejor que el propio Vaticano al reconocimiento internacional de una dictadura comunista y hostil a la religión? El trust de cerebros del comunismo mundial pareció decirle al régimen de Kadar: «Si queréis obtener éxitos visibles, buscad el vínculo con la Iglesia romana, considerada todavía como la primera autoridad moral del mundo». Kadar apareció así con una máscara de paz y efectuó sus primeros pasos hacia Roma. El 6 de abril de 1959 hizo entrar en vigor la disposición sobre la provisión de puestos eclesiásticos que pendía como una espada de Damocles sobre la Iglesia, con la siguiente cláusula final:

«Cuando quede vacante un puesto eclesiástico y el organismo eclesiástico correspondiente no cuide de su provisión, se tomará resolución en los casos incluidos en el párrafo 1.<sup>º</sup> del decreto a los noventa días y en los incluidos en el párrafo 2.<sup>º</sup> a los sesenta, por el organismo estatal competente, para asegurar así las atenciones espirituales, las disposiciones necesarias».

Dos meses más tarde, el 2 de junio de 1959, fue activada la actuación del «órgano estatal competente», es decir, del organismo estatal para los Asuntos Eclesiásticos. Cuando dos años y medio después Monseñor Agostino Casaroli emprendió por parte del Vaticano negociaciones con el régimen de Kadar, había éste reducido al silencio la verdadera Iglesia húngara, tanto por medio de sus sacerdotes pro paz como por la labor del organismo de Asuntos Eclesiásticos. No puede decirse por ello que el diplomático del Vaticano escuchara

las palabras del catolicismo húngaro y por ello ocurrió, a mi juicio, que la diplomacia del Vaticano se entregó sin un básico conocimiento de la situación, a unas negociaciones que reportaron solamente ventajas para los comunistas y graves perjuicios para el catolicismo húngaro.

### **Mi madre durante el asilo**

Mi madre acudía a visitarme cada tres meses a la embajada norteamericana durante mi asilo. Por Navidad, en Pascua, por San Pedro en verano y en otoño, en la época de la vendimia. Todas estas visitas estaban autorizadas por los comunistas. En Navidad estaba presente en la Misa del Gallo y comulgaba. Aquello significaba para ella una alegría y un sacrificio al tiempo, ya que allí no podían cantarse los villancicos húngaros. Yo les leía, a ella y a mi hermana que la acompañaba, por lo menos el Evangelio y la Sagrada Escritura en húngaro. Permanecían tres días a mi lado y estaban obligadas a pernoctar en la propia embajada.

En aquella cautividad a medias que yo sufría, su presencia equivalía a un rayo de sol. Con su profunda cordura, me contaba muchas cosas sobre la vida religiosa en el pueblo, sobre la enseñanza de la religión en la escuela y la frequentación del templo.

En aquellas ocasiones la acompañaba una de sus hijas y por Navidad acudió también una vez su nieto. Tras aquella visita fue despedido de su puesto de trabajo por haber llevado —según le comunicaron verbalmente— a alguien hasta la puerta de la embajada norteamericana. Volvió entonces al pueblo en el automóvil de la propia representación diplomática. En Pascua del año 1959 se hicieron los dos trayectos en automóvil, de manera que pudiera acudir sola. Pasábamos juntos cuarenta y ocho horas, como mucho tiempo antes habíamos hecho en mis viviendas de Zalaegerszeg, Veszprém o Esztergom. Mi madre me decía que se sentía cada vez más débil. Para el tiempo que le quedaba, sólo tenía un deseo: volver conmigo a Esztergom y vivir allá los dos en casa. Creo que sentía este deseo con mayor intensidad que yo mismo.

El mundo necesita estas madres fieles y de profunda fe, tanto a un lado como al otro del telón de acero.

Algunos fragmentos de mis memorias estaban ya escritos en Navidad de 1956. Le di a mi madre algunos capítulos para que los leyera. Así lo hizo con un apasionado interés, pues halló relatados hechos que eran desconocidos para ella. Comprobé en la expresión de su rostro hasta qué punto le había conmovido cada uno de aquellos capítulos.

Según se desprendía de lo que ella misma relataba, mi madre vivía también días felices. La madre del cardenal primado seguía ocupando en el templo su antiguo lugar en el tercer banco, puesto ocupado por sus predecesoras. Durante mi encarcelamiento, el pueblo le situó un banco especial en el coro.

De sus labios supe cómo se desarrolló en nuestro pueblo la lucha liberadora y lo ocurrido en la familia. El 3 de noviembre de 1956, fecha en que el templo del pueblo

celebraba su fiesta, los habitantes de Mindszent y de la inmediata localidad de Mikosszeplack se dirigieron a nuestra casa. Se felicitaban y entonaban canciones húngaras. Mi madre recibió la felicitación de los grupos. La amabilidad y cordialidad de aquellas gentes le hizo olvidar su dolor. Lo que el primado recomendó la víspera de Todos los Santos por la radio, fue puesto en práctica por su madre en el pueblo: el perdón. Exhortó a todos los parientes: «No olvidéis que sois parientes del primado y lo que esto representa para el primado y para vosotros mismos. ¡Hay que perdonar y olvidar todo lo ocurrido!»

El pueblo entero se unió al levantamiento. Hasta los comunistas se convirtieron. Si se exceptúa una pequeña paliza, no ocurrió nada más. Ni siquiera se tomaron represalias contra el alcalde, hombre violento, desconsiderado y fiel a la línea del Partido. La antigua dueña de la mayor heredad, viuda e hija de un coronel de húsares, cuyo castillo y bienes habían sido confiscados y que luego había sido expulsada, inclusive, de la vivienda de su servidumbre, había solicitado la plaza de organista. Se le prometió, pero el alcalde comunista prohibió su elección, sin estar mínimamente autorizado para ello y escupió a la solicitante ante todo el pueblo.

También este personaje salió incólume aquellos días de lucha por la libertad. Fueron disueltos los koljoses. En muchos casos estaban muy endeudados y las deudas recayeron sobre el propietario que los recobró. Se derribó la estatua de Stalin, que había ocupado un lugar en la Casa de la Cultura. Los autores fueron los antiguos agricultores a los que en 1945 se había dado la tierra para luego convertirla de una manera forzosa en koljoses. Allá fueron los trabajadores de la tierra quienes derribaron la estatua de Stalin; en la capital los obreros industriales.

Aquellos que habían votado con su firma contra mí no podían ocultar su temor. Se proyectaba hacerles atravesar el pueblo en una especie de marcha de vergüenza. Pero a ruegos de mi madre se renunció al proyecto.

Los tiempos son malos, no los hombres. Mi madre y mi hermana no pudieron disimular su horror cuando les expliqué que durante el proceso Slansky (1952) el hijo menor de edad de uno de los acusados había escrito una carta al tribunal en la que solicitaba la pena de muerte para su padre por el delito de haber ofendido al gran Stalin. Cuando Kruschev pronunció su discurso en el que denunció los crímenes de Stalin, aquel muchacho se suicidó.

Mi madre me visitó veintidós veces en la cárcel. De los siete lugares donde estuve recluido, vio tres: el hospital penitenciario, Püspokszentlászlo y Felsopeteny. En otros cuatro no le permitieron la entrada: la calle Andrassy, la calle Markó, el penal y el hospital de éste. Para hacer estas visitas cubrió un recorrido total de 12.000 kilómetros.

Y sin embargo, cuando fue llamada a la Casa del Señor, no pude estar siquiera presente en el entierro para poder así pagar por lo menos un poco tanto esfuerzo.

En la Navidad de 1959 estuvo por última vez a verme en compañía de su hija menor. No le fue posible en aquella ocasión enviar un automóvil a la embajada de los Estados Unidos. El conde Franco, embajador de Italia, envió el vehículo a buscarla. Pasaron tres días conmigo. Asistió a las tres Misas matutinas de Adviento. Tras la Santa Misa, fue solícitamente atendida durante los tres días de su estancia por los asistentes y los funcionarios de la embajada.

Estaba muy afectada por la inmediata colectivización de los viñedos, campos, prados y bosques de nuestra familia. No le dolían las pérdidas materiales que pudiera representar, sino el valor que tenía el apego de toda una vida al pedazo de tierra propio. La independencia de las familias se extinguía y ello repercutía en la educación de los hijos y la santificación de los domingos y fiestas de guardar.

Traté de consolarla diciéndole que la colectivización era un golpe que afectaba a todo el país, pero mis palabras no representaron gran cosa para ella.

Le dije que esperaba su visita para Pascua. Pero ella me respondió: «Esta visita navideña será mi última visita». Aquel invierno, su estado de salud empeoró.

A las dos semanas de su regreso me envió una almohada y un cobertor porque había oído que yo le encargaba a mi hermana que me los comprara.

El 4 de febrero de 1960, mis gafas se rompieron y el encierro no me daba posibilidad de reponerlas. Así es que tuve que limitarme a rezar el Rosario. Utilicé la lupa para leer el texto de la Misa. Como siempre, cité a mi madre en el Memento de los vivos aunque hubiera debido ya incluirla en el de los muertos. A las once de aquel mismo día, el secretario de la embajada entró en mi habitación con un telegrama para mí. Apenas lo hubo dejado sobre la mesa, supe lo que decía: mi madre había muerto.

Recibí el telegrama a las pocas horas de haberse producido el fallecimiento. Se indicaba también en el mismo la hora del entierro.

Me sentí mucho más desamparado. A partir de entonces me faltaría también el ser más querido en la celebración de las festividades anuales. El obispo Proháska escribió lo siguiente respecto a la muerte de mi madre: «Se ha roto el preciado cáliz en el que Dios dio tu alma al mundo». El obispo Virág de Pécs vio arder, cuando todavía era prepósito de Szekszárd, el templo y al mismo tiempo murió su madre. Dijo: «Dos santuarios se han convertido en cenizas». Mi madre era una estrella que brillaba con resplandor propio en la oscuridad de estos tiempos duros y penosos. Dios la había llamado a la Eternidad.

Aquellas jornadas dolorosas no acerté a tomar casi alimento alguno, ni abrí tampoco ningún libro. La muerte de mi madre había producido en mí una tremenda sacudida. Recé

su oración preferida: el Rosario. Lloré su pérdida y luego me sentí más sereno. Mi gratitud por haberla disfrutado en vida tenía que ser mayor que mi dolor por su tránsito.

Mr. Garret Ackerson, encargado de Negocios de la Embajada, entró en mi estancia para expresarme su condolencia. Yo me sentía muy tranquilo por el alma de mi madre. Confiaba en la inconmensurable misericordia divina. Su vida terrena había sido una constante preparación para la vida eterna. Acostumbraba a visitar los moribundos y rezar con ellos. Su temple de ánimo estaba siempre tocado por la virtud de la esperanza, sin inquietud ni angustia alguna.

Recordé la jornada de Ostia y las lágrimas que por su madre vertió un Agustín ya ganado para el cristianismo; aquel recuerdo activó mi consuelo.

Supe que el día 24 de enero había sido el último en que asistió a la Santa Misa. El 28 de aquel mismo mes fue el 69 aniversario de su boda.

A partir de aquel día, puede decirse que estuvo ya más en la Eternidad que en este mundo.

El 31 de enero deseó acudir a la iglesia entre una ventisca huracanada. La familia quiso impedirlo. Se llamó al médico. Acudió y recomendó valor a la familia; el corazón estaba todavía bien. Según el juicio de Dios, estaría con toda seguridad mucho mejor.

Por la Candelaria recibió la Extremaunción. Con gran serenidad, rezó en voz alta las oraciones. No temía a la muerte. La Eternidad no era para ella nada terrible.

A principios de la semana siguiente hizo su testamento y designó herederos a sus nietos. Pero la muerte no le llegó.

Todavía el 4 de febrero tuvo en el regazo a uno de sus bisnietos, abrió la puerta para el vehículo que volvió a casa, graneó maíz y rezó el Rosario, como era su costumbre. Como no había estado desde hacía largo tiempo en el viñedo, quiso ir al día siguiente. La familia le dijo que los caminos eran malos en aquella época del año y que aplazara la visita para la primavera. Por la noche, mi hermana advirtió un cambio en su estado. Llamaron con rapidez al párroco. Mi madre sabía que iba a morir. Sostenía en su mano el cirio de los agonizantes.

Fue para ella una última satisfacción que yo hubiera solicitado del Papa Juan XXIII la bendición para los enfermos. Esta bendición había llegado por escrito al párroco de Mindszent con fecha del 2 de enero de 1960. La firmaba el cardenal Tardini.

En el postrer cuarto de hora, mi madre siguió piadosamente rezando con los presentes y luego se efectuó su traspaso, sin agonía, a la Eternidad.

Ella, que había sido tan devota del Sagrado Corazón de Jesús y en su festividad acostumbraba a efectuar la peregrinación a Egyhazashetye, centro de aquella devoción, falleció un viernes, tres horas después de la medianoche.

Ante el féretro, una mujer de ochenta años, a cuya boda había asistido mi madre como joven prometida, pidió a gritos que se la llevara consigo, pues el mundo se había hecho tan frío y perverso que no valía la pena seguir viviendo. La enterraban una semana después.

Al entierro de mi madre concurrió una masa de gente para tributarle la última despedida. No acudieron impelidas por la curiosidad o tan sólo porque era costumbre. Siguieron el féretro con lágrimas en los ojos y rezando. Un tendero que había cumplido ya los sesenta y dos años, agradeció públicamente que la finada le hubiera enseñado el «confíteor» para poder así ayudar a Misa. El médico de cabecera, que la había cuidado durante décadas, se arrodilló y rezó con los ojos llenos de lágrimas. Estaban también presentes todos los nietos y bisnietos. Junto a su féretro colocaron la fotografía de su hijo. Aquella fotografía había sido el más preciado tesoro de su habitación.

Fue enterrada el 7 de febrero. El mayor de mis deseos hubiera sido estar presente en el entierro. Pero hacerlo hubiera equivalido a ponerme en manos de mis perseguidores, hubiera sido una temeridad, una prueba a Dios.

El encargado de Negocios de la Embajada, Mr. Ackerson, quiso desplazarse a Mindszent con mis secretarios, pero no obtuvo el oportuno permiso para ello. Le prohibieron rotundamente el viaje. El embajador italiano, así como el francés, con sus respectivas esposas, acudieron al entierro de mi madre. Fueron portadores de mi corona, con la siguiente inscripción: «Con agradecimiento y dolor profundo, en la esperanza de volver a vernos».

La familia temía que yo me obstinara en acudir. Mis parientes se sintieron muy aliviados al recibir la corona y una salutación de mi parte. Desde el sábado, habían aparecido en el pueblo agentes de la policía secreta. Se difundió el rumor de que procederían a mi inmediata detención en cuanto descendiera del vehículo que me llevara hasta allá. Pero la gran demostración policiaca tuvo efecto contrario al previsto.

No se celebró el réquiem episcopal, puesto que el obispo de la diócesis, que había acompañado a mi padre a su última morada, estaba enfermo. Además de los dos sacerdotes de la parroquia, otros cinco participaron en el entierro. Los niños de la escuela estuvieron presentes, pero faltó el maestro. Uno de los sacerdotes acentuó tanto la solemnidad del momento, que los diplomáticos me informaron, emocionados, sobre ello, al hacerme la descripción del sepelio.

Miembros de la hermandad del Rosario iban junto al féretro, rezando, con cirios encendidos en la mano. Hubo muchas flores y coronas. El deán rogó a Dios, al término de la ceremonia, por todas las madres que habían dado un hijo a la Iglesia.

El Papa Juan XXIII expresó personalmente su interés a la familia. En la Navidad de 1960, mis hermanas me trajeron fotografías de la tumba y me hablaron sobre la vigilancia de los habitantes que vivían en las cercanías del cementerio. Con frecuencia se detenían vehículos y automóviles, descendían de ellos gentes que se dirigían a la tumba y oraban en silencio. En el año 1971 se encontró sobre la tumba de mi madre la fotografía de un seminarista de Esztergom que había escrito detrás un elogio y una profesión de fe al primado cautivo. Por suerte para el seminarista, mis hermanas hallaron la fotografía antes que lo hiciera la policía.

Anualmente acostumbraba mi madre pasar las vísperas pascuales en el cementerio, en unión de sus amistades y en constante oración. Regresaban al amanecer para preparar las viandas de Pascua para su bendición. En sus corazones estaba profundamente enraizada la fe en la resurrección de la carne. Podía aplicarse a ellas la lección del apóstol San Pablo: sabía en qué creía y por ello no se confundiría; ésta es mi más firme convicción.

En Hungría, los periódicos guardaron silencio, pero la memoria de mi madre fue honrada por la prensa extranjera, así como en el «Katólikus Szemle» de Roma y en el periódico confesional suizo donde escribía József Vecsey.

En Fairfield, Connecticut, Estados Unidos, los húngaros emigrados habían construido, ya en los tiempos que yo era párroco de Zalaegerzeg, un hermoso y artístico templo. Para celebrar las bodas de plata de aquella iglesia, los franciscanos húngaros, que estaban a su cuidado, colocaron una imagen de Nuestra Señora. La figura de mi madre sirvió de modelo para aquella imagen de la Madre de Dios: aparecía como una sencilla mujer del pueblo que daba la mano a Jesús Niño. Dios bendiga a la artista Bartha Hellenbrandt, pero también a los religiosos que cuidan del templo y a quienes les inspiraron la idea. Una monja húngara desplazada a los Estados Unidos había llevado consigo la fotografía de mi madre y la imagen se hizo según aquel modelo.

Muchas veces me había asaltado este pensamiento: «... cuando esté muerta y enterrada, sabré el inmenso y preciado valor, la incommensurable merced que he disfrutado».

Ahora me siento tremadamente solo y experimento hacia aquella tumba, que el deber me impidió visitar y que probablemente nunca veré, una profunda deuda de gratitud.

Mi madre fue como una santa. Nunca vi en ella o a su alrededor nada malo o feo, sino todo lo bueno y hermoso. Tengo así la absoluta fe de que mi madre es dichosa en la Eternidad y aquí desde este valle de lágrimas, mi máximo anhelo es el piadoso reencuentro con ella.

## **En el exilio**

El 23 de junio de 1971, el cardenal Koenig me comunicó que el canónigo Jozsef Zágon, de Roma, me efectuaría una visita. Llegó en calidad de comisionado especial del Santo Padre, acompañado por Monseñor Giovanni Cheli, el 25 de junio, a las diez de la

mañana. Cheli me hizo entrega, como regalo del Santo Padre, del primer tomo del nuevo breviario y después de transmitirme los saludos del cardenal secretario de Estado, abandonó mi vivienda.

Cuando nos quedamos a solas, monseñor Zágon se refirió a la preocupación del Santo Padre y concluyó diciéndome que el Papa consideraba que sería beneficioso que me decidiera a abandonar la embajada norteamericana. Me expuso las razones que habían llevado a Su Santidad a aquella opinión.

Tenía la impresión de que el gobierno de los Estados Unidos conceptuaba, atendido el cambio de la situación y mi edad, deseable un abandono de la embajada. Monseñor Zágon mencionó también mi enfermedad, mi eventual fallecimiento y las dificultades que ello representaría, para apoyar aquellas reflexiones del Papa y añadió:

—Por ello considera necesaria el Santo Padre una solución que arroje nueva luz sobre el sacrificio de Vuestra Eminencia, que acreciente su importancia moral ante la opinión pública mundial, no haga perder nada de sus merecimientos y pueda servir a la Iglesia entera como ejemplo. En interés de ello, quisiera hacer el Papa todo lo posible.

El enviado personal del Santo Padre puso asimismo de relieve que sólo podría contar con que mis Memorias se salvaran y publicaran si llevaba el manuscrito al extranjero y yo mismo cuidaba de su publicación. Así podría prestar un valioso servicio a la Iglesia y a la nación húngara con ocasión de las celebraciones del milenario del catolicismo en Hungría. Mi participación como primado en las solemnidades de la emigración húngara contribuiría asimismo a la renovación de la vida moral y religiosa de Hungría en el extranjero.

Opuse a estas razones que no quería dejar en la estacada a mis fieles y a la Iglesia, que tan difícil situación atravesaban. También quería terminar mi vida en mi patria, entre mis fieles. Mi alejamiento sólo beneficiaría al régimen y resultaría perjudicial para la Iglesia. Había que contar con toda seguridad que los bolcheviques intentarían aprovechar un cambio de mi situación para su propaganda. Por tal razón, era mi deseo que la Santa Sede, como contrapartida de mi alejamiento e incluso antes de mi definitiva decisión, exigiera del régimen que reparara los daños causados a la Iglesia. Monseñor Zágon me aseguró al respecto que la Santa Sede cuidaría expresamente de que los comunistas no aprovecharan mi abandono del país para fines propagandísticos. En cuanto a la reparación de las injusticias, el Vaticano lucharía con tenacidad durante las negociaciones, manteniendo especiales esperanzas-en la distensión. Por mi parte, exigí sobre todo la disolución del movimiento de los sacerdotes pro paz y la garantía de libertad en la enseñanza de religión. Pero el enviado especial del Papa no creía que se consiguieran triunfos en este sentido.

Tras la comida del mediodía prosiguieron nuestras conversaciones. El Santo Padre, en beneficio de la Iglesia católica de Hungría y agradecido por ello a mi persona, me rogaba que me tomara un tiempo de reflexión para tomar mi decisión, tras ponderar todas y cada una de las circunstancias. La Iglesia húngara y mi patria eran acreedoras de que sólo

tomara una decisión de tanta importancia tras madura reflexión. Tenía, por otra parte, que cuidar del transporte de mis cosas y también tratar de las circunstancias familiares con mi hermana, que se encontraba enferma en un hospital; todo ello no era susceptible de resolver en un solo día y precisaba un tiempo determinado. Pero prometí no demorar más de un año mi decisión. Expresada mi disposición a someter mis intereses personales al beneficio de la Iglesia inquirí las condiciones en que debería abandonar la embajada y quizá mi patria. Zágón resumió tales condiciones de la manera siguiente:

1. No se atentaría a mi condición de arzobispo y primado, pero se desvincularía esta condición de los derechos y deberes unidos al ejercicio del cargo en la patria y se nombraría por parte de Roma un administrador apostólico de mi diócesis. Habiendo expresado la voluntad de fijar mi residencia en el Pazmaneo, traté de que la jurisdicción de aquella casa me quedara reservada y que en el Anuario Pontificio, al lado de mi nombre y como era habitual desde 1949, figurara la observación «impeditus».
2. La segunda condición era el impedimento para que hiciera declaraciones y difundiera circulares. Tenía que abandonar el país «en silencio». Esperando que la propia Santa Sede orientaría, de acuerdo con la verdad, a la opinión pública sobre las causas y circunstancias de mi alejamiento, acepté esta condición. Zágón me hizo la propuesta de redactar una carta en la que hiciera constar los motivos y circunstancias de mi partida. La oficina de Prensa del Vaticano podría así, con mi carta como base, informar a todas las grandes agencias y evitar de esta manera las falsas interpretaciones.
3. La tercera condición me dio ocasión a graves reflexiones. Se quería de mí nada menos que no hiciera, una vez en el extranjero, declaración alguna «que pudiera afectar las relaciones de la Sede Apostólica con el gobierno húngaro o fueran lesivas para el gobierno húngaro y la República Popular». De manera decidida y firme declaré, siendo así recogido en el acta, que no podía reconocer al régimen comunista húngaro que había determinado la ruina de la Iglesia y la nación húngara, como juez de mi derecho de expresión. Lo único que pretendía del régimen era mi completa rehabilitación tras el «crimen legal» cometido conmigo. El juicio sobre si mis eventuales declaraciones o expresiones eran perjudiciales a las relaciones entre la Santa Sede y el régimen húngaro, pertenecían en absoluto a la competencia de la Santa Sede. Esta observación fue considerada más tarde por algunos círculos católicos como una aceptación de la tercera condición.

La cuarta condición se refería a mis «Memorias». Se deseaba obligarme a mantenerlas inéditas; el manuscrito de las mismas debería legarlo en testamento a la Santa Sede, que determinaría el momento adecuado para su publicación. No recaté mi sorpresa ante esta condición, por cuanto entre las ventajas citadas anteriormente por Zágón sobre mi alejamiento se había mencionado asimismo la posibilidad de salvación y publicación de mis memorias. Tras un repaso a mi manuscrito declaré—y esto también se hizo constar en

el acta— que no veía dificultad alguna para que mis memorias «por lo menos en sus pasajes sustanciales, fueran publicadas estando yo en vida». Se añadió que estaba facultado para conservar los manuscritos y que en caso de mi fallecimiento» legarlos a un sacerdote que gozara de mi confianza y la de la Santa Sede; incluso, se hizo, por su parte, promesa del pago de los derechos de autor por parte del Vaticano.

Nuestras conversaciones duraron tres días. Entretanto preparé la propuesta carta al Santo Padre, en la que en unas líneas expresaba mi aflicción y tomaba postura contra la acusación que me calificaba como «el máximo obstáculo para una relación normal entre Iglesia y Estado». Proseguía la carta de la manera siguiente:

«Para terminar con esta especie que se ha lanzado sobre mí y pueda brillar mejor la verdad de los hechos y poner fin a las cargas y contratiempos de una larga y generosa hospitalidad, quisiera afirmar a Su Santidad que ahora no experimento vacilación alguna, como me había ocurrido con frecuencia en el pasado, en supeditar mi propio destino a los intereses de la Iglesia. Llevado de este espíritu y tras una escrupulosa mención a mis deberes como prelado, pero también como testimonio de mi desinteresado amor por la Iglesia, he tomado la decisión de abandonar el edificio de la embajada norteamericana. Quisiera pasar en tierra húngara, rodeado de mi querido pueblo, el resto de vida que me queda, a salvo de cualquier circunstancia que pudiera afectarme. En el caso de que las pasiones que se han concitado a mi respecto o si desde el punto de vista de la Iglesia, graves motivos lo impiden, cargaré con la más pesada cruz de mi vida: estoy dispuesto a abandonar mi patria y hacer en el destierro expiación por la Iglesia y mi pueblo. Con humildad y sumisión pongo este sacrificio a los pies de Su Santidad, convencido de que el máximo sacrificio personal resulta insignificante cuando se trata de asuntos de Dios y la Iglesia.» (Envié esta carta al Santo Padre por medio de un correo.)

Monseñor József Zágón, enviado personal del Santo Padre, redactó el acta y me rogó que la firmara. Me negué a la firma. Me pareció sobre todo inaceptable la frase final del acta, en la que el enviado de Su Santidad resumía como resultado de nuestras conversaciones que yo quedaba facultado para salir al extranjero, como un hombre libre, no afectado por ninguna clase de limitación, «exceptuadas las condiciones contenidas en los puntos 1 y 4».

Zágón insistió, pero yo le opuse que necesitaba tiempo para reflexionar antes de tomar una decisión al respecto.

Tras la partida de Zágón, informé en una carta al presidente Nixon sobre mi situación, inquiriendo acerca de la posibilidad de seguir en la embajada norteamericana. Su respuesta llegó con una rapidez inesperada. Me recomendaba que aceptara mi destino. En el escrito presidencial, redactado en un tono cortés, quedaba patente que a partir de aquel momento era un huésped poco grato en la embajada. Me quedaban, por tanto, dos posibilidades: abandonar el edificio y entregarme voluntariamente a la policía política o partir al extranjero de acuerdo con los deseos expresados por el Papa.

De haber sabido que me llevarían a la cárcel o me someterían a una detención domiciliaria como la de Felsopeteny, me habría quedado del mejor grado en el país. Pero pensé con temor en la posibilidad de que el régimen me impusiera la suerte del cardenal Stepinac, al que Tito había «perdonado» con la confinación en su lugar natal. En los años posteriores al alzamiento húngaro por la libertad, un periodista norteamericano me había dado información sobre aquel cardenal. El citado periodista había asistido un domingo a la Misa celebrada por mí. Permaneció después en la estancia, se presentó y me transmitió un «importante mensaje» del cardenal Stepinac. Mi cardenal hermano, que se hallaba a la sazón al borde de la tumba, me pedía que no permitiera por concepto alguno que me confinaran en mi pueblo natal, temeroso de que pudiera llegar a una situación tan lastimosa como la que él sufría. Según la información del periodista, habían llegado con él, al pueblo, diecisésis policías procedentes de Zagreb. Su hermana, que era viuda, había cedido su única alcoba al cardenal. Ella se retiró con sus hijos a la cocina. Tuvieron que dar también alojamiento al personal de guardia. Cuando acudía los días festivos a la iglesia, lo acompañaba la policía. Pero todo esto no era lo peor. Un grupo de policías se llevó a un cuartel al hijo mayor de la hermana, a pesar de no estar todavía en edad militar. A los dos meses se lo devolvieron a su madre, pero su razón se había quedado en el cuartel. Holgazaneaba por la casa y vagaba día y noche por los bosques, los campos, los prados y en ocasiones por las calles del pueblo. Los habitantes del lugar y de los alrededores lo veían pasar y sentían la máxima compasión por aquella familia, tocada por una gran desgracia por el hecho de ser la del cardenal. (Hasta aquí la información del periodista. No dudé al principio de la veracidad de las informaciones de aquel benévolos visitante. De todos modos, una vez en el exilio, comprobé que las descripciones del periodista extranjero no eran demasiado exactas. En realidad, el cardenal no estuvo —por ejemplo— en casa de su hermana, sino en la casa parroquial de su población natal.)

Con gran temor pensé que Kadar podía organizar conmigo toda aquella escenificación en cuanto atravesara el portal de la embajada norteamericana. Yo también tenía una hermana viuda y madre de muchos hijos en mi pueblo natal. Sufrían ya bastante por mi suerte. En Mindszent vivían en las familias de mis dos hermanas menores, catorce hijos y numerosos nietos. ¿Podía someterlos al duro destino del sobrino del cardenal croata? Consideraba en aquellos instantes designio providencial la información y «advertencia» del cardenal hermano y aquello fue decisivo para que no eligiera el simple abandono de la embajada, sino el destierro.

Yo sabía que no era un huésped grato en la embajada, no por causa de mi enfermedad, sino porque estaba en curso la política de distensión. De todos modos, mis antiguas enfermedades habían vuelto a agudizarse. Desde 1960 daba otra vez señales la enfermedad de Basedow, acompañada por una alta presión sanguínea y una insuficiencia cardíaca. En 1964 aparecieron disturbios gástricos y un año más tarde, la afección tuberculosa pulmonar que los médicos de la clínica de Pécs habían declarado curada. Como es natural, se remitían a la Casa Blanca informes sobre mi estado de salud. Es muy posible que en el Vaticano se siguieran con atención estos informes. El católico irlandés, O'Shaughnessy, cuya salud estaba también bastante quebrantada, fue nombrado por aquella época encargado de Negocios de la embajada. Me visitó una tarde del año 1966 y

apoyándose en un dictamen médico, me sugirió que me trasladara a una clínica de la capital para someterme a tratamiento. Con voz serena le respondí que no ingresaría nunca en una clínica bolchevique; tenía mis motivos para ello. En el caso de que su preocupación estribara en los riesgos de un eventual contagio por parte del personal de la embajada, le propuse que se limitaran a dejarme la comida en la puerta. Cogería la bandeja y volvería a dejarla en el mismo sitio después de comer. Le dije al encargado de Negocios que los contactos con el personal de la embajada podrían efectuarse de aquella forma, a lo que él accedió. Dio sus órdenes al respecto y aquella misma noche recibí la comida tal como habíamos acordado. Aquello duró de cuatro a cinco semanas.

El médico de la embajada, doctor Linsky, me rogó con gran tacto que me abstuviera de repartir la comunión durante mi enfermedad. Como los fieles esperaban al domingo siguiente que les diera la comunión, la autorizó, tras haberme lavado las manos. Durante la Misa advertí, sin embargo, que por causa de enfermedad no me sería posible distribuir la comunión a partir de aquel día. Gracias a Dios, la enfermedad desapareció a las pocas semanas. En 1966, O'Shaughnessy ingresó, gravemente enfermo, en una clínica de la capital y, con gran dolor por mi parte, falleció a los pocos días.

Mi enfermedad ofreció, entre 1960 y 1965, una buena ocasión a los partidarios de la llamada política de distensión para mantener mi asunto al orden del día. Poco importó que entretanto hubiera curado por completo. Quiero hacer constar aquí mi profunda gratitud a los expertos médicos de la embajada. Los médicos que me cuidaron fueron, en los años 1965-71, el teniente coronel Forrest W. Pitts; el coronel William Dunnington; el doctor James E. Lynsky; el doctor Richard Rushmore; el teniente coronel James J. Lañe; el teniente coronel Jay Seibert; el doctor Charles E. Klontz y el doctor Donald McIntyre. Las varices que sufría en las piernas no eran de naturaleza grave, a pesar de que mis pies aparecían casi siempre inflamados. La afección desapareció en cuanto me trasladé al extranjero, pude moverme más y recibí un intensivo tratamiento médico. Para disimular las verdaderas razones de mi salida de la embajada, en 1971 se pusieron en circulación rumores sobre la gravedad de mi salud, con la precisión de que a causa de mis dolencias, representaba una pesada carga para el personal de la embajada.

Al poco de recibir la respuesta del presidente Nixon me llegó la carta del Santo Padre del 10 de julio de 1971. Tomaba conocimiento de que yo estaba dispuesto a salir de la embajada y a través de su enviado personal, que a partir del 14 de julio pasó otros cuatro días en Budapest, me pedía que estuviera presente en Roma por lo menos para la apertura del sínodo episcopal, que se celebraría en el mes de septiembre. Monseñor Zágon efectuó los preparativos para mi viaje. Acordamos que lo haría con pasaporte diplomático vaticano y que él y monseñor Cheh, con el Nuncio en Viena, me acompañarían en el desplazamiento a Viena en dos automóviles. Llevaría lo más necesario e imprescindible; las cosas que dejara, entre ellas los manuscritos de mis memorias, se remitirían por correo diplomático a la embajada norteamericana de Viena. La partida quedó fijada para el 28 de septiembre de 1971.

A las 8'30 descendí la escalera, alfombrada por los empleados de la embajada, desde el primer piso donde había residido. Acompañado por el embajador Puhan, franqueé la puerta y salí a la Plaza de la Libertad. Le estreché la mano y luego bendije, con los brazos abiertos, la capital y todo el país. Subí acompañado de Monseñor Zágon al automóvil del Nuncio en Viena, Monseñor Rossi; en el otro coche tomaron asiento un médico y Monseñor Cheli. Salimos de Budapest en el mayor de los silencios, seguidos por coches de la policía secreta. Llegamos a la frontera por Györ. En Hegyshalom contemplé, emocionado —aunque sólo por la ventanilla —el «telón de acero». En el siglo de la libertad y la democracia, es muy triste la vista de una frontera internacional como aquélla.

El Nuncio indicó al chófer que se dirigiera al aeropuerto de Viena. A las 13.00 horas subimos a un aparato de línea regular que nos llevó a Roma. Se reunió con nosotros Monseñor Casaroli. En Roma fui recibido por el Secretario de Estado, cardenal Villot, y llevado desde el aeropuerto al Vaticano. Allá me esperaba en el acceso de Torre di S. Giovanni, donde se me acomodó principescamente, el Papa Paulo VI. Me abrazó, se quitó la cruz pectoral y la colgó de mi cuello, ofreciéndome su brazo al acompañarme al edificio. Subió conmigo en el ascensor y me guió por la planta puesta a mi disposición. Con anterioridad, había vivido allá el patriarca Atenagoras. También me dio el Papa más tarde, casi a diario, muestras de su paternal benevolencia. Me emocionó profundamente que se me permitiera concelebrar a su diestra la Santa Misa en la ceremonia de apertura del sínodo de obispos. En su homilía, el Papa dedicó una alusión al catolicismo húngaro y a mi persona. Dijo así:

«Se encuentra entre nosotros nuestro reverendísimo hermano, cardenal József Mindszenty, arzobispo de Esztergom, que ha vuelto a Roma estos días tras muchos años de forzada ausencia. Era un huésped ansiosamente esperado, símbolo de la unidad en que la Iglesia húngara vive desde hace un milenio con la Sede Apostólica, el que ha concelebrado con Nos. Es también un símbolo de Nuestra unión espiritual con aquellos hermanos que ven impedida la relación normal con sus hermanos de fe y con Nos. Es un emblema de la inquebrantable fortaleza de la fe y la adhesión a la Iglesia. Lo demostró primeramente con su infatigable actividad y su celoso amor; luego, con la oración y el dilatado sufrimiento. ¡Loemos al Señor y pronunciamos conjuntamente un respetuoso y apasionado «Ave» con este venerabilísimo obispo desterrado!»

Después de la Misa, el Papa me cogió de la mano y me acompañó entre el aplauso de los arzobispos y obispos hasta la puerta de la Capilla Sixtina.

Durante mi corta estancia en Roma recibí numerosas visitas. Mis visitantes fueron cardenales, obispos, altos cargos de la Curia, sacerdotes y seglares. El Santo Padre me invitó a su mesa y me enviaba frecuentemente a sus secretarios con mensajes y regalos. Me interesé cerca de la Sagrada Congregación de Ritos por los procesos de beatificación húngaros en curso. Visité asimismo mi iglesia titular de Santo Stefano Ro-tondo, el Hogar del Peregrino húngaro y las cuatro grandes basílicas. En la basílica de San Pablo, un eclesiástico se acercó a mí, cogió mi mano, la besó, me agradeció mis sufrimientos por la Iglesia y dijo finalmente: «Soy el cardenal Siri».

Profunda emoción me causaron las entrevistas con los cardenales Tisserant, Ottaviani, Wischinsky, Cicognani, Seper, Wright, Dópfner, Höffner y Cooker, entre otros. Lleno de agradecidos recuerdos, celebré en la tumba del Papa Pío XII, en San Pedro.

Llegaban por correo hasta mí gran número de cartas y telegramas procedentes del mundo entero. Me sorprendió la estima y el aprecio que expresaban hacia la Iglesia católica muchas cartas procedentes de no católicos. Las misivas de mis compatriotas revelaban un ánimo especialmente cordial. Aquello sirvió para tranquilizarme al comprobar que el espíritu histórico húngaro, la fe y fidelidad hacia la Iglesia, subsistían vivos en la patria. En mi destierro, esto representó un gran consuelo que me dio luz y esperanza a un tiempo.

La prensa mundial prestó entonces una mayor atención a la situación del catolicismo en Hungría y mi circunstancia personal. La mayor parte de los periódicos demostraron su objetividad y buena voluntad. No faltaron, como es natural, voces disonantes. El 28 de septiembre, el propio «Osservatore Romano» comentaba mi salida de Hungría como si mi alejamiento hubiera significado la eliminación del obstáculo opuesto a las buenas relaciones entre Iglesia y Estado. Aquella representó para mí la primera experiencia amarga. Tuve luego que vivir otras, al comprobar que algunos círculos vaticanos no tenían en cuenta las condiciones establecidas en Budapest y que constaban en acta. Mi segunda decepción fue enterarme por los periódicos que la Santa Sede había levantado su castigo a los excomulgados sacerdotes pro paz a las dos semanas de mi marcha. Comprobé asimismo su indiferencia respecto a mis propios asuntos. En el mes de junio había hecho ya constar que deseaba residir en el Pazmaneo y suponía que la diplomacia vaticana así se lo comunicaría en su momento al gobierno austriaco. Pero esto no se efectuó quizás nunca. El propio canciller federal se enteró de mis deseos por la prensa. Hice constar mi queja sobre todo ello en un memorándum dirigido al cardenal Secretario de Estado.

A las tres semanas manifesté mi intención de establecer mi residencia habitual en el Pazmaneo de Viena. Muchos se oponían al plan y preferían que permaneciera en Roma por razones de Seguridad. Pero yo insistí en mi primitivo proyecto. A mis ruegos, Monseñor Zágon inició los preparativos para mi traslado. Poco después recibí la visita del embajador austriaco en la Santa Sede que quiso retardar mi marcha. A pesar de todos los intentos, se confirmó el 23 de octubre como fecha de mi desplazamiento a la capital austriaca. Aquel día celebré con el Santo Padre. Tomaron parte en la Misa sacerdotes y religiosos húngaros de Roma, que entonaron cantos sacros húngaros. Cuando nos dirigimos, tras la Santa Misa, a la sacristía, el Papa hizo que se retiraran todos los presentes, se volvió a mí y me dijo, en latín:

—Eres y permaneces arzobispo de Esztergom y primado de Hungría. Sigue con tu trabajo y si encuentras dificultades, dirígete con confianza a Nos.

Luego llamó a Monseñor Zágon, a quien le dijo, en italiano y en mi presencia, entre otras cosas:

—Regalo a Su Eminencia mi manto cardenalicio para que le abrigue en los países fríos y recuerde el afecto y la estima en que le tengo.

Se encargó a Monseñor Zágon que me diera en nombre del Santo Padre garantías de que mi destino no quedaría supeditado a otros objetivos. «El cardenal seguirá siendo siempre arzobispo de Esztergom y primado de Hungría.»

A última hora de la tarde salí de Roma, acompañado por Monseñor Zágon, con dirección a Viena. En el aeropuerto estaba presente el arzobispo Casaroli para despedirme en nombre del Vaticano. Antes de medianoche llegué al Pazmaneo de Viena y me alojé en la vivienda del rector.

Al comenzar mi destierro traté de hallar un débil consuelo en el pensamiento de que si Dios me daba vida y salud, podía servir desde el extranjero tres preciados objetivos para el bien de Hungría: poner bajo mi protección, en calidad de primado húngaro, a los centenares de miles de católicos húngaros que se hallaban fuera de su patria; llamar la atención de la opinión mundial sobre el peligro del bolchevismo con la publicación de mis memorias y que a través de mí se tomara en serio el trágico destino de mi pueblo.

En Roma recibí muestras de la vida religiosa y espiritual de los húngaros refugiados en el extranjero. Una vez en Viena, recopilé de una manera sistemática los informes sobre las circunstancias religiosas y culturales de mis compatriotas en el exilio. Obtuve una decisiva orientación con las cartas que me dirigían y las conversaciones que tenía con mis visitantes. Había, sin duda, hechos satisfactorios y consoladores, pero eran asimismo muy dolorosas las insuficiencias y los obstáculos con que se tropezaba. En primer lugar faltaban pastores de almas, ya que la mayor parte de nuestros sacerdotes se hallaban al servicio de instituciones y diócesis extranjeras. Templos construidos con el dinero ahorrado por nuestros fieles, estaban desatendidos, como ocurría por ejemplo en Norteamérica, y los grandes grupos húngaros carecían de parroquia y párroco, así como de escuelas y también conventos o asilos. Todavía ahora, tras el Concilio Vaticano II, resulta muy difíciloso el cuidado de las almas en el idioma materno.

Las carencias en el campo del apostolado húngaro tienen, también sin duda, su origen en el hecho de que Roma, acaso con razón, ha quitado al Episcopado húngaro sometido por entero al régimen comunista, la posibilidad de enviar sacerdotes a los húngaros emigrados.

A la vista de esta situación anormal, rogué a la Santa Sede, a finales de 1971, que me facilitara excepcionalmente, en lugar de la jerarquía húngara y como cabeza legal de esta misma jerarquía y primado de Hungría, la constitución de una organización que supliera al Episcopado húngaro en la acción de apostolado de los emigrados y asumiera la representación de los católicos húngaros en todos los países. También traté de dotar de obispos auxiliares al millón y medio de católicos húngaros que vivían en el extranjero.

Mis peticiones no obtuvieron respuesta. Estaba bien claro que el Vaticano temía que mi actividad apostólica pudiera irritar al régimen de Budapest, puesto que se temía, no sin razón, que mi labor cerca de los emigrantes pudiera ejercer una influencia que se hiciera patente en su actividad social, política y cultural. Ésta es quizás la razón principal de que el

régimen no varíe su táctica, ni siquiera ahora, cuando me encuentro en el exilio. Desea hacer creer —incluso por el Vaticano— que yo «politizo» bajo el pretexto de hacer una labor de apostolado. Por ello fue también objeto de ataques mi carta pastoral de Adviento, en 1971, tanto por haber citado mi reclusión, como el «telón de acero» que rodeaba nuestra patria. Se consiguió influir sobre algunas personalidades de la administración y soliviantar a católicos progresistas. La campaña de prensa desencadenada artificialmente finalizó cuando el canciller federal austriaco, en su respuesta a la interpellación de que fue objeto en el Parlamento, aclaró que en mi carta pastoral yo no había aludido a la frontera austrohúngara, sino que el texto se refería al «telón de acero» en general.

La controvertida frase decía así: «Con la fe y la esperanza puestas en Dios franqueamos los umbrales de las cárceles y la frontera provisional y mortífera». Apenas iniciados los ataques, mi secretario precisó que la frontera provisional y mortífera, en la que perdían la vida tantos hombres, no era en concreto la frontera austrohúngara, sino el «telón de acero» en general. Para todo húngaro que siguiera fiel a su patria, éste era «provisional». Mientras se desarrollaba esta campaña de prensa, que evidentemente carecía de auténtico fundamento, ni un solo organismo eclesiástico se puso a mi lado. Todo lo contrario: desde Roma se me comunicó que, en el futuro, todas mis declaraciones, con inclusión de mis propios sermones, tendrían que obtener la previa aprobación de la Santa Sede. Tras algunas negociaciones y el intercambio de algunas cartas, me manifesté dispuesto a comunicar mis declaraciones al Santo Padre, pero tan sólo a él y siempre que así me lo manifestara de una manera expresa.

A falta de un obispo auxiliar, decidí efectuar yo mismo los viajes pastorales. Visité en primer lugar a los católicos húngaros de Europa y luego fui al Canadá, Estados Unidos y África del Sur. Aproveché también estos viajes para establecer contacto con los obispos de los lugares donde acudía y afrontar con ellos el problema de los fieles húngaros y su asistencia espiritual. Mi primer viaje me llevó el 20 de mayo de 1972 a la República Federal Alemana. Fui en Munich huésped del cardenal Döpfner, a quien expresé en nombre del pueblo húngaro mi agradecimiento por las grandiosas acciones de ayuda que los católicos alemanes habían prestado en los años de postguerra a los húngaros necesitados, tanto en el extranjero como en el interior de la patria. El 21 de mayo tomé parte en Bemberg en las solemnidades organizadas por los católicos húngaros en honor de San Esteban. 3.500 peregrinos tomaron parte en aquella primera concentración húngara en el extranjero. En las palabras que les dirigi, les rogué que conservaran en el extranjero las tradiciones morales y culturales de la Hungría católica. Censuré la ley del aborto dictada en Hungría y señalé sus tristes y trágicas consecuencias. La participación de los «boy scouts» en aquellos actos representó una consoladora satisfacción para mí y tomé parte con alegría en la sesión conmemorativa de San Esteban celebrada por la tarde. Al día siguiente y a petición de la Asociación Campesina celebré la Santa Misa en la catedral de Frankfurt y pronuncié un sermón. Por la tarde me entrevisté con el obispo de Würzburg y al día siguiente, el 22 de mayo, visité un asilo de ancianos de Munich regentado por una orden de religiosas húngaras.

Durante mi segundo viaje a la República Federal visité el instituto húngaro de Kastl. Lo hice con fecha del 14 de junio de 1972, cuando se celebraban las fiestas conmemorativas del decimoquinto aniversario de su fundación. Con el obispo de Eichstátt y numerosos representantes oficiales nos felicitamos por el preciado apoyo que nuestros jóvenes recibían año tras año.

El 26 de agosto de 1972 efectué un vuelo a Bruselas, donde permanecí por espacio de tres días. Recibí un alojamiento cordial y amistoso, inolvidable para mí, cerca del Nuncio Apostólico, monseñor Iginio Cardinale. El primer día de mi estancia tuve una reunión con los representantes de las instituciones sociales y caritativas de los tres Estados del Benelux. El segundo día concelebré con numerosos obispos, sacerdotes húngaros, holandeses y belgas, así como con otros sacerdotes llegados de Escandinavia e Inglaterra. Estas concelebraciones tuvieron efecto en la gigantesca basílica del Corazón de Jesús. Según una evaluación general, asistieron a la Santa Misa unos siete mil fieles entre los que se encontraban los húngaros que llenaban la gran nave central de la basílica. Por la tarde, los servicios de la organización apenas pudieron acomodar a los participantes en la gran sesión conmemorativa que se celebró en un local capaz para tres mil personas. Al tercer día me desplacé a Lieja, Tongerlo, Banneux y Aquisgrán. El cuarto día participé en la conferencia de la alta jerarquía húngara en Europa.

El 17 de septiembre de 1972 celebramos el milenario de San Esteban en Mariazell, conjuntamente con el obispo Stefan Laszlo, cincuenta sacerdotes húngaros y aproximadamente mil quinientos peregrinos húngaros. En el curso de esta peregrinación celebré la Santa Misa y pronuncié también varias homilías.

En todos mis sermones y alocuciones, en las emisiones de radio y televisión, citaba la grave situación de la Iglesia húngara y el destino que sufría nuestro pueblo, a tantas pruebas sometido. No me sorprendió por ello que el régimen comunista húngaro contemplara con mirada crítica aquellas celebraciones, que formulara al Vaticano protestas contra mis declaraciones y exigiera que se tomaran medidas contra mí. Más tarde, llegaron a acudir obispos húngaros a la Santa Sede para obstaculizar, siguiendo así consignas del organismo estatal para los Asuntos Eclesiásticos, mi «perjudicial» actividad. Consideraban como consecuencia perjudicial la venganza del régimen sobre toda la Iglesia católica. Era evidente que deseaban crearme mayores dificultades que las que habitualmente tenía que superar.

El Vaticano aceptó las protestas y el 10 de octubre de 1972 se me comunicó —cuando se cumplían trece meses de mi exilio—que la Santa Sede había dado en el verano del año 1971 la garantía que yo no emprendería o expresaría en el extranjero nada que pudiera desagradar al régimen comunista húngaro. Hizo esta comunicación el Nuncio pontificio en Viena y yo objeté que en las negociaciones mantenidas desde el 25 al 28 de junio de 1971 con el enviado personal del Santo Padre, no se había aludido siquiera esta grave circunstancia. De haber conocido aquella garantía, sin duda habría rogado al Santo Padre —por razón de las consecuencias que de la misma podían derivar— que rescindiera todas las medidas que se habían ya tomado para mi viaje. Mi deseo de permanecer entre mi

pueblo y morir allí era suficientemente conocido. Rogué al Nuncio que hiciera llegar a las esferas vaticanas competentes que había mantenido un silencio sepulcral mientras estaba en mi patria y que me sobrecogía pensar que tenía que guardar igual silencio en el mundo libre.

Recibí esta amonestación antes de mi viaje a Fátima, que comenzó al día siguiente. Pese a todo, el Santo Padre no expresó el deseo de que le sometiera previamente el sermón que tenía preparado para pronunciar en Fátima. Pero la Nunciatura de Lisboa lo censuró a mis espaldas en la imprenta. Fue tachado un párrafo entero, entre el que se contaban las siguientes frases: «El Este declara que los apóstatas se han convertido en mansos corderos. ¡No lo creáis! Se conoce al árbol por sus frutos. Es posible que acudan allá más personas a los templos que en algunos países occidentales, pero no es merecimiento alguno de aquellos regímenes, sino de aquellos cristianos doblegados por el peso de la cruz».

El 11 de octubre de 1972 llegué a Portugal. En el aeropuerto me recibió el Patriarca, numerosos obispos y numerosas personalidades eclesiásticas y seglares. Por la noche del 12 de octubre tomé parte en la procesión de antorchas y al día siguiente, temprano, en la procesión del Rosario. Concelebré la Santa Misa con el Patriarca Ribeira, con los miembros del Episcopado portugués y con numerosos sacerdotes europeos y americanos, así como también africanos. Visité el 14 de octubre en Coimbra a la Hermana Lucía, una de las videntes de Fátima. El día 15 por la mañana rezamos el Viacrucis en el Calvario húngaro y celebré la Santa Misa en la capilla de San Esteban. En Funchal, en la tumba del emperador Carlos IV, cuyo cadáver había sido exhumado precisamente aquel año para proceder a la apertura del proceso de beatificación, celebré la Santa Misa a la intención de Hungría. El tema de mi homilía fue el triste destino del último rey de Hungría y la partición de nuestro país, que eran exponente del casi insopportable sufrimiento del pueblo húngaro. Al día siguiente pronuncié una oración en la tumba del Regente del Reino, Horthy Miklos, y su esposa, en Lisboa.

En el año 1973 efectué nuevos viajes pastorales: del 15 al 19 de marzo estuve en Innsbruck; del 28 de abril al 1.<sup>º</sup> de mayo, en Colonia; el 30 de junio me reuní en Augsburgo con varios millares de fieles húngaros. Los obispos me recibían por doquier con gran cordialidad y acogían con la mejor voluntad mis propuestas para la atención espiritual de los húngaros. La bondad de los cardenales Frings y Hoeffner quedarán grabadas para siempre en mi recuerdo. Igual puedo decir de Monseñor Paul Rusch, obispo del Tirol. En la celebración del milenario de San Ulrico estuvieron presentes unos mil trescientos peregrinos. Asistieron el 30 de junio a la Santa Misa que celebré en Augsburgo. En mi sermón, que aludió especialmente a la actualidad local y las circunstancias históricas, resalté los numerosos sacrificios que durante un milenio había hecho Hungría en favor de la Cristiandad. Tras la Santa Misa visité al obispo diocesano y legado pontificio, cardenal Suenens. Luego asistí a las celebraciones del milenario de San Esteban y al término de las mismas recibí a una delegación de las asociaciones húngaras en Europa.

En el curso del año 1973 emprendí otros tres grandes viajes pastorales. El primero me llevó a Inglaterra, del 13 al 17 de julio; el segundo, al Canadá y Estados Unidos, del 18

de septiembre al 4 de octubre y el tercero, del 22 de noviembre al 5 de septiembre a la Unión Sudafricana. Durante dos años recorrió un total de 58.000 kilómetros en automóvil, tren y avión. Eché del mejor grado sobre mí las penalidades que estos viajes representaban para poder llevar saludos y ánimos a los húngaros dispersos por el mundo.

No quiero dedicar a todo ello demasiado espacio de este último capítulo, pues lo preciso para dar constancia de otros importantes acontecimientos. Informaré así brevemente sobre mi viaje a Inglaterra. En el mes de julio visité a los húngaros allí radicados. En Londres me recibió el cardenal Heenan con fraternal afecto. En dos ocasiones nos prestó su catedral: el primer día se llenó de fieles húngaros y el segundo, de ingleses. Las palabras pronunciadas por mi anfitrión no encontraron la aprobación de los comunistas. Dijo entre otras cosas: «Mientras el cardenal Mindszenty viva en el destierro, el mundo no podrá olvidar que el comunismo es un irreconciliable enemigo de la religión. Nosotros, que vivimos en libertad, no debemos transigir con el hecho de que hombres y mujeres tengan que sufrir persecución por causa de su fe. Si el comunismo aspira verdaderamente a la consecución de una paz mundial, tendría que cesar esta persecución. Y debería llamar al cardenal primado para que volviera al país, entre sus fieles, de los que es padre y héroe al mismo tiempo».

Visité a los húngaros residentes en Manchester y Bedford. En Manchester celebré la Santa Misa con el obispo de Salford, con dos obispos auxiliares y los miembros del cabildo capitular y ciento veinte sacerdotes en presencia de dos mil personas que llenaban la catedral. En Bedford tomamos parte en la adoración del Santísimo e impartí la bendición sacramental.

El último día de mi estancia en Inglaterra fui invitado por personalidades británicas a una comida en el edificio del Parlamento. Ciento treinta diputados hicieron pública la siguiente declaración: «Gran Bretaña expresa su cordial saludo al cardenal Mindszenty, el más destacado luchador por la libertad de Europa, que supo oponerse sin temor a la opresión nazi y comunista sufriendo por ello persecución y encarcelamiento». No cabe duda alguna de que el régimen comunista húngaro se sintió irritado por las palabras de los cardenales ingleses y en "mayor grado, por la declaración de los parlamentarios. Quedó demostrado por el hecho de que tras mi viaje a Inglaterra, apremió Budapest al Vaticano para que me depusiera y me impusiera un castigo disciplinario. También se planteó a este propósito el asunto de mis memorias.

En el verano de 1973, mis memorias estaban dispuestas para su impresión en los idiomas húngaro y alemán. En el mes de julio remití el manuscrito al Santo Padre. Tras haberlo leído me escribió con fecha del 30 haciéndome saber esta lectura, que había hecho con gran interés y emoción. Me agradecía el envío, que le había permitido conocer mi «valiosa» y dolorosa biografía. Consideraba que el texto resultaba en verdad valioso, apasionante y emotivo. Al entrar en conocimiento con mi destino, el lector, tocado a un tiempo por el asombro y la compasión, llegaba al convencimiento de que Dios no podía haber permitido en vano tanta tribulación y dolor.

El Papa no hizo censura al texto ni opuso objeción alguna. Me dio a entender, empero, que el régimen comunista húngaro podía vengarse de dos maneras de su publicación: renovando las calumnias contra mí y tomando venganza en la Iglesia húngara entera.

Respondí al Santo Padre, entre otras cosas, lo siguiente:

1. Estoy habituado a las interminables calumnias por parte de los adversarios de la Iglesia y me he conformado asimismo con la idea de que, conjuntamente con estos adversarios, me ataque de una manera sistemática los llamados católicos progresistas y de izquierdas. Pero mi derecho como hombre y mi deber como obispo es rechazar estas calumnias cuando puedo hacerlo con toda libertad. Dejando esto aparte, así como el hecho de que haya perdonado a mis enemigos, relato en mis memorias solamente hechos ocurridos y está ausente, como el Santo Padre habrá podido asimismo comprobar, el tono provocador o polémico que podría dar motivo a una venganza contra mi persona o contra la Iglesia.
2. La historia del bolchevismo, que se remonta ya a medio siglo, demuestra que la Iglesia no debe hacer ningún gesto conciliador a la espera de que cese por ello la persecución religiosa. Esta persecución es consecuencia de su misma esencia y la naturaleza interna de su ideología. Ni siquiera la Iglesia ortodoxa rusa ha conseguido impedir la persecución, ni en tiempos de su colaboración en el período de la coexistencia ni mucho menos en la época de su vasallaje. Las experiencias de las negociaciones entre Budapest y el Vaticano evidencian lo mismo, puesto que a pesar de que en 1964 los diplomáticos del Vaticano trataron los temas de los sacerdotes pro paz, la enseñanza religiosa y la ilimitada actividad de apostolado, fue precisamente aquel año cuando se revitalizó el movimiento de los sacerdotes pro paz y se suprimió la enseñanza religiosa en las ciudades y también en algunos pueblos. Los sacerdotes más piadosos y activos fueron separados entonces de sus fieles casi sin excepción. Las negociaciones, espectaculares y utilizadas por los comunistas con finalidades propagandísticas, tuvieron como consecuencia que, con gran daño para la disciplina eclesiástica y la vida religiosa, una parte de los obispos fuera elegida por el organismo para los Asuntos Eclesiásticos entre las filas de los sacerdotes pro paz.

Pasaba luego a informar al Santo Padre que en el otoño concedería los derechos de publicación de mis memorias a una gran editorial europea o norteamericana. Me refería a que católicos y no católicos insistían en todas las partes del mundo para que se publicaran mis memorias. A mi llegada al extranjero había procedido con ayuda de algunos bienhechores a constituir la llamada «Fundación Cardenal Mindszenty». De acuerdo con sus estatutos, dicha fundación aplicaba sus fondos a fines benéficos. Había cedido los derechos totales de la publicación de mis memorias a la antedicha fundación y el consejo rector de la misma había concertado un contrato con la «Propyláen Verlag»<sup>[5]</sup> del Berlín Occidental.

Por lo que ocurrió posteriormente puedo deducir con toda probabilidad que no le fue posible al Papa contrarrestar el ataque del régimen de Budapest, que invocaba las garantías dadas por el Vaticano. El 1.<sup>º</sup> de noviembre me vi obligado a renunciar a mi cargo episcopal. El Papa solicitó aquello de mí con «amarga aversión», puesto que sabía muy bien que con ello me pedía un nuevo sacrificio y «añadía un nuevo sufrimiento a los muchos que hasta entonces había experimentado». Pero tenía que atender a «las necesidades pastorales» de la archidiócesis de Esztergom, sin proveer durante veinticinco años; si ésta seguía «sin la guía personal de un prelado», «resultarían graves perjuicios para las almas y la Iglesia húngara». La carta terminaba con la observación de que tras mi dimisión podría disponer «libremente» en cuanto a la publicación de mis memorias.

Respondí a esta carta pontificia tras mi viaje sudafricano —que duró del 22 de noviembre al 5 de diciembre— el 8 de diciembre de 1973 y después de una serena meditación. Con todo respeto informé al Santo Padre que no podía dimitir de mi cargo arzobispal dada la situación de la Iglesia católica en Hungría. Le remití un largo informe sobre la actividad perjudicial de los sacerdotes pro paz, sobre el sistema estatal-religioso organizado de una manera forzosa y destaque los resultados negativos de las negociaciones llevadas a cabo por el Vaticano desde hacía diez años.

Expresaba mi temor de que con mi dimisión y la provisión del más alto cargo eclesiástico de Hungría con la aquiescencia del organismo estatal para los Asuntos Eclesiásticos, quedara «legitimada» la catastrófica situación de la Iglesia. Enumeraba asimismo todos los perjuicios y desventajas resultantes de mi dimisión en el extranjero, ya que a falta de un obispo auxiliar había tomado a mi cargo las atenciones espirituales de las comunidades húngaras emigradas. Y finalmente señalaba al Santo Padre la posibilidad de que en el caso de mi cese pudieran producirse ataques a su persona.

Después de todo ello, recibí con gran dolor, precisamente al cumplirse el veinticinco aniversario de mi encarcelamiento, una carta del Santo Padre fechada el 18 de diciembre de 1973, en la que Su Santidad ponía en mi conocimiento, con palabras de reconocimiento y gratitud, que se había declarado vacante la sede arzobispal de Esztergom. En una carta del 7 de enero de 1974 expresé mi profundo dolor, pero comuniqué al Papa que aquel dolor personal y el aterrarme al cargo no eran causa de que no rechazara la responsabilidad por las consecuencias de aquella decisión. No podía hacerlo porque aquellas medidas dificultaban todavía más la situación de la Iglesia húngara, perjudicaban la vida de los fieles y producían confusión en el alma de los católicos y los sacerdotes que tenían su fe puesta en la Iglesia. Le rogaba que rectificara su decisión. No ocurrió así y al cumplirse el veinticinco aniversario de mi proceso, el 5 de febrero «de 1974, fue hecha pública mi separación de la sede arzobispal de Esztergom. Al día siguiente me vi obligado, con gran dolor por mi parte, a hacer pública, a mi vez, a través de mi secretariado de prensa, la siguiente aclaración:

«Algunas agencias de prensa han sacado de la decisión vaticana la conclusión de que el cardenal Mindszenty se ha retirado voluntariamente. Las agencias de noticias ponen de relieve que antes de la decisión pontificia se ha producido un intensivo intercambio

epistolar entre el Vaticano y el cardenal primado y arzobispo, que habita en Viena. Muchos extraen de ello la consecuencia de que ha habido una previa concordancia entre el Vaticano y los obispos húngaros sobre dicha medida. En interés de la verdad, el cardenal Mindszenty otorga plenos poderes a su secretariado para hacer pública la siguiente aclaración:

»El cardenal Mindszenty no ha abdicado de su cargo arzobispal ni de su dignidad de primado de Hungría. Tal decisión ha correspondido unilateralmente a la Santa Sede.

»El cardenal fundamenta, tras una larga y detallada meditación, su actitud en este problema, que a continuación se expone:

»1. Ni Hungría ni la Iglesia católica de Hungría son libres.

»2. La jefatura de las diócesis se halla en manos de una administración eclesiástica erigida y controlada por el régimen comunista.

»3. Ni un solo arzobispo, obispo o administrador apostólico está en situación de alterar o cambiar nada en el funcionamiento de la administración eclesiástica antes reseñada.

»4. Por tal razón, el régimen decide cuándo tiene que proveer los puestos eclesiásticos y cuándo deben ocuparlos los que son designados para su provisión. El régimen decide asimismo quiénes tienen que ser consagrados sacerdotes por los obispos.

»5. La libertad de conciencia y religiosa garantizada en la Constitución, es conculcada en la práctica. Se ha eliminado en las escuelas de las ciudades y grandes poblaciones la enseñanza facultativa de la religión. Ahora continúa la lucha contra la enseñanza en las escuelas de las poblaciones menores. La juventud es educada en un espíritu ateo contra la voluntad de los propios padres. Los fieles son discriminados en muchos campos de la vida cotidiana. Los maestros y maestras creyentes fueron puestos hace poco en la disyuntiva de la elección entre su profesión o su fe.

»Sin la resolución de estos problemas, el nombramiento de obispos o administradores apostólicos no puede solucionar por sí solo la situación de la Iglesia húngara. La designación de los «sacerdotes pro pax» para importantes cargos eclesiásticos ha debilitado la confianza de los sacerdotes y creyentes fieles a las jerarquías superiores de la Iglesia.

»En tan graves condiciones, no podía presentar el cardenal Mindszenty su dimisión.

Así emprendí el camino del aislamiento, en un destierro total.

## APÉNDICE CRONOLÓGICO

1944

*3 de marzo:* József Mindszenty es obispo de Veszprém.

*19 de marzo:* Alemania ocupa Hungría militarmente. Objetivo de esta ocupación es impedir que Hungría concierte una paz por separado con los aliados.

*25 de marzo:* El príncipe primado, Justinian Serédi efectúa la consagración episcopal de József Mindszenty.

*Junio:* El gobierno de Sztójay recluye a los judíos en «ghettos», lo que provoca una enérgica protesta por parte de los obispos húngaros, expresada en una carta circular.

*Julio:* El Regente Horthy forma un gobierno militar.

*Agosto-octubre:* Tras perder una parte de Hungría, el Regente Miklós Horthy gestiona el armisticio cerca del mando supremo soviético y hace el 15 de octubre un llamamiento radiofónico a sus tropas del sector oriental para que cesen las hostilidades. El primer ejército al mando del general Bela Dálkoni Miklós se une a las tropas soviéticas. Los alemanes apresan a Horthy y le obligan a entregar el poder a Ferenc Szálasi, jefe de los «Cruces de Flechas».

*31 de octubre:* Memorándum de protesta de los obispos de la Hungría occidental, al presidente del Consejo de ministros y jefe de los «Cruces de flechas».

*27 de noviembre:* Es detenido el obispo Mindszenty.

*21 de diciembre:* Se convoca en Debrecen una Asamblea Nacional provisional que nombra un gobierno provisional. Los ministerios están ocupados por representantes de un denominado Frente Independiente que agrupa a los siguientes partidos: el Partido de los Pequeños Propietarios; el Partido Campesino; los comunistas; los socialdemócratas y los liberaldemócratas. Se impide la formación de un nuevo partido socialcristiano.

*24 de diciembre:* Las tropas soviéticas inician el cerco de Budapest. El obispo Mindszenty es trasladado al penal de Kohida.

1945

*18 de enero:* Las tropas soviéticas ocupan la orilla izquierda del Danubio y toman la parte oriental de la ciudad de Pest.

*20 de enero:* Una comisión gubernamental húngara suscribe en Moscú el armisticio, que rubrica el general Vorochilov en nombre de los aliados.

*30 de enero:* Entra en Hungría Matyas Rakosi, primer secretario del Partido comunista.

*13 de febrero:* Las tropas soviéticas ocupan Buda, la parte occidental de la capital.

*15 de marzo:* El Gobierno Provisional promulga la ley sobre la Reforma Agraria. Esta ley afecta 3.200.000 hectáreas de un total de 9.390.000 hectáreas de terreno cultivable. De esta manera se hace regla en Hungría la pequeña propiedad de 5 a 25 yugadas [6].

*29 de marzo:* Fallecimiento del príncipe primado, Jusztinian Serédi en Esztergom. El Nuncio Apostólico, Angelo Rotta, se ve obligado a abandonar el país.

*4 de abril:* Las últimas tropas alemanas evacúan Hungría, que queda a partir de aquel momento bajo ocupación soviética.

*Abril:* El gobierno se traslada a Budapest, donde la vida comienza a recobrar su normalidad. Las dificultades económicas provocan la inflación.

*24 de mayo:* Primera carta pastoral de postguerra del episcopado húngaro.

*17 de julio:* Comienza la conferencia de Potsdam.

*Septiembre:* En vez de los diversos tipos de escuela elemental, se crea una escuela unificada de ocho clases, en la que reciben instrucción los niños hasta los catorce años.

*16 de septiembre:* El Papa Pío XII nombra a Jozsef Mindszenty arzobispo de Esztergom y príncipe primado de Hungría.

*7 de octubre:* Se celebra la entronización del nuevo príncipe primado.

*17 de octubre:* En una carta pastoral, el colegio episcopal se interesa en favor de los prisioneros de guerra e internados y protesta contra las medidas colectivas de represalia tomadas en Hungría contra los alemanes.

*1 de noviembre:* En coincidencia con las elecciones se efectúa en el país la lectura de la carta pastoral de los obispos.

*4 de noviembre:* En las elecciones generales, el Partido de los Pequeños Propietarios obtiene el 57,7 % de los votos; el Partido Socialdemócrata, el 17,4 %; el Partido Comunista, el 17 %, y el Partido Campesino, el 8 %. Los partidos constituyen un gobierno de coalición que no tiene que enfrentarse prácticamente con oposición alguna (3 %). Es presidente del

Consejo, Zoltan Tildy, representante del Partido de los Pequeños Propietarios. De los 16 ministros, 7 pertenecen al Partido de los Pequeños Propietarios; 4 al Socialdemócrata; 4 son Comunistas, y uno, representante del Partido Campesino. Matyas Rakosi y Arpad Szakatsis son designados vicepresidentes. Ernó Geró es ministro de Comercio e Imre Nagy ministro del Interior.

*30 de noviembre:* El príncipe primado se desplaza a Roma.

1946

*1 de enero:* Las minas de carbón, el 48 % de las fábricas de energía y las explotaciones químicas dependientes de las mismas son puestas bajo control estatal.

*1 de febrero:* El Parlamento proclama la República y elige presidente a Zoltan Tildy.

*21 de febrero:* El príncipe primado Mindszenty recibe la galera cardenalicia de manos del Papa Pío XII en la Basílica de San Pedro.

*12 de febrero:* Se promulga la ley de «defensa del orden democrático y la República» (llamada «ley verdugo».)

Comunistas, socialdemócratas y Partido Campesino forman en el seno de la coalición un llamado «Bloque de Izquierdas» y organizan una manifestación contra los diputados del ala derecha del Partido de los Pequeños Propietarios. Bajo la presión de esta manifestación, dicho partido excluye de sus filas a 23 diputados. Estos diputados excluidos fundan bajo la presidencia de Dezso Sulyok un nuevo partido de la oposición, el Partido Húngaro de la Libertad.

*23 de marzo:* El Partido Comunista cesa a Imre Nagy, por «falta de energía», de su cargo de ministro del Interior, y nombra sucesor a Laszlo Rajk. Rajk comienza una campaña contra las escuelas católicas.

*1 de agosto:* Mediante la introducción de una nueva unidad monetaria, el florín, se produce un drástico descenso de las rentas salariales. Se acentúan las medidas confiscadoras de las existencias auríferas y se consigue detener la gigantesca inflación que desde 1945 era el gran problema económico del país.

*Otoño:* Los servicios de seguridad del Estado descubren una «conjura» supuestamente dirigida al derrocamiento de la República. Algunos de los participantes en esta conjura proceden, según se declara, de las filas del Partido de los Pequeños Propietarios. El descubrimiento tiene como fin la debilitación del Partido de los Pequeños Propietarios, que se ve obligado a la expulsión de numerosos miembros.

*16 de noviembre:* Comienza la deportación de los húngaros procedentes de Eslovaquia a la región de los sudetas.

1947

*10 de febrero:* La delegación húngara, presidida por Ernó Gero, suscribe en París el Tratado de Paz.

*Febrero:* Para poder obligar a nuevas nacionalizaciones, el Partido comunista desencadena nuevos ataques contra el de los Pequeños Propietarios. Complica a Béla Kovács, secretario general del Partido de los Pequeños Propietarios en la conjura descubierta. Pero el Parlamento rechaza el suplicitorio para levantar la inmunidad de Kovács.

*12 de febrero:* La comisión soviética de control detiene a Béla Kovács bajo la acusación de intrigas y manejos antisoviéticos.

*Marzo:* Proceso contra los «conjurados». Los jefes son condenados a penas de muerte y los otros a graves penas de prisión.

*28 de mayo:* Nacionalización de las tres mayores entidades bancadas del país.

*30 de mayo:* Ateniéndose a confesiones hechas por Béla Kovács, la comisión soviética de control declara que la conjura había sido urdida personalmente por el propio presidente del Consejo, Ferenc Nagy. Nagy se hallaba en aquellos momentos en Suiza y regresó al país. El nuevo primer ministro fue Lajos Dinnyés.

*13 de junio a 11 de julio:* Viaje del cardenal Mindszenty a Ottawa para tomar parte en el Congreso Mundial Mariano.

*22 de julio:* Poco antes de las elecciones el ministro de Interior disuelve el Partido Húngaro de la Libertad.

*29 de julio:* Algunos diputados del Partido de la Libertad y del Partido de los Pequeños Propietarios fundan bajo la presidencia de Zoltan Pfeifer, un nuevo partido de la oposición, el Partido Independiente Húngaro.

*15 de agosto:* Apertura del «Año Mariano» en Esztergom.

*31 de agosto:* Elecciones generales, en las que el 60,2 % de los votos son obtenidos por la coalición gubernamental, de los que el 21,5 % corresponden al Partido Comunista; el 14,8 % al Partido Socialdemócrata; el 15,2% al Partido de los Pequeños Propietarios y el 8,7 % al Partido Campesino. En lo que se refiere a los partidos de la oposición, el Partido

Popular Democrático, de orientación cristiana, de István Barankovic, obtiene el 16,1 % y el partido de Pfeifer, el 14,4 % de los votos.

*15 de septiembre:* La Comisión de Control soviética cesa su actividad. Bajo el pretexto de asegurar las comunicaciones con las tropas soviéticas de ocupación en Austria, las fuerzas soviéticas siguen acantonadas en Hungría.

*24 de octubre:* El cardenal Mindszenty protesta en un escrito dirigido al presidente del Consejo, Dinnyés, contra las limitaciones en la libertad de conciencia.

*8 de diciembre:* Tito visita Hungría. Los dos países firman un tratado de amistad.

1948

*18 de febrero:* Firma del tratado de amistad húngaro-soviético en Moscú. Con tal ocasión, Stalin pronuncia un brindis sobre la igualdad de derechos de los pequeños países.

*2 de marzo:* Bajo la presión del Partido Comunista, que pretende la unificación de los dos partidos obreros, el Partido Socialdemócrata excluye algunos de sus más destacados miembros (Szélig, Bán) opuestos a semejante fusión.

*25 de marzo:* Nacionalización de las empresas con más de cien trabajadores.

*12 al 14 de junio:* El Partido Socialdemócrata y el Comunista deciden, en el transcurso de congresos celebrado por separado, llegar a la fusión. Un congreso conjunto refrenda el nuevo programa y los nuevos estatutos, según los cuales el Partido Socialdemócrata es absorbido de hecho por el Partido Comunista.

*28 de junio:* Declaración de la Kominform contra Tito.

*30 de julio:* Retirada de Zoltan Tildy, que permanecería en su residencia hasta 1956, en régimen de detención domiciliaria. El 3 de agosto es sustituido por Arpad Szakasits.

*5 de agosto:* Rakosi declara en su discurso de Kecskemet el apoyo del Estado a la formación de comunidades de producción. De hecho, significa esto la colectivización.

*Septiembre:* Intensa reorganización de los regímenes de las escuelas superiores y universidades. En una resolución del Partido Comunista no sólo se hace la crítica de la organización de las escuelas primarias, sino también el «nacionalismo» de la juventud campesina y la ideología pequeñoburguesa que esta juventud representa.

*Septiembre de 1948-marzo de 1949:* Medidas depuradoras de gran alcance, unidas a un control de todos los miembros del Partido Comunista que lleva a la expulsión de unos cien mil de ellos, «antiguos social demócratas o elementos dudosos».

*26 de diciembre:* Detención del cardenal József Mindszenty en Esztergom, acusado de alta traición. Traslado a los calabozos de la prisión preventiva de la calle Andrássy número 60, en Budapest.

1949

*3-5 de febrero:* Proceso del cardenal Mindszenty.

*8 de febrero:* El príncipe primado de Hungría es condenado a cadena perpetua.

*15 de marzo:* Congreso del Frente Independiente. Cambia su denominación por la de Frente del Pueblo. Laszlo Rajk es nombrado su secretario general. Se tienden alambradas a lo largo de la frontera occidental (telón de acero).

*Abril:* Detención del periodista norteamericano Noel Field. Como luego se determinaría, la finalidad de su detención fue objeto de declaraciones comprometedoras para Laszlo Rajk.

*9 de abril:* Mátyás Rakosi publica en «Szabad Nap» un artículo sobre el verdadero carácter de la democracia popular. Declara así, tanto teórica como prácticamente, la dictadura del proletariado.

*15 de mayo:* Elecciones generales bajo el signo del Frente del Pueblo. La lista única consigue casi el 100 % de los votos.

*30 de mayo:* Detención de Laszlo Rajk.

*6 de julio:* El tribunal de apelación confirma la sentencia dictada contra el cardenal Mindszenty.

*20 de agosto:* Promulgación de una Constitución, copia fiel de la Constitución soviética.

*5 de septiembre:* Se suprime el carácter obligatorio de las clases de religión.

*15-26 de septiembre:* Proceso contra Rajk. Se utiliza para justificar los ataques contra Yugoslavia y permite la consolidación del ilimitado poder de Rakosi en el sector político interno.

*22 de octubre:* Elecciones de los consejos de distrito bajo el signo del Frente del Pueblo. Los resultados obtenidos arrojan, como en todas las elecciones anteriores, casi el 100 % de los votos.

Concurso de producción con ocasión del próximo 70 cumpleaños de Stalin. Se implanta así el sistema stajánovista en Hungría. A principios del año siguiente, esto tiene

como consecuencia la promulgación de una normativa que significa una aceleración del ritmo del trabajo y una mengua de los salarios.

*21 de diciembre:* Pomposas celebraciones del 70 cumpleaños de Stalin.

*28 de diciembre:* Nacionalización de las empresas con más de 10 trabajadores. La industria queda así en manos del Estado por completo.

1950

*1 de enero:* Entra en vigor el primer plan quinquenal. Se concentra en el desarrollo de la industria pesada, pero sus objetivos cuentan con la capacidad y los recursos del país. Se halla estrechamente unido a una postergación de las técnicas agrícolas y una intensa colectivización.

*24 de abril:* Arpad Szakasits, antiguo dirigente de los socialdemócratas y presidente de la República, es detenido y obligado a retirarse.

*Mayo-agosto:* Se produce una ola de detenciones de antiguos socialdemócratas. El 9 de junio comienza la deportación masiva de los miembros de las órdenes religiosas.

*30 de agosto:* El colegio episcopal católico consigue llegar a un acuerdo con el Estado: percibe subvenciones y le son devueltas algunas escuelas.

*7 de septiembre:* Disolución de las órdenes monásticas.

1951

*25 de febrero-2 de marzo:* Segundo Congreso del Partido Comunista Húngaro. Las previsiones del plan están situadas por encima de la auténtica capacidad del país. Se anuncia una inmediata puesta en práctica de la colectivización general.

*15 de abril:* Se establecen las cartillas de racionamiento del pan: Se perfilan graves dificultades de índole económica.

*19 de mayo:* Se aprueba el proyecto de ley por el que es creado el organismo estatal para los Asuntos Eclesiásticos.

*22 a 26 de mayo:* En las reuniones del Comité Central del Partido se reiteran los ataques contra el enemigo infiltrado en el interior del Partido. Desde el mes de marzo han desaparecido de la escena política, entre otros, Janos Kadar, Geza Losonczy, Gyula Kállay y Sandor Zold; la mayor parte de ellos, condenados en el curso de procesos secretos.

*15 de junio:* Comienza la deportación de elementos «enemigos de clase», procedentes de Budapest y la Hungría occidental, a las regiones orientales.

*22 de junio:* Proceso a József Grósz, arzobispo de Kalocsa y presidente del colegio episcopal tras el encarcelamiento de Mindszenty. Es condenado, por espionaje y conspiración, a quince años de reclusión.

*21 de julio:* El colegio episcopal católico presta juramento a la Constitución. Son abolidos los seminarios sacerdotales.

*20-30 de noviembre:* Mediante drásticas alzas de precios, que no están absolutamente en relación con los salarios, el Comité Central hace recaer sobre los consumidores las consecuencias de la situación económica. Al mismo tiempo se suprimen las cartillas de racionamiento que habían permitido, de todos modos, la distribución de los bienes de consumo más importantes a precios moderados.

## 1952

*9 de marzo:* Rakosi celebra su sesenta cumpleaños. Celebraciones pomposas en honor del «Padre del Pueblo», el «Stalin húngaro».

*27-25 de junio:* El Comité Central del Partido se ve obligado a reconocer las dificultades económicas, pero cargando la responsabilidad sobre la población, haciendo un llamamiento a su espíritu de sacrificio y buscando cabezas de turco en los saboteadores.

*15 de agosto:* Rakosi alcanza el punto culminante de su poder. Se hace elegir presidente del Consejo.

*5-14 de octubre:* Se celebra el XIX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Stalin califica a Hungría de vanguardia del socialismo.

*Diciembre:* Es detenido el obispo József Pétery, de Vác.

## 1953

*Febrero:* Detención secreta de Peter Gábor, jefe de la policía política del régimen, la AVO.

*3 de marzo:* Muerte de Stalin.

*15 de mayo:* Elecciones. Triunfo absoluto de la lista única.

*16-20 de mayo:* Congreso del Movimiento Pro Paz en Budapest, bajo el símbolo de la paloma de Picasso. Grandes celebraciones.

*17 de junio:* Levantamiento en la DDR (Alemania Oriental).

*27-28 de junio:* Reuniones del Comité Central en las que se adoptan nuevas directrices que reflejan una cierta liberalización. Estas reuniones debilitan la posición de fuerza de Rakosi.

*2-6 de julio:* Dimisión del Parlamento. Rakosi pone a disposición el cargo de Presidente del Consejo. Su sucesor es Imre Nagy, cuyo discurso de toma de posesión provoca gran sensación. Conjuntamente con una reorganización de la vida económica, anuncia Imre Nagy la adopción de medidas tendentes a la liberalización política. Condena el terror, los internamientos y las deportaciones y afirma que han tocado a su fin. A partir de ahora, los campesinos pueden darse de baja en las cooperativas.

*26 de julio:* Se promete a los campesinos reducciones de impuestos.

*30 de julio:* Se disponen facilidades de crédito para la agricultura.

*20 de agosto:* Amnistía general, fin de las deportaciones y nuevas facilidades de crédito para la agricultura.

*28 de agosto:* Oportuno acuerdo con Yugoslavia para la prevención de incidentes fronterizos.

*13 de diciembre:* Se aligeran las contribuciones de la agricultura; las deudas pueden liquidarse a largos plazos.

1954

*Primavera:* El cardenal Mindszenty, gravemente enfermo, es trasladado desde la cárcel de la calle Conti al hospital penitenciario de Budapest.

*13 de marzo:* Condena de Peter Gábor y sus cómplices —sus nombres no se hacen públicos—por «violación de la legalidad socialista».

*24-29 de mayo:* Tercer congreso del Partido Comunista Húngaro. Tras la ponencia de Rakosi, en la que alude a la democratización pero no a la otorgación de concesiones, informa Imre Nagy sobre la reforma del aparato represivo y la formación de un nuevo Frente del Pueblo. Asegura que se organizará de acuerdo con los principios democráticos.

*Junio:* Liberación de János Kadar, Geza Losonczy, la señora Laszlo Rajk, Gyula Kállai y otros dirigentes comunistas. Cierre de los campos de concentración.

*12 de agosto:* Se forma un nuevo Frente Patriótico del Pueblo.

*Septiembre:* Campaña de racionalización. Reducción de los funcionarios de la administración y algunas empresas. Esta medida se produce por sorpresa y provoca un pánico general; el paro importante que representa significa en general una grave carga.

*23-24 de octubre:* Congreso del Frente Patriótico del Pueblo.

*26-27 de octubre:* En las reuniones del Comité Central, obtiene Imre Nagy una nueva victoria momentánea sobre los representantes de la antigua política económica.

*28 de octubre:* En un artículo publicado en «Szabad Neps», Imre Nagy escribe sobre la reforzada democratización y la liberación de numerosos inocentes todavía encarcelados. Condena los métodos de la racionalización y el momento elegido para ponerlos en práctica.

*21 de diciembre:* Al cumplirse el décimo aniversario de la formación del gobierno provisional, Rakosi dirige fuertes ataques «contra la línea de junio».

1955

*21 de enero:* En la sesión del Presidium del Frente del Pueblo, Rakosi declara que los desviacionistas de la derecha constituyen el mayor peligro para el país.

*6 de febrero:* Caída de Malenkov.

*Febrero:* La revista teórica del Partido, «Társadalmi Szemle», critica en su artículo editorial la línea política de Imre Nagy.

*2-4 de marzo:* El Comité Central condena la línea de Imre Nagy. En las sesiones toma parte Suslov, en representación del Partido Comunista de la Unión Soviética.

*18 de abril:* Imre Nagy es excluido del Comité Central y desposeído de todos sus cargos. Su sucesor en la presidencia del Consejo es Andrés Hegedüs, un hombre de confianza de Rakosi.

*14 de mayo:* Firma del Pacto de Varsovia. Hungría está representada por András Hegedüs. El pacto estipula que las tropas soviéticas permanecerán en Hungría tras la evacuación de Austria, pero sin intromisiones en los asuntos internos del país.

*Julio:* El cardenal Mindszenty es trasladado a Püspkószentlászlo.

*17 de julio:* Indulto del cardenal Mindszenty. (En realidad, continua bajo vigilancia en un castillo.) Comienza la conferencia de Ginebra.

*14 de octubre:* Es llevado a Püskőszentlászlo el arzobispo Grosz.

*2 de noviembre:* El primado Mindszenty y el arzobispo Grosz son trasladados a Felsopeteny.

*6 de diciembre:* Decreto del Comité Central contra los escritores. Se les considera desviacionistas de la derecha.

1956

*14-25 de febrero:* XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética.

*21 de febrero:* Rehabilitación de Bela Kun, jefe de la primera Comuna de 1919, ejecutado en la Unión Soviética en la época de los grandes procesos.

*12 de marzo:* Rakosi informa al Comité Central sobre el XX Congreso.

La resolución del Comité Central Húngaro expresa algún descontento por no haberse tenido en cuenta las conclusiones del XX Congreso.

*27 de marzo:* En una reunión de la sección del Partido del distrito urbano número 3 de Budapest (Angyalföld, un importante barrio obrero) Rakosi reconoce públicamente la inocencia de Rajk. Gyórgy Litvan, un joven maestro, le conmina para que abandone la tribuna política.

*1 de mayo:* Fracaso de la manifestación. Sólo está presente la mitad de a masa habitual.

*Abril-mayo:* Animadas discusiones en el Círculo Petófi, fundado el año anterior. El primer debate importante se refiere a problemas de índole económica.

*Mayo:* Liberación de Zoltan Tildy, Béla Kovács y otros dirigentes social-demócratas.

*11 de mayo:* Amnistía para József Grósz, arzobispo de Kalocsa, jefe de la Iglesia católica de Hungría.

*18 de mayo:* Rakosi efectúa la autocrítica, sin convencer por ello a la opinión pública.

*20 de mayo:* Nueva elevación de los salarios más bajos.

*16 de junio:* Debates filosóficos en el Círculo Petofi. Gyórgy Lukács condena el dogmatismo stalinista.

*27 de junio:* Debate sobre la prensa en el Círculo Petofi. Los representantes del Comité Central que toman parte en la reunión tratan de responder, pero sufren un fracaso.

*28-29 de junio:* Los acontecimientos de Poznan.

*30 de junio:* Resolución del Comité Central contra el Círculo Petofi.

*17-23 de julio:* Reunión del Comité Central en presencia de Mikoyan. Ernó Gero es su sucesor como secretario general del Partido. Cambio parcial del Politburó y del Comité Central, en el que ingresan algunos políticos rehabilitados. Se reduce el personal del Ejército. Mihály Farkas es excluido del Partido, lo que constituye una primera señal de la posible readmisión de Imre Nagy.

*6 de octubre:* Honras fúnebres oficiales para Laszlo Rajk y sus tres compañeros ejecutados.

*13 de octubre:* Debate económico en el Círculo Petofi. Es rechazada la colectivización forzosa. Se destaca la *necesidad* de cooperativas *sobre la base de la libre asociación*. Se pide la vuelta de Imre Nagy al poder.

*14 de octubre:* Imre Nagy es readmitido en el Partido.

*16 de octubre:* Los estudiantes de Szeged se organizan de nuevo en la asociación autónoma estudiantil MEFESZ, que se había integrado con anterioridad en la organización juvenil comunista DISZ.

*15-23 de octubre:* Visita de una delegación presidida por Ernó Gero a Yugoslavia. Entre sus miembros se cuentan János Kadar, István Kovács y Antal Apro.

*19-21 de octubre:* Acontecimientos de Polonia.

*Martes, 23 de octubre:* El órgano central del Partido Comunista, «Szabad Nep», apoya vivamente esta mañana las aspiraciones polacas. «Szabad Ifjuság», el periódico de las juventudes comunistas, apoya asimismo las exigencias de Polonia. También la asociación de la juventud universitaria MEFESZ publica un periódico que contiene buena parte de los dieciséis puntos acordados la víspera (falta la que se refiere a la evacuación de las tropas soviéticas). Primero prohibición y luego autorización para la manifestación por parte del ministerio del Interior. Marcha de los manifestantes ante los monumentos a los dos revolucionarios de 1848, Petőfi y Bem, ambos de origen polaco. Gigantescas concentraciones de masas en las calles principales y ante el Parlamento. Discurso de Gero. Nagy aparece brevemente en el balcón del Parlamento. Alrededor de las 22 horas, la AVO, situada ante el edificio de la radio, hace los primeros disparos contra los manifestantes. A la misma hora tienen efecto diversas manifestaciones en las grandes ciudades de provincias, Szeged, Debrecen, Miskolc, Győr y otras. El Comité Central celebra una sesión nocturna y acuerda vacantes en el gobierno y la dirección del Partido. Imre Nagy, recluido de nuevo en un campo de concentración, no toma parte en aquella sesión.

*Miércoles, 24 de octubre:* La radio informa sobre los acontecimientos de la noche y los cambios de personas en la dirección política. Los amotinados son calificados de fascistas y se reprimen las algaradas callejeras. Los obreros se declaran en huelga. El gobierno declara el estado de excepción. Imre Nagy pronuncia un discurso por radio en el que exige el cese de las luchas.

Diversas personalidades, entre las que se cuenta János Kadar y el arzobispo Jozsef Grósz, hacen un llamamiento a la población para el restablecimiento del orden.

*Jueves, 25 octubre:* Las luchas han disminuido. El gobierno pide la reanudación del trabajo, pero en vez de volver a sus lugares de trabajo, las gentes salen a las calles.

En el transcurso de la mañana se celebra una manifestación convocada la víspera mediante octavillas. Los manifestantes protestan de que Gero, considerado responsable de los derramamientos de sangre siga ocupando su puesto. Las unidades del ejército húngaro apoyan a los amotinados. Una parte de las tropas soviéticas confraterniza y la otra mantiene una actitud pasiva.

Por gestión de Mikoyan, se retira Geró. Es reemplazado por János Kadar. Los llamamientos de Kadar e Imre Nagy no pueden poner diques al levantamiento, que cada vez adquiere mayores proporciones.

Prosigue también la lucha en las grandes capitales de provincia. La emisora de Miskolc está en manos de los sublevados y comienza a efectuar sus emisiones.

*Viernes, 26 de octubre:* Delegaciones de Budapest y otros puntos del país penetran en el Parlamento y obligan a Imre Nagy a tomar nuevas medidas para la liberación del país.

Prosigue la lucha en Budapest y provincias. En todo el país se constituyen comités revolucionarios que tratan de poner cuanto antes la situación bajo su control. Desde el campo se ponen en movimiento convoyes de provisiones con destino a Budapest. Los campesinos quieren ayudar con víveres a los amotinados. En las empresas se forman consejos de obreros que organizan la lucha y vigilan el mantenimiento de la huelga general. Su intención es no reanudar el trabajo hasta la evacuación de los rusos.

*Sábado, 27 de octubre:* Por la radio se da a conocer la formación de un nuevo gobierno, del que se

ha excluido a los más famosos stalinistas y en el que están representados inclusive los no comunistas. Pero a pesar de todo ello, la opinión pública no se siente satisfecha.

El consejo obrero del distrito Borsod notifica que tiene el distrito entero bajo su dominio. Ha disuelto la AVO sin que se observe reacción alguna por parte de las tropas soviéticas. Idéntica comunicación hace el consejo obrero de Györ.

*Domingo, 28 de octubre:* Los comités revolucionarios que se han constituido consiguen una supremacía cada vez mayor; se establecen contactos entre los diversos centros de la resistencia. Gracias a una serie de compromisos a esfera local, disminuye la lucha. En una declaración hecha por radio, Imre Nagy da a conocer la orden del gobierno para que cese el fuego. Reconoce el carácter democrático y nacional del levantamiento, prevé la disolución de la AVO y promete la evacuación de las tropas soviéticas.

*Lunes, 29 de octubre:* Tras el alto el fuego, se organizan comités revolucionarios que actúan como autoridades e instituciones públicas. Las tropas soviéticas comienzan a evacuar Budapest.

*Martes, 30 de octubre:* Formación de un nuevo gabinete. En un gobierno de concentración, aparecen junto a los comunistas miembros del recién restaurado Partido de los Pequeños Propietarios y del también recompuesto Partido Campesino. El gobierno quiere reafirmar el principio de la coalición. Los socialistas no se han pronunciado todavía sobre una posible participación. Imre Nagy da a entender que ha iniciado conversaciones tendentes a una completa retirada de las tropas soviéticas. En el seno de la Honved[7] se forma un comité revolucionario. El cardenal Mindszenty es liberado.

Los representantes del consejo nacional transdanubiano se reúnen en Györ y establecen un consejo nacional autónomo que fija allí mismo su residencia. Entra en tratos con el gobierno de Budapest para llevar adelante la consecución de los objetivos revolucionarios. Declaración del gobierno soviético en la que se anuncia la revisión de las relaciones entre la URSS y las democracias populares.

*Miércoles, 31 de octubre:* Aparece una serie de nuevos periódicos como testimonio de una completa libertad de prensa. Se autoriza de nuevo el Partido Socialdemócrata. El gobierno hace público su propósito de abandonar el Pacto de Varsovia y entabla a tal efecto negociaciones con el gobierno soviético. El jefe militar del levantamiento, Pal Maleter, es nombrado ministro provisional de Guerra. Se libera a los presos políticos. El comité revolucionario de la juventud universitaria toma partido por Imre Nagy, expresándolo así en hojas y manifiestos. Según informaciones verbales de los ferroviarios, difundidas a través de las emisoras en las ciudades, convoyes soviéticos circulan por la capital. A pesar de ello, las últimas tropas soviéticas evacúan Budapest.

*Jueves, 1 de noviembre:* Nace una nueva emisora de radio. Se llama Radio Rajk, se define comunista y critica tanto la política del gobierno como la de los rusos.

Imre Nagy asume el cargo de ministro del Exterior. Basándose en el hecho de que la Unión Soviética ha quebrantado el Pacto de Varsovia con el envío de tropas a Hungría, el gobierno efectúa la denuncia del pacto, proclama la neutralidad del país y hace un llamamiento a las grandes potencias y la ONU para que garanticen esta neutralidad.

János Kadar da a conocer la disolución del Partido Comunista Húngaro MDP y la fundación de un Partido Obrero Socialista Húngaro. En su declaración acepta incondicionalmente la revolución y se felicita de su triunfo.

*Viernes, 2 de noviembre:* El consejo obrero de Borsod exige la fundación de un Comité Nacional Revolucionario en sustitución del Parlamento.

El Consejo Obrero Nacional hace un llamamiento para que termine el movimiento huelguístico. El gobierno protesta de nuevo contra el despliegue de las tropas soviéticas y encarga a un comité militar la negociación con los rusos de la retirada de sus tropas.

*Sábado, 3 de noviembre:* En extensos sectores del país, así como en la capital, se reanuda el trabajo.

A pesar de las negociaciones entre el gobierno Nagy y los representantes soviéticos, las tropas soviéticas continúan sus movimientos. La delegación húngara en dichas negociaciones, entre la que se encuentra Pal Maleter, es detenida por las autoridades soviéticas. Por la tarde, el cardenal Mindszenty hace un llamamiento al pueblo húngaro y al mundo entero.

*Domingo, 4 de noviembre:* Ataque general de las tropas soviéticas. Apoyadas por paracaidistas, ocupan al mismo tiempo todos los puntos estratégicos importantes del país.

Imre Nagy protesta a las Naciones Unidas. A través de una nueva emisora, Ferenc Münnich, János Kadar y otros, informan que han formado un nuevo gobierno y llamado al ejército soviético en su auxilio para vencer a la contrarrevolución. A las siete de la mañana enmudece Radio Kossuth, la voz del gobierno Nagy. A las 22 horas del mismo día, la emisora comienza a difundir los comunicados del gobierno Kadar.

*5 de noviembre:* El Papa Pío XII dirige, con referencia al pueblo húngaro, una carta circular apostólica a los obispos del mundo. La asamblea General de las Naciones Unidas condena a la Unión Soviética.

---

[1] Movimiento de extrema derecha que asumió el poder tras la detención del regente, almirante Horthy. (*N. del T.*)

[2] Movimiento de la minoría alemana fiel a Hungría.

[3] Hay un juego de palabras intraducible entre «sede» y «asiento». (*N. del T.*)

[4] Ejército nacional húngaro. (*N. del T.*)

[5] Editorial Propileos.

[6] Una yugada húngara equivale a 0'57 hectáreas.

[7] Ejército húngaro.